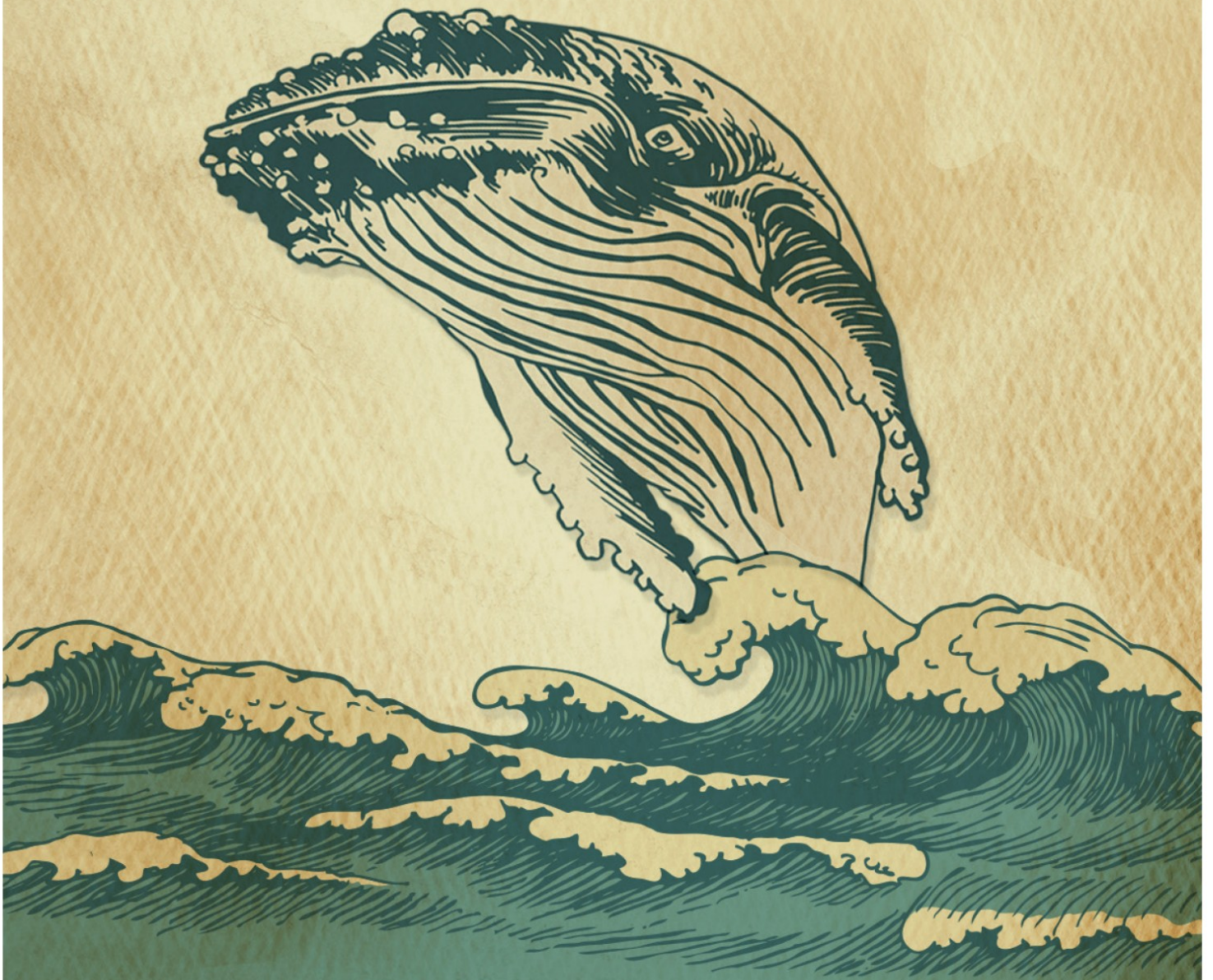


Moby Dick

Herman Melville



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Moby Dick

Melville, Herman

Traducción: Enrique Pezzoni

Novela

Se reconocen los derechos morales de Melville, Herman.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zürich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

I. ESPEJISMOS

Pueden ustedes llamarme Ismael. Hace algunos años —no importa cuántos, exactamente—, con poco o ningún dinero en mi billetera y nada de particular que me interesara en tierra, pensé darme al mar y ver la parte líquida del mundo. Es mi manera de disipar la melancolía y regular la circulación. Cada vez que la boca se me tuerce en una mueca amarga; cada vez que en mi alma se posa un noviembre húmedo y lluvioso; cada vez que me sorprende deteniéndome, a pesar de mí mismo, frente a las empresas de pompas fúnebres o sumándome al cortejo de un entierro cualquiera y, sobre todo, cada vez que me siento a tal punto dominado por la hipocondría que debo acudir a un robusto principio moral para no salir deliberadamente a la calle y derribar metódicamente los sombreros de la gente, entonces comprendo que ha llegado la hora de darme al mar lo antes posible. Esos viajes son, para mí, el sucedáneo de la pistola y la bala. En un arrogante gesto filosófico, Catón se arroja sobre su espada; yo, tranquilamente, tomo un barco. No hay nada de asombroso en esto. Pocos lo saben, pero casi todos los hombres, sea cual fuere su condición, alimentan en un momento dado esos sentimientos que me inspira el océano.

Aquí está, pues, la ciudad insular de los *manhattos*, rodeada de muelles como las islas indígenas por los arrecifes de coral. El comercio la ciñe con su oleaje. A derecha e izquierda, las calles llevan hacia el mar. En la punta extrema de la ciudad está el fuerte, augusta mole refrescada por brisas y bañada por aguas que, pocas horas antes, eran invisibles desde tierra. Miren ustedes la multitud que contempla las olas.

Recorran ustedes la ciudad en la tarde soñolienta de un sábado. Vayan desde Corlears Jock hasta Coenties Slip y desde allí, pasando por Whitehall, hacia el norte. ¿Qué ven ustedes?

Apostados como centinelas silenciosos en torno a la ciudad toda, hay millares y millares de mortales perdidos en divagaciones oceánicas. Algunos apoyados contra los pilotes; otros sentados en las escolleras; otros mirando más allá de las amuradas de naves llegadas desde China; otros en lo alto de los aparejos, como empeñados en obtener una vista aún más amplia del mar. Pero todos son hombres de tierra firme:

durante la semana, están encerrados entre cuatro paredes, atados a mostradores, clavados en bancos, pegados a escritorios. ¿Qué ha ocurrido? ¿Han desaparecido las verdes praderas? ¿Qué hacen aquí estos hombres?

Pero ¡miren ustedes! Llega aún más gente. Todos avanzan hacia el agua y parecen resueltos a zambullirse. ¡Qué extraño! Nada los contentaría tanto como el límite extremo de la tierra; no les basta vagabundear a la sombra de los depósitos que rodean el puerto. No. Tienen que acercarse todo lo posible al agua, sin caer en ella. Y ahí se quedan, inmóviles, en una extensión de millas, de leguas. Todos hombres de tierra adentro: afluyen por sendas y callejas, por calles y avenidas... Desde el norte, el este, el sur, el oeste. Y sin embargo, aquí se reúnen todos. Díganme ustedes: ¿acaso los atrae el poder magnético de la aguja de las brújulas de todas esas naves?

Y eso no es todo. Supongamos que se encuentren ustedes en algún paraje elevado, donde abunden los lagos. Tomen cualquier sendero que se les antoje: casi siempre irán a dar, a través de un valle, a un estanque formado por la corriente. Hay en ello algo mágico. Elijamos al más distraído de los hombres sumergido en su más honda ensoñación; pongámoslo en pie y nos llevará, infaliblemente, hacia el agua, si hay agua en esa región. Y si alguna vez están ustedes sedientos en el gran desierto norteamericano, hagan este experimento, si es que por casualidad hay un profesor de metafísica en la caravana. En efecto: como todos sabemos, agua y meditación siempre han estado unidas.

Pero tomemos a un pintor. Quiere pintar el paisaje romántico más soñador, más umbroso, más apacible, más hechicero de todo el valle del Saco. ¿Cuál es el principal elemento que emplea? Allí están sus árboles, cada uno con el tronco hueco, como si guardara en su interior a un ermitaño y un crucifijo; y aquí duerme su pradera, allí duerme su rebaño. Más allá, desde esa cabaña, serpea un humo soñoliento. Un sendero se hunde sinuoso entre los bosques distantes y llega hasta las estribaciones superpuestas de las montañas bañadas por el azul de sus laderas. Pero aunque la escena esté sumida en semejante éxtasis y el pino deje caer suspiros, como hojas, sobre la cabeza del pastor, todo sería inútil si el pastor no tuviera fijos los ojos en la corriente mágica que pasa frente a él. Visiten ustedes las praderas en junio, caminen millas y millas hundidos hasta las rodillas entre lirios atigrados... ¿cuál es el encanto que falta? El agua: ¡allí no hay una sola gota de agua! Si el Niágara fuera una cascada de arena, ¿viajarían ustedes tantas millas para verlo? ¿Por qué será que el pobre poeta de Tennessee, al recibir de improviso dos puñados de plata, dudó entre comprarse el abrigo que le hacía tanta falta o invertir su dinero en un viaje a pie a la playa de Rockaway? ¿Por qué será que cualquier muchacho robusto y saludable, que tenga dentro de sí un espíritu robusto y saludable, en un momento dado se enloquece por darse a la mar? ¿Por qué será que, durante el primer viaje que hicieron ustedes como pasajeros, sintieron un estremecimiento místico al enterarse de que ni el buque ni

ustedes ya no podían ser vistos desde tierra? ¿Por qué será que los antiguos persas consideraban sagrado al mar? ¿Por qué será que los griegos le destinaron una deidad especial, un hermano de Jove? Sin duda, todo eso no carece de sentido. Y es aún más profundo el significado del mito de Narciso que, al no poder ceñir la imagen exquisita y atormentadora que veía en la fuente, se arrojó a ella y se ahogó. Pero todos nosotros vemos esa misma imagen en nuestros ríos y en nuestros océanos. Es la imagen del inasible fantasma de la vida. Y esta es la clave de todo.

Ahora bien: cuando digo que tengo el hábito de darme al mar cada vez que siento una niebla ante los ojos y empiezo a preocuparme por mis pulmones, no hay que deducir que viajo como pasajero. Para viajar como pasajero debe uno llevar una billetera, y una billetera es sólo un harapo cuando no contiene nada. Por lo demás, los pasajeros se marean, se pelean entre sí, no duermen de noche y, por regla general, no se divierten demasiado... No; nunca viajo como pasajero. Y aunque en cierto modo soy marinero de agua salada, tampoco voy al mar como comodoro, capitán o cocinero. Abandono la gloria y la distinción de esos oficios a quienes gustan de ellos. Por mi parte, abomino de todos los trabajos, dificultades y tribulaciones honrosas y respetables, de cualquier clase que sean. Me basta con cuidar de mí mismo, sin cuidarme de barcos, barcazas, bergantines, goletas o lo que fuere. En cuanto a emplearme como cocinero —por más que haya una gloria considerable en ese oficio, puesto que el cocinero es una especie de oficial a bordo—, nunca sentí ganas de asar pollos... aunque una vez asado el pollo, juiciosamente enmantecado y sabiamente condimentado, nadie será capaz de hablar de él con más respeto —por no decir con más veneración— que yo. A causa del cariño idólatra que los antiguos egipcios profesaban a los ibis asados y los hipopótamos a la parrilla, hoy vemos las momias de esos seres en esos hornos inmensos que son las pirámides.

No; cuando me doy al mar, lo hago como simple marinero, bien plantado frente al mástil, bien metido en el castillo, bien encaramado al palo mayor. Cierto es que me tienen a mal traer con tantas órdenes y me hacen saltar de verga en verga como una langosta en una pradera de mayo. Al principio, es bastante desagradable. Hiere nuestro sentido del honor, especialmente si descendemos de una vieja familia establecida en el país, los Van Rensselaers, o los Randolphs, o los Hardicanutes. Y la cosa es mucho peor aún si poco antes de meter la mano en el balde de brea hemos sido amos absolutos en una escuela de campaña, en calidad de maestros, y hemos atemorizado a los muchachos más altos con nuestra sola presencia. Les aseguro que es muy brusca la transición de maestro de escuela a marinero, y se necesita una poderosa ración de Séneca y los estoicos para sonreír ante ese cambio y sobrellevarlo. Pero también esto se diluye con el tiempo.

¿Qué importa si un capitán viejo y gruñón me ordena tomar la escoba y barrer la cubierta? ¿Qué cuenta esa indignidad, pesada, pongamos por caso, en los platillos del

Nuevo Testamento? ¿Creen ustedes que el Arcángel Gabriel me tendrá en menos por el solo hecho de que obedecí con prontitud y respeto a ese viejo gruñón en esa ocasión determinada? ¿Quién no es esclavo? Contéstenme a esto. Bueno, lo cierto es que por más que los viejos capitanes me den orden tras orden, por más que me traten a golpes y puñetazos, tengo la satisfacción de saber que todo anda bien, que todos los hombres, de un modo u otro, deben servir exactamente de la misma manera (quiero decir, desde un punto de vista físico o metafísico), y así el puñetazo universal sigue su ronda y cada uno debería fregarle la espalda a los demás y sentirse contento.

Además, si siempre me doy al mar como marinero es porque así consideran que es un deber pagarme por mi trabajo, mientras nunca he oído que pagaran un solo penique a los pasajeros. Al contrario: son los pasajeros quienes deben pagar. Y hay una diferencia enorme entre pagar y ser pagado. El acto de pagar es, acaso, la condena más fastidiosa que nos legaron los dos ladrones del vergel. Pero *ser pagado*: ¿qué puede comparársele en el mundo? La cortés avidez con que un hombre recibe dinero de los demás es, en verdad, maravillosa, teniendo en cuenta que estamos profundamente persuadidos de que el dinero es la raíz de todos los males terrenos y de que no existe la menor posibilidad de que un hombre rico entre en el cielo. ¡Ah, con qué alegría nos condenamos a la perdición!

Y por fin, siempre me doy al mar como marinero a causa del sano ejercicio y el aire puro que se respira en el puente de proa. Porque así como en este mundo los vientos contrarios prevalecen abundantemente sobre los vientos de popa (y esto si no violamos la máxima pitagórica), el capitán casi siempre recibe en el alcázar una atmósfera de segunda mano, que le llega a través de los marineros en el castillo. Él cree ser el primero en respirarla, pero no es así. De manera semejante, las comunidades guían a sus jefes en muchas otras cosas, aunque los jefes ni siquiera lo sospechen. Pero ¿por qué razón, después de haber olido tantas veces el mar como marinero mercante, se me habrá metido en la cabeza la idea de zarpar en un ballenero? Esto podrá explicarlo mejor que nadie el invisible oficial de policía de los Hados, que me vigila sin cesar, me acosa en secreto e influye sobre mí de modo inexplicable. Y sin duda, este viaje mío en un ballenero formaba parte del gran programa que la Providencia organizó hace mucho tiempo. Surgió como una especie de breve interludio, un *solo*, entre los números más importantes. Imagino que esa parte del programa debió de sonar más o menos así:

Gran lucha electoral por la Presidencia de Estados Unidos

UN INDIVIDUO DE NOMBRE ISMAEL VIAJA EN UN BALLENERO SANGRIENTA BATALLA EN AFGANISTÁN

No puedo decir el motivo exacto por el cual esos directores de escena que son los Hados me adjudicaron este papel tan deslucido del viaje en un ballenero, cuando a

otros les dieron papeles magníficos en grandes tragedias, o papeles breves y fáciles en comedias de salón, o papeles cómicos en las farsas. Aunque no pueda explicar el motivo exacto, ahora que recuerdo todas las circunstancias creo discernir algo entre los móviles y resortes que, hábilmente ocultos bajo varios disfraces, me indujeron a representar ese papel, además de engatusarme con la ilusión de que ésa era una elección resultante de mi libre albedrío y de mi discernimiento.

El principal de esos móviles era la idea abrumadora de la gran ballena en carne y hueso. Un monstruo tan portentoso y enigmático despertaba toda mi curiosidad. Y después, los mares salvajes y distantes donde el monstruo hacía rodar su masa, gigantesca como una isla; y los peligros indescriptibles de la ballena: todo eso, sumado a las maravillas que esperaba descubrir en un millar de paisajes y vientos patagónicos, contribuyó a alimentar mi deseo. Para otros hombres, quizá, nada de eso habría sido un incentivo. Pero yo me siento atormentado por una inagotable ansiedad de cosas remotas. Me gusta navegar por mares prohibidos y acercarme a costas bárbaras. Sin ignorar el bien, percibo enseguida el horror, y hasta puedo vivir en buenos términos con él —siempre que el horror me lo permita—, porque me parece correcto mantenerme en buenas relaciones con los demás inquilinos del lugar donde vivo.

Por todos estos motivos, di la bienvenida al viaje en el ballenero. Las grandes compuertas del mundo de las maravillas se abrieron ante mí y entre las delirantes imaginaciones que me impulsaron hacia mi propósito, fluctuaron hacia mi espíritu, de a dos en dos, procesiones interminables de ballenas. En medio de todas ellas pasó un fantasma gigantesco, encapuchado, como una colina de nieve en el aire.

II. EL BOLSO DE VIAJE

Metí una o dos camisas en mi raído bolso de viaje, lo sujeté bajo el brazo y partí hacia el Cabo de Hornos y el Pacífico. Dejé la buena ciudad de los antiguos *manhattoes* y, según lo previsto, llegué a Nueva Bedford la noche de un sábado de diciembre. Me fastidió bastante descubrir que el vaporcito con destino a Nantucket ya había zarpado y que no habría otra oportunidad de viajar hacia allí hasta el lunes siguiente. La mayor parte de los candidatos a las penurias y fatigas de la caza de ballenas se detienen en esta Nueva Bedford para iniciar desde ahí su viaje; pero debo confesar que yo no tenía la menor intención de hacer tal cosa. Ya estaba resuelto a no darme al mar si no era en un barco de Nantucket, porque había algo hermoso y turbulento en todo lo relacionado con esa isla antigua y famosa, algo que me atraía de manera extraordinaria. Por lo demás, aunque Nueva Bedford ha ido monopolizando en estos últimos tiempos la industria de la caza de ballenas, y si bien la pobre y vieja Nantucket se le ha quedado muy atrás en este aspecto, la verdad es que Nantucket ha sido la cuna de este comercio, la Tiro de esta Cartago: el lugar donde se llevó a tierra la primera ballena norteamericana capturada. ¿De qué otro lugar, si no de Nantucket, salieron por primera vez las canoas de los balleneros indígenas, los pieles rojas, para dar caza al leviatán? ¿Y de dónde, si no de esta misma Nantucket, zarpó esa primera chalupa aventurera, cargada en parte con guijarros importados —según dice la historia— para arrojarlos a las ballenas y descubrir de ese modo si estaban bastante cerca como para arriesgar un arpón desde el bauprés?

Como tenía por delante una noche, un día y otra noche más para pasar en Nueva Bedford antes de poder embarcarme hacia mi puerto de destino, se me presentó el problema de dónde comer y dormir en ese lapso. Era una noche muy incierta... ¡qué digo!, era una noche oscurísima, tétrica, terriblemente fría. No conocía a nadie en ese lugar. Había sondeado mi bolsillo con mano ansiosa, para pescar sólo unas pocas monedas de plata. «Dondequiera que vayas, Ismael —me dije a mí mismo, de pie en medio de una calle lúgubre, echándome el bolso a la espalda y comparando las tinieblas que se extendían al norte con la negrura que envolvía todo el sur—,

dondequiera que te lleve tu sabiduría para pasar la noche, mi querido Ismael, ten la precaución de preguntar el precio y no seas demasiado exigente».

Con pasos vacilantes recorrí las calles y pasé frente a la insignia de «Los arpones cruzados». Pero tenía un aire demasiado caro y alegre. Más adelante, desde las ventanas rojas y brillantes de la «Posada del pez espada» surgieron rayos tan cálidos que parecían haber derretido la nieve y el hielo amontonados frente a la casa, porque en cualquier otro lugar la escarcha formaba un pavimento duro, como de asfalto, de diez pulgadas de espesor. Era bastante penoso para mí dar con el pie contra las piedras que sobresalían, ya que un uso largo y despiadado había reducido a una condición lastimosa las suelas de mis zapatos. Demasiado alegre y lujoso, volví a pensar, deteniéndome un instante para mirar el vasto reflejo en la calle y escuchar el tintineo de los vasos en el interior. «Vamos, Ismael —me dije al fin—; ¿no oyes? Apártate de la puerta; tus zapatos remendados interrumpen el paso». De modo que seguí andando. Entonces, por instinto, tomé por las calles que iban hacia el mar: en ellas, sin duda, estarían las posadas más baratas, si no las más alegres.

¡Qué calles tan tétricas! Bloque de oscuridad, en vez de casas, a cada lado; de cuando en cuando, una vela, como una luz en una tumba. A esa hora de la noche, en el último día de la semana, ese barrio estaba casi desierto. Pero al fin llegué hasta una luz humeante proyectada desde un edificio bajo y ancho, cuya puerta se abría acogedoramente. Tenía un aspecto descuidado, como si hubiese estado destinado al uso público; y lo primero que hice al entrar fue tropezar con un cajón de cenizas en el zaguán. «¡Vaya! —pensé, medio ahogado por la nube de ceniza—. ¿Estas cenizas vendrán de Gomorra, la ciudad destruida? Si allá arriba están “Los arpones cruzados” y “La posada del pez espada”, ésta debe ser la hostería de “La trampa”». Pero me repuse y al oír una voz estrepitosa en el interior me adelanté y abrí una segunda puerta interior.

Parecía el gran Parlamento Negro reunido en el infierno. Un centenar de caras negras se volvieron desde sus bancos para mirar; más allá, un negro Ángel de las Tinieblas sacudía un libro sobre el púlpito. Era una iglesia negra, y el texto del predicador hablaba sobre la negrura de las tinieblas, el llanto, los gemidos, el crujir de dientes. «¡Oh, Ismael! —murmuré, retrocediendo—. ¡Triste diversión en la hostería de “La trampa”!».

Seguí mi camino y al fin llegué a una especie de halo de luz, no lejos de los muelles. De pronto oí en el aire un chirrido angustioso. Miré hacia arriba y vi una insignia oscilante sobre la puerta, con un dibujo blanco que representaba vagamente un chorro alto, recto y brumoso y, debajo, estas palabras: «Posada El chorro de la ballena - Peter Coffin».

¿Coffin? ¿Chorro de ballena? Como asociación, pensé, resulta bastante siniestra. Pero dicen que Coffin es nombre muy común en Nantucket, y supongo que este Peter

habrá emigrado desde allí. Como la luz era tan débil y el lugar parecía, por el momento, bastante tranquilo y además la ruinoso casa de madera tenía el aire de haber sido transportada desde las ruinas de un barrio incendiado (sin contar con que la insignia oscilante chirriaba proclamando pobreza), me dije que ése era el lugar indicado para encontrar alojamiento barato y el mejor café de guisantes.

Era un lugar harto extraño: una casa decrepita, rematada por un alero, con un lado paralítico, por así decirlo, tristemente ladeado. Estaba en una esquina aguda, desolada, en la cual el impetuoso Euroclidón aullaba con más fuerza aún que sobre la zarandeada barca del pobre Pablo. Pero Euroclidón es la más deliciosa de las brisas para quien está metido en su casa, con los pies ante la chimenea, asándose tranquilamente antes de meterse en la cama. «Si hemos de juzgar a ese tempestuoso viento llamado Euroclidón —dice un antiguo escritor de cuya obra sólo yo poseo el único ejemplar existente—, encontraremos una maravillosa diferencia si lo consideramos tras los vidrios de una ventana, con la escarcha del lado exterior, o si lo contemplamos desde una ventana sin marco, con la escarcha dentro y fuera de ella, y con la Muerte como único cristal». Es muy cierto, pensé al recordar ese párrafo: razones sabiamente, viejo escriba... Sí, estos ojos son ventanas y este cuerpo mío es la casa. Lástima que no hayan compuesto las grietas y las fisuras, y que no hayan puesto un poco de hilaza aquí y allá. Pero ya es demasiado tarde para cualquier mejora. El universo está terminado, la cúpula está en su lugar y los restos ya han sido barridos hace un millón de años. Pobre Lázaro, que castañetea los dientes en el cordón de la acera que le sirve de almohada y al tiritar sacude sus harapos: aunque se tapara las orejas con trapos viejos y se metiera en la boca una mazorca, no lograría tener a raya al tempestuoso Euroclidón. ¡Euroclidón!, dice el viejo Dives en su túnica de seda roja (después tuvo otra aún más roja). ¡Qué hermosa noche de helada! ¡Cómo brilla Orión! ¡Qué aurora boreal! «¡Bah, bah! Que la gente hable de sus climas estivales, en los países de Oriente, semejantes a eternos invernaderos; a mí, resérvenme el privilegio de crearme mi propio verano con mis carbones».

Pero ¿qué piensa Lázaro? ¿Puede calentarse las manos tendiéndolas hacia las grandes estrellas boreales? ¿No preferiría estar en Sumatra? ¿No preferiría acostarse a lo largo de la línea del Ecuador? ¡Sí, oh Dioses! ¿No preferiría hundirse en el terrible corazón de la tierra para quitarse ese hielo de encima?

Lo cierto es que imaginar a Lázaro echado en la acera, frente a la puerta de Dives, es más maravilloso que figurarse un témpano amarrado a una de las islas Molucas. Y por otro lado, qué hace Dives sino vivir como un zar en un palacio de hielo, hecho de suspiros congelados, presidiendo una sociedad de la templanza que le impide beber otra cosa que las tibias lágrimas de los huérfanos.

Pero basta de lágrimas: nos espera una cacería de ballena y ya tendremos tiempo de sobra para lloriquear. Quitémonos el hielo de los pies congelados y comprobemos qué clase de lugar es este «Chorro de la ballena».

III. LA POSADA «EL CHORRO DE LA BALLENA»

Al entrar en esa posada, rematada por un tejado puntiagudo, se encontraba uno en un vestíbulo muy grande, de techo bajo, y forma irregular, con un friso de madera anticuado, que recordaba las amuradas de un viejo barco encallado. A un lado pendía un óleo inmenso, tan ahumado y cuarteado que, visto a esa luz difusa, sólo después de un estudio muy atento, una serie de visitas sistemáticas y una cuidadosa indagación podía uno llegar a comprender vagamente su significado. Había masas de sombra y de oscuridad tan inexplicables que al principio podía pensarse que algún joven artista ambicioso, de los tiempos de las brujas de Nueva Inglaterra, se había embarcado en la empresa de representar el caos maldito. A fuerza de reiteradas y concienzudas contemplaciones, al cabo de meditaciones incesantemente repetidas —y sobre todo, gracias al recurso de abrir el ventanuco al fondo del vestíbulo—, llegaba uno a la conclusión de que, aunque absurda, tal idea podía no ser del todo injustificada.

Pero lo que más intrigaba y confundía era una larga, ágil, portentosa, masa negra de algo misterioso que revoloteaba en el centro del cuadro, sobre tres líneas verticales azules y difusas, que flotaban en un fermento sin nombre. Era, en verdad, un cuadro viscoso, encenagado, pantanoso, capaz de enloquecer a un hombre que no tuviera los nervios bien firmes. Y sin embargo había en él una especie de indefinida, semilograda, inimaginable sublimidad que inmovilizaba al espectador, el cual, involuntariamente, se juraba a sí mismo no cejar hasta descubrir qué significaba ese cuadro portentoso. De cuando en cuando, una idea luminosa, pero por desgracia ilusoria, atravesaba el cerebro de ese espectador: «Es el Mar Negro durante una tempestad nocturna». «Es el combate antinatural de los cuatro elementos primordiales». «Es una hoguera maldita». «Es una escena invernal hiperbórea». «Es el torrente congelado del Tiempo que se precipita». Pero al fin todas esas fantasías se esfumaban ante ese algo portentoso que reinaba en medio del cuadro. Una vez descubierto qué era eso, el resto habría sido evidente. Pero, un momento... ¿no tiene eso una ligera semejanza con un pez gigantesco? ¿No recuerda al gran Leviatán?

En realidad, el propósito del artista parecía ése: teoría a la que al fin llegué basándome en parte sobre las opiniones sumadas de muchos ancianos con los cuales he hablado sobre el asunto. El cuadro representa un navío en el Cabo de Hornos, durante un terrible huracán: el navío, casi hundido, rola sin que no se pueda ver de él otra cosa que los tres mástiles desmantelados; y una ballena enfurecida está a punto de saltar sobre la nave, en el acto supremo de encajarse entre las tres cofas.

La pared opuesta de ese vestíbulo estaba enteramente cubierta por un despliegue pagano de mazas y lanzas monstruosas. Algunas estaban profusamente engastadas de dientes brillantes, parecidos a sierras de marfil; otras estaban empenachadas con matas de pelo humano; una tenía forma de hoz, con un mango enorme, arqueado como el trecho abierto, en la hierba recién cortada, por un segador de brazo muy largo. Se estremecía uno al mirarla, preguntándose qué monstruoso salvaje caníbal habría sido capaz de emprender una siega de muerte con un instrumento tan horripilante. Mezclados con todo eso había viejas lanzas y arpones herrumbrados, rotos, deformes. Algunas de esas armas eran famosas. Con aquella lanza —en otros tiempos larguísima, ahora absurdamente torcida—, cincuenta años antes Nathan Swain había matado quince ballenas entre la aurora y el atardecer. Y aquel arpón, ahora tan parecido a un sacacorchos, había sido arrojado en los mares de Java y arrebatado por una ballena, muerta años después frente al Cabo Blanco. El hierro original había entrado cerca de la cola; y como una inquieta aguja en el cuerpo de un hombre, había viajado cuarenta pies para ser descubierto, al fin, sepulto en la joroba.

Después de atravesar ese vestíbulo tenebroso, y avanzando por un pasaje de bóveda muy baja, abierto en lo que en otras épocas debió de ser una inmensa chimenea central, con hogares a la redonda, se entra en el salón común. Lugar aún más tenebroso, con tales vigas en la techumbre, bajas y pesadas, y tales maderos en el piso, viejos y rugosos, que cree uno estar en el vientre de un barco decrepito, especialmente en una noche como ésa, con semejantes aullidos, cuando la vieja arca anclada en la esquina se debate enfurecida. A un lado hay una mesa estante, larga y baja, cubierta de vitrinas rajadas, llenas de polvorientas curiosidades obtenidas en los rincones más remotos del inabarcable mundo. Y en el ángulo más alejado se destaca una guarida tenebrosa: el bar, burdo intento de reproducir una cabeza de ballena. Lo cierto es que allí se alza el enorme hueso arqueado del maxilar de la ballena, tan vasto que casi podría pasar un carruaje por debajo de él. Dentro, hay míseros estantes con filas de frascos, botellas, licoreras viejas. Y entre esas quijadas de rápida muerte se ajetrea como otro Jonás maldito (ése es el nombre que, en verdad, le dan) un minúsculo viejo arrugado que, a cambio de su dinero, vende cariñosamente a los marinos el delirio y la muerte.

Abominables son los vasos en que vierte su veneno. Aunque cilíndricos por fuera, por dentro los vasos verdes, perversamente centelleantes, se ahúsan engañosos hasta

el fondo, que es una trampa. Meridianos paralelos, toscamente grabados en el vidrio, circundan esos vasos de bandoleros. Llenar el vaso hasta esta marca, cuesta un penique; hasta esta otra, un penique más, y así sucesivamente, hasta colmar el vaso, la medida del Cabo de Hornos, que puede uno zamparse por un chelín.

Al entrar en ese sitio descubrí a una cantidad de marineros jóvenes, reunidos en torno a una mesa; examinaban bajo una luz difusa unas cuantas muestras de *skrimshander*. Me dirigí hacia el patrón. Le dije que deseaba un cuarto. Me contestó que la posada estaba llena: no quedaba una sola cama disponible.

—Pero... ¡un momento! —agregó, dándose una palmada en la frente—. Supongo que no tendrá inconveniente en compartir la manta de un arponero, ¿no es cierto? Como imagino que usted sale a pescar ballenas, le convendrá acostumbrarse a estas cosas.

Le dije que nunca me había gustado mucho dormir de a dos en una cama; que si tenía que hacerlo, todo dependería de quién fuese el arponero. Si él (el patrón) no tenía de veras otro lugar para mí y el arponero no era una calamidad, bueno... antes que seguir vagabundeando por una ciudad desconocida en una noche de perros como ésa, prefería compartir la manta de una persona decente.

—Sí, ya me lo figuraba. Está bien: siéntese. ¿Cena? ¿Quiere cenar? La cena estará lista enseguida.

Me senté en un viejo banco de madera, cubierto de incisiones, como un banco del Fuerte. En una punta, un viejo marinero rumiante seguía adornándolo con su navaja, inclinado y trabajando con diligencia en el espacio entre sus piernas. Probaba su mano tallando una nave con las velas desplegadas. Pero me pareció que no avanzaba mucho...

Al fin, cuatro o cinco de nosotros fuimos emplazados a recibir nuestra comida en un cuarto vecino. Hacía tanto frío como en Islandia. No había fuego: el patrón aseguró que no podía permitírselo. Nada, salvo dos téticas velas de sebo, cada una en un fanal. Nos habríamos contentado con abotonarnos los gabanes y llevarnos a la boca tazas de café hirviendo con nuestros dedos medio congelados. Pero la comida fue de las más sustanciosas: no sólo carne con patatas, sino también pasteles. ¡Cielos! ¡Pasteles para la cena! Un muchacho de gabán verde se precipitó sobre esos pasteles sin la menor consideración.

—Muchacho —dijo el posadero—, mira que esta noche tendrás una pesadilla terrible...

—Patrón —murmuré—, ¿no será éste el arponero?

—Oh, no —respondió el posadero, con expresión de diabólica alegría—. El arponero es un tipo de piel morena. Nunca come pasteles, nunca... no come más que bifes, y le gustan casi crudos...

—¡Al diablo! —exclamé—. ¿Y dónde está ese arponero? ¿Está aquí?

—No tardará en venir —fue la respuesta.

Sin poder evitarlo, empecé a recelar de ese arponero «de piel morena». De todos modos, me juré que si al fin tendríamos que dormir juntos, debería desnudarse y meterse en la cama antes que yo.

Acabada la comida, el grupo volvió al bar. Allí, sin saber qué hacer de mí mismo, decidí pasar el resto de la noche como espectador.

De pronto se oyó afuera una gritería. El posadero se puso de pie de un salto y exclamó:

—Es la tripulación del *Grampus*. Esta mañana vi que anunciaban su llegada en el muelle. Un viaje de tres años, con el barco cargado... ¡Viva, muchachos, nos traerán las últimas noticias de las islas Fiji!

En el vestíbulo se oyó ruido de botas de marinero; la puerta se abrió de golpe y una feroz banda de marineros se precipitó en el cuarto. Arropados en los hirsutos gabanes de guardia, con las cabezas envueltas en bufandas de lana, harapientos y hediondos, con las barbas erizadas de agujas de hielo, parecían una irrupción de osos del Labrador. Acababan de bajar a tierra y ésta era la primera casa donde entraban. No es de asombrarse, pues, que enfilaran derecho hacia el maxilar de la ballena —el bar—, donde el minúsculo y arrugado Jonás que allí oficiaba les sirvió una vuelta de vasos bien llenos. Uno de ellos se quejó de un mal resfrío de cabeza: Jonás le sirvió una poción de color pez, mezcla de ginebra y melaza que, juraba, era el remedio soberano para cualquier resfrío o catarro, por viejo que fuera o aunque se lo hubiese pescado ante la costa del Labrador o a barlovento de una isla de hielo.

El alcohol se les subió pronto a la cabeza, como suele ocurrir incluso con los bebedores más avezados cuando acaban de bajar a tierra, y todos empezaron a hacer las cabriolas más estrepitosas.

Sin embargo, observé que uno de ellos se mantenía algo aparte, y aunque parecía deseoso de no estropear la alegría de sus camaradas con la seriedad de su cara, en general se abstenía de hacer tanto ruido como los demás. Ese hombre me interesó de inmediato; y como los dioses del mar ya habían ordenado que habría de ser mi camarada de travesía (aunque sólo un compañero en las horas de sueño, en cuanto se refiere al presente relato), aventuraré aquí una breve descripción de él. Medía por lo menos seis pies de altura, tenía nobles hombros y el pecho como una caja fuerte. Pocas veces he visto tanto nervio y tanto músculo en un hombre. La cara, muy oscura y tostada; por contraste, sus blancos dientes centelleaban. Al mismo tiempo, en las profundas sombras de los ojos fluctuaba algún recuerdo que no parecía alegrarlo mucho. Su voz proclamaba enseguida que era un sureño y su hermosa estatura hacía pensar que quizá fuera uno de esos altos montañeses de los Alleghanies, en Virginia. Cuando el alboroto de sus camaradas llegó al punto máximo, este hombre se escabulló sin que repararan en él. No volví a verlo hasta que se convirtió en mi

camarada de nave. Pero al cabo de unos minutos, sus compañeros lo echaron de menos. Como por algún motivo especial parecía ser el favorito de todos, empezaron a clamar «¡Bulkington! ¡Bulkington! ¿Dónde está Bulkington?» y salieron como flechas de la posada en su busca.

Serían ya más o menos las nueve. El cuarto parecía semisumido en una quietud casi sobrenatural, después de esas orgías, y yo empecé a felicitarme por un plan que había urdido justamente antes de que entraran los marineros.

A ningún hombre le gusta dormir con otro en una cama. En verdad, ni siquiera nos gusta dormir con nuestro propio hermano. Y si se trata de dormir con un desconocido, en una posada desconocida, y ese desconocido es un arponero, nuestras objeciones se multiplican infinitamente. Ahora bien: no había ninguna razón en el mundo para que yo, como marinero, tuviese más obligación de compartir una cama que cualquier otro hombre, puesto que los marineros no duermen de a dos en los barcos más que los reyes solteros en tierra. Es cierto que duermen juntos en el mismo recinto, pero cada uno en su propia hamaca, cubierto por su propia manta y envuelto en su propia piel.

Cuanto más pensaba yo en el dichoso arponero, más abominaba de la idea de dormir con él. Era lícito presumir que, siendo arponero, su ropa interior, ya fuera de lana o de algodón, no habría de ser por cierto la más limpia y menos aún la más fina. Empecé a estremecerme. Además, se hacía ya muy tarde: mi respetable arponero ya habría debido estar de regreso, camino de la cama. Si se me presentaba en mi cama a medianoche, ¿cómo podría yo adivinar de qué horrible agujero había salido?

—¡Patrón! He cambiado de idea... No dormiré con ese arponero. Me las arreglaré en este banco, aquí...

—Haga como se le antoje. Lo siento, pero no puedo darle un mantel como colchón. Y la tabla del banco es muy áspera —agregó, palpando los nudos y hendiduras de la madera—. Pero ¡un momento! *Skrimshander*... Tengo un cepillo de carpintero aquí, en el bar. Espérese, le digo: le haré un sitio bastante cómodo.

Al decir esto, fue en busca del cepillo; limpió el polvo del banco con su viejo pañuelo de seda y después empezó a cepillar vigorosamente mi cama, haciendo muecas como un mono. Las virutas volaban a derecha e izquierda; al fin, la cuchilla tropezó contra un nudo indestructible. El posadero estuvo a punto de recalcarse la muñeca; le rogué que por el amor de Dios acabara con la cosa: la cama era bastante cómoda para mí y no sabía cómo podía convertirse una tabla de pino en un edredón, por más que se usaran todos los cepillos del mundo. Entonces el posadero recogió las virutas con otra mueca y después de echarlas en la gran estufa que se alzaba en mitad del cuarto se marchó para seguir con sus ocupaciones, dejándome sumido en honda cavilación.

Entonces tomé las medidas del banco y descubrí que le faltaba un pie de largo. Eso podía remediarse con una silla, pero también le faltaba un pie de ancho, y el otro

banco del cuarto era unos cuatro pies más alto que el elegido: no había manera de juntarlos. Entonces puse el primer banco a lo largo del único tramo libre que había en la pared, dejando un corto espacio entre ambos para encajar en él mi espalda. Pronto descubrí que desde la ventana me llegaba una corriente de aire tan fría que este plan era impracticable, sobre todo cuando otra corriente que provenía de la puerta mal cerrada se reunía con la de la ventana y ambas formaban una serie de remolinos en la vecindad inmediata del lugar donde había resuelto pasar la noche.

Que el diablo se lleve a ese arponero, pensé. Aunque... ¿no podía hacerle una jugarreta? ¿No podía cerrar la puerta por dentro, meterme en su cama y no despertarme ni bajo los llamados más violentos? No parecía mala idea. Pero después de reflexionar, la deseché. Porque ¿quién me aseguraba que a la mañana siguiente, no bien saliera yo del cuarto, no me encontraría con el arponero plantado ante la puerta y dispuesto a derribarme de un puñetazo?

Sin embargo, al mirar a mi alrededor sin ver la menor posibilidad de pasar una noche soportable, a menos de resignarme a compartir el lecho de otra persona, empecé a pensar que después de todo quizá tuviera prejuicios ilegítimos contra el desconocido arponero. Esperaré un poco, me dije; tendrá que llegar muy pronto. Entonces lo miraré bien y tal vez podamos ser buenos compañeros de cama, después de todo... ¿quién puede decirlo?

Pero aunque los demás huéspedes empezaron a llegar en grupos de a dos o de a tres para irse a la cama, no había señales de mi arponero.

—¡Patrón! —dije—. ¿Qué clase de tipo es éste? ¿Siempre vuelve tan tarde?

Ya eran casi las doce.

El posadero volvió a sonreír con su mueca de mono y pareció divertirse extraordinariamente con algo que superaba mi comprensión.

—No —respondió—. Generalmente es un pájaro madrugador... se levanta temprano y se acuesta temprano. Sí, piensa que al que madruga, Dios lo ayuda... Pero esta noche ha salido a vender sus mercancías, ¿entiende usted? No sé qué diablos lo ha entretenido tanto... a menos que no haya podido vender aún su cabeza, cosa muy posible.

—¿Vender su cabeza? ¡Qué clase de patraña me está contando! —exclamé, ardiendo de furia—. ¿Quiere usted decirme, patrón, que este arponero está tratando de vender su cabeza por la ciudad en este bendito sábado, que ya es la madrugada del domingo?

—Exactamente eso —repuso—. Aunque le dije que no podría venderla aquí: la plaza está abarrotada.

—¿De qué?

—De cabezas, por supuesto. ¿No hay demasiadas cabezas en el mundo?

—Escúcheme, patrón —le dije, con absoluta calma—. Haga el favor de acabar con esos cuentos. No soy un niño.

—Quizá no lo sea —dijo él, tomando una astilla y usándola como mondadientes—. Pero le aseguro que usted se las verá *negras* si este arponero se entera de que usted calumnia su cabeza.

—¡Yo se la romperé! —grité, abandonándome de nuevo a la furia que me producía el absurdo fárrago del posadero.

—Ya la tiene rota —dijo él.

—¡Rota! —dije—. ¿Ha dicho usted *rota*?

—Seguro. Y ese es el motivo por el cual no puede venderla, supongo.

—Patrón —le dije, frío como el monte Hecla en una tempestad de nieve—, patrón, deje en paz ese mondadientes. Usted y yo tenemos que entendernos, y sin hacer demasiadas historias. Yo llego a su posada y necesito una cama; usted me dice que sólo puede darme media cama, porque la otra mitad pertenece a un arponero. Y acerca de este arponero, a quien todavía no he visto, usted persiste en contarme los cuentos más absurdos y exasperantes, como para provocar en mí un sentimiento desagradable hacia el hombre que me destina como compañero de lecho (una clase de relación, señor posadero, que es de las más íntimas y confidenciales). Entonces le pido que se explique y me diga quién y qué cosa es el bendito arponero, y si estaré a salvo, en todo sentido, pasando la noche con él. Y en primer lugar, usted tendrá la gentileza de desmentir esa historia sobre la venta de su cabeza, porque si es cierta, me da pruebas suficientes de que el arponero está loco de remate (y no tengo la menor intención de dormir con un loco); y usted, señor, *usted*, digo, patrón, *usted*, señor mío, al inducirme deliberadamente a dormir con un loco, está cometiendo un delito penado por la ley.

—¡Vaya! —dijo el patrón aspirando el aire con fuerza—. Ese discurso que me ha espetado es bastante largo para un tipo como yo, que me doy el lujo de reír de cuando en cuando... Pero quédese tranquilo, quédese tranquilo. El arponero de quien le he hablado acaba de llegar de los Mares del Sur, donde ha comprado un lote de cabezas embalsamadas de Nueva Zelanda (cosa bastante curiosa, ¿no le parece?) y las ha vendido todas, salvo una. Ésa es la que trata de vender esta noche, porque mañana es domingo y no estaría bien andar vendiendo cabezas humanas por las calles, cuando la gente va a la iglesia. El domingo pasado quiso hacerlo, pero lo detuve justamente cuando salía de la puerta con cuatro cabezas enfiladas en una cuerda, como una ristra de cebollas.

Este informe aclaró el misterio hasta entonces inexplicable y demostró que el posadero, después de todo, no tenía intenciones de burlarse de mí... pero al mismo tiempo, ¿qué podía pensar yo de un arponero que pasaba en vela la noche de un

sábado hasta acercarse al sagrado Sabbath, ocupado en un negocio tan caníbal como la venta de las cabezas de unos idólatras muertos?

—Créame, patrón: ese arponero es un individuo peligroso.

—Paga regularmente —fue la respuesta—. Pero venga... será mejor que vire para otro lado: tendrá una cama excelente. Sall y yo dormimos en ella la noche de nuestras bodas. En esa cama hay bastante espacio como para que los dos tiren puntapiés. Es una enorme cama omnipotente. ¿Sabe una cosa? Antes de que dejáramos de usarla, Sall solía poner a nuestro Samuel y al pequeño Johnny a sus pies. Pero una noche me puse a soñar, estiré los brazos y las piernas y tuvimos que ir a buscar a Sam al suelo. Estuvo a punto de romperse un brazo. Después de eso, Sall dijo que había que buscar otro arreglo. Venga por aquí, se la mostraré enseguida.

Al decir esto, prendió una vela y la acercó a mí, ofreciéndose para mostrarme el camino. Pero yo permanecí indeciso. De pronto, el posadero miró un reloj en un rincón y exclamó:

—¡Pero si ya es domingo! Esta noche no verá usted al arponero. Debe de haber anclado en alguna parte... Venga, pero venga usted. ¿No quiere venir?

Pensé un minuto y al fin empezamos a subir la escalera. El posadero me introdujo en un cuarto pequeño, frío como un molusco y amueblado con un lecho prodigioso, casi tan grande como para que durmieran en él cuatro arponeros tendidos boca arriba.

—Bueno, aquí estamos... —dijo el posadero, depositando la bujía sobre un viejo arcón de viaje desvencijado que cumplía el doble servicio de soporte de palangana y de mesa central—. Ahora póngase cómodo, y que pase muy buenas noches.

Retiré el cobertor y me incliné sobre el lecho. Aunque no era de los más elegantes, sobrellevó bastante bien el escrutinio. Después eché una mirada en torno al cuarto. Aparte de la cama y la mesa central, no pude ver otro mobiliario que pareciera propio de ese lugar, salvo una tosca estantería, las cuatro paredes y una mampara de chimenea de papel pintado que representaba a un hombre en el momento de herir a una ballena. Entre los objetos que no parecían propios del cuarto, había una hamaca enrollada en un rincón, y también un enorme bolso de marinero, que contenía el guardarropa del arponero y sin duda hacía las veces de baúl terrestre. Además, sobre la repisa de la chimenea había un conjunto de exóticos anzuelos hechos con huesos de pescado y un enorme arpón a la cabecera del lecho.

Pero ¿qué era esto que veía sobre el arcón? Lo tomé y lo acerqué a la luz, lo palpé, lo olí e hice todos los intentos posibles para llegar a una conclusión satisfactoria acerca de su naturaleza. No puedo compararlo sino con un ancho felpudo, adornado en los bordes con cortos flecos tintineantes, semejantes a las púas manchadas de puercoespines en torno a un mocasín indio. En el medio tenía un agujero o hendidura, como los que se ven en los ponchos sudamericanos. Pero ¿era posible que un austero arponero se deslizase dentro de un felpudo y desfilara por las calles de una ciudad

cristiana con esa clase de atavío? Me lo puse, para probarlo: pesaba como plomo, pues era muy espeso e hirsuto y, según me pareció, algo húmedo, como si el misterioso arponero lo hubiese llevado en un día de lluvia. Me acerqué a un pedazo de espejo fijado a la pared, y nunca vi un espectáculo igual en mi vida. Me lo arranqué de encima con tal prisa que sentí un retorcijón en el cuello.

Me senté al borde de la cama y me puse a pensar en este arponero vendedor de cabezas, y en su felpudo. Después de meditar un rato, me levanté, me quité el gabán y permanecí en medio del cuarto, lleno de cavilaciones. Después me quité la chaqueta y pensé un rato más, en mangas de camisa. Pero empecé a sentir frío, semivestido como estaba, y recordando que el posadero había anunciado que el arponero no regresaría esa noche, puesto que ya era muy tarde, dejé de preocuparme, me quité los pantalones y las botas, soplé la bujía, me arrojé en la cama y me encomendé a la protección divina.

No puedo decir si ese colchón estaba relleno con mazorcas de maíz o con cacharros rotos, pero lo cierto es que lo pasé revolviéndome en la cama y tardé un largo rato en dormirme. Al fin me deslicé en una leve somnolencia y ya zarpaba hacia las tierras del sueño, cuando oí fuertes pisadas en el corredor y vi por debajo de la puerta una luz que se acercaba al cuarto.

Dios me salve, pensé, éste debe de ser el arponero, el infernal vendedor de cabezas. Pero permanecí inmóvil, resuelto a no decir palabra hasta que él me hablara. Con una luz en una mano y en la otra esa famosa cabeza de Nueva Zelanda, el extraño entró en el cuarto y sin mirar hacia el lecho, depositó la bujía sobre el suelo, en un rincón lejos de mí, y empezó a afanarse con los nudos del gran bolso de que ya he hablado. Yo estaba ansioso por verle la cara, pero el recién llegado la mantuvo apartada de mí mientras se dedicó a abrir la boca del bolso. Cuando lo consiguió, se volvió y... ¡Dios santo, qué espectáculo! ¡Qué cara! Era de un color oscuro, purpúreo, amarillento, con grandes parches negruzcos aquí y allá. Sí, lo que me había imaginado: un terrible compañero de cama. Ha estado metido en una riña, me dije, lo han tajeado horriblemente y aquí está, recién llegado de la casa del cirujano. Pero en ese preciso instante el extranjero volvió hacia la luz la cabeza y pude ver claramente que esos parches negros que tenía en la cara no podían ser telas adhesivas. Eran manchas, aunque no podía adivinar su origen. Al principio no supe qué pensar, pero de pronto se me ocurrió algo. Recordé la historia de un blanco, también ballenero, que había caído en manos de los caníbales y había sido tatuado por ellos. Deduje que este arponero, durante alguno de sus remotos viajes, debía haber corrido una aventura semejante. ¡Pero qué importa esto, después de todo!, pensé. Es sólo su exterior. Un hombre puede ser honrado bajo cualquier piel. Pero qué decir de ese cutis inhumano, quiero decir de esa parte que rodeaba los tatuajes, absolutamente independiente de ellos. Sin duda se trataba de una buena capa de tostado tropical; pero nunca he

sabido que el sol diera a un hombre blanco ese tono amarillo purpúreo. Pero yo nunca había estado en los Mares del Sur; quizá el sol produjera en esas lejanías efectos a tal punto extraordinarios sobre la piel. Lo cierto es que mientras todas esas ideas me pasaban como relámpagos por la mente, el arponero ni siquiera reparó en mí. Pero después de abrir con cierta dificultad el bolso, empezó a hurgar en él y al fin sacó un hacha india y una tabaquera de piel de foca, con el pelo aún adherido. Puso ambos objetos sobre el arcón, en el centro del cuarto, y después tomó la cabeza de Nueva Zelanda —cosa bastante horrible de ver, por cierto— y la metió en el bolso. Entonces se quitó el sombrero —un sombrero nuevo, de castor— y apenas pude retener una exclamación ante la nueva sorpresa que me estaba reservada. El individuo no tenía un solo pelo en la cabeza —o por lo menos un pelo del que valiera la pena hablar—, salvo un mechón anudado sobre la frente. Esa cabeza rapada y cobriza parecía un cráneo enmohecido. Si el extraño no se hubiese interpuesto entre el lecho y la puerta, me habría precipitado hacia ella con mucha más prisa de la que siempre llevo hacia la comida.

A pesar de todo, pensé en la posibilidad de escabullirme por la ventana, pero estábamos en el segundo piso. No soy un cobarde, pero qué podía pensar de ese vendedor de cabezas, de este bandido purpúreo: era un problema que superaba mi comprensión. La ignorancia es la madre del miedo y como me sentía totalmente estupefacto y confuso ante el extranjero, debo confesar que en ese momento le tuve tanto miedo como si el diablo en persona hubiese irrumpido en mi cuarto en mitad de la noche. En verdad, estaba a tal punto aterrorizado que no encontraba valor para hablarle y pedirle una respuesta satisfactoria sobre tantas cosas inexplicables.

Mientras tanto, el extraño seguía su tarea de desvestirse y al fin exhibió el torso y los brazos. Como que es cierto que vivo, esas partes hasta entonces cubiertas estaban enteramente marcadas con los mismos cuadrados que la cara; hasta en la espalda los tenía. Ese individuo parecía haber luchado en una Guerra de Treinta Años y haber escapado de ella con una camisa de apósitos... Más aún: hasta las piernas las tenía marcadas, como si una turba de ranas color verde oscuro trepara por esos troncos de jóvenes palmeras. Ahora resultaba evidente que era un abominable aborigen embarcado en un ballenero de los Mares del Sur y depositado al fin en este país cristiano. Me estremecí al pensar esto. ¡Y para colmo, un vendedor de cabezas! Quizá fueran las cabezas de sus propios hermanos... Podía entusiasmarse con la mía... ¡Santo Dios, cuidado con esa hacha!

Pero no tuve demasiado tiempo para estremecerme, porque el salvaje se entregó a una faena que me fascinó por completo y me persuadió definitivamente de que, en verdad, era un pagano. Se dirigió a su pesado gabán, o capote, o coraza —que había colgado de una silla—, hurgó en los bolsillos y al fin sacó una curiosa figurilla deformada, con una giba en la espalda que tenía exactamente el mismo color que una

criatura congoleza de tres días de edad. Pensé en la cabeza embalsamada y se me ocurrió que ese muñeco negro podía ser un niño de verdad, conservado de manera semejante. Pero al ver que no era flexible y brillaba como el ébano lustrado, deduje que no podía ser sino un ídolo de madera, cosa que resultó cierta. Ahora el salvaje se dirige hacia la chimenea vacía, aparta la mampara de cartón y pone esa figurilla gibosa de pie entre los hierros del hogar, como un palo del juego de bolos. Las jambas de la chimenea y todos los ladrillos del interior estaban tan tiznados que ese hogar me pareció un templo o capilla muy adecuada para el ídolo congolés.

Lleno de inquietud, clavé los ojos en la figurilla semioculta, aguardando lo que sucedería. El salvaje tomó del bolsillo de su gabán un doble puñado de virutas y las depositó cuidadosamente frente al ídolo; después puso encima de ellas un pedazo de galleta marinera, acercó la llama de la vela y encendió con las virutas una hoguera sacrificial. Al fin, después de muchos veloces manotones al fuego y de aún más veloces retiradas de los dedos (con lo cual demostraba que se los quemaba malamente), logró sacar la galleta; después, soplándole de encima el calor y las cenizas, la ofreció cortésmente al ídolo. Pero el pequeño demonio no pareció nada deslumbrado por esa suerte de alimento seco; ni siquiera movió los labios. Todo ese extraño ritual fue acompañado por unos ruidos guturales aún más extraños emitidos por el devoto, que parecía rezar en una cantilena o cantar alguna salmodia pagana, contrayendo la cara del modo más insólito. Al fin apagó el fuego, recogió el ídolo sin ninguna ceremonia y volvió a meterlo en el bolsillo del gabán con tanto descuido como un cazador que embolsa una becacina muerta.

Todas esas extravagancias acrecentaron mi inquietud y al ver que el salvaje exhibía obvios síntomas de terminar sus tareas para meterse en la cama conmigo, pensé que había llegado el momento —ahora o nunca—, antes de que apagara la luz, de romper el hechizo que me había inmovilizado durante tanto tiempo.

Pero el intervalo que dejé pasar mientras pensaba qué podía decirle fue fatal. El salvaje tomó el hacha de la mesa, examinó por un instante su cabeza, la acercó a la luz, pegó los labios al mango y echó grandes bocanadas de humo de tabaco. Un segundo después se apagó la luz y el salvaje caníbal, con el hacha entre los dientes, se metió en la cama a mi lado. Pegué un grito: esta vez no pude contenerme. El salvaje, con un súbito gruñido de asombro, empezó a tantearme.

Balbuciendo algo, no sabía qué, rodé por el lecho hacia la pared para alejarme de él, y entonces lo conjuré —fuera lo que fuere o quien fuese— a que se quedase quieto, me dejara levantar y encender de nuevo la luz. Pero sus respuestas guturales me indicaron enseguida que apenas entendía mis palabras.

—¿Quién diablos tú? —dijo al fin—. ¡No hablar, condenado, yo matarte!

Al decir eso, el hacha encendida empezó a revolotear en torno de mí en la oscuridad.

—¡Patrón! ¡Por el amor de Dios, Peter Coffin! —aullé—. ¡Patrón! ¡Auxilio! ¡Coffin! ¡Ángeles del cielo! ¡Salvadme!

—¡Hablar tú! ¡Decirme quién ser o yo matarte, condenado! —volvió a rugir el caníbal, mientras los horribles revoloteos del hacha desparramaban a mi alrededor calientes cenizas de tabaco, al punto que temí que las sábanas se encendieran. Gracias a Dios, el posadero entró en el cuarto luz en mano: salté de la cama y corrí hacia él.

—No tenga miedo —dijo, riendo de nuevo—. Queequeg no le tocará un pelo de la cabeza...

—¡Deje de reírse! —grité—. ¿Por qué no me dijo que este infernal arponero era un caníbal?

—Pensé que lo sabría... ¿no le dije que andaba vendiendo cabezas por la ciudad? Pero dé otro coletazo y váyase a dormir. Queequeg, óyeme bien: tú entenderme, yo entenderte... este hombre duerme, tú, ¿tú entenderme?

—Yo entender todo —gruñó Queequeg, chupando su pipa y sentándose en la cama.

—Tú meterte aquí —agregó, apuntándome con el hacha y apartando las mantas. Hizo ese ademán de un modo no sólo cortés, sino en verdad benévolo y caritativo. Me quedé mirándolo un instante. A pesar de todos sus tatuajes era un caníbal limpio y hasta apuesto. Qué alboroto he armado..., me dije. Este hombre es tan humano como yo: tiene tantos motivos para temerme como yo para temerlo. Es mejor dormir con un caníbal sobrio que con un cristiano borracho.

—Patrón —dije—, dígle que deje esa hacha o pipa o como quiera llamarla; dígle que deje de fumar y me meteré en la cama con él. No me entusiasma la idea de tener a un hombre fumando en la cama conmigo. Es peligroso. Y además, no estoy asegurado.

Todo eso le fue comunicado a Queequeg, que accedió de inmediato a mi pedido y volvió a indicarme cortésmente que me metiera en la cama, apartándose en ella hacia un lado como para decirme «No le tocaré siquiera una pierna».

—Buenas noches, patrón —dije—. Puede usted irse.

Subí al lecho y nunca dormí mejor en mi vida.

IV. EL CUBRECAMA

A la mañana siguiente, al despertarme cerca del alba, descubrí que Queequeg había echado un brazo sobre mí del modo más tierno y afectuoso. Se habría podido pensar que yo era su mujer. El cubrecama era uno de esos formados por retazos, lleno de cuadrados y triángulos abigarrados y multicolores. Y ese brazo tatuado con un interminable laberinto cretense en el cual no había dos partes que tuvieran el mismo matiz (cosa que, imagino, se debía al hecho de haber expuesto el brazo al sol y a la sombra sin método alguno, con la manga de la camisa recogida a diferente altura en cada ocasión), ese brazo, decía, parecía una tira de ese mismo cubrecama hecho de retazos. En verdad, como parte del brazo yacía sobre el cubrecama cuando me desperté, apenas pude distinguir el uno del otro, a tal punto se fundían sus colores; sólo descubrí que Queequeg me abrazaba al percibir el peso y la presión de su brazo.

Mis sensaciones eran extrañas. Intentaré explicarlas. Cuando era niño, recuerdo una circunstancia muy similar: si fue realidad o sueño, nunca he podido aclararlo del todo. La circunstancia fue ésta. Había hecho alguna travesura (creo que intentaba trepar por la chimenea, como lo había visto hacer el día antes a un pequeño deshollinador) y mi madrastra que, por un motivo u otro, siempre me azotaba o me mandaba a la cama sin comer, mi madrastra, digo, me arrastró por los pies fuera de la chimenea y me mandó una vez más a la cama, aunque sólo eran las dos de la tarde del 21 de junio, el día más largo del año en nuestro hemisferio. Me sentí desdichado. Pero no había remedio, de modo que subí las escaleras hasta mi cuartucho en el tercer piso, me desvestí lo más despacio que pude para matar el tiempo y con un amargo suspiro me deslicé entre las sábanas.

Así me quedé, calculando con desánimo las dieciséis horas enteras que debían pasar antes de que pudiera esperar una resurrección. ¡Dieciséis horas en la cama! ¡Cada centímetro de la espalda me dolía al pensar en eso! Y todo era tan lindo, al mismo tiempo... El sol brillaba en la ventana, se oía el estrépito de los coches en las calles y un sonido de voces alegres por toda la casa. Me sentía cada vez peor. Al fin me levanté, me vestí y bajé sin hacer ruido, en calcetines. Fui en busca de mi

madrastra, me eché súbitamente a sus pies y le supliqué que, como favor especialísimo, me diera una buena tunda por mi conducta: cualquier cosa, en lugar de condenarme a la cama durante un lapso tan insoportable. Pero mi madrastra era la mejor, la más consciente de las madrastras, y de nuevo fui a parar a la cama. Durante varias horas permanecí totalmente despierto, sintiéndome mucho peor de lo que nunca me he sentido desde entonces, incluso en las peores desdichas subsiguientes. Al fin debí de caer en una somnolencia agitada como una pesadilla. Desperté lentamente, con los pies aún metidos en el sueño, abrí los ojos: el cuarto, antes iluminado por la luz del sol, estaba ahora sumido en la más profunda oscuridad. Súbitamente sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo entero: nada se veía, nada se oía, pero una mano sobrenatural parecía haberse posado sobre la mía. Mi brazo pendía sobre el cubrecama y la forma o fantasma sin nombre, inimaginable y silenciosa, a la cual pertenecía la mano parecía sentada muy cerca de mi cama. Durante un lapso que me pareció de siglos y siglos, permanecí allí, congelado por los terrores más espantosos, sin atreverme a retirar la mano y pensando, al mismo tiempo, que si podía moverla siquiera una pulgada rompería el hechizo. No sé cómo la conciencia de esta sensación desapareció de mí; pero al despertarme por la mañana, la recordé estremeciéndome y después, durante días, semanas, meses, me perdí en exasperantes intentos para explicarme el misterio. Y aún hoy sigue intrigándome.

Ahora bien: salvo el espantoso terror, mis sensaciones al sentir la mano sobrenatural sobre la mía eran muy semejantes, en su extrañeza, a las que experimenté cuando desperté y vi el brazo pagano de Queequeg posado sobre mí. Pero al fin todos los sucesos de la noche pasada volvieron claramente a mí, unos tras otros, innegablemente reales, y entonces sólo percibí la comicidad de esa situación absurda. Pues aunque traté de moverle el brazo —de aflojar su abrazo conyugal— Queequeg, dormido como estaba, me abrazaba con más fuerza, como si nada salvo la muerte pudiera separarnos. Entonces procuré despertarlo: «¡Queequeg!». Su única respuesta fue un ronquido. Entonces me volví, con el pescuezo como metido en la cuellera de un caballo, y de pronto sentí un leve rasguño. Aparté el cubrecama: allí estaba el hacha, durmiendo junto al salvaje, como si hubiera sido una criatura de cara afiladísima. Qué buena situación, pensé. ¡Metido en la cama, en una casa extraña, en pleno día, con un caníbal y un hacha!

—¡Queequeg, por Dios, Queequeg, despiértate!

Al fin, después de muchas contorsiones y de fuertes e incesantes exordios acerca de la inconveniencia de ese abrazo tan marital dado a un camarada masculino, logré arrancarle un gruñido; y pronto retiró el brazo, se sacudió como un perro de Terranova recién salido del agua y se sentó en la cama, rígido como una estaca, mirándome y restregándose los ojos como sin recordar de qué modo había llegado yo a ese lugar, aunque la vaga conciencia de que sabía algo sobre mí pareció ir creciendo lentamente

en él. Mientras tanto, yo permanecía inmóvil, contemplándolo, esta vez sin hacerme ideas absurdas, observando cuidadosamente a tan curioso personaje. Al fin, cuando pareció convencido en cuanto a la índole de su compañero de cama y, por así decirlo, se reconcilió con ese hecho, saltó al suelo y mediante determinadas señas y sonidos me dio a entender que, si me parecía bien, se vestiría primero y después me dejaría para que yo pudiera vestirme, con todo el cuarto a mi disposición. Pienso yo, oh Queequeg, que dadas las circunstancias ésta es una *ouverture* muy civilizada. Pero la verdad es que estos salvajes tienen un sentido innato de la delicadeza, dígame lo que se quiera de ellos; es maravilloso hasta qué punto son esencialmente corteses. Hago este especial cumplido a Queequeg porque me trató con extrema urbanidad y consideración: a mí, culpable de tan enorme grosería, puesto que me quedé mirándolo desde la cama y siguiendo cada movimiento de su arreglo matinal. En ese momento, mi curiosidad superaba a mi buena educación. Pero hay que admitir que un hombre como Queequeg no se ve todos los días: él y sus actitudes justificaban una atención insólita.

Empezó por vestirse desde arriba, poniéndose el sombrero de castor (un sombrero muy alto, entre paréntesis) y después, aún sin pantalones, se dedicó a la caza de sus botas. Para qué diablos lo hizo, no puedo decirlo, pero su gestión inmediata fue meterse debajo de la cama con las botas en la mano y el sombrero en la cabeza. Por sus violentos jadeos y forcejeos, deduje que luchaba por calzarse, aunque no conozco ninguna ley de pudor que imponga a un hombre una intimidación absoluta cuando se pone las botas. Pero Queequeg, como ustedes ya han advertido, era un ser en período de transición: ni oruga, ni mariposa. Era, sencillamente, lo bastante incivilizado como para revelar su singularidad del modo más extraño que pueda concebirse. No había terminado aún su educación. Estaba aún en la escuela primaria. De no haber adquirido cierta civilización, sin duda no se habría preocupado por usar botas; pero si no hubiera sido todavía un salvaje, no habría soñado con meterse bajo la cama para ponérselas. Al fin salió a la luz con el sombrero abollado y calado hasta los ojos y empezó a crujir y a cojear por el cuarto, como si, no habituado aún a sus botas, ese par de cuero vacuno, húmedo y arrugado —y muy probablemente, ni siquiera hecho a su medida—, lo punzara y atormentara en el alba de aquella mañana tan fría.

Al observar que la ventana no tenía cortinas y la calle era muy estrecha, de modo que la casa opuesta gozaba de una vista total de nuestro cuarto, y al reparar cada vez más en la figura indecorosa que ofrecía Queequeg, paseándose con muy pocas ropas, fuera del sombrero y las botas, le supliqué como pude que acelerara su arreglo y, sobre todo, que se pusiera los pantalones lo antes posible. Accedió, y después procedió a lavarse. A esa hora de la mañana, cualquier cristiano se habría lavado la cara; ante mi estupor, Queequeg se contentó con limitar sus abluciones al pecho, los brazos y las manos. Después se puso el chaleco y tomando un pedazo de jabón duro

de la palangana depositada sobre la mesa central, lo hundió en el agua y empezó a frotarse con él la cara. Yo aguardaba para ver dónde tenía la navaja, pero qué imaginan ustedes... Queequeg toma el arpón vecino al lecho, le quita el largo astil de madera, desenfunda la punta, la afila un poco contra una de sus botas, se acerca a grandes zancadas al pedazo de espejo fijado a la pared y comienza a rasurarse —o más bien a arponearse— vigorosamente las mejillas. ¡Vaya, Queequeg, esto sí que es hacer un uso desmedido de la mejor cuchillería de Rogers! Después me asombré menos cuando llegué a saber de qué fino acero está hecha la punta de un arpón y hasta qué punto se mantienen afilados sus cantos largos y rectos.

El resto de su arreglo matinal acabó pronto, y Queequeg salió orgulloso del cuarto, envuelto en su enorme gabán y blandiendo su arpón como un bastón de mariscal.

V. DESAYUNO

Lo imité sin demora y me acerqué de muy buen ánimo al sonriente posadero. No le guardaba rencor, aunque me había tomado bastante el pelo con toda esta historia de mi compañero de cama.

Sin embargo, una carcajada es cosa excelente, aunque muy poco habitual, lo cual es una lástima. De modo que si un hombre ofrece en su propio pellejo materia para una buena broma, que no se amilane: al contrario, préstese a ella y deje que se la gasten sin reparar en gastos. Y estén ustedes seguros de que el hombre que lleva en sí algo risible tiene mucho más de lo que nadie imagina.

El bar estaba lleno de huéspedes que habían ido llegando la noche anterior y que todavía no había visto bien. Casi todos eran balleneros: oficiales primeros, segundos y terceros; carpinteros, caldereros y herreros navales; arponeros y vigías: una banda atezada y robusta, con barbas selváticas; un conjunto intenso e hirsuto que usaba gabanes en lugar de batas mañaneras.

Era muy fácil adivinar cuánto tiempo hacía que habían desembarcado. La sana mejilla de este muchacho es como una pera madurada al sol, y se diría que tiene su mismo perfume musgoso: no hará siquiera tres días que ha desembarcado del barco que lo llevó a las Indias. El hombre vecino a él parece un tono más claro: se diría que tiene un reflejo de corteza de áloe. En la piel de un tercero aún perdura el bronceado tropical, pero ya algo desleído: sin duda, hace semanas que está en tierra. Pero ¿quién podría mostrar una mejilla como Queequeg? Animada por los matices más diversos, parecía la ladera occidental de los Andes, que reúnen en un mismo paisaje los climas más opuestos, zona tras zona.

—¡El desayuno! —gritó de pronto el posadero, abriendo de par en par una puerta.

Y al desayuno nos precipitamos.

Dicen que los hombres que han visto mucho mundo, por lo mismo son muy desenvueltos en sus maneras y muy dueños de sí cuando están en compañía. Pero no siempre: Ledyard, el gran viajero de Nueva Inglaterra, y Mungo Park, el escocés, eran entre todos los hombres, los menos seguros de sí en un salón. Pero acaso la simple

travesía de Siberia en un trineo arrastrado por perros que hizo Ledyard, o la larga recorrida solitaria, con el estómago vacío, en el negro corazón de África, que fue la más alta hazaña del pobre Mungo, esta clase de viajes, digo, quizá no sea el mejor modo de adquirir los mejores modales. Sin embargo, en general esto es algo que siempre se encuentra en cualquier parte.

Hago estas reflexiones porque cuando nos sentamos a la mesa y ya me disponía a oír alguna buena historia sobre la pesca de ballenas, ante mi no pequeña sorpresa casi todos observaron un profundo silencio. Y no sólo eso: además, parecían incómodos. Sí, había allí un conjunto de lobos de mar, muchos de los cuales, sin asomo de timidez, habían abordado grandes ballenas en los mares profundos —totalmente desconocidos para ellos— y las habían retado a un duelo a muerte sin parpadear; y sin embargo, sentados allí a la mesa común del desayuno, aun siendo todos del mismo oficio, todos de gustos afines, se miraban unos a otros como corderos que nunca se hubieran alejado de algún rebaño entre las Montañas Verdes. Curioso espectáculo, ojos tímidos, guerreros de ballenas ruborizados...

En cuanto a Queequeg, qué les parece... Queequeg estaba sentado entre ellos, y nada menos que a la cabecera: frío como un pedazo de hielo. Por cierto que no puedo decir mucho de su buena educación. Ni siquiera su más ardiente admirador habría justificado sinceramente que llevara consigo el arpón a la mesa del desayuno y que lo usara sin el menor reparo: lo tendía sobre la mesa, con riesgo inminente de muchas cabezas, y así pescaba las chuletas. Pero lo hacía con mucha frialdad y todos sabemos que en opinión de muchas personas hacer algo con frialdad es hacerlo con buenas maneras.

No hablaremos aquí de todas las peculiaridades de Queequeg; de cómo se abstenía del café y los panecillos calientes y concentraba toda su atención en la carne casi cruda. Bastará con decir que terminado el desayuno, se retiró con los demás a la sala común, encendió su pipa-hacha y allí permaneció sentado, digiriendo tranquilamente y fumando con su inseparable sombrero puesto, mientras yo salí para dar un paseo.

VI. LA CALLE

Si me había quedado estupefacto al descubrir a un individuo tan exótico como Queequeg circulando entre la sociedad civilizada de una ciudad moderna, ese estupor pronto se desvaneció durante mi primer paseo diurno por las calles de Nueva Bedford.

En las calles vecinas a los muelles, cualquier puerto de mar más o menos importante suele ofrecer a la vista los tipos más estrafalarios llegados de tierras remotas. Hasta en Broadway y en Chestnut Street marineros del Mediterráneo se rozan con las asustadas damas. Regent Street no es desconocida a los malayos y birmanos, y en Bombay, en el Apolo Green, vivaces yanquis han asustado con frecuencia a los nativos. Pero Nueva Bedford aventaja a todas las Water Street y Wapping. En estos lugares sólo se ven marineros; pero en Nueva Bedford verdaderos caníbales charlan en las esquinas, salvajes auténticos, muchos de los cuales llevan sobre sus huesos carne pagana. Forman un espectáculo muy extraño.

Pero además de los nativos de las islas Fiji, las Tonga, Erronango, Pannan o Bright, y aparte de los terribles ejemplares de la pesca ballenera que andan distraídamente por las calles, pueden verse espectáculos aún más curiosos, y sin duda más cómicos. A esa ciudad llegan semanalmente docenas de muchachos de Vermont y Nueva Hampshire, ansiosos de ganancia y gloria en la pesca. Casi todos son jóvenes y corpulentos; muchachos que han abatido selvas y ahora procuran reemplazar el hacha por la lanza. Muchos de ellos son tan verdes como las Montañas Verdes de donde provienen. Para algunas cosas parecen tener unas pocas horas de edad. ¡Miren a ese que se pavonea en la esquina! Lleva sombrero de castor, chaqueta con faldones ceñida con un cinturón de marinero y cuchillo envainado. Aquí llega otro con un sombrero de tela impermeable y capa de bombasí.

Ningún elegante de ciudad puede compararse con un elegante de campo —me refiero al verdadero patán—: un tipo que, durante la canícula, es capaz de arar sus dos acres con guantes de gamuza para no tostarse las manos. Ahora bien, cuando a un lechuguino de éstos se le mete en la cabeza hacerse una reputación distinguida y emprende la gran pesca ballenera, son de verse las cosas cómicas que hace no bien

llega al puerto. Al encargarse su equipo mariner, pide botones de bronce para su chaleco y trabillas para sus pantalones. ¡Ah, pobre Semilla de Heno! ¡Qué triste será cuando las trabillas salten al primer ulular de la borrasca, cuando la tempestad te devore con trabillas, botones y todo lo demás!

Pero no deben ustedes creer que esta famosa ciudad sólo tiene arponeros, caníbales y patanes para mostrar a sus visitantes. De ningún modo. Pero hay que admitir que Nueva Bedford es un lugar extraño. De no haber sido por nosotros, los balleneros, ese pedazo de tierra quizá estaría hoy en una condición tan lamentable como la costa del Labrador. A decir verdad, parte de la campiña interior puede asustar a cualquiera, con su aire de desolación. La ciudad misma es, quizá, el lugar más caro de toda Inglaterra. Es la tierra del aceite, sin duda, pero no como Canaán, que es también la tierra del trigo y del vino. No corre leche por las calles; tampoco las pavimentan con huevos frescos en primavera. A pesar de todo esto, en ninguna otra parte de Norteamérica se encontrarán más casas patricias, parques y jardines más opulentos que en Nueva Bedford. ¿De dónde provienen? ¿Cómo los plantaron en lo que alguna vez fue tan sólo un árido montón de escoria?

Contemplan ustedes esos emblemáticos arpones de hierro en torno de aquel palacio imponente, y la pregunta encontrará su respuesta. Sí: todas esas casas arrogantes, esos jardines floridos provienen del Atlántico, el Pacífico, el Índico. Desde la primera hasta la última, todas fueron arponeadas y arrastradas hasta aquí desde el fondo del mar. ¿Acaso herr Alexander podría hacer una hazaña como ésta?

Dicen que en Nueva Bedford los padres dan ballenas como dote a sus hijas y regalan a cada uno de sus sobrinos unas cuantas marsopas. Tienen ustedes que ir a Nueva Bedford para ver una boda espléndida, porque según cuentan, todos tienen reservas de aceite en sus casas y cada noche se queman sin economía velas de esperma.

Durante el verano, la ciudad es muy agradable de ver, llena de arces maravillosos, en largas avenidas verdes y doradas. Y en agosto, altos en el aire, los hermosísimos y generosos castaños de la India, semejantes a candelabros, ofrecen al paseante sus conos ahusados y erguidos, tupidos de flores. Tan omnipotente es el arte que en muchas zonas de Nueva Bedford han hecho deslumbrantes terrazas de flores sobre las estériles rocas de desecho, puestas de lado en el último día de la creación.

Y las mujeres de Nueva Bedford florecen como sus rosas rojas. Pero las rosas sólo florecen en verano, mientras que el delicado rubor de sus mejillas es perenne como el resplandor del sol en el séptimo cielo. Encontrar en otra parte una lozanía comparable es imposible, salvo en Salem donde, me dicen, las jóvenes exhalan tal perfume que los novios marineros las sienten a millas de distancia de la costa, como si se acercaran a las fragantes Molucas y no a las arenas puritanas.

VII. LA CAPILLA

En la misma Nueva Bedford hay una Capilla de Balleneros; y son pocos los taciturnos pescadores que, a punto de partir para el Océano Índico o el Pacífico, no hacen una visita matinal a ese lugar. No fui de esos pocos, naturalmente.

Cuando regresé de mi primer paseo matinal, volví a salir con ese especial propósito. El cielo, poco antes claro y brillante, aunque frío, estaba ahora nublado y nevoso. Arropándome en el hirsuto gabán hecho con ese paño que se llama piel de oso, luché para abrimme camino contra la obstinada tormenta. Al entrar en la capilla, encontré una dispersa y breve congregación de marineros, y unas cuantas mujeres y viudas de marineros. Reinaba en el lugar un silencio sofocado, apenas interrumpido, de cuando en cuando, por los aullidos de la ventisca. Cada uno de los silenciosos fieles parecía haberse sentado aparte de los demás, como si cada silencioso dolor hubiera sido aislado e incommunicable. El capellán no había llegado aún; y esas islas silenciosas de hombres y mujeres permanecían inmóviles, mirando intensamente varias lápidas de mármol, orladas de negro, fijadas en la pared a cada lado del púlpito. Tres de ellas decían más o menos lo siguiente (no pretendo citar textualmente):

EN MEMORIA DE

JOHN TALBOT

QUIEN, A LA EDAD DE DIECIOCHO AÑOS, SE PERDIÓ

EN EL MAR CERCA DE LA ISLA DE LA DESOLACIÓN,

FRENTE A LA PATAGONIA,

EL 1.º DE NOVIEMBRE DE 1836.

SU HERMANA DEDICA ESTA LÁPIDA A SU RECUERDO.

EN MEMORIA DE

ROBERT LONG, WILLIS ELLERY,

NATHAN COLEMAN, WALTER CANNY,

SETH MACY Y SAMUEL GLEIG,

QUE FORMABAN LA TRIPULACIÓN DE UNO

DE LOS BOTES DEL *ELIZA* Y FUERON ARRASTRADOS

POR UNA BALLENA LEJOS DE LA COSTA DEL PACÍFICO,
EL 31 DE DICIEMBRE DE 1839.
SUS CAMARADAS SOBREVIVIENTES LES DEDICAN
ESTA LÁPIDA.
EN MEMORIA
DEL DIFUNTO
CAPITÁN EZEQUIEL HARDY,
MUERTO EN LA PROA DE SU BOTE POR
UN CACHALOTE ANTE LAS COSTAS
DEL JAPÓN,
EL 3 DE AGOSTO DE 1833.
SU VIUDA DEDICA ESTA LÁPIDA
A SU RECUERDO.

Sacudiéndome la nieve del sombrero y el gabán helados, me senté cerca de la puerta. Al volverme, me sorprendió descubrir a Queequeg cerca de mí. Impresionado por la solemnidad de la escena, tenía un aire asombrado de incrédula curiosidad. Ese salvaje fue la única persona entre los presentes que pareció reparar en mi entrada. Porque era el único que no sabía leer y, por lo tanto, no seguía esas gélidas inscripciones en la pared. Yo ignoraba si en la congregación había algún pariente de los marinos cuyos nombres estaban inscriptos; pero son tantos los accidentes no registrados en la caza de ballenas y era tan evidente que muchas de las mujeres que me rodeaban tenían el aspecto, si no las ropas, de un dolor inconsolable, que estaba seguro de que allí, frente a mí, estaban reunidas muchas personas en cuyos corazones doloridos la vista de esas tétricas lápidas reabría y hacía sangrar de nuevo antiguas heridas.

¡Ah! ¡Tú, que tienes a tus muertos enterrados bajo la verde hierba, tú que, de pie entre flores, puedes decir: «aquí yace mi bienamado», tú no conoces el dolor que anida en pechos como éstos! ¡Qué amargo vacío tras esos mármoles orlados de negro que no cubren cenizas! ¡Qué desesperación en esas inscripciones inalterables! ¡Qué ausencias mortales, qué inconfesada incredulidad en esas líneas que parecen corroer toda Fe y negar la resurrección a seres que, privados de toda morada, han muerto sin tumba! Esas lápidas podrían haber estado tanto en Elefanta como aquí.

¿En qué censo de criaturas vivas se incluyen los muertos de la humanidad? ¿Por qué dice un proverbio universal que los muertos nada cuentan, aunque saben más secretos que las arenas de Goodwin? ¿Por qué anteponemos al nombre del que ayer ha partido hacia el otro mundo una palabra tan significativa e infiel, y sin embargo no lo llamamos de ese modo si se embarca hacia las Islas más remotas de este mundo vivo? ¿Por qué las compañías de seguros de vida pagan una prima de muerte sobre los inmortales? ¿En qué parálisis eterna, inamovible, en qué trance fatal y desesperado

yace aún el antiguo Adán que murió hace más de sesenta siglos? ¿Por qué nos rehusamos a consolarnos por la pérdida de quienes, según aseguramos, viven en una indecible bienaventuranza? ¿Por qué todas las criaturas vivas se esfuerzan tanto por hacer callar a los muertos, a tal punto que el solo rumor del llamado en una tumba aterrorizará a toda una ciudad? Todo esto no carece de significado.

Pero la Fe, como un chacal, se alimenta entre las tumbas y extrae su esperanza más vital de esos dilemas mortales.

No es preciso decir con qué sentimientos, en la víspera de un viaje a Nantucket, contemplaba yo las lápidas de mármol y, a la luz confusa de ese día oscuro y triste, leía el destino de los balleneros que me habían precedido. Sí, Ismael, el mismo destino puede ser el tuyo. Pero de algún modo recobré la alegría. Tenía buenos motivos para embarcarme y una excelente oportunidad de enaltecerme... un barco desfondado podía otorgarme la inmortalidad. Sí, la muerte acecha en esta empresa de la pesca ballenera, la caótica, indeciblemente veloz expedición de un hombre en la Eternidad. Pero ¿qué importa esto? Creo que nos hemos equivocado terriblemente en esto de la Vida y la Muerte. Creo que lo que llamamos nuestra sombra, aquí, en la tierra, es nuestra sustancia verdadera. Creo que al contemplar las cosas espirituales nos parecemos demasiado a ostras que observan el sol a través del agua, y creen que esa agua tan densa es la más sutil de las atmósferas. Creo que nuestro cuerpo no es sino las heces de nuestra mejor parte. En suma: llévese mi cuerpo quien lo quiera, lléveselo, repito: no es mi yo. Y por lo tanto, ¡tres vivas a Nantucket! Que venga un barco desfondado y se lleve mi cuerpo desfondado cuando se les antoje... Porque desfondar mi alma, ni el propio Júpiter podrá hacerlo.

VIII. EL PÚLPITO

No hacía mucho que me había sentado, cuando entró un hombre venerable y robusto. No bien la tormenta abrió de par en par las puertas batientes para admitirlo entre nosotros y cerrarlas de nuevo, la rápida y atenta mirada que la congregación le dirigió fue suficiente para atestiguarle que ese hermoso anciano era el capellán. Sí, era el famoso padre Mapple, así llamado por los balleneros, que le tenían un gran afecto. Durante su juventud había sido marinero y arponero, pero hacía ya muchos años que dedicaba su vida al ministerio. Por la época sobre la cual escribo ahora, el padre Mapple estaba en el recio invierno de una sana vejez, esa clase de vejez que parece impregnada de una segunda juventud floreciente, porque desde todas las fisuras de sus arrugas resplandecían tibios rayos de una nueva floración: el verde de la primavera que despunta bajo la nieve de febrero. Nadie que no hubiese oído ya su historia podía mirar por primera vez al padre Mapple sin gran interés, porque en él, a causa de la azarosa vida marinera que había llevado, el carácter sacerdotal se enriquecía con una serie de peculiaridades. Cuando entró, observé que no llevaba paraguas; y ciertamente no había llegado en su coche, porque tenía el sombrero de tela encerada abrumado de nieve y su enorme gabán parecía a punto de arrastrarlo al suelo, tal era el peso del agua que había absorbido. Pero se quitó, uno tras otro, el sombrero, el gabán y los chanclos, y los colgó en un rincón. Después, decorosamente vestido, se dirigió, sereno, al púlpito.

Como la mayor parte de los púlpitos anticuados, el de la capilla era muy alto; y como una escalera común, para alcanzar esa altura, habría disminuido notablemente la ya restringida superficie de la capilla a causa del ángulo que habría formado con el pavimento, el arquitecto, según parece, había seguido un consejo del padre Mapple y había terminado el púlpito sin escalera, reemplazándola por una escala perpendicular, como las que se usan para subir a un barco desde un bote en el mar. La mujer de un capitán ballenero había ofrecido como donación a la capilla un hermoso par de cabos de estambre rojo para esa escala que, bien terminada y teñida de color caoba, no pareció de mal gusto, si consideramos la clase de capilla en que estaba. El padre

Mapple se detuvo un instante al pie de la escala y después, asiéndose con ambas manos de los nudos ornamentales de los cabos, echó una mirada hacia arriba y empezó a trepar con destreza realmente marinera, aunque no exenta de reverencia, como si hubiese subido a la cubierta de su nave.

Las partes perpendiculares de esa escala, como suele ocurrir con las escalas colgantes, eran de cuerda forrada de tela; solamente los travesaños eran de madera, de modo que en cada escalón había un nudo. Durante mi primera mirada al púlpito se me había ocurrido que, aunque convenientes para una nave, esos nudos eran superfluos, en el caso presente. Pero no se me había ocurrido que el padre Mapple, después de ganar su altura, se volvería lentamente y, asomándose por encima del púlpito recogería deliberadamente la escala, peldaño tras peldaño, hasta que toda ella quedara depositada en el interior, haciéndolo a él mismo inexpugnable en su pequeña Quebec.

Reflexioné un buen rato, sin comprender las razones de esa operación. El padre Mapple gozaba de una tal reputación de sinceridad y santidad, que no me atrevía a sospechar que se valiera de esos ardidés teatrales para cultivar la fama. No, pensé, todo esto debe obedecer a un motivo muy serio; más aún, debe simbolizar algo oculto. ¿No puede ser, por ejemplo, que mediante ese acto de aislamiento físico el padre represente su retiro espiritual y temporal de todos los vínculos y relaciones mundanas? Sí, porque este púlpito, pleno de la carne y el vino del verbo, es para el fiel servidor de Dios una fortaleza recluida en sí misma, una elevada Ehrenbreitstein que contiene entre sus muros un manantial perenne.

Pero la escala no era en esa capilla el único rasgo extraño inspirado en las antiguas correrías marinas del capellán. Entre las lápidas de mármol situadas a ambos lados del púlpito, la pared contra la cual se destacaba estaba adornada con una enorme pintura que representaba un temerario navío en pleno combate contra una terrible tempestad, a sotavento de una costa de negros escollos y rompientes nevadas. Pero en lo alto, sobre las nubes errantes y los cúmulos de siniestra negrura, flotaba una breve isla de luz en la cual resplandecía el rostro de un ángel; ese rostro luminoso proyectaba una límpida mancha de luz sobre la cubierta del navío desmantelado, algo semejante a la placa de plata fijada en el tablón del *Victory* donde cayó Nelson. «Ah, noble navío — parecía decir ese ángel— lucha, lucha, oh noble navío, mantén firme el timón, porque ¡mira!, el sol rompe las sombras y las nubes huyen: el azul más sereno ya está cerca».

Tampoco el púlpito estaba exento de ese mismo gusto marinero que había inspirado la escala y la pintura. Su frente estaba hecho a semejanza de una proa y la Santa Biblia descansaba sobre un pedazo de madera, adornado con volutas, como el espolón de proa de una nave.

¿Qué podía haber sido más significativo? Porque el púlpito es siempre la parte más avanzada de la tierra, el púlpito guía al mundo y todo el resto viene tras él. Desde el

púlpito empieza a divisarse la tempestad de la cólera divina, y esa proa es la que soporta la primera embestida. Desde el púlpito se invoca por primera vez al dios de los vientos favorables o contrarios para suplicarle una brisa propicia. Sí, el mundo es un navío en un viaje sin retorno. Y el púlpito es su proa.

IX. EL SERMÓN

El padre Mapple se irguió y con voz serena, sin alarde de autoridad, ordenó a la dispersa congregación que se reuniera.

—¡Los de estribor, a babor! ¡Los de babor, a estribor! ¡Al centro, al centro!

Se oyó entre los bancos el sordo ruido de las pesadas botas marineras y el deslizarse más leve de los zapatos femeninos. Después todo volvió a la calma y cada mirada se posó en el predicador.

El padre Mapple se detuvo un instante; después se arrodilló en la proa del púlpito, cruzó sobre el pecho las grandes manos atezadas, alzó los ojos cerrados y ofrendó una plegaria de tan honda devoción que parecía arrodillado y orar desde el fondo del océano.

Cuando hubo terminado, con largas y solemnes cadencias, semejantes al repique continuo de la campana de un barco que navega en medio de la niebla, en ese ritmo imponente empezó a leer el himno que transcribiré. Pero cambiando de tono hacia las últimas estrofas, estalló con voz exultante y gozosa:

*Los flancos, los terrores en el interior de la ballena
abovedaron sobre mí lúgubres sombras,
mientras todas las olas de Dios, encendidas por el sol,
me arrastraron para hundirme en la condena.*

*Vi abiertas las fauces del infierno,
y dentro de ellas penas y dolores infinitos;
Sólo quienes los sienten pueden describirlos...
¡Oh, caí en el abismo de la desesperación!*

*En esa negra angustia invoqué a mi Dios,
ya casi sin creer que era mío.
él prestó oído a mis lamentos
y la ballena me devolvió la libertad.*

*Velozmente, Él acudió en mi socorro,
como llevado por un delfín resplandeciente;
tremendo, pero resplandeciente, como un relámpago
brilló el rostro de mi Libertador divino.*

*Mi canto recordará siempre
ese momento terrible y dichoso;
gloria a ti, Dios mío,
tuyos son el poder y la misericordia.*

Casi todas las voces se unieron en ese himno, que se elevó por encima de los aullidos de la tempestad. Siguió una breve pausa. El predicador volvió lentamente las páginas de la Biblia y al fin, posando la mano sobre la página escogida, dijo:

—Amados compañeros, tomad el último versículo del primer capítulo de Jonás: «Pero Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás». Compañeros de mar, este libro que sólo contiene cuatro capítulos, cuatro relatos, es el hilo más delgado del poderoso cable de las Escrituras. Sin embargo, ¡hasta qué abismos del alma bajó la profunda sonda de Jonás! ¡Qué fecunda lección es para nosotros este profeta! ¡Qué cosa tan noble es este cántico en el vientre del pez! ¡Con qué ecos impetuosos, fragorosos, solemnes, resuena! Sentimos las olas que se precipitan sobre nosotros, sondeamos con Jonás hasta lo más hondo de las aguas, estamos rodeados de algas, de todo el limo del mar. Pero ¿qué lección es ésta que nos enseña el libro de Jonás? Compañeros, es una lección doble: una para todos nosotros, los pecadores, y otra para mí, como piloto de Dios. Como pecadores, es una lección para todos nosotros, porque es el relato del pecado, de la dureza de alma, de los temores súbitamente revelados, del rápido castigo, del arrepentimiento, de las plegarias y, por fin, de la liberación y la alegría de Jonás. Como ocurre con todos los pecadores, el pecado de este hijo de Amittai estaba en su consciente desobediencia al mandato divino; no importa ahora qué mandato fuera ése, o cómo le había sido impartido: era un mandato que él encontró difícil. Pero todo lo que Dios quiere que hagamos es difícil para nosotros, recordémoslo, y por eso es mucho más frecuente que, en vez de persuadirnos, Él nos mande. Y si obedecemos a Dios, debemos desobedecernos a nosotros mismos: en esta desobediencia reside la dificultad de obedecer a Dios.

»Con el pecado de la desobediencia en su alma, Jonás se burla aún más de Dios procurando huir de él. Cree que un barco hecho por los hombres lo llevará a comarcas donde no es Dios quien reina, sino tan sólo los capitanes de esta tierra. Se desliza por los muelles de Jope, en busca de una nave que lo lleve a Tarsis. Quizá haya en esto un sentido aún no revelado. Sin duda alguna, Tarsis no pudo ser sino la moderna Cádiz. Ésta es la opinión de los eruditos. ¿Y dónde está Cádiz, compañeros? Está en España; tan lejos de Jope, a través del océano, como Jonás hubiese podido navegar en

aquellos antiguos días, cuando el Atlántico era un mar casi desconocido. Porque Jope, la moderna Jaffa, compañeros, está en la costa más oriental del Mediterráneo, la costa siria; y Tarsis o Cádiz está a más de dos mil millas hacia occidente, inmediatamente después del estrecho de Gibraltar. ¿No comprendéis, compañeros, que Jonás procuraba huir lejos de Dios? ¡Pobre desdichado! ¡Ah, hombre abyecto, despreciable, con el sombrero echado sobre los ojos para ocultar los ojos culpables, se escondía de su Señor, se escabullía entre las naves como un ladrón ansioso de darse a la mar! Tan confusa y culpable es su actitud que de haber existido entonces policía, Jonás habría sido arrestado antes de poner siquiera un pie en la cubierta de un barco. ¡Es tan claro que anda huido! No lleva equipaje, no tiene sombrerera, ni valija, ni bolso. No hay junto a él amigos que lo acompañen desde el muelle con su adiós. Al fin, después de una obstinada búsqueda, da con un barco a punto de zarpar hacia Tarsis, en el momento en que completa su carga. Cuando sube a bordo para hablar con el capitán, los marineros interrumpen su faena para mirar los ojos perversos del extranjero. Jonás lo advierte, pero sus esfuerzos para mostrarse normal e inspirar confianza son inútiles. Una poderosa intuición asegura a los marineros que ese hombre no es inocente. Con su estilo juguetón, y a la vez serio, uno murmura al otro: “Jack, éste ha robado a una viuda”, o bien: “Joe, ¿te has fijado en él? Es un bígamo...”, o: “Harry, muchacho, creo que es el adúltero que huyó de la cárcel en la vieja Gomorra, o algo por el estilo... Quizá sea uno de los asesinos que desaparecieron de Sodoma...”. Otro corre a leer los anuncios fijados en uno de los postes del muelle donde está anclada la nave: ofrecen quinientas monedas de oro por la captura de un parricida y hay una descripción de su persona. El marinero lee, y vuelve la mirada desde Jonás al anuncio; mientras tanto, todos sus camaradas se aglomeran en torno de Jonás, dispuestos a ponerle la mano encima. Asustado, Jonás se echa a temblar y en su esfuerzo por reunir en su cara toda la audacia de que es capaz, sólo consigue parecer tanto más cobarde. No quiere confesarse que recelan de él; pero eso es ya algo muy sospechoso... Hace, pues, lo que puede, y cuando los marineros resuelven que no es el hombre anunciado, lo dejan pasar, y Jonás baja a la cabina del capitán.

»—¿Quién está ahí? —grita el capitán, atareado en su escritorio y afanándose con los documentos aduaneros—. ¿Quién está ahí?

»¡Ah! Esa pregunta tan simple desconcierta a Jonás. Por un instante, piensa huir de nuevo. Pero se recobra.

»—Busco un pasaje en esta nave; ¿cuándo zarpará usted hacia Tarsis, capitán?

»Hasta este momento, el ajetreado capitán no ha mirado a Jonás, aunque lo tiene frente a sí. Pero no bien oye esa voz cavernosa, le echa una mirada escrutadora.

»—Zarparemos con la próxima marea —responde al fin con mucha lentitud, sin dejar de observarlo atentamente.

»—¿No antes, capitán?

»—Es bastante pronto para cualquier hombre honrado, que sólo quiere viajar como pasajero...

»¡Ah, Jonás, esta es otra puñalada! Pero se las ingenia para apartar enseguida al capitán de esa pista.

»—Zarparé con usted —dice—. ¿Cuánto cuesta el pasaje? Pagaré ahora.

»Porque este detalle está escrito, compañeros, como si fuera un rasgo que no debe omitirse en el relato: “pagando su pasaje”, dice la Biblia... antes de que el navío zarpara. En ese contexto, el detalle es hartó significativo.

»Ahora bien, compañeros, el capitán de Jonás era uno de esos hombres sagaces que disciernen el crimen en cualquier persona, pero cuya avidez sólo los lleva a denunciar a los pobres. En este mundo, compañeros, el pecado que puede pagarse la travesía consigue viajar libremente, sin necesidad de pasaporte; mientras que la Virtud, si es pobre, encuentra obstáculos en todas las fronteras. Lo cierto es que el capitán resuelve sondear la profundidad del bolsillo de Jonás antes de juzgarlo abiertamente. Le pide el triple de la suma habitual y Jonás accede. Ahora el capitán sabe que Jonás es un fugitivo, pero al mismo tiempo decide apoyar una fuga que se pavimenta el camino con oro. Sin embargo, cuando Jonás toma su bolso para cumplir el pacto, prudentes sospechas aún perturban al capitán. Hace sonar cada moneda para descubrir si hay alguna falsa. No es un falsificador, en todo caso, murmura para sí. Y Jonás es registrado con el pasaje.

»—Condúzcame a mi camarote, señor —dice entonces Jonás—. El viaje hasta aquí me ha agotado. Necesito dormir.

»—Sí, parece muy fatigado —dice el capitán—. Éste es tu cuarto.

»Jonás entra. Quiere cerrar la puerta, pero la cerradura no tiene llave. Al oírlo tantear en busca de la cerradura, el capitán ríe para sí y murmura algo acerca de las puertas de los calabozos, que los convictos nunca pueden cerrar por dentro. Vestido y cubierto de polvo como está, Jonás se echa en la litera y descubre que el techo del pequeño camarote casi está sobre su frente. La atmósfera es sofocante, y Jonás casi no puede respirar. Entonces, en ese minúsculo agujero (que, además, está debajo de la línea de flotación), Jonás tiene el presentimiento de la hora sofocante en que la ballena lo aprisionará en la cavidad más pequeña de sus vísceras.

»Una lámpara oscilante, fijada por su eje a la pared, se mece lentamente en el camarote de Jonás. Y la nave, algo escorada hacia el muelle por el peso de las últimas cargas, hace que la lámpara, con llama y todo, sin interrumpir su vaivén, mantenga una permanente inclinación con respecto al cuarto. Y como en realidad siempre está perpendicular, revela los planos falsos y mentirosos entre los cuales pende. Esa lámpara alarma, asusta a Jonás; mientras yace en la litera, sus ojos atormentados recorren el lugar y este fugitivo, que hasta ahora no ha encontrado inconvenientes, no

descubre ningún refugio para su angustiada mirada. Esa contradicción de la lámpara lo aterroriza cada vez más. El suelo, el techo, las paredes están distorsionadas.

»“¡Oh, así pende mi conciencia dentro de mí!”, gime. “¡Recta y ardiente... pero las cámaras de mi alma están pervertidas!”.

»Como alguien que, después de una noche de desenfreno y borrachera, se precipita a su cama, todavía vacilante pero siempre atenaceado por la conciencia; como los brincos del caballo de carrera romano sólo servían para herirlo aún más con las puntas de acero; como alguien que, en esa mísera situación, se revuelve, atenaceado por el dolor, suplicando a Dios que lo aniquile hasta que el acceso pase y, al fin, en el abismo de las penas que sufre, se deja invadir por el profundo estupor que invade a quien se desangra hasta morir (porque la conciencia es la herida y nada existe que pueda sellarla), del mismo modo, después de atroces contorsiones en su litera la enormidad de su abrumadora desdicha hunde a Jonás en el sueño.

»Por fin ha llegado la marea. El navío suelta las amarras y desde el muelle desierto, sin adioses, se desliza escorado hacia el mar, rumbo a Tarsis. ¡Esa nave, amigos míos, es la primera nave contrabandista de que se tenga noticia! El contrabando era Jonás. Pero el mar se rebela: no quiere llevar esa carga perversa. Estalla una tempestad atroz; la nave parece a punto de romperse. Pero entonces, cuando el contramaestre llama a todos para que aligeren la nave; cuando cajones, balas y orzas se arrojan estrepitosamente por la borda, cuando el viento aúlla y los hombres se desgañitan y cada tablón resuena justo sobre la cabeza de Jonás, en medio de ese tumulto ensordecedor, Jonás duerme su horrible sueño. Ya no ve el cielo negro ni el mar enfurecido, ya no advierte los maderos rechinantes y no oye el lejano fragor de la enorme ballena ni se preocupa por ella, que ya hiende las aguas en su busca, con la boca abierta. Sí, compañeros, Jonás había bajado al interior de la nave: a una litera, en un camarote, como les he dicho y allí dormía profundamente. Pero el asustado capitán llega hasta él y vocifera en su oído inerte:

»—¡Qué pretendes, durmiendo así! ¡Levántate!

»Arrancado de su letargo por ese grito terrible, Jonás salta sobre sus pies y yendo a los tumbos hacia la cubierta, se aferra de una cuerda para mirar el mar. En ese momento una ola salta como una pantera sobre las amuradas. Ola tras ola invaden el barco de ese modo, y al no encontrar rápida salida, corren rugiendo de uno a otro extremo, arrollando a los marineros, que están a punto de ahogarse aunque el barco no se ha hundido aún. Y mientras la luna blanca muestra su rostro espantado entre las profundas hondonadas de la negrura, Jonás, aterrorizado, ve el encabritado bauprés que se eleva muy alto para descender enseguida hacia la tormentosa profundidad.

»Todos los terrores pasan aullando por su alma. Y sus gestos culpables traicionan al fugitivo de Dios. Los marineros lo advierten; cada vez se hacen más ciertas en ellos las sospechas contra él y al fin, para tener una prueba definitiva, encomendándolo todo a

los cielos, echan suertes para saber quién es la causa de esa tempestad desatada sobre ellos. La suerte señala a Jonás. Entonces, con qué furia lo acosan con sus preguntas:

»—¿Cuál es tu oficio? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra? ¿Qué pueblo es el tuyo?

»Pero adviertan ustedes, compañeros míos, la actitud del pobre Jonás. Los ansiosos marineros sólo le preguntan quién es, de dónde viene: y no sólo reciben la respuesta a estas preguntas, sino también otras respuestas a una pregunta que no le ha sido hecha. La respuesta no exigida le ha sido arrancada por la dura mano de Dios que se ha posado sobre él.

»—¡Soy hebreo! —grita—. ¡Temo al Señor, Dios de los Cielos, que ha hecho el mar y la tierra seca!

»¿Le temes, Jonás? ¡Sí, ya puedes temer al Señor! Y enseguida Jonás se lanza a una confesión total, ante la cual los marineros se sienten cada vez más espantados, aunque cada vez más compasivos... Porque cuando Jonás, que aún no suplica la misericordia divina, pues conoce demasiado bien la oscuridad de sus méritos; cuando el mísero Jonás les grita que lo arrojen al mar, porque sabe que es suya la culpa de esa gran tempestad que los persigue, entonces los marineros, piadosamente, se apartan de él y buscan otros medios para salvar la nave. Pero todo es en vano. La borrasca indignada aúlla con más fuerza entonces, mientras alzan una mano en actitud suplicante hacia Dios, aferran con la otra a Jonás, no sin remordimiento...

»Ahora contemplad a Jonás alzado como un ancla y arrojado al mar. Al instante, una bonanza de aceite se acerca desde oriente, y el mar queda tranquilo mientras Jonás se lleva consigo la tempestad, dejando tras sí un mar apacible. El desdichado se precipita en el corazón turbulento de una conmoción tan sin gobierno que apenas advierte el instante en que cae en las fauces abiertas que lo esperan. Y la ballena cierra de golpe sus dientes de marfil, como otros tantos cerrojos blancos, sobre la cárcel de Jonás. Entonces Jonás eleva una plegaria a su Señor desde el vientre del pez. Pero reparemos en su plegaria, y aprendamos una gran lección. Porque, mísero pecador, Jonás no llora ni se lamenta para obtener una libertad inmediata. Siente que su terrible castigo es merecido. Deja su liberación a Dios, contentándose con el hecho de que a pesar de todos sus dolores y aflicciones, siempre podrá elevar su mirada hacia el sagrado templo de su Señor. Y allí, compañeros, reside el verdadero, legítimo mérito: Jonás no clama por el perdón, mas se muestra agradecido por el castigo. Y hasta qué punto esta conducta complace a Dios, nos lo revela su consiguiente liberación del mar y de la ballena. Compañeros, no os he traído a Jonás para que imitéis su pecado, sino para que veáis en él un modelo de arrepentimiento. No pequéis; pero si lo hacéis, procurad arrepentiros como Jonás.

Mientras decía esas palabras, el aullido de la tempestad que rugía puertas afuera parecía dar más fuerza al predicador que, al describir el huracán de Jonás, parecía sacudido por un vendaval. Su vasto pecho se henchía como un oleaje; sus brazos agitados parecían los elementos desatados y los truenos que partían de su ceño fruncido y la luz que emanaban sus ojos hacían que sus simples oyentes lo miraran con un temor que era extraño en ellos.

Después retornó la calma a su mirada. Entonces volvió una vez más, en silencio, las páginas de la Biblia y por fin permaneció un instante inmóvil, con los ojos cerrados, como en comunión con Dios y consigo mismo.

Pero enseguida volvió a inclinarse sobre los fieles y bajando la cabeza en una actitud de profunda, pero viril humildad, pronunció estas palabras:

—Compañeros: Dios ha puesto sólo una mano sobre vosotros. Pero sus dos manos pesan sobre mí. Con mis débiles luces os he leído la lección que Jonás enseña a todos los pecadores: es decir, a vosotros, y más aún a mí, puesto que soy un pecador más grande que vosotros. Y ahora, con qué alegría bajaría yo de este mástil y me sentaría en las escotillas junto a vosotros para escuchar como vosotros escucháis, mientras alguno me leyera a *mí* esa otra lección, tanto más terrible, que Jonás me enseña a *mí*, como piloto del Dios viviente. Jonás, que era un profeta-piloto, un revelador de cosas ciertas, señalado de Dios para proclamar esas ingratas verdades en los oídos de una Nínive perversa, Jonás, os digo, aterrorizado por la hostilidad que habría suscitado, rehuyó su misión y procuró escapar de su deber y de su Dios, embarcándose en Jope. Pero Dios está en todas partes; Jonás nunca llegó a Tarsis. Como hemos visto, Dios llegó hasta él en las entrañas de la ballena y lo sumergió en los vivientes abismos del Juicio, y con marcha veloz lo arrastró «en medio de los mares» donde las turbulentas profundidades lo absorbieron hasta una hondura de diez mil brazas, y «el alga se enredó en su cabeza» y todo el mundo marino del dolor pasó sobre su cabeza. Pero aun entonces, más allá del alcance de cualquier sonda, «en las entrañas del infierno», cuando la ballena descendió para posarse entre los huesos más ocultos del océano, aun entonces Dios oyó el grito del profeta tragado y arrepentido. Entonces Dios habló al pez; y desde el frío estremecedor y la negrura del mar, la ballena se remontó hacia el sol cálido y agradable, hacia todos los deleites del aire y la tierra, y «vomitó a Jonás en tierra» cuando la palabra del Señor se hizo oír otra vez. Y Jonás, golpeado y herido (con los oídos, como dos conchas marinas, murmurándole infinitamente el océano), cumplió la voluntad del Todopoderoso. ¿Y cuál era esa voluntad, compañeros? ¡Predicar la Verdad ante el rostro de la Falsedad! ¡Ése era el mandato!

»Ésta, compañeros, ésta es la otra lección, ¡ay del piloto de Dios viviente que la descuide! ¡Ay de quien se deja apartar por los encantos de este mundo de su deber evangelizador! ¡Ay de quien procura echar aceite sobre las aguas cuando Dios las ha encrepado! ¡Ay de quien procura agradar antes que aterrorizar! ¡Ay de quien prefiere

su renombre a la bondad! ¡Ay de quien, en este mundo, no teme al deshonor! ¡Ay de quien no es sincero, aunque en la falsedad estaría a salvo! ¡Sí, ay de quien, como nos dice el gran Piloto Pablo, es un réprobo mientras predica a los demás!».

Se inclinó un instante y pareció perderse en sus reflexiones; después, alzando de nuevo el rostro hacia los fieles, dio muestras de una profunda alegría en sus ojos y gritó con celestial entusiasmo:

—Pero, oh compañeros, a estribor de cualquier pesar hay una dicha segura. Y cuanto más alta es la cofa de esa dicha, tanto más profundo es el pesar. ¿Acaso los topos del palo mayor no son tanto más altos cuanto más baja es la cuaderna? ¡Dicha, una alta, altísima dicha en lo más hondo de su corazón para el hombre que opone a los orgullosos comandantes de la tierra su propio yo inexorable! Dicha para quien puede sostenerse con brazos poderosos cuando la vil nave de este mundo traicionero se ha hundido. Dicha para quien no se da tregua en su lucha por la verdad y mata, quema, destruye el pecado aunque tenga que ir a arrancarlo bajo la toga de los senadores y los jueces. Dicha, dicha hasta el tope para quien no reconoce otra ley ni otro amo que Dios, su Señor, y es sólo patriota en el cielo. Dicha para quien no se deja apartar de esta segura Quilla de los Siglos por las olas de esos mares que son las multitudes frenéticas. Dicha, eterno goce para quien, en el momento de acostarse para siempre, puede decir con su último suspiro: ¡Oh, Padre, a quien conozco sobre todo por tu vara, aquí muero, mortal o inmortal! He luchado por ser Tuyo, más que de este mundo o de mí mismo. Pero esto no es nada: te dejo la eternidad, porque, ¿qué es el hombre para que pretenda sobrevivir a su Dios?

Nada más dijo, y después de dar la bendición muy lentamente se cubrió el rostro con las manos y permaneció arrodillado hasta que todos sus fieles salieron, dejándolo solo en el púlpito.

X. UN AMIGO DEL ALMA

Cuando regresé a la posada, encontré a Queequeg totalmente solo. Había salido de la capilla poco antes de la bendición. Estaba sentado en un banco, frente al fuego, con los pies tendidos hacia la boca de la estufa. Con una mano tenía cerca de su cara el idolillo negro y lo examinaba atentamente, tallándole delicadamente la nariz con un cortaplumas mientras canturreaba para sí en su estilo pagano.

Pero al verse interrumpido, dejó la imagen. Poco después fue hacia la mesa, tomó un gran libro que había en ella y apoyándolo sobre las rodillas empezó a contar sus páginas con cuidadosa regularidad, deteniéndose un momento cada cincuenta páginas —según me pareció— para mirar con aire ausente a su alrededor y lanzar un largo y trémulo silbido de asombro. Entonces empezaba a contar otras cincuenta páginas. Cada vez parecía partir del número uno, como si no supiera contar más que hasta cincuenta y fuera sólo el hecho de encontrarse ante tan vasto número de cincuentenas lo que provocara su entusiasmo.

Permanecí sentado, observándolo. Aunque era un salvaje y tenía el rostro horriblemente marcado —al menos para mi gusto—, había en su expresión algo que no era en modo alguno desagradable. Es imposible esconder el alma. A través de esos tatuajes sobrenaturales, creí vislumbrar las huellas de un corazón sencillo y honrado. Y en sus ojos grandes y profundos, de negrura vívida y audaz, me pareció ver relumbrar un coraje que habría desafiado a mil diablos. Y además de todo esto, había en el pagano una actitud noble que su propia rudeza no lograba destruir. Tenía el aire de un hombre que nunca se hubiera rebajado, que jamás hubiese tenido un acreedor. No me aventuraré a afirmar que, por tener la cabeza rasurada, su frente se destacaba con relieve más libre y brillante, y parecía más amplia que en otras condiciones, pero lo cierto es que su cabeza era excelente, desde el punto de vista frenológico. Quizá parezca ridículo, pero me recordó la cabeza del general Washington, tal como se lo ve en los bustos populares. Tenía el mismo declive prolongado y armonioso a partir de las cejas, también muy destacadas, como dos promontorios densamente arbolados en la cima. Queequeg era George Washington con desarrollo de caníbal.

Mientras yo lo examinaba con tanta minucia, fingiendo mirar la tormenta más allá de la ventana, él no reparó en mi presencia; ni siquiera se tomó el trabajo de echarme una mirada: parecía concentrado en esa ocupación de contar las páginas del maravilloso libro. Considerando la camaradería que habíamos demostrado al dormir juntos la noche anterior, y sobre todo el afectuoso brazo que yo había encontrado sobre mí al despertar por la mañana, esta indiferencia suya me pareció harto extraña. Pero los salvajes son seres extraños; hay momentos en que no sabe uno cómo tomarlos. Al principio, intimidan: su apacible y simple dominio de sí parece una sabiduría socrática. También había advertido que Queequeg no confraternizaba nunca, o lo hacía en muy pocas ocasiones, con los otros marinos de la posada. No hacía el menor intento para acercárseles ni parecía tener deseos de aumentar el círculo de sus relaciones. Todo ello era muy singular para mí; pero pensándolo bien, tenía algo de sublime. Había allí un hombre separado por veinte mil millas de su hogar a través del camino del Cabo de Hornos —el único que podía tomar—, caído entre gente tan extraña para él como si hubiera estado en el planeta Júpiter: y sin embargo, parecía enteramente a sus anchas, dueño de la más perfecta serenidad, contento con su propia compañía, siempre igual a sí mismo. Sin duda, ése era un rasgo de la mejor filosofía, aunque no creo que hubiese oído jamás de la existencia de cosa semejante. Pero para ser genuinos filósofos, nosotros, los mortales, quizá no debiéramos tener conciencia de que vivimos o luchamos como tales. No bien oigo que tal o cual hombre se considera filósofo, concluyo que, como a la anciana dispéptica, «se le debe haber roto el digestor».

Mientras permanecía sentado en ese cuarto, a la sazón solitario, ante el fuego que ardía lento (en esa etapa moderada en que, ya caldeada la atmósfera con su primera intensidad, sólo brilla para que lo contemplen); mientras sombras y fantasmas nocturnos se reunían en torno a las ventanas para contemplarnos a los dos, aislados y silenciosos, y la tempestad rugía afuera con tonos solemnes, empecé a advertir en mí extrañas sensaciones. Algo se diluía en mi interior. Mi corazón desgarrado, mi mano exasperada ya no se volvían contra este mundo de lobos. Este salvaje apacible lo había redimido. Allí estaba, y su misma indiferencia revelaba una naturaleza en la cual no acechaban civilizadas hipocresías ni sonrientes engaños. Era un salvaje, sin duda, era el espectáculo de los espectáculos... pero yo empecé a sentirme misteriosamente atraído hacia él. Y todo lo que habría rechazado a mucha gente era como un imán para mí. Probaré con un amigo pagano, pensé, ya que la bondad cristiana no ha demostrado ser otra cosa que hueca cortesía. Acerqué mi banco y le hice algunas señas e insinuaciones amistosas, esforzándome por hablar con él. Al principio, apenas reparó en esas insinuaciones; al fin, cuando me referí a su hospitalidad de la noche anterior, se resolvió a preguntarme si volveríamos a compartir la cama. Le dije que sí y me pareció complacido, quizá un poco halagado.

Después, volvimos juntos las páginas del libro. Procuré explicarle el sentido de las palabras y el significado de las pocas imágenes que contenía el volumen. Así, no tardé en despertar su interés. A partir de entonces, seguimos charlando lo mejor que pudimos acerca de los diversos lugares dignos de verse en esa famosa ciudad. Pronto le propuse que fumáramos una pipa en sociedad y él, tomando su tabaquera y su pipa-hacha, me ofreció tranquilamente una pitada. De modo que seguimos sentados, intercambiando pitadas en esa tremenda pipa suya, que pasaba regularmente de unas manos a otras.

Si todavía quedaba un resto de glacial indiferencia hacia mí en el pecho del pagano, esa velada agradable y cordial bastó para disiparla y nos convirtió en compinches. Me pareció que Queequeg simpatizaba conmigo con tanta naturalidad y espontaneidad como yo con él. Cuando terminamos de fumar, apoyó su frente contra la mía, me ciñó por la cintura y dijo que a partir de entonces estábamos casados: con esa expresión de su tierra, quería decir que éramos amigos del alma. Estaba dispuesto a morir por mí con alegría, si se presentaba la ocasión. En un compatriota, esta súbita llama de amistad habría parecido hartó prematura, algo muy digno de recelo, pero en ese simple salvaje no contaban esas reglas antiguas.

Después de la comida, de otra charla y de una nueva pipa fumada en sociedad, fuimos juntos a nuestro cuarto. Me regaló su cabeza embalsamada; tomó su enorme tabaquera y después de hurgar un momento bajo el tabaco, exhumó unos treinta dólares de plata: los puso sobre la mesa, los dividió mecánicamente en dos porciones iguales, empujó una de ellas hacia mí y me dijo que era mía. Empecé a protestar, pero me impuso silencio, metiéndome los dólares en los bolsillos de los pantalones. Allí los dejé. Después se dedicó a sus rezos nocturnos, tomó su ídolo y retiró la mampara de cartón. Ciertos signos y síntomas me hicieron pensar que deseaba que me uniera a su plegaria; pero como sabía lo que habría de ocurrir después, reflexioné un instante si debía satisfacerlo o no, en caso de que me invitara.

Yo era un buen cristiano, nacido y criado en el seno de la infalible iglesia presbiteriana. ¿Cómo podía unirme a ese idólatra salvaje y rendir culto a su pedazo de madera? Pero ¿qué es rendir culto?, pensé. ¿Acaso crees, Ismael, que el magnánimo Dios de los Cielos y la Tierra —sin exclusión de los paganos— puede sentirse celoso de un ínfimo pedazo de madera negra? ¡Imposible! Pero ¿qué es rendir culto? ¿No es hacer la voluntad de Dios? Eso es rendir culto. ¿Y cuál es la voluntad de Dios? Hacer por mi prójimo lo mismo que yo desearía que mi prójimo hiciera por mí... Ésa es la voluntad de Dios. Queequeg es mi prójimo. ¿Y qué desearía yo que Queequeg hiciera por mí? ¡Vaya, que se uniera conmigo a mi determinada forma presbiteriana de culto! Por lo tanto, debo unirme con él a su culto; ergo, debo hacerme idólatra. De modo que encendí las astillas, ayudé a poner en su sitio al inocente idolillo, le ofrecí galleta quemada junto con Queequeg, le hice dos o tres reverencias, le besé la nariz. Después

de lo cual, nos desvestimos y nos metimos en la cama, en paz con nuestras conciencias y con el mundo entero. Pero no nos dormimos sin charlar un rato antes.

Ignoro los motivos, pero no hay sitio como un lecho para que los amigos se confíen entre sí. Allí es donde, según dicen, marido y mujer se descubren mutuamente el fondo mismo de sus almas; y algunas viejas parejas suelen conversar en la cama sobre tiempos idos casi hasta que amanece. De modo semejante, en esa ocasión, en la luna de miel de nuestros corazones, Queequeg y yo permanecemos echados el uno junto al otro, tierna pareja amorosa.

XI. EL CAMISÓN

Permanecimos así, acostados en el lecho, charlando y dormitando a breves intervalos (de cuando en cuando, Queequeg echaba afectuosamente sus piernas morenas y tatuadas sobre las mías para después retirarlas: tan cómodos, libres e íntimos nos sentíamos), cuando al fin, a causa de nuestras pláticas, el poco sueño que nos quedaba desapareció del todo y nos dieron ganas de levantarnos de nuevo, aunque el alba estaba aún muy lejos.

Sí: estábamos muy despabilados, a tal punto que nuestra posición horizontal empezó a cansarnos y poco a poco nos fuimos sentando, bien arropados con las mantas, apoyados contra el respaldar de la cama, con nuestras cuatro rodillas bien juntas y nuestras dos narices inclinadas sobre ellas, como si nuestras rótulas hubieran sido calentadores. Nos sentíamos muy bien y muy cómodos, tanto más cuanto que hacía mucho frío fuera de la posada y, desde luego, también fuera de la cama, ya que no había fuego en el cuarto. He dicho *tanto más* porque en verdad, para gozar realmente del calor, alguna parte pequeña de nuestro cuerpo debe estar fría, ya que no hay cualidad en este mundo que no sea lo que es a causa del contraste. Nada existe en sí mismo. Cuando nos jactamos de estar muy cómodos y de haberlo estado durante largo tiempo, ya no podemos afirmar que seguimos estando cómodos. Pero si, como en el caso de Queequeg y en el mío, la punta de la nariz y la coronilla de la cabeza están ligeramente heladas, nuestra sensibilidad general goza de un calor indudable, delicioso. Por este motivo, en un dormitorio nunca debería existir una chimenea, que es una de las lujosas incomodidades de los ricos. Porque el colmo de esta clase de deleite es no tener nada, salvo la manta, entre nosotros, nuestra comodidad y el frío del aire exterior. Entonces nos sentimos como el solitario destello de calor en el corazón de un cristal ártico.

Permanecimos algún tiempo así, acucillados en la cama, cuando de súbito se me ocurrió abrir los ojos; pues cuando estoy entre las sábanas, de día o de noche, dormido o despierto, siempre tengo los ojos cerrados para concentrarme mejor en la dulzura de sentirme en la cama. Porque ningún hombre puede sentir del todo su

propia identidad si no tiene los ojos cerrados, como si la oscuridad fuera en verdad el elemento propio de nuestra esencia, aunque la luz sea más afín al barro de que estamos hechos. Al abrir los ojos y al salir de mi placentera y deliberada oscuridad hacia la negrura impuesta y violenta de la medianoche exterior, experimenté una desagradable repulsión. Y no opuse el menor reparo a la insinuación de Queequeg, según la cual era mejor encender una luz, puesto que estábamos totalmente despiertos: por lo demás, él sentía muchas ganas de dar unas tranquilas pitadas a su pipa-hacha. Accedí, pues, si bien la noche anterior había sentido una viva repugnancia al verlo fumar en la cama: tan elásticos se vuelven nuestros más rígidos prejuicios cuando el afecto empieza a ablandarlos. Nada me gustaba tanto en ese momento como ver a Queequeg fumando a mi lado, aunque ambos estuviéramos en la cama, porque en esos instantes parecía pleno de una serena dicha doméstica. Ya no preocupaba la posibilidad de que el posadero no estuviera asegurado contra incendio. Sólo estaba atento a la confidencial y condensada satisfacción de compartir una pipa y una manta con un amigo de verdad. Con nuestros hirsutos gabanes echados sobre los hombros, empezamos a pasarnos el hacha-pipa, hasta que poco a poco se formó sobre nosotros un azul baldaquín de humo, iluminado por la luz recién encendida.

Ignoro si ese ondulante dosel transportó al salvaje a paisajes remotos, pero lo cierto es que se puso a hablar de su isla natal; ansioso por oír su historia, le supliqué que siguiera hablando. Accedió de muy buen grado. Aunque entonces sólo comprendía mal algunas de las palabras que decía, revelaciones sucesivas, cuando llegué a familiarizarme mejor con su inconexa fraseología, me permitieron reconstruir la historia entera, tal como aparece en el simple esqueleto que daré a continuación.

XII. BIOGRAFÍA

Queequeg era un nativo de Rokovoko, una isla muy lejana situada en el sudoeste. No figura en ningún mapa: los lugares verdaderos nunca figuran en ellos.

Aunque era un salvaje recién salido del cascarón que corría libremente por las selvas de su patria con un taparrabo de hierba, seguido por las cabras triscadoras, como si hubiera sido un verde retoño, en el ambicioso espíritu de Queequeg se escondía el deseo de ver algo más de la Cristiandad que uno o dos ejemplares de balleneros. Su padre era un Gran Jefe, un Rey; su tío, un Alto Sacerdote; por el lado materno, podía jactarse de tías casadas con guerreros indómitos. Corría sangre excelente por sus venas: sangre real, aunque tristemente viciada, según creo, por la tendencia caníbal que había cultivado durante su ignorante juventud.

Un navío de Sag Harbor visitó la bahía de su padre, y Queequeg buscó un pasaje para las tierras cristianas. Pero la nave, que tenía la tripulación completa, desoyó su súplica. Y nada pudo la influencia de su padre, el Rey. Pero Queequeg hizo un voto. Solo en su canoa, remó hasta un estrecho lejano por el cual debía pasar la nave al dejar la isla. A un lado había un arrecife de coral; al otro, una baja lengua de tierra, cubierta de espesos mangles que crecían hasta el agua. Ocultó su canoa, aún a flote, entre esa espesura, con la proa hacia el mar, se sentó en la popa, remo en mano; y cuando la nave se deslizó ante él, salió disparado como una flecha, se acercó a un lado de la nave, hundió con el talón la canoa, trepó por las cadenas y echándose cuan largo era en la cubierta, se aferró de una argolla que encontró y juró no soltarla aunque lo despedazaran.

Fue en vano que el capitán lo amenazara con arrojarlo por la borda: Queequeg era el hijo de un Rey, y Queequeg no se movió. Conmovido por ese desesperado coraje y su feroz deseo de visitar la Cristiandad, el capitán cedió al fin y dijo a Queequeg que podía considerarse en su casa. Pero este hermoso joven salvaje, este Príncipe de Gales marino, nunca vio el camarote del capitán. Lo alojaron entre los marineros, que hicieron de él un ballenero. Pero así como el zar Pedro se avino a trabajar en los astilleros de ciudades desconocidas, Queequeg no desdeñó ninguna aparente

humillación que le permitiera adquirir la facultad de iluminar a sus ignorantes compatriotas. Porque en el fondo, según me dijo, lo impulsaba el hondo deseo de aprender entre los cristianos las artes que permitirían a su pueblo ser aún más feliz de lo que era. Pero ¡ay!, las prácticas de los balleneros pronto lo persuadieron de que también los cristianos pueden ser míseros y perversos: infinitamente más que todos los paganos de su padre. Cuando llegó, por fin, al viejo Sag Harbor, y vio lo que hacían allí los marineros, y después de seguir viaje a Nantucket y comprobar de qué manera gastaban su salario en ese otro lugar, el pobre Queequeg se dio por vencido. El mundo es malvado en todos los meridianos, pensó; moriré como pagano.

De ese modo, empedernido idólatra en su corazón, Queequeg vivía entre esos cristianos, usaba sus ropas y procuraba hablar su jerga. Todo eso explicaba sus actitudes extrañas, aunque ya hiciera bastante tiempo que había partido de su tierra.

Le pregunté por señas si no tenía intención de regresar para ser coronado, puesto que ya podía considerar muerto y sepultado a su padre, que ya estaba muy débil y viejo según las últimas noticias recibidas. Me respondió que no, aún no; y agregó que temía que la Cristiandad, o más bien los cristianos, lo hubiesen vuelto indigno de subir al trono puro e inmaculado de los treinta Reyes paganos que lo habían precedido. Pero pronto volvería, no bien se sintiera rebautizado. Mientras tanto, se proponía navegar y disfrutar de sus verdes años en los cuatro océanos. Habían hecho de él un arponero, y ese hierro afilado era, por el momento, su cetro.

Le pregunté cuáles eran sus planes para el futuro inmediato. Respondió: volver al mar, siguiendo su antigua vocación. Al oírlo, le dije que mi propósito también era la pesca de ballenas, y lo informé de mi intención de zarpar desde Nantucket, el puerto más promisorio para un ballenero en vísperas de embarcarse. Al instante, Queequeg resolvió acompañarme hasta esa isla, embarcarse en la misma nave, hacer las mismas guardias, compartir el mismo bote, el mismo rancho que yo: en suma, compartir mi suerte y, con mis dos manos entre las suyas, desafiar el destino en los dos mundos. Asentí a todo lleno de alegría, porque además del afecto que ahora sentía por Queequeg, él era un diestro arponero y, como tal, no podía ser sino muy útil para alguien como yo, totalmente ignorante de los misterios de la pesca ballenera, aunque bien relacionado con el mar según lo conocen los navíos mercantes.

Su relato terminó con la última pitada a su pipa moribunda. Queequeg me abrazó, apoyó su frente contra la mía, apagó la luz de un soplo y nos volvimos las espaldas en el lecho. Pronto nos quedamos dormidos.

XIII. LA CARRETILLA

A la mañana siguiente, lunes, después de vender a un peluquero la cabeza embalsamada para que la usara como horma, pagué mi cuenta y la de mi camarada (aunque usando su dinero). El mefistofélico posadero y el resto de los huéspedes parecían tan asombrados como divertidos ante la súbita amistad nacida entre Queequeg y yo, sobre todo considerando hasta qué punto me habían alarmado las patrañas inventadas por Peter Coffin sobre la misma persona que ahora me acompañaba.

Pedimos prestada una carretilla y cargándola con nuestras cosas (incluidos mi pobre bolso de viaje, el de Queequeg y su hamaca) nos dirigimos hacia la *Moss*, la pequeña corbeta-correo de Nantucket amarrada en el muelle. Mientras andábamos la gente se paraba para mirarnos: no tanto a causa de Queequeg (porque ya estaba habituada a ver caníbales como él en sus calles), cuanto por el curioso espectáculo que ofrecíamos mostrándonos en relación tan amistosa. Pero no reparábamos en nadie: empujábamos la carretilla por turno y de cuando en cuando Queequeg se detenía para ajustar la vaina de su afilado arpón. Le pregunté por qué llevaba en tierra un objeto tan molesto, y si los barcos balleneros no disponían de sus propios arpones. Me respondió, en términos generales, que si bien era cierto lo que yo suponía, sentía un afecto particular por su arpón, porque estaba hecho de un material seguro, bien probado en muchos combates a muerte e íntimo conocedor del corazón de las ballenas. En suma, como muchos segadores y guadañadores, que acuden a las tierras de los granjeros armados con sus propias hoces sin que nadie los obligue a ello, Queequeg tenía sus razones para preferir su arpón.

Tomando la carretilla de mis manos, me contó una cómica historia acerca de la primera carretilla que había visto en su vida. Era en Sag Harbor. Los dueños del barco, según parece, le habían prestado una para que llevara su pesado arcón hasta la casa en que se hospedaba. Para no parecer ignorante —aunque en verdad no tenía la menor idea acerca de cómo usar el aparato—, Queequeg puso el arcón sobre la

carretilla, lo ató fuertemente, se echó al hombro carretilla y arcón, y empezó a andar por el muelle.

—¡Vaya, Queequeg! ¡Uno diría que eras más astuto!... ¿No se reía la gente?

Entonces me contó otra historia. En su isla de Rokovoko, según parece, la gente vierte la fragante agua de coco en una gran calabaza de colores, como si fuera una ponchera. Esta ponchera siempre es el gran ornamento central de la estera de paja trenzada en torno a la cual se celebra la fiesta. En cierta ocasión un enorme buque mercante hizo escala en Rokovoko y su capitán —un caballero muy solemne y puntilloso, en todo sentido, al menos por tratarse de un capitán de mar— fue invitado a la boda de la hermana de Queequeg, una linda princesita que acababa de cumplir diez años. Cuando todos los invitados a la boda se reunieron en la choza de bambú de la novia, entró el capitán. Como se le había reservado el puesto de honor, se sentó frente a la ponchera, entre el Sumo Sacerdote y el Rey, padre de Queequeg. Después de la acción de gracias —porque esos pueblos tienen, como nosotros, su acción de gracias, aunque diferente de la nuestra, según me informó Queequeg, ya que nosotros miramos hacia abajo, hacia los platos, mientras que ellos, al contrario, como los patos, miran hacia arriba, hacia el gran Dispensador de todas las fiestas—, después de la acción de gracias, decía, el Sumo Sacerdote inicia el banquete mediante la inmemorial ceremonia de la isla: es decir, hunde sus dedos consagrados y consagradores en la ponchera, antes de que la sagrada bebida empiece a circular. Al verse situado junto al sacerdote y después de observar la ceremonia, considerándose —puesto que era capitán de un navío— con derecho de precedencia al simple rey de una isla —sobre todo en la casa del Rey—, el capitán empieza tranquilamente a lavarse las manos en la ponchera. Imagino que la tomó por un bol gigantesco.

—¿Qué piensas ahora? —dijo Queequeg—. ¿Se habrá reído nuestra gente?...

Al fin, pagado el pasaje y depositado el equipaje, subimos a la cubierta de la corbeta. Izadas las velas, se deslizó por el río Acunshet. A un lado, Nueva Bedford se erguía con sus calles como terrazas, con sus árboles cubiertos de hielo, centelleantes en el aire transparente y frío. Enormes colinas y montañas de barriles se apilaban en sus muelles, y los errabundos barcos balleneros permanecían silenciosos unos junto a otros, al fin seguros. Pero de algunos llegaba el ruido de los carpinteros y los soldadores, mezclado con el fragor de las hogueras y las fraguas para derretir el alquitrán: anuncio de nuevas travesías, porque el fin de un viaje peligroso y largo sólo es el comienzo de otro viaje, y cuando este segundo viaje termina empieza el tercero, y así sucesivamente, por siempre jamás. Así son de interminables, de intolerables los esfuerzos terrenos.

Al ganar mar abierto, la tonificante brisa se hizo más fresca y la pequeña Moss despedía la espuma veloz de su proa como un potrillo sus bufidos. ¡Cómo aspiraba yo ese aire, tan tonificante! ¡Cómo desdeñaba la limitada tierra, esa carretera común

marcada por las huellas de tacones y cascos serviles! ¡Cómo admiraba la magnanimidad del mar, que no deja rastros!

En la misma fuente espumosa, Queequeg parecía beber y saborear conmigo. Se estremecían las aletas de su oscura nariz y mostraba los dientes afilados y puntiagudos. Adelante, volábamos adelante... Cuando llegábamos a alta mar, la Moss rindió homenaje al viento: levantó y bajó la frente, como un esclavo frente al sultán. Nos inclinábamos hacia un lado y, así inclinados, disparábamos como una flecha; el cordaje entero cimbraba como si hubiera sido de alambre y los dos altos mástiles se inclinaban como bambúes en el centro de un huracán. Tan absortos estábamos en esa escena vertiginosa, de pie en la oscilante proa, que durante algún tiempo no reparamos en las miradas burlonas de los pasajeros, un conjunto de bobalicones que no entendían que dos seres humanos pudieran ser tan unidos, como si un hombre blanco fuera más digno que un negro enjalbegado. Pero había allí algunos imbéciles y patanes que por su falta total de experiencia debían ser hijos de la ignorancia misma. Queequeg sorprendió a uno de esos muchachos en el instante en que lo remedaba a sus espaldas. Pensé que había llegado la hora del juicio para ese patán. El musculoso salvaje dejó el arpón, tomó al muchacho en sus brazos y con destreza y fuerza casi milagrosas lo lanzó en el aire. El muchacho, golpeándose ligeramente el trasero en un medio salto mortal, aterrizó sobre sus pies con los pulmones estallándole, mientras Queequeg le volvía la espalda, encendía su pipa-hacha y me la tendía para una pitada.

—¡Capitán! ¡Capitán! —aulló el muchacho, corriendo hacia el oficial—. ¡Capitán, éste es el diablo!

—¡Eh, usted, caballero! —chilló el capitán, una flaca espina de pescado, caminando a grandes pasos hacia Queequeg—. ¿Qué demonios se ha propuesto? ¿No se da cuenta de que ha podido matar a ese muchacho?

—¿Qué decir él? —preguntó Queequeg, volviéndose tranquilamente hacia mí.

—Dice que has estado a punto de matarlo —le expliqué, señalando al bisoño, que no había parado de temblar.

—¡Matarlo! —exclamó Queequeg, contrayendo su cara tatuada en una ultraterrena expresión de desdén—. ¡Ah! ¡El pez muy pequeño! ¡Queequeg matar gran ballena!

—¡Óigame! —rugió el capitán—. ¡Lo mataré a usted, caníbal del demonio, si vuelve a hacer otra jugada como ésta aquí, a bordo! ¡De modo que ándese con cuidado!

Pero fue entonces cuando le tocó al capitán el turno de andarse con cuidado. El enorme esfuerzo impuesto a la vela mayor había partido la escota de barlovento y la enorme botavara volaba de un lado al otro, barriendo toda la parte posterior de la cubierta. El pobre muchacho tan duramente tratado por Queequeg fue arrojado por la borda; todos estaban aterrados: parecía una locura intentar asir la botavara para inmovilizarla. Volaba de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, casi en un solo tic de reloj, y a cada instante parecía a punto de saltar en pedazos. Nadie hacía nada y

nada parecía factible: los que estaban en cubierta se precipitaron a proa y se quedaron mirando la botavara, como si hubiera sido la mandíbula inferior de una ballena exasperada. En medio de toda esa consternación, Queequeg se arrodilló ágilmente y deslizándose bajo la botavara tomó una cuerda, ató una punta a la amurada, arrojó la otra punta como un lazo y atrapó la botavara en el instante en que pasaba sobre su cabeza. Al salto siguiente, la botavara quedó inmovilizada y el peligro pasó. Se hizo virar la corbeta hasta ponerla de proa al viento y mientras los hombres bajaban el bote de popa, Queequeg, desnudo hasta la cintura, se arrojó desde la borda describiendo un arco amplio y perfecto. Durante tres minutos o más lo vimos nadar como un perro, echando hacia adelante sus largos brazos rectos y revelando, de cuando en cuando, sus hombros musculosos entre la gélida espuma. Yo contemplaba a mi heroico y glorioso amigo, pero no veía a nadie que pudiera ser salvado. El bisoño ya se había hundido. Elevándose perpendicularmente por encima del agua, Queequeg echó entonces una mirada a su alrededor y al comprobar cuál era la situación se sumergió y desapareció. Pocos minutos después volvió a aparecer: con un brazo luchaba por avanzar, con el otro arrastraba un cuerpo exánime. La embarcación los recogió enseguida. El desdichado bisoño recibió los primeros auxilios. Los marineros en masa proclamaron que Queequeg era un noble corazón y el capitán le pidió que lo perdonara. Desde entonces, me pegué a Queequeg como un aguaviva hasta que el pobre Queequeg se hundió en su última zambullida.

¿Se habrá visto nunca una ingenuidad semejante? Queequeg no parecía darse cuenta de que merecía una medalla de las Asociaciones Humanitarias del Valor. Sólo pidió agua, agua dulce, para quitarse la sal del cuerpo. Después se puso ropa seca, encendió la pipa y apoyándose en la amurada y mirando tranquilamente a quienes lo rodeaban, pareció decirse: «Este mundo es una sociedad de socorros mutuos, en todos los meridianos. Nosotros, los caníbales, debemos ayudar a los cristianos».

XIV. NANTUCKET

Ninguna otra cosa digna de mención ocurrió durante la travesía. De modo que, después de un hermoso viaje, llegamos sanos y salvos a Nantucket.

¡Nantucket! Tomen ustedes su mapa y busquen la isla. Observen cuál es la parte del mundo que ocupa: está lejos de la costa, más solitaria que el faro de Eddystone. Mírenla: una simple colina, un codo de arena, toda playa sin trasfondo. Hay allí más arena que la que podrían usar ustedes en veinte años para reemplazar el papel secante. Algunos graciosos dirán que allí hay que plantar la cizaña, porque naturalmente no crece; que los cardos se importan de Canadá; que debe cruzarse el mar en busca de una espita para tapar una hendidura en un barril de aceite; que en Nantucket los pedazos de madera se guardan como los fragmentos de la verdadera cruz en Roma; que la gente del lugar planta hongos delante de sus casas para tener sombra en verano; que una brizna de hierba es un oasis, y tres briznas (después de buscarlas durante un día entero) una pradera; que la gente usa zapatos especiales para las arenas movedizas, algo así como las botas para la nieve de los lapones; que todos están a tal punto reclusos, cercados, aislados y reducidos a la condición de isla por el océano que en sus sillas y mesas se adhieren a veces almejas, como al caparazón de las tortugas. Pero estas extravagancias sólo indican que Nantucket no es Illinois.

Oigan ahora la maravillosa tradición acerca de cómo esta isla fue colonizada por los pieles rojas. La leyenda dice así: En los antiguos tiempos un águila voló sobre la costa de Nueva Inglaterra llevando a un niño indio en sus garras. Con grandes lamentos, los padres vieron que el niño se perdía de vista sobre las infinitas aguas. Resolvieron entonces partir en la misma dirección. Zarparon en las canoas y después de una peligrosa travesía descubrieron la isla: allí encontraron un cofrecillo de marfil vacío: el esqueleto del pobre indiecito.

¡Cómo sorprenderse, pues, de que el pueblo de Nantucket, nacido en una playa, haya elegido el mar para siempre! Al principio atraparon cangrejos y espirenques en la arena; cuando adquirieron más audacia, bajaron al agua en busca de peces; ya ricos de experiencia, se echaron al mar en botes para pescar bacalao; al fin, botando al océano

una flota de grandes navíos, exploraron este mundo marino, lo rodearon con un cinto interminable de navegaciones, se asomaron al estrecho de Behring y en todos los océanos y todas las estaciones declararon guerra eterna a la más formidable masa animada que sobrevivió al diluvio, a la más monstruosa y enorme entre todas. ¡A ese Himalaya, a ese Mastodonte marino revestido de un tal portento de fuerza inconsciente que sus mismos terrores son más temibles que sus ataques más audaces y perversos!

Así, esos desnudos hombres de Nantucket, esos ermitaños del mar, salieron de su hormiguero acuático y recorrieron y dominaron el mundo de los océanos, como otros tantos Alejandro, repartiéndose entre ellos el Atlántico, el Pacífico y el Índico, como las tres potencias piratas se repartieron Polonia. Que Norteamérica agregue México a Texas y amontone Cuba sobre Canadá, que los ingleses invadan la India y planten sobre el sol mismo su resplandeciente estandarte: los dos tercios del globo terráqueo son de los hijos de Nantucket. Porque suyo es el mar: lo poseen como los emperadores poseen sus imperios. Los demás marinos apenas si tienen derecho de atravesarlo. Los navíos mercantes no son más que una especie de puentes colgantes; los navíos de guerra no son sino fuertes flotantes; hasta los piratas y corsarios, aunque acechen en el océano como los bandoleros en los caminos, sólo saquean otras naves, otros fragmentos de la tierra semejantes a ellos mismos, sin procurar extraer su alimento del abismo sin fondo. El hombre de Nantucket es el único que mora y domina en el mar; es el único que, como dice la Biblia, desciende a él en naves y lo ara de un extremo a otro como si fuera su propio campo. *Allí* está su hogar, *allí* están sus trabajos, que ningún diluvio de Noé interrumpiría, aunque se tragara a todos los millones de China. El hombre de Nantucket vive en el mar, como los gallos silvestres en la pradera; se oculta entre las olas y las trepa como los cazadores de antílopes trepan los Alpes. Durante años no ve la tierra, de modo que cuando al fin regresa a ella le parece otro mundo, más extraño que la luna para un terráqueo. Como la gaviota sin tierra que, al atardecer, pliega las alas y se mece hasta dormirse entre el oleaje, al caer la noche el hombre de Nantucket, lejos de la tierra, recoge las velas y se echa a dormir, mientras bajo su almohada corren morsas y ballenas.

XV. CAZUELA

Ya era de noche cuando la pequeña Moss atracó suavemente y Queequeg y yo bajamos a tierra. No teníamos otra preocupación por delante que la de encontrar comida y lecho. El posadero de «El chorro de la ballena» nos había recomendado a su primo Hosea Hussey, de «Las marmitas»: nos había asegurado que era el dueño de los hoteles mejor atendidos en toda Nantucket y además había afirmado que el primo Hosea, como lo llamaba, era famoso por sus cazuelas. En suma, había dado a entender, lisa y llanamente, que no había mejor lugar para que probáramos fortuna que «Las marmitas». Pero las indicaciones que nos había dado (debíamos avanzar dejando a estribor un depósito amarillo hasta que descubriéramos una iglesia blanca a babor, y después debíamos dejar esa iglesia a babor hasta que encontráramos una esquina a tres puntos de estribor, hecho lo cual debíamos preguntar al primer hombre con que nos cruzáramos dónde quedaba el lugar) y sus enrevesadas explicaciones nos confundieron mucho al principio, sobre todo porque desde el comienzo mismo Queequeg insistió en que el depósito amarillo —punto de partida— debíamos dejarlo a babor, mientras que yo había entendido que Peter Coffin había dicho a estribor. Sin embargo, después de vagabundear un poco en la oscuridad y de llamar de cuando en cuando a la puerta de alguna pacífica morada para preguntar por el camino, al fin llegamos a algo que no admitía confusiones.

Dos enormes marmitas de madera pintadas de negro y colgadas de orejas de asno pendían de las crucetas de un viejo mastelero, plantado frente a un viejo portal. En uno de los lados de las crucetas se habían serruchado los brazos, de modo que ese viejo mastelero se parecía no poco a una horca. Quizá me había vuelto demasiado sensible a ciertas impresiones, pero no pude mirar esa horca sin un vago presentimiento. Sentí una especie de retortijón en el cuello cuando alcé los ojos para observar los dos brazos que quedaban. Sí, dos brazos, uno para Queequeg y otro para mí. Es un mal augurio, pensé. Un Coffin como posadero en mi primer puerto ballenero; lápidas en la capilla de los balleneros; ahora una horca... ¡Y hasta un par de prodigiosas marmitas negras! ¿Sería, acaso, una oblicua alusión al Infierno?

Me arrancó de esas reflexiones la vista de una mujer pecosa, con el pelo y la ropa amarillos, de pie ante la puerta de la posada, bajo una turbia lámpara roja oscilante muy parecida a un ojo enfermo, y trabada en una animosa discusión con un hombre con camisa de lana púrpura.

—¡Largo de aquí —decía la mujer al hombre—, o te echaré a escobazos!

—Ven, Queequeg —dije—, hemos llegado. Esta es la señora Hussey.

Y así era, en efecto. El señor Hosea Hussey estaba ausente, pero había dejado a la señora Hussey al cuidado de sus negocios. Después de manifestar nuestros deseos de comer y dormir, la señora Hussey, posponiendo su discusión, nos guió hacia un cuarto pequeño, nos hizo sentar ante una mesa cubierta con los restos de una comida reciente, se volvió hacia nosotros y nos dijo:

—¿Almeja o bacalao?

—¿Qué es eso de almeja, señora? —pregunté con mucha cortesía.

—¿Almeja o bacalao? —repitió ella.

—¿Una almeja como cena? ¿Una fría almeja? ¿Eso es lo que ha querido decirnos, señora Hussey? —pregunté—. Pero ésta es una recepción fría como un molusco en pleno invierno, ¿no le parece, señora Hussey?

Pero como la señora Hussey tenía mucha prisa por seguir riñendo al hombre de la camisa púrpura, que la esperaba en la entrada y como si no hubiese oído otra palabra que «almeja», se precipitó por la puerta abierta que llevaba a la cocina y chillando «almeja para dos» desapareció.

—Queequeg —dije—, ¿crees que podemos cenar los dos con una sola almeja?

Sin embargo, un cálido vapor apetitoso que salió de la cocina logró desmentir las perspectivas en apariencia tan lúgubres para nosotros. Cuando la humeante cazuela llegó, el misterio quedó deliciosamente resuelto. ¡Oh, dulces amigos, escuchen esto! Estaba hecha de pequeñas almejas jugosas, apenas más grandes que una avellana, mezcladas con galleta marinera desmenuzada, cerdo salado, el conjunto enriquecido con manteca y espléndidamente condimentado con sal y pimienta. Como el gélido viaje había exacerbado nuestro apetito (y para colmo, como Queequeg vio ante sí su pez favorito), y como la cazuela estaba más allá de toda ponderación, nos la despachamos sin demora. Entonces, echándose hacia atrás un instante y pensando en el anuncio «almeja-bacalao» de la señora Hussey, lucubré un pequeño experimento. Fui hacia la puerta de la cocina y pronuncié la palabra «bacalao» con gran énfasis. Después volví a mi silla. En pocos minutos reapareció el sabroso vapor, pero con un aroma diferente. Y oportunamente depositaron ante nosotros una maravillosa cazuela de bacalao.

Pusimos de nuevo manos a la obra y mientras hundíamos nuestras cucharas en la cazuela, me dije: ¿No tendrá esta comida algún efecto sobre el cerebro? ¿Qué es esa frase insultante acerca de la gente con cabeza de cazuela?

—Mira, Queequeg —dije en voz alta a mi compañero—. ¿No hay una anguila viva en tu cazuela? ¿Dónde está tu arpón?

«Las marmitas» era el lugar más piscatorio entre todos los lugares piscatorios. Era harto digno de su nombre, porque en esas marmitas hervían peces y mariscos sin cesar. Cazuela para el desayuno, cazuela para el almuerzo, cazuela para la cena, hasta que empezaba uno a mirar si no le salían espinas de pescado por entre la ropa. El espacio frente a la casa estaba cubierto de conchillas de mariscos. La señora Hussey llevaba un brillante collar de vértebras de bacalao; el libro de cuentas de Hosea Hussey estaba encuadernado en una finísima vieja piel de tiburón. Hasta la leche tenía un dejo a pescado, cosa que no pude explicarme hasta que una mañana di un paseo por la playa, entre algunas barcas de pescadores, y vi la vaca rosilla de Hosea comiendo restos de pescado y andando por la arena con cada pezuña metida en una cabeza decapitada de bacalao: les aseguro que parecían pantuflas.

Terminada la cena, recibimos una lámpara e indicaciones de la señora Hussey sobre el camino más corto para llegar al lecho. Pero cuando Queequeg se dispuso a precederme en la escalera, la dama extendió un brazo y le pidió el arpón: no permitía que llevaran arpones a los cuartos.

—¿Por qué no? —dije—. Un ballenero de verdad siempre duerme con su arpón. ¿Y por qué no?

—Porque es peligroso —dijo la señora Hussey—. Desde que el joven Stiggs volvió de ese desdichado viaje, que duró cuatro años y medio y apenas le reportó tres barriles de aceite, y lo encontraron muerto aquí, en el primer piso, con el arpón clavado en su costado, desde entonces no permito que los huéspedes lleven armas tan peligrosas a sus cuartos, por la noche. De manera que, señor Queequeg —se había aprendido el nombre—, me llevaré ese hierro y se lo guardaré hasta la mañana. Pero en cuanto a la cazuela: ¿bacalao o almeja para el desayuno, muchachos?

—Los dos —respondí—. Y un par de arenques ahumados, para variar un poco.

XVI. LA NAVE

En el lecho hicimos nuestros planes para el día siguiente. Pero para sorpresa y no poca preocupación mía, Queequeg me dio a entender que había consultado cuidadosamente a Yojo —ése era el nombre de su pequeño dios negro— y Yojo le había dicho dos o tres veces, insistiendo sobre ello en toda forma posible, que en vez de visitar juntos los barcos balleneros anclados en el muelle y elegir de común acuerdo el nuestro, en vez de eso, repito, Yojo había ordenado severamente que la elección del navío debía depender exclusivamente de mí. Pues Yojo se proponía ayudarnos y para ello ya tenía señalado un navío que yo, Ismael, si me echaba a andar encontraría infaliblemente, como por casualidad; en esa nave debía embarcarme de inmediato, sin preocuparme, por el momento, de Queequeg.

He olvidado mencionar que, en muchos aspectos, Queequeg otorgaba plena confianza a la excelencia del juicio y los sorprendentes pronósticos de Yojo, y sentía por él una estima considerable, como si hubiese sido una clase de dios más bien favorable que quizá estuviera bien intencionado, en general, aunque no siempre lograra éxito en sus benévolos designios.

Volvamos, pues, a este plan de Queequeg, o más bien de Yojo, acerca de la elección de nuestra nave. Yo había confiado no poco en la sagacidad de Queequeg en cuanto al hallazgo de la nave que pareciera mejor equipada para acarrearnos a nosotros y a nuestros destinos. Pero como todas mis protestas no produjeron el menor efecto sobre Queequeg, me vi obligado a ceder y me puse en campaña con la energía y el vigor necesarios para terminar de una vez con ese asunto tan baladí. A la mañana siguiente, bien temprano, dejé a Queequeg encerrado en nuestro pequeño dormitorio —pues según parecía, para Queequeg y Yojo ese día era una especie de Cuaresma o Ramadán o día de ayuno, humillación y plegaria, aunque nunca pude precisar *de qué manera* lo era, ya que jamás logré entender sus liturgias y sus XXXIX Artículos, por más que lo intenté muchas veces—, dejé, como decía, a Queequeg ayunando con su pipa-hacha y a Yojo calentándose ante la hoguera sacrificial de astillas y salí a inspeccionar los navíos. Después de un largo vagabundeo y una serie de preguntas al azar, supe

que había tres barcos a punto de zarpar para un viaje de tres años: *La mujer del diablo*, *Golosina* y *Pequod*. Ignoro el origen del nombre *La mujer del diablo*; *Golosina* es obvio; *Pequod*, como sin duda recordarán ustedes, era el nombre de una famosa tribu indígena de Massachusetts, ya extinguida, como los antiguos medos. Fisgué e investigué en torno a *La mujer del diablo*; desde allí salté al *Golosina*. Al fin subí a bordo del *Pequod*, le eché una mirada y resolví que ésa era la nave para nosotros.

Ustedes podrán haber visto barcos muy raros en su vida: lugres de punta cuadrada, juncos japoneses mastodónticos, galeotes como mantequeras, qué sé yo... Pero les doy mi palabra de honor: nunca habrán visto ustedes un barco tan raro como este rarísimo y viejo *Pequod*. Era una nave de construcción antigua, más bien pequeña, con el aire de uno de esos muebles anticuados con patas como garras. Estacionado por el tiempo y curtido por los tifones y las calmas de los cuatro océanos, el material de su viejo casco se había oscurecido como la piel de un granadero francés que hubiese luchado en Egipto y en Siberia. Su venerable proa parecía barbada. Sus mástiles — tallados en algún lugar de la costa japonesa, donde los originales se habían perdido durante una tempestad— se erguían como los espinazos de tres viejos reyes de Colonia. Sus antiguos puentes estaban desgastados y rugosos como la piedra venerada por los peregrinos en la catedral de Canterbury sobre la cual se derramó la sangre de Becket. Pero a todas esas vetustas antigüedades se sumaban nuevos y prodigiosos rasgos provenientes del salvaje oficio desempeñado por la nave a lo largo de más de medio siglo. El viejo capitán Peleg, durante mucho tiempo su comandante, antes de gobernar otra nave de su propiedad (a la sazón era un marino retirado, uno de los principales propietarios del *Pequod*), este viejo Peleg, decía, había fabricado todo lo que motivaba el aspecto grotesco del barco durante el período en que había sido oficial y le había incrustado todo un delirio de materiales y artilugios sólo comparables con el escudo de Thorkill-Hake. El *Pequod* estaba ornamentado como cualquier emperador bárbaro de Etiopía con el cuello cargado de collares de marfil pulido. Era un muestrario de trofeos. Un barco caníbal, adornado con los huesos de sus enemigos atrapados. Sus amuradas abiertas, sin paneles, estaban guarnecidas como una incesante mandíbula con largos y agudos dientes de cachalote, insertados allí a modo de clavijas para amarrar las viejas cuerdas de cáñamo y los tensores. Pero los cabos no pasaban por vulgares aparejos de madera terrestre, sino que se deslizaban por roldanas de marfil marítimo. Despreciando la rueda de torniquete, la nave ostentaba, para su venerable gobernalle, una caña de timón, y tal caña era de una sola pieza, curiosamente labrada en la larga y estrecha mandíbula inferior de su hereditario enemigo. El timonel que dirigía esa caña durante una tempestad debía sentirse como un tártaro cuando refrena el corcel aferrándolo por la quijada. ¡Un navío muy noble, pero de algún modo harto melancólico! Todas las cosas nobles tienen una sombra de melancolía.

Cuando busqué en el alcázar a alguien que tuviera autoridad para proponerme como candidato para el viaje, al principio no vi a nadie aunque no pude ignorar una extraña tienda, o más bien *wigwam*, que se levantaba un poco más allá del palo mayor. Parecía una construcción provisional, hecha para los períodos de permanencia en los puertos. Era de forma cónica, de unos diez pies de alto; estaba hecha con dos inmensas planchas de negro hueso flexible, provenientes de la parte media y superior del maxilar de la ballena. Plantados con sus anchos extremos sobre la cubierta, esos huesos enlazados entre sí se juntaban en la parte superior; en el ápice estaban atados por un mechón terminal, semejante al mechón de la cabeza de algún viejo *sachem* de los *pottowotamis*. Una abertura triangular daba a la proa de la nave, de modo que quien estuviera dentro de la tienda gozaba de una vista total de cuanto ocurría frente a sí.

Al fin descubrí, medio oculto en esa curiosa construcción, a un hombre que por su aspecto parecía tener autoridad. Como era mediodía y se habían interrumpido las faenas de la nave, descansaba a la sazón de la carga del mando. Estaba sentado en un anticuado sillón de roble enteramente cubierto de extrañas tallas, cuyo asiento era un firme enrejado hecho con el mismo material del *wigwam*.

Quizá no tuviera nada de particular el aspecto del anciano que veía: era tostado y robusto, como casi todos los marinos, y estaba arropado en un pesado capote azul cortado al estilo cuáquero; sólo tenía una sutil, casi microscópica red de minúsculas arrugas en torno a los ojos que debían provenir de sus continuos viajes en muchas duras borrascas, siempre mirando hacia el viento (pues esto hace que se contraigan los músculos alrededor de los ojos). Tales arrugas son muy eficaces para lograr un ceño adusto.

—¿Es usted el capitán del *Pequod*? —dije, avanzando hacia la puerta de la tienda.

—Suponiendo que sea el capitán del *Pequod*, ¿qué se te ofrece? —preguntó.

—Pensaba embarcarme...

—¿Conque pensabas embarcarte? Veo que no eres de Nantucket. ¿Has estado alguna vez en una nave desfondada?

—No, señor, nunca.

—Supongo que no sabrás nada de la pesca de ballenas...

—Nada, señor. Pero estoy seguro de que aprenderé pronto. He hecho varios viajes al servicio de la marina mercante, y creo que...

—¡Al diablo con la marina mercante! No me hables de esas tonterías. ¿Ves esta pierna? La sentirás en el trasero si vuelves a hablarme de la marina mercante. ¡Marina mercante!... Supongo que estarás muy orgulloso de haber servido en esos barcos mercantes. Pero, cuernos, muchacho, ¿para qué quieres hacerte ballenero, eh? Me parece un poco sospechoso... ¿No has sido pirata? ¿No has robado a tu último capitán? ¿No tienes intenciones de asesinar a los oficiales cuando estés en alta mar?

Hice protestas sobre mi inocencia en cuanto a semejantes dudas. Comprendí que tras la máscara de esas insinuaciones medio humorísticas ese viejo marino, como todo aislado cuáquero de Nantucket, estaba lleno de prejuicios insulares y desconfiaba de todos los extraños, a menos que vinieran del Cabo Cod o de Vineyard.

—Pero ¿por qué se te ha antojado ser ballenero? Quiero saberlo antes de embarcarte.

—Bueno, señor, me gustaría saber cómo es la pesca de ballenas. Quiero ver el mundo.

—Conque quieres saber cómo es la pesca de ballenas, ¿eh? ¿Alguna vez has visto al capitán Ahab?

—¿Quién es el capitán Ahab, señor?

—Ya me lo esperaba... El capitán Ahab es el capitán de esta nave.

—Entonces me he equivocado. Pensé que hablaba con el capitán...

—Estás hablando con el capitán Peleg: con él en persona estás hablando, muchacho. A mí y al capitán Bildad nos corresponde comprobar que el *Pequod* esté bien equipado para el viaje y bien abastecido, incluso con la tripulación necesaria. Los dos somos copropietarios y agentes. Pero como iba a decirte, si quieres saber cómo es la pesca de ballenas, según me has explicado, puedo indicarte cómo lograrlo antes de que te ates a ella y ya no puedas echarte atrás. Espera a que conozcas al capitán Ahab, muchacho, y descubrirás que tiene una sola pierna.

—¿Quiere usted decirme, señor, que perdió la otra a causa de una ballena?

—¡A causa de una ballena! Acércate, muchacho: fue devorada, masticada, triturada por el más monstruoso de los seres espermáticos que haya destrozado un barco. ¡Ay, ay!...

Yo estaba un poco alarmado por su energía, y quizá algo conmovido por el hondo pesar revelado en sus exclamaciones finales, pero dije con tanta calma como pude:

—Lo que usted dice sin duda es cierto, señor. Pero cómo podía saber que esa ballena fuera peculiarmente feroz, aunque en verdad pude deducirlo por el simple hecho del accidente...

—Oye, jovencito: todavía tienes los pulmones blandos... tú no engañas a nadie. ¿Es cierto que has estado en el mar alguna vez? ¿Estás seguro?

—Señor —respondí—, creo haberle dicho que he hecho cuatro viajes en barcos mercantes...

—¡Acaba de una vez con eso! Recuerda lo que te he dicho sobre la marina mercante; no me cargues, porque no te lo aguantaré. Pero entendámonos. Ya te he dado una idea sobre lo que es la pesca de ballenas. ¿Sigues con ganas de conocerla?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora escucha bien: ¿eres hombre capaz de hundir un arpón en la cava de una ballena viva y después saltar tras él? ¡Rápido, responde!

—Sí, señor, en caso de que sea indispensable hacerlo: quiero decir, si no hay otro remedio, cosa que no creo...

—Muy bien, de nuevo. Me has dicho que no sólo quieres pescar ballenas, conocer por experiencia cómo es la pesca de ballenas, sino también viajar para ver el mundo. ¿No es eso lo que has dicho? Así me pareció. Bueno, adelántate allí, asómate a barlovento y vuelve para decirme qué has visto.

Durante un instante me sentí perplejo por esa curiosa orden, sin saber cómo tomarla: si en broma o en serio. Pero concentrando todas sus patas de gallo en una expresión feroz, el capitán Peleg me obligó a cumplir su mandato.

Me adelanté, me asomé a barlovento y advertí que la nave, meciéndose sobre el ancla a causa de la marea, ahora apuntaba oblicuamente hacia el mar. La perspectiva era ilimitada, pero harto monótona y deprimente: imposible descubrir la menor variedad.

—Y bien: ¿cuál es tu informe? —dijo Peleg cuando regresé junto a él—. ¿Qué has visto?

—No mucho —respondí—. Sólo agua. Pero un considerable horizonte, y una borrasca que se avecina, según creo.

—Bueno. ¿Y cómo piensas, entonces, que has de ver el mundo? ¿Quieres dar la vuelta al Cabo Cod para ver un poco más, no es cierto? ¿No puedes ver el mundo desde donde estás?

Quedé un poco desconcertado, pero debía probar la pesca de ballenas, y la probaría... El *Pequod* era un buen barco —yo pensaba que era el mejor—, e insistí sobre todo ello ante Peleg. Al verme tan resuelto, el capitán se declaró dispuesto a embarcarme.

—Puedes firmar los papeles enseguida —agregó—. Sígueme —y me guió a la cabina, bajo cubierta.

Sentado en el yugo de popa vi a un personaje que me pareció insólito y sorprendente. Resultó ser el capitán Bildad, uno de los principales copropietarios —juntamente con el capitán Peleg— de la nave. Los otros copropietarios, como suele ocurrir en esos puertos, eran una multitud de viudas, huérfanos y ujieres. Cada uno poseía el valor de una cabeza de madero, un pie de tablón, un clavo o dos de la nave. La gente de Nantucket invierte su dinero en naves balleneras, del mismo modo que ustedes lo hacen en bonos del Estado, que dan un buen interés.

Bildad, como Peleg y muchos otros habitantes de Nantucket, era cuáquero, puesto que la isla fue colonizada por esa secta. Y hasta el día de hoy sus habitantes conservan en medida poco frecuente las peculiaridades del cuáquero, aunque variadamente y anómalamente modificadas por cosas del todo extrañas y heterogéneas. Porque algunos de estos mismos cuáqueros son los más sanguinarios entre todos los marinos y

los pescadores de ballenas. Son cuáqueros guerreros; son cuáqueros con ansias de venganza.

Hay entre ellos hombres que, bautizados con nombres de las Escrituras —hábito harto común en la isla— y habiendo absorbido naturalmente durante su infancia el solemne y dramático tuteo del idioma cuáquero, durante las audaces, temerarias e infinitas aventuras de su existencia sucesiva mezclan extrañamente a esas singularidades nunca olvidadas los rasgos de un carácter indómito que no serían indignos de un rey escandinavo o de un poético pagano de Roma. Y cuando todo esto se mezcla en un hombre poseedor de una fuerza que, por naturaleza, es muy superior a la corriente, en un hombre dotado de cerebro globular y corazón ponderoso, que llega a pensar de un modo independiente y sin prejuicios, gracias al influjo de la quietud y el aislamiento de muchas y largas vigías en las más remotas aguas, bajo constelaciones jamás vistas aquí, en el norte; en un hombre que, al recibir todas las impresiones suaves o violentas de la naturaleza recién salidas de su seno virgen, generoso y confidencial, logra aprender —apenas con la ayuda de algunas ventajas ocasionales— un lenguaje audaz, nerviosamente elevado, ese hombre será único en el censo de toda una nación: un ser digno de un solemne cortejo, de las más nobles tragedias. Y el hecho de que, por nacimiento o por otras circunstancias, tenga en el fondo de su naturaleza cierta morbosidad predominante, no puede disminuir su figura, considerada dramáticamente. Porque todos los hombres trágicamente grandes lo son por obra de cierta morbosidad. Persuádete de ello, oh joven ambición: toda grandeza mortal no es sino enfermedad. Pero por el momento no tenemos que vérnoslas con un hombre semejante, sino con un hombre totalmente distinto: aunque se trate de un hombre que, si algo tiene de singular, se lo debe a otra fase de la condición de cuáquero, modificada por circunstancias individuales.

Como el capitán Peleg, el capitán Bildad era un ballenero retirado y de buen pasar. Pero a diferencia del capitán Peleg —que no atribuía la menor importancia a los llamados asuntos serios y, en verdad, los consideraba las mayores tonterías—, el capitán Bildad no sólo había sido educado según los principios más estrictos del cuaquerismo, sino que además toda su ulterior vida marina, durante la cual había podido conocer —más allá del Cabo de Hornos— a muchas criaturas isleñas desnudas y encantadoras, no había bastado para conmover un ápice a este cuáquero congénito ni había alterado siquiera un pliegue de su vestimenta. Sin embargo, a pesar de toda esta imperturbabilidad, se echaba de menos cierta coherencia lógica en el digno capitán Bildad. Aunque sus escrúpulos de conciencia le impedían tomar las armas contra los invasores de tierra firme, él mismo había invadido ilimitadamente el Atlántico y el Pacífico; y aunque enemigo jurado del derramamiento de sangre humana, vestido con su estrecho gabán había derramado toneladas de sangre de leviatán. Ignoro cómo conciliaría el piadoso Bildad estas cosas en las reminiscencias

del ocaso en que ahora vivía. Pero eso no parecía preocuparlo demasiado, y sin duda hacía mucho tiempo que había llegado a la sabia y sensata conclusión de que una cosa es la religión de un hombre, y otra muy distinta su mundo práctico. Este mundo paga dividendos. Progresando desde la condición de grumete con pantalones cortos (del más gris entre los grises) hasta el rango de arponero con amplio chaleco bien ajustado y, desde éste, al de primer oficial, capitán y, al fin, propietario de nave, como ya he insinuado, Bildad había terminado su carrera llena de aventuras retirándose por completo de la vida activa a la respetable edad de sesenta años para dedicar el resto de sus días a la pacífica contabilidad de sus bien ganadas rentas.

Ahora bien: lamento decir que Bildad tenía fama de ser un incorregible viejo gruñón, y un patrón duro y amargo en sus días de navegante. En Nantucket me contaron —aunque en verdad parece un cuento harto curioso— que cuando capitaneaba el viejo ballenero *Categut* su tripulación, al regresar, debía ser llevada al hospital, exhausta y agotada. Para ser un hombre piadoso, sobre todo para ser un cuáquero, era un hombre de corazón más bien duro, por no decir más... Pero no tenía la costumbre de decir palabrotas a sus hombres, según aseguraban éstos, si bien conseguía de ellos una enorme cantidad de duro, cruel, implacable trabajo. Cuando Bildad era primer oficial, su oscura mirada ponía terriblemente nervioso al hombre sobre el cual se posaba, que de inmediato tomaba cualquier herramienta, un martillo o un pasador, y se ponía a trabajar como un loco en la primera cosa que encontraba a mano. Indolencia y pereza morían ante él. Su propia persona era la encarnación exacta de su índole utilitaria. En su cuerpo largo y flaco no tenía carne ni barba superflua: en su mentón había apenas una pelusa suave y económica, semejante a la pelusa gastada de su sombrero de anchas alas.

Tal era la persona que vi sentada en el yugo de popa cuando seguí al capitán Peleg a la cabina. El espacio entre ambas cubiertas era reducido y allí, muy erguido, estaba sentado el viejo Bildad, que siempre se sentaba así, sin apoyarse, para preservar sus faldones. A su lado se veía su sombrero aludo; tenía las piernas rígidamente cruzadas, el gabán oscuro abotonado hasta el mentón y, con los anteojos sobre la nariz, parecía sumergido en la lectura de un pesado volumen.

—¡Bildad! —exclamó el capitán Peleg—. ¿Conque estamos de nuevo en lo mismo, eh, Bildad? Estoy seguro de que hace treinta años que vienes estudiando esas Escrituras. ¿Qué has sacado en limpio, Bildad?

Como si hubiera estado muy habituado a la charla profana de su viejo camarada, Bildad, sin reparar en esa nueva irreverencia, levantó tranquilamente los ojos y, al verme, dirigió una mirada inquisitiva a Peleg.

—Dice que es de los nuestros, Bildad —explicó Peleg—. Quiere navegar.

—¿Conque eso quieres? —preguntó Bildad con voz hueca, volviéndose hacia mí.

—Sí, lo quiero —dije inconscientemente, tan intenso era sobre mí el influjo de su cuaquerismo.

—¿Qué piensas de él, Bildad? —dijo Peleg.

—Creo que servirá —dijo Bildad, mirándome para volver luego a seguir leyendo su libro en un murmullo perfectamente audible.

Me pareció el viejo cuáquero más extraño que hubiese visto nunca, sobre todo porque Peleg, su amigo y viejo camarada, tenía el aire de ser un fanfarrón. Pero no dije nada y me limité a mirar a mi alrededor con atención. Mientras tanto, Peleg abrió un cajón, tomó los reglamentos de la nave, puso pluma y tintero ante sí y se sentó frente a una mesita. Pensé que ya era tiempo de decidir en qué condiciones habría de alistarme en el viaje. Ya sabía que los barcos balleneros no pagan salario, porque todos los hombres, incluso el capitán, reciben su parte de las ganancias. Esa parte se llama *tanto* y cada *tanto* está proporcionado al grado de importancia del cargo que el tripulante desempeña dentro de la comunidad de la nave. Sabía también que, por ser bisoño, mi *tanto* no sería demasiado importante; pero considerando que estaba acostumbrado al mar, que sabía gobernar una nave, tirar un cabo y todo lo demás, no dudé de que, por lo que había oído, me ofrecerían por lo menos un 275 avo, es decir, el 275 avo de las ganancias netas del viaje, fueran cuales fuesen. Y aunque esa parte era lo que llamaban un *tanto* más bien reducido, con todo era mejor que nada. Y si teníamos un viaje afortunado, acaso podría pagarme con ella la ropa que habría gastado en viaje, para no hablar de mis tres años de comida y alojamiento, por el cual no debería pagar un solo céntimo.

Puede pensarse que ese era un medio harto mezquino para acumular una fortuna principesca, y lo era, en efecto: un medio harto mezquino. Pero soy de esos hombres que no se preocupan demasiado por las fortunas principescas, y me doy por muy satisfecho si el mundo está dispuesto a alojarme y alimentarme, mientras tenga que parar en esta lúgubre posada de la Nube Tonante. En suma, pensé que el 275 avo era una participación justa, aunque no me habría sorprendido si me ofrecían el 200 avo, considerando la anchura de mis hombros.

Pero algo, sin embargo, me hacía recelar de que recibiría una participación generosa de las ganancias. En tierra, había oído algo acerca del capitán Peleg y su inverosímil camarada, el viejo Bildad: siendo ambos los principales dueños del *Pequod*, los demás propietarios, más dispersos y de importancia tanto menor, dejaban en manos de los dos toda la administración de los asuntos de la nave. Y yo sólo sabía una cosa: ese viejo mezquino de Bildad debía de tener voto decisivo cuando se trataba de alistar hombres, sobre todo considerando cómo lo había encontrado a bordo del *Pequod*: muy a sus anchas en la cabina, leyendo su Biblia como ante el fuego de su chimenea. Lo cierto es que mientras Peleg procuraba en vano afilar una pluma con su navaja, el viejo Bildad, para no poca sorpresa mía —ya que él era parte

interesada en el arreglo—, no nos prestó atención y siguió murmurando para sí las palabras del libro: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla...».

—Y bien, capitán Bildad —interrumpió Peleg—, ¿qué opinas? ¿Qué tanto le daremos a este muchacho?

—Tú lo sabes mejor que yo —fue la sepulcral respuesta—. El setecientos setenta y siete avo no sería demasiado, ¿verdad? «... donde la polilla y el orín corrompen, sino haceos tesoros en el cielo...».

¡Tesoros!, pensé. ¡Vaya tesoro el que me proponen como tanto! ¡La 777 ava parte! Ah, viejo Bildad, pareces resuelto a que por lo menos *mi* parte no aventaje a las muchas partes de esta tierra, donde la polilla y el orín corrompen.

Era, en verdad, una parte excesivamente *estirada*; y aunque el magnetismo de la cifra puede ilusionar, al principio, a un hombre de tierra, la más mínima reflexión demostrará que si bien 777 es una cifra bastante imponente, cuando se le agrega la terminación avo resulta que un 777 avo de un centésimo es mucho menos que 777 doblones de oro. Y eso fue lo que pensé entonces.

—¡Que te revienten los ojos, Bildad! —exclamó Peleg—. ¡No querrás estafar a este muchacho! Hay que darle más que eso.

—El setecientos setenta y siete avo *tanto* —repitió Bildad, levantando los ojos para después seguir con su murmullo—. «Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón».

—Lo registraré con un trescientos avo *tanto* —dijo Peleg—. ¡Óyelo bien, Bildad! ¡El trescientos avo *tanto*, he dicho!

Bildad dejó el libro y volviéndose solemnemente hacia Peleg, dijo:

—Capitán Peleg, tienes un corazón generoso; pero has de pensar en tu deber hacia los demás propietarios de la nave: viudas, huérfanos, muchos de ellos. Si remuneras con demasiada abundancia las labores de este muchacho, quitaremos el pan de las bocas de esas viudas y esos huérfanos. El setecientos setenta y siete avo *tanto*, capitán Peleg.

—¡Mira, Bildad! —bramó Peleg, poniéndose de pie y haciendo retumbar la cabina—. ¡Maldito seas, capitán Bildad! Si hubiese seguido tu consejo en asuntos como éste, tendría ahora una conciencia tan pesada como para hundir el barco más grande que haya dado la vuelta al Cabo de Hornos.

—Capitán Peleg —dijo Bildad, inmutable—, yo no sé si tu conciencia cala diez pulgadas de agua o diez brazas, pero como eres un hombre impenitente, capitán Peleg, mucho me temo que tu conciencia haga agua y que al fin se hunda arrastrándote al abismo del infierno.

—¡Qué abismo ni qué infierno! Me insultas, hombre. Me insultas más allá de toda tolerancia humana. Es un ultraje tremendo decirle a un ser humano que está condenado al infierno. ¡Rayos y centellas! Repítelo, Bildad, y soltarás los retenes de mi

alma... Yo... sí, yo me comeré a un chivo vivo, con el pelo, los cuernos y todo. ¡Sal de la cabina, hipócrita, negro hijo de una escopeta de madera!... ¡Vamos, sal de aquí enseguida!

Mientras tronaba de ese modo, Peleg se arrojó hacia Bildad, pero éste, con asombrosa celeridad, logró esquivarlo deslizándose hacia un lado.

Alarmado por ese terrible estallido entre los dos dueños principales y responsables de la nave, y ya medio resuelto a abandonar la idea de embarcarme en una nave poseída de manera tan cuestionable y gobernada de modo tan imprevisible, me hice a un lado ante la puerta para dejar paso a Bildad que, no lo dudaba, estaría ansioso por desaparecer ante la ira suscitada en Peleg. Pero ante mi asombro, volvió a sentarse tranquilamente y no dio muestras de tener la menor intención de marcharse. Parecía muy habituado al impenitente Peleg y a sus modales. En cuanto a Peleg, después de desahogar su cólera pareció totalmente vaciado de ella: también él se sentó, apacible como un cordero, aunque temblando un poco, como si aún lo agitaran los nervios.

—¡Uf! —sopló al fin—. La borrasca parece haberse ido por sotavento, me parece. Bildad, tú que eras tan hábil para afilar una lanza, ¿quieres arreglarme esta pluma? Mi navaja necesita una piedra de afilar. Eh, tú, muchacho, tu nombre es Ismael, ¿verdad? Y bien, te registraré con un trescientos avo.

—Capitán Peleg —dije yo—, tengo un amigo que también quisiera embarcarse en esta nave. ¿Puedo traerlo mañana?

—Claro que sí —dijo Peleg—. Tráetelo y le echaremos un vistazo.

—¿Qué tanto pretende? —gruñó Bildad, mirándonos desde el libro donde había vuelto a sumergirse.

—¡Oh, no te metas en esto, Bildad! —dijo Peleg—. ¿Ha estado alguna vez en un ballenero? —agregó, volviéndose hacia mí.

—Ha matado más ballenas de las que yo podría contar, capitán Peleg.

—Bueno, tráetelo, entonces.

Y después de firmar los documentos, me largué, sin dudar de que había hecho una buena faena esa mañana y de que el *Pequod* era el mismísimo navío que Yojo había previsto para que nos llevara a Queequeg y a mí más allá del Cabo.

Pero no había avanzado mucho cuando empecé a pensar que aún no había visto al capitán con quien habría de embarcarme; aunque es cierto que, en muchos casos, un ballenero puede ser totalmente equipado y recibir a toda su tripulación a bordo antes de que el capitán se haga ver para tomar el mando: pues a veces esos viajes son tan prolongados y los intervalos en tierra, en el hogar, tan excesivamente breves, que si el capitán tiene familia o algo semejante que lo retenga, no necesita preocuparse por su nave anclada en el puerto y la deja en manos de los propietarios hasta que esté lista para zarpar. Volviéndome, me dirigí al capitán Peleg y le pregunté dónde encontraría al capitán Ahab.

—¿Y para qué quieres al capitán Ahab? Todo está listo: estás alistado.

—Sí, pero me gustaría verlo.

—No creo que puedas verlo, por el momento. No sé exactamente qué le pasa: pero está encerrado en su casa. Es una especie de enfermo, aunque no tiene aire de serlo. En verdad, no está enfermo, pero tampoco está bien. De todos modos, muchacho, no siempre quiere verme a mí, de manera que no supongo que quiera verte a ti. Es un hombre raro, este capitán Ahab... Así piensan algunos... pero es un buen hombre. Oh, te gustará bastante, no temas, no temas. Es un gran hombre, no es religioso pero se parece a un dios. No habla demasiado, pero cuando hable, harás bien en escucharlo. Presta atención: estás advertido. Ahab es un hombre fuera de lo común. Ahab ha ido a la universidad y también ha vivido entre caníbales; está habituado a maravillas más profundas que el mar; ha clavado su lanza en enemigos más poderosos y extraños que las ballenas. ¡Su lanza! ¡La más afilada e infalible de toda nuestra isla! ¡Oh, no es el capitán Bildad, te lo aseguro, y no es el capitán Peleg! Es Ahab, muchacho; y como sabes, Ahab fue en la antigüedad un rey coronado.

—Y un rey muy perverso. Cuando ese rey perverso fue asesinado, los perros no lamieron su sangre.

—Acércate a mí, muchacho, acércate más, más —dijo Peleg, con una expresión en sus ojos que casi me asustó—. Oye, muchacho: nunca digas eso a bordo del *Pequod*. El capitán Ahab no eligió su nombre. Fue una ocurrencia estúpida, ignorante, de la loca de su madre viuda, que murió cuando él tenía sólo doce meses. Y sin embargo, la vieja india Tistig dijo en Gayhead que de algún modo el nombre resultaría profético. Quizá otras necias como ella te digan lo mismo. Quiero advertírtelo. Es una mentira. Conozco bien al capitán Ahab; he navegado con él hace años; sé cómo es: un buen hombre, no un correcto hombre piadoso como Bildad, pero sí un buen hombre que dice palabrotas... Algo así como yo, sólo que él vale muchísimo más. Sí, sí, sé que nunca ha sido muy alegre, sé que al volver a su hogar ha estado un poco fuera de sus cabales durante algún tiempo. Pero como a cualquiera puede ocurrírsele, la culpa la tenían los terribles dolores de su muñón sangriento. Sé también que desde que perdió su pierna, durante el último viaje, a causa de esa maldita ballena, ha estado muy melancólico... de una manera desesperada, y a veces feroz; pero todo eso pasará. Y de una vez por todas, permíteme decirte y asegurarte, muchacho, que es mejor navegar con un buen capitán melancólico que con uno malo y risueño. De modo que adiós, muchacho, y no pienses mal del capitán Ahab porque el azar le haya dado un nombre perverso. Además, muchacho, él tiene mujer (no hace tres viajes que se ha casado con ella): una muchacha dulce y resignada. Piensa en esto: con esa dulce muchacha, ese viejo ha tenido un niño. ¿Puede haber algún defecto decisivo e irreparable en Ahab? No, no, muchacho; golpeado, maltrecho como está, Ahab tiene sus partes humanas...

Mientras me alejaba, estaba sumido en mil pensamientos: lo que se me había revelado incidentalmente sobre el capitán Ahab me colmaba de una pena incierta y terrible hacia él. Y de algún modo, al mismo tiempo, sentía lástima y simpatía por Ahab, aunque ignoraba el motivo, a menos que fuera la cruel pérdida de su pierna. Y sin embargo, también sentía una extraña angustia al pensar en él: pero esa suerte de angustia, que no podía describir de ningún modo, no era exactamente angustia; no sé qué era. Pero la sentía. Y no me predisponía en contra de él; tenía impaciencia por comprobar lo que en Ahab parecía un misterio, aunque todavía lo conocía de manera tan imperfecta. Pero al fin mis pensamientos volaron en otra dirección, de modo que, por el momento, el oscuro Ahab se deslizó de mi mente.

XVII. EL RAMADÁN

Como el Ramadán, o Ayuno y Humillación de Queequeg continuaría todo el día, resolví no molestarlo hasta la noche; porque siento el mayor respeto hacia los deberes religiosos de los demás, por cómicos que sean, y sería incapaz de despreciar siquiera a una congregación de hormigas que adoraran un hongo, o a esas otras criaturas que, en ciertas partes de nuestra tierra, con un grado de servilismo sin precedentes en otros planetas, se inclinan ante el busto de un difunto propietario de tierras sin más motivo que las desmedidas posesiones aún adscriptas a su nombre.

Opino que todos nosotros, los buenos cristianos presbiterianos, deberíamos ser caritativos en estos asuntos y no considerarnos tan superiores a los demás mortales, paganos o lo que fueren, a causa de sus despropósitos en materia de creencias. Allí estaba Queequeg, que sin duda tenía las nociones más absurdas acerca de Yojo y su Ramadán; pero ¿qué importancia tenía eso? Queequeg creía saber lo que hacía, supongo; parecía estar contento de ello: ¿por qué no dejarlo en paz? Discutir con él no habría servido de nada: dejarlo en paz, repito, era lo mejor. Y que el Cielo tenga piedad de todos nosotros, presbiterianos y paganos, porque todos, de algún modo, tenemos alguna rajadura en la cabeza y necesitamos desesperadamente que nos la arreglen.

Hacia el anochecer, cuando supuse que todas sus ceremonias y rituales habrían terminado, subí hasta su cuarto y llamé a la puerta; no tuve respuesta. Traté de abrirla, pero estaba cerrada por dentro.

—Queequeg —dije suavemente, a través del ojo de la cerradura.

Silencio total.

—¡Oye, Queequeg! ¿Por qué no hablas? Soy yo, Ismael.

Pero todo siguió tan callado como antes. Empecé a alarmarme. Lo había dejado solo durante tanto tiempo... Pensé que podía haber tenido un ataque de apoplejía. Miré a través del ojo de la cerradura; pero la puerta se abría a un ángulo vacío del cuarto, y la perspectiva que veía a través del ojo de la cerradura era distorsionada y siniestra. Sólo pude ver parte de la cama y un pedazo de pared, nada más. Me

sorprendió descubrir, apoyada contra la pared, el asta de madera del arpón de Queequeg, que la noche anterior la posadera le había sacado de las manos, antes de que subiéramos al cuarto. Es extraño, pensé; pero de todos modos, puesto que el arpón está allí, y Queequeg nunca o muy pocas veces sale sin él, él mismo debe de estar dentro, no hay error posible.

—¡Queequeg, Queequeg!

Silencio. Algo debía haber ocurrido. ¡Apoplejía! Traté de derribar la puerta, pero se resistió obstinadamente. Corrí escaleras abajo y rápidamente comuniqué mis sospechas a la primera persona que encontré, la criada.

—¡Ah, ah! —exclamó ella—. ¡Ya suponía que debía pasar algo! Subí para hacer la cama después del desayuno, y la puerta estaba cerrada; no se oía ni un ratón. Y el silencio dura desde entonces. Pensé que quizá ustedes dos se habían marchado, cerrando la puerta para mantener a buen seguro sus cosas. ¡Ah, señora! ¡Patrona! ¡Asesinato! ¡Señora Hussey! ¡Apoplejía!

Y con esos gritos corrió hacia la cocina, y yo tras ella.

La señora Hussey apareció enseguida, con un pote de mostaza en una mano y una vasija de vinagre en la otra, porque la habíamos sorprendido en la tarea de preparar sus condimentos y regañar a su muchacho negro al mismo tiempo.

—¡A la leñera! —grité—. ¿Cuál es el camino a la leñera? Corran, por el amor de Dios, y busquen algo para abrir la puerta. ¡El hacha, el hacha! ¡Ha tenido un ataque, es seguro!

Mientras decía eso, yo corría desatentado escaleras arriba, sin nada en las manos, cuando la señora Hussey interpuso el pote de mostaza, la vinagrera y todo el volumen de su persona.

—¿Qué le pasa a usted, muchacho?

—¡El hacha! ¡Por el amor de Dios, que alguien corra por el médico mientras yo abro la puerta!

—Oiga usted —dijo la posadera, depositando rápidamente la vinagrera para tener una mano libre—. Oiga usted. ¿Qué es eso de forzar mis puertas?

Al decir eso me agarró un brazo y siguió:

—¿Qué es lo que le pasa? ¿Qué es lo que le pasa, marinero?

Del modo más sereno y rápido que pude le di a entender toda la situación.

Golpeándose una aleta de la nariz, inconscientemente, con la vinagrera, la señora Hussey reflexionó un momento. Después exclamó:

—¡No! ¡No lo he visto desde que lo puse aquí!

Corrió hacia un pequeño armario, bajo el descanso de la escalera, miró en su interior y al volver me dijo que el arpón de Queequeg había desaparecido.

—¡Se ha matado! —gritó—. ¡De nuevo la historia del desdichado Stiggs! ¡Otro cubrecama arruinado! ¡Dios se apiade de su pobre madre! ¡Será la ruina de mi casa!

¿Tenía alguna hermana el pobre muchacho? ¿Dónde está esa chica? Aquí está: Betty, ve a buscar a Snarles el pintor, y dile que me pinte un letrero con estas palabras: «No se permiten suicidios en esta casa; prohibido fumar en la sala». Así mataré dos pájaros de un tiro. ¿Matar?... ¡Dios tenga piedad de su alma! ¿Qué es ese ruido? ¡Usted, muchacho, quieto ahí!

Corriendo detrás de mí, me atrapó cuando procuraba de nuevo forzar la puerta.

—¡No lo permitiré! ¡No permitiré que me arruinen la casa! Vaya en busca del cerrajero: hay uno a una milla de aquí. Pero un momento —agregó, metiéndose una mano en el bolsillo de su delantal—. Aquí hay una llave. Supongo que servirá. Veamos.

La señora Hussey volvió la llave en la cerradura. Pero, ay, el cerrojo suplementario de Queequeg seguía corrido por dentro.

—Tengo que forzar la puerta —dije.

Me eché hacia atrás un poco para tomar impulso. La posadera volvió a agarrarme, declarando que yo no había de estropearle la casa. Pero me la saqué de encima y con un repentino empujón me arrojé de lleno contra mi blanco.

Con un ruido prodigioso, la puerta se abrió y el picaporte, golpeando contra la pared, mandó el revoque hasta el techo. Allí, cielo santo, allí estaba sentado Queequeg, callado y perfectamente sereno, en el centro mismo del cuarto, sentado sobre sus posaderas y sosteniendo a Yojo sobre su cabeza. No miraba hacia ninguna parte: permanecía sentado como una figura labrada, sin dar casi señales de vida.

—Queequeg —dije avanzando hacia él—, Queequeg, ¿qué te pasa?

—Supongo que no habrá estado todo el día sentado así, ¿no es cierto? —dijo la posadera.

Pero nada de lo que dijimos pudo arrancarle una palabra; casi me dieron ganas de darle un empujón para que cambiara de actitud, porque era intolerable, tan penosa, antinatural y forzada parecía, sobre todo porque, con toda probabilidad, había permanecido sentado así durante más de ocho o diez horas, sin comer siquiera.

—Señora Hussey —dije—, está vivo, de modo que déjenos solos, por favor, y yo mismo solucionaré este asunto tan raro.

Cerrando la puerta tras la posadera, traté de persuadir a Queequeg de que se sentara en una silla, pero fue en vano. Ahí seguía, y todo lo que podía hacer —a pesar de mis artes diplomáticas y mis zalamerías— era no moverse un centímetro, ni decir una sola palabra, ni mirarme ni reparar en mi presencia.

Me pregunto si esto es parte de su Ramadán, pensé; quizá en su isla ayunen sentados de este modo... Debe ser así; sí, es parte de su credo, supongo; bueno, dejémoslo en paz; tarde o temprano se levantará. No durará siempre, gracias a Dios, y su Ramadán ocurre sólo una vez por año, y no creo que sea muy puntual.

Bajé para la cena. Después de quedarme un buen rato sentado, escuchando los largos cuentos de algunos marineros recién llegados de un viaje «budín de ciruelas»,

como lo llamaban (es decir, un viaje corto, en una goleta o un bergantín ballenero, limitado al norte de la línea, en el océano Atlántico); después de escuchar a esos «budineros» hasta casi las once, subí las escaleras para irme a la cama, pensando que sin duda Queequeg ya habría dado fin a su Ramadán. Pero no era así: allí estaba, tal como lo había dejado. No se había movido una pulgada. Empecé a fastidiarme: parecía tan absurdo e insano permanecer sentado todo el día y la mitad de la noche, sin más sostén que sus propias posaderas, en un cuarto frío, con un pedazo de madera sobre la cabeza...

—Por el amor de Dios, Queequeg, levántate y muévete; levántate y come algo. Te morirás de hambre, te matarás, Queequeg.

Pero no me contestó una sola palabra.

Por lo tanto, desesperé de él y resolví meterme en la cama y dormirme: sin duda me seguiría, después de un rato. Pero antes de acostarme, tomé mi pesado abrigo de piel y se lo arrojé encima, porque la noche se anunciaba muy fría y Queequeg sólo tenía puesta su chaqueta corriente. Durante algún tiempo, a pesar de todos mis esfuerzos, ni siquiera logré adormecerme. Había apagado la vela y la sola idea de que Queequeg, apenas a cuatro pies de distancia estaba sentado en el cuarto en una posición incómoda, totalmente solo en el frío y la oscuridad, me atormentaba. Piensen ustedes ¡dormir durante toda la noche en el mismo cuarto con un pagano enteramente despierto, sentado en el suelo, consagrado a su tétrico, inexplicable Ramadán!

Pero al fin logré dormirme y perdí conciencia hasta el amanecer; al despertar, miré desde la cama y vi a Queequeg sentado, como atornillado al suelo. Pero cuando el primer atisbo de sol entró por la ventana, se levantó con las coyunturas rígidas y rechinantes, pero con una mirada muy alegre, renqueó hasta la cama, apretó una vez más su frente contra la mía y dijo que su Ramadán había terminado.

Como ya he insinuado, no tengo la menor objeción contra la fe de ninguna persona, sea la que fuere, mientras esa persona no mate o insulte a otra persona por el hecho de que esa otra persona no participe de la misma fe. Pero cuando la religión de un hombre se vuelve realmente insensata, cuando es un verdadero tormento y, en suma, convierte a esta tierra nuestra en una posada harto incómoda para alojarse en ella, entonces creo que ha llegado el momento de llevar a ese individuo aparte y discutir la cosa con él.

Es lo que hice con Queequeg.

—Queequeg —dije—, métete en la cama, acuéstate y escúchame.

Entonces continué, empezando con el origen y desarrollo de las religiones primitivas hasta llegar a las diversas religiones de nuestro tiempo; mientras tanto procuré demostrar a Queequeg que todas esas Cuaresmas y Ramadanes y prolongadas inmovilidades en cuartos fríos y lúgubres no eran sino un puro disparate: malos para la salud, inútiles para el alma, opuestos, en resumen, a las leyes obvias de

la higiene y el buen sentido. También le dije que, después de comprobar que en otros aspectos era un salvaje tan sensible y sagaz, me apenaba, me apenaba terriblemente verlo ahora obcecado hasta un punto tan deplorable acerca de ese ridículo Ramadán suyo. Por otro lado, sostuve, el ayuno debilita el cuerpo, por lo cual el espíritu también se debilita y todos los pensamientos concebidos durante un ayuno son, por fuerza, pensamientos famélicos. Ésta es la razón por la cual los beatos más dispépticos tienen nociones a tal punto melancólicas sobre sus vidas futuras. En una palabra, Queequeg, agregué con cierta falta de ilación, el infierno es una idea nacida originariamente a causa de un pastel de manzana mal digerido y perpetuado a través de las dispepsias hereditarias producidas por los Ramadanes.

Después pregunté a Queequeg si él padecía de dispepsia, expresando la idea muy llanamente, de modo que pudiera entenderla. Me dijo que no; sólo en una memorable ocasión. Fue después de un gran festín dado por su padre, el Rey, para festejar una victoria durante la cual cincuenta enemigos habían sido muertos hacia las dos de la tarde, y cocinados y comidos esa misma noche.

—Basta, Queequeg —dije, estremeciéndome—, basta con lo que has dicho.

Porque sabía todos los detalles sin necesidad de que siguiera. Conocía a un marinero que había visitado esa misma isla: me contó que era costumbre, después de un triunfo, asar a todos los muertos en el jardín o patio del vencedor, para después poner a uno por uno en grandes trinchadores de madera, adornados, como si se tratara de un pilau, con frutos del árbol del pan y cocos, y un poco de perejil en la boca, y enviarlos finalmente con saludos del vencedor a todos sus amigos, como si esos regalos fueran otros tantos pavos de Navidad.

Después de todo, no creo que mis observaciones sobre la religión impresionaran demasiado a Queequeg. Porque en primer término, parecía sordo a cuanto se refería a ese tema tan importante, a menos que se lo considerara desde su punto de vista; y en segundo término, porque apenas entendió un tercio de lo que dije, por más que hubiese procurado hacer claras mis ideas; y en fin, sin duda pensaba que sabía mucho más que yo acerca de la verdadera religión. Me miraba con una especie de compasión e interés condescendiente, como diciéndose que era una verdadera lástima que un muchacho tan sensato estuviera perdido para la fe evangélica pagana.

Al fin nos levantamos y nos vestimos. Queequeg devoró un prodigioso desayuno de toda suerte de cazuelas para que la posadera no sacara demasiada ventaja de su Ramadán, y salimos para embarcarnos en el *Pequod*, andando muy despacio y limpiándonos los dientes con espinas de hipogloso.

XVIII. SU MARCA

Mientras avanzábamos por el extremo del muelle hacia la nave (Queequeg llevando su arpón) el capitán Peleg nos interpeló con su voz áspera desde la tienda para advertirnos que ignoraba que mi amigo fuese un caníbal y que no admitía caníbales a bordo, a menos que presentara sus documentos.

—¿Qué quiere usted decir, capitán Peleg? —pregunté, saltando por la amurada y dejando a mi camarada en el muelle.

—Quiero decir que debe mostrar sus documentos.

—Sí —agregó el capitán Bildad con su voz baja, asomando la cabeza desde la tienda, a espaldas del capitán Peleg—. Debe demostrar que está convertido. Hijo de las tinieblas —dijo dirigiéndose a Queequeg—, ¿estás ahora en comunión con alguna iglesia cristiana?

—Vaya —exclamé—, pero si es miembro de la Primera Iglesia Congregacional.

Dicho sea de paso, muchos salvajes tatuados que se embarcan en las naves de Nantucket acaban convirtiéndose a cualquier iglesia.

—¡La Primera Iglesia Congregacional! —exclamó Bildad—. ¡Cómo! ¿La que rinde culto en la capilla del diácono Deuteronomio Coleman?

Diciendo esto, se quitó los anteojos y los frotó con su gran pañuelo de hierbas amarillo; después volvió a ponérselos cuidadosamente, salió de la tienda y apoyándose rígidamente sobre las amuradas, echó una larga mirada a Queequeg.

—¿Cuánto hace que forma parte de ella? —preguntó, volviéndose hacia mí—. Supongo que no mucho, muchacho.

—No —agregó Peleg—, y tampoco estará bautizado: de lo contrario se habría lavado un poco ese azul infernal de la cara.

—Explícanos, pues —exclamó Bildad—. ¿Es este filisteo miembro regular de la capilla del diácono Deuteronomio? Nunca lo he visto allí, y paso por ese lugar todos los días del Señor.

—No sé nada del diácono Deuteronomio ni de su capilla —dije—, todo cuanto sé es que Queequeg es miembro nato de la Primera Iglesia Congregacional. Y el propio Queequeg es diácono...

—Muchacho —dijo Bildad, severamente—: estás burlándote de mí. Explícate, joven hitita. ¿A qué iglesia te refieres? Respóndeme.

Viéndome entre la espada y la pared, contesté:

—Me refiero, señor, a la misma antigua Iglesia Católica a la cual pertenecemos usted y yo, y el capitán Peleg, y Queequeg, y todos nosotros, y el hijo de toda madre, y el alma de todo ser humano; la grande, eterna Primera Congregación de todo este mundo de fieles; todos nosotros pertenecemos a ella, sólo que algunos se entregan a algunas particularidades que de ningún modo afectan la fe más vasta; en *ella* todos juntamos nuestras manos.

—Unimos, quieres decir unimos nuestras manos —exclamó Peleg, acercándose—. Muchacho, has debido embarcarte como misionero, más que como marinero; nunca he oído mejor sermón. El diácono Deuteronomio... qué diantre, ni siquiera el padre Mapple podría decir un sermón mejor, con toda la fama que tiene. Sube, no te preocupes por los documentos. ¡Vamos! Dile a ese Quohog o como se llame que suba a bordo. ¡Por la gran ancla, qué arpón trae! Parece de buen material, y lo maneja bien. Dime Quohog, o como te llames, ¿has estado alguna vez en la proa de un bote ballenero? ¿Has hecho blanco alguna vez en un pez?

Sin decir palabra, Queequeg, con su manera salvaje, saltó sobre las amuradas y desde allí a la proa de uno de los botes que pendían a un lado. Después, afirmándose sobre el pie izquierdo y blandiendo el arpón, gritó algo así como esto:

—Capitán: ¿usted ve pequeña mancha aceite en agua allí? ¿Ve? Bueno, suponer es ojo de ballena. ¡Ahora!

Y apuntando a la mancha, arrojó el hierro por encima del amplio sombrero del viejo Bildad, a través de la cubierta de la nave, y acertó en la centelleante mancha, haciéndola desaparecer.

—Ya —dijo Queequeg, recogiendo tranquilamente el cabo del arpón—. Suponer ojo de ballena. Ballena muerta.

—Rápido, Bildad —dijo Peleg a su consocio que, espantado por la vecindad del arpón arrojado en el aire, se había retirado hacia el pasillo de la cabina—. Rápido, te digo, Bildad, trae los papeles de la nave. Hay que tener a Hedgehog, quiero decir a Quohog, en uno de nuestros botes. Oye, Quohog, te daremos el nueve avo *tanto*: no hay arponero que haya ganado tanto en Nantucket.

De modo que bajamos a la cabina y para gran alegría mía, Queequeg fue alistado sin demora en la misma tripulación a la cual también yo pertenecía.

Terminados los preliminares, y cuando Peleg tuvo todo listo para la firma, se volvió hacia mí y me dijo:

—Supongo que este Quohog no sabrá escribir, ¿verdad? Eh, tú, Quohog, condenado, ¿vas a firmar o pondrás tu marca?

Pero Queequeg, que ya había tomado parte en dos o tres ceremonias como ésa, no parecía intimidado. Tomó la pluma que le ofrecían, copió exactamente en el papel, en el lugar justo, una curiosa figura redonda tatuada en su brazo de modo que, por el influjo del obstinado error del capitán Peleg acerca de su nombre, resultó algo así como:



Mientras tanto, el capitán Bildad permanecía sentado, mirando a Queequeg con fijeza y severidad; al fin se levantó solemnemente, hurgó en los inmensos bolsillos de su gabán gris de amplios faldones, tomó un montón de panfletos y eligiendo uno titulado «El último día se acerca» o «No hay tiempo que perder», lo puso entre las manos de Queequeg; después, estrechando las manos de Queequeg y el librito entre las suyas, lo miró seriamente a los ojos y dijo:

—Hijo de las tinieblas, debo cumplir mi deber para contigo; soy copropietario de esta nave y me siento responsable de todas las almas de su tripulación; si aún conservas tu fe pagana, cosa que mucho me temo, te suplico que no sigas más tiempo siendo un esclavo de Belial. ¡Desprecia al ídolo Baal y al horrendo dragón, huye de la ira que se aproxima, abre los ojos, oh, bondad divina! ¡Navega lejos del abismo infernal!

Algo de la sal marina persistía en el lenguaje del viejo Bildad, en heterogénea mezcla con las frases bíblicas y coloquiales.

—Basta ya, Bildad, basta ya de echar a perder a nuestro arponero —exclamó Peleg—. Los arponeros beatos nunca son buenos navegantes... La religión les quita el tiburón que llevan dentro; no hay arponero que valga un pito si no es feroz como un tiburón. Acuérdate del joven Nat Swaine, que era el arponero más valiente de toda Nantucket: se unió a la congregación y ya nunca fue el mismo. Estaba tan aterrorizado por la condenación de su alma, que le hurtaba el cuerpo a las ballenas, temiendo que lo hundieran de un coletazo y lo despacharan a Davy Jones.

—¡Peleg, Peleg! —dijo Bildad, levantando ojos y manos—. Tú, como yo, has visto el peligro de cerca muchas veces; tú sabes qué es el temor de la muerte. ¿Cómo puedes hablar de manera tan sacrílega? Engañas a tu propio corazón, Peleg. Dime: cuando este mismo *Pequod* perdió sus tres mástiles durante aquel tifón, en Japón, en aquel viaje que hiciste con el capitán Ahab, ¿no pensaste acaso en la Muerte y en el Juicio?

—¡Óiganlo, óiganlo! —exclamó Peleg, caminando por la cabina y hundiendo las manos en los bolsillos—. ¡Óiganlo todos! ¡Cuando pensábamos que el barco se hundiría en cualquier momento!... ¿Acordarse en ese momento de la Muerte y el Juicio? ¿Pero cómo? ¿Con los tres mástiles que hacían un estrépito infernal contra la banda y las olas que barrían la nave de popa a proa? ¿Cómo acordarse de la Muerte y el Juicio? ¡No! No hay tiempo para pensar en la Muerte en esos momentos. En la Vida pensábamos, el capitán Ahab y yo, y en el modo de salvar a nuestros hombres, y de llegar al puerto más cercano: en eso pensábamos.

Bildad no habló más: se abotonó el gabán y salió a grandes pasos a la cubierta, a la cual lo seguimos. Allí se detuvo, observando con mucha calma a algunos veleros que remendaban una gavia en el combés. De cuando en cuando se inclinaba para recoger un pedazo de tela o un cabo de cuerda alquitranada, que de otro modo se habrían perdido.

XIX. EL PROFETA

—Marineros, ¿se embarcarán ustedes en esa nave?

Queequeg y yo acabábamos de dejar el *Pequod* y nos alejábamos del agua, cada uno sumido en sus propios pensamientos, cuando las susodichas palabras nos llegaron de labios de un extraño que, deteniéndose ante nosotros, señaló con su macizo índice la nave en cuestión. Estaba míseramente vestido con una chaqueta descolorida y unos pantalones remendados; un harapo negro le envolvía el cuello. Confluentes picaduras de viruela se esparcían en todas direcciones por su cara, convirtiéndola en algo parecido al lecho de un torrente, cuando las aguas furiosas se han retirado.

—¿Se embarcarán en la nave? —repitió.

—Supongo que te refieres al *Pequod* —dije, tratando de ganar algún tiempo para echarle una mirada más larga.

—Sí, el *Pequod*, ese barco que está allí... —dijo, retirando hacia atrás el brazo para extenderlo después rápidamente hacia delante, con el dedo apuntando como una bayoneta hacia su blanco.

—Sí —dije—. Acabamos de firmar el contrato.

—¿No había nada en él acerca de sus almas?

—¿Acerca de qué?

—Oh, quizá ustedes no las tengan... —dijo el extraño, rápidamente—. Pero no importa: conozco a mucha gente que no tiene alma: suerte para ellos, porque les va tanto mejor. Un alma es como una quinta rueda en una carreta.

—¿Qué disparates dices, marinero? —dije.

—Pero *él* tiene bastante alma como para compensar esa deficiencia en todos los demás —dijo abruptamente el extraño, dando un nervioso énfasis a la palabra *él*.

—Queequeg, vayámonos; este tipo se ha escapado de algún lado; habla de algo y de alguien que no conocemos.

—¡Un momento! —gritó el extraño—. Tú has dicho la verdad... no has visto todavía al Viejo Trueno, ¿no es cierto?

—¿Quién es el Viejo Trueno? —pregunté, atraído por la insana convicción de sus palabras.

—El capitán Ahab.

—¿Cómo! ¿El capitán de nuestra nave, del *Pequod*?

—Sí; algunos de nosotros, los viejos marineros, lo llamamos así. ¿Conque no lo han visto todavía?

—No, no lo hemos visto. Dicen que está enfermo, pero que va mejorando y no tardará en ponerse bien.

—¿Que no tardará en ponerse bien! —rió el extraño, con una risa de solemne desdén—. Óiganme: cuando el capitán Ahab se ponga bien, entonces se pondrá bien mi brazo izquierdo: no antes.

—¿Qué sabes de él?

—¿Qué les *dijeron* de él? ¡Explíquenmelo!

—No nos dijeron demasiado; sólo hemos oído decir que es un buen ballenero y un buen capitán para su tripulación.

—Eso es cierto, eso es cierto... sí, ambas cosas son ciertas. Pero hay que saltar cuando da una orden. Moverse y gruñir, gruñir y largarse: ésa es la receta para el capitán Ahab. Pero ¿no les dijeron nada sobre lo que le ocurrió frente al Cabo de Hornos, hace mucho tiempo, cuando permaneció tendido como muerto durante tres días y tres noches; nada sobre esa lucha a muerte con el español, ante el altar de Santa? ¿No oyeron nada sobre eso, eh? ¿Nada sobre la calabaza de plata dentro de la cual escupió? ¿Y nada sobre la pierna que perdió en el último viaje, de acuerdo con la profecía? ¿No oyeron una sola palabra sobre esos asuntos, y sobre otros más, eh? No, no creo que les hayan dicho nada; habría sido muy raro. ¿Quién sabe de eso? No toda Nantucket, me figuro. Pero de todos modos, quizá hayan oído hablar de la pierna, de cómo la perdió; sí, me atrevería a decir que de eso han oído algo. Oh, sí, eso lo saben casi todos... Quiero decir que saben que sólo tiene una pierna y que un cachalote le arrancó la otra.

—Amigo —dije—, no sé a qué se refiere toda esta cháchara tuya, y no me importa demasiado porque me parece que estás medio mal de la cabeza. Pero si hablas del capitán Ahab y de esa nave, del *Pequod*, debo decirte que lo sé todo en cuanto a su pierna.

—¿*Todo*, eh? ¿Estás seguro? ¿*Todo*?

—Bien seguro.

Con el dedo apuntando al *Pequod* y los ojos alzados hacia la nave, ese desconocido que parecía un mendigo permaneció callado un momento, como sumido en una agitada ensoñación; después, estremeciéndose ligeramente, se volvió y dijo:

—Se embarcarán en el *Pequod*, ¿no es cierto? ¿Ya han puesto sus nombres en los papeles? Bueno, bueno, lo firmado, firmado está; lo que ha de ser, será: y al fin y al

cabo, acaso no sea... De todos modos, las cosas ya están dispuestas; y algún marinero u otro tendrá que zarpar con él, supongo... Si no es uno, será otro, ¡Dios se apiade de su alma! Buenos días, marineros, buenos días. Que el inefable cielo los bendiga; siento haberlos detenido.

—Oye, amigo —dije—: si tienes algo importante que decirnos, despáchate; pero si sólo tratas de engañarnos, te has equivocado. Eso es todo lo que tengo que decirte.

—Y está muy bien dicho, y me gusta oír hablar así a un hombre; eres el hombre justo para él. ¡Buenos días, marineros, buenos días! Oh, cuando estén allí, digan a los demás que he resuelto no ser parte de ellos.

—Ah, querido amigo, no puedes embaucarnos así, te lo aseguro. Darse aires de tener un gran secreto es la cosa más fácil del mundo.

—Buenos días, marineros, buenos días.

—De día es —dije—. Vamos, Queequeg, dejemos a este loco. Pero un momento: dime tu nombre, ¿quieres?

—Elías.

¡Elías!, pensé. Nos alejamos comentando, cada uno a nuestro modo, la aparición de ese viejo marinero harapiento; y estuvimos de acuerdo en que era tan sólo un impostor que quería meternos miedo. Pero no nos habíamos alejado más de cien yardas cuando, al volver una esquina, miré hacia atrás: y a quién vi, sino a Elías que nos seguía a cierta distancia. Por algún motivo, verlo me impresionó a tal punto que no dije nada a Queequeg y seguí andando con mi camarada, ansioso por comprobar si el extraño volvería la misma esquina que nosotros. Lo hizo; entonces tuve la sensación de que nos seguía los pasos, aunque no podía imaginarme con qué intención. Esta circunstancia, sumada a sus palabras ambiguas y encubiertas, a medias alusivas, a medias reveladoras, suscitó en mí toda clase de vagas sospechas y temores relacionados con el *Pequod*, el capitán Ahab, la pérdida de su pierna, su crisis en el Cabo de Hornos, la calabaza de plata, lo que el capitán Peleg había dicho de él, cuando me había alejado de la nave, el día anterior, y la profecía de la india Tistig, y el viaje en que nos habíamos embarcado y un centenar de otras cosas oscuras.

Estaba resuelto a satisfacer mi deseo de comprobar si el harapiento Elías nos seguía o no; para eso crucé la calle con Queequeg y ambos volvimos sobre nuestros pasos, en la otra acera. Pero Elías pasó sin reparar en nosotros. Me sentí aliviado; y una vez más, y definitivamente, según creí, declaré en mi corazón que ese hombre era un impostor.

XX. EN PLENA ACCIÓN

Pasaron un día o dos y hubo gran actividad a bordo del *Pequod*. No sólo se repararon las viejas velas, sino que también llegaron a bordo velas nuevas, con piezas de lona y rollos de cuerda: en suma, todo anunciaba que los preparativos para el viaje llegaban a su fin. El capitán Peleg nunca o rara vez bajaba a tierra: permanecía sentado en su tienda, vigilando con atención el trabajo de los marineros. Era Bildad quien se encargaba de las compras y el aprovisionamiento en los almacenes, y los hombres empleados en la bodega y la arboladura trabajaban hasta bien avanzada la noche.

Un día después de que Queequeg hubo firmado el contrato, se informó a todas las posadas donde se alojaban los miembros de la tripulación de la nave que sus arcones debían estar a bordo antes de la noche, porque el *Pequod* podía zarpar en cualquier momento. De modo que Queequeg y yo bajamos nuestros trastos, aunque resolvimos dormir en tierra hasta el último momento. Pero parece que en estos casos se da aviso con mucha anticipación; la nave tardó varios días en zarpar. No hay de qué sorprenderse: había mucho que hacer e infinitas cosas en que pensar antes de que el *Pequod* estuviera del todo equipado.

Todos saben qué multitud de cosas —camas, sartenes, cuchillos y tenedores, cucharas y pinzas, servilletas, cascanueces, qué sé yo cuántas cosas más— son indispensables para el manejo de una casa. Lo mismo ocurre con un barco ballenero, que debe mantener casa durante tres años en pleno océano, lejos de almacenes, vendedores ambulantes, doctores, panaderos y banqueros. Y aunque esto es cierto en el caso de las naves mercantes, la cosa es mucho más complicada tratándose de balleneros. Porque además de la gran duración del viaje, los muchos elementos imprescindibles para la pesca y la imposibilidad de reemplazarlos en los puertos remotos que suelen frecuentarse, debemos recordar que entre todos los navíos los balleneros son los más expuestos a accidentes de toda suerte, y en especial a la destrucción y la pérdida de las cosas mismas de las cuales depende el éxito del viaje. De allí los botes suplementarios, y las vergas suplementarias, y las líneas y arpones

suplementarios, y toda clase de cosas suplementarias, salvo un capitán suplementario y una nave por duplicado.

Cuando llegamos a la isla, el grueso del aprovisionamiento ya estaba casi listo, incluyendo la carne, el pan, el agua, el combustible y los ganchos y aros de hierro. Pero como ya he dicho, durante algún tiempo hubo un continuo acarreo de diversos elementos, grandes y pequeños, a la nave.

La más ocupada con ese ajeteo era la hermana del capitán Bildad, una anciana flaca, de espíritu terriblemente enérgico e infatigable, pero también de muy buen corazón, que parecía resuelta a que nada faltara en el *Pequod*, si ella podía remediarlo, antes de que la nave se diera a la mar. Una vez se aparecía a bordo con un tarro de pickles para el comisario de a bordo; otra, con un manojo de plumas para el escritorio del primer oficial, que llevaba el libro de ruta; la tercera vez, con un rollo de franela para la espalda de un posible reumático. Ninguna mujer mereció como ella su nombre, que era Caridad, Tía Caridad, como la llamaban todos. Y como una hermana de caridad, esta caritativa Tía Caridad se afanaba a derecha e izquierda, pronta a ofrecer mano y corazón a cualquier cosa que prometiera seguridad, comodidad y alivio a los hombres de un barco que interesaba tanto a su amado hermano Bildad y en el cual ella misma había invertido veinte o cuarenta dólares bien ahorrados.

Pero fue alarmante ver a esa cuáquera de tan buen corazón subir a bordo como lo hizo el último día: con un gran cucharón de brea en una mano y una lanza para ballenas más larga aún en la otra. Por cierto que ni el capitán Peleg ni el propio Bildad se quedaron atrás: en cuanto a Bildad, llevaba consigo una larga lista de los elementos necesarios, y cada vez que llegaba hacía una marca en el papel, en el lugar correspondiente a ese elemento. De cuando en cuando, Peleg salía cojeando de su tienda de huesos de ballena y gritaba a los hombres que trabajaban en la planchada, y gritaba a los gavieros que estaban en las jarcias, y regresaba gritando a su tienda.

Durante esos días de preparación, Queequeg y yo solíamos visitar la nave. Y cada vez preguntábamos acerca del capitán Ahab: cómo era, cuándo aparecería a bordo de la nave. A mis preguntas, respondían que seguía cada vez mejor y que lo esperaban en cualquier instante; mientras tanto, ambos capitanes, Peleg y Bildad, cuidaban de todo lo necesario para que la nave estuviera apercebida para el viaje. De haber sido honesto conmigo mismo, habría visto claramente en mi corazón que no me gustaba del todo eso de embarcarme para un viaje tan largo sin haber echado siquiera una mirada al hombre que sería dictador absoluto en la nave, no bien zarpara mar afuera. Pero cuando un hombre recela algo malo, suele ocurrir que, una vez comprometido, insensiblemente procura ocultar sus sospechas incluso a sí mismo. Eso ocurrió conmigo. Nada dije, y procuré no pensar en nada.

Al fin se nos anunció que la nave zarparía con seguridad a determinada hora del día siguiente. De manera que, la mañana después, Queequeg y yo partimos muy temprano.

XXI. A BORDO

Eran casi las seis de un brumoso amanecer, gris e imperfecto, cuando nos acercamos al muelle.

—Hay algunos marineros que corren delante de nosotros, si no veo mal —dije a Queequeg—. No puede ser la sombra. La nave partirá a la salida del sol, supongo. ¡Vamos!

—¡Alto allí! —gritó una voz cuyo dueño, tras acercarse a nosotros, puso una mano sobre nuestros hombros y se deslizó entre ambos, para después inclinarse un poco hacia adelante, en la incierta luz del alba, y mirarnos alternativamente a Queequeg y a mí de un modo harto extraño. Era Elías.

—¿Van a embarcar?

—¡Eh, tú, abajo las manos! —exclamé.

—¡Atención! —dijo Queequeg, sacudiéndose—. ¡Fuera!

—¿No se embarcarán, entonces?

—Sí —dije—. Pero ¿qué te importa? ¿Sabes que me pareces un tanto impertinente, señor Elías?

—No, no lo sabía —dijo Elías, mirándonos lento y perplejo, con la más inexplicable de las miradas.

—Elías, nos harías un gran favor a mi amigo y a mí si te fueras —dije—. Partimos hacia el Océano Pacífico y el Índico, y preferiríamos que no nos detuvieras.

—¿De modo que parten? ¿Y volverán antes del desayuno?

—Está chiflado, Queequeg. Vámonos.

—¡Eh! —nos llamó el obstinado Elías, cuando nos alejamos unos pasos.

—No le hagas caso, Queequeg. Vámonos.

Pero nos alcanzó y golpeándome súbitamente el hombro con la mano dijo:

—¿Han visto ustedes algo parecido a hombres camino de la nave, hace un rato?

Esa pregunta simple y concreta me tomó de sorpresa. Respondí:

—Sí, creo que vi a cuatro o cinco hombres. Pero estaba demasiado oscuro para ver bien...

—Muy oscuro, muy oscuro —dijo Elías—. Buenos días.

Una vez más nos separamos de él, pero una vez más se acercó en silencio a nosotros y tocándome de nuevo el hombro dijo:

—Traten de encontrarlos, ahora.

—¿A quiénes?

—¡Buenos días! ¡Buenos días! —repitió, apartándose una vez más—. Oh, quería prevenirlos, pero no importa, no importa... Todo da lo mismo, todo queda en la familia... Un frío de perros, esta mañana, ¿no es cierto? Adiós. No los veré muy pronto supongo. A menos que los vea antes del Juicio Final.

Y con esas palabras absurdas se marchó, dejándome, por el momento, no poco intrigado ante su insana impertinencia.

Al fin subimos al *Pequod* y lo encontramos sumido en profunda quietud: no se movía un alma. La entrada de la cabina estaba cerrada por dentro, las escotillas bien ajustadas y abarrotadas con cuerdas. Avanzamos hacia el castillo de proa; el tragaluz estaba abierto. Como brillaba una luz, bajamos y sólo vimos a un viejo aparejador, envuelto en un gabán andrajoso. Tendido sobre dos baúles, boca abajo, con la cabeza hundida entre los brazos doblados, estaba sumido en el más profundo de los sueños.

—¿Adónde pueden haber ido esos marineros que hemos visto, Queequeg? —pregunté, mirando dubitativamente al hombre dormido.

Pero parecía que en el muelle Queequeg no había reparado para nada en esos marineros aludidos por mí. De no haber sido por la inexplicable pregunta de Elías, me hubiese creído víctima de una ilusión óptica. Pero olvidé el asunto y observando al hombre dormido, insinué por broma a Queequeg que quizá nos hubiese convenido sentarnos a velar el cadáver y le dije que se pusiera cómodo para hacerlo.

Queequeg apoyó la mano sobre el trasero del durmiente, como para probar si era bastante mullido, y después, sin más preámbulos, se sentó en él tranquilamente.

—¡Dios santo, Queequeg! ¡No te sientes ahí! —dije.

—¡Oh! ¡Asiento muy bueno! —dijo Queequeg—. Mi país sentamos así. No hace daño cara.

—¡Cara! ¿Llamas cara a eso? Es una expresión muy benévola... Pero mira con qué dificultad respira, estás ahogándolo. Levántate, Queequeg, eres pesado, esto se llama aplastarle la cara al pobre tipo. ¡Levántate, Queequeg! Mira, te arrojará al suelo... Me pregunto cómo no se despierta...

Queequeg se deslizó algo más allá, hacia la cabeza del durmiente y encendió su pipa. Yo me senté a los pies. Nos pasamos la pipa uno a otro, sobre el cuerpo. Mientras tanto, lo interrogué en su propia jerga entrecortada y Queequeg me dio a entender que, en su tierra, a causa de la falta de toda suerte de divanes y sofás, los reyes, jefes y, en general, la gente importante solían engordar a individuos de las clases inferiores para usarlos como otomanas; para amueblar cómodamente una casa,

sólo había que comprar a ocho o diez perezosos y distribuirlos contra las paredes y en las alcobas. Además, este método era muy conveniente durante las excursiones; mucho más ventajoso que esas sillas de jardín convertibles en bastones de paseo: cuando se le antojaba, el jefe llamaba a su siervo y lo invitaba a hacer las veces de diván bajo un árbol frondoso, tal vez en un lugar húmedo y encharcado.

Mientras me contaba esas cosas, cada vez que recibía de mis manos la pipa-hacha Queequeg blandía el lado del filo sobre la cabeza del durmiente.

—¿Por qué haces eso, Queequeg?

—Muy fácil matarlo. ¡Oh, muy fácil!

Se había entregado a algún salvaje recuerdo relacionado con su pipa-hacha que, según parecía, tenía un doble uso: saltar la tapa de los sesos a los enemigos y apaciguar el ánimo de su dueño. De pronto atrajo nuestra atención la actitud del aparejador dormido. La acre humareda que ahora llenaba por completo ese minúsculo agujero en que estábamos empezaba a hacerle efecto. Respiraba como en una especie de jadeo; después pareció tener problemas en la nariz; luego se volvió una o dos veces; al fin se sentó y se restregó los ojos.

—¡Eh! —articuló al fin—. ¿Quiénes son estos fumadores?

—Hombres de la tripulación —respondí—. ¿Cuándo zarpa la nave?

—Vaya, vaya... con que se embarcan en el *Pequod*. Zarpará hoy. El capitán subió a bordo anoche.

—¿Qué capitán? ¿Ahab?

—¿Y quién otro podía ser?

Estaba a punto de hacerle otras preguntas a propósito de Ahab, cuando oímos un ruido en cubierta.

—¡Hola! Starbuck se ha puesto en movimiento —dijo el aparejador—. Es un primer oficial muy despierto; un buen hombre, y religioso... Pero ahora todos tenemos que ser despiertos. Hay que correr.

Diciendo lo cual subió a cubierta, y nosotros tras él.

Ya había aclarado. Pronto subió el resto de la tripulación a bordo, en grupos de dos y de tres; los aparejadores se dieron prisa, los pilotos se ocuparon activamente y muchos hombres en tierra se afanaron para subir las últimas cosas a bordo. Mientras tanto, el capitán Ahab permaneció invisible, recluso en su cabina.

XXII. FELIZ NAVIDAD

Al fin, hacia el mediodía, terminada la tarea de los aparejadores, cuando el *Pequod* fue remolcado fuera del muelle y después de que la comedida Caridad nos abordó en un bote ballenero con sus últimos regalos —un gorro de dormir para Stubb, el segundo piloto cuñado suyo, y una Biblia suplementaria para el camarero—, después de todo eso, los dos capitanes, Peleg y Bildad, salieron de la cabina. Peleg se dirigió al primer oficial para decirle:

—Y bien, señor Starbuck, ¿está usted seguro de que todo queda en regla? El capitán Ahab está listo, acabo de hablar con él. ¿Nada más que traer de tierra, eh? Bueno, llame a todos los hombres. ¡Reúnalos aquí, malditos sean!

—No hay necesidad de decir palabras profanas, por mucha que sea la prisa —dijo Bildad—, pero anda, amigo Starbuck, cumple con nuestra orden.

¡Cómo era eso posible! Estábamos a punto de iniciar el viaje, y el capitán Peleg y el capitán Bildad seguían reinando en el alcázar, como si fueran los dos comandantes en el mar, tal como lo habían sido, en todo respecto, en tierra. En cuanto al capitán Ahab, todavía no había señales de él; sólo dijeron que estaba en la cabina. Pero podía uno pensar que su presencia no era en modo alguno necesaria para hacer vela y dirigir la nave hacia el mar. En verdad, ésa no era tarea suya, sino del piloto; y por otro lado, aún no estaba del todo repuesto —según decían—, de modo que era explicable que el capitán Ahab permaneciera bajo cubierta. Todo parecía bastante natural, sobre todo porque en el servicio mercante muchos capitanes nunca se muestran en cubierta durante un lapso considerable después de levada el ancla y permanecen ante la mesa de su cabina, entretenidos en un banquete de despedida con sus amigos de tierra, antes de que éstos abandonen definitivamente la nave con el piloto.

Pero no había demasiada oportunidad para meditar sobre todo esto, porque el capitán Peleg estaba ahora en plena actividad. Era él, y no Bildad, quien hablaba y daba casi todas las órdenes.

—¡A popa, hijos de solteros! —gritó a los marineros que se demoraban junto al palo mayor—. Señor Starbuck, despáchelos a popa.

—¡Levanten la tienda! —fue la orden siguiente.

Como ya he insinuado, esa marquesina de huesos de ballena sólo se armaba en puerto; y a bordo del *Pequod*, durante treinta años, se sabía que la orden de levantar la tienda precedía inmediatamente a la de levar ancla.

—¡Marinero al cabrestante! ¡Rayos y centellas! ¡Rápido! —fue la orden siguiente, y la tripulación se precipitó a las roldanas.

Cuando la nave se hace al mar, el puesto que ocupa generalmente el piloto es la parte delantera. Y ahí estaba Bildad que, juntamente con Peleg, sépanlo ustedes, y además de los otros oficiales, era uno de los pilotos licenciados del puerto (y se cree que se hizo piloto para ahorrarse el salario de un piloto en todos los barcos que poseía en Nantucket, porque nunca piloteó otras naves), Bildad, como venía diciendo, estaba ahora muy ocupado mirando sobre la borda el ancla que se acercaba, cantando a intervalos lo que parecía una tétrica salmodia para animar a los marineros que, con buena voluntad, rugían una especie de coro acerca de las muchachas de la calle Booble. Sin embargo, apenas tres días antes Bildad les había dicho que no se permitirían canciones profanas a bordo del *Pequod*, especialmente al hacerse al mar; y Caridad, su hermana, había puesto en la cucheta de cada marinero una breve selección de Watts.

Mientras tanto, el capitán Peleg, que vigilaba el otro extremo de la nave, estallaba en los juramentos y palabrotas más terribles. Casi pensé que hundiría la nave antes de que acabaran de levar el ancla; involuntariamente, me detuve sobre la roldana y dije a Queequeg que hiciera lo mismo, pensando en los peligros que ambos coríamos iniciando el viaje con ese demonio de piloto. Pero me consolaba la idea de que en el piadoso Bildad podía encontrarse alguna salvación, a pesar de 777 avo *tanto*. De pronto sentí un golpe violento en mi trasero: volviéndome, me horrorizó descubrir al capitán Peleg en el acto de retirar su pierna de mi inmediata vecindad. Era la primera patada destinada a mí.

—¿Así trabajan en la marina mercante? —rugió—. ¡Muévete, marmota! ¡Muévete, rómpete el lomo! ¿Por qué diablos no se mueven los dos? ¡Quohog! ¡Muévete, tú, el de los bigotes colorados; ven aquí, ése de la gorra escocesa; y tú, el de los pantalones verdes! ¡A moverse todos, hasta que les salten los ojos!

Mientras gritaba de ese modo, caminaba a lo largo de las roldanas, distribuyendo aquí y allá, muy generosamente, su pierna, mientras el imperturbable Bildad seguía marcando el compás con su salmodia. El capitán Peleg ha de haber tomado algo hoy, pensé.

Al fin el ancla estuvo en su puesto, las velas se desplegaron y nos deslizamos hacia el mar. Fue una Navidad breve y fría; y cuando el corto día nórdico se confundió con la noche, nos encontramos casi en pleno océano invernal, mientras la gélida espuma nos envolvía en una luciente armadura de hielo. Las largas hileras de dientes sobre las

amuradas brillaban a la luz de la luna y, semejantes a los blancos colmillos de marfil de un inmenso elefante, grandes carámbanos colgaban de la proa.

El flaco Bildad comandaba, en calidad de piloto, la primera guardia; mientras tanto, mientras la vieja nave se internaba en las verdes aguas y el viento aullaba esparciendo sobre ella la escarcha escalofriante y el cordaje vibraba, seguían oyéndose sus firmes notas:

*Hermosos campos, más allá del oleaje,
se extienden revestidos de luminoso verde.
Así surgió la vieja Canaán ante los judíos,
cuando sólo el Jordán los separaba de ella.*

Esas dulces palabras nunca resonaron en mis oídos más dulcemente que entonces. Estaban colmadas de esperanza y consuelo. A pesar de esa helada noche invernal en el fragoroso Atlántico, a pesar de mis pies mojados y mi chaqueta aún más mojada, me pareció que todavía existían muchos reparos posibles, muchas praderas y colinas tan eternamente jóvenes que la hierba crecida en ellas durante la primavera perdura, sin ser hollada, hasta la mitad del verano.

Avanzamos en el mar hasta el punto en que ambos pilotos fueron innecesarios. La maciza barca que nos había acompañado empezó a acercarse a la nave.

Fue curioso y no desagradable ver hasta qué punto Peleg y Bildad se conmovieron ante esa circunstancia. Sobre todo el capitán Bildad. Porque le costaba marcharse, le costaba dejar para siempre una nave encaminada a un viaje tan largo y peligroso, más allá de los dos tormentosos cabos: una nave donde tenía invertidos unos cuantos miles de sus dólares duramente ganados; una nave en la cual navegaba como capitán un viejo camarada suyo, un hombre casi tan viejo como él, que una vez más se lanzaba al encuentro de todos los horrores de la mandíbula implacable; le costaba decir adiós a una cosa tan cargada de cuanto le interesaba. El pobre viejo Bildad se demoró el tiempo que pudo; anduvo por la cubierta con pasos ansiosos; corrió a la cabina para decir una última palabra de adiós; subió de nuevo a la cubierta y miró hacia el viento, hacia las aguas infinitas, apenas limitadas por los remotos e invisibles continentes occidentales; miró hacia tierra; miró hacia arriba; miró a derecha e izquierda; miró a todos lados y a ninguna parte; y al fin, enrollando mecánicamente una cuerda en su roldana, tomó con su mano convulsa la del fornido Peleg y alzando una linterna lo miró heroicamente en la cara durante un instante, como diciéndole: «A pesar de todo, amigo Peleg, puedo soportarlo; sí, puedo soportarlo...».

En cuanto a Peleg, tomaba las cosas con más filosofía. Pero a pesar de toda su filosofía, una lágrima temblaba en sus ojos cuando la linterna los iluminó. También él corrió unas cuantas veces de cubierta a cabina: ya para decir una palabra abajo, ya para decir otra palabra a Starbuck, el primer oficial.

Pero al fin se volvió hacia su camarada, con aire de adiós definitivo:

—Vamos, capitán Bildad. Debemos irnos, viejo camarada. ¡Atrás, la verga mayor! ¡Eh, los de la barca! ¡Acérquense! ¡Con cuidado, con cuidado! Vamos, Bildad, muchacho, di lo que tengas que decir... Buena suerte, Starbuck; buena suerte, señor Stubb; buena suerte, señor Flask. Adiós, y buena suerte a todos... Dentro de tres años les tendré una sopa caliente y humeante en la vieja Nantucket... ¡Viva! ¡Y adiós!

—Que Dios los bendiga y los tenga en su santa protección —murmuró el viejo Bildad de modo casi incoherente—. Espero que hará buen tiempo, para que el capitán Ahab pueda estar pronto entre ustedes... todo lo que necesita es un sol agradable; y lo tendrán en abundancia durante el viaje al trópico que emprenden. Sean prudentes en la caza, marineros. No desfonden los botes sin necesidad, arponeros: este año los buenos tablones de cedro blanco han aumentado el tres por ciento. No se olviden de decir sus plegarias. Señor Starbuck, vigile que el cubero no derroche las duelas de repuesto. Ah, las agujas para coser las velas están en el armario verde. No cacen demasiado en los días del Señor, marineros; pero tampoco desaprovechen una buena oportunidad: eso sería rechazar los buenos dones del Cielo. Cuidado con el tarro de melaza, señor Stubb; creo que pierde un poco. Si baja a las islas, señor Flask, cuidado con la fornicación. ¡Adiós, adiós! No mantenga ese queso demasiado tiempo en la bodega, señor Starbuck, porque se echará a perder. Ojo con la manteca: costó veinte céntimos la libra, y recuerde que si...

—Vamos, vamos, capitán Bildad, basta de charla. ¡Larguémonos!

Y con esas palabras Peleg lo empujó hacia la borda y ambos saltaron a la barca.

Nave y barca se apartaron; la fría, húmeda brisa nocturna sopló entre ambas; una gaviota pasó chillando sobre ellas; ambos cascos rolaron bravíos y nosotros lanzamos tres vivas con el corazón oprimido y nos hundimos ciegamente, como el destino, en el Atlántico solitario.

XXIII. LA COSTA A SOTAVENTO

Algunos capítulos atrás he hablado de cierto Bulkington, un marinero alto, recién desembarcado, encontrado en la posada de Nueva Bedford.

Aquella gélida noche de invierno, cuando el *Pequod* dirigió su proa vengativa contra las frías, malignas olas, ¿a quién vi ante la barra del timón, sino a Bulkington? Miré con reverencia y temor a ese hombre que, en pleno invierno, recién llegado de un peligroso viaje de cuatro años, era capaz de volver a lanzarse con tanta energía a otro período de tempestades. La tierra parecía quemarle los pies. Las cosas más maravillosas son siempre las inexpresables; los recuerdos profundos no autorizan epitafios; este capítulo de seis pulgadas es la tumba sin lápida de Bulkington. Sólo diré que a Bulkington le ocurría lo mismo que a una nave sacudida por la tormenta, que avanza penosamente, frente a la costa a sotavento. El puerto está dispuesto a darle amparo; el puerto es misericordioso; en el puerto están la seguridad, la comodidad, el hogar, la cena, las tibias mantas, los amigos, todo lo que nos es grato a los mortales. Pero en esa tempestad, el puerto, la tierra, es el peligro más cruel para la nave. La nave debe huir de toda hospitalidad. El menor choque con la tierra, aunque apenas rozara la quilla, la estremecería de un extremo al otro. Con todas sus fuerzas, despliega todas sus velas para apartarse; al hacerlo, lucha contra los vientos que procuran llevarla hacia el hogar, busca la ausencia de tierra del mar turbulento y en pos de refugio, se precipita obstinadamente hacia el peligro: ¡su único amigo es su enemigo más feroz!

¿Comprendes ahora, Bulkington? ¿Puedes vislumbrar esa verdad intolerable para los mortales: que todo pensamiento profundo y honrado no es sino el intrépido esfuerzo del alma para mantener la libre independencia de su mar, mientras que los vientos más feroces del cielo y la tierra conspiran para arrojarla contra la costa traidora y servil?

Pero así como la verdad más alta —sin riberas, infinita como Dios— reside sólo en la ausencia de tierra, es preferible morir en ese infinito ululante que ser vergonzosamente abatido a sotavento, aunque en ello esté la salvación. Porque entonces, ah ¿quién desearía arrastrarse vilmente hacia la tierra, como un gusano?

¡Terror de los terrores! ¿Es tan vana esta agonía? ¡Coraje, Bulkington, coraje! ¡Sé inflexible, oh semidiós! ¡Levántate sobre la espuma de tu muerte oceánica, más alto, hasta tu apoteosis!

XXIV. EL ABOGADO

Puesto que Queequeg y yo estamos ya bien embarcados en este asunto de la caza de ballenas, y puesto que este asunto de la caza de ballenas se considera, entre los hombres de tierra, como una ocupación sin poesía ni prestigio, estoy ansioso por convencerlos de que ustedes, los hombres de tierra, son injustos con nosotros, los cazadores de ballenas.

En primer término, puede parecer casi superfluo establecer el hecho de que, entre la gente en general, la caza de ballenas no se considera en el mismo nivel que las llamadas profesiones liberales. Si un extranjero se introduce en cualquier heterogénea sociedad metropolitana, poco contribuiría a la opinión general sobre sus méritos el hecho de que se presentara como arponero; y si, emulando a los oficiales de marina, este extranjero añadiera a su tarjeta de visita las iniciales **C.D.C.** (Cazador de Cachalotes), tal procedimiento sería juzgado altamente presuntuoso y ridículo.

Sin duda, una de las razones principales por las cuales el mundo rehúsa honrarnos a nosotros, los balleneros, es ésta: la gente cree que, a lo sumo, nuestra vocación equivale a la de un carnicero; y que cuando estamos activamente ocupados en nuestra faena, nos rodea toda clase de inmundicias. Carniceros somos, en verdad. Pero carniceros han sido, también —carniceros de la especie más sanguinaria—, todos los jefes militares a quienes el mundo se complace invariablemente en honrar. Y en cuanto a la supuesta suciedad de nuestra ocupación, pronto serán ustedes iniciados en ciertos hechos hasta ahora casi desconocidos de todo el mundo que, en conjunto, enaltecerán la caza de ballenas, al menos la de cachalotes, entre las cosas más limpias de esta tierra tan pulcra. Pero aunque concedamos que ese cargo sea justo, ¿qué cubierta de una nave ballenera, por desordenada y resbaladiza que sea, puede compararse con la innominable putrefacción de esos campos de batalla de los cuales regresan tantos soldados para gozar ávidamente del aplauso de las damas? Y en cuanto a la idea del peligro, que tanto engrandece la profesión militar ante los ojos del vulgo, permítanme asegurarles que muchos veteranos que han avanzado tranquilamente hacia una batería retrocederían deprisa ante la aparición de la enorme cola de la ballena, que hace

remolinear el aire sobre sus cabezas. Pues ¿qué son los comprensibles terrores del hombre comparados con los terrores y maravillas de Dios aunados?

Pero aunque el mundo desprecia a los cazadores de ballenas, sin saberlo nos rinde el homenaje más profundo. Sí, una adoración infinita. ¡Porque todas las luces, lámparas y velas encendidas en el globo arden, como ante otros tantos sagrarios, para gloria nuestra! Pero consideren este asunto bajo otra luz; pésenlo en toda clase de balanzas; vean ustedes qué somos los balleneros, y qué hemos sido.

¿Por qué tenían los holandeses, en tiempos de De Witt, almirantes en sus flotas balleneras? ¿Por qué Luis XVI de Francia equipó, de su propio peculio, naves balleneras en Dunquerque e invitó cortésmente a esa ciudad a unas veinte o cuarenta familias de nuestra isla de Nantucket? ¿Por qué pagó Inglaterra, entre los años 1750 y 1788, más de 1.000.000 de libras a sus balleneros, en concepto de remuneración? Y por fin, ¿cuál es el motivo por el cual nosotros, los balleneros de Norteamérica, superamos hoy en número a todos los demás balleneros del mundo, botamos una flota de más de setecientas naves, equipadas por dieciocho mil hombres, invertimos 4.000.000 de dólares por año, y el valor de las naves, en el momento de zarpar, es de veinte millones de dólares y cada año importamos a nuestros puertos una pingüe cosecha de 7.000.000 de dólares? ¿Cómo se explica todo esto, si no por algo poderoso que existe en la caza de ballenas?

Pero esto no es siquiera la mitad; sigan ustedes observando:

Afirmo sin ambages que el filósofo cosmopolita no puede, en su vida, mostrar un solo influjo pacificador que en los últimos sesenta años haya obrado con más fuerza en todo el vasto mundo, tomado en conjunto, que el sublime y poderoso oficio de la ballenería. En un sentido u otro, ha producido acontecimientos de por sí tan decisivos y a tal punto importantes en sus resultados sucesivos que la ballenería bien podría considerarse como aquella madre egipcia que engendraba una prole ya preñada en el instante mismo de ser parida. Sería una tarea infinita e imposible catalogar todas esas cosas. Bastará con un puñado. Durante años y años, la nave ballenera fue la pionera en la exploración de las partes más remotas y menos conocidas de la tierra. Ha explorado mares y archipiélagos que no tenían mapas, donde ningún Cook y ningún Vancouver se habían aventurado nunca. Puesto que las naves de guerra americanas y europeas ahora fondean tranquilamente en puertos antes salvajes, deberían disparar salvas en honor y gloria de los balleneros, que les mostraron el camino y les sirvieron de intérpretes con los indígenas. Que celebren cuanto quieran a los héroes de las expediciones exploradoras, a los Cook, a los Krusenstern; pero yo afirmo que veintenas de anónimos capitanes salieron de Nantucket y eran tan grandes, y aún más grandes, que los Cook y los Krusenstern. Porque sin recursos ni armas, en los mares bárbaros, plagados de tiburones, y en playas de islas ignotas, erizadas de jabalinas, combatieron contra maravillas y terrores vírgenes que Cook, con todos sus marinos y

sus mosquetes, no habría enfrentado de buen grado. Todo eso de que tanto se habla en los Viajes al Mar del Sur, todas esas cosas no eran más que la trivial rutina cotidiana para nuestros heroicos hombres de Nantucket. Con frecuencia, aventuras a las cuales Vancouver dedica tres capítulos se juzgaban indignas de ser asentadas en el diario de a bordo. ¡Ah, el mundo, el mundo!

Mientras la caza de ballenas no dobló el Cabo de Hornos, ningún comercio, casi ninguna relación que no fuera colonial unía a Europa con la larga línea de las opulentas provincias españolas de la costa del Pacífico. Fueron los balleneros los primeros en abrir una brecha en la celosa política que la corona española mantenía con esas colonias; y si el espacio lo permitiera, podría demostrarse claramente que gracias a los balleneros se logró al fin la liberación de Perú, Chile y Bolivia del yugo de la vieja España, y se estableció la eterna democracia en esos países. Australia, esa gran América situada al otro lado del globo, fue dada al mundo civilizado por los balleneros. Después de que un holandés la descubrió a causa de un error, todas las demás naves evitaron durante largo tiempo esas costas, que consideraban apestosamente bárbaras; pero las naves balleneras tocaron tierra australiana. La nave ballenera es la verdadera madre de esa colonia, ahora tan poderosa. Más aún: en la infancia de la primera comunidad australiana, las benévolas galletas de las naves balleneras que afortunadamente anclaban en sus aguas salvaron de la muerte y el hambre a los inmigrantes. Las innumerables islas de Polinesia confiesan la misma verdad y rinden homenaje comercial a la nave ballenera, que abrió el camino al misionero y al comerciante y en muchos casos transportó a los primitivos misioneros a sus primeros destinos. Si Japón, esa tierra hermética, llega a ser alguna vez hospitalaria, el mérito será sólo de la nave ballenera, porque ya ha llegado a su umbral.

Pero si a pesar de todo esto persisten en declarar que la caza de ballenas no tiene asociaciones estéticamente nobles, estoy dispuesto a romper cincuenta lanzas con ustedes y a desmontarlos, cada vez con el yelmo hendido...

Dicen ustedes que la ballena no tiene autores famosos y la caza de ballenas carece de cronistas célebres.

¿Que la ballena no tiene autores famosos y la caza de ballenas carece de cronistas célebres? ¿Quién escribió el primer relato sobre nuestro Leviatán? ¡Quién, sino el poderoso Job! ¿Y quién compuso la primera narración sobre un viaje ballenero? ¡Nada menos que Alfredo el Grande, que con su pluma real anotó las palabras de Other, el cazador de ballenas noruego de aquellos tiempos! ¿Y quién pronunció nuestra espléndida apología en el Parlamento? ¡Quién, sino Edmund Burke!

Es cierto, pero los propios balleneros son pobres diablos, no tienen buena sangre en sus venas.

¿Que no tienen buena sangre en sus venas? Tienen en ellas algo mejor que sangre real. La abuela de Benjamín Franklin era Mary Morrel, que al casarse tomó el nombre de Mary Folger: fue una de las antiguas colonizadoras de Nantucket y antecesora de una larga serie de Folger arponeros, todos amigos y parientes del noble Benjamín, que aún hoy lanzan el agudo hierro de un extremo del mundo al otro.

Concedido; pero todos admiten que, por algún motivo, la caza de ballenas no es respetable.

¿Que no es respetable? ¡La caza de ballena es imperial! En la antigua ley estatutaria inglesa, la ballena se declara «pez real».

¡Oh, ésas no son más que palabras! La ballena misma nunca ha figurado de una manera grandiosa e imponente.

¿Que la ballena nunca ha figurado de una manera grande e imponente? En uno de los grandes triunfos concedidos a un general romano al entrar en la capital del mundo, los huesos de una ballena transportados desde la costa siríaca fueron el objeto más conspicuo en la procesión resonante de címbalos.

Así será, puesto que usted lo cita; pero diga usted lo que quiera, la caza de ballenas carece de verdadera dignidad.

¿Que la caza de ballenas carece de dignidad? El propio cielo atestigua la dignidad de nuestra profesión. ¡Cetus es una constelación austral! ¡Y basta! ¡Cálense ustedes el sombrero en presencia del zar, pero quítenselo ante Queequeg! ¡Y basta! Conozco a un hombre que en su vida capturó trescientas cincuenta ballenas. Estimo que este hombre es más honorable que aquel gran capitán de la antigüedad que se jactaba de haber tomado otras tantas ciudades fortificadas.

Por mi parte, si existe la posibilidad de que haya en mí una cosa excelente y aún no descubierta; si alguna vez merezco, en este cochino mundo, una fama verdadera a la cual pueda aspirar sin pecar de irrazonable; si en adelante hago cualquier cosa que, en conjunto, cualquier hombre preferiría haber hecho a haberla omitido; si a mi muerte mis albaceas o, más exactamente, mis acreedores, encuentran en mi escritorio algún precioso manuscrito, desde ahora atribuyo todo su honor y su gloria a la caza de ballenas. Porque una nave ballenera fue mi Universidad de Yale y mi Harvard.

XXV. POSDATA

A favor de la dignidad de la caza de ballenas no querría presentar sino hechos irrefutables. Pero ¿no obraría mal un abogado que, después de disponer en orden de batalla sus hechos, suprimiera por completo una conjetura no irrazonable que podría defender con elocuencia su causa?

Es harto sabido que antes de coronar a reyes y reinas —incluso los modernos—, se los somete a un curioso proceso para acondicionarlos a sus funciones. Existe lo que podríamos llamar un salero de Estado, así como existe una aceitera de Estado. Ignoro cómo usan la sal. Pero estoy seguro de que durante la coronación se aceita solemnemente la cabeza del rey, como un cogollo de lechuga. ¿Acaso la ungirán para que su interior marche bien, así como se aceita una máquina? Mucho podríamos discurrir aquí acerca de la dignidad esencial de este proceso real, porque en la vida corriente desdeñamos a un hombre que se aceita el pelo y huele francamente a ese aceite. En verdad, un hombre maduro que use aceite para el pelo, salvo con intención médica, debe de tener un punto flojo en alguna parte. Por regla general, no vale mucho.

Pero lo único que debe considerarse aquí es esto: ¿qué clase de aceite se usa en las coronaciones? Desde luego, no puede ser aceite de oliva, ni aceite de coco, ni aceite de ricino, ni aceite de oso, ni aceite de pescado, ni aceite de hígado de bacalao. ¿Cuál puede ser, pues, sino el aceite de cachalote en su estado impoluto, intocado, el más suave de todos los aceites?

¡Piensen en esto, leales britanos! ¡Nosotros, los balleneros, suministramos a los reyes y las reinas el material necesario para su coronación!

XXVI. CABALLEROS Y ESCUDEROS

El primer oficial del *Pequod* era Starbuck, natural de Nantucket, de familia cuáquera. Era un hombre alto, severo; y aunque nacido en una costa de hielos, parecía bien adaptado para soportar latitudes calientes, ya que su carne era dura como la galleta recocida. Transportada a las Indias, su sangre viva no se habría echado a perder como la cerveza embotellada. Debía de haber nacido en una época de hambre y penuria general, o bien en uno de esos días de ayuno por los cuales es famoso su Estado. Sólo había visto unos treinta áridos veranos; esos veranos le habían secado cuanto era superfluo en su cuerpo. Pero esta delgadez, por así decirlo, no parecía la huella de ansiedades y preocupaciones agotadoras, ni tampoco el síntoma de una consunción física. Era, sencillamente, la condensación del hombre. Starbuck no era, en modo alguno, desagradable de ver; todo lo contrario. Su piel pura y tensa era un atavío perfecto: ceñido por ella e impregnado de su salud interna y de su fortaleza, Starbuck, como una momia viviente, parecía preparado para perdurar a través de los largos siglos venideros, y para durar siempre tal cual era, porque en la nieve polar o el sol tórrido su vitalidad interior, como un cronómetro patentado, estaba garantizada para todos los climas. Cuando lo miraba uno a los ojos, creía descubrir en ellos las imágenes de los millares de peligros que había afrontado tranquilamente durante su vida. Un hombre firme, sobrio, cuya vida era en su mayor parte una reveladora mímica en acción, más que un capítulo de palabras vanas. Sin embargo, a pesar de toda esa dura sobriedad y esa fortaleza, había en él algunas características que a veces influían sobre el resto de su persona y hasta parecían superarlo. Extraordinariamente concienzudo, por tratarse de un marino, y dotado de un profundo respeto natural, la tremenda soledad oceánica de su existencia lo inclinaba fuertemente hacia la superstición, pero hacia ese género de superstición que, en ciertos individuos, parece surgir más bien de la inteligencia que de la ignorancia. Era un entendido en portentos exteriores y en presentimientos. Y si en ocasiones esas maravillas doblegaban el hierro de su alma, los lejanos recuerdos domésticos de la mujer y del niño contribuían mucho más a apartarlo de la rudeza original de su índole y a abrirlo más aún a esos influjos

latentes que, en algunos hombres de corazón honrado, reprimen el ímpetu de la tremenda audacia tantas veces demostrada por otros hombres en las vicisitudes más peligrosas de la caza de ballenas. «No quiero a ningún hombre en mi barco que no tenga miedo de la ballena», decía Starbuck. Con esto parecía insinuar no sólo que el valor más seguro y más útil es el que surge de una justa estimación del peligro que se afronta, sino también que un hombre que ignora el miedo es compañero mucho más riesgoso que un cobarde.

—Sí, sí —decía Stubb, el segundo oficial—. Starbuck es el hombre más prudente que pueda encontrarse en este mundo de la caza de ballenas.

Pero pronto hemos de ver qué significa exactamente esa palabra «prudente» cuando la emplea un hombre como Stubb o cualquier otro cazador de ballenas.

Starbuck no era un cruzado en pos de peligros; el coraje no era en él un sentimiento, sino una cosa útil y siempre disponible en todas las ocasiones prácticas de la vida. Por otra parte, quizá pensara que en esto de la caza de ballenas el valor es uno de los grandes elementos esenciales de la nave, como la carne y el pan, que no deben derrocharse estúpidamente. Por eso no lo seducía demasiado bajar al mar en busca de ballenas después de la puesta del sol, ni persistir en luchar contra un pez que persistía demasiado en luchar contra él. «Si para algo estoy en este océano peligroso es para matar ballenas y poder vivir, y no para ser matado para que ellas puedan vivir», pensaba Starbuck. Y Starbuck sabía muy bien que centenares de hombres habían muerto así. ¿Cuál había sido el destino de su padre? ¿En qué lugar de los abismos sin fondo podría encontrar los miembros desgarrados de su hermano?

Con recuerdos como éstos en su alma y, por otro lado, con aquella inclinación suya a la superstición, el valor de Starbuck, que a pesar de todo podía seguir revelándose, debía de ser extremo, en verdad. Pero no era natural ni razonable que en un hombre así organizado, con esas terribles experiencias y recuerdos, no era natural, repito, que estas cosas dejaran de engendrar ocultamente en él un elemento que, en las circunstancias oportunas, saltara desde su confinamiento y consumiera todo su valor. Por valiente que fuera, la suya era sobre todo esa clase de valentía, visible en algunos hombres intrépidos, que mientras se mantiene firme en la lucha contra los mares, los vientos y las ballenas, es decir, con cualquiera de las terribles fuerzas brutas del mundo, no sabe resistir a esos terrores más espantosos —porque son más espirituales— que a veces nos amenazan desde el ceño fruncido de un hombre encolerizado y poderoso.

Pero si el relato que sigue debiera revelar el completo abatimiento de la fortaleza del pobre Starbuck, apenas tendría yo fuerzas para escribirlo, porque es muy doloroso, y aun repugnante, exponer la pérdida del valor en un alma. Los hombres pueden parecer detestables, tomados en sociedades comerciales y en naciones; en ellas pueden ser bribones, necios, asesinos; pueden tener caras viles y miserables; pero el

hombre, como ideal, es tan noble y espléndido, es una criatura tan graciosa y radiante que todos sus compañeros deberían precipitarse sobre cada mancha de ignominia para cubrirla con sus mantos más preciosos.

Esa inmaculada virilidad que sentimos dentro de nosotros mismos, tan dentro que permanece intacta aunque parezca perdido todo carácter externo, sangra con los más agudos sufrimientos ante el espectáculo sin velos de un hombre cuyo valor ha caído en la ruina. Y la piedad misma, ante una imagen tan vergonzosa, no puede sofocar del todo sus reproches contra las estrellas que lo permiten. Pero esta augusta dignidad de que hablo no es la dignidad de los reyes y de los ropajes, sino esa dignidad rebotante que no tiene investidura de ornamentos. Puedes verla resplandecer en el brazo que levanta una pica o hunde una clavija: es esa dignidad democrática que, en todos los hombres, irradia incesantemente de Dios, ¡de Él, el gran Dios absoluto! ¡El centro y la circunferencia de toda democracia! ¡Su omnipresencia, nuestra divina igualdad!

Por lo tanto, si en adelante atribuyo altas cualidades a los más viles marineros y a los renegados y a los desechos humanos, aunque sean cualidades oscuras; si tejo en torno a ellos trágicas guirnalda; si hasta el más triste, quizá el más abatido de todos se eleva a las cimas más altas; si toco el brazo de ese trabajador con un poco de luz etérea; si despliego un arco iris sobre su desolado crepúsculo; si hago todo eso, Tú, justo Espíritu de la Igualdad, confírmame en esa dignidad contra todos los críticos mortales: Tú, que has tendido sobre toda mi especie un manto real de humanidad. Confírmame en ella, Tú, gran Dios democrático que no rehusaste a Bunyan, el oscuro convicto, la pálida perla de la poesía; Tú, que cubriste con láminas del oro más fino dos veces batido el brazo manco y misérrimo del viejo Cervantes; Tú, que recogiste a Andrew Jackson de entre los guijarros, lo lanzaste en un corcel de guerra y lo subiste más alto que un trono. Tú, que en todos tus solemnes paseos por la tierra siempre eliges a tus mejores paladines entre el real común, ¡confírmame en ella, oh Dios!

XXVII. CABALLEROS Y ESCUDEROS

Stubb era el segundo oficial. Era nativo del Cabo Cod; por eso, según la usanza local, lo llamaban codiano. Era un confiado en la buena ventura, ni cobarde, ni valiente, que tomaba los peligros como venían, con aire indiferente, y mientras estaba ocupado en la crisis más amenazadora de la caza cumplía con su faena calmo y concentrado como un obrero ebanista contratado por un año. De buen humor, apacible, despreocupado, presidía su bote como si el encuentro más mortal no fuera más que una cena y toda su tripulación los huéspedes invitados. Era tan minucioso en cuanto se refería a las comodidades de su parte en la nave como un viejo cochero en cuanto a su puesto en el pescante. Cuando estaba frente a la ballena, en el peor momento de la lucha, manejaba su lanza implacable con fría desenvoltura, como un calderero maneja silbando su martillo. Era capaz de canturrear airecillos burlones pegado al flanco del monstruo más exasperado. Un largo hábito había convertido, para Stubb, las mandíbulas de la muerte en un cómodo sillón. Imposible decir qué pensaba de la muerte. Es dudoso que haya pensado en ella alguna vez. Pero si sus pensamientos hubiesen volado en esa dirección después de una buena comida, Stubb, como buen marinero, sin duda lo habría tomado como una especie de llamado de la guardia para subir a cubierta y allí afanarse en una tarea cuya índole sólo descubriría después de obedecer la orden, y no antes.

Quizás el elemento que, entre otros, hacía de Stubb un hombre tan llano y sin temor, que acarreaba tan alegremente la carga de la vida en un mundo lleno de hoscos vendedores ambulantes que andan curvados bajo el peso de sus fardos; el elemento que, decía, lo ayudaba a mantener ese buen humor suyo casi impío debía ser su pipa. Porque como su nariz, su pipa corta y negra era uno de los rasgos constantes de su cara. Hubiera sido más natural verlo bajar de su litera sin su nariz que sin su pipa. Allí tenía todo un juego de pipas ya cargadas, metidas en un portapipas, al alcance de la mano, y cuando se iba a la cama las fumaba sucesivamente, encendiendo una tras otra hasta el fin del capítulo, para después volver a cargarlas para tenerlas

siempre listas. Porque cuando Stubb se vestía, antes de poner las piernas en sus pantalones se ponía la pipa en la boca.

Creo que esta manera de fumar sin interrupción era por lo menos una de las causas de su peculiar modo de ser, porque todos sabemos que el aire de esta tierra (y por tierra entiendo también el mar) está terriblemente contaminado por la indecible desdicha de los infinitos mortales que han muerto exhalándolo; y así como en épocas de peste mucha gente anda con un pañuelo alcanforado sobre la boca, el humo del tabaco de Stubb obraba como una especie de agente desinfectante contra todas las tribulaciones mortales.

El tercer oficial era Flask, un nativo de Tisbury, en Martha's Vineyard. Un muchacho bajo, fuerte, rubicundo, muy belicoso con las ballenas: parecía pensar que los grandes leviatanes lo habrían afrentado personalmente y hereditariamente. Y por lo tanto, era una cuestión de honor, para él, destruirlos cuando los encontraba. Tan negado estaba este hombre a todo sentido de respeto hacia las muchas maravillas de su majestuosa masa y sus oscuros procedimientos, y tan muerto estaba en él todo cuanto pudiera parecerse a la aprensión ante el posible peligro de encontrarla, que en su pobre opinión la portentosa ballena no era sino una especie de ratón amplificado, o a lo sumo una rata de agua que sólo exigía unas cuantas estratagemas, y cierta pérdida de tiempo y de esfuerzo para que la mataran e hirvieran. Esta intrepidez ignorante e inconsciente hacía de él un hombre poco serio en materia de ballenas: seguía a esos peces sólo por divertirse y un viaje de tres años más allá del Cabo Cod era sólo una buena broma que duraba ese lapso. Así como los clavos de un carpintero se dividen en dos categorías: los forjados y los tallados, del mismo modo podría dividirse la humanidad. El pequeño Flask era de los forjados: hecho para permanecer firme y durar mucho. A bordo del *Pequod* lo llamaban Pendolón, porque por su forma podía compararse con el madero corto y cuadrado que los balleneros del Ártico conocen con ese nombre y que, mediante una serie de maderos laterales insertados en sus lados en forma de radios de rueda, sirve para reforzar la nave contra los embates glaciales de esos mares infatigables.

Ahora bien: estos tres oficiales, Starbuck, Stubb y Flask, eran hombres de importancia. Eran ellos quienes, por prescripción universal, comandaban tres de los botes del *Pequod*. En ese gran orden de batalla en que el capitán Ahab probablemente dispondría sus fuerzas para que bajaran hasta las ballenas, los tres comandantes de los botes eran como capitanes de las compañías. O bien, armados con sus largas y afiladas lanzas, eran como un escogido trío de lanceros, así como los arponeros eran tiradores de jabalinas.

Y como en esta famosa caza cada oficial o jefe siempre va acompañado, como un antiguo caballero gótico, por su piloto o arponero que, en ciertos casos, le tiende una lanza nueva, cuando la anterior se ha torcido o doblado malamente en el asalto y, más

aún, como entre ambos subsiste generalmente una gran intimidad y amistad, será conveniente que precisemos quiénes eran los arponeros en el *Pequod* y a qué jefe pertenecía cada uno de ellos.

El primero era Queequeg, a quien Starbuck, el primer oficial, había elegido como escudero suyo. Pero ya conocemos a Queequeg.

Después venía Tashtego, indio sin mezcla de Gayhead, el promontorio más occidental de Vineyard, donde aún existen los últimos restos de una aldea de pieles rojas que durante largo tiempo suministró a la vecina isla de Nantucket muchos de sus arponeros más audaces. En la caza de ballenas suelen llamarse con el nombre genérico de *gay-headers*. El pelo largo, lacio y muy negro de Tashtego, sus pómulos prominentes y sus negros ojos redondos —orientales por su tamaño y antárticos por su expresión centelleante—, todo eso proclamaba que era un heredero de la sangre incorrupta de aquellos altivos guerreros cazadores que, en busca del gran alce de Nueva Inglaterra, habían recorrido arco en mano las selvas aborígenes de aquellas costas. Pero Tashtego ya no husmeaba el rastro de las bestias salvajes en los bosques; ahora perseguía la estela de las grandes ballenas en el mar: el certero arpón del hijo reemplazaba la infalible flecha de los padres. Al mirar la atezada musculatura de sus miembros flexibles y culebrinos casi creía uno en las supersticiones de los primitivos puritanos, convenciéndose de que este indio bárbaro era hijo del Príncipe de las Potencias del Aire. Tashtego era el escudero del segundo oficial.

El tercero de los arponeros era Dagoo, un gigantesco salvaje, negro como el carbón, de paso leonino: la imagen de un verdadero Asuero. De las orejas le colgaban dos argollas de oro, tan grandes que los marinos las llamaban armellas y hablaban de atar en ellas las drizas de la gavia. En su juventud, Dagoo se había embarcado voluntariamente en un ballenero, anclado en una bahía solitaria de su costa nativa. Y como no conocía otras partes del mundo que África, Nantucket y los muelles paganos frecuentados casi exclusivamente por cazadores de ballenas, y como hacía ya muchos años que llevaba la audaz vida de la pesca en naves cuyos dueños no solían preocuparse por la clase de hombres que embarcan, Dagoo conservaba todas sus virtudes bárbaras y, erguido como una jirafa, andaba por los puentes, en calcetines, con toda la pompa de sus seis pies y cinco pulgadas de altura. Al mirarlo se sentía uno físicamente humillado; un hombre blanco parecía junto a él una bandera blanca que pide tregua ante una fortaleza. Extraña cosa: este Asuero-Dagoo era el escudero del pequeño Flask, que parecía una pieza de ajedrez junto a él. Y en cuanto al resto de la tripulación del *Pequod*, digamos que hasta el día de hoy no hay uno de cada dos hombres entre los muchos miles que trabajan en el castillo de las naves pesqueras norteamericanas que sea norteamericano de nacimiento, aunque casi todos los oficiales lo son. En la caza de ballenas de Norteamérica ocurre lo mismo que en el ejército, la flota naval y mercante y la mano de obra empleada para la construcción de

canales y ferrocarriles. Lo mismo, digo, porque en todos esos casos los norteamericanos nativos suministran generosamente el cerebro y el resto del mundo, con la misma generosidad, el músculo. No pocos de estos marineros balleneros pertenecen a las Azores, que las naves de Nantucket tocan con frecuencia para aumentar su tripulación con valientes campesinos de esas costas rocosas. Del mismo modo, las naves balleneras de Groenlandia que zarpan de Hull o de Londres se detienen en las Islas Shetland para embarcar al complemento de su tripulación. Y los desembarcan cuando regresan a su patria. Ignoro el motivo, pero parece que los isleños son los mejores balleneros. En el *Pequod*, casi todos eran isleños, y también los llamo *Aislados*, porque no admiten el común continente de los hombres y cada uno vive en un continente propio, exclusivo. Sin embargo, confederados en un mismo navío, qué grupo formaban estos Aislados. Una delegación al modo de Anacarsis Clootz proveniente de todas las islas del mar y de todos los confines de la tierra, que acompañaba al viejo Ahab en el *Pequod* para llevar todos los dolores del mundo frente a ese tribunal del cual pocos regresan. El pequeño negro Pip no logró volver: ¡oh, no! Fue el primero en irse. ¡Pobre muchacho de Alabama! Dentro de poco lo veremos en el tétrico castillo de proa del *Pequod*, tocando el pandero, preludio de la hora eterna en que, llamado al castillo de los cielos, le ordenaron que tocara con los ángeles y redoblara el tambor en la gloria; ¡aquí lo llamaron cobarde, allá lo saludaron como un héroe!

XXVIII. AHAB

Durante varios días, después de dejar Nantucket, no hubo señales del capitán Ahab en cubierta. Los oficiales se relevaban regularmente en las guardias y nada habría podido desmentir que ellos eran los únicos comandantes de la nave. Sólo que a veces salían de la cabina con órdenes tan súbitas y perentorias que, después de todo, era evidente que mandaban en representación de otro. Sí, el señor supremo, el dictador estaba allí, aunque aún invisible para los ojos que no podían penetrar en el sacro refugio de la cabina.

Cada vez que subía a cubierta después de mi turno de guardia, miraba enseguida hacia popa para comprobar si había aparecido algún rostro extraño: mi vaga inquietud acerca del desconocido capitán se había convertido, en el aislamiento del mar, en una verdadera perturbación. Y de cuando en cuando a todo eso se sumaba extrañamente el involuntario recuerdo de las incoherencias del harapiento Elías, que agudizaban mi sensación con una sutil energía que antes me habría resultado inconcebible. Ahora apenas si tenía fuerzas para resistirme a ellas, así como en otro estado de ánimo había estado a punto de reírme de los solemnes disparates de aquel extraño profeta de los muelles. Pero fuera aprensión o inquietud lo que sentía, para llamarlo de algún modo, cada vez que miraba a mi alrededor en la nave, esas emociones me parecían totalmente irracionales. Porque si bien los arponeros formaban, con el grueso de la tripulación, una banda más bárbara, pagana y heterogénea que la de cualquier apacible nave mercante conocida durante mi experiencia previa, yo atribuía esa peculiaridad —y hacía bien en atribuirlo— a la índole salvaje y singular de esa feroz vocación escandinava a la cual me había entregado con tanto abandono. Pero era sobre todo el aspecto de los tres oficiales principales de la nave lo que contribuía eficazmente a disipar esos pálidos celos y a inducirme confianza y ánimo en cuanto al viaje. Había sido difícil encontrar tres oficiales y hombres mejores, más competentes; y los tres eran norteamericanos; uno de Nantucket, otro de Vineyard y el tercero del Cabo Cod.

Ahora bien, como era Navidad cuando partimos del puerto, durante algún tiempo tuvimos una temperatura polar, aunque huíamos de ella y avanzábamos hacia el sur; a cada grado y minuto de latitud dejábamos atrás el despiadado invierno y todo su intolerable rigor. Era una de esas mañanas de transición, menos amenazadoras pero todavía grises y lúgubres, y bajo un viento favorable, la nave corría con un ímpetu vindicativo, impaciente y a la vez melancólica; subí a cubierta al llamado de la guardia matinal y no bien alcé los ojos más allá del nivel de la popa sentí escalofríos de mal agüero. La realidad superó toda aprensión; el capitán Ahab estaba en el alcázar.

No parecía tener huellas de ninguna enfermedad física, ni convalecer de ningún mal. Tenía el aire de un hombre rescatado de la hoguera cuando el fuego ha corrido sobre todos sus miembros, pero sin robarle una sola partícula de su compacta robustez de anciano. Todo su cuerpo, alto y grande, parecía hecho de sólido bronce, fundido en un molde impecable, como el Perseo de Cellini. Un surco delgado, de un blanco lívido, se abría camino desde el pelo gris y avanzaba hacia un lado de la cara y el cuello tostados por el sol, hasta desaparecer entre la ropa. Parecía una de esas cicatrices perpendiculares que a veces se producen en el erguido tronco de un gran árbol, cuando el rayo, sin desgajar una sola rama, hiende la corteza de un extremo al otro, antes de perderse en el suelo, dejando a la planta aún verde de vida, pero marcada. Nadie podía asegurar con certeza si esa marca había nacido con Ahab o era la cicatriz dejada por alguna herida terrible. Como por tácito acuerdo, durante el viaje poca o ninguna alusión se hizo a la marca, especialmente por parte de los oficiales. Pero en una ocasión Tashtego el mayor, un viejo indio de Gayhead que formaba parte de la tripulación, afirmó supersticiosamente que Ahab no había tenido esa marca antes de los cuarenta años, y que el origen de la cicatriz no había sido la furia de una riña entre mortales, sino una lucha contra los elementos en el mar. Pero esta tremenda insinuación parecía implícitamente desmentida por lo que sugería un hombre gris, nativo de Man, un viejo sepulcral que, al no haber zarpado otras veces desde Nantucket, hasta ahora nunca había puesto sus ojos sobre el extraño Ahab. Sin embargo, las antiguas tradiciones del océano, sus inmemoriales creencias, otorgaban a este viejo hombre de Man sobrenaturales facultades de discernimiento. De modo que ningún marinero blanco se le oponía seriamente cuando decía que si alguna vez el capitán Ahab había de ser amortajado —«cosa que quizá no ocurriría nunca», murmuraba—, la persona encargada de ese último servicio debido a los muertos encontraría en su cuerpo una marca de nacimiento que le correría de la cabeza a los pies.

El lúgubre aspecto de Ahab y la lívida marca que lo atravesaba me impresionaron a tal punto que en un primer momento no advertí que esa impresión intensa se debía, en buena parte, a la pierna bárbara sobre la cual se apoyaba. Ya me habían contado que esa pierna de marfil le había sido labrada, en pleno mar, en el hueso pulido de la

mandíbula de un cachalote. «Sí, lo desmantelaron en Japón —me dijo una vez el viejo indio de Gayhead—; pero como su nave desmantelada, se procuró otro mástil sin tomarse el trabajo de regresar a su casa. Tiene un montón de esos huesos».

Me llamó la atención la singular postura en que se mantenía. A cada lado del alcázar, y cerca de la jarcia de mesana, había un agujero en las tablas del piso de una media pulgada, más o menos. Con la pierna de hueso asegurada en ese agujero, un brazo levantado, asido de un obenque, el capitán Ahab permanecía erguido, mirando más allá de la proa que se balanceaba sin cesar. En la energía fija, intrépida y resuelta de esa mirada había una infinita fortaleza, una voluntad obstinada e indomable. No dijo una sola palabra. Sus oficiales tampoco le hablaron, aunque con sus más simples gestos y expresiones demostraron a las claras su incómoda, si no penosa, conciencia de estar bajo la torva mirada de un amo. Y por si no fuera poco, el sombrío Ahab estaba frente a ellos con una crucifixión escrita en el rostro, con toda la indescriptible, majestuosa, oprimiente dignidad de un dolor arrogante.

No mucho después de esta visita al aire libre, Ahab se retiró a su cabina. Pero a partir de esa mañana, la tripulación pudo verlo todos los días, con la pierna metida en su agujero-pivote, o sentado en un banquillo de marfil que tenía, o caminando pesadamente por la cubierta. A medida que el cielo se aclaraba y hasta empezaba a alegrarse, Ahab salió cada vez con más frecuencia de su encierro, como si al zarpar desde su patria, sólo la mortal palidez del océano invernal lo hubiese mantenido encerrado. Poco a poco llegó el momento en que se mostró casi continuamente al aire libre; pero hasta entonces, a pesar de lo que dijera o hiciese en la cubierta, al fin soleada, parecía tan innecesario en ella como un mástil más. Pero es que el *Pequod* hacía entonces sólo una travesía, y no su crucero regular. Los oficiales estaban plenamente capacitados para disponer todos los preparativos de la caza que requieren supervisión, de modo que no había nada o poco que pudiera reclamar o interesar a Ahab, salvo él mismo, disipando así las nubes que, estrato sobre estrato, se amontonaban en su frente, porque las nubes siempre eligen las cimas más altas para amontonarse.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que la tibia, melodiosa persuasión de esa amable temperatura de vacaciones hacia la cual avanzábamos pareciera ir arrancándolo paulatinamente, como un encanto, de su melancolía. Porque así como en la época en que esas dos muchachas de mejillas rosadas, Abril y Mayo, regresan danzando a los bosques invernales y misántropos, y hasta el roble más viejo, desnudo, rugoso y herido por el rayo echa algunos verdes retoños para saludar a tan placenteras visitantes, del mismo modo Ahab al fin mostró alguna reacción ante los juguetones lisonjeos de ese aire. Más de una vez dejó despuntar el pimpollo de una mirada que, en cualquier otro hombre, habría florecido plenamente en una sonrisa.

XXIX. ENTRA AHAB, DESPUÉS STUBB

Pasaron unos días y el *Pequod*, dejando atrás los hielos y los témpanos, siguió avanzando hacia la luminosa primavera de Quito que reina en el mar casi perpetuamente, en los umbrales del eterno agosto del trópico.

Los días tibios y frescos, lípidos, rumorosos, perfumados, pródigos, eran como copas de cristal de sorbetes persas, desbordantes de espumosa nieve de agua de rosa. Las noches estrelladas y solemnes parecían altivas damas ataviadas con terciopelos enjoyados, que acariciaran en sus casas, recluidas en su orgullo solitario, el recuerdo de sus ausentes barones victoriosos, los soles de los yelmos dorados... Para dormir, era difícil elegir entre días tan placenteros y noches a tal punto seductoras. Pero todos los hechizos de esa estación sin crepúsculos no se limitaban a enriquecer el mundo exterior con nuevos encantos y poderes. Interiormente, se insinuaban en el alma, sobre todo cuando llegaban las dulces y tranquilas horas de la tarde. Era entonces cuando el recuerdo hacía surgir sus cristales, así como el transparente hielo se forma especialmente en los atardeceres silenciosos.

La vejez siempre es insomne, como si al alargarse el lazo que lo une a la vida, el hombre quisiera alejarse de todo lo que se parece a la muerte. Entre los capitanes de navíos, los ancianos de barba gris suelen dejar sus literas para visitar los puentes envueltos en la noche.

Lo mismo ocurría con Ahab; sólo que ahora parecía vivir a tal punto al aire libre que, a decir verdad, sus escapadas eran *hacia la cabina*, más que desde la cabina hacia la cubierta. «Para un viejo capitán como yo, bajar por esta estrecha escotilla hacia mi litera, cavada como un sepulcro, es como hundirse en la propia tumba».

Así, cada veinticuatro horas, cuando se distribuían las guardias nocturnas y el grupo en cubierta velaba el sueño del grupo de abajo (si era preciso izar un cabo en el castillo, los marineros no lo echaban con rudeza, como durante el día, sino que lo ponían en su lugar con cierta cautela, para no perturbar a sus camaradas dormidos), cuando esta especie de inmóvil quietud empezaba a reinar, el silencioso timonel miraba la escotilla de la cabina y poco después aparecía el viejo, aferrándose a la

baranda de hierro para auxiliar su marcha de inválido. Había en él cierto rasgo de comprensión humana, porque a esas horas solía abstenerse de caminar por cubierta, ya que para sus cansados marineros, entregados al reposo a seis pulgadas de su talón de marfil, el golpe seco y la resonancia de ese paso óseo hubiesen sido tales que habrían soñado con los dientes exterminadores de los tiburones. Pero en una ocasión, su mal humor fue demasiado sombrío para permitirle toda consideración: con zancadas como de pesado leño midió la nave del coronamiento al palo mayor, hasta que Stubb, el viejo segundo oficial, subió a cubierta, y con insegura y desaprobadora jocosidad insinuó que si al capitán Ahab se le antojaba caminar sobre los tablones nadie podía impedirselo, pero que debía de haber algún modo de sofocar el ruido; y sugirió con palabras vacilantes y confusas, que hubiese convenido poner una bola de estopa en el talón de marfil. ¡Ah, Stubb, tú no conocías bien a Ahab!

—¿Soy una bala de cañón, Stubb —dijo Ahab—, para que quieras envolverme de ese modo? Pero me había olvidado de que a ti suelen ocurrírsete estas cosas... Baja a tu sepulcro nocturno, donde la gente como tú duerme envuelta en su sudario, para habituarse al último, al definitivo. ¡Abajo, perro, a tu agujero!

Estupefacto por la exclamación final de ese viejo súbitamente tan sarcástico, Stubb permaneció un instante sin habla; después dijo, arrebatado:

—No estoy habituado a que me hablen de ese modo, señor. Le aseguro que no me gusta nada...

—¡Basta! —dijo Ahab con los dientes apretados.

Y se apartó violentamente, como para evitar una terrible tentación.

—No, señor, no todavía —insistió Stubb, envalentonado—. No dejaré que me llamen perro sin protestar.

—¡Entonces he de llamarte diez veces burro, y mulo, y asno! ¡Y lárgate de aquí antes de que te borre del mundo!

Al decir eso, Ahab avanzó hacia él con expresión tan feroz que Stubb retrocedió involuntariamente.

—Nadie me trató nunca de ese modo, sin que yo respondiera con un buen golpe —murmuró Stubb, cuando se encontró bajando por la escotilla de la cabina—. Es extraño. Párate, Stubb. No sé bien si volver y golpearlo o... ¿O qué? ¿O arrodillarme aquí y rezar por él? Sí, eso es lo que pensaba; pero sería la primera vez que rezara. Es curioso, muy curioso... Y él también es curioso. Sí, cuando lo miro de proa a popa, es el viejo más raro con quien ha viajado este viejo Stubb. ¡Cómo me clavó esos ojos, que parecían cargados de pólvora! ¿Estará loco? De todos modos, algo debe de tener en la cabeza, como es seguro que algo hay en una cubierta cuando cruje. No pasa en la cama ni siquiera tres horas por día, pero tampoco duerme esas tres horas. ¿No me ha dicho Buñuelo, el dispensero, que a la mañana siempre encuentra la ropa de la litera del viejo arrugada y caída, con las sábanas a los pies, la manta hecha casi un nudo y la

almohada con una especie de calor terrible, como si hubiese contenido un ladrillo ardiente? ¡Un viejo con semejante ardor!

»Supongo que ha de tener lo que cierta gente de tierra llama conciencia: dicen que es una especie de neuralgia, peor que el dolor de muelas. Bueno, bueno, no sé qué es, pero que el Señor me libre de pescármela. Es un hombre lleno de misterios. Me pregunto qué irá a hacer todas las noches a la bodega, según dice Buñuelo. Me gustaría saber qué busca en ese lugar. ¿Quién le dará cita en la bodega? ¿No es raro? Pero es imposible adivinarlo, es la vieja historia. Oh, al fin va a echarse un sueñito... que el diablo me lleve, bien vale la pena haber nacido en este mundo, siquiera para dormir. Y ahora que pienso, eso es lo primero que hacen los niños. Y es bastante raro, también... Pero que el diablo me lleve si todo no es raro, cuando lo piensa uno bien. Aunque esto va contra mis principios. No pensar es mi undécimo mandamiento, y dormir cuando se puede, el duodécimo. Así son las cosas... Pero ¿qué estoy diciendo? ¿No me llamó perro? ¡Rayos y centellas! ¡Me llamó diez veces burro y encima agregó un montón de borricos! Lo mismo pudo darme una patada y darse por satisfecho. Quizá *me pateó*, y yo no me di cuenta. Me dejó tan asombrado, con esa cara que tenía... Parecía tan blanca como un hueso hervido. ¿Qué diablos me pasa? No puedo tenerme sobre las piernas. Ese encontronazo con el viejo me ha revuelto por dentro... Por Dios, debo haber soñado, aunque... ¿cómo, cómo, cómo? Lo único posible es terminar con esto. Aquí está la hamaca. Mañana veré de qué humor anda este maldito brujo.

XXX. LA PIPA

Cuando Stubb se marchó, Ahab permaneció un rato inclinado sobre la amurada; luego, como solía hacerlo en los últimos tiempos, llamó a un marinero de la guardia y lo envió a la cabina en busca de su banco de marfil y también de su pipa. Después de encender la pipa en el farol de bitácora, colocó el banco a barlovento, se sentó y empezó a fumar.

La tradición dice que en tiempos de los viejos vikingos los tronos de los reyes daneses enamorados del mar estaban hechos con colmillos de narval. ¿Cómo mirar a Ahab, sentado en ese trípode de huesos, sin pensar en la realeza que simbolizaba? Porque Ahab era un Khan de cubierta, un rey del mar, un gran señor de leviatanes.

Pasaron unos instantes durante los cuales el denso vapor salió de sus labios en bocanadas rápidas y constantes que el viento devolvía a su cara. «Y bien —dijo al fin, para sí, quitándose la pipa de la boca—, fumar ya no me calma. ¡Oh, pipa mía! ¡Mal andan las cosas para mí si tu encanto ha desaparecido! He estado afanándome inconscientemente, en lugar de divertirme... Sí, y sin darme cuenta, he fumado contra el viento... Contra el viento, y con bocanadas tan nerviosas que parezco una ballena moribunda, cuyos últimos jadeos son los más dolorosos. ¿Qué tengo yo de común con esta pipa? Esta cosa que ha sido creada para la serenidad, para exhalar suaves vapores blancos entre suave cabello blanco, y no entre mis mechones grises como el hierro... No fumaré más...».

Arrojó la pipa todavía encendida al mar. La brasa chirrió entre las olas y en el mismo instante la nave se apartó de la burbuja hecha por la pipa al hundirse. Con el sombrero calado, Ahab caminó por la cubierta con paso vacilante.

XXXI. LA REINA MAB

A la mañana siguiente, Stubb se acercó a Flask.

—Nunca he tenido un sueño más raro, Pendolón. Conoces la pierna de marfil del viejo... Bueno, soñé que me pateaba con ella, y cuando traté de devolverle la patada, te lo juro, pequeño, ¡se me desprendió la mía! Entonces, en un segundo, Ahab se convirtió en una pirámide y yo, como un loco furioso, seguí pateándola. Pero lo que todavía es más raro, Flask, y sabes qué raros son los sueños, es que en medio de toda esa rabia yo pensaba que, después de todo, la patada de Ahab no era un insulto. «Vaya», pensé, «a qué armar tanto alboroto, si no es una pierna de verdad, es sólo una pierna postiza». Y hay una enorme diferencia entre un golpe vivo y un golpe muerto. Por eso un golpe dado con la mano es cincuenta veces más difícil de soportar, amigo Flask, que un golpe dado con una vara. El miembro vivo es lo que hace el insulto vivo, hombrecito. Y durante todo ese tiempo pensaba, fíjate bien, mientras me rompía los estúpidos dedos de los pies contra esa maldita pirámide (tan confuso y absurdo era todo), digo que pensaba: «Pero qué es su pierna, sino un bastón, un bastón de hueso de ballena. Sí, sólo fue una patada en broma... En realidad, me ha dado un ballenetazo, y no una vil patada». «Además», seguí pensando, «echémosle una mirada: la punta, la parte del pie, es bien pequeña. Mientras que si un campesino de pies grandes me hubiera pateado, ése sí habría sido un insulto diabólicamente grande. Pero este insulto se reduce a una punta». Y aquí viene la parte más cómica del sueño, Flask. Mientras seguía pateando la pirámide, una especie de hombre-sirena, un viejo con pelo de carpincho y una joroba en la espalda me tomó de los hombros y me hizo girar. «¿Qué haces?», me dijo. ¡Demonios, qué susto me di, muchacho! ¡Qué facha tenía! Pero enseguida me repuse «¿Qué hago?», dije al fin. «¿Y qué diablos te importa? Me gustaría saberlo, señor Jorobado. ¿Quieres que te dé también a ti una patada?». Por el Cielo, Flask, no bien dije esto cuando me volvió el trasero, se inclinó y levantándose un montón de algas que usaba como taparrabo... ¿qué crees que vi? ¡Rayos y centellas, amigo, tenía el trasero lleno de púas como de merlín, apuntando hacia afuera! «Me parece que no te patearé, viejo». «Eres sensato, Stubb, eres

sensato», dijo. Y siguió murmurando esas palabras sin cesar, masticándose las encías como una bruja ante el fuego. Viendo que no acabaría de decir «Eres sensato, Stubb», pensé que podía seguir pateando la pirámide. Pero no bien levanté el pie, rugió: «¡Deja de patear!». «Vaya», dije, «¿qué te pasa ahora, viejo?». «Atiéndeme», dijo él, «vamos a analizar ese insulto. El capitán Ahab te ha pateado, ¿no es cierto?». «Sí, lo hizo», dije. «Aquí me dio la patada...». «Muy bien», dijo él, «pero usó su pierna de marfil, ¿no es cierto?». «Sí, lo hizo». «Bueno, entonces», dijo él, «¿de qué te quejas, Stubb? ¿No te ha pateado con buena voluntad? Pues Ahab no te ha pateado con una pierna de pino común. No, has recibido la patada de un gran hombre, y mediante una hermosa pierna de marfil, Stubb. Es un honor, lo considero un honor. Escúchame, sensato Stubb. En la vieja Inglaterra, los señores más poderosos consideraban un gran honor ser abofeteados por una reina para convertirse en caballeros de la orden de la Jarretera. Tú puedes jactarte de que al ser pateado por Ahab te has convertido en un hombre sensato. Recuerda bien esto que te digo: *déjate* patear por Ahab, considera como un honor sus patadas y de ningún modo intentes devolvérselas, porque te será imposible, sensato Stubb. ¿No ves esa pirámide?». Con estas palabras desapareció súbitamente, de un modo extraño, como nadando en el aire. Entonces ronqué, me volví y... ¡allí estaba, en la hamaca! Y ahora dime qué piensas de este sueño, Flask.

—No sé. Me parece una tontería...

—Quizá, quizá. Pero me ha convertido en un hombre sensato, Flask. ¿Ves allí a Ahab, que mira hacia un lado, más allá de la popa? Bueno, lo mejor que puedes hacer es dejar a ese hombre en paz. No le hables nunca, diga lo que dijere. ¡Eh! ¡Qué son esos gritos! ¡Oye!

—¡Vigías, atención! ¡Tengan los ojos bien abiertos! ¡En esta zona hay ballenas! ¡Si ven una blanca, anúncienla hasta reventarse los pulmones!

—¿Y qué te parece esto, Flask? ¿No hay algo raro en lo que ha dicho? Una ballena blanca... ¿has oído, hombre? Mira, hay algo especial en el viento. Prepárate Flask; Ahab tiene cosas sanguinarias en su mente... Pero ¡silencio! Viene hacia aquí.

XXXII. CETOLOGÍA

Ya nos hemos lanzado audazmente sobre el mar; pronto nos perderemos en sus inmensidades sin orillas ni puertos. Pero antes de que ello ocurra, antes de que el casco cubierto de algas del *Pequod* se deslice junto al casco cubierto de conchas del leviatán, será conveniente que desde el comienzo mismo prestemos atención a un asunto casi indispensable para que podamos entender cabalmente las más particulares revelaciones que habrá de depararnos el leviatán y las alusiones de toda índole que hemos de hacer con respecto a él.

Lo que ahora desearía ofrecerles es una exposición sistemática de la ballena en todos sus géneros. No es tarea fácil. Es como intentar nada menos que clasificar los componentes de un caos. Oigan ustedes lo que han escrito las mejores y más recientes autoridades.

«Ninguna rama de la zoología es tan intrincada como la que llamamos Cetología», dice el capitán Scoresby, en 1820 *anno Domini*.

«Aunque estuviera en mis medios, mi intención no es aventurar una investigación sobre el verdadero método para dividir los cetáceos en grupos y familias... Entre los historiadores de este animal [el cachalote], reina la mayor confusión», dice el cirujano Beale en 1839 *anno Domini*.

«Imposibilidad de llevar a cabo nuestra investigación en las aguas insondables». «El velo impenetrable que cubre nuestros conocimientos sobre los cetáceos». «Un campo sembrado de espinas». «Todas estas indicaciones incompletas apenas sirven para torturar a los naturalistas».

Así hablan de la ballena el gran Cuvier y John Hunter, y Lesson, esas luminarias de la zoología y la anatomía. Sin embargo, aunque los conocimientos verdaderos son pocos, muchos son los libros que existen: es lo que ocurre, en cierta medida, con la cetología o ciencia de las ballenas. Muchos son los hombres, grandes e ínfimos, antiguos y modernos, de tierra y de mar, que han escrito con mayor o menor abundancia sobre las ballenas. Recordemos algunos: los autores de la Biblia; Aristóteles; Plinio; Aldrovandi; sir Thomas Browne; Gesner; Ray; Linneo; Rondeletius;

Willoughby; Green; Artedi; Sibbald; Brisson; Marten; Lacépède; Bonnetterre; Desmarest; el barón Cuvier; Frederick Cuvier; John Hunter; Owen; Scoresby; Beale; Bennett; J. Ross Browne, el autor de *Miriam Coffin*; Olmstead, y el reverendo T. Cheever. Pero el fin con que, en general, escribieron todos estos autores lo demuestran los extractos antes citados.

De los autores comprendidos en esta lista, únicamente los que siguen a Owen han visto alguna vez ballenas vivas; y solamente uno de ellos fue arponero de profesión y ballenero de verdad. Me refiero al capitán Scoresby. Es la mejor autoridad existente sobre la ballena de Groenlandia, llamada «ballena propiamente dicha o ballena franca». Pero Scoresby no sabía nada del gran cachalote, comparado con el cual la ballena de Groenlandia casi no existe. Y dicho sea de paso, la ballena de Groenlandia es una usurpadora en el trono de los mares. Ni siquiera es la ballena de mayor tamaño. Lejos de eso. Pero su usurpación no ha encontrado objeciones a causa de la antigua prioridad de sus títulos y la profunda ignorancia que, hace unos setenta años, rodeó al entonces fabuloso o desconocido cachalote, ignorancia que aún hoy reina por doquier, con la sola excepción de algunos medios científicos y los puertos balleneros. Una ojeada a casi todas las alusiones leviatánicas en los grandes poetas del pasado les confirmará que la ballena de Groenlandia era, para ellos, el monarca sin rival de los mares. Pero al fin ha llegado el momento de una nueva proclamación. Esto es Charing Cross: «¡Escuchad, buena gente! ¡La ballena de Groenlandia ha sido depuesta! ¡Ahora reina el gran cachalote!».

Sólo hay dos libros que de veras se proponen presentar a sus lectores el cachalote vivo y logran su intento siquiera en mínima medida. Esos libros son el de Beale y el de Bennett. Ambos fueron, en su tiempo, cirujanos en las balleneras inglesas de los Mares del Sur; ambos eran hombres exactos y dignos de fe. La parte relativa al cachalote que puede encontrarse en sus volúmenes es, por fuerza, muy reducida; pero aun así, es de calidad excelente, aunque limitada en general a la descripción científica. Hasta ahora, sin embargo, el cachalote, científico o poético, no vive íntegramente en ninguna literatura. Entre todos los cetáceos que se cazan, el cachalote tiene una vida que no ha sido escrita.

Ahora bien: las diversas especies de ballenas requieren un tipo de clasificación al alcance de todos, aunque sólo sea, por el momento, un esbozo que los estudiosos futuros completarán. Y como ningún hombre mejor que yo se ha encargado de esta tarea, ofrezco mis modestos servicios. No prometo nada completo, puesto que cualquier cosa humana que presuma de completa es, por esa razón misma, forzosamente defectuosa. No pretenderé ofrecer una minuciosa descripción anatómica de las diversas especies ni tampoco —al menos en este lugar— una descripción general. Mi propósito es, sencillamente, esbozar una sistematización de la cetología. Soy el arquitecto, no el constructor.

Pero es una tarea harto pesada. Ningún clasificador corriente de cartas en el Correo podría atreverse a ella. Sumergirse en el fondo del mar en pos de ballenas; hundir las manos entre los inexpresables orígenes, las costillas, el vientre del mundo, es algo terrible. ¡Quién soy yo para tratar de enganchar con el anzuelo el hocico de este leviatán! Los terribles sarcasmos de Job me aterrorizan. «¿Querrá él [leviatán] hacer un pacto contigo? ¡Cuidado, la esperanza de atraparlo es vana!». Pero he nadado por librerías y surcado océanos; he tenido que habérmelas con ballenas con estas manos visibles; mi propósito es serio, y lo intentaré. Ahora definiré algunos preliminares.

Primero: la condición imprecisa e indefinida de esta ciencia de la Cetología está desde el principio atestiguada por el hecho de que en muchos lugares aún queda por resolver el punto de que la ballena sea o no un pez. En su *Sistema de la naturaleza* (1776, *anno Domini*), Linneo declara: «De este modo distingo las ballenas de los peces». Pero sé que hasta 1850, tiburones y sábalos, peces de abono y arenques, contra el terminante edicto de Linneo, aún se disputaban la posesión de los mismos mares con el leviatán.

Linneo establece del modo siguiente las bases que le permiten expulsar a las ballenas de las aguas: «A causa de su corazón caliente y ventricular, sus pulmones, sus párpados móviles, sus orejas cóncavas, *penem intrantem feminam mammis lactantem*» y por fin «*ex lege naturae jure meritoque*». Leí estos pasajes a mis amigos Simeon Macey y Charley Coffin, de Nantucket, comensales míos durante un viaje, y ambos coincidieron en que las razones expuestas eran totalmente insuficientes. Charley insinuó, irreverentemente, que eran tonterías.

Por mi parte, absteniéndome de toda argumentación, sostengo la buena y anticuada opinión de que la ballena es un pez, y acudo al sagrado Jonás en mi apoyo. Una vez aclarada esta cuestión fundamental, el punto siguiente es en qué rasgos internos difiere la ballena de otros peces. Linneo nos ha dado más arriba esos rasgos. Pero en suma, son éstos: pulmones y sangre caliente. Mientras que todos los demás peces no tienen pulmones y son de sangre fría.

Segundo: ¿cómo definiremos a la ballena, de acuerdo con sus rasgos externos más indudables, a fin de rotularla de modo inequívoco y definitivo? Para ser breves, digamos que una ballena es *un pez que arroja un chorro y tiene cola horizontal*. Y ya la tenemos: aunque sucinta, esta definición es el resultado de largas meditaciones. Una morsa lanza un chorro muy parecido al de la ballena, porque es anfibia. Pero el último término de la definición es aún más preciso, unido al primero. Casi todos han de haber advertido que los peces familiares a los hombres de tierra no tienen la cola chata, sino vertical o perpendicular. Mientras que entre los peces que arrojan chorro, la cola, aunque tenga forma similar, invariablemente asume una posición horizontal.

La definición anterior no excluye de la hermandad leviatánica a ninguna criatura marina hasta ahora identificada con las ballenas por los habitantes de Nantucket mejor

informados; por otro lado, tampoco asocia con ella ningún pez hasta ahora considerado, con autoridad, fuera de su cofradía. De modo que todos los peces menores que arrojan chorro y tienen la cola horizontal pueden ser incluidos en este proyecto de Cetología que esbozo. Ahora siguen las grandes divisiones en la gran hueste de las ballenas.

Ante todo: de acuerdo con el tamaño, divido las ballenas en tres LIBROS principales (subdivisibles en CAPÍTULOS) que las comprenden a todas, grandes y pequeñas.

I. LA BALLENA EN FOLIO; II. LA BALLENA EN OCTAVO; III. LA BALLENA EN DOZAVO.

Como tipo EN FOLIO propongo el *Cachalote*; como tipo EN OCTAVO, la *Orca*; como tipo EN DOZAVO, la *Marsopa*.

EN FOLIO. Entre éstos, incluyo los siguientes capítulos: I. el *Cachalote*; II. la *Ballena de Groenlandia*; III. la *Yubarta*; IV. la *Ballena con lomo giboso*; V. la *Ballena con lomo de navaja*; VI. la *Ballena con panza de azufre*.

LIBRO I (*Folio*CAPÍTULO I (*Cachalote*)). Esta ballena, vagamente conocida entre los antiguos ingleses como ballena *Trumpa*, ballena *Physeter* y ballena con cabeza de yunque, es el actual *Cachalot* de los franceses, el *Pottsfich* de los alemanes y el *Macrocéfalo* de los que usan palabras largas. Es, sin duda, el habitante más grande del globo, la más formidable de todas las ballenas que puedan encontrarse, la de aspecto más majestuoso y, en suma, la más valiosa en el comercio, puesto que es el único ser del cual se obtiene esa preciosa sustancia llamada esperma. En otras partes me extenderé sobre sus peculiaridades. Ahora me ocuparé sobre todo de su nombre. Filológicamente considerado, es absurdo. Hace algunos siglos, cuando el cachalote era casi desconocido en su verdadera individualidad y cuando su aceite se obtenía por accidente de algún pez varado, en aquellos días, según parece, se creía que el esperma provenía de una criatura idéntica a la entonces conocida en Inglaterra como «ballena de Groenlandia» o «ballena propiamente dicha». También se decía que ese esperma era ese mismo humor fecundante de la ballena de Groenlandia nombrado por la primera parte de la palabra. En aquellos tiempos, el esperma era muy escaso: no se lo empleaba para el alumbrado, sino tan sólo como ungüento y como medicina. Únicamente se lo encontraba en las farmacias, así como hoy se compra en ellas una onza de ruibarbo. En mi opinión, cuando el tiempo hizo conocer la verdadera naturaleza del esperma, los comerciantes retuvieron su nombre original, sin duda para destacar su valor mediante una alusión tan significativa a su escasez. Y así el nombre se aplicó al final a la ballena de la cual se obtenía realmente este esperma.

LIBRO I (*Folio*), CAPÍTULO II (*Ballena propiamente dicha* o *ballena de Groenlandia*). En cierto modo, éste es el más venerable de los leviatanes, ya que es el primero que

los hombres cazaron con regularidad. Suministra el producto comúnmente conocido con el nombre de *hueso de ballena* o *ballena*, y el aceite especialmente conocido como *aceite de ballena*, artículo de calidad inferior en el comercio. Entre los pescadores, se la llama con cualquiera de los siguientes nombres: *Ballena*, *Ballena de Groenlandia*, *Ballena Negra*, *Gran Ballena*, *Ballena Franca*, *Ballena propiamente dicha*. Hay muchos puntos oscuros en torno a la identidad de las especies tan promiscuamente bautizadas. ¿Cuál es, pues, la ballena que incluyo en la segunda especie de mis Folios? Es el gran *Mysticetus* de los naturalistas ingleses; la *Ballena de Groenlandia* de los balleneros ingleses; la *Baliene Ordinaire* de los balleneros franceses; el *Growlands Walfish* de los suecos. Es la ballena que durante más de dos siglos cazaron los holandeses y los ingleses en los mares árticos; es la ballena que los pescadores norteamericanos han perseguido largamente en el Océano Índico, en aguas de Brasil, en aguas del noroeste, en varias otras partes del mundo que ellos llaman «zona de cruce de la ballena propiamente dicha».

Algunos pretenden ver cierta diferencia entre la ballena de Groenlandia de los ingleses y la ballena propiamente dicha de los norteamericanos. Pero están en todo de acuerdo en cuanto a los rasgos principales, sin que hasta ahora hayan logrado aportar un solo hecho preciso sobre el cual establecer una distinción radical. Las infinitas subdivisiones basadas en las diferencias más improbables son las que hacen tan odiosas e intrincadas algunas secciones de la historia natural. Me referiré con más extensión a la ballena propiamente dicha en otra parte, a fin de aclarar más la índole del cachalote.

LIBRO I (*Folio*), CAPÍTULO III (*Yubarta*). Bajo este rubro incluyo un monstruo que, con los diversos nombres de Yubarta, Alto Surtidor y Juan el Largo ha sido visto en casi todos los mares. Suele ser la ballena cuyo chorro distante suelen describir los pasajeros que cruzan el Atlántico a bordo de los paquebotes de Nueva York. Por su tamaño y por sus barbas la yubarta se parece a la ballena franca, pero su porte es menos respetable y su color más claro y oliváceo. Tiene grandes labios que parecen cables formados por los pliegues de enormes arrugas entrelazadas. Su rasgo más distintivo, la aleta, de la cual proviene su nombre, es con frecuencia un objeto harto conspicuo. Esta aleta mide unos tres o cuatro pies de largo y crece verticalmente en la parte posterior del lomo, es de forma triangular y con un extremo muy puntiagudo. Aunque no pueda verse ninguna otra parte del animal, esta aleta suele aparecer muy distintamente en la superficie. Cuando el mar está moderadamente calmo y apenas rizado por ondulaciones esféricas, esta aleta que surge como un gnomo y proyecta su sombra sobre la superficie asemeja el círculo de agua que la rodea a un reloj de sol con su estilo y la ondulante línea de las horas esculpida en él. En este reloj de Ajaz la sombra suele ir hacia atrás.

La yubarta no es gregaria. Parece odiar a las demás ballenas, así como hay hombres que odian a los hombres. Es muy tímida; siempre anda sola; surge inesperadamente a la superficie en las aguas más remotas y sombrías; su chorro recto se alza como una alta lanza misántropa sobre una llanura estéril. Dotado de tan maravillosa fuerza y rapidez para nadar que desafía todo intento de persecución humana, este leviatán parece el Caín desterrado e indomable de su raza, que lleva como señal el estilo sobre el lomo. Por tener barbas en la boca, la yubarta se confunde a veces con la ballena de Groenlandia, en la especie teórica de las llamadas *Ballenas de hueso*, es decir, *ballenas con ballenas*. De estas ballenas de hueso parecen existir muchas variedades, muchas de las cuales son poco conocidas. *Ballenas de gran hocico*, *Ballenas con pico*, *Ballenas con cabeza puntiaguda*, *Ballenas jorobadas*, *Ballenas de mandíbula huidiza*, *Ballenas rostrales* son los nombres que dan los pescadores a algunas especies.

En relación con este nombre de *Ballenas de hueso* es muy importante aclarar que, si bien esta nomenclatura puede ser conveniente para poder individualizar algunas clases de ballenas, es inútil intentar una clasificación precisa del leviatán por sus barbas, o su lomo, o su aleta dorsal, o sus dientes. Sin embargo, esos rasgos o partes destacadas parecen los más seguros para basar sobre ellos un sistema regular de cetología, si los comparamos con cualquier otro rasgo físico de la ballena en sus diferentes variedades. ¿Y entonces? Las barbas, la giba, los dientes son peculiaridades presentes en toda clase de ballenas, sin relación con su estructura general o con otros aspectos más esenciales. Así, el cachalote y la ballena jorobada tienen giba, pero ésta es su única semejanza. La ballena jorobada y la ballena de Groenlandia tienen ballenas, pero en ellas acaba toda similitud entre ambas. Y lo mismo ocurre con los demás rasgos físicos ya mencionados. En algunos tipos de ballenas, las características comunes forman combinaciones tan irregulares (y, en caso de que se presenten aisladas, ese aislamiento mismo es tan irregular) que desautorizan cualquier metodización inspirada en ellas. Y esta es la roca contra la cual se estrellaron todos los naturalistas especializados en ballenas.

Pero sin duda habrá quien piense que en las partes internas de la ballena, en su anatomía, podrá encontrarse el criterio para la clasificación justa. No es así. ¿Qué hay, por ejemplo, en la anatomía de la ballena de Groenlandia más sorprendente que sus ballenas? Pero ya hemos visto que es imposible clasificar correctamente la ballena de Groenlandia por sus ballenas. Y si bajamos a las entrañas de los diversos leviatanes, no encontraremos allí distinciones que sean siquiera una quinta parte más útiles para el sistematizador que los rasgos externos ya enumerados. ¿Qué nos queda, entonces? Sólo echar mano de las ballenas en conjunto, en toda su abundante profusión, y clasificarlas audazmente de ese modo. El sistema bibliográfico aquí empleado es el único que puede resultar, porque es el único practicable. Sigamos, pues.

LIBRO I (*Folio*), CAPÍTULO IV (*Ballena jorobada*). Suele verse en la costa septentrional de América, donde se la ha capturado con frecuencia y se la ha remolcado hasta el puerto. Tiene un gran bulto encima, como el que llevan los vendedores ambulantes. También pueden ustedes llamarla *Ballena elefante* o *Ballena castillo*. De todos modos, el nombre popular no la distingue bastante, puesto que el cachalote también tiene giba, aunque más pequeña. Su aceite no es muy valioso. Tiene ballenas. Es la más juguetona y alegre de todas las ballenas y generalmente produce una espuma más festiva y un agua más blanca que cualquier otra.

LIBRO I (*Folio*), CAPÍTULO V (*Lomo de naranja*). De esta ballena poco se sabe, además de su nombre. La he visto desde lejos, frente al Cabo de Hornos. De naturaleza reservada, rehúye tanto a los cazadores como a los filósofos. Aunque no es cobarde, hasta ahora no ha mostrado otra parte de su cuerpo que el lomo, que surge como una larga lámina afilada. Dejémosla en paz. No sé mucho más sobre ella, ni hay otros que me aventajen en esto.

LIBRO I (*Folio*), CAPÍTULO VI (*Panza de azufre*). Otra dama retraída, con una panza de color azufre que sin duda ha adquirido rozando las tejas del infierno durante sus zambullidas más profundas. Pocas veces se la ve; al menos, nunca la he visto sino en los remotos Mares del Sur y siempre a una distancia demasiado grande como para poder estudiar su figura. No se la caza: es capaz de huir arrastrando rollos enteros de línea. Se cuentan prodigios de ella. ¡Adiós, panza de azufre! Ninguna otra cosa que sea cierta podría decir de ti, ni podría hacerlo tampoco el más viejo pescador de Nantucket.

Así termina el LIBRO I (*Folio*). Ahora empieza el LIBRO II (*Octavo*).

OCTAVOS. Esta categoría abarca a las ballenas de tamaño mediano entre las cuales pueden contarse: I. la *Orca*; II. el *Pez negro*; III. el *Narval*; IV. el *Flagelador*; V. el *Asesino*.

LIBRO II (*Octavo*), CAPÍTULO I (*Orca*). Aunque este pez, cuya estrepitosa respiración —o más bien resoplido— ha inspirado a los habitantes de la tierra un proverbio, es un habitante de los abismos muy conocido, aunque no suele clasificarse entre las ballenas. Pero como posee los rasgos distintivos del leviatán, casi todos los naturalistas han visto una ballena en ella. Es de un moderado volumen en octavo, que varía entre los quince y los veinticinco pies de longitud y tiene una circunferencia de tamaño proporcionado. Nada en cardúmenes; no se la caza regularmente, aunque su aceite es abundante y resulta excelente para la iluminación. Algunos pescadores consideran que su presencia anuncia la llegada del gran cachalote.

LIBRO II (*Octavo*), CAPÍTULO II (*Pez negro*). Doy a todos estos peces los nombres populares que les dan los pescadores, porque en general son los mejores. Cuando uno de esos nombres es vago o inexpresivo, lo señalaré y sugeriré otro. Es lo que ahora

hago con respecto al Pez Negro, así llamado porque la negrura es regla entre todas las ballenas. De modo que pueden ustedes llamarla la Hiena, si les place. Su voracidad es harto conocida, y como las comisuras de sus labios están curvadas hacia arriba, mantiene una eterna sonrisa mefistofélica. La medida común de esta ballena es unos dieciséis o dieciocho pies de longitud. Se la encuentra en casi todas las latitudes. Mientras nada, tiene un modo peculiar de mostrar su ganchuda aleta dorsal, que se parece a una nariz romana. Cuando no tienen otra cosa más útil que hacer, los cazadores de cachalotes capturan a veces a la Hiena para abastecerse de aceite barato, destinado a usos domésticos, así como las amas de casa frugales, cuando están solas, queman sebo ordinario en vez de cera perfumada. Aunque su capa de grasa es muy delgada, algunas de estas ballenas pueden rendir más de treinta galones de aceite.

LIBRO II (Octavo), CAPÍTULO III (Narval), es decir, ballena con orificio nasal. Otro ejemplo de ballena conocida con un nombre curioso, que proviene, según imagino, de su peculiar cuerno, confundido con una nariz picuda. Este animal tiene unos dieciséis pies de longitud y su cuerno suele medir unos cinco pies, aunque en algunos ejemplares sobrepasa los diez y hasta llega a los quince pies. Hablando con propiedad, este cuerno no es sino un colmillo alargado que crece desde la mandíbula en una línea algo más baja que la horizontal. Sólo se encuentra en el lado izquierdo, lo cual produce un efecto desagradable y da a su poseedor un aspecto parecido al de un hombre torpe y zurdo. Sería difícil decir a qué propósito responde este cuerno o lanza de marfil. No parece tener el mismo uso que la hoja del pez espada o del pez picudo, aunque algunos marineros me dicen que el narval lo emplea como rastrillo para remover el fondo del mar en busca de alimento. Charley Coffin me dijo que lo usaba como punzón de hielo, pues el narval, que surge a la superficie del Mar Polar y la encuentra cubierta de hielo, hince en ella su cuerno y así lo rompe. Pero nadie puede probar que estos supuestos sean ciertos. Mi opinión es que, sea cual fuere el uso que el narval da a ese cuerno unilateral, le resultaría muy conveniente como plegadera para leer panfletos. He oído llamar al narval Ballena del Colmillo, Ballena Cornuda y Ballena Unicornio. Es, por cierto, un curioso ejemplo del unicornismo que se encuentra en casi todos los reinos de la naturaleza animada. Algunos antiguos clérigos me han enseñado que en otros tiempos ese cuerno de unicornio marino se consideraba el mejor antídoto contra el veneno, y por ello las pociones hechas con él alcanzaban precios inmensos. También se lo destilaba en sales volátiles para los desmayos femeninos, así como el cuerno del ciervo macho se volatiliza en amoníaco. Originariamente, era en sí objeto de gran curiosidad. En un incunable he leído que sir Martin Frobisher, cuando regresaba de su viaje y la reina Elizabeth le agitó galantemente la enojada mano desde una ventana del palacio de Greenwich, mientras la audaz nave bajaba por el Támesis, «cuando sir Martin regresó de ese viaje —dice el incunable—, de rodillas

presentó a su alteza un prodigioso, largo cuerno de narval, que durante un largo período permaneció colgado en el castillo de Windsor». Un autor irlandés asevera que el conde de Leicester, también de rodillas, ofreció a su alteza otro cuerno que pertenecía a un animal terrestre del orden de los unicornios.

El narval tiene un aspecto muy pintoresco, semejante al del leopardo, pues es de color lechoso, cubierto de manchas redondas y ovaladas de color negro. Su aceite es de calidad superior, límpido y fino. Pero produce muy poco. Este pez se caza raramente. Suele encontrarse en los mares circumpolares.

LIBRO II (Octavo), CAPÍTULO IV (*Flagelador*). Este caballero es famoso por su cola, que usa como látigo para flagelar a sus enemigos. Se monta al lomo de la ballena en Folio y mientras ésta nada se hace llevar por ella azotándola, así como algunos maestros avanzan en el mundo con sistema similar. Del Flagelador se sabe menos aún que del Asesino. Ambos están fuera de la ley, aun en los mares más al margen de la ley.

LIBRO II (Octavo), CAPÍTULO V (*Asesino*). Poco saben con precisión los habitantes de Nantucket acerca de esta ballena, y los naturalistas profesionales lo ignoran todo. Por lo que yo he podido deducir, viéndola a la distancia, diría que tiene el tamaño de la orca. Es muy agresiva: una especie de pez de Fiji. A veces se prende del labio de las grandes ballenas en Folio y cuelga de él como una sanguijuela, hasta que la poderosa bestia sufre tanto que muere. Nadie caza al Asesino. Nunca he oído qué clase de aceite tiene. Puede objetarse que ese nombre carece de precisión. Porque todos somos asesinos en la tierra y el mar, sin exclusión de Bonapartes ni de tiburones.

Así acaba el LIBRO II (Octavo) y empieza el LIBRO III (*Dozavo*).

DOZAVOS. Este orden incluye las ballenas más pequeñas. I. la *Marsopa hurrah*; II. la *Marsopa argelina*; III. la *Marsopa hipócrita*.

A quienes no han estudiado especialmente el tema, podrá parecerles extraño que peces que no llegan a los cuatro o cinco pies de longitud se incluyan entre las BALLENAS, palabra que, en el sentido corriente, siempre connota una idea de gran tamaño. Pero los animales clasificados más arriba como Dozavos son, sin duda alguna, ballenas, de acuerdo con los términos de mi definición de la ballena, esto es: un pez que arroja un chorro y tiene cola horizontal.

LIBRO III (*Dozavo*), CAPÍTULO I (*Marsopa hurrah*). Es la marsopa común que se encuentra en casi todo el globo. El nombre es invención mía, pues hay más de una clase de marsopas y algo debe hacerse para distinguirlas. La he llamado así porque siempre nada en alegres cardúmenes que, en la gran extensión del mar, saltan en el aire como otras tantas gorras sobre la multitud en un 4 de Julio. Los marineros suelen saludar con joviales *Hurrah* su aparición. Llenas de buen humor, invariablemente llegan por barlovento sobre las olas agitadas por la brisa: son muchachos que siempre viven

con el viento en popa. Se las considera de buen augurio. Quien no sea capaz de no gritar tres *hurrah* a la vista de estas joviales criaturas encomiéndose a Dios, porque el espíritu de la buena alegría no está en él. Una *Marsopa hurrah* bien alimentada y rolliza suministrará un buen galón de excelente aceite. Pero el refinado y exquisito fluido extraído de sus mandíbulas es lo más valioso. Es muy apreciado por joyeros y relojeros. Los marineros lo ponen en sus piedras de afilar. Han de saber ustedes que la carne de marsopa es muy comestible. Quizá nunca se les ha ocurrido que la marsopa arroja un chorro. En verdad, su chorro es tan minúsculo que casi es indiscernible. Pero, cuando puedan, obsérvenla y verán al gran cachalote en miniatura.

LIBRO III (Dozavo), CAPÍTULO II (*Marsopa argelina*). Un pirata. Muy salvaje. Sólo se la encuentra, según creo, en el Pacífico. Algo mayor que la *Marsopa hurrah*, pero de disposición muy semejante. Si la provocan, es capaz de trenzarse con un tiburón. He bajado al mar muchas veces en su busca, pero hasta hoy no he visto capturarla.

LIBRO III (Dozavo), CAPÍTULO III (*Marsopa hipócrita*). La especie de marsopas más grandes; sólo se encuentra en el Pacífico, por cuanto se sabe. El único nombre inglés con que se la ha designado hasta ahora es el que le dan los pescadores: Marsopa Ballena de Groenlandia, porque casi siempre aparece en la vecindad de este Folio. Por su forma difiere un tanto de la *Marsopa hurrah*, puesto que su circunferencia es menos rotunda y regordeta; en verdad, tiene una figura muy distinguida. Carece de aletas dorsales (a diferencia de casi todas las marsopas), posee una cola encantadora y sentimentales ojos indios de matiz pardo... pero la boca hipócrita la arruina. En el lomo, hasta las aletas laterales, es de un negro profundo, pero una línea divisoria, tan nítida como la marca en el casco de un buque, llamada *cintura brillante*, la atraviesa de proa a popa, separando sus dos colores: negro arriba, blanco abajo. El blanco comprende parte de la cabeza y toda su boca, lo cual le da el aire de haber hecho alguna visita clandestina a un saco de harina. ¡Qué aspecto tan vil e hipócrita! Su aceite es muy semejante al de la marsopa corriente.

Esta clasificación se detiene en el DOZAVO, puesto que la marsopa es la más pequeña de las ballenas. En los párrafos anteriores encontrarán ustedes todos los leviatanes importantes. Pero hay una baraúnda de ballenas inciertas, fugitivas, semifabulosas que, como ballenero norteamericano, conozco de oídas, pero no personalmente. Las enumeraré según los nombres que les dan a bordo, porque quizá esta lista sea útil para futuros investigadores que puedan completar lo que yo no he hecho más que iniciar. Si alguna de las ballenas siguientes es alguna vez capturada y observada, podrá incorporarse enseguida a esta clasificación, de acuerdo con su tamaño en Folio, Octavo o Dozavo. Son: Ballena con hocico de botella; Ballena junco; Ballena cabeza de pudín; Ballena promontorio; Ballena piloto; Ballena cañón; Ballena esqueleto; Ballena cobriza; Ballena elefante; Ballena témpano; Ballena *quog*; Ballena azul, etcétera. Autores islandeses y holandeses y antiguos textos ingleses citan otras

listas de ballenas inciertas, bautizadas con toda clase de nombres extraños. Pero las omito como patrañas completamente anticuadas y no puedo sino sospechar que esos nombres son meros sonidos, llenos de leviatanismo pero vacíos de significado.

Para terminar: al principio he dicho que esta clasificación no quedaría definitivamente terminada en estas páginas. Ya ven ustedes que he cumplido mi palabra. Pero ahora dejaré mi sistema cetológico inconcluso, así como quedó inconclusa la gran catedral de Colonia, con su grúa aún en pie sobre la torre incompleta. Las construcciones pequeñas siempre pueden ser terminadas por sus primeros arquitectos; las grandes, las verdaderas, siempre dejan la techumbre a la posteridad. Dios me libre de terminar alguna vez algo. Todo este libro es sólo un esbozo... Menos aún: es el esbozo de un esbozo. ¡Oh Tiempo, Fuerza, Dinero y Paciencia!

XXXIII. EL SPECKSYNDER

A propósito de los oficiales de una nave ballenera, me parece que éste es un lugar tan bueno como cualquier otro para señalar una característica doméstica de la vida a bordo, que proviene de la existencia de los oficiales arponeros, clase desconocida, desde luego, para toda marinería que no sea la dedicada a la caza de ballenas.

La gran importancia atribuida a la profesión del arponero se revela en el hecho de que originariamente, en la vieja pesca holandesa, hace dos siglos y aún más, el mando de la nave ballenera no estaba sólo en manos de la persona ahora llamada capitán, sino que lo compartían él y un oficial llamado el *specksynder*. Literalmente, esta palabra significa «cortador de gordura»; pero con el tiempo, el uso la hizo equivalente a «jefe arponero». En aquellos días, la autoridad del capitán se restringía a la navegación y el mando general de la nave, mientras que en la caza de ballenas y todo cuanto se relacionaba con ella, reinaba el jefe arponero. En la pesca británica de Groenlandia, subsiste este antiguo oficial holandés con el título corrupto de *specksioneer*; pero su primitiva dignidad ha disminuido lamentablemente. En la actualidad, es sólo un arponero veterano y como tal no es sino uno de los oficiales más subalternos del capitán. Sin embargo, como de la buena conducta de los arponeros depende en muy buena medida el éxito de una expedición ballenera, y puesto que en la pesca norteamericana el arponero no es sólo un oficial importante en el bote, sino que además, en determinadas circunstancias (las guardias nocturnas en zonas de pesca), tiene en sus manos el comando de la nave, por todo ello el gran principio político del mar exige que el arponero viva, nominalmente, aparte de los hombres del castillo y que de algún modo se distinga de ellos como superior jerárquico (por más que los hombres siempre lo consideran familiarmente un igual).

Ahora bien: la mayor distinción, en el mar, entre oficial y marinero consiste en que el primero vive en la popa, y el segundo en la proa. Eso explica que en las naves balleneras y también en los barcos mercantes los oficiales se alojen con el capitán; asimismo, en casi todas las naves balleneras norteamericanas los arponeros se alojan

en la parte posterior del barco. Es decir, comen en la cabina del capitán y duermen en un lugar que se comunica indirectamente con ella.

Aunque la larga duración de un viaje ballenero (sin duda el viaje más largo que haya hecho nunca el hombre), los peligros que le son peculiares y la comunidad de intereses que prevalece entre una tripulación en la cual todos, superiores e inferiores, no dependen de salarios fijos, sino de la suerte común unida a la común vigilancia, intrepidez y esfuerzo; aunque todo esto, decía, hace que en muchos casos la disciplina sea menos rigurosa que en la marina mercante, sin embargo —y poco importa hasta qué punto estos cazadores de ballenas conviven, en ciertos casos primitivos, a la manera de una antigua familia mesopotámica— por lo menos el puntilloso protocolo del alcázar pocas veces se descuida y jamás se suprime. En verdad, muchas son las naves de Nantucket en cuyo alcázar se puede ver al comandante caminando con una solemne grandeza que no puede superar ningún marino de guerra y, más aún, exigiendo casi tanto homenaje exterior como si estuviera revestido de la púrpura imperial, y no de la chaqueta más andrajosa.

Y aunque el sombrío capitán del *Pequod* fuera entre todos los hombres el menos inclinado a esa especie de vana presunción; aunque el único homenaje que esperaba fuera una obediencia implícita e instantánea; aunque no exigía de sus hombres que se quitaran los zapatos antes de pisar el alcázar; aunque había ocasiones en que, por circunstancias peculiares relacionadas con acontecimientos que luego detallaré, hablaba a sus hombres en términos insólitos, de condescendencia, o *in terrorem*, o de otra índole; a pesar de todo eso, el capitán Ahab no dejaba de observar las formalidades y los usos esenciales del mar.

Y quizá no dejará de observarse que a veces se enmascaraba tras esas formalidades y usos, por así decirlo, empleándolos incidentalmente con propósitos diferentes y más privados que aquellos a los cuales debían servir legítimamente. Ese vago sultanismo de su mente que, de otro modo, habría permanecido en buena parte inexpresado, ese mismo sultanismo se encarnaba, mediante esas formalidades, en una irresistible dictadura. Porque sea cual fuere la superioridad intelectual de un hombre, nunca puede asumir una supremacía práctica y útil sobre los demás sin la ayuda de una especie de artificio exterior, de ardid, que en sí mismo será siempre más o menos bajo y mezquino. Esto es lo que siempre mantiene a los verdaderos príncipes del imperio de Dios alejados de los comicios y discursos electorales, dejando los más altos honores que pueda conceder esa atmósfera a los hombres que se hacen famosos más por su infinita inferioridad con respecto a ese otro oculto puñado de hombres elegidos por el Divino Inerte, que por su indudable superioridad con respecto al nivel inerte de la masa. Tan gran virtud se oculta en esas cosas ínfimas cuando las inviste una extrema superstición política, que en ciertas instancias reales han otorgado fuerza hasta a la idiota fatuidad. Pero cuando, como en el caso del zar Nicolás, la corona circular del

imperio geográfico ciñe una mente imperial, la grey plebeya se humilla ante esa tremenda centralización. Y el poeta trágico que quisiera pintar la rebeldía humana en su vuelo más amplio y en su acción más directa, no podría omitir una insinuación que, para su arte, es incidentalmente tan importante como ésta a que ahora hemos aludido.

Pero Ahab, mi capitán, sigue moviéndose ante mí en toda su sombría austeridad de hombre de Nantucket; y en este capítulo relacionado con emperadores y reyes no he de ocultar que sólo tengo que vérmelas con un pobre y viejo cazador de ballenas; por consiguiente, todos los majestuosos ornamentos exteriores me están negados. ¡Oh, Ahab, tu grandeza peculiar habrá que arrebatársela a los cielos, habrá que extraerla de las profundidades, habrá que delinearla en el aire incorpóreo!

XXXIV. LA MESA DE LA CABINA

Es mediodía. Buñuelo, el despensero, asomando su pálida cara como de hogaza cruda por la escotilla de la cabina, anuncia el almuerzo a su amo y señor que, sentado en un bote a sotavento del alcázar, acaba de registrar la posición del sol y ahora calcula en silencio la latitud sobre la lisa tablilla en forma de medallón que lleva adosada, para ese uso cotidiano, en la parte superior de su pierna de marfil. Por su falta de atención al anuncio, se diría que el sombrío capitán Ahab no ha oído al criado. Pero al fin, tomándose de las jarcias de mesana, se lanza a cubierta, y con voz sin inflexiones, sin animación, dice: «La comida, señor Starbuck» y desaparece en la cabina.

Cuando el último eco de su paso de sultán se ha extinguido y Starbuck, el primer emir, tiene sobrados motivos para suponer que el sultán se ha sentado, entonces Starbuck se sacude de su quietud, da unos cuantos pasos por cubierta y después de echar una grave mirada a la bitácora dice con un dejo de jovialidad: «La comida, señor Stubb» y baja por la escotilla. El segundo emir se demora un poco junto al cordaje y después, sacudiendo apenas la braza mayor para comprobar si todo marcha bien en ese cable tan importante, repite el ya viejo refrán y con un rápido «La comida, señor Flask» sigue a sus predecesores.

Pero el tercer emir, que ahora se encuentra solo en el alcázar, parece aliviado de una extraña coerción porque, dirigiendo en todo sentido toda clase de guiños significativos y quitándose los zapatos a puntapiés, se entrega a una vehemente pero silenciosa borrasca de danza, precisamente sobre la cabeza del Gran Turco; después, enviando su gorra mediante una diestra maniobra hacia la cofa de mesana, como hacia una percha, baja retozando, al menos mientras es visible desde cubierta; y al contrario de todas las procesiones, cierra el cortejo con la música. Pero antes de entrar en la cabina se detiene, adquiere una expresión totalmente distinta y entonces el rebelde, el jocosos pequeño Flask llega ante la presencia de Ahab haciendo las veces de Abjectus, o el Esclavo.

Entre las rarezas que produce la intensa artificialidad de los hábitos marinos no es la última el hecho de que, mientras al aire libre, en cubierta, algunos oficiales se

comportan hacia su comandante con gran audacia y altanería cuando los provocan, podemos apostar diez contra uno que si esos mismos oficiales bajan un instante después para el habitual almuerzo en la cabina del mismo capitán, de inmediato asumen una actitud inofensiva, por no decir suplicante y humilde, hacia quien se sienta a la cabecera de la mesa. Esto es maravilloso, y a veces muy cómico. ¿Por qué esta diferencia? ¿Es un problema? Quizá no. Haber sido Baltasar, rey de Babilonia, y haberlo sido no en la altivez, sino en la cortesía, exigió sin duda asumir cierta forma de pompa mundana. Pero el hombre que, con ánimo inteligente y genuinamente real, preside en privado su propia mesa de invitados, supera en fuerza inigualada, en dominio de influjo individual, en realeza de condición al propio Baltasar, porque Baltasar no fue el más grande. Quien ha ofrecido siquiera una sola comida a sus amigos ha probado lo que es ser César. Es un hechizo de zarismo social que no se puede resistir. Ahora bien, si a esta consideración añaden ustedes la supremacía oficial del comandante de una nave, por deducción encontrarán la causa de esa peculiaridad de la vida marina que acabo de mencionar.

Ahab presidía su mesa incrustada de marfil como un mudo y crinado león marino en una playa blanca de corales, rodeado de sus cachorros belicosos pero deferentes. Cada oficial esperaba su turno para ser sentido. Eran como niños ante Ahab; sin embargo, en Ahab no parecía asomar la menor arrogancia. Como obedeciendo a un acuerdo tácito, todos los ojos estaban fijos en el cuchillo del viejo, que trinchaba la carne, el plato principal. No creo que por nada en el mundo habrían profanado ese momento con la menor observación, siquiera sobre un tema tan natural como el del tiempo. ¡No! Y cuando Ahab tomaba la tajada de carne entre el cuchillo y el tenedor, y señalaba el plato de Starbuck, el oficial recibía su porción como una limosna, la cortaba amorosamente, se sobresaltaba si, por casualidad, el cuchillo rechinaba contra el plato, masticaba en silencio y tragaba con circunspección. Porque como el banquete de la coronación en Frankfurt, cuando el emperador alemán come solemnemente con los siete electores imperiales, estos almuerzos en la cabina eran en cierto modo graves festines, consumados en sacro silencio. Sin embargo, Ahab no prohibía las conversaciones en torno a la mesa: sólo que él mismo permanecía mudo. Qué alivio era para Stubb, sofocado, el momento en que una rata hacía un ruido súbito en la bodega, abajo. Y el pobre, pequeño Flask, era el último hijo, el niño más pequeño de esa tétrica reunión familiar. A él le tocaban los huesos del tasajo, a él le habrían tocado las patas del pollo. Para Flask, servirse por sí solo habría equivalido a un robo de primer grado. De haberse decidido a hacerlo, sin duda ya nunca habría andado con la cabeza alta en este mundo de gente honrada; y sin embargo, aunque sea extraño decirlo, Ahab nunca le había prohibido que se sirviera. Y si Flask se hubiese servido por sí solo, lo más probable es que Ahab ni siquiera lo habría advertido. Aun menos habría soñado Flask con servirse manteca. Ya porque imaginara que los dueños de la

nave se la negaban (a fin de que no se le estropeará la piel límpida y soleada), ya porque estimara que, durante un viaje tan largo en aguas sin mercados, la manteca aumentaba de precio y, por lo tanto, no le correspondía a él, un subalterno; lo cierto es que Flask, ¡ay!, era un hombre sin manteca.

Otra cosa: Flask era el último en bajar para el almuerzo, y Flask era el primero en subir. ¡Piensen ustedes en esto! Porque así la comida de Flask resultaba harto comprimida, en cuanto a tiempo se refiere, Starbuck y Stubb lo precedían, y sin embargo tenían el privilegio de demorarse tras él. Y si ocurría que Stubb, apenas más alto que Flask, tenía poco apetito y pronto daba muestras de terminar su comida, Flask debía darse prisa: ese día apenas si podía comer más de tres bocados, porque estaba contra la sagrada costumbre que Stubb precediera a Flask en la cubierta. Por este motivo, en una ocasión Flask admitió, en privado, que desde que había sido ascendido al rango de oficial no había dejado de sentirse más o menos hambriento. Pues lo que comía le servía no tanto para aliviar el hambre, cuanto para inmortalizarla. «La paz y la satisfacción —pensaba Flask—, se han ido para siempre de mi estómago. Soy un oficial; pero cómo me gustaría echar mano de un pedazo de carne en el castillo de proa, como cuando era un simple marinero». Éstos son los frutos del ascenso; ésta es la vanidad de la gloria. ¡Ésta es la locura de la vida! Además, si un marinero cualquiera del *Pequod* tenía rencor a Flask por su rango de oficial, para tomarse una amplia venganza no tenía más que ir a popa, a la hora del almuerzo, y echar una mirada por el tragaluz de la cabina para descubrir a Flask, sentado con aire estúpido y perplejo ante el terrible Ahab.

Ahora bien: Ahab y sus tres oficiales formaban lo que podría llamarse la primera mesa en la cabina del *Pequod*. Cuando se marchaban, en orden inverso al de su llegada, el pálido dispensero limpiaba el mantel de lona o, más bien, lo ordenaba rápidamente. Entonces los tres arponeros eran convocados al festín, puesto que eran sus herederos. Así transformaban la alta y solemne cabina en una especie de temporario cuarto de criados.

En extraño contraste con la intolerable coerción y las inexpresables, invisibles tiranías de la mesa del capitán, se iniciaba de ese modo la despreocupada licencia, el desahogo, la desenfrenada democracia de estos individuos inferiores, los arponeros. Mientras sus amos, los oficiales, parecían temer el ruido de sus propias mandíbulas, los arponeros masticaban su alimento con tal placer que en toda la nave parecía oírse el eco. Comían como señores; se llenaban las barrigas como barcos indios que cargan especias durante el día entero. Queequeg y Tashtego tenían apetitos tan portentosos que, para llenar los vacíos dejados por la comida precedente, el pálido Buñuelo debía resignarse a llevar a la mesa un gran pedazo de tasajo que parecía arrancado del buey mismo. Y si no se daba prisa y no partía en su busca a los saltos, Tashtego lo apuraba de modo muy poco caballeresco, arponeándolo en el trasero con un tenedor. Una vez

Dagoo, en un súbito ataque de jocosidad, avivó la memoria de Buñuelo alzándolo en vilo y zampándolo en el hueco de un trinchante de madera, mientras Tashtego, cuchillo en mano, empezaba a trazar el círculo preliminar para arrancarle el cuero cabelludo. Este individuo minúsculo, este despensero con cara de pan crudo era por naturaleza nervioso y asustadizo: la progenie de un panadero en bancarrota y una enfermera de hospital. Y con el espectáculo incesante del sombrío y terrible Ahab, y las periódicas y tumultuosas visitas de los tres salvajes, la vida toda de Buñuelo era un continuo castañetear de dientes. Por lo común, después de suministrar a los arponeros todo cuanto querían, huía de sus garras a la pequeña despensa vecina a la cabina y atisbaba temerosamente desde las mirillas de la puerta, hasta que la comida terminaba.

Era todo un espectáculo ver a Queequeg sentado frente a Tashtego, que oponía sus afilados dientes a los del indio; entre ellos, Dagoo, sentado en el suelo, porque un banco habría llevado su cabeza empenachada de plumas, como un catafalco, hasta las bajas carlingas. Cada movimiento de sus miembros colosales hacía temblar la estructura de la estrecha cabina, como un elefante africano que viajara en una nave. Pero a pesar de todo esto, ese negro inmenso era asombrosamente frugal, por no decir melindroso. Parecía casi imposible que con bocados relativamente tan pequeños pudiese sustentar la virilidad difusa en un cuerpo tan vasto y soberbio. Pero sin duda este noble salvaje se alimentaba abundantemente y bebía hasta saciarse el inagotable elemento del aire, y su dilatada nariz aspiraba en él la sublime vida de los mundos. Los gigantes no están hechos —ni se alimentan— de carne o de pan. Pero al comer, Queequeg producía con los labios un chasquido mortal, bárbaro —un ruido bastante desagradable—, que impulsaba al trémulo Buñuelo a mirarse los flacos brazos, para comprobar si no había en ellos huellas de mordeduras. Y cuando oía a Tashtego gritarle que fuera de una buena vez a la mesa para recoger los huesos, el candoroso Buñuelo sufría repentinos ataques de parálisis agitante que por milagro no destrozaban la loza colgada en la despensa. Tampoco podía tranquilizar al pobre Buñuelo el chirrido de las piedras de amolar que los arponeros llevaban en sus bolsillos para sus lanzas y otras armas y con las cuales, durante la comida, afilaban ostentosamente sus cuchillos. ¿Cómo podía olvidar que en sus días de isleño Queequeg, para no mencionar más que a uno solo de ellos, sin duda había sido culpable de no pocas transgresiones asesinas durante los festines? ¡Ay, pobre Buñuelo! ¡Mala faena la del camarero que debe atender a caníbales! No debiera llevar una servilleta doblada sobre el brazo, pero sí un escudo. Pero al fin, con gran placer de su parte, los tres guerreros del mar se levantaban y partían; en los crédulos oídos de Buñuelo, resonantes de fábulas, los huesos marciales de los tres colosos tintineaban a cada paso como cimitarras moriscas en sus vainas.

Pero aunque estos bárbaros comían en la cabina y teóricamente vivían en ella, como sus hábitos eran lo opuesto de lo sedentario apenas podía encontrárselos en ella, salvo a las horas de las comidas y un minuto antes de dormir, cuando pasaban a través de ella rumbo a sus propios habitáculos.

En este único aspecto el capitán Ahab no parecía ser una excepción entre los capitanes balleneros norteamericanos que, por regla general, se muestran inclinados a sustentar la opinión de que la cabina de la nave les pertenece por derecho y si alguien puede entrar allí en un momento dado es sólo por cortesía de ellos. De modo que, a decir verdad, los oficiales y arponeros del *Pequod* no vivían en la cabina, sino fuera de ella. Pues cuando entraban en ella, lo hacían del mismo modo que una puerta de calle entra en una casa; gira un instante hacia adentro, pero sólo para volver hacia afuera inmediatamente: su residencia permanente es el aire libre. Los arponeros no perdían demasiado con esto; en la cabina no existía la amistad; socialmente, Ahab era inaccesible. Aunque su nombre lo incluía en el censo de la Cristiandad, todavía era ajeno a ella. Vivía en el mundo como el último de los Osos Feroces vivió en el Missouri ya civilizado. Y así como el salvaje Logan de los bosques, una vez transcurridos la primavera y el verano, se sepulta en el tronco de un árbol hueco para pasar allí el invierno chupándose las zarpas, en su vejez tempestuosa y aullante el alma de Ahab, encerrada en el tronco hueco de su cuerpo, se alimentaba con las tétricas garras de su melancolía.

XXXV. LA COFA

Fue durante el buen tiempo cuando, según la debida rotación con los demás marineros, me llegó el turno de hacer mi primera guardia en la cofa.

En casi todas las naves balleneras norteamericanas, las cofas alojan a los hombres de las guardias casi simultáneamente con la partida del puerto, aun cuando falten más de quince mil millas antes de llegar a las aguas de caza. Y si después de un viaje de tres, cuatro o cinco años, la nave regresa a la patria con algún espacio vacío a bordo — aunque no sea más que un frasco vacío—, las cofas mantienen sus guardias hasta el último instante y la nave no abandona del todo la esperanza de capturar una ballena más hasta que sus mástiles no se deslicen entre los chapiteles del puerto.

Y puesto que esa faena de montar guardia en las cofas, en tierra o en alta mar, es muy antigua e interesante, detengámonos un instante en ella. Tengo por cierto que los primeros que montaron guardia en las cofas fueron los antiguos egipcios, porque mis investigaciones no me han indicado a nadie que los preceda. Pues aunque sus progenitores, los constructores de Babel, procuraron sin duda elevar con su torre la cofa más alta de toda Asia y aun de África, antes de que terminaran la obra ese gran mástil de piedra cayó por la borda en la gran tempestad de la cólera divina. Por lo tanto, no podemos dar a los constructores babilonios prioridad sobre los egipcios. Y que los egipcios fueron un pueblo de vigías de cofa es una afirmación basada en la creencia general de los arqueólogos, según los cuales las primitivas pirámides fueron construidas con fines astronómicos, teoría sustentada por la peculiar forma en escalera de los cuatro lados de esos edificios: levantando prodigiosamente sus piernas, esos antiguos astrónomos lograban subir hasta la cumbre y señalar las nuevas estrellas, así como los vigías de una nave moderna anuncian una vela o una ballena que se aparece en el horizonte. En el santo estilita, el famoso ermitaño cristiano de los tiempos antiguos que construyó una columna de piedra en el desierto y pasó la última parte de su vida sobre ella izando su alimento mediante una polea, encontramos un notable ejemplo del intrépido vigía de cofa, que no se deja apartar de su puesto por la nieve o el hielo, la lluvia, la nevada o la cellisca y lo desafía todo con valentía hasta el último

instante, en que literalmente muere en su puesto. Los actuales vigías de cofa son gente sin vida: hombres de piedra, hierro y bronce que, aunque capaces de hacer frente a una dura tempestad, son totalmente incapaces de señalar cualquier aparición insólita que se les presente. He ahí a Napoleón que, en la cima de la columna de Vendôme, permanece con los brazos cruzados, a unos ciento cincuenta pies de altura, sin preocuparse de quién gobierna la cubierta: así sea Luis Felipe, Luis Blanc o Luis el Diablo. También el gran Washington permanece en su mástil, que domina Baltimore: como uno de los pilares de Hércules, su columna señala el punto de la humana grandeza que muy pocos mortales pueden alcanzar. Y el almirante Nelson, en un cabrestante hecho con hierro de cañones fundidos, remata su mástil en Trafalgar Square, y aun cuando la niebla de Londres oscurece más ese lugar siente uno que hay allí un héroe oculto, pues donde hay humo hay fuego. Pero ni el gran Washington, ni Nelson, ni Napoleón responderían a un solo llamado desde abajo, aunque les suplicaran desesperadamente que dieran ayuda con sus consejos a la desolada cubierta que contemplan, por más que debemos suponer que sus espíritus penetran la densa bruma del futuro y disciernen qué bancos y riscos deben evitarse.

Quizá parezca ilegítimo comparar a los vigías de cofa de tierra con los de mar; pero no es así: lo demuestra bien a las claras un dato que nos transmite Obed Macy, el único historiador de Nantucket. El digno Obed cuenta que en los primeros tiempos de la pesca ballenera, antes de que las naves se dieran regularmente al mar en pos de su presa, el pueblo de esa isla erigía a lo largo de la costa altos mástiles por los cuales trepaban los vigías mediante unos listones clavados en ellos, más o menos como las gallinas trepan en los gallineros. Hace pocos años los balleneros de la bahía de Nueva Zelanda emplearon este mismo recurso: avistada la presa mediante ese expediente, advertían a los botes ya equipados en la playa. Pero este hábito ya ha desaparecido; volvamos, pues, a los mástiles de verdad, los que se alzan en las naves balleneras, en medio del mar. En las tres cofas hay vigías desde el amanecer hasta el crepúsculo; los marineros se turnan regularmente (como en la barra del timón) y se relevan cada dos horas. En la serena quietud de los trópicos, es tarea sumamente agradable; más aún, es un deleite para un hombre inclinado a la meditación: estamos a cien pies sobre la silenciosa cubierta, avanzando a gran velocidad sobre el abismo, como si los mástiles fueran zancos gigantescos, mientras entre nuestras piernas, por así decirlo, nadan los monstruos más desmesurados del océano, así como las naves, en otras épocas, se deslizaban entre las botas del famoso Coloso de Rodas. Allí permanecemos, perdidos en la infinita extensión del mar, sin que nada se mueva, salvo las olas. La nave se desliza indolente en su torpor; soplan los soñolientos alisios y en nosotros todo es languidez. En esta vida tropical de las naves balleneras casi siempre nos rodea una sublime vaciedad de acontecimientos: no oímos noticias; no leemos periódicos; ninguna edición extraordinaria con alarmantes informes sobre lugares comunes nos

induce a arrebatos innecesarios; ignoramos las aflicciones domésticas, las bancarrotas monetarias, los desastres de la bolsa; nunca nos perturba la preocupación de lo que comeremos, porque durante tres años, y aún más, todas nuestras comidas están almacenadas en barriles y la lista de platos es inmutable.

En uno de esos balleneros australes, durante un largo viaje de tres o cuatro años, como suele ocurrir, la suma de las diversas horas pasadas en la cofa puede alcanzar a varios meses. Y es muy lamentable que el lugar a que debe uno dedicar una parte tan considerable de su vida esté tan melancólicamente desprovisto de todo cuanto se parezca a la comodidad o sirva para crear la sensación de un lugar agradable, como por ejemplo una cama, una litera, un ataúd, una garita, un púlpito, un coche o cualquiera de esos reducidos y cómodos retiros en que los hombres se aíslan durante algún tiempo. La percha más habitual es, allí, la punta del mástil, donde tiene uno que pararse sobre dos delgadas tablas paralelas (casi exclusivas de los balleneros) llamadas las crucetas. Allí, zarandeado por el mar, el principiante se siente tan cómodo como parado sobre los cuernos de un toro. Desde luego si el tiempo es frío puede uno llevarse consigo su casa, en forma de un capote de guardia; pero hablando con propiedad, el capote más espeso no sirve como casa más que el cuerpo desnudo; pues así como el alma está pegada al interior de su tabernáculo de carne y no puede moverse libremente en él —ni siquiera puede salir de él— sin gran riesgo de perecer (como un peregrino ignorante que atravesase los Alpes en invierno), del mismo modo un capote de guardia es menos una casa que una mera envoltura o una piel adicional que nos encierra. No podemos poner en un armario o una cómoda nuestro cuerpo: tampoco podemos convertir un capote de guardia en un armario conveniente.

Por todo lo dicho, es muy deplorable que las cofas de los balleneros australes estén desprovistas de esas envidiables tiendas o púlpitos llamados «nidos de cuervo» en que los vigías de las naves balleneras de Groenlandia se protegen de las intemperies y los mares helados. En los familiares relatos del capitán Sleet titulados *Un viaje entre los témpanos en busca de la ballena de Groenlandia, e incidentalmente en pos de las perdidas colonias islandesas de la vieja Groenlandia*, en ese admirable volumen, todos los vigías de cofa encuentran motivo de elogio para el por entonces recién inventado «nido de cuervo» del *Témpano*, que era el nombre del barco del capitán Sleet. El capitán lo llamó, en su propio honor, «nido de cuervo de Sleet», puesto que él fue quien lo inventó y patentó: prescindiendo de toda ridícula falsa modestia, y considerando que llamamos a nuestros hijos con nuestros propios nombres (puesto que nosotros, los padres, somos quienes los inventamos y patentamos), debemos dar nuestro nombre a cualquier otro aparato que se nos ocurra inventar. Por su forma, el nido de cuervo de Sleet es semejante a una tercerola o barril, aunque abierto en la parte superior, con una pantalla lateral móvil para proteger la cabeza contra el viento, durante las tempestades. Como el nido está sujeto a la parte superior del mástil, se

entra en él por medio de una escotilla que se abre en su fondo. En la parte posterior, o sea en la parte que da a la popa del barco, hay un cómodo asiento con un cajón debajo, para guardar paraguas, bufandas y abrigos. Al frente hay un soporte de cuero, donde se dejan el portavoz, la pipa, el telescopio y otros elementos náuticos. El capitán Sleet nos cuenta que cuando él mismo subía a su nido de cuervo, siempre llevaba consigo un fusil (también fijado en el soporte), un frasco de pólvora y municiones, con el propósito de disparar a los narvales extraviados o a los unicornios errantes que infestaban esas aguas: pues si era imposible dispararles con buen éxito desde la cubierta, a causa de la resistencia del agua, acertarles desde arriba era mucho más factible. En verdad, para el capitán Sleet describir con esmero todas las minuciosas comodidades de su nido de cuervo es un acto de amor; pero aunque se demora en muchas de ellas y nos da un informe muy científico de los experimentos hechos, en ese nido de cuervo, con una pequeña brújula que utilizaba para neutralizar los errores resultantes de la llamada «atracción local» de todas las agujas magnéticas (error atribuible a la vecindad horizontal del hierro en la quilla de los buques y, en el caso especial del *Témpano*, quizás imputable a la existencia de tantos herreros fracasados entre su tripulación); a pesar, decía, de que el capitán es tan científico y discreto en estos asuntos, por más que acumule tantas doctas «desviaciones de bitácora», «observaciones azimutales de la brújula» y «errores de aproximación», el capitán Sleet sabe muy bien que tan profundas meditaciones magnéticas no lo absorbían al punto de hacerle olvidar la botella bien llena, agradablemente sujeta a un lado de su nido de cuervo y bien al alcance de la mano. Aunque en general admiro mucho y hasta quiero al bravo, honrado y docto capitán, me parece reprochable que ignore por completo esa botella, considerando que ha de haber sido un amigo fiel y confortador en los momentos en que con mitones y capucha, estudiaba matemáticas allá arriba, en ese nido de pájaro, a tres o cuatro pértigas del polo.

Pero si nosotros, los balleneros del sur, no estamos tan cómodamente alojados como el capitán Sleet y sus groenlandeses, esta desventaja se compensa con la contrastante serenidad de los mares seductores por los cuales navegamos, casi siempre, los sureños. Yo, por mi parte, tenía el hábito de subir muy lentamente por la arboladura, deteniéndome un rato para echar un párrafo con Queequeg o con cualquier otro que estuviera allí fuera de servicio; después subía un poco más y pasando una pierna perezosa sobre la verga de la gavia, daba una ojeada preliminar a las praderas acuáticas y al fin subía hasta mi último destino.

Ahora quisiera descargar mi conciencia y admitir con franqueza que mis guardias eran lamentables. Con el problema del universo revolviéndose en mi interior, ¿cómo podía yo —librado a mí mismo en una altura que engendra tantos pensamientos— seguir estrictamente la norma de todos los balleneros: «Ten los ojos abiertos y anuncia de tanto en tanto»?

Y permitidme haceros una patética advertencia, ¡oh armadores de Nantucket! Cuidado con alistar entre las vigilantes tripulaciones a cualquier muchacho de frente huesuda y ojos socavados, dedicado a meditaciones inoportunas y más dispuesto a embarcarse con Fedón que con Bowditch. Cuidado con gente como ésa: hay que avistar una ballena antes de matarla, y este joven platónico de ojos hundidos os arrastrará diez veces alrededor del mundo sin enriqueceros con una sola pinta más de esperma. Estas advertencias no son innecesarias, pues en nuestros días la caza de ballenas da asilo a muchos jóvenes románticos, melancólicos y distraídos, a quienes repugna el peso intolerable de la tierra y que buscan un alivio en el alquitrán y la grasa de ballena. No pocas veces Childe Harold se encarama a la cofa de algún ballenero desdichado y decepcionado, y declama con tétrica entonación:

¡Rueda, profundo océano oscuramente azul, rueda!

En vano se deslizan sobre ti diez mil cazadores de esperma.

Muy a menudo los capitanes de esas naves amonestan a esos jóvenes y distraídos filósofos, acusándolos de no tener suficiente «interés» en el viaje e insinuando que están irremediabilmente perdidos para toda ambición honrosa, al punto que en sus almas secretas desean no ver una sola ballena. Pero es en vano: esos jóvenes platónicos están persuadidos de que su vista es imperfecta: ¿a qué esforzar, entonces, el nervio óptico? Han dejado los prismáticos en su casa.

«¡Eh tú, babieca! —decía un arponero a uno de esos muchachos—. Hace tres años que viajamos y no has avistado una sola ballena. Cuando estás allá arriba, las ballenas son más escasas que los dientes de las gallinas». Quizá fuera cierto que escasearan las ballenas; o quizá hubiera centenares de ellas en el lejano horizonte. Pero el ritmo de las olas mezclado al de los pensamientos, mece al distraído muchacho en tal opiácea vaguedad de ensoñaciones vacuas e inconscientes, que al fin pierde su propia identidad y toma el místico océano, a sus pies, por la imagen visible de esa alma azul, profunda e infinita que se adueña de la humanidad y la naturaleza; y cada cosa extraña, vislumbrada, huidiza, hermosa, que lo elude, cada aleta que surge incierta e inapresable entre las aguas le parece la encarnación de esos pensamientos elusivos que sólo pueblan el espíritu deslizándose sin cesar a través de él. En este ánimo encantado, el alma refluye hacia donde vino, se difunde en el tiempo y el espacio, y forma, al fin, parte de todas las playas del universo como las cenizas panteístas esparcidas por Cranmer.

Ya no hay vida en ti, salvo esa vida oscilante que te da el dulce mecerse de la nave; esa vida que la nave obtiene del mar y el mar de las inescrutables mareas de Dios. Pero mientras esta ensoñación reposa en ti, mueve tu pie o tu mano apenas una pulgada, deja escapar la presa y tu identidad regresará, aterrorizada. Estás suspendido sobre vórtices cartesianos. Y quizá, al mediodía, en la temperatura más placentera,

caerás con un grito sofocado, a través de ese aire transparente, hacia el mar estival para no resurgir ya nunca. ¡Cuidado, panteístas!

XXXVI. EL ALCÁZAR

(Entra Ahab; después, todos).

No mucho después del asunto de la pipa, una mañana, poco después del desayuno, Ahab subió a cubierta por la escala de la cabina según su costumbre. Por la cubierta suelen caminar, a esa hora, casi todos los capitanes de mar, así como los señores rurales, después de esa misma comida, andan un rato por el jardín.

Pronto se oyó su paso firme y ebúrneo, que avanzaba y retrocedía por su espacio habitual, sobre tablones tan familiares a su marcha que estaban enteramente marcados como piedras geológicas por la huella particular de la pierna. Y si miraba uno con atención esa frente surcada de venas y de marcas, también en ella podían discernirse huellas aún más extrañas: las de su pensamiento insomne, siempre en movimiento.

Pero en esa ocasión, las marcas parecían más profundas, así como el paso nervioso dejaba esa mañana una marca más profunda. Y tan poseído de su pensamiento estaba Ahab que cada vez que se volvía, ya ante el palo mayor, ya ante la bitácora, casi podía verse que el pensamiento se volvía y caminaba con él: se había adueñado de él hasta tal punto que parecía la forma interior de cada movimiento externo.

—¿Lo ves, Flask? —murmuró Stubb—. El pollito que lleva dentro picotea la cáscara. Saldrá pronto.

Las horas pasaron. Ahab se encerró en su cabina; pero después volvió a pasearse por la cubierta, con el mismo aire obsesionado.

Se acercaba la noche. De súbito, Ahab se detuvo ante la amurada y metiendo su pierna de marfil en el agujero destinado a ella, se asió con una mano de un obenque y ordenó a Starbuck que enviase a todo el mundo a popa.

—¡Señor! —exclamó el oficial, asombrado ante esa orden que nunca se da a bordo, salvo en casos extraordinarios.

—¡Todo el mundo a popa! —repitió Ahab—. ¡Eh, los vigías, abajo!

Cuando toda la tripulación de la nave se reunió y lo miró con ojos llenos de curiosidad y no sin temor —porque de algún modo el capitán recordaba al horizonte cuando se acerca una tempestad—, Ahab echó una rápida mirada sobre la amurada y

después, clavando los ojos en sus hombres, se sacudió de su inmovilidad. Y como si nadie hubiese existido a su alrededor, reanudó sus paseos por la cubierta. Con la cabeza inclinada y el sombrero casi hundido siguió andando, sin reparar en el susurro de estupor de los hombres, hasta que al fin Stubb murmuró cautelosamente a Flask que Ahab quizá los había reunido en ese lugar para que presenciaran una hazaña pedestre. Pero la cosa no duró demasiado. Ahab se detuvo y exclamó con vehemencia:

—¿Qué hacen ustedes cuando avistan una ballena?

—¡La anunciamos! —respondieron espontáneamente unas veinte voces a coro.

—¡Bien! —exclamó Ahab, en tono de feroz aprobación, al registrar el sincero entusiasmo que les había provocado, magnéticamente, su inesperada pregunta—. ¿Y qué hacen después, marineros?

—¡Bajamos y la seguimos!

—¿Y al ritmo de qué canción reman ustedes, marineros?

—«¡Ballena muerta o bote desfondado!».

A cada grito, la expresión del viejo adquiría una satisfacción cada vez más extraña y terrible; mientras tanto, los hombres se miraban entre sí, perplejos, como preguntándose por qué se entusiasmaban a tal punto ante preguntas en apariencia tan ociosas.

Pero se pusieron de nuevo tensos de atención cuando Ahab, girando a medias sobre su perno, con una mano alzada para asirse con fuerza, casi convulsivamente, de un cable, se dirigió a ellos de este modo:

—Todos ustedes, vigías, me han oído dar órdenes acerca de una ballena blanca. ¡Miren! ¿Ven esta onza española de oro?

Al decir esas palabras, levantó al sol una gran moneda resplandeciente.

—Es una pieza de dieciséis dólares, marineros. ¿La ven ustedes? Señor Starbuck, alcánceme esa maza.

Mientras el oficial le acercaba el martillo, Ahab, sin hablar, restregaba lentamente la moneda de oro contra los faldones de su abrigo, como para aumentar su brillo, y cantaba quedamente para sí, sin palabras, produciendo un sonido tan extrañamente sofocado e inarticulado que parecía el chirrido maquinal de las ruedas de la vitalidad oculta en su interior.

Cuando recibió la maza de manos de Starbuck, avanzó hacia el palo mayor con la herramienta alzada en una mano y exhibiendo la moneda de oro con la otra.

Al fin exclamó a toda voz:

—¡Aquel de ustedes que me anuncie una ballena de cabeza blanca, frente rugosa y mandíbula torcida; aquel de ustedes que me anuncie esa ballena blanca, con tres agujeros abiertos en la aleta derecha de la cola... atención, aquel de ustedes que me anuncie esta ballena, y no otra, recibirá esta onza de oro, muchachos!

—¡Hurrah, hurrah! —gritaron los marineros, agitando sus sombreros encerados para saludar el acto de clavar la moneda en el palo.

—Es una ballena blanca, repito —continuó Ahab, arrojando la maza—. Una ballena blanca. Quémense los ojos tratando de avistarla, marineros; miren bien por si descubren agua blanca, anuncien aunque sólo vean una burbuja.

Mientras tanto, Tashtego, Dagoo y Queequeg habían seguido la escena con interés y sorpresa aún mayor que los demás hombres y al oír la mención de la frente arrugada y la mandíbula torcida se sobresaltaron como si un recuerdo especial hubiera pasado por sus mentes.

—Capitán Ahab —dijo Tashtego—, esa ballena blanca debe ser la misma que algunos llaman Moby Dick.

—¿Moby Dick? —aulló Ahab—. ¿De modo que tú conoces a la ballena blanca, Tash?

—¿Es la que sacude la cola de un modo curioso antes de zambullirse, señor? —preguntó el de Gayhead con aire muy serio.

—¿Y arroja un chorro muy curioso, además? —agregó Dagoo—. ¿Un chorro muy espeso, aun para un cachalote, y muy rápido, capitán Ahab?

—Y tiene uno, dos, tres, oh... muchos fierros clavados en el cuero, capitán —exclamó Queequeg, como a saltos—, todos retorcidos, como... como el...

Balbució buscando una palabra, retorciendo la mano como para descorchar una botella.

—... como el... como el...

—¡Como un sacacorchos! —gritó Ahab—. Sí, Queequeg, tiene el flanco cubierto de arpones retorcidos; sí, Dagoo, su chorro es enorme, como toda una parva de trigo, y tan blanco como una pila de nuestra lana de Nantucket al fin de la gran esquila anual; sí, Tashtego, agita la cola como una vela suelta en una tempestad. ¡Muerte y demonios! Marineros, Moby Dick es la ballena que han visto. ¡Es Moby Dick, Moby Dick!

—Capitán Ahab —dijo Starbuck, que juntamente con Stubb y Flask había mirado a su superior con creciente sorpresa, pero al fin pareció recordar algo que de algún modo explicaba toda esa extrañeza—, capitán Ahab, he oído hablar de Moby Dick. Pero ¿no fue Moby Dick la que te arrancó la pierna?

—¿Quién te ha dicho eso? —gritó Ahab.

Después se contuvo y agregó:

—Sí, Starbuck, sí, mis valientes, fue Moby Dick la que me desarboló; fue Moby Dick la que me condenó a este tronco sobre el cual me apoyo ahora. ¡Sí, sí —aulló con un sollozo terrible, animal, semejante al del alce herido de muerte—, sí, sí! ¡Fue esa maldita ballena blanca la que me cercenó, la que me convirtió para siempre en un inútil inválido!

Después, agitando los brazos con desmesuradas imprecaciones, gritó:

—¡Sí, sí! ¡Y la perseguiré más allá del Cabo de Buena Esperanza, y más allá del Cabo de Hornos, y más allá del gran Maëlstron de Noruega, y más allá de las llamas de la perdición, antes de abandonarla! ¡Para esto se han embarcado ustedes, marineros! ¡Para perseguir a esa ballena blanca a través del mundo entero, en cada lugar de la tierra, hasta que arroje sangre negra y se revuelque con las aletas al aire! ¿Qué dicen ustedes, marineros? ¿Me darán ustedes una mano para esta tarea? Creo que tienen coraje...

—¡Sí, sí! —gritaron los arponeros y los marineros corriendo hacia el viejo enardecido—. ¡Ojo agudo para la ballena blanca, lanza aguda contra Moby Dick!

—Que Dios los bendiga —pareció decir Ahab en un sollozo que era también un grito—. Que Dios los bendiga, marineros. Dispensero, ve a traer la gran medida de ron. Pero ¿a qué viene esa cara larga, señor Starbuck? ¿No quieres perseguir a la ballena blanca? ¿No tienes ganas de vértelas con Moby Dick?

—Tengo ganas de vérmelas con su mandíbula torcida, y también con las mandíbulas de la Muerte, capitán Ahab, siempre que no me aparten del negocio a que hemos venido... He venido a cazar ballenas, no a satisfacer la venganza de mi comandante. ¿Cuántos barriles te reportará tu venganza, aun en el caso de que puedas tomártela, capitán? No te rendirá mucho en el mercado de Nantucket.

—¡El mercado de Nantucket! ¡Bah! Pero acércate, Starbuck, tú necesitas una explicación mucho más profunda. Si el dinero ha de ser la medida, amigo mío, y si los contadores han hecho del globo su banco, rodeándolo de guineas separadas por un tercio de pulgada, entonces permíteme decirte que mi venganza rendirá aquí una buena ganancia.

—Se golpea el pecho —susurró Stubb—. ¿Por qué lo hace? Me parece que suena enorme, pero vacío.

—¡Venganza contra una bestia sin uso de palabra! —exclamó Starbuck—. ¡Una bestia que te atacó siguiendo el más ciego de los instintos! ¡Locura! ¡Enfurecerse contra un ser sin uso de palabra parece una impiedad, capitán Ahab!

—Óyeme una vez más, te daré la explicación más profunda. Todos los objetos visibles, amigo, no son sino máscaras de cartón. Pero en cada acontecimiento, en el acto vivo, en la acción resuelta, algo desconocido pero siempre razonable proyecta sus rasgos tras la máscara que no razona. ¡Y si el hombre quiere golpear, ha de golpear sobre la máscara! ¿Cómo puede salir el prisionero, si no atraviesa el muro? Para mí, la ballena blanca es ese muro que me aprisiona. A veces pienso que no hay nada más allá de él. Pero es bastante para mí. Me obsesiona, me desborda: veo en la ballena una fuerza atroz poseída de una perversidad inescrutable. Ese algo inescrutable es lo que odio por encima de todo: sea la ballena blanca el mero agente, sea la ballena blanca el amo ordenador, contra ella descargaré mi odio. No me hables de impiedad,

amigo; abofetearía al sol, si me insultara. Porque si el sol pudiera hacerlo, yo podría hacer otro tanto, puesto que en esto siempre hay una especie de juego limpio que reina celosamente sobre toda la creación. Pero ni siquiera este juego limpio es para mí un amo que me esclavice. ¿Quién está por encima de mí? La verdad no tiene confines. ¡Aparta de mí esos ojos! ¡Más intolerable que una mirada demoníaca es un par de ojos estúpidos! Vaya, vaya... enrojeces y palideces... Mi ardor te ha encendido de cólera. Pero has de saber, Starbuck, que lo que se dice en el ardor se desdice por sí solo. Hay hombres cuyas palabras inflamadas no ofenden demasiado. No he querido enfurecerte. Olvida lo que he dicho. ¡Mira! Mira esas mejillas idólatras, esos rostros bronceados: imágenes vivas y anhelosas, pintadas por el sol. ¡Los leopardos paganos, los seres sin pensamiento ni culto, que viven y no buscan y no dan razones de la tórrida vida que sienten! ¡La tripulación, amigo mío, la tripulación! ¿No están todos con Ahab, desde el primero hasta el último, en esta empresa de la ballena? ¡Mira cómo ríe Stubb! ¡Mira a ese chileno! Resopla al pensar en ella. ¡Un solo arbusto no puede resistir en pie al huracán general, Starbuck! ¿Y qué es lo que debes hacer? Calma, sólo hay que arponear una aleta: no es una empresa extraordinaria para Starbuck. ¿Qué otra cosa hay que hacer? En esta mísera caza la mejor lanza de toda Nantucket no querrá echarse atrás, cuando hasta el último marinero ha tomado su piedra de afilar. ¡Ah! ¡Ya empiezas a sentir ganas, lo veo! ¡La ola te arrastra! ¡Pero habla, habla! ¡Sí, sí! Tu silencio, entonces, *tu silencio* habla por ti. (Aparte). Sus pulmones ya han aspirado mi aliento. Starbuck es mío, no puede oponérseme sin rebelarse.

—¡Dios tenga piedad de mí! ¡Dios tenga piedad de todos nosotros! —murmuró Starbuck para sí.

Pero en su alegría ante la hechizada y tácita aquiescencia del oficial, Ahab no oyó esta profética invocación, ni la risa sofocada que llegó de la bodega, ni las vibraciones proféticas del viento en el cordaje, ni el sordo batir de las velas contra los mástiles, a los cuales se abrazaron durante un instante. Porque enseguida los ojos bajos de Starbuck volvieron a esconderse con la obstinación de la vida; la risa subterránea se desvaneció; los vientos soplaron; las velas se hincharon; la nave se alzó y reanudó su marcha. ¡Ah, presentimientos y advertencias! ¿Por qué no os detenéis, cuando llegáis? ¡Pero vosotras, sombras, sois más bien predicciones que advertencias! Y no tanto predicciones del mundo exterior, cuanto testimonios de lo que ocurre en la intimidad. Porque así como son muy pocas las cosas exteriores que nos fuerzan, las necesidades más íntimas de nuestro ser nos impulsan sin cesar.

—¡La medida! ¡La medida! —gritó Ahab.

Cuando recibió el recipiente desbordante, se volvió hacia los arponeros y les ordenó que tomaran sus armas. Después los alineó frente a sí, junto al cabrestante, con sus arpones en las manos, mientras los tres oficiales permanecían a su lado con sus lanzas y el resto de la tripulación formaba un círculo que rodeaba al grupo. Durante un

momento, Ahab posó sobre cada hombre de su tripulación una mirada escrutadora. Pero los ojos salvajes de sus hombres le devolvieron la mirada, así como los ojos inyectados de sangre de los lobos de la pradera se fijan en los ojos de su jefe, antes de que éste se precipite, guiándolos, tras la huella del bisonte, aunque sólo para caer en la trampa oculta de los indígenas.

—¡Beban y pasen! —exclamó Ahab, tendiendo a los marineros más próximos el pesado recipiente—. Solamente la tripulación beberá ahora. ¡Que siga la vuelta! Sorbos cortos, tragos lentos, hombres. Está caliente como el pie del diablo. Así, así, el líquido sigue la vuelta maravillosamente. Baja haciendo espirales y se bifurca en los ojos como la lengua de una serpiente. Buena faena: está casi acabado. Como ha venido, se ha ido. ¡Pásenmelo! ¡Aquí hay un vacío! Marineros: ustedes son como los años: así se traga y desaparece la vida desbordante... ¡Dispensero, vuelve a llenarlo! Atención ahora, mis valientes. Los he reunido en torno al cabrestante. Ustedes, oficiales, a mi lado, con sus lanzas; ustedes, arponeros, allí, con los hierros; ustedes, fuertes marineros, en círculo, para que así pueda revivir una noble costumbre de mis padres balleneros. ¡Eh, muchacho, has vuelto! Las monedas falsas no vuelven más rápido. Alcánzamelos. ¡Vaya, este vaso estaría de nuevo desbordante si tú no tuvieras el mal de San Vito! ¡Fuera de aquí, fiebre terciana! ¡Adelante, marineros! Crucen sus lanzas frente a mí. ¡Bien! Yo tocaré el punto de unión.

Diciendo esto, extendió el brazo y tomó el cruce de las tres lanzas y mientras las sacudía bruscamente, deslizaba su mirada de Starbuck a Stubb, de Stubb a Flask. Parecía que con alguna indecible fuerza interior hubiese querido transmitirles la ardiente emoción acumulada en la botella de Leyden: la llama de su magnetismo. Los tres oficiales palidieron ante su aspecto violento, místico, obstinado. Stubb y Flask apartaron de él la mirada; los honrados ojos de Starbuck miraron el suelo.

—¡Es inútil! —gritó Ahab—. Pero quizá sea mejor así. Porque si los tres hubieran recibido a la vez la descarga con toda su fuerza, tal vez habría desaparecido en mí la energía eléctrica. Y tal vez hubiesen caído muertos. Quizá no la necesiten. ¡Abajo las lanzas! Y ahora, oficiales, los nombro coperos de esos tres paganos, consanguíneos míos: esos tres honorables y nobles caballeros, mis valientes arponeros. ¿Desdeñan la misión? ¿Acaso el gran Papa no lava los pies de los mendigos, usando su tiara como aguamanil? ¡Oh, mis amados cardenales! Es la condescendencia de cada uno de ustedes la que habrá de persuadirlos. No les ordeno: ustedes mismos lo quieren. ¡Arponeros: corten las ligaduras y quiten los mangos!

Los tres arponeros obedecieron la orden en silencio y permanecieron frente a él, descubierto el hierro de sus arpones, de unos tres pies de largo, y con las puntas hacia arriba.

—¡No me apuñalen con ese acero puntiagudo! ¡Vuélvanlo, vuélvanlo hacia abajo! ¿No saben en qué extremo está el hueco? ¡Pongan hacia arriba la parte cóncava! Así, así; ahora, coperos, adelante. ¡Los hierros! ¡Tómenlos, sosténganlos mientras los llenó!

Enseguida, yendo lentamente de un oficial al otro, llenó el hueco de los arpones con el líquido ardiente del vaso.

—Ahora, son tres a tres. ¡Saluden los cálices asesinos! Entréguenlos, puesto que ya forman parte de esta liga indisoluble. ¡Ah, Starbuck, la cosa está hecha! El sol no esperaba sino esto para bajar como un testimonio. Beban y juren, ustedes irán a la proa del bote asesino. ¡Muerte a Moby Dick! ¡Que Dios no nos dé tregua, si nosotros no perseguimos a Moby Dick hasta acabar con ella!

Los largos cuencos de agudo acero se alzaron y entre gritos e imprecaciones a la ballena blanca, el licor bajó simultáneamente a las gargantas con un silbo. Starbuck palideció, se volvió, se estremeció. El recipiente, lleno de nuevo, dio la última vuelta entre la tripulación enardecida. Al fin Ahab los dispersó con un ademán y se retiró a su cabina.

XXXVII. CREPÚSCULO

(La cabina; sentado junto al ojo de buey de popa, Ahab, solo, mira hacia atrás).

Dejo una estela blanca e inquieta, aguas pálidas, rostros aún más pálidos, por donde navego. Las olas envidiosas se hinchan a los lados para borrar mi huella: que lo hagan, pero antes pasaré.

Más allá, al borde del vaso siempre lleno, las tibias aguas enrojecen como el vino. La frente dorada del sol se hunde en el azul. El sol se sumerge: se sumerge lentamente desde el mediodía, desciende. ¡Y mi alma resurge! Ya está cansada de la colina infinita. ¿Será, pues, demasiado pesada la corona que llevo, esta Corona de Hierro de la Lombardía? Pero centellea de piedras preciosas: yo, que la llevo, no puedo ver sus lejanos esplendores, pero siento oscuramente que llevo algo que perturba y deslumbra a los demás. Es de hierro, lo sé, no de oro. Y además está rajada, lo siento; el borde mellado me tortura tanto que mi cerebro parece latir contra el sólido metal. Sí, mi cráneo es de acero, de los que no necesitan yelmo en la lucha más riesgosa.

¿Se ha secado el ardor en mi frente? ¡Oh, hubo un tiempo en que, así como la aurora me impulsaba noblemente, el crepúsculo me apaciguaba! Pero ya no. Esta hermosa luz no me ilumina; toda belleza es angustia para mí, puesto que no puedo gozarla. Dotado de la percepción más alta, me falta la baja facultad de gozar. ¡Estoy condenado, del modo más sutil y perverso! ¡Condenado en medio del Paraíso! ¡Buenas noches, buenas noches! *(Agitando la mano, se aparta de la ventana).*

No ha sido muy difícil. Creí encontrar al menos un obstinado; pero los dientes de mi rueda se adaptan a todos los engranajes y los hacen andar. O bien podría decir que todos ellos están frente a mí como montones de pólvora y yo soy su mecha. ¡Es terrible que para encender a los demás la mecha misma deba destruirse! ¡He querido cuanto me he atrevido a hacer y haré cuanto he querido! Me creen loco. Por lo menos Starbuck lo cree... Pero soy demoníaco, ¡soy la locura enardecida! ¡Esa feroz locura que sólo se calma para comprenderse a sí misma! La profecía afirmaba que yo sería mutilado y... ¡Sí! He perdido esta pierna. Ahora profetizo que mutilaré a mi mutilador. Seré, pues, profeta y ejecutor a la vez. Esto es más de lo que vosotros, oh grandes

dioses, fuisteis nunca. ¡Me río de vosotros, os escarnezo, jugadores de *cricket*, pugilistas, sordos Burkes y ciegos Bendigos! No diré como los escolares a quienes les buscan camorra: «¡Tómatela con alguien de tu propio tamaño, no me pegues a mí!». No; vosotros me habéis derribado y yo estoy en pie de nuevo: pero vosotros habéis corrido a esconderos. ¡No os escondáis tras esas bolsas de algodón! No tengo ninguna arma de largo alcance para poder acertaros. Venid, Ahab os presenta sus saludos; salid y ved si podéis desviarme. ¿Desviarme? No podéis desviarme sin desviaros a vosotros mismos. El camino de mi resolución tiene rieles de acero por los cuales corre mi alma. ¡Sobre precipicios sin fondo, a través de los corazones áridos de las montañas me precipito sin desviarme! ¡No hay un solo obstáculo, no hay un solo recodo en los rieles de acero!

XXXVIII. OCASO

(Starbuck, apoyado contra el palo mayor).

Mi alma está más que igualada: está vencida. ¡Y por el alma de un loco! ¡Oh tormento insuperable! ¡Que la cordura deba deponer sus armas en semejante lucha! Pero él ha penetrado a fondo y me ha destruido toda la razón. Creo vislumbrar su fin impío, pero siento que debo impulsarlo hacia él. Quiéralo o no, la cosa inefable me ha atado a él; me arrastra como un cable sin que tenga un cuchillo para cortarlo. ¡Viejo horrible! «¿Quién está por encima de mí?», grita. Sí, quiere ser democrático con todos los que están sobre él, pero ¡cómo tiraniza a los que están por debajo! Ah, veo muy duramente mi mísera función: obedecer rebelándome y, lo cual es aún peor, odiar con un asomo de piedad. Porque en sus ojos leo un torvo dolor que me estremecería, si fuera mío. Pero aún hay esperanza. El tiempo y el mar son infinitos. La odiada ballena tiene todo el mundo de las aguas para nadar, así como el ínfimo pez dorado tiene su globo de vidrio. Dios puede apartarlo de un propósito que ofende al cielo. Esto me levantaría el ánimo, si mi ánimo no fuera como de plomo. Pero todo este reloj mío está a punto de pararse y no tengo llave para devolver la fuerza a mi corazón, el péndulo que lo regula todo.

(Un estallido de risas en el castillo).

¡Oh, Dios mío! ¡Tener que navegar con esta tripulación pagana, con hombres que apenas parecen ser hijos de mujer! Engendrados vaya Dios a saber dónde por este mar sanguinario. La ballena blanca es su dios demoníaco. ¡Oíd esas orgías infernales! ¡Oíd ese bullicio en la proa, comparadlo con el silencio absoluto de la popa! Es como un símbolo de la vida. La proa gozosa, almenada, impetuosa, se precipita en el mar centelleante, pero sólo para arrastrar tras sí al lóbrego Ahab, encerrado para meditar en su cabina construida en la popa sobre el agua muerta de la estela, que la persigue con sus gruñidos de lobo. ¡Ese largo aullido me estremece! ¡Silencio, basta de gritos, llega la hora de la guardia! ¡Oh, vida, es en una hora como ésta, con el alma abatida y obligada a admitir la terrible realidad, entre seres salvajes y enardecidos, obligados a

alimentarse, oh vida, es en una hora como ésta cuando siento el horror oculto en ti!
¡Pero ese horror no está en mí, está fuera, y con la reconfortante certeza de que soy humano procuraré combatirlos, oh atroces, espectrales momentos del futuro! ¡Acudid a mí, oh santos poderes, para sostenerme y contenerme!

XXXIX. LA PRIMERA GUARDIA NOCTURNA

COFA DE TRINQUETE (*Stubb, a solas, compone una braza*).

¡Ja, ja, ja! ¡Quiero aclararme la garganta! He estado pensándolo hasta ahora, y este *ja, ja*, es la conclusión. ¿Por qué? Porque una carcajada es la respuesta más sabia y natural para todo lo que es extraño. Suceda lo que sucediere, siempre queda un consuelo: el consuelo infalible de que todo está predestinado. No he oído todo lo que el viejo ha dicho a Starbuck; pero ante mis pobres ojos, Starbuck tenía un poco el aire de sentirse como la otra noche me sentí yo. Sin duda el viejo Mogol también le ha ajustado las cuentas. Yo lo presentía, lo sabía; si hubiese tenido ese don habría podido predecirlo de inmediato, porque lo vi en cuanto eché una mirada a su cráneo. Y bien, Stubb, *sensato Stubb* —éste es mi título—, y bien, Stubb, ¿y ahora qué? Estamos todos en este cascajo. No sé qué ocurrirá, pero sea lo que fuere, acudiré riendo hacia ello. ¡Qué muecas cómicas hay en todas las cosas horribles! Me siento alegre. Tra, la, la, lara... ¿Qué estará haciendo en casa mi jugosa perita? ¿Llorará hasta que se le sequen los ojos? ¡Supongo que dará una fiesta a los arponeros recién llegados, alegre como el gallardete de una fragata! Así estoy yo. Tra, la, la... ¡Oh!

*Beberemos esta noche con corazones livianos
para amar, alegres y ágiles
como las burbujas que nadan al borde de la copa
y se rompen en los labios cuando los tocan.*

¡Buena canción ésta! ¿Quién llama? ¿El señor Starbuck? Sí, sí, señor. (*Aparte*). Es mi superior, y también él tiene un superior, si no me equivoco. Sí, sí, señor, termino ahora este trabajo y voy.

XL. MEDIANOCHE, CASTILLO DE PROA

ARPONEROS Y MARINEROS

(Se levanta la vela del trinquete y descubre a la guardia: de pie, ociosos, apoyados y acostados en diversas actitudes, los hombres cantan a coro).

¡Salud y adiós a vosotras, damas españolas!

¡Salud y adiós a vosotras, damas de España!

PRIMER MARINERO DE NANTUCKET

¡Vamos, muchachos, nada de sentimentalismos! ¡Es malo para la digestión!
¡Tómense un tónico, como yo!

(Canta, y todos lo siguen).

Nuestro capitán estaba en la cubierta

con el catalejo en la mano,

observando a las valerosas ballenas

que arrojaban por doquier su chorro.

¡Lleven las cubas a los botes, muchachos,

y estén atentos junto a las brazas

para que podamos capturar una de esas hermosas ballenas!

¡Valor, muchachos, avancemos juntos!

¡Conservemos la alegría, muchachos! ¡Arriba los corazones

mientras el audaz arponero hiere a la ballena!

LA VOZ DEL OFICIAL DESDE EL ALCÁZAR

¡Ocho campanadas allí, los de proa!

SEGUNDO MARINERO DE NANTUCKET

¡Basta de coros! ¡Ocho campanadas, allí! ¿Has oído, campanero? ¡Haz sonar ocho veces la campana, Pip! ¡Vamos, moreno! Apúrate mientras llamo a la guardia. Tengo la boca que se necesita para eso, una boca como un barril. Oye cómo lo hago. (Mete la cabeza por la escotilla). ¡Los de estribor, arriba! ¡Ocho campanadas! ¡Vamos, suban!

MARINERO HOLANDÉS

¡Vaya ruido el de esta noche, amigo, una noche gorda que se presta para eso! Lo noto en el vino de nuestro viejo Mogol: ¡a unos los aplasta, a otros nos hace hervir la sangre! Nosotros cantamos; aquellos duermen: sí, están tendidos allí como pedazos de maroma. ¡A ellos, de nuevo! ¡Toma ese portavoz de cobre y llámalos! Diles que dejen de soñar con sus muchachas. Diles que ha llegado el momento de la resurrección: deberán dar un último beso y presentarse ante el juicio final. Así se hace, así. No se te ha arruinado la garganta a fuerza de comer manteca de Amsterdam.

MARINERO FRANCÉS

¡Eh, muchachos! Demos un par de saltos antes de irnos a la bahía de las cobijas. ¿Qué dicen ustedes? Ya viene la otra guardia. ¡Que no se les duerman las piernas! ¡Pip! ¡Pipito! ¡Dale fuerte al pandero!

PIP (*Malhumorado y soñoliento*).

No sé dónde está.

MARINERO FRANCÉS

Entonces usa tu panza como pandero, y mueve las orejas. ¡A bailar, marineros, a bailar les digo! ¡Que haya alegría: viva! ¡Maldito sea, no quieren bailar! A formar, ahora: en fila india todos. ¡A galopar en un buen zapateado! ¡No se duerman! ¡A mover las piernas!

MARINERO ISLANDÉS

No me gusta tu piso, compañero: demasiado blando para mí. Estoy habituado a los pisos de hielo. Lamento echar agua fría sobre tu entusiasmo. Perdóname.

MARINERO MALTÉS

Perdóname también a mí: ¿dónde están las muchachas? Hay que ser bien tonto para tomarse la mano izquierda con la derecha y decirse: ¿cómo estás? ¡Compañeras! ¡Yo necesito compañeras de baile!

MARINERO SICILIANO

¡Sí, muchachas y un prado! ¡Entonces saltaré con ustedes! ¡Sí, me convertiré en un saltamontes!

MARINERO DE LONG-ISLAND

Está bien, aburridos... Pero nosotros somos más. Hay que cortar el trigo cuando se puede. Todos iremos pronto a la cosecha. ¡Ah, ya llega la música! ¡Empecemos!

MARINERO DE LAS AZORES

(Sube y arroja el pandero desde la escotilla).

¡Aquí está, Pip! ¡Y aquí está el cabrestante! ¡Súbete en él! ¡Ahora, muchacho!

(La mitad de los marineros bailan al son del pandero; algunos bajan; otros duermen o se tienden entre los rollos de cables. Se oyen palabrotas por todos lados).

MARINERO DE LAS AZORES (*Bailando*).

¡Ánimo, Pip! ¡Toca, campanero! ¡Sacúdelo, muévelo, ráscalo, húndelo, campanero!
¡Sácale chispas, revienta las sonajas!

PIP

¿Las sonajas, dices? Mira, allí cae otra... Golpeo demasiado...

MARINERO CHINO

Entonces castañetea los dientes y sigue golpeando; haz de ti una pagoda.

MARINERO FRANCÉS

¡Loco de alegría! Levanta tu aro, Pip, para que pueda saltar a través de él. ¡Tiendan los foques! ¡Descuartícense!

TASHTEGO (*Fumando tranquilamente*).

Así son los blancos: a esto llaman divertirse. ¡Bah! Yo ahorro mi sudor.

VIEJO MARINERO DE MAN

Me pregunto si estos muchachos tan alegres saben a qué son están bailando. Bailaré sobre tu tumba, sí, bailaré sobre ella: ésta es la peor amenaza de las mujeres que, de noche, hacen frente a los vientos en las esquinas. ¡Oh, Dios mío! ¡Pensar en las flotas verdes y en las tripulaciones de esqueletos verdes! Bueno, bueno, acaso el mundo entero es una pelota, como dicen los que saben, y entonces es justo hacer de él un salón de baile. Sigán bailando, muchachos, para eso son jóvenes. Yo también lo fui.

TERCER MARINERO DE NANTUCKET

¡Paren un momento! ¡Uf, esto es peor que perseguir a una ballena con el mar en calma! Dame una pitada, Tash.

(Dejan de bailar y se reúnen en grupos. Mientras tanto, el cielo se oscurece y se levanta el viento).

MARINERO DE LASCAR

¡Por Brahma, muchachos! Pronto tendremos que recoger velas. ¡El hijo del cielo, el Ganges caudaloso que se convierte en viento! ¡Muestra tu negra frente, oh Siva!

MARINERO MALTÉS (*Reclinándose y sacudiendo su gorra*).

Son las olas, las olas cubiertas de nieve espumosa que se han puesto a bailar. Pronto agitarán sus borlas. Si todas las olas fueran mujeres, me ahogaría y me dejaría llevar por ellas para siempre. No hay nada tan hermoso en la tierra, ni siquiera el cielo se compara con esos cálidos pechos anhelosos que se vislumbran en el baile, cuando los brazos que nos ciñen ocultan esos racimos maduros, a punto de estallar...

MARINERO SICILIANO (*Reclinándose*).

¡No me hables de eso! Oye, muchacho: ¡brazos que te enlazan, movimientos suaves, pudores, caricias!... ¡Y los labios, y el corazón, y las caderas! Rozarlo todo, tocar sin cesar y enseguida irse... ¡Irse sin probar nada, óyeme bien! De lo contrario, se harta uno pronto. ¿Eh, pagano? (*Dándole un codazo*).

MARINERO TAHITIANO (*Reclinándose en una estera*).

¡Viva la sagrada desnudez de nuestras muchachas que bailan ante Hiva-Hiva! ¡Ah, los velos bajos y las altas palmeras de Tahití! ¡Yo aún descanso en tu estera, pero tu muelle suelo ha desaparecido! ¡He visto cómo te tejieron en el bosque, oh estera mía! Eras verde el día en que te traje de allí; ahora estás marchita y gastada. ¡Ay de mí! ¡Ni tú ni yo podemos soportar el cambio! ¿Qué ha de ser de nosotros, entonces, cuando nos traslademos hacia ese cielo? ¿Qué es lo que oigo? ¿No son las corrientes que bajan rugiendo de las cumbres, erizadas de lanzas de Pirohitee, cuando se precipitan por los desfiladeros y anegan las aldeas? ¡La tempestad, la tempestad! ¡En pie, esqueleto! ¡Hazle frente! (*Salta en pie*).

MARINERO PORTUGUÉS

¡Cómo rueda el mar, deshaciéndose contra los flancos de la nave! ¡Prepárense a arizar, valientes míos! Los vientos cruzan sus espadas y pronto arremeterán todos juntos contra nosotros.

MARINERO DANÉS

¡Cruje, cruje, vieja nave! ¡Mientras cruja, resistirás! ¡Así, bien!... El oficial te mantiene segura en la tormenta. ¡No tiene más miedo que el fuerte de la isla de Cattegat, puesto allí para luchar contra el Báltico con cañones azotados por la tormenta e incrustados de sal!

CUARTO MARINERO DE NANTUCKET

Él tiene sus órdenes, debemos recordarlo. He oído al viejo Ahab decirle que siempre debe matar la tempestad del mismo modo que, con una pistola, se rompe un chorro de agua: disparando la nave dentro de ella.

MARINERO INGLÉS

¡Sangre! ¡Pero ese viejo es formidable! ¡Y nosotros somos los muchachos dispuestos a cazarle esa ballena!

TODOS

¡Sí, sí!

VIEJO MARINERO DE MAN

¡Cómo se estremecen los tres mástiles! ¡Son como tres pinos! Los pinos son los árboles que viven más difícilmente trasplantados a otro suelo, y aquí no hay más suelo que el maldito barro de la tripulación. ¡Mantén firme la barra, timonel! Este es el tiempo en que los corazones valerosos flaquean en tierra y las quillas se rompen en el mar. Nuestro capitán tiene su marca de nacimiento; miren allí, muchachos, hay otra marca en el cielo, una marca lívida; mírenla, todo lo demás es negro como el pez.

DAGOO

¿Y qué hay con eso? ¡El que teme lo negro me teme a mí! ¡Me han tallado en lo negro!

MARINERO ESPAÑOL

(*Aparte*). ¡Quiere meterme miedo! ¡Ah, el viejo rencor vuelve a enfurecerme!
(*Avanzando*). Sí, arponero, tu raza es el lado oscuro de la humanidad... diabólicamente oscuro. Sin ánimo de ofender.

DAGOO (*Torvamente*).

No hay ofensa.

MARINERO DE SANTIAGO

Ese español está loco o borracho. Pero eso no puede ser, a menos que, en su caso, el aguardiente de nuestro viejo Mogol haya tardado en hacerle efecto.

QUINTO MARINERO DE NANTUCKET

¿Qué he visto? ¿Un relámpago? Sí.

MARINERO ESPAÑOL

No; es Dagoo que muestra los dientes.

DAGOO (*Dando un salto*).

¡Te tragarás los tuyos, fantoche! ¡Piel blanca, hígado blanco!

MARINERO ESPAÑOL (*Yendo a su encuentro*).

¡Te acuchillaré con mucho gusto! ¡Mucho cuerpo y poco espíritu!

TODOS

¡Una pelea! ¡Una pelea! ¡Una pelea!

TASHTEGO (*Echando humo*).

Una pelea abajo y otra arriba. Dioses y hombres no son más que bravucones. ¡Bah!

MARINERO DE BELFAST

¡Una pelea! ¡Vivan las peleas! ¡Bendita sea la Virgen, una pelea! Vamos, muchachos...

MARINERO INGLÉS

¡Juego limpio! ¡Quítenle el cuchillo al español! ¡Un cerco de sogas!

VIEJO MARINERO DE MAN

Hace tiempo que lo tenemos. ¡Allí está! Es el horizonte que nos rodea. Dentro de ese cerco Caín mató a Abel. ¡Buena faena, tarea justa! ¿No? ¿Por qué, si no hiciste el cerco, Dios mío?

VOZ DE OFICIAL DESDE EL ALCÁZAR

¡A las drizas! ¡Adentro juanetes y sobrejuanetes! ¡Prepárense a arrizar las gavias!

TODOS

¡La tormenta! ¡La tormenta! ¡Corramos, muchachos! (*Se dispersan*).

PIP (*Encogiéndose bajo el cabrestante*).

¿Muchachos? ¡Que Dios ayude a semejantes muchachos! ¡Crish, crash! Ahí van los estayes del foque. ¡Bang! ¡Oh, Dios! ¡Agáchate, Pip, que aquí viene la botavara! ¡Es peor que estar en los bosques arremolinados, el último día del año! ¿Quién subiría ahora a los árboles en busca de castañas? Pero allí van todos, entre maldiciones, menos yo. Hermosa perspectiva para ellos: están camino del Paraíso. ¡Agárrate bien!

¡Diantre, qué borrasca! Pero esos tipos son peores aún: son ráfagas blancas. ¿Tormentas blancas? Ballena blanca, brrr, brrr... ¡Los he oído charlar hace un momento y también he oído lo que dijeron sobre la ballena blanca! ¡Brrr! ¡Han hablado de ella sólo una vez, y solamente esta noche! Eso me hace temblar como mi pandero. ¡Y ese viejo infernal les hizo jurar que se la cazarían! ¡Oh tú, gran Dios blanco que estás en lo alto, allá, en la oscuridad: ten piedad de este negrito, presévalo de todos los hombres que no tienen entrañas para sentir miedo!

XLI. MOBY DICK

Yo, Ismael, formé parte de esta tripulación; mis gritos se elevaron con los demás; mi juramento se mezcló al de ellos; y grité más fuerte, y sellé con más fuerza mi juramento, a causa del terror que sentía en mi alma. En mí había un sentimiento de simpatía místico y vehemente; el odio inextinguible de Ahab parecía mío. Con oídos ávidos escuché la historia de ese monstruo asesino contra el cual yo y los demás habíamos prestado juramento de violencia y venganza.

Hacía ya algún tiempo que la solitaria, aislada Ballena Blanca frecuentaba —aunque sólo a intervalos— esos mares bárbaros, visitados casi únicamente por cazadores de ballenas. Pero no todos ellos conocían su existencia; muy pocos, relativamente, la habían visto y el número de los que en verdad habían luchado contra ella era aún menor. Pues a causa de la gran cantidad de naves balleneras; del desorden en que se esparcían por toda la superficie del mar (muchas de ellas atreviéndose a explorar latitudes solitarias, de manera tal que nunca o muy pocas veces durante un lapso de doce meses y aún más, encontraban una vela de cualquier clase que pudiera darles noticias); a causa también de la excesiva duración de cada viaje y la irregularidad de las partidas; a causa de todas estas circunstancias, y además de otras, directas e indirectas, fue muy difícil difundir noticias particulares e individualizadoras acerca de Moby Dick entre la flota ballenera del mundo. Sin duda, varias naves informaron haber encontrado, en tal o cual estación, en tal o cual meridiano, una ballena de tamaño y ferocidad insólitos; una ballena que, después de causar grandes daños a sus atacantes, se les había escapado sana y salva. Para muchos no era una presunción infundada, insisto, que la ballena en cuestión no era otra que Moby Dick. Pero como en los últimos tiempos la caza de ballenas se había caracterizado por varios y no poco frecuentes ejemplos de gran ferocidad, astucia y maldad por parte del monstruo atacado, ocurría que quienes por casualidad libraban batalla contra Moby Dick sin saberlo, casi siempre se contentaban con atribuir el terror especial que ella producía más a los peligros de la pesca de ballenas en general que a esa causa determinada. De

este modo habían interpretado casi todos el desastroso encuentro entre Ahab y la ballena.

En cuanto a aquellos que, habiendo oído hablar de la Ballena Blanca, la avistaban por casualidad, al principio se lanzaban tras ella casi con la misma audacia e intrepidez con que perseguían a cualquier otra ballena de la misma especie. Pero al fin, tantas calamidades fueron el desenlace de esos asaltos —no limitadas a manos y tobillos recalcados, miembros rotos o mutilaciones devoradoras, ya que algunas desgracias eran fatales hasta el último grado de la fatalidad—, que estas reiteradas y pavorosas derrotas, acumulando sus terrores sobre Moby Dick, habían contribuido a minar la fortaleza de muchos bravos cazadores hasta los cuales había llegado, por fin, la historia de la Ballena Blanca.

Terribles rumores de toda clase no dejaban de exagerar y hacer aún más espantosas las historias verdaderas de esos encuentros mortales. Porque no sólo las voces legendarias crecen naturalmente del cuerpo mismo de todos los acontecimientos sorprendentes y terribles —así como el árbol herido alimenta sus hongos—, sino que también en la vida marina, mucho más que en la terrestre, las voces extravagantes abundan cada vez que se les da una realidad a la cual puedan asirse. Y así como el mar aventaja a la tierra en este sentido, la pesca de ballenas supera a toda otra forma de vida marítima en los rumores fantásticos y terroríficos que a veces circulan por ella. Pues los balleneros, como clase, no están exentos de esa ignorancia y esa superstición que son hereditarias en todos los marinos; además, son entre todos éstos los que tienen contacto más directo con todo lo que es, en el mar, espantosamente extraordinario: no sólo miran frente a frente sus más grandes maravillas sino que, mano contra diente, luchan contra ellas. En aguas tan remotas que aunque viajáramos miles de millas y pasáramos frente a mil costas no encontraríamos bajo esa parte del sol ningún hogar de piedra, ningún refugio hospitalario, solitario en semejantes latitudes y longitudes, empeñado en un oficio como el suyo, el ballenero está rodeado de influencias que tienden a fecundar su imaginación con muchos engendros extraordinarios.

No es de asombrarse, pues, que al crecer en el simple tránsito por las llanuras oceánicas más feroces, los difusos rumores acerca de la Ballena Blanca se enriquecieran con toda clase de insinuaciones morbosas e informes, como el feto, acerca de agentes sobrenaturales, que acabaron por investir a Moby Dick de nuevos terrores sin relación con nada visible en este mundo. De modo que en muchos casos el monstruo inspiró tal pánico que muy pocos entre los cazadores a quienes —al menos mediante esos rumores— habían llegado noticias de la Ballena Blanca se atrevieron a enfrentar los peligros de sus mandíbulas.

Pero había otras influencias más vitales y activas en juego. Aun en nuestros días el prestigio original del cachalote, en tanto que monstruo distinto de toda otra especie

de leviatán, no se ha desvanecido de las mentes de los balleneros. Hay cazadores que, si bien inteligentes y lo bastante valientes como para ofrecer combate a la ballena de Groenlandia, quizá rehusarían —por inexperiencia profesional, o por incompetencia, o por timidez— enfrentarse con un cachalote; y lo cierto es que hay muchos balleneros, sobre todo en los países que no navegan bajo la insignia norteamericana, que nunca han demostrado hostilidad hacia el cachalote y cuyo único conocimiento se limita al innoble monstruo primitivamente perseguido en el norte. Sentados sobre las escotillas, estos hombres escucharán con infantil interés y ansiedad, como niños en torno al hogar, los feroces, extraños relatos acerca de la caza de ballenas austral. Y en ninguna otra parte la tremenda enormidad del cachalote se comprende mejor que a bordo de esas naves que lo esquivan.

Y como si la realidad de su fuerza —ahora atestiguada— hubiera proyectado una larga sombra ante sí desde tiempos legendarios, encontramos algunos naturalistas librescos —Olassen y Povelson— para quienes el cachalote no sólo es la maldición de cualquier otra criatura marina, sino que también es tan increíblemente feroz que siempre tiene sed de sangre humana. Ni siquiera en épocas tan avanzadas como las de Cuvier se borraron esas u otras impresiones similares. Pues en su *Historia natural*, el propio Baron afirma que a la vista del cachalote, todos los peces, inclusive el tiburón, «sienten los más vivos terrores» y «con frecuencia, en la precipitación de su huida, se arrojan contra las rocas con tal fuerza que se causan una muerte instantánea». Y aunque en general la experiencia de la pesca de ballenas corrige semejantes informaciones, la supersticiosa creencia en ellas renace en las mentes de los cazadores con todo su espanto, durante algunas vicisitudes de la pesca.

De manera tal que, influidos por los rumores y portentos concernientes a Moby Dick, no pocos cazadores recordaban, con relación a ella, los primeros tiempos de la pesca de ballenas, cuando a menudo era difícil convencer a balleneros, con larga experiencia en la caza de la ballena de Groenlandia, de que se embarcaran en los peligros de esta lucha nueva y audaz: esos hombres afirmaban que aunque es posible perseguir con éxito a otros leviatanes, cazar y arrojar las lanzas contra una aparición como el cachalote no era empresa para hombres mortales. Intentarlo significaba sumergirse, despedazados, en una rápida eternidad. Acerca de este punto hay algunos documentos notables que pueden consultarse.

Sin embargo, hubo hombres que, aun frente a tales leyendas, estuvieron dispuestos a perseguir a Moby Dick; y hubo un número aún mayor que, habiendo oído acerca del monstruo cosas vagas y remotas, sin los detalles concretos de un desastre atestiguado y sin el condimento de las supersticiones, tenían el coraje suficiente como para no huir de la batalla, si se les presentaba la ocasión.

Una de las extravagantes conjeturas que, en las mentes supersticiosas, ya eran inseparables de la Ballena Blanca, era la idea sobrenatural de que Moby Dick era ubicua: que se la había encontrado en latitudes opuestas al mismo tiempo.

Crédulas como debían ser estas mentes, tal idea no estaba desprovista de un ligero matiz de probabilidad supersticiosa. Porque así como los secretos de las corrientes en los mares nunca han sido descubiertos siquiera por la más erudita investigación, del mismo modo los ocultos caminos del cachalote, cuando avanza bajo la superficie, son casi siempre desconocidos para sus perseguidores, y de cuando en cuando motivan las especulaciones más curiosas y contradictorias, sobre todo acerca de los medios misteriosos con los cuales, después de sumergirse a gran profundidad, se traslada con enorme rapidez a los lugares más distantes.

Es cosa muy conocida tanto por los balleneros norteamericanos como por los ingleses —y además, un hecho mencionado hace años por una autoridad como Scoresby— que en el remoto norte del Pacífico se capturaron ballenas en cuyos cuerpos perduraban arpones arrojados en los mares de Groenlandia. Y era innegable que, en algunos casos, el intervalo entre ambos asaltos era de muy pocos días. De lo cual algunos cazadores de ballenas dedujeron que el Pasaje del Noroeste, un verdadero problema para los hombres, no lo es para las ballenas. De modo que en la experiencia vivida por los hombres, los prodigios narrados en otros tiempos acerca del monte Strello, en el interior de Portugal (cerca de cuya cima, se contaba, había un lago en el cual flotaban restos de barcos), o sobre esa historia, aún más maravillosa, de la fuente de Aretusa, no lejos de Siracusa (cuyas aguas, según se creía, provenían desde Tierra Santa, a través de un pasaje subterráneo), esas fabulosas narraciones, repito, son inferiores a los hechos reales de la caza de ballenas.

Familiarizados, pues, con tales prodigios; sabiendo que la Ballena Blanca había escapado con vida a repetidos e intrépidos asaltos, no es de asombrarse que algunos balleneros se aferraran a sus supersticiones y declararan que Moby Dick era no sólo ubicua, sino también inmortal (puesto que la inmortalidad no es más que la ubicuidad en el tiempo). Aunque clavarán en sus flancos selvas de lanzas, podía huir sin daño alguno, y si alguna vez derramaba espesa sangre, tal espectáculo no podía ser más que una ilusión espectral, porque su chorro inmaculado volvía a verse una vez más a leguas de distancia, entre aguas impolutas.

Pero dejando de lado esas conjeturas sobrenaturales, en el aspecto del monstruo y en su carácter había lo necesario como para avivar la imaginación con insólita fuerza. Porque no era tanto su tamaño poco frecuente lo que lo distinguía de otros cachalotes, cuanto —como ya lo hemos dicho en otra parte— su extraña frente, rugosa y blanca como la nieve, y su giba alta, piramidal. Ésos eran sus rasgos prominentes, las señas mediante las cuales, inclusive en los inexplorados mares sin límites, Moby Dick revelaba su identidad a larga distancia.

El resto de su cuerpo estaba tan rayado, manchado y veteado con el mismo tinte de sudario que, al fin, se había ganado el apodo de Ballena Blanca; nombre literalmente justificado, en verdad, por su vivo fulgor cuando se la veía deslizarse en pleno mediodía por un mar azul oscuro, dejando tras sí una vía láctea de cremosa espuma, salpicada de destellos dorados.

Pero no era su tamaño sin parangón, ni su color extraordinario, ni su deforme mandíbula lo que investía a la ballena de semejante terror natural: era, sobre todo, su perversidad inteligente, insuperable, con la cual había salido triunfante una y otra vez de los asaltos, según narraban minuciosas anécdotas. Sobre todo sus traidoras retiradas espantaban más que cualquier otro ardid. Pues tras escapar con todos los síntomas visibles del miedo ante sus perseguidores exultantes, muchas veces Moby Dick se había vuelto de improviso y, arrojándose contra los cazadores, había destrozado sus botes o había hecho regresar a sus espantados tripulantes hacia la nave.

Muchos desastres habían sido ya la consecuencia de la caza de Moby Dick. Pero aunque semejantes desastres —aunque poco comentados en tierra— no eran en modo alguno insólitos en la caza de ballenas, en muchos casos parecía que el infernal designio de ferocidad era tal en el monstruo que en cada una de sus mutilaciones o sus muertes no se veía tan sólo la obra de un agente irracional.

Júzguese, pues, a qué extremos de encendido y loco furor serían llevadas las mentes de sus más desesperados cazadores cuando, entre los restos de los botes destrozados y los miembros desgarrados de sus camaradas, esos mismos cazadores nadaban para huir de los blancos vórtices creados por el furor de la ballena, bajo el sol sereno y exasperante que seguía sonriendo, como ante un nacimiento o una boda.

Un capitán, con sus tres botes desfondados a su alrededor, entre los remos y los hombres que giraban en los remolinos, se había lanzado como un duelista de Arkansas contra la ballena, aferrando el cuchillo plantado en la rota proa, en el ciego intento de alcanzar, con una hoja de seis pulgadas, la vitalidad del monstruo, situado a una braza de profundidad. Ese capitán era Ahab. Fue entonces cuando Moby Dick pasando por debajo de Ahab su mandíbula en forma de hoz, le segó la pierna con la misma facilidad con que una guadaña corta una brizna de hierba en un prado. Ningún turco con turbante, ningún asesino a sueldo veneciano o maltés hubiese podido herirlo con maldad más evidente. No hay, pues, muchas razones para dudar que desde ese encuentro casi fatal Ahab alimentó una terrible necesidad de venganza contra la ballena, que cada vez se exacerbó más en él, pues en su insensata obsesión llegó a identificar con Moby Dick no sólo todos sus males físicos, sino todas sus exasperaciones intelectuales y espirituales. La Ballena Blanca nadaba frente a él como la encarnación monomaniaca de todas esas fuerzas perversas por las cuales algunos hombres profundos se sienten devorados en su interior, hasta que quedan reducidos a

vivir con medio corazón y medio pulmón. Ante esa maldad intangible que existe desde el origen de todas las cosas, a cuyo dominio los cristianos modernos adscriben la mitad de los mundos y que los antiguos ofitas de Oriente reverenciaban en su estatua del mal, Ahab no caía de rodillas, como aquéllos; al contrario, identificando en su delirio esa imagen del mal con la de la aborrecida ballena, se arrojaba contra ella, mutilado como estaba. Todo lo que atormenta y enloquece más la razón humana; todo lo que trastrueca las cosas; toda verdad contaminada de malicia; todo lo que enturbia la mente; todo el sutil demonismo de la vida y el pensamiento; todo el mal estaba encarnado en Moby Dick para el enloquecido Ahab y, por lo tanto, en ella le era posible atacarlo. Sobre la blanca giba de la ballena, Ahab acumulaba la suma de todo el furor y el odio sentidos por su raza desde Adán; y como si su pecho hubiera sido un mortero, en él hacía estallar la bomba de su ardiente corazón.

Es poco probable que esta monomanía suya naciera en él en el instante mismo de su mutilación física. En esa ocasión, precipitándose contra el monstruo, cuchillo en mano, Ahab había dado rienda suelta a una súbita, apasionada animosidad corporal; y al recibir el golpe que lo mutiló, acaso sintió la laceración física, pero nada más. Pero cuando este accidente lo obligó a torcer rumbo hacia su patria y debió permanecer durante días y semanas interminables tendido en una hamaca, dando la vuelta, en pleno invierno, al lóbrego y aullante cabo de la Patagonia, fue entonces cuando su cuerpo herido y su alma desgarrada sangran el uno en el otro. Y que fue sólo entonces, durante el viaje de regreso, después del encuentro con Moby Dick, cuando la monomanía definitiva se apoderó de él parece demostrarlo el hecho de que, a intervalos, durante la travesía, Ahab se convirtió en un loco furioso. Y aunque privado de una pierna, había tal fuerza vital en su pecho egipcio robustecido por el delirio que sus oficiales se vieron obligados a atarlo firmemente allí mismo, en la hamaca donde se debatía. Ceñido en un chaleco de fuerza se mecía bajo el impulso del feroz soplo de las tempestades. Y cuando, avanzando en latitudes más benignas, la nave, con las velas desplegadas, se deslizaba a través de los serenos trópicos y el delirio del viejo parecía haber quedado atrás, en el mar henchido del Cabo de Hornos, y él mismo salía de su sombrío cubil hacia el dichoso aire y la luz, aún entonces, cuando mostraba su frente firme y concentrada, aunque pálida, y volvía a dar órdenes con su serenidad habitual y los oficiales agradecían a Dios que hubiese terminado la terrible locura, aún entonces Ahab, en su yo secreto, seguía desvariando. La locura humana suele ser una cosa astuta, felina. Cuando se la cree desaparecida, quizá no ha hecho más que transfigurarse en alguna forma aún más sutil. La locura de Ahab no se había disipado: se había contraído profundamente, como el indómito Hudson, que corre entre márgenes estrechas, pero con caudal insondable, por los desfiladeros entre las montañas. Pero así como en su estrecha monomanía no había desaparecido ni siquiera una brizna de la copiosa locura de Ahab, en esa copiosa locura no había muerto ni

siquiera una brizna de su inteligencia natural. Sólo que de agente viviente, esa inteligencia suya se convirtió en el instrumento viviente. Si puedo emplear una metáfora tan exaltada como ésta, diré que su peculiar locura tomó por asalto su salud general, la conquistó, y volvió todos sus concentrados cañones contra su propia mira enloquecida, de manera tal que Ahab, lejos de perder su fuerza, empleó para ese designio único mil veces más energía que la que, estando sano, hubiese consagrado a un propósito razonable.

Esto es ya mucho; pero el lado más vasto, más oscuro, más profundo de Ahab aún no se ha vislumbrado. Es inútil divulgar las cosas profundas; y toda verdad es profunda. Salid del corazón de este almenado Hotel de Cluny donde ahora estamos — por grandioso y magnífico que sea, abandonadlo— y encaminaos, oh nobles, tristes almas, hacia aquellas inmensas salas romanas de las Termas donde, muy abajo de las fantásticas torres de la superficie humana, la raíz de la grandeza del hombre, toda su terrible esencia permanece sentada en pompa viril: ¡reliquia sepultada bajo antigüedades y entronizada sobre torsos de estatuas! Así, en un trono roto, los grandes dioses se burlan de ese rey cautivo y él, semejante a una cariátide, permanece pacientemente sentado, sosteniendo sobre su frente helada las cornisas acumuladas de los siglos. ¡Bajad hasta allí, vosotros que tenéis el alma más triste, más orgullosa! ¡Interrogad a ese rey triste y orgulloso! ¡Tiene un aire de familia! Sí, él os ha engendrado, jóvenes herederos exiliados, y sólo este sombrío antecesor podrá revelaros el viejo secreto de Estado.

En su corazón, Ahab había vislumbrado algo de esto. Como si se hubiese dicho: todos mis medios son cuerdos; pero mis móviles y mi propósito son insensatos. Pero sin poder para suprimir, o cambiar, o evitar el hecho, él sabía también que durante mucho tiempo había simulado ante los demás hombres y, en cierto modo, seguía simulando. Y tan bien logró simular que al fin, cuando bajó a tierra con su pierna de marfil, ningún habitante de Nantucket pensó que su dolor fuera otra cosa que el pesar natural ocasionado por la desgracia que le había ocurrido.

El episodio de su innegable delirio durante el viaje también se atribuyó a una causa semejante. Del mismo modo fue juzgada la melancolía que, a partir de entonces, nubló su frente hasta el día en que se embarcó en el *Pequod*. Y no es demasiado improbable que, lejos de perder a causa de estos oscuros síntomas la fe que depositaba en su eficacia para otra travesía, la calculadora gente de esa sensata isla se persuadió de que, precisamente por esas razones, Ahab era el mejor indicado para una empresa tan llena de ferocidad y de arrebatos como la sangrienta caza de ballenas. Roído por dentro y desgarrado por fuera, con los colmillos despiadados de alguna idea incurable: un hombre semejante, si podía encontrárselo, era más apropiado para arrojar su arpón y alzar su lanza contra la más espantosa de las bestias. Y si por alguna razón se lo hubiese considerado físicamente incapacitado para ello, tal hombre habría

resultado magníficamente dotado para exhortar a sus subalternos a la lucha. Sea como fuere, lo cierto es que con el insano secreto de su ira inagotable encerrado en su alma, Ahab se había embarcado en este viaje con el único, exclusivo propósito de dar caza a la Ballena Blanca. Si alguno de sus viejos amigos de tierra hubiese imaginado siquiera a medias lo que Ahab se proponía en secreto, ¡con qué presteza estos ánimos espantados y rectos habrían arrancado la nave del poder de un hombre tan satánico! Ellos esperaban travesías provechosas: un provecho traducido en dólares contantes y sonantes: él sólo pensaba en una venganza temeraria, inflexible, sobrenatural.

He aquí, pues, a este viejo canoso e impío, persiguiendo con maldiciones a una ballena digna de Job por el mundo entero, al frente de una tripulación compuesta principalmente de mestizos renegados, parias y caníbales, moralmente debilitados por la insuficiencia de la simple virtud inerme o la rectitud de Starbuck, la invulnerable despreocupación y ligereza de Stubb y la total mediocridad de Flask. Una tripulación mandada por semejantes oficiales parecía especialmente escogida por alguna fatalidad infernal para auxiliar a Ahab en su viaje monomaniaco. De este modo fue posible que todos los hombres respondieran a la ira del viejo y su alma se dejara poseer por un perverso hechizo, a tal punto que, a veces, el odio de Ahab parecía el de ellos mismos, y la Ballena Blanca, un enemigo tan insoportable para ellos como para él mismo. Es tarea superior a las fuerzas de Ismael explicar cómo ocurrió todo esto, y qué significaba para ellos la Ballena Blanca, o cómo, inconscientemente, el monstruo llegó a ser para ellos, de un modo misterioso e insospechado, el gran demonio errante de los mares de la vida. ¿Cómo decir dónde abre su pozo ese subterráneo que trabaja en todos nosotros, guiándonos por el ruido siempre cambiante y sofocado que hace su pica? ¿Quién no siente el brazo irresistible que lo arrastra? ¿Qué esquife remolcado por una nave guerrera de setenta y cuatro cañones puede permanecer inmóvil? Por mi parte, yo me entregué al abandono de las circunstancias y el lugar, pero aunque me sentía ansioso por enfrentar la ballena, sólo veía en esa bestia el más aciago de los males.

XLII. LA BLANCURA DE LA BALLENA

Ya se ha sugerido lo que la Ballena Blanca era para Ahab; queda por decir lo que significaba, a veces, para mí.

Además de esas consideraciones más obvias acerca de Moby Dick que no podían sino suscitar cierta alarma en el ánimo de cualquier hombre, fluctuaba en torno a ella otro pensamiento, o más bien un horror vago, indecible, que a veces dominaba todo lo demás por su intensidad misma. Sin embargo, era tan místico e inexpresable que casi desespero de poder comunicarlo en forma comprensible. Era, sobre todo, la blancura de la ballena lo que me aterraba. ¿Pero cómo puedo esperar que seré capaz de explicarme en estas páginas? Mas debo explicarme, siquiera de un modo oscuro y aproximativo; de lo contrario, estos capítulos no servirían de nada.

Si bien en muchos objetos naturales la blancura destaca con refinamiento la belleza, como si le impartiese una virtud especial —así ocurre con los mármoles, las camelias o las perlas—; si bien varias naciones han admitido, de algún modo, cierta supremacía real de este color, ya que hasta los fastuosos y bárbaros reyes antiguos de Pegu ponían el título de «Señor de los Elefantes Blancos» por encima de todas las demás grandilocuentes atribuciones de dominio, y los modernos reyes de Siam despliegan el mismo cuadrúpedo blanco en su pendón real, y la bandera de Hannover tiene la figura de un corcel níveo y el grande, cesáreo imperio austríaco, heredero de la omnipotente Roma, tiene como color imperial ese mismo color; si bien esta supremacía se verifica en la raza humana misma, que atribuye al hombre blanco un dominio ideal sobre cualquier tribu oscura; y si bien la blancura, además de todo esto, ha sido el símbolo de la alegría, ya que entre los romanos una piedra blanca rememoraba un día dichoso; si bien en otras simpatías y símbolos humanos este mismo color es emblema de muchas cosas conmovedoras y nobles —la inocencia de las novias, la benignidad de la vejez—; si bien, entre los Pielas Rojas de Norteamérica, dar un cinturón de conchillas blancas era la muestra de honor más elevada; si bien en varios climas la blancura representa la majestad de la Justicia en el armiño del juez y contribuye a la pompa cotidiana de los reyes y las reinas, conducidos por corceles

níveos; si bien en los más altos misterios de las religiones más augustas el blanco es el símbolo de la pureza y el poder divinos (de allí que la blanca llama bifurcada de los persas adoradores del fuego fuera considerada la más santa en los altares, y que en los mitos de Grecia el gran Jove en Persona se encarnara en un toro níveo); si bien para los nobles iroqueses el sacrificio invernal del sagrado Perro Blanco era la solemnidad más santa de su teología —puesto que esa inmaculada y fiel criatura se consideraba como el mensajero más puro que pudieran enviar al Gran Espíritu con sus anuales protestas de fidelidad—; si bien todos los sacerdotes cristianos derivan directamente de la palabra latina que significa blanco el nombre de una parte de su sagrada vestidura, el alba o túnica, llevada sobre la sotana; si bien entre las sacras ceremonias de la fe romana el blanco se emplea especialmente en la celebración de la Pasión de Nuestro Señor; si bien en el Apocalipsis de San Juan las túnicas blancas son atributo de los redimidos y los veinticuatro ancianos están vestidos de blanco ante el gran trono blanco y el Único que allí se sienta, blanco como la lana; a pesar de todas estas acumuladas asociaciones con todo lo que es dulce, venerable y sublime, siempre se esconde algo elusivo en la íntima idea de este color, algo que infunde más pánico al alma que el rojo que nos aterroriza en la sangre.

Esta cualidad elusiva hace que el pensamiento de la blancura, cuando se aparta de asociaciones más gratas y se vincula con algún objeto terrible en sí mismo, exacerbe el terror hasta su máximo grado. Lo atestiguan el oso polar blanco y el tiburón blanco de los trópicos: ¿no es, acaso, su leve blancura de copo lo que hace de ellos un supremo horror? Y esa espectral blancura es la que da una benignidad abominable, aún más repugnante que temible, a la muda fijeza de su aspecto. Así, ni el tigre de feroces colmillos puede, con su manto heráldico, matar el coraje como el oso o el tiburón de blanco sudario.

¿Recuerdan ustedes el albatros, del cual provienen esas nubes de espiritual asombro y pálido terror en las cuales ese blanco fantasma vuela en todas las imaginaciones? No fue Coleridge el primero en revelar este hechizo: fue la grande e insobornable laureada de Dios, la Naturaleza.

Harto famosa en nuestros anales del oeste y entre las tradiciones indias es la del Caballo Blanco de las Praderas: un magnífico corcel, blanco como la leche, de ojos grandes, cabeza pequeña, ancho pecho y con la dignidad de mil reyes en su porte altivo y desdeñoso. Era el Jerjes elegido por vastas tropas de caballos salvajes, cuyas praderas, en aquellos tiempos, sólo tenían por límite las Montañas Rocosas y los Alleghanies. Lleno de ímpetu iba a su vanguardia, conduciéndolos hacia el oeste, como esa estrella elegida que todas las noches guía en el cielo a las huestes de la luz. La llameante cascada de sus crines, el curvo cometa de su cola lo investían de ornamentos más resplandecientes que los que hubiesen podido hacerle los orfebres del oro y de la plata. Una imperial, angélica visión de ese mundo del oeste aún en pie

que ante los ojos de aquellos cazadores revivía las glorias de los tiempos primordiales, cuando Adán caminaba majestuoso como un Dios, con la frente altiva y sin miedo, como este magnífico corcel. Ya marchara entre sus ayudantes y mariscales a la vanguardia de innumerables cohortes que se esparcían incesantemente sobre las llanuras, como un Ohio, ya pasara revista a sus súbditos al galope, mientras éstos ramoneaban en torno al horizonte entero, bajo cualquiera de esos aspectos el Caballo Blanco era para los indígenas más valientes un objeto de adoración y temor que los hacía temblar. Y por lo que nos transmite la leyenda acerca de este noble caballo no puede dudarse que era sobre todo su espiritual blancura el rasgo que le confería tal divinidad y que esta divinidad tenía algo que, aun obligando a la adoración, imponía al mismo tiempo una especie de terror sin nombre.

Pero hay otros ejemplos en que esta blancura pierde toda la accesoria y extraña sublimidad que adquiere en el Caballo Blanco y en el Albatros.

¿Qué es lo que en el albino nos repele de modo tan peculiar que hasta repugna y a veces lo hace aborrecible hasta para sus amigos y parientes? Es la blancura que lo reviste, expresa en el nombre que lleva. El albino está tan bien conformado como los demás hombres, no tiene deformidades esenciales y, sin embargo, su simple aspecto de blancura total lo hace más extrañamente horrible que el peor aborto. ¿Por qué ocurre esto?

Tampoco en otros aspectos muy diferentes la Naturaleza, en sus actividades menos palpables pero no menos malvadas, deja de alistar entre sus fuerzas a este soberano atributo de lo terrible. Por su níveo aspecto, el despiadado espectro de los Mares del Sur ha sido llamado la Ráfaga Blanca. Tampoco el arte humano del mal ha omitido una ayuda tan eficaz en algún caso histórico. ¡Cómo se refuerza el efecto de aquel pasaje de Froissart cuando, enmascarados con el símbolo níveo de su facción, los desesperados Caperuzas Blancas de Gantes asesinan a su alguacil en el mercado!

Asimismo, la experiencia común, hereditaria, de toda la especie humana no deja de testimoniar la índole sobrenatural del blanco. No puede dudarse que el rasgo visible en el aspecto visible de los muertos que espanta más a quien los mira es su marmórea palidez como si en verdad esa palidez fuera tanto el signo de la consternación en el otro mundo cuanto el de la vacilación mortal en éste. Esa palidez de los muertos nos ha sugerido el significativo color del sudario en que los envolvemos. Ni siquiera en nuestras supersticiones dejamos de cubrir con el mismo manto níveo a los espectros, a los fantasmas que surgen en una bruma lechosa. Sí, mientras estos terrores nos dominan, el rey mismo de los terrores, tal como el evangelista lo personifica, monta en su pálido caballo.

Por consiguiente, aunque el hombre, con estado de ánimo menos lúgubre, simbolice con el blanco todas las cosas grandiosas o bellas, nadie podrá negar que

este color, en su más profundo significado espiritual, evoca en el alma una espectralidad particular.

Pero si bien este punto queda establecido sin disentimientos, ¿cómo podrá explicarlo el hombre mortal? Analizarlo parece imposible. ¿Acaso tenemos derecho a esperar que obtendremos algún indicio que nos lleve a la causa oculta que buscamos si citamos algunos casos en que esta blancura ejerce sobre nosotros, algo modificada, la misma hechicería (aunque, dadas las circunstancias, despojada del todo o en gran parte de toda asociación directa que le comunique algo terrible)?

Intentémoslo. Pero en asuntos como éste, la sutileza apela a la sutileza y sin imaginación nadie podrá seguir a otro ser en estos dominios. Y aunque, sin duda, la mayoría de los hombres habrá experimentado siquiera algunas de las impresiones fantásticas que presentaremos, quizá muy pocos habrán sido conscientes de ellas en su momento y, por lo tanto, tal vez sean incapaces de recordarlas ahora.

¿Por qué en la fantasía del hombre de libre idealización, apenas informado acerca del carácter especial de la festividad, la mención pura y simple de la Pascua de Pentecostés introduce tan largas, lúgubres y silenciosas procesiones de peregrinos lentos, abatidos y encapuchados con nieve recién caída? ¿Y por qué el protestante de los estados del centro de Norteamérica, que no ha estudiado y no está habituado a ninguna sofisticación, ante la fugaz mención de un Fraile Blanco o de una Monja Blanca evoca en su alma una estatua ciega?

¿Cómo se explica que, sin contar las tradiciones de guerreros y reyes aprisionados (que nada tienen que ver con esto) la Torre Blanca de Londres avive la imaginación de un norteamericano que nunca ha viajado mucho más que otras construcciones históricas muy cercanas: la Torre Byward y aun la Sangrienta? ¿Y esas torres más sublimes, los Montes Blancos de Nueva Hampshire, cuyo solo nombre infunde en el alma esa gigantesca espectralidad, mientras el pensamiento de la Cadena Azul de Virginia está lleno de una suave, brumosa y lejana ensoñación? ¿Y por qué, sin relación con las latitudes y longitudes, el nombre del Mar Blanco ejerce sobre la fantasía un dominio tan espectral, mientras que el del Mar Amarillo nos mece con terrenales pensamientos de largas, apacibles tardes brillantes como laca sobre las olas, seguidas de los ocasos más pomposos y a la vez soñolientos? O bien, para elegir un ejemplo enteramente irreal que sólo se propone a la fantasía, ¿por qué, al leer las antiguas leyendas de Europa Central, «el hombre pálido y alto» de las selvas del Hartz, cuya inmutable palidez se desliza silenciosa sobre los verdes bosques, por qué este fantasma es más terrible que los demonios aullantes del Blocksburg?

Y no es el recuerdo de sus terremotos destructores de catedrales, ni el desborde de su mar enloquecido, ni la crueldad de sus áridos cielos que nunca llueven, ni la vista de su inmenso campo de chapiteles inclinados, cúpulas torcidas, cruces en ángulo (como los mástiles oblicuos de las flotas ancladas), ni sus calles suburbanas, donde las

paredes se precipitan unas sobre otras como un mazo de cartas desparramado, no es nada de esto lo que hace de Lima, la ciudad sin lágrimas, la más triste, la más extraña que pueda verse. Porque Lima se ha cubierto con el velo blanco y hay en esta blancura de su dolor un horror más grande. Antigua como Pizarro, esta blancura mantiene eternamente nuevas las ruinas de Lima: no deja que penetre en ellas el verde alegre de la ruina absoluta y esparce sobre sus rotos bastiones la rígida palidez de un cuerpo apoplético que inmoviliza sus propias distorsiones.

Sé que la comprensión común no confiesa que este fenómeno de la blancura sea la primera causa por la cual exageramos el terror producido por objetos que son terribles también por otros motivos, y que la mente de escasa imaginación no siente ningún terror ante aquellos espectáculos cuyo espanto, para otras mentes, consiste casi sólo en este único fenómeno, especialmente cuando se presenta bajo una forma cualquiera que se acerque al mutismo o a la universalidad. Lo que quiero decir con estas dos afirmaciones podrá aclararse con los ejemplos que siguen.

Primero: el marinero, cuando se acerca a costas de tierras extranjeras, si es de noche y oye el rugido de la rompiente, se pone a vigilar y siente tal azoramiento que sus facultades se agudizan; pero si en circunstancias exactamente iguales, lo llaman desde su hamaca para que mire a la nave deslizarse sobre un mar nocturno de latiginosa blancura, como si desde los promontorios que lo rodean nadaran en torno a él tropeles de peinados osos blancos, entonces sentirá un mudo, supersticioso terror y el sudario espectral de las aguas blanquecinas le parecerá tan espantoso como un verdadero fantasma; en vano la sonda le asegurará que los bajíos están aún lejos: el corazón y el gobernalle se le caerán y no tendrá paz hasta que vuelva al agua azul. Sin embargo, cuál es el marinero que quiera decirte, lector: «Señor, no era tanto el miedo de chocar contra rocas ocultas, cuanto el miedo de aquella horrible blancura lo que me ha agitado tanto».

Segundo: la continua vista de los Andes cubiertos de nieve no produce al indígena nativo de Perú el menor espanto, salvo quizá la mera fantasía de la eterna desolación helada que reina a semejantes alturas y el pensamiento natural de que sería terrible perderse en tan inhumana soledad. Muy semejante es lo que ocurre con el explorador del oeste, que observa con relativa indiferencia una pradera ilimitada, cubierta de nieve, sin que la sombra de un árbol o de una rama rompa el inmóvil éxtasis de tanta blancura. Otro tanto ocurre con el marinero que contempla el panorama de los mares antárticos, donde a veces, por un ardid infernal de las fuerzas del cielo y el aire, ve, estremeciéndose y casi naufragando, en lugar de los arco iris que hablan de esperanza y de auxilio a su desdicha, imágenes que parecen un ilimitado cementerio que le sonríe de manera horrible con sus delgados monumentos de hielo y sus cruces hendidas.

Pero tú, lector, me dices: Creo que este enjalbegado capítulo acerca de la blancura es sólo una pusilánime bandera blanca: ¡te abandonas a la hipocresía, Ismael!

Dime: ¿por qué un fuerte potro, nacido en un pacífico valle de Vermont, lejos de cualquier animal de presa, se sobresalta si alguien agita tras él, en un hermoso día de sol, una piel fresca de búfalo que ni siquiera puede ver y de la cual apenas le llega el salvaje hedor ferino? ¿Por qué resopla y pateo el suelo, presa del terror, con los ojos desorbitados? No conserva ningún recuerdo de ninguna bestia feroz que haya habitado esas verdes praderas del norte, de modo que ese extraño hedor no puede evocarle nada asociado a la experiencia de peligros anteriores: ¿qué sabe este potro de Nueva Inglaterra de los negros bisontes del lejano Oregón? Nada: así, lector, puedes ver hasta en un animal desprovisto de palabra el conocimiento instintivo del demonismo en el mundo. Aunque a miles de millas de Oregón, cuando huele ese hedor salvaje las crueles y desgarradoras manadas de bisontes se le vuelven tan presentes como los caballos de las praderas que en ese mismo instante marchan en el polvo.

Así pues, los rugidos sofocados de un mar latiginoso, los crujidos del hielo que festonea las montañas, los desolados prados cubiertos de nieve agitada por el viento, todas estas cosas son, para Ismael, lo mismo que una piel de búfalo para el potro aterrorizado. Aunque nadie sepa dónde están las innominadas cosas a que alude el místico signo, para mí, como para el potro, esas cosas existen en algún lugar. Y si bien en muchos de sus aspectos este mundo visible parece hecho en el amor, las esferas invisibles fueron creadas en el terror.

Pero aún no hemos explicado el encantamiento de esta blancura ni hemos descubierto por qué ejerce tan poderoso influjo sobre el alma: cosa extraña y portentosa, puesto que, como hemos visto, la blancura es el símbolo más significativo de lo espiritual —más aún, el velo mismo de la Divinidad Cristiana— y al mismo tiempo el factor que intensifica las cosas más terribles para el hombre.

¿Será acaso que la blancura ensombrece con su vaguedad el vacío, las despiadadas inmensidades del universo, y nos apuñala por la espalda con el pensamiento de la nada, cuando contemplamos las albas profundidades de la vía láctea? ¿O acaso ocurre que en su esencia la blancura no es tanto un color cuanto la ausencia visible de color y, a la vez, la fusión de todos los colores, lo cual explica que exista tal vacuidad —muda y a la vez plena de significado— en un panorama nevado, y ateísmo de todos los colores tal que nos estremece? Y cuando consideramos esa otra teoría de los filósofos naturalistas, según la cual todos los demás colores terrenos, toda ornamentación majestuosa o encantadora —los dulces matices del cielo crepuscular y los bosques, el dorado terciopelo de las mariposas, esas otras mariposas que son las mejillas de las muchachas— serían tan sólo astutos embelecos no inherentes a las sustancias reales, mas superpuestos a ellas desde el exterior, de manera que la divina Naturaleza estaría

pintada como una prostituta cuyos incentivos sólo cubren el sepulcro interior; y cuando vamos aún más lejos y pensamos que el cosmético místico que produce cada uno de sus matices, el gran principio de la luz, es blanco o incoloro y si no obrara sobre las cosas a través de un medio lo revestiría todo, hasta las rosas y los tulípanes, de su tinte neutro: cuando meditamos acerca de todo esto, el universo paralizado surge ante nosotros como un leproso; y a semejanza de esos resueltos exploradores en Laponia que se niegan a llevar anteojos coloreados, el desventurado incrédulo contempla hasta enceguecerse el monumental sudario blanco que envuelve la perspectiva tendida a su alrededor. La ballena era el símbolo de todas estas cosas. ¿Cómo puede asombrarte, lector, la ferocidad de la caza?

XLIII. ¡ESCUCHA!

—¡Chist! ¿Has oído ese ruido, Cabaco?

Era durante la guardia nocturna. Una hermosa luna. Los marineros formaban una fila que iba desde una de las botas de agua dulce, en el combés, hasta el barril, cerca del coronamiento. De este modo se pasaban los baldes para llenar el barril. De pie, casi todos, sobre los sacros recintos del alcázar, ponían buen cuidado en no hacer ruido con los pies. Los baldes pasaban de mano en mano en el más hondo silencio, interrumpido apenas por el batir de una vela y el continuo rumor de la quilla que avanzaba.

Fue en medio de esta calma cuando Archy, un marinero de la fila, situado cerca de las escotillas de popa, susurró a su vecino, un *cholo*, esas palabras.

—¡Chist! ¿Has oído ese ruido, Cabaco?

—¡Torna el balde, Archy! ¿De qué ruido me hablas?

—Óyelo de nuevo, bajo las escotillas: ¿no lo oyes? Una tos, parece una tos.

—¡Al diablo con la tos! Alcánzame ese balde vacío.

—¡Óyelo de nuevo, óyelo! ¡Ahora suena como si dos o tres hombres durmieran gruñendo al volverse!

—¡Caramba! ¿No has terminado con eso, marinero? Son las tres galletas remojadas que te comiste esta noche y que se te revuelven en el estómago: nada más que eso. ¡Atención con el balde!

—Di lo que quieras, marinero; tengo muy buen oído.

—Sí, tú eres de los que oyen el ruido de las agujas de tejer de la vieja cuáquera a cincuenta millas de la costa de Nantucket...

—Ríete cuanto quieras; veremos en qué acaba esto. Oye, Cabaco: allí, en la bodega, hay alguien que aún no hemos visto en cubierta; y no creo que el viejo Mogol sepa nada de él... Una mañana, durante la guardia, oí a Stubb decir a Flask que había algo de eso en el aire.

—¡Chist! ¡Pásame el balde!

XLIV. EL MAPA

Si hubiéramos seguido al capitán Ahab en su cabina, después de la tempestad que estalló una noche luego de que la tripulación aceptara con tan feroz entusiasmo su proyecto, lo habríamos visto dirigirse hacia un armario y sacar un gran rollo arrugado y amarillento de mapas marítimos, para después desplegarlo frente a él en su mesa atornillada al suelo. Luego, sentado ante la mesa, lo habríamos visto estudiar con extrema concentración las diversas líneas y sombras en que se posaba su mirada y trazar con lápiz lento pero seguro nuevos itinerarios. De cuando en cuando acudía a una pila de viejos cuadernos de bitácora que había junto a él, en los cuales estaban anotadas las estaciones y lugares en que, durante viajes anteriores de diversas naves balleneras, se habían capturado o visto cachalotes.

Mientras se entregaba a esa tarea, la pesada lámpara de peltre colgada sobre su cabeza oscilaba sin cesar con los movimientos de la nave y arrojaba resplandores y sombras danzantes sobre su frente surcada; en un momento dado casi pareció que, mientras el capitán trazaba líneas y derroteros en los mapas ajados, un lápiz invisible también trazaba líneas y derroteros en el otro mapa hondamente marcado de su frente.

Pero esa no fue la única noche en que, solo en su cabina, Ahab meditó sobre sus mapas. Casi todas las noches los tomaba, casi todas las noches borraba algunos trazos de lápiz para sustituirlos por otros. Pues con los mapas de los cuatro océanos ante sí, Ahab tejía una red de corrientes y remolinos a fin de asegurarse el cumplimiento de su monomaniaco designio.

Ahora bien, para alguien no muy familiarizado con los hábitos de los leviatanes resultaría una empresa absurda y desesperada buscar de ese modo una criatura determinada en los infinitos océanos de nuestro planeta. Pero no pensaba lo mismo Ahab, que conocía las direcciones de todas las mareas y corrientes y, por lo tanto, calculando los desplazamientos del alimento de los cachalotes y pensando en las estaciones apropiadas para la caza en cada latitud, podía llegar a conjeturas muy

razonables, o a conclusiones casi certeras sobre el día más oportuno para dirigirse a tal o cual punto en busca de su presa.

Tan indudable es la regularidad con que el cachalote retorna a determinadas aguas que muchos cazadores piensan que si fuera posible confrontar los registros de toda la flota ballenera, se descubriría que las migraciones de cachalote son tan previsibles como las de los cardúmenes de arenques o como los vuelos de las golondrinas. Según este principio se hicieron intentos para trazar laboriosos mapas migratorios del cachalote.

Por otro lado, cuando pasan de una zona de alimentación a otra, los cachalotes, guiados por su instinto infalible —y aun podríamos decir que por un secreto consejo de la Divinidad—, nadan casi siempre en venas, como las llaman: continúan su camino, a lo largo de una línea oceánica, con exactitud tan inflexible que ninguna nave ha llevado su rumbo con la décima parte de esa maravillosa precisión. Si bien en estos casos la dirección que lleva una ballena determinada es recta como la paralela de un geómetra, y aunque la línea de su marcha se ciñe estrictamente a su propia, inevitable estela recta, la vena arbitraria en la cual se dice que nada la ballena abarca por lo general varias millas de amplitud (aproximadamente, pues se presume que la vena se expande o se restringe), pero nunca excede el alcance de la vista desde los puestos de los vigías en la nave ballenera que avanza en esta zona mágica. La conclusión es que, en determinadas estaciones, dentro de ese espacio y a lo largo de ese camino, es muy posible encontrar ballenas migratorias.

En las épocas previstas y en las zonas de alimentación bien conocidas Ahab podía tener, pues, la esperanza de encontrar a su presa. Más aún: en las inmensas extensiones de las aguas intermedias, podía encaminar la nave de tal modo que no excluyera la esperanza de ese encuentro.

Había una circunstancia que, a primera vista, parecía confundir su esquema delirante y a la vez metódico (aunque con método distinto del de la realidad). Si bien los cachalotes gregarios acuden en estaciones fijas a las zonas de alimentación, no puede concluirse en general que la manada que aparece un año en una determinada latitud o longitud sea la misma que se encontró en el mismo sitio la estación anterior, si bien hay casos particulares e indiscutibles en que ocurre lo contrario. La misma observación, aunque con alcance menos amplio, puede hacerse sobre los cachalotes maduros y viejos, de hábitos solitarios. De modo que el hecho de haber avistado a Moby Dick años antes, por ejemplo, en la zona llamada de las Seychelles, en el Océano Índico, o en la Bahía del Volcán, en la costa del Japón, no significaba que si el *Pequod* hubiese pasado por una de esas zonas en la estación siguiente la habría encontrado infaliblemente. Lo mismo ocurría con otras zonas de alimentación en las cuales se había mostrado alguna vez el monstruo. Todos esos lugares parecían tan sólo sus paradas casuales o, por así decirlo, sus posadas oceánicas: no los lugares de

permanencia prolongada. Y cuando hemos hablado de las probabilidades que Ahab tenía de lograr su propósito, hemos aludido sólo a sus esperanzas marginales, anticipadas, calculadas, antes de que se presentaran el tiempo y el lugar en que toda posibilidad pudiera convertirse de veras en probabilidad y —como ansiaba Ahab— cada probabilidad en una certeza. Ese tiempo y ese lugar determinados se fundían en una frase técnica: la Estación del Ecuador. Porque en ese lugar y en ese tiempo, durante varios años consecutivos, habían visto a Moby Dick detenerse periódicamente, así como el sol, en su revolución anual, se detiene durante un intervalo ya calculado en cada uno de los signos del Zodíaco. Allí, por otra parte, habían ocurrido casi todos los encuentros mortales con la Ballena Blanca; allí las olas contenían la historia de sus hazañas; allí estaba el trágico lugar donde el viejo monomaniaco había encontrado el territorio móvil de su venganza. Pero en el cauteloso estudio y la vigilancia siempre alerta con que Ahab precipitaba su espíritu caviloso hacia esa caza, él nunca se habría permitido fundamentar sus esperanzas sobre el único hecho principal antes mencionado, por halagüeño que fuera para esas esperanzas suyas; ni tampoco habría tranquilizado su inquieto corazón, durante los insomnios provocados por su designio, hasta el punto de posponer toda investigación ocasional.

Ahora bien, el *Pequod* había zarpado desde Nantucket al iniciarse la Estación del Ecuador. Ningún esfuerzo posible podía poner al comandante en condiciones de realizar la gran travesía hacia el sur, doblar el Cabo de Hornos y después, bajando hasta los sesenta grados de latitud, llegar al Pacífico ecuatorial a tiempo para cruzarlo. No había otro remedio que esperar la estación siguiente. Sin embargo, la prematura partida del *Pequod* había sido razonablemente dispuesta por Ahab teniendo en cuenta esta complicación de factores. Porque tenía ante sí un intervalo de trescientos sesenta y cinco días y otras tantas noches: un intervalo que, en vez de sobrellevarlo con impaciencia en tierra, podía emplearlo en una caza mixta si la casualidad quería que la Ballena Blanca, durante sus vacaciones en mares alejados de sus periódicas zonas de caza, asomara su rugosa frente ante el Golfo de Persia o en la Bahía de Bengala o en los Mares de la China o en todas las demás zonas frecuentadas por su especie. Así, cualquier viento, el monzón, el pampero, el noroeste, el harmattan, el alisio —con la sola excepción del viento del Levante o el simún—, podía llevar a Moby Dick hacia la estela sinuosa del *Pequod*, que daba la vuelta al mundo.

Pero aun admitiendo todo esto, si lo pensamos con discreción y calma, ¿no parece insensata la idea de que en el océano ilimitado un cazador fuera capaz de reconocer e individualizar a una ballena solitaria, aun en el caso de que la encontrara, como si fuera un muftí de barba blanca en las calles atestadas de Constantinopla? Sí. Porque la frente peculiar y la giba de Moby Dick, blancas como la nieve, eran inconfundibles. «¿Y acaso no la he marcado?», murmuraba para sí Ahab cuando, después de trabajar en sus mapas hasta muy pasada la medianoche, se recluía en sus divagaciones. «¿No la he

marcado? ¿Cómo podrá huir de mí? Sus aletas están horadadas y festoneadas como las orejas de un cordero extraviado». Y entonces su espíritu enloquecido se lanzaba a una carrera enloquecida, hasta que el cansancio caía sobre él y su lucidez se confundía, y entonces procuraba recobrar las fuerzas perdidas al aire libre, en cubierta. ¡Oh, Dios! ¡Qué éxtasis de sufrimiento soporta el hombre devorado por un insatisfecho deseo de venganza! Duerme con los puños crispados y despierta con las uñas ensangrentadas, clavadas en la carne.

A veces, cuando lo ahuyentaban de su hamaca agotadoras pesadillas insoportablemente vívidas que, prolongando los intensos pensamientos del día, los exacerbaban en un tumulto frenético y los hacían girar en su ardiente cerebro hasta que los latidos de su centro vital se convertían para Ahab en una angustia insoportable; y cuando, como solía ocurrir, estos sobresaltos espirituales le socavaban los fundamentos del ser y parecían abrir ante él un abismo del cual surgían relámpagos y llamas bifurcadas, mientras demonios malditos lo incitaban a precipitarse hacia ellos; cuando todo ese infierno interior se abría a sus pies, se oía un aullido feroz en la nave y Ahab, con los ojos desorbitados, se arrojaba fuera de su cabina, como huyendo de un lecho incendiado. Pero éstos no eran, quizá, los síntomas irresistibles de alguna oculta debilidad o del temor de persistir en su resolución, cuanto los indicios innegables de la intensidad de esa misma resolución. Porque en tales ocasiones Ahab, el loco, el racionalmente e insaciablemente resuelto cazador de la Ballena Blanca, este Ahab tendido en su hamaca no era la causa que lo impulsaba a precipitarse hacia afuera lleno de horror. Esta causa era el principio o espíritu eterno, viviente en él: y en el sueño, separado por algunos momentos de la razón que otras veces lo utilizaba como vehículo suyo o agente exterior, este principio procuraba salvarse espontáneamente de la quemante vecindad de la criatura enloquecida de la cual, en esos instantes, no formaba parte. Pero como la razón no existe sino ligada al espíritu, lo más probable, en el caso de Ahab, que encaminaba todos sus pensamientos y sus fantasías hacia su único propósito supremo era que tal propósito, a causa de su extraña obstinación, se convirtiera, oponiéndose a diablos y dioses, en una especie de ser propio, autónomo y exclusivo. Y este ser podía vivir y arder mientras la vitalidad común a que estaba ligado huía espantada de ese nacimiento inesperado y arbitrario. Por consiguiente, el espíritu atormentado que relucía en esos ojos corpóreos cuando el ser parecido a Ahab salía tumultuosamente de la cabina era, en esos momentos, sólo algo vacía, una informe criatura sonambulesca, un rayo de luz viviente, sin duda, pero sin un objeto al cual pudiera atribuir color: algo inexistente en sí mismo. Que Dios te ayude, anciano; tus pensamientos han creado a un ser en ti; un buitre devora el corazón del hombre convertido en Prometeo por obra de su intenso pensamiento. Ese buitre es el ser que él ha creado.

XLV. EL TESTIMONIO

Por todo lo que pueda haber de ficción en este libro y, en verdad, por lo que se relaciona indirectamente con uno o dos detalles muy interesantes y curiosos de los hábitos de los cachalotes, el capítulo precedente es, en su primera parte, tan importante como cualquier otro de este volumen; pero su tema principal exige, para ser bien entendido, que nos demoremos en él un poco más y con mayor familiaridad; por otra parte, es preciso suprimir la incredulidad que una profunda ignorancia de ese tema podría suscitar en algún lector en cuanto a la verdad natural de los puntos principales de esta historia.

No me preocupa desarrollar esta parte de mi tarea con método: me contentaré con producir la impresión deseada mencionando casos concretos que he presenciado o acerca de los cuales he oído, en mi calidad de ballenero: creo que la conclusión se deducirá naturalmente de esas citas.

Primero: he presenciado tres casos en los cuales una ballena, herida por un arpón, logró huir, y en uno de esos casos, después de un intervalo de tres años, fue nuevamente herida y muerta por la misma mano: dos hierros, ambos marcados con la misma señal personal, fueron extraídos de su cuerpo. Tres años pasaron entre las heridas de los dos arpones, pero pienso que han de haber sido aún más, puesto que el hombre que los arrojó tuvo ocasión, en el intervalo, de hacer un viaje a África en una nave mercante: bajó a tierra, se unió a una expedición de exploradores y se internó en el continente, por el cual anduvo durante casi dos años, soportando a menudo el peligro de las serpientes, los salvajes, las fieras y las miasmas venenosas, juntamente con todos los demás riesgos habituales que corre quien viaja por el corazón de regiones desconocidas. Mientras tanto, también la ballena herida por él debió hacer sus viajes: sin duda, dio la vuelta al globo tres veces, rozando con sus flancos todas las costas de África, pero fue en vano. Hombre y ballena volvieron a encontrarse y el uno venció a la otra. Yo mismo he conocido tres casos semejantes a éste: en dos de ellos he visto herir a la ballena y, en el segundo encuentro, he visto los dos hierros con las respectivas marcas extraídos del animal muerto. En el caso de los tres años de

intervalo, ocurrió que yo estuve en el bote ambas veces, la primera y la última: en la última reconocí distintamente una enorme y extraña mancha que la ballena tenía bajo el ojo y que ya había advertido tres años antes. Digo tres años, pero estoy bien seguro de que eran más. Éstos son, pues, tres ejemplos que puedo atestiguar directamente; pero he oído acerca de muchos otros por boca de personas cuya veracidad en la materia no tengo el menor motivo para poner en duda.

Segundo: es bien sabido en la pesca de ballenas —aunque el común de la gente de tierra lo ignore— que ha habido varios memorables casos históricos en que una ballena de forma particular ha sido reconocida varias veces en momentos y lugares diferentes del océano. El motivo por el cual una ballena se vuelve tan popular no se relaciona, originariamente, tan sólo con su particularidad física, diferente de las demás ballenas, puesto que por peculiar que pueda ser una ballena los cazadores acaban pronto con sus particularidades matándola e hirviéndola para obtener su precioso aceite. No, el motivo es éste: a causa de las fatales experiencias de la caza se acumula sobre la ballena en cuestión una terrible fama de peligro, como ocurrió con Rinaldo Rinaldini, al punto que muchos pescadores se contentan con reconocerla y se tocan las gorras cuando la avistan en el mar, sin procurar entablar con ella una relación más íntima. Del mismo modo, algunos pobres diablos, en tierra firme, al reconocer en la calle a algún gran hombre irascible le hacen saludos discretos y a cuidadosa distancia, temiendo que si extreman su relación corren el peligro de recibir un sumario puntapié por su atrevimiento.

Pero cada uno de esos famosos cachalotes no sólo goza de gran celebridad —que hasta podríamos llamar renombre oceánico—; no sólo es famoso en vida y luego, después de muerto, se immortaliza en los cuentos de a bordo, sino que también merece todos los derechos, privilegios y distinciones de un nombre, como Cambises o César. ¿No fue ése tu caso, oh Timor Tom, famosísimo Leviatán, surcado de cicatrices, como un témpano, que durante tantos años merodeaste el estrecho oriental que lleva tu mismo nombre? Tu chorro podía verse, en ocasiones, hasta en la playa de palmeras de Ombay. ¿No fue ése tu caso, oh Jack de Nueva Zelanda, terror de todas las naves que cruzan sus estelas en la vecindad de la Tierra de Tatoo? ¿No fue ése tu caso, oh Morquan, rey de Japón? Tu alto chorro, según cuentan, parecía a veces una cruz nivea contra el cielo. ¿No fue ése tu caso, oh don Miguel, cachalote chileno con el lomo marcado por jeroglíficos místicos, como una vieja tortuga? En llana prosa, he aquí a cuatro ballenas tan conocidas por los estudiosos de la historia cetácea como Mario o Sila por los eruditos de la historia clásica.

Pero esto no es todo. Jack de Nueva Zelanda y don Miguel, después de haber causado grandes daños a los botes de no pocos navíos, fueron al fin sistemáticamente perseguidos, cazados y muertos por valientes capitanes balleneros que zarparon con el mismo propósito que el capitán Butler, el cual, atravesando los bosques de

Narragansett habría de capturar al famoso y feroz asesino Annawon, guerrero principal del rey indio Felipe.

No sé si existe lugar mejor que éste para mencionar uno o dos detalles incidentales que me parecen importantes para establecer, en caracteres de imprenta, lo razonable que es en todo respecto la historia de la Ballena Blanca y, en especial, la catástrofe. Porque este es uno de esos casos desalentadores en que la verdad exige tanto apoyo como el error. La mayoría de la gente de tierra ignora a tal punto algunas de las más sencillas y palpables maravillas del mundo, que sin el apoyo de los simples hechos históricos y ahistóricos de la caza de ballenas podrían desdeñar a Moby Dick como una fábula monstruosa o, cosa aún peor y más detestable, como una insoportable y repulsiva alegoría.

Primero: aunque muchos hombres tienen una idea vaga y oscilante acerca de los peligros de la pesca mayor, carecen de una concepción firme y real sobre estos peligros y la frecuencia con que se presentan. Uno de los motivos es, quizá, que ni siquiera uno de cada cincuenta desastres y muertes ocurridos en la pesca encuentra en la patria una mención pública, por fugaz y rápidamente olvidada que pueda ser. ¿Acaso crees, lector, que el desgraciado que —quizá en este mismo instante—, atrapado por la línea del arpón en aguas de Nueva Guinea es arrastrado al fondo del mar por el leviatán, acaso crees, te repito, que el nombre de este desgraciado aparecerá en el aviso fúnebre del periódico que leerás mañana durante el desayuno? No, porque el servicio postal es muy irregular entre nosotros y Nueva Guinea. En verdad, ¿has oído alguna vez algo que pudiera llamarse noticias regulares, directas o indirectas, sobre Nueva Guinea? Más aún: te diré que durante un viaje que hice al Pacífico, nos cruzamos con treinta naves diferentes cada una de las cuales había tenido una baja a causa de una ballena; en otra nave las bajas habían sido más y tres balleneras habían perdido, cada una, la tripulación entera de un bote. ¡Por el amor de Dios, economiza velas y aceite de lámparas!, lector. Cada litro de aceite que quemas ha costado por lo menos una gota de sangre humana.

Segundo: la gente de tierra tiene, en verdad, la idea vaga de que la ballena es una enorme bestia de increíble fuerza, pero siempre he comprobado que cuando citaba algún ejemplo especial de esa doble enormidad, mis oyentes me hacían cumplidos intencionados por mis chistes: y juro por mi alma que no me había propuesto hacer el menor chiste, como no se lo propuso Moisés al escribir la historia de las plagas de Egipto.

Pero afortunadamente, el punto particular que procuro establecer aquí puede fundarse en testimonios totalmente independientes del mío. El punto es éste: el cachalote es, en determinados casos, bastante fuerte, inteligente y perverso como para desfondar, destruir y hundir con innegable premeditación una gran nave. Y lo que es más, el cachalote *lo ha hecho*.

Primero: en el año de 1820, la nave *Essex*, capitán Pollard, de Nantucket, atravesaba el Océano Pacífico. Un día avistó chorros de ballenas, bajó los botes al mar y dio caza a una manada de cachalotes. No mucho después, varios cachalotes estaban heridos. De improviso uno muy grande que había logrado huir de los botes, se apartó de su grupo y se dirigió hacia la nave. Embistiéndola con la frente, la desfondó de tal modo que en menos de «diez minutos» la nave se hundió y desapareció. Desde entonces no se vio de ella ni siquiera un tablón. Al cabo de penosas experiencias, parte de la tripulación llegó a tierra en los botes. Cuando al fin regresó a su patria, el capitán volvió a zarpar hacia el Pacífico al mando de otra nave; pero los dioses volvieron a hacerlo naufragar, arrojándolo contra rocas y arrecifes desconocidos; por segunda vez la nave se perdió totalmente y él, renegando del mar para siempre, no volvió a intentar otro viaje. Hoy, el capitán Pollard vive en Nantucket. He conocido a Owen Chace, era primer oficial del *Essex* cuando ocurrió la tragedia; he leído su relato simple y fiel, he conversado con su hijo a pocas millas del lugar de la catástrofe.

Segundo: la nave *Unión*, también de Nantucket, se perdió por completo, en el año 1807, en aguas de las Azores, a consecuencia de un encuentro similar; pero no he podido hallar informes auténticos de esta catástrofe, aunque de cuando en cuando he oído alusiones a ella en labios de los balleneros.

Tercero: hace unos dieciocho o veinte años, el comodoro J..., por entonces al mando de una corbeta norteamericana de primera clase, almorzó un día a bordo de una nave con un grupo de capitanes de Nantucket, en el puerto de Oahu, de las Islas Sandwich. Cuando la conversación giró sobre las ballenas, el comodoro se mostró complacido en exhibir su escepticismo acerca de la fuerza asombrosa que esos caballeros profesionales atribuían al leviatán. Por ejemplo, negó perentoriamente que cualquier ballena fuera capaz de producir siquiera una fisura que dejara entrar un dedal de agua. Pero ahí no paró el asunto. Algunas semanas después, el comodoro zarpó en su inexpugnable navío rumbo a Valparaíso. Pero lo detuvo un robusto cachalote que solicitó un coloquio confidencial de unos minutos. El coloquio consistió en tal embestida a la nave del comodoro que éste debió enfilarse, con todas las bombas en movimiento, hacia el puerto más cercano para reparar los daños. No soy supersticioso, pero considero que el encuentro de esa ballena con el comodoro fue providencial. ¿Acaso un terror de la misma índole no convirtió a Pablo de Tarso de su incredulidad? Te aseguro, lector, que el cachalote no resiste la necedad.

Ahora me referiré a los *Viajes* de Langsdorff por un detalle relacionado con nuestro tema, de particular interés para mí. Has de saber que Langsdorff, entre paréntesis, formó parte de la famosa Exploración dirigida por el almirante ruso Krusenstern, a comienzos de este siglo. El capitán Langsdorff inicia así el capítulo XVII.

«El trece de mayo, nuestra nave estaba pronta a zarpar y al día siguiente ya estábamos en mar abierto, camino de Ojotsk. El tiempo era límpido y hermoso, pero

hacía un frío tan intolerable que nos vimos obligados a ponernos los abrigos de piel. Durante algunos días hubo muy poco viento, pero el día decimonono sopló desde el noroeste un viento harto vivo. Una ballena extraordinariamente grande, cuyo cuerpo superaba el tamaño de la nave, permanecía casi en la superficie, pero nadie la vio a bordo hasta el momento en que la nave casi se le fue encima a toda vela: fue imposible evitar el choque. Nos encontramos, así, ante el peligro más inminente, porque esa criatura gigantesca, enarcando el lomo, levantó la nave por lo menos a una altura de tres pies sobre el agua. Los mástiles oscilaron, todas las velas cayeron, y nosotros, que estábamos abajo, saltamos de inmediato a cubierta, convencidos de que habíamos chocado contra un escollo. Lo que vimos, en cambio, fue el monstruo que se alejaba solemne. El capitán D'Wolf hizo funcionar de inmediato las bombas para comprobar si la nave había recibido algún daño en el choque, pero descubrimos que habíamos tenido la gran dicha de escapar sin la menor avería».

Este capitán D'Wolf mencionado como comandante de la nave en cuestión era de Nueva Inglaterra y tras una larga vida de insólitas aventuras hoy vive en la aldea de Dorchester, cerca de Boston. Tengo el honor de ser su sobrino. Lo he interrogado minuciosamente acerca de ese pasaje de Langsdorff y me confirmó cada palabra de él. Pero la nave no era demasiado grande: un barco ruso construido en la costa siberiana y adquirido por mi tío luego de vender el que lo había llevado desde su patria.

En ese libro tan viril, bajo todo aspecto, y donde se narran aventuras a la antigua y genuinas maravillas, que es el viaje de Lionel Wafer, uno de los viejos compañeros del antiguo Dampier, encontré una anécdota tan semejante a la que he citado del libro de Langsdorff, que no puedo sino incluirla aquí, como ejemplo que corrobore lo ya dicho, en caso de que sea necesario.

Parece que Lionel iba camino de «John Ferdinando», como llama a la moderna Juan Fernández. «En nuestra marcha hacia allí —dice—, hacia las cuatro de la mañana, cuando estábamos a unas ciento cincuenta leguas del continente americano, la nave sufrió una terrible embestida; nuestros hombres se perturbaron tanto que perdieron casi conciencia del lugar en que estaban y no sabían qué pensar; cada uno empezó a prepararse para morir. En verdad, la embestida fue tan violenta y repentina que nos convencimos de que la nave había chocado contra un escollo; pero cuando se disipó un tanto nuestra confusión, echamos la sonda y buscamos hondo, sin encontrarlo... Lo repentino del choque hizo saltar los cañones de sus emplazamientos y varios hombres rodaron de sus hamacas. ¡El capitán Davis, que yacía con la cabeza apoyada en un cañón, fue arrojado fuera de su cabina!». Después Lionel atribuye la sacudida a un terremoto y parece corroborar esa atribución al señalar que por aquella época, en esa misma zona, un terrible terremoto causó grandes daños en España. Pero no me asombraría demasiado que, en la penumbra de aquella temprana hora matutina, la

sacudida hubiese sido producida por una ballena no avistada que hubiese embestido la quilla verticalmente, desde abajo.

Podría continuar con muchos otros ejemplos —llegados a mí en una u otra forma— de la gran fuerza y la perversidad del cachalote. En más de un caso, el monstruo no sólo ha perseguido hasta la nave a los botes que lo atacaban, sino que también ha seguido a la propia nave y ha resistido durante largo rato las lanzas arrojadas desde ella. La nave inglesa *Pusie Hall* puede contarnos mucho acerca de esto; y en cuanto a la fuerza del cachalote, diré que hubo casos en que los cables fijados por los arpones a una ballena que huía en un mar calmo fueron sujetados a la nave, y la ballena remolcó a la gran nave como un caballo que arrastra un carro. Aún hoy suele observarse que si, después de herido el cachalote, se le da tiempo para que se recobre, el animal se vuelve contra sus perseguidores, no tanto con ciega furia cuanto con obstinado y deliberado designio de destrucción, y no podemos sino ver un elocuente indicio de su naturaleza en el hecho de que, al ser atacado, suele abrir la boca y mantenerla en esa espantosa posición durante varios minutos. Pero debo contentarme con una última y concluyente ilustración, particularmente notable y significativa y mediante la cual podría convencerte, lector, de que el suceso más maravilloso de este libro no sólo se apoya en hechos claros de nuestro tiempo, sino también de que esas maravillas (como ocurre con todas las maravillas) son meras repeticiones de los siglos; de modo que, por millonésima vez, admitamos con Salomón: «En verdad, no hay nada nuevo bajo el sol».

En el siglo VI después de Cristo vivía Procopio, magistrado cristiano de Constantinopla, en los días en que Justiniano era emperador y Belisario general. Como muchos saben, escribió la historia de sus tiempos, obra de valor poco común, en todo sentido. Las mejores autoridades lo consideraron siempre un historiador muy digno de fe y sin tendencia a las exageraciones, salvo en uno o dos detalles que nada tienen que ver con el tema que nos ocupa ahora.

Ahora bien, en esta historia Procopio recuerda que durante su prefectura en Constantinopla fue capturado en Propontis, o mar de Mármara, un gran monstruo marino que había destruido en esas aguas muchos navíos durante un período de cincuenta años. Un hecho registrado en una historia auténtica no puede negarse fácilmente. Y no hay ninguna razón para negarlo. El libro no dice de qué especie era el monstruo marino. Pero como destruía naves, y por otras razones, ha de haber sido una ballena; por mi parte, me siento muy inclinado a creer que era un cachalote. Y diré por qué. Durante mucho tiempo he imaginado que el cachalote era desconocido en el Mediterráneo y las aguas profundas que comunican con él. Aún ahora estoy seguro de que esos mares no son y quizá nunca podrán ser, en las actuales circunstancias, un lugar para que el cachalote haga de él su habitual morada colectiva. Pero indagaciones posteriores me han demostrado que en los tiempos modernos se han registrado

presencias aisladas de cachalotes en el Mediterráneo. Sé que en la costa de Berbería, un comodoro Davis, de la marina de guerra inglesa, encontró el esqueleto de un cachalote. Y como una nave de guerra pasa fácilmente a través de los Dardanelos, también un cachalote podrá entrar por el mismo camino en Propontis desde el Mediterráneo.

En Propontis, que yo sepa, no hay rastros de esa peculiar sustancia llamada *brit*, que es el alimento de la ballena. Pero tengo toda suerte de motivos para creer que el alimento del cachalote (el calamar o la sepia) se esconde en el fondo de ese mar, porque grandes ejemplares, aunque no los mayores de la especie, se encontraron en la superficie. Por lo tanto, si reunimos estos hechos convenientemente, veremos con claridad que, según toda lógica humana, ese monstruo marino de Procopio que durante medio siglo hundió las naves de un emperador romano debió ser con toda probabilidad un cachalote.

XLVI. CONJETURAS

Aunque Ahab, devorado por el fuego ardiente de su propósito, tuviera presente en todos sus pensamientos y acciones la captura final de Moby Dick, y aunque pareciera dispuesto a sacrificar todo interés humano a esa única pasión, por naturaleza o por hábito estaba demasiado ligado a las rudas costumbres de los balleneros para abandonar del todo el interés colateral de los propósitos del viaje. O al menos, si así no era, no faltaban otros motivos que obraban sobre él con mayor influjo. Quizá sea hilar demasiado delgado —aun considerando su monomanía— insinuar que su ansia de venganza contra la Ballena Blanca hubiese podido extenderse a todos los cachalotes y que cuantos más monstruos mataba tanto más se multiplicaba la posibilidad de que cada ballena sucesivamente encontrada fuese esa tan aborrecida a la cual daba caza. Pero si tal hipótesis es, en verdad, insostenible, existían otras consideraciones que, si bien no íntimamente vinculadas a la locura de su pasión dominante, podían apoderarse de su mente.

Para cumplir su propósito, Ahab debía emplear instrumentos; y de todos los instrumentos que se emplean en este mundo sublunar, los hombres son los que se estropean más pronto. Ahab sabía, por ejemplo, que por magnético que fuera su ascendiente sobre Starbuck, este ascendiente no abarcaba la entera persona espiritual de su oficial, así como la mera superioridad material no implica la supremacía intelectual: porque lo intelectual tiene con lo espiritual sólo un tipo de relación material. El cuerpo de Starbuck y la voluntad dominada de Starbuck estaban en poder de Ahab mientras Ahab mantuviera su fuerza magnética sobre el cerebro de Starbuck. Pero Ahab sabía que, a pesar de todo esto, el oficial abominaba en su alma de la empresa de su capitán y hasta podía frustrarla, si era capaz de disociarse de él. Podía ocurrir que pasara un largo intervalo antes de que avistaran la Ballena Blanca. Durante ese largo intervalo, Starbuck podía caer en accesos de rebelión contra el dominio del capitán, a menos que influjos ordinarios, prudentes, adaptados a las circunstancias logaran sojuzgarlo. No sólo esto; además, la sutil demencia de Ahab con respecto a Moby Dick de ningún modo se manifestaba más significativamente que en su

extraordinaria comprensión y sagacidad para encontrar lo que, por el momento, era necesario para despojar la caza de esa extraña impiedad imaginativa que naturalmente la envolvía; para ocultar en la oscuridad del trasfondo todo el espanto del viaje (porque muy pocos tienen un coraje que resista, sin el alivio de la acción, a la meditación prolongada) y para lograr que, durante sus largas guardias nocturnas, oficiales y marineros tuviesen cosas más inmediatas que Moby Dick en las cuales pensar. Aunque la tripulación había acogido el anuncio de la empresa con ímpetu y anhelo, todos los marineros son más o menos volubles y poco dignos de fe —viven en la mudable intemperie, inhalando su inconstancia—, y cuando se los reserva para algún propósito lejano que, si bien promete al fin vida y pasión, los deja durante un lapso inactivos, es imprescindible que intereses y ocupaciones temporarias los mantengan saludablemente en suspenso para la arremetida final.

Ahab tampoco descuidaba otro detalle. En épocas de intensa emoción, la humanidad desdeña toda consideración material. Pero esas épocas son fugaces. La condición orgánica permanente del hombre, tal como ha sido hecho —pensaba Ahab— es la codicia. «Aun admitiendo que la Ballena Blanca exalte el corazón de esta tripulación salvaje y, valiéndose de ese salvajismo, suscite en ellos cierta generosidad de caballeros andantes, mientras impulsados por esa generosidad se lanzan tras Moby Dick es necesario alimentar sus apetitos más comunes y cotidianos. Porque hasta los insignes y caballerescos Cruzados no se contentaban con atravesar dos mil millas de tierra para luchar por su santo sepulcro: en su camino cometían pillerías, vaciaban bolsillos y obtenían ganancia con otros lances piadosos. Muchos de ellos habrían vuelto la espalda, disgustados, a su romántico propósito si hubiesen tenido que consagrarse exclusivamente a él. No privaré a estos hombres —pensaba Ahab— de todas sus esperanzas de ganar dinero. Quizá desprecien ahora el dinero, pero si dentro de algunos meses ninguna promesa de provecho surge ante ellos, ese mismo dinero que ahora los tiene tan sin cuidado liquidará pronto a Ahab».

Tampoco faltaba otro motivo precautorio más relacionado con el propio Ahab. Puesto que, cediendo a su impulso, como es probable, Ahab había revelado algo prematuramente el propósito esencial, pero privado, del viaje del *Pequod*, ahora sabía muy bien que se había expuesto de manera indirecta al cargo de usurpación. Con perfecta impunidad, tanto legal como moral, su tripulación podía negarle obediencia y hasta arrebatárle el mando violentamente, si se le antojaba y estaba capacitada para ello. Desde luego, Ahab debía estar ansioso por evitar el menor riesgo de que le hicieran tal acusación y por protegerse de las posibles consecuencias que esa impresión reprimida podía tener, si ganaba terreno. Tal protección sólo podía consistir en el predominio de su cerebro, de su corazón y de su mano, sostenidos por una lúcida y calculadora atención al menor influjo atmosférico que pudiera dominar a su tripulación.

Por todas estas razones, pues, y por otras demasiado complicadas para desarrollarlas aquí verbalmente, Ahab tenía plena conciencia de que debía mantenerse fiel, hasta cierto punto, al propósito natural y nominal del viaje del *Pequod*: no sólo tenía que respetar todos los usos tradicionales, sino que también debía esforzarse por exhibir todo su conocido y apasionado interés por el ejercicio general de su profesión.

Sea como fuere, su voz exhortaba ahora con frecuencia a los vigías en los tres mástiles para que aguzaran la vista y no dejaran de anunciar siquiera una marsopa. Esta vigilancia no tardó en ser recompensada.

XLVII. EL TEJEDOR DE ESTERAS

Era una tarde nublada y bochornosa; los marineros vagabundeaban perezosos por la cubierta o miraban distraídos el agua color de plomo. Queequeg y yo estábamos ocupados en tejer plácidamente una estera de espada con que hacer una amarra suplementaria para nuestro bote. Tan apacible y atemperada era la escena —y, a la vez, tan cargada de anuncios—, tal encanto de orgía se ocultaba en el aire, que cada marinero silencioso parecía diluido en su propia, invisible intimidad.

Yo era el ayudante o paje de Queequeg en la fabricación de la estera: pasaba y repasaba la trama de merlín entre los largos hilos de urdimbre, usando mis propias manos como lanzadera, mientras Queequeg, vuelto de lado, metía de cuando en cuando la pesada espada de roble entre los hilos, mirando perezosamente el agua, y ponía cada hilo en su sitio, distraído y sin demostrar interés en la tarea. En esos momentos, repito, reinaba en la nave y el mar tan extraña atmósfera de sueño rota tan sólo por el intermitente golpe sordo de la espada, que ése parecía el Telar del Tiempo y yo una lanzadera que tejiera mecánicamente el destino. Ahí estaban los hilos inmóviles de la urdimbre, sujetos tan sólo a una única, inalterable vibración; y esa vibración estaba calculada para permitir apenas el entrecruzamiento de otros hilos con los suyos. Esta urdimbre parecía la necesidad: aquí, pensaba yo, manejo con mis manos mi propia lanzadera y tejo mi destino en estos hilos inalterables. Mientras tanto, la espada instintiva e indiferente de Queequeg de cuando en cuando golpeaba la trama oblicuamente, o con torpeza, o con demasiada fuerza, o con demasiada debilidad, produciendo con estas diferencias un contraste correspondiente en el aspecto definitivo del pallette. La espada de este salvaje, pensaba yo, que conforma y ajusta definitivamente trama y urdimbre, esta espada fácil e indiferente debe ser el Azar. Sí, el azar, el libre albedrío y la necesidad —en modo alguno incompatibles— que trabajan juntos, entrelazándose. La recta trama de la necesidad, que no se deja desviar de su dirección final y tiende hacia ella con cada vibración alternada; el libre albedrío, aún libre para maniobrar con su espada entre los hilos; y el azar, que aunque vigilado en su juego entre las líneas rectas de la necesidad y guiado oblicuamente en

sus movimientos por el libre albedrío, aunque está a tal punto gobernado por ambos a veces los domina y al fin es quien resuelve los acontecimientos.

Así tejíamos y retejíamos, cuando me sobresaltó un ruido tan extraño, prolongado, musical y salvaje a la vez, que el ovillo del libre albedrío se me cayó de las manos y me quedé mirando las nubes de donde esa voz bajaba como un ala. En lo alto, en las vergas, estaba el de Gayhead, el loco de Tashtego. Inclínaba ansiosamente el cuerpo hacia delante, con la mano extendida como una varita mágica, y seguía gritando a breves intervalos. Sin duda el mismo grito se oía en ese instante en todos los mares, lanzado por centenares de vigías encaramados en las cofas. Pero pocos de aquellos pulmones habrían podido emitir el antiguo grito con ritmo tan maravilloso como Tashtego, el indio.

Así, suspendido sobre todos nosotros, casi flotando en el aire y mirando con feroz avidez el horizonte, parecía algún profeta o vidente que contemplara las sombras del Destino y anunciara su llegada con esos gritos salvajes.

—¡Allí van! ¡Allí, allí, allí! ¡Veo los chorros!

—¿Dónde?

—¡A sotavento, como a dos millas! ¡Es toda una manada!

Al instante todo fue conmoción.

El cachalote respira con el ritmo de un reloj, con la misma uniformidad precisa e infalible. Por eso los balleneros lo distinguen de cualquier otro animal de su género.

—¡Veo las colas! —se oyó gritar a Tashtego, y las ballenas desaparecieron.

—¡Rápido, dispensero! —gritó Ahab—. ¡La hora, la hora!

Buñuelo bajó a la carrera y volvió para indicar el minuto exacto a Ahab.

Entonces desviamos la nave del viento y avanzamos rolando suavemente. Como Tashtego anunció que las ballenas se habían sumergido por sotavento, confiábamos que las veríamos reaparecer frente a nuestra proa. Porque esa astucia peculiar que a veces demuestra el cachalote cuando, sumergiéndose de cabeza en una dirección, se vuelve mientras está oculto bajo la superficie y nada velozmente hacia la parte opuesta, este subterfugio suyo no podía emplearlo ahora ya que no había motivos para suponer que los peces avistados por Tashtego se hubieran alarmado o supiesen ya algo de nuestra cercanía. Uno de los hombres elegido como guardia de la nave, es decir, uno de los no destinados a los botes, había reemplazado al indio en la cofa. Los marineros del proel y de la mesana habían bajado; las bobinas de los cables estaban en sus sitios; las grúas se proyectaban hacia afuera; la verga mayor había sido retirada y los tres botes oscilaban sobre el mar como tres cestas de hinojo marino sobre un alto acantilado. Fuera de las amuradas, la tripulación ansiosa se asía con una mano de la batayola, con un pie apoyado, a la expectativa, en la regala. Así se muestra la larga fila de hombres en una nave de guerra, prontos a arrojar sobre el buque enemigo.

Pero en este momento crítico se oyó una súbita exclamación que apartó las miradas de las ballenas. Con un sobresalto, todos los ojos se fijaron en el sombrío Ahab, rodeado de cinco oscuros fantasmas que parecían recién formados en el aire.

XLVIII. EL PRIMER DESCENSO

Los fantasmas, puesto que no otra cosa parecían aquellas sombras, se deslizaban por el otro lado de la cubierta y con silenciosa rapidez soltaban los aparejos y desataban las cuerdas del bote que se mecía colgado de ellas. Ese bote se había considerado siempre como de repuesto, aunque técnicamente se llamara «el bote del capitán» porque estaba colgado en la popa, en el cuarto de estribor. El hombre que estaba ahora junto a su proa era alto y moreno; un diente blanco sobresalía malignamente de entre sus labios de acero. Lo envolvía funerariamente una arrugada túnica china de algodón negro, con anchos pantalones negros del mismo género tenebroso. Pero un resplandeciente turbante blanco coronaba extrañamente ese color ébano: el pelo trenzado y arrollado en varias vueltas sobre la cabeza. Menos morenos, los compañeros de este hombre tenían la vívida tez color amarillo tigre característica de algunos indígenas de las Manilas —raza famosa por su diabólica astucia—, que algunos honestos marineros blancos consideran espías pagados y agentes confidenciales, en el mar, del diablo, su señor, y cuyas oficinas suponen que están en otra parte.

Mientras la tripulación, perpleja, seguía mirando a esos extraños, Ahab gritó al viejo de blanco turbante que los mandaba:

—¿Todo listo, Fedallah?

—Todo listo —fue la respuesta, casi un silbido.

—¡Bájenlo, entonces! ¿Me han oído? —aulló Ahab a través de la cubierta—. ¡Bájenlo, he dicho!

Fue tal el tono de su voz que, a pesar de su asombro, los marineros saltaron por encima de la batayola. Giraron las roldanas y los botes, dando tumbos, cayeron al mar, mientras con audacia ágil y desenvuelta, desconocida en cualquier otra profesión, los marineros saltaron como cabras desde la nave oscilante a los botes sacudidos por las olas.

No bien saltaron desde la banda de sotavento, un cuarto bote apareció por la banda de barlovento, dio la vuelta a la popa y mostró a los cinco extraños que

remaban y a Ahab que, erguido en la popa gritaba a Starbuck, a Stubb y a Flask que se abrieran para que abarcaran un gran espacio de mar. Pero con los ojos nuevamente clavados en el negro Fedallah y su tripulación, los hombres de los demás botes no obedecieron la orden.

—Capitán Ahab... —dijo Starbuck.

—¡Sepárense! —gritó Ahab—. ¡Ábranse, los cuatro botes! ¡Tú, Flask, córrete a sotavento!

—Sí, sí, capitán —gritó alegremente el pequeño Pendolón, haciendo girar el remo-timón—. ¡Atrás! —dijo a su tripulación—. ¡Allí, allí! ¡Ahí están, muchachos, resoplando de nuevo! ¡Atrás!

—No les hagas caso a esos amarillos, Archy.

—Oh, no me importan, señor —dijo Archy—. Ya lo sabía todo. ¿Acaso no los oí en la bodega? ¿Y no se lo he dicho a Cabaco? ¿Qué dices, Cabaco? Son polizones, señor Flask.

—¡Fuerza, fuerza mis cachorros! ¡Fuerza, chiquillos! —susurró Stubb con voz lenta y acariciadora a sus hombres, algunos de los cuales todavía parecían inquietos—. ¡Por qué no se parten el espinazo, muchachos! ¿Qué diablos miran? ¿Esos tipos del bote? ¡Bah! Son cinco hombres más para ayudarnos, no importa de dónde vengan: cuantos más seamos, tanto mejor. Fuerza, vamos, fuerza: no se preocupen por el azufre, los diablos son buena gente. Así, así, ahora vamos mejor; esa remada vale mil libras, es la que se lleva el premio. ¡Viva la taza de oro llena de aceite de ballena, mis héroes! ¡Tres vivas, muchachos! ¡Arriba los corazones! Despacio, despacio, sin apurarse. ¿Por qué no deslizan los remos, granujas? ¡Muerdan un poco, perros! ¡Así, así, así: con calma, con calma! Eso es... eso es... ¡Remadas largas y fuertes! ¡Sin apurarse! ¡Que el diablo se los lleve, canallas, están todos dormidos! ¡Dejen de roncar, dormilones, y hagan fuerza! ¡Hagan fuerza, les digo! ¡Pero por qué diablos no hacen fuerza! ¡Rómpanse algo! ¡Tienen que hacer fuerza hasta escupir sangre! ¡Así! —gritó, quitándose el filoso cuchillo del cinturón—. ¡Que cada uno saque el cuchillo y haga fuerza con la hoja entre los dientes! ¡Eso es, eso es! ¡Por fin hacen algo que vale la pena, mis muchachos de acero! ¡Háganlo avanzar, hijos de mis entretelas! ¡Adelante, cabrones!

Hemos citado *in extenso* la alocución de Stubb a sus marineros porque este hombre tenía un modo muy singular de hablarles, sobre todo cuando les inculcaba la religión de los remos. Pero no debe pensarse, por esta clase de sermón, que ahora estaba de veras enfurecido —como solía estarlo— con sus feligreses. Decía las cosas más terribles a su tripulación, en un tono donde la broma y la furia se mezclaban tan extrañamente —la furia parecía calculada para condimentar la broma— que ningún remero podía oír esas curiosas invectivas sin remar con alma y vida, pero siempre como siguiendo la farsa. Por lo demás, él mismo conservaba un aire tan despreocupado e indolente y manejaba el timón con tanta cachaza, bostezando a

veces con la boca tan abierta que, por contraste, la vista de un comandante tan perezoso, obraba como un encantamiento sobre la tripulación. Además, Stubb pertenecía a esa clase de humoristas cuya jocosidad es tan curiosamente ambigua que mantiene en guardia a sus subordinados en cuanto a la obligación de obedecerle.

A una señal de Ahab, Starbuck avanzó en dirección oblicua hacia la proa de Stubb; cuando ambos botes estuvieron bastante cerca, Stubb gritó al oficial:

—¡Señor Starbuck! ¡Eh, los del bote a estribor! ¡Una palabra, señor, por favor!

—¡Hola! —respondió Starbuck sin volverse una pulgada ni dejar de animar severamente, en voz baja, a su tripulación; su cara, como de piedra, no revelaba que hubiese reparado en Stubb.

—¿Qué piensa de esos tipos, señor?

—Embarcados clandestinamente, sabe Dios cómo, antes de que zarpara la nave... ¡Fuerza, fuerza, muchachos! (*En un susurro, a sus marineros; después, nuevamente en voz alta*). Es algo que no me gusta nada, señor Stubb. ¡Pártanse el espinazo, muchachos! Pero no importa, señor Stubb. Todo ha de ser para bien... Mientras la tripulación reme con fuerza, que pase cualquier cosa... ¡Ánimo, muchachos! Hay mucha esperma por delante, señor Stubb, y por esto hemos venido... ¡Fuerza, muchachos! ¡El esperma es lo que nos interesa! Éste, al menos, es nuestro deber, el deber y la ganancia al mismo tiempo.

—Sí, sí, ya pensé en todo esto —dijo para sí Stubb cuando los botes se apartaron—. Apenas lo vi, me lo imaginé. Sí, por eso bajaba tan seguido a la bodega, como Buñuelo sospechó muchas veces. Estaban escondidos allí. La Ballena Blanca tiene algo que ver con esto. ¡Bueno, que todo sea para bien! ¡Qué podemos hacer nosotros! ¡A remar, marineros! Ahora no se trata de la Ballena Blanca. ¡A remar!

Ahora bien: la aparición de esos exóticos desconocidos en un momento tan crítico como el descenso de los botes al mar había despertado —no sin motivos— una especie de supersticioso asombro entre algunos hombres; pero como ya antes se había difundido el presunto descubrimiento de Archy —aunque en la oportunidad nadie había creído en él—, estaban de algún modo preparados para el acontecimiento y la expectativa les había embotado el asombro. A causa de esto, y gracias a la sensatez con que Stubb había explicado la aparición de los desconocidos, por el momento no se entregaron a supersticiosas conjeturas, aunque el asunto dejaba aún mucho campo libre para toda clase de tremendas suposiciones acerca de la parte que el sombrío Ahab había desempeñado desde el principio de la historia. Por mi parte, recordé sin hablar las calladas sombras que había visto deslizarse a bordo del *Pequod* en el oscuro amanecer de Nantucket, y también las enigmáticas insinuaciones del inexplicable Elías.

Mientras tanto Ahab, fuera del alcance de la voz de sus oficiales, porque se había desviado mucho hacia barlovento, avanzaba a la cabeza de los demás botes,

circunstancia que demostraba la fuerza de sus remeros. Esos seres color amarillo tigre parecían hechos de acero y hueso de ballena: como cinco martillos pilones se erguían y caían con rítmicos esfuerzos que impulsaban periódicamente la embarcación como la caldera a transmisión horizontal de un vapor del Mississippi. En cuanto a Fedallah, que manejaba el remo del arponero, se había quitado la chaqueta y mostraba el pecho desnudo y el torso nítidamente recortado contra el horizonte de agua oscilante. En el otro extremo del bote Ahab, con un brazo echado hacia atrás, a la manera de los esgrimistas, como para contrapesar toda tendencia a perder el equilibrio, manejaba con firmeza el gobernalle, como en mil otras ocasiones antes de que la Ballena Blanca lo hubiese mutilado. De repente, el brazo extendido hizo un movimiento y después permaneció inmóvil, mientras los cinco remos del bote se alzaron al mismo tiempo. Bote y hombres se inmovilizaron en el mar. Al instante, las tres embarcaciones dispersas también se detuvieron. Las ballenas se habían sumergido en el agua azul sin dar, a la distancia, el menor indicio visible de su movimiento, aunque Ahab, situado más cerca de ellas, lo advirtió.

—¡Cada uno atento a sus remos! —gritó Starbuck—. ¡Tú, Queequeg, de pie!

El salvaje saltó ágilmente sobre la plataforma triangular alzada en la proa y allí permaneció, escrutando con ojos de intensa concentración el lugar donde habían visto la presa por última vez. Del mismo modo, en la popa del bote, donde había otra plataforma triangular a nivel de la regala, Starbuck se mantenía tranquilamente y hábilmente en equilibrio, a pesar de las sacudidas de esa cáscara de nuez, examinando en silencio todo ese vasto ojo azul del mar.

No muy lejos, el bote de Flask permanecía también inmóvil, como reteniendo el aliento, con su comandante temerariamente erguido sobre una especie de poste enclavado en la quilla y a unos dos pies de altura sobre el nivel de la plataforma de popa. Este poste se emplea a veces para arrollar la línea del arpón. Su tope no ofrece más espacio que la palma de la mano de un hombre: de pie sobre una base como ésta, Flask parecía posado sobre el mástil de una nave sumergida de la cual sobresalieran sólo los aparejos. Pero el pequeño Pendolón era bajo y diminuto, y al mismo tiempo lleno de vasta y elevada ambición, de modo que ese punto de apoyo no lo satisfacía en modo alguno.

—No puedo ver más allá de tres olas; alcánceme un remo y me subiré encima.

Al oír esto, Dagoo, con las manos sobre la regala para sostenerse, se deslizó hacia popa y poniéndose allí de pie, ofreció como pedestal sus majestuosos hombros.

—Un mástil mejor que cualquier otro, señor. ¿Quiere subir?

—Claro, y muchas gracias, muchacho; sólo querría que fueras cincuenta pies más alto.

Al oír eso, el gigantesco negro, afirmando los pies contra dos tablas opuestas del bote, se inclinó un poco y presentó su palma al pie de Flask; después, poniéndose la

mano de Flask sobre la cabeza emplumada y diciéndole que saltara cuando le diera el envión, alzó al pequeño sobre sus hombros, con un diestro impulso, sano y salvo. Y así lo tuvimos a Flask de pie mientras Dagoo, con un brazo levantado, le ofrecía una borda contra la cual apoyarse sin peligro. En cualquier momento es un espectáculo curioso para el novato ver con qué maravilloso hábito de inconsciente destreza el ballenero puede mantenerse sobre su bote en una posición erguida, aun cuando lo sacudan las olas más perversas, tumultuosas y caóticas. Era aún más curioso verlo en las mismas circunstancias vertiginosamente encaramado sobre el poste. Pero el espectáculo del pequeño Flask montado sobre el gigantesco Dagoo era tanto más extraordinario, puesto que, sosteniéndose con majestad fría, indiferente y fácil, inconsciente y bárbara, el noble negro mecía armoniosamente su cuerpo perfecto a cada embate del mar. Sobre sus anchas espaldas, el rubio oficial parecía un copo de nieve. Y aunque el pequeño Flask, demasiado vivaz, presuntuoso y alborotado, golpeaba de cuando en cuando los pies con impaciencia, ni una sola vez se vio agitarse el imponente pecho del negro. Así he visto a la Pasión y la Vanidad golpear los pies contra la magnánima tierra viviente, sin que por esto la tierra haya alterado sus mareas y sus estaciones.

Mientras tanto, Stubb, el segundo oficial, no revelaba esa preocupación por ver a lo lejos. Las ballenas podían haber hecho uno de sus habituales sondeos, y no una momentánea zambullida motivada por el miedo. Por si ése era el caso, Stubb —como solía hacerlo en ocasiones semejantes, según parece— estaba resuelto a aliviar con su pipa el irritante intervalo de espera. La quitó de la banda de su sombrero, donde la llevaba siempre como una pluma. La cargó y apretó el tabaco con el pulgar; pero no bien hubo encendido el fósforo contra el papel de lija de su mano, Tashtego, el arponero del bote, que tenía los ojos fijos a barlovento como dos estrellas inmóviles, cayó como un rayo de luz sobre su banco y gritó en un frenesí de apremio:

—¡Abajo, abajo todos! ¡Remen! ¡Están allí!

Para un hombre de tierra, no ya ballenero, ni siquiera el indicio de un arenque habría sido visible en ese momento; nada, salvo un círculo inquieto de verdosas aguas blancas, y leves vahos de vapor que fluctuaban sobre esas aguas y se esparcían volando a barlovento, como la rápida espuma sobre el oleaje agitado. De pronto, el aire entero vibró y zumbó, por así decirlo, como el aire sobre una plancha de hierro al rojo vivo. Bajo esa ondulación de la atmósfera, y bajo una delgada capa de agua, nadaban las ballenas. Visto antes que cualquier otro indicio, el vapor que exhalaban parecía su rápido heraldó.

Las cuatro embarcaciones se lanzaron en una tenaz persecución tras ese círculo de agua y aire. Pero el círculo parecía resuelto a dejarlas atrás y huía como una masa de confusas burbujas impulsada por una rápida corriente de las colinas.

—¡Fuerza, fuerza, muchachos! —decía Starbuck con el susurro más leve, pero más intensamente concentrado, mientras la aguda mirada de sus ojos, fijos más allá de la

proa, recordaba casi las dos agujas de dos infalibles brújulas. No decía mucho a la tripulación, ni la tripulación le decía palabra. Sólo de cuando en cuando interrumpía el silencio sobresaltando a los hombres, con uno de esos peculiares susurros, ya en el áspero tono de la orden, ya con la dulzura del ruego. ¡Qué diferencia con el bullicioso y pequeño Pendolón!

—¡Griten, digan algo, mis valientes! ¡Rujan, remen, centellas mías! ¡Llévenme sobre sus lomos negros, muchachos; háganlo por mí y les daré por escrito mi plantación de Martha's Vineyard, muchachos: incluso mi mujer y mis hijos! ¡Llévenme hasta esos lomos! ¡Oh, Señor, Señor! ¡Me estoy volviendo loco! ¡Miren! ¡Miren esa agua blanca!

Mientras aullaba de ese modo se quitó el sombrero, lo pisoteó, lo recogió, lo arrojó lejos en el mar y al fin se puso a saltar en la popa de la embarcación como un potro de las praderas enloquecido.

—Pero miren a ese hombre —murmuraba filosóficamente Stubb que, sosteniendo por hábito la pipa no encendida entre los dientes, lo seguía a escasa distancia—. ¿Le ha dado un ataque a ese Flask? Tanto mejor: es un buen ataque lo que le hace falta. Ánimo, ánimo, mis muchachos. Esta noche, pastel para la cena, ya lo saben. Ánimo les digo. Fuerza, chiquillos, fuerza, todos juntos... Pero ¿por qué diablos se apuran? Calma, calma y seguridad, marineros. Remen con fuerza, sin apurarse. Pártanse el espinazo y rompan los cuchillos en dos pedazos: con eso me basta. Con calma. ¿Por qué no reman con calma, les digo, hasta echar el bofe y los pulmones?

Pero es preciso omitir aquí las palabras que el inescrutable Ahab decía a sus hombres color amarillo tigre, porque tú, lector, vives bajo la luz bendita de la tierra evangélica. Sólo los impíos tiburones de los mares temerarios pueden oír palabras como las que Ahab, con la frente tempestuosa y los ojos inyectados de sangre asesina y los labios espumosos decía mientras avanzaba a saltos hacia su presa.

Mientras tanto, todos los botes se lanzaron a plena velocidad. Las repetidas alusiones específicas de Flask a «esa ballena», como llamaba al monstruo ficticio que, según él, atraía incesantemente la proa del bote con su cola, estas alusiones eran a veces tan vivaces y reales que obligaban a algún marinero a echar una mirada de espanto sobre su hombro. Pero eso estaba contra toda regla, porque es necesario que los remeros cierren los ojos y se deslicen un palo tras el cuello, ya que en estos momentos críticos no deben tener más órganos que las orejas ni más miembros que los brazos.

Era un espectáculo fascinante y terrible. Las grandes olas del mar omnipotente; su mugido henchido y sordo, junto a las ocho bordas, como de bolas gigantescas que corren por una pista sin límites; la breve angustia de la embarcación suspendida, en el instante en que se alzaba sobre el borde agudo de las olas más afiladas, que casi parecían amenazarla con cortarla en dos; la súbita caída en los valles y cavernas de las aguas; los incesantes estímulos para alcanzar la cumbre de la colina opuesta; el

precipitado descenso por la otra ladera: todo eso, junto con los gritos de los comandantes y los arponeros y los jadeos de los remeros, ante la imagen maravillosa del *Pequod* ebúrneo que avanzaba hacia sus botes con todas las velas desplegadas, como una gallina silvestre detrás de su ruidosa prole, todo eso era estremecedor. Ni el inexperto soldado que, saliendo de entre los brazos de su mujer, entra en el ardor febril de la primera batalla, ni el espíritu del muerto que encuentra en el otro mundo al primer fantasma desconocido, ninguno de éstos puede sentir emociones tan extrañas e intensas como el hombre que por primera vez rema en el círculo encantado y tumultuoso de la ballena perseguida.

El agua blanca y danzante producida por la persecución se hacía cada vez más visible, a causa de las sombras crecientes que proyectaban sobre el mar las nubes negras. Las exhalaciones de vapor ya no se mezclaban: se dispersaban a derecha e izquierda; las ballenas parecían dividir sus rumbos. El rumbo de los botes también se separó, Starbuck persiguió a tres ballenas que corrían a sotavento. Nosotros establecimos nuestra vela y como el viento aumentaba sin cesar, nos precipitamos adelante. El bote avanzó a velocidad tan desenfundada que casi no podíamos maniobrar los remos de sotavento con la rapidez necesaria para evitar que saltaran de los toletes.

Pronto nos encontramos corriendo a través de un difuso, inmenso velo de bruma; ya no se vieron ni la nave ni los botes.

—¡Remen, marineros! —susurró Starbuck, tirando la vela un poco más hacia la popa—. Todavía hay tiempo de matar a un pez antes de que lleguen la ráfaga y la tormenta. ¡Ahí está de nuevo el agua blanca! ¡Acérquense, rápido!

Enseguida, dos gritos en rápida sucesión que nos llegaron de cada lado nos advirtieron que los demás botes se acercaban. Pero apenas los habíamos oído cuando Starbuck dijo en un susurro fulmíneo:

—¡De pie!

Queequeg saltó sobre sus pies, arpon en mano.

Aunque ninguno de los remeros podía ver frente a sí el peligro mortal, como tenían los ojos puestos en el rostro tenso del oficial, en la popa, comprendieron que había llegado el momento culminante; al fin oyeron un estrépito ensordecedor, como si cincuenta elefantes pisotearan su estiércol. El bote seguía avanzando en la bruma, y las olas se enarcaban y silbaban a su alrededor como cabezas alzadas de serpientes enfurecidas.

—Allí está la giba... ¡Allí, allí, duro con el arpon! —susurró Starbuck.

Un silbido fugaz partió de la embarcación. Era el hierro lanzado por Queequeg. Después, en medio de la misma confusión, sentimos un invisible empujón desde la popa, mientras la proa del bote parecía golpear contra una roca; la vela cayó y estalló, una vaharada de ardiente vapor pasó junto a nosotros, algo rodó y se precipitó bajo la

quilla como un terremoto. La tripulación casi se ahogó cuando la atrapó la turbulenta espuma blanca de la ráfaga. Ráfaga, ballena y arpón se confundieron y la ballena, apenas rozada por el hierro, escapaba.

Aunque lleno de agua, el bote estaba casi incólume. Nadamos a su alrededor para recoger los remos flotantes y después de arrojarlos por encima de la borda volvimos a nuestros puestos. Así permanecimos, sentados con el mar hasta las rodillas: el agua cubría cada cuaderna, cada tabla del bote, de manera que ante nuestros ojos bajos la embarcación suspendida parecía un barco de coral surgido desde el fondo del océano.

El viento aumentó hasta ser un aullido, las olas entrechocaron sus escudos, el vendaval entero rugió, se dividió y crepitó a nuestro alrededor como un blanco incendio en la pradera que nos quemaba sin consumirnos: ¡inmortales en las mismas fauces de la muerte! En vano gritábamos a los demás botes: en medio de esa tempestad, era lo mismo que gritar a los vívidos carbones de un horno encendido. Mientras tanto, las nubes volantes, la espuma, la niebla se hicieron más oscuras al caer la noche. No teníamos el menor indicio de la nave. El mar embravecido impedía todo intento de desagotar el bote. Los remos eran inútiles como medio de locomoción: ahora nos servían como salvavidas. Así, cortando la ligadura del barrilito impermeable para los fósforos, Starbuck consiguió, después de muchas inútiles tentativas, encender la linterna y sujetándola a un palo se la tendió a Queequeg, portaestandarte de nuestra desesperada esperanza. Y Queequeg permaneció sentado, sosteniendo la débil luz en el corazón mismo de aquel abandono absoluto, signo y símbolo de un hombre sin fe que alzaba desesperadamente la esperanza en medio de la desesperación.

Empapados, calados hasta los huesos, temblando de frío, desesperando tanto de la nave como del bote, alzamos los ojos cuando llegó el alba. La bruma aún se extendía sobre el mar, la linterna apagada estaba en el fondo del bote. De repente, Queequeg saltó sobre sus pies, llevándose la mano al oído. Todos oímos un crujido lejano e incesante, como de cuerdas y cables, sofocado hasta ahora por la tempestad. El ruido se acercaba cada vez más; la densa niebla se rasgó ante una forma grande y vaga. Aterrorizados, saltamos al mar, mientras la nave aparecía por fin, avanzando directamente hacia nosotros, a una distancia no mucho mayor que su longitud.

Vimos flotar sobre las olas el bote abandonado, mientras se agitaba un instante y se hundía bajo la proa de la nave, como una astilla bajo una catarata; después, la enorme quilla pasó encima de él y sólo volvimos a verlo cuando emergió tras la nave, revolcándose en el oleaje. Nadamos en torno a la nave y el oleaje nos llevó hacia ella; al fin nos recogieron. Antes de que soplara el vendaval, los demás botes se habían apartado de las ballenas perseguidas y habían regresado a tiempo al *Pequod*. A nosotros nos habían dado por perdidos. Pero habían permanecido en ese lugar por si encontraban algún indicio de nuestro fin: un remo o un astil de lanza...

XLIX. LA HIENA

Hay en ese extraño caos que llamamos *la vida* algunas circunstancias y momentos absurdos en los cuales tomamos el universo todo por una inmensa broma pesada, aunque no logremos percibir con claridad en qué consiste su gracia y sospechemos que nosotros mismos somos las víctimas de la burla. Sin embargo, nada nos desalienta, nada nos parece digno de disensión. Engullimos todos los acontecimientos, todos los cultos, todas las creencias y persuasiones, todas las cosas difíciles, visibles e invisibles, por indigestas que sean, como un avestruz de estómago poderoso engulle balas y pedernales. En cuanto a las dificultades y preocupaciones sin importancia, las perspectivas de ruina imprevista, los riesgos de la vida y el cuerpo, todo eso, incluso la muerte misma, nos parecen golpes ingeniosos y sin mala intención, alegres puñetazos en los costados que nos da el invisible y misterioso viejo bromista. Esta especie de humorismo caprichoso de que hablo nos sobreviene sólo en circunstancias de extrema aflicción, en medio de nuestra seriedad misma, de modo que lo que poco antes parecía cosa de enorme importancia, al fin nos parece sólo una parte de la burla universal. Nada puede engendrar este modo de filosofía risueña y temeraria como los peligros de la caza de ballenas; y con ella consideré yo entonces el viaje del *Pequod* y su meta, la gran Ballena Blanca.

Cuando me alzarón —el último del grupo— a la cubierta y aún me sacudía para arrojar el agua, dije:

—Queequeg, amigo mío, ¿este tipo de aventuras es muy frecuente?

Sin conmoverse demasiado, aunque empapado como yo, Queequeg me dio a entender que esas aventuras eran hartó habituales.

—Señor Stubb —dije, volviéndome a ese hombre digno que, con su impermeable abotonado, fumaba tranquilamente la pipa—, señor Stubb, pienso que le he oído decir que de todos los balleneros que ha conocido, nuestro primer oficial, el señor Starbuck, era con mucho el más cuidadoso y prudente. Supongo, pues, que precipitarse a toda vela tras una ballena que huye en medio de la bruma y la tempestad es el colmo de la discreción, en un ballenero...

—Así es. Yo he bajado al mar en busca de ballenas, desde una nave que hacía agua, en una tempestad frente al Cabo de Hornos.

—Señor Flask —dije volviéndome hacia Pendolón, que estaba junto a nosotros—, usted tiene experiencia en esto, y yo no. ¿Quiere usted decirme si es ley inalterable de esta pesca que un remero se parta el espinazo para lanzarse de espaldas hacia las fauces de la muerte?

—¿No puede decirlo sin tanta palabrería? —respondió Flask—. Sí, ésa es la ley. Me gustaría ver a la tripulación de un bote avanzando de frente hacia una ballena... ¡Ja, ja! ¡Te aseguro que la ballena no la miraría con buena cara!

De modo que tres testigos imparciales me dieron una indiscutible exposición del caso. Considerando, pues, que los vendavales y los vuelcos —con los consiguientes vivaqueos sobre los abismos— eran lances comunes en esta clase de vida; considerando que, en el instante superlativamente crítico de la proximidad de la ballena, debía entregar mi vida a manos de quien mandaba el bote —a menudo un individuo tan impetuoso que en ese mismo instante amenazaba partir la embarcación con sus frenéticas patadas—; considerando que ese determinado desastre de nuestro propio bote se debía al hecho de que Starbuck nos había arrojado contra la ballena en las fauces mismas de la tempestad; considerando que Starbuck, a pesar de todo, era famoso por su gran cautela en la pesca; considerando que yo pertenecía a la tripulación del bote de ese Starbuck, cuya prudencia era tan insólita; y por fin, considerando que me había mezclado en una caza demoníaca con esos perseguidores de Moby Dick: considerando todo eso, repito, se me ocurrió que lo mejor sería bajar y redactar mi testamento.

—Ven, Queequeg —dije—, serás mi abogado, mi albacea y mi heredero.

Quizá parezca extraño que entre todos los hombres los marineros se complazcan en chapucear últimas voluntades y testamentos; pero no hay gente en el mundo que se divierta más con eso. Esa era la cuarta vez, en mi vida náutica, que hacía lo mismo. En la ocasión presente, al terminar la ceremonia me sentí aliviado: me habían quitado un peso del corazón. Por lo demás, todos los días que viviría a partir de ése serían tan felices como los buenos días que Lázaro vivió después de su resurrección: una ganancia neta de meses y semanas suplementarias, según lo dispusiera la suerte. Me había sobrevivido a mí mismo; mi muerte y mi entierro estaban encerrados en mi baúl. Miraba a mi alrededor tranquilo y satisfecho, como un pacífico fantasma con la conciencia limpia sentado tras las rejas de un cómodo sepulcro familiar.

Ahora, pensé, recogíendome sin darme cuenta las mangas de la camisa, ya puedo darme una buena y tranquila zambullida en la muerte y la destrucción. Y que el diablo se lleve a los que se queden atrás.

L. EL BOTE Y LOS HOMBRES DE AHAB. FEDALLAH

¡Quién lo hubiera pensado, Flask! —exclamó Stubb—. Si yo tuviera sólo una pierna, nadie me metería en un bote, salvo que fuera para usar el palo de la postiza como tapón. ¡Oh, es un viejo maravilloso!

—No me parece tan raro, después de todo... —dijo Flask—. Si le faltara la pierna desde la cadera, la cosa sería diferente. Estaría inutilizado. Pero tiene una rodilla y buena parte de la otra, como sabes...

Entre la gente dedicada a la caza de ballenas se ha disentido mucho si, dada la importancia capital que su vida tiene para el buen éxito del viaje, es justo que un capitán exponga esa vida a los frecuentes peligros de la caza. Del mismo modo, los soldados de Tamerlán solían discutir, con lágrimas en los ojos, si su preciosa vida debía exponerse a los peores azares de la batalla.

Pero con Ahab la cuestión adquiría otro aspecto. Si pensamos que un hombre con dos piernas es un sujeto que cojea en cualquier situación de peligro; si pensamos que la caza de ballenas se desarrolla siempre entre grandes y extraordinarias dificultades, y cada instante encierra en ella un peligro, ¿es sensato que en esas circunstancias un hombre mutilado entre a un bote para participar de la caza? En líneas generales, los copropietarios del *Pequod* debían haber pensado rotundamente que no.

Ahab sabía muy bien que sus amigos de tierra sin duda le habrían permitido entrar en un bote, durante algunas vicisitudes relativamente inocuas de la caza, para que estuviera cerca de la escena de la acción y diera sus órdenes en persona. Pero que tuviera un bote reseñado para él donde pudiera actuar como jefe de la caza, y sobre todo que dispusiera de cinco hombres para equipar ese bote, Ahab sabía muy bien que tales ideas generosas nunca habían pasado por la cabeza de los propietarios del *Pequod*. Por eso no les había pedido una tripulación ni había dado la menor muestra de sus deseos en este sentido. Pero había tomado sus medidas. Antes de que Cabaco divulgara su descubrimiento, los marineros no habían sospechado nada. Pero ya en alta mar, cuando terminaron la faena habitual de dejar listos los botes, empezaron a

ver a Ahab afanado en la tarea de hacer con sus propias manos toletes para un bote considerado como de repuesto y aun tallar cuidadosamente los garfios de madera que se encajan en las canaletes de proa para que corra la línea: cuando observaron todo eso y, sobre todo, la solicitud con que puso una nueva capa de revestimiento sobre el fondo del bote, para que pudiera soportar mejor la aguda presión de su pierna de marfil, y además la ansiedad que mostraba por dar forma exacta al botalón o tabla de ingre, como se llama a veces la pieza horizontal contra la cual se apoya la rodilla en el momento de arrojar la lanza contra la ballena; cuando observaron con qué frecuencia subía al bote, plantándose con su única rodilla en la depresión semicircular del botalón y, con un cepillo de carpintero, cavaba y alisaba un poco la madera, entonces, digo, se despertó entre los marineros mucho interés y curiosidad. Pero casi todos suponían que ese afán preparatorio de Ahab sólo tenía por objeto la caza de Moby Dick, puesto que ya había manifestado su intención de perseguir personalmente a ese monstruo mortal. Pero tal conjetura no implicaba en modo alguno la menor sospecha de que esa embarcación tuviera sus propios hombres.

Ahora bien, con la aparición de los fantasmas subalternos, el estupor que aún quedaba se desvaneció muy pronto, porque en un barco ballenero el estupor siempre se desvanece pronto. Por otro lado, de cuando en cuando surgen de los rincones más ignorados de la tierra inexplicables desechos humanos que se suman a esos forajidos flotantes que son los balleneros, y las naves suelen recoger a seres tan singulares, perdidos en el mar y asidos de maderos, restos de naufragios, lanzas de caza, canoas, juncos japoneses destrozados por el viento y qué sé yo cuántas cosas más, que Belcebú en persona podría escalar la borda y entrar en la cabina para charlar con el capitán sin crear ninguna alarma irrefrenable en el castillo de proa.

Pero sea como fuere, lo cierto es que si bien los fantasmas subalternos pronto encontraron un lugar entre la tripulación, aunque siempre permanecieron, por así decirlo, diferentes de los demás, ese Fedallah de pelo como turbante fue hasta el fin un misterio velado.

De dónde había llegado a un mundo civilizado como el nuestro, por qué vínculos inexplicables se había unido al destino de Ahab, hasta el punto de ejercer sobre él una especie de influjo a medias perceptible —sólo el Cielo lo sabe, pero la suya quizá era una autoridad sobre él—, todo esto lo ignoraban los hombres del *Pequod*. Pero era imposible adoptar un aire de indiferencia con respecto a Fedallah. Era un ser como los que la gente civilizada y naturales de la zona templada sólo ve en sus sueños, y muy oscuramente, pero cuyos semejantes se deslizan de tanto en tanto por entre las inmutables comunidades de Asia, sobre todo en las islas orientales, al este del continente: en esos países aislados, inmemoriales, inalterables, que aun en estos tiempos modernos conservan mucho del espectral primitivismo de las generaciones que inauguraron la tierra, cuando el recuerdo del primer hombre era aún muy preciso y

todos los hombres, sus descendientes, sin saber de dónde había venido, se miraban entre sí como verdaderos fantasmas y preguntaban a la luna y al sol por qué habían sido creados y con qué fin; cuando si bien los ángeles —como dice el Génesis— se unían a las hijas de los hombres, también los demonios —como agregan los rabinos no canónicos— se entregaban a amores terrenales.

LI. EL CHORRO FANTASMA

Pasaron días, semanas; bajo sus velas henchidas, el ebúrneo *Pequod* había atravesado lentamente cuatro zonas de caza diferentes: la de las Azores, la del Cabo Verde, la del Plata (así llamada porque está frente a la desembocadura del Río de la Plata) y la zona de Carrol, una localidad oceánica no delimitada, al sur de Santa Elena.

Una serena noche de luna, mientras nos deslizábamos sobre esas últimas aguas y las olas rodaban como volutas de plata creando con su murmullo suave y difuso lo que parecía un silencio de plata, no la soledad: en esa noche silenciosa fue cuando se vio, a la distancia, más allá de las blancas burbujas de la proa, un chorro argénteo. Iluminado por la luna, parecía algo celestial: un dios emplumado y resplandeciente que surgiera del mar. Fedallah fue el primero en descubrir ese chorro. Porque en esas noches de luna solía encaramarse al tope del palo mayor y permanecer allí como vigía, con la misma precisión que si hubiera sido de día. Sin embargo, aunque durante la noche se avistaran manadas de ballenas, ni un solo ballenero entre cien hubiese corrido el riesgo de bajar al mar para perseguirlas. Ya puedes imaginarte, lector, con qué sentimientos contemplarían los marineros a ese viejo oriental encaramado en el mástil a una hora tan insólita, con su turbante y la luna hermanados en el mismo cielo. Pero después de pasar allí los mismos intervalos, durante varias noches sucesivas, sin producir el menor sonido, cuando al fin de tanto silencio su voz ultraterrena se oyó anunciando el chorro argénteo, lunar, cada uno de los marineros acostados en sus hamacas saltó sobre sus pies como si algún espíritu alado hubiera descendido sobre los aparejos para invocar a la tripulación de mortales. «¡Allí va! ¡Veo el chorro!». De haber resonado la trompeta del juicio final, los marineros no se habrían estremecido más; y sin embargo no sentían terror sino, más bien, placer. Porque aunque era una hora insólita, el grito era tan impresionante que casi por instinto cada tripulante deseó bajar al mar.

Ahab, caminando por la cubierta con rápidos pasos oblicuos, ordenó que izaran los juanetes y los pericos, y desplegaran todas las velas auxiliares. El hombre más diestro de la nave tomó el timón. Entonces, con un hombre en cada cofa, la sobrecargada

nave se deslizó a favor del viento. La brisa de popa, con su extraña tendencia a inflar y levantar, llenó el hueco de tantas velas e hizo que bajo nuestros pies la cubierta oscilante pareciera el aire mismo; mientras tanto, la nave corría como si dos fuerzas enemigas lucharan en ella: una que intentaba elevarla hacia el cielo; otra que procuraba impulsarla en dirección horizontal. Quien esa noche hubiese mirado la cara de Ahab, habría pensado que también en él combatían fuerzas opuestas. Mientras su única pierna viva producía sonoros ecos en la cubierta, cada golpe de su miembro muerto resonaba como un golpe sobre un ataúd. Este viejo caminaba sobre la vida y la muerte. Pero aunque la nave avanzó casi volando y las miradas de los hombres parecían dardos ansiosos, esa noche no reapareció el chorro de plata. Cada marinero juró haberlo visto una sola vez, pero no más.

Ya nos habíamos casi olvidado de ese chorro nocturno cuando, pocos días después, a la misma hora silenciosa, lo anunciaron de nuevo. Todos volvieron a verlo, pero después de desplegar las velas para ir en su busca, desapareció una vez más, como si nunca hubiese existido. Lo mismo hizo noche tras noche, hasta que nadie lo contempló con otro fin que el de asombrarse. Misteriosamente erecto en la límpida luz lunar o estelar, según fuera el caso; desapareciendo durante un día entero, o dos, o tres; cada vez más alejado, en cada aparición, de nuestra vanguardia, ese chorro solitario parecía incitarnos a avanzar sin cesar.

Con la inmemorial superstición de su raza, y en armonía con la atmósfera sobrenatural que en muchas cosas parecía rodear al *Pequod*, no faltaban los marineros dispuestos a jurar que en cualquier tiempo, en cualquier latitud y longitud, incluso las más distantes entre sí, una misma ballena proyectaba ese chorro inasequible, y esa ballena era Moby Dick. Durante algún tiempo, reinó también un sentimiento de peculiar terror ante esa huidiza aparición, como si ella nos hubiese incitado pérfidamente a ir cada vez más lejos para que el monstruo pudiera volverse sobre nosotros y hacernos pedazos en los mares más remotos y feroces.

Estas pasajeras aprensiones, tan vagas pero tan terribles, cobraban una fuerza asombrosa por el contraste con la serenidad del tiempo, que parecía esconder tras su azul dulzura, según pensaban algunos, un diabólico hechizo, ya que durante días y días viajamos por mares tan tediosamente, tan desoladamente apacibles que todo el espacio parecía vaciarse de vida, como para demostrar su hostilidad hacia nuestro propósito de venganza frente a la proa, semejante a una urna funeraria.

Pero al fin, cuando torcimos rumbo hacia el este y los vientos del Cabo empezaron a aullar a nuestro alrededor y surgimos y caímos en los vastos mares perturbados que lo rodean; cuando el *Pequod* enfrentó la ráfaga con sus colmillos de marfil y rasgó las negras olas en su frenesí hasta que los copos de espuma cayeron sobre las amuradas como una lluvia de astilla de plata, entonces toda esa desolada vacuidad de vida desapareció, pero sólo para dar lugar a espectáculos aún más pavorosos.

Junto a la proa, extrañas formas surgían veloces en el agua, aquí y allá, mientras los misteriosos cuervos del mar volaban rozando nuestras espaldas. Y todas las mañanas se los veía posados sobre los estayes; a pesar de nuestros gritos, esos pájaros permanecían obstinadamente fijos en los cordajes, como si creyeran que nuestra nave era un barco desierto y a la deriva, un objeto destinado a la desolación y, por lo tanto, un refugio adecuado para sus almas errantes. Y el mar negro se henchía, se henchía, se henchía infatigablemente como si sus mareas inmensas fueran su conciencia y la gran alma del mundo sintiera angustia y remordimiento por el largo pecado y el dolor que había causado.

¿Cabo de Buena Esperanza, lo llaman? Más bien debiera llamarse, como en los tiempos antiguos, Cabo Tormentoso, ya que cautivados por los pérfidos silencios que nos habían acompañado hasta entonces, nos encontramos de golpe en ese mar borrascoso donde seres culpables, transformados en esos pájaros y en esos peces, parecían condenados a nadar eternamente, sin encontrar nunca un puerto, o a luchar contra ese aire negro, sin horizonte. Pero el chorro solitario reaparecía a veces, sereno, blanco como la nieve, inalterable, incitándonos siempre a avanzar. Mientras duró esa oscuridad de los elementos, Ahab —si bien asumió casi sin interrupción el mando de la cubierta mojada y peligrosa— se mantuvo en el recogimiento más lúgubre; cada vez era más raro que dirigiera la palabra a sus oficiales. En circunstancias como éstas, después de asegurarlo todo en la cubierta y la arboladura, no puede hacerse otra cosa que esperar pasivamente el fin del vendaval. Entonces el capitán y sus hombres se vuelven fatalistas prácticos. Así, con su pierna de marfil encajada en el agujero habitual y asiéndose firmemente con una mano de una jarcia, Ahab permanecía horas y horas mirando el viento con fijeza, mientras de cuando en cuando una ráfaga de cellisca o de nieve amenazaba con cubrirle de hielo hasta las pestañas. La tripulación, ahuyentada de la popa por los peligrosos embates del mar que rompía detonante contra sus bandas, se alineaba junto a las amuradas en el combés. Para protegerse mejor de las olas invasoras, cada hombre se había deslizado en una especie de bolina asegurada a la batayola, en la cual se movía como dentro de un cinturón demasiado ancho. Pocas o ninguna palabra se decían; y el barco silencioso, como si hubiera estado tripulado por marineros de cera, avanzaba día tras día a través de la vertiginosa locura y el regocijo de las olas demoníacas. Por la noche, el mutismo de los hombres se obstinaba entre los alaridos del océano: siempre en silencio, los marineros se movían en las bolinas; siempre sin decir palabra, Ahab enfrentaba los vientos. Aun cuando la naturaleza exhausta parecía reclamar descanso, él mismo no lo buscaba en su hamaca. Starbuck nunca pudo olvidar el aspecto del viejo cuando, al bajar una noche a la cabina para consultar el barómetro, lo vio sentado, muy erguido, con los ojos cerrados, en su silla atornillada al suelo; la lluvia y la cellisca medio derretida de la tormenta que había soportado poco tiempo antes aún le goteaban lentamente del sombrero y del gabán,

que conservaba puestos. Sobre la mesa, a su lado, se veía desplegado uno de esos mapas de mareas y corrientes que ya hemos descrito. La linterna pendía de su mano crispada. Si bien mantenía erguido el cuerpo, tenía la cabeza echada hacia atrás, de modo que los ojos cerrados apuntaban hacia la aguja del axiómetro colgada de una vigueta del techo. ¡Viejo terrible!, pensó Starbuck con un estremecimiento, aun durmiendo en medio de esta tempestad, sigues con los ojos fijos en tu propósito.

LII. EL ALBATROS

Al sudeste del cabo, en aguas de las lejanas Crozetts —zona excelente para la caza de la ballena—, avistamos una nave, a proa: era el *Goney* (*Albatros*). Mientras se acercaba lentamente, desde mi elevado puesto en el tope del palo mayor gocé de ese espectáculo, tan notable para un novato en la pesca oceánica: una nave ballenera en el mar, durante largo tiempo ausente de su patria.

Como si las olas hubieran sido batanes, esta nave estaba blanqueada como el esqueleto de una morsa varada. Los costados de esa aparición espectral estaban estriados de herrumbre rojiza, y sus vergas y cordajes eran como gruesas ramas de árboles cubiertas de escarcha. Solamente las velas inferiores estaban desplegadas. En las cofas de los tres mástiles, los vigías barbudos ofrecían un tremendo espectáculo. Parecían vestidos con pieles de animales, tan desgarradas estaban las ropas de viaje. De pie, metidos en aros de hierro clavados a los maderos, los vigías oscilaban sobre un mar abismal. Sin embargo, cuando la nave se deslizó lentamente junto a nuestra popa y nosotros, los seis hombres suspendidos en el aire, estuvimos tan cerca de ellos que hubiésemos podido saltar de unos mástiles a los otros, esos míseros pescadores, mirándonos humildemente al pasar, no nos dijeron una sola palabra, mientras abajo, desde el alcázar, se oía el llamado.

—¡Ah de la nave! ¡Han visto a la Ballena Blanca!

Pero cuando el capitán desconocido, inclinado sobre las pálidas amuradas, se llevó a la boca el altavoz, éste se le cayó de la mano al mar. Y el viento, que en ese instante arreció de nuevo, impidió que pudiera hacerse oír sin el altavoz. Mientras tanto, la nave se alejaba de la nuestra. Mientras los marineros del *Pequod* demostraban en silencio que habían reparado en ese incidente de mal augurio ocurrido a la sola mención del nombre de la Ballena Blanca, Ahab vaciló un instante y casi pareció que, de no impedírselo el viento amenazador, habría bajado un bote para subir a bordo de los desconocidos. Pero aprovechando su posición de barlovento, tomó de nuevo el altavoz y, conociendo por su aspecto que la nave extraña era de Nantucket y que iba rumbo a la patria, gritó:

—¡Eh, ustedes! Este es el *Pequod*, que dará la vuelta al mundo. ¡Díganles que dirijan todas las cartas futuras al Océano Pacífico! Y dentro de tres años, si no he vuelto, díganles que las dirijan a...

En ese momento las dos estelas se cruzaron y enseguida, de acuerdo con su singular costumbre, un cardumen de pequeños e inofensivos peces que desde hacía varios días nadaban tranquilamente a nuestro lado se alejaron veloces, con aletas que parecían estremecerse, y se dispusieron a lo largo del nuevo navío. Aunque en el curso de sus continuos viajes Ahab debía de haber observado con frecuencia un espectáculo similar, la trivialidad más insignificante siempre encerraba para él un sentido, como para todo hombre monomaniaco.

—¿Conque me abandonan?... —murmuró Ahab, mirando el agua.

Esas palabras parecían muy simples, pero el tono revelaba una profunda, desolada tristeza que el viejo demente nunca había demostrado antes. Pero volviéndose hacia el timonel, que hasta ese momento había mantenido la nave contra el viento para aminorar su marcha, gritó con su vieja voz de león:

—¡A favor del viento, timonel! ¡Mantén la ruta alrededor del mundo!

¡Alrededor del mundo! Hay mucho en estas palabras que inspira sentimientos altivos; pero ¿adónde conduce esa navegación circular? A través de innumerables peligros, sólo nos devuelve al mismo lugar del cual partimos, donde aquellos que hemos dejado atrás a buen reparo han estado siempre ante nosotros.

Si este mundo fuera una llanura ilimitada y si, navegando hacia oriente, pudiéramos abarcar nuevas distancias y descubrir panoramas más dulces y extraños que todas las Cícladas o las islas del Rey Salomón, entonces el viaje significaría una promesa. Pero de qué sirve perseguir esos lejanos misterios con que soñamos, o ir tras ese fantasma demoníaco que tarde o temprano nada frente a todos los corazones humanos... Esta cacería en torno al globo nos pierde en estériles laberintos o nos hunde a mitad de camino.

LIII. EL GAM

Hemos dicho que la razón aparente por la cual Ahab no subió a bordo de la otra nave ballenera era ésta: el viento y el mar anunciaban tormenta. Pero aunque ése no hubiera sido el caso, lo más probable es que —a juzgar por su conducta posterior, en ocasiones semejantes— no habría subido a la otra nave si hubiese recibido, a través del altavoz, una respuesta negativa a la pregunta que les había hecho. Porque como después lo comprobamos, Ahab procuraba no comunicarse, siquiera durante cinco minutos, con ningún capitán extraño, salvo que pudiera ofrecerle alguna información sobre lo que perseguía con tanto empeño. Pero todo esto quizá podría ser mal interpretado si no dijéramos algo acerca de los hábitos particulares de las naves balleneras, cuando se encuentran en mares exóticos y, sobre todo, en zonas de caza común.

Si dos desconocidos que atraviesan los Pine Barrens, en Nueva York, o la igualmente desolada Salisbury Plain, en Inglaterra, no pueden menos que cambiar un saludo —si por casualidad se encuentran en esos inhóspitos desiertos— y se detienen un instante para comunicarse noticias y quizá se sientan un rato a fin de descansar en compañía, cuánto más natural será que, en las ilimitadas Pine Barrens y Salisbury Plains del mar, dos naves balleneras que se avistan en los confines de la tierra, en aguas de la solitaria isla de Fanning o las remotas King's Mills, cuánto más natural será, repito, que en tales circunstancias esas naves no sólo se saluden, sino también establezcan un contacto más estrecho, amistoso y sociable. Y esto parecería obvio sobre todo en el caso de naves provenientes de un mismo puerto y cuyos capitanes y oficiales —y no pocos de sus marineros— tienen toda suerte de temas domésticos sobre los cuales conversar con emoción.

Para la nave que ha permanecido ausente durante largo tiempo, la que se ha dado a la mar en fecha más reciente quizá tiene cartas a bordo, y sin duda diarios un año o dos más actuales que los últimos de su amarilla y rota colección. Y a cambio de esta cortesía, la nave recién llegada puede recibir las últimas noticias acerca de las aguas de caza a las cuales se dirige, cosa de máxima importancia para ella. Y en la misma

medida, todo esto es válido también para las naves balleneras que se encuentran en las mismas zonas de caza, aun cuando haga el mismo tiempo que ambas se han alejado de la patria. Porque una de ellas puede haber recibido una transferencia de cartas de un tercer navío, ya remoto; y alguna de esas cartas puede estar destinada a los hombres de la nave encontrada. Por lo demás, pueden intercambiarse noticias de caza y mantener una charla agradable. Pues estos hombres no sólo suelen encontrarse con toda la simpatía de los marineros, sino también con la peculiar afinidad que nace de la profesión, las privaciones y los peligros comunes.

La diferencia de patria no puede ser, así, un obstáculo esencial, siempre que ambas partes hablen el mismo lenguaje, como es el caso de los norteamericanos y los ingleses. Aunque, a decir verdad, dado el reducido número de naves balleneras inglesas, esos encuentros no ocurren con mucha frecuencia y, cuando ocurren, surge cierta timidez entre ambas partes, porque los ingleses son más bien reservados y los yanquis sólo aprecian esa cualidad en ellos mismos. Por otra parte, los balleneros ingleses alardean a veces de una especie de superioridad metropolitana ante los cazadores norteamericanos y consideran al alto y flaco hombre de Nantucket, con su curioso provincialismo, como una suerte de campesino del mar. Pero sería difícil decir en qué consiste esa superioridad de los cazadores ingleses, si pensamos que los yanquis, en conjunto, matan en un día más ballenas que todos los ingleses en diez años. Pero esta es una inocente flaqueza de los balleneros ingleses que los marinos de Nantucket no toman demasiado en serio, quizá porque saben que también ellos tienen flaquezas.

Vemos, pues, que entre todas las naves que surcan solitarias el mar, las balleneras tienen muchas más razones para ser sociables; y de hecho lo son. Mientras que las naves mercantes que cruzan sus rumbos en medio del Atlántico muchas veces avanzan sin cambiar siquiera una sola palabra de reconocimiento, negándose recíprocamente el saludo en alta mar, como un par de lechuguinos en Broadway, y acaso complaciéndose en criticar cada una el aspecto de la otra. En cuanto a los barcos de guerra, cuando se encuentran en el mar derrochan tal cantidad de necias reverencias y zalemas, tal despliegue de banderolas, que no parece haber en esas ceremonias demasiada sinceridad cordial y cariño fraterno. En cuanto a los encuentros de los barcos de esclavos, llevan una prisa tan extraordinaria que se alejan lo más rápidamente que pueden. Y en cuanto a los piratas, cuando avistan mutuamente sus propios huesos entrecruzados el primer saludo es: «¿Cuántos abordajes?», así como los balleneros se saludan preguntándose: «¿Cuántos barriles?». Y una vez contestada la pregunta, los piratas se apartan, porque esos granujas infernales se conocen muy bien y no se muestran muy inclinados a contemplar la bajeza de sus semejantes.

¡Pero echen ustedes una mirada a la piadosa, honrada, humilde, hospitalaria, sociable y sencilla tripulación de los balleneros! ¿Qué ocurre cuando se encuentran en

condiciones atmosféricas por lo menos decentes? Hacen un *gam*, cosa enteramente desconocida por todas las demás naves, que ni siquiera han oído nunca esa palabra y, si por casualidad la oyen se limitan a sonreír y a repetir bromas acerca de las «escupidas de las ballenas» y los «hervidores de esperma». Es difícil responder por qué todos los marinos mercantes, y también los piratas, los de guerra y los de las naves negreras, tienen semejante desdén hacia los balleneros. Porque me gustaría saber si en el caso de los piratas, pongamos por caso, su profesión tiene una aureola especial. Es cierto que a veces alguno de sus hombres se eleva de manera extraña: pero sólo en la horca. Y cuando un hombre se eleva de esa manera extraña carece de base firme para esa elevación superior. Por lo cual deduzco que el pirata, jactándose de ser mucho más encumbrado que el ballenero, carece de base sólida donde apoyar su presunción.

Pero ¿qué es un *gam*? El lector podrá gastarse el índice recorriendo adelante y atrás las columnas de los diccionarios sin encontrar esa palabra. El doctor Johnson nunca alcanzó tamaña erudición; el arca de Noé Webster tampoco la contiene. Sin embargo, hace ya muchos años que unos quince mil yanquis genuinos usan sin cesar este expresivo término. Lo cierto es que requiere una definición y debería ser incorporada al léxico. Con este fin, permítaseme definirla con autoridad.

GAM. Sustantivo. Encuentro social de dos (o más) naves balleneras, por lo común en zonas de caza, cuando, después de intercambiar saludos, los tripulantes se visitan empleando sus botes y en el ínterin los dos capitanes permanecen a bordo de una de las naves, y los dos primeros oficiales en la otra.

Hay otro detalle relativo al *gam* que no debo olvidar aquí. Todos los oficios tienen sus rasgos peculiares, y la caza de ballenas no es excepción. En una nave pirata, de guerra o de esclavos, cuando el capitán es transportado a alguna parte en su bote, siempre se sienta en la popa, en un asiento cómodo, con frecuencia provisto de un almohadón, y a menudo él mismo gobierna una coqueta barra de timón adornada de alegres cintas y cordones. Pero el bote ballenero no tiene asiento en la popa, ni sofá, ni barra de timón. ¡Sería cosa de ver a un capitán ballenero transportado por el agua entre cojines, como los viejos magistrados gotosos en sus sillones de cuero! Y en cuanto a la barra del timón, ningún bote ballenero admite semejante afeminamiento. Por eso, como durante el *gam* la tripulación entera del bote debe dejar la nave y el conductor del bote o arponero forma parte del grupo, este oficial subalterno asume la función de dirigirlo y el capitán, sin tener dónde sentarse, acude a su visita de pie, como un pino. Y a menudo puede observarse que, consciente de que los ojos de todo el mundo visible están fijos en él desde ambos flancos de las naves, este capitán que avanza de pie no ignora la importancia de mantener su dignidad, conservando firmes las piernas. Cosa nada simple, porque tiene detrás el enorme remo de gobierno, que de tanto en tanto lo golpea en la espalda, mientras el remo de popa contribuye por su

parte dándole en las rodillas. Así, está aprisionado por delante y por detrás, y sólo puede moverse de lado, afirmándose sobre ambas piernas separadas; pero un sacudón imprevisto y violento del bote puede derribarlo, porque la longitud de la base de nada vale sin una anchura correspondiente. Hagan ustedes un ángulo obtuso con dos palos y comprobarán que no logran mantenerlos en pie. Este capitán esparrancado, expuesto a las atentas miradas del mundo, en modo alguno procurará sostenerse con ayuda de las manos; en verdad, como prueba de su entero y ágil dominio de sí, casi siempre tiene metidas las manos en los bolsillos de los pantalones (aunque como sus manos suelen ser muy anchas y pesadas, lo cierto es que las tiene allí como lastre). Con todo, ha habido casos bien atestiguados en que se ha visto al capitán, durante unos instantes insólitamente críticos, por ejemplo bajo una ráfaga súbita, aferrarse del pelo del remero más cercano y mantenerse asido de él con alma y vida.

LIV. HISTORIA DEL *TOWN-HO*

(Según fue contada en la «Hostería del Oro»).

El Cabo de Buena Esperanza y toda la extensión oceánica que lo rodea se parece mucho a una encrucijada de una ruta principal donde suelen encontrarse más viajeros que en cualquier otra parte.

No mucho después de haber hablado con el *Goney* encontramos otra nave ballenera, el *Town-ho*, camino de regreso. Estaba casi enteramente tripulada por polinesios. Durante el breve *gam* que siguió, nos dijeron noticias importantes sobre Moby Dick. Para algunos, la fascinación de la Ballena Blanca aumentó aún más a causa de un episodio incluido en el relato del *Town-ho* que parecía relacionar a la ballena con una de esas maravillosas visitas que, según dicen, Dios resuelve a veces hacer a los hombres. Tal episodio, con sus detalles complementarios, forma parte de lo que podría llamarse la parte secreta de la tragedia que contaré; nunca llegó a oídos del capitán Ahab ni de sus oficiales. Porque el propio capitán del *Town-ho* ignoraba esta parte secreta de la historia. Era propiedad privada de tres marineros blancos de la nave, unidos por un juramento, uno de los cuales, según parece, la comunicó a Tashtego con recomendaciones papales de que guardara el secreto, aunque la noche siguiente Tashtego habló en sueños y reveló tanto de ella que, al despertarse, ya no pudo callar el resto. Con todo, los marineros del *Pequod* que llegaron a conocer la historia se sintieron tan impresionados y demostraron una delicadeza tan singular, para llamarla de ese modo, que mantuvieron un secreto que no trascendió a la popa del *Pequod*. Ahora, entretejiendo este hilo más oscuro con la historia narrada públicamente en la nave, perpetuaré en mi informe esta extraña aventura.

Permítaseme el rasgo de humor de conservar el estilo con que la conté una vez en Lima, en un círculo ocioso de amigos españoles, en la víspera de un día santo, mientras fumábamos sobre las gruesas baldosas doradas de la galería de la «Hostería del Oro». Dos de esos gentiles caballeros, los jóvenes don Pedro y don Sebastián, eran

muy buenos amigos míos: de allí las interrupciones que me hicieron de cuando en cuando y las consiguientes respuestas.

—Unos dos años antes de que supiera algo sobre los acontecimientos que les contaré, caballeros, el *Town-ho*, una nave ballenera de Nantucket, atravesaba este Pacífico de ustedes, a no muchos días de vela de esta excelente «Hostería del Oro». Estaba en algún punto al norte del Ecuador. Una mañana, al maniobrar las bombas como de costumbre, se observó que la cala hacía más agua que de ordinario. Pensaron que algún pez espada la había averiado, caballeros. Pero como el capitán tenía especiales motivos para suponer que en esas latitudes lo aguardaba una excelente fortuna, no se sentía dispuesto a abandonarlas; por lo demás, como consideró que la falta no era, por el momento, demasiado peligrosa (aunque en verdad no lograron encontrarla por más que revisaron la cala hasta donde pudieron, con un tiempo bastante malo), la nave siguió su camino mientras los marineros trabajaban en las bombas a largos y cómodos intervalos. Pero la buena fortuna no se presentó: pasaron los días y no sólo ignoraban dónde estaba la falta, sino que ésta aumentaba sin cesar. A tal punto que, ya alarmados, el capitán desplegó todas las velas y torció rumbo hacia el puerto más cercano, entre las islas, para que allí carenaran de firme la nave.

»Aunque el trayecto que tenían por delante no era corto, el capitán no temía que la nave se hundiera durante el camino (por poco que los ayudara la suerte), porque sus bombas eran excelentes y sus treinta y seis hombres, alternándose en ellas, podían mantenerla a flote aun en el caso de que la falla aumentara todavía más. Y en verdad, con el viento a favor de que gozaron durante todo el trayecto, el *Town-ho* habría llegado incólume al puerto, de no haber mediado la brutal arrogancia de Radney, el segundo oficial, nativo de Martha's Vineyard, sumada a la amarga venganza que provocó en Stealkilt, hombre de los lagos, un energúmeno nacido en Buffalo.

»—¡Hombre de los lagos! ¡Buffalo! Perdóname: ¿qué es un hombre de los lagos? ¿Y donde está Buffalo? —preguntó don Sebastián, irguiéndose en su oscilante hamaca de paja.

»—En la orilla oriental de nuestro lago Erie, don; pero... apelo humildemente a su cortesía: pronto volverá usted a oír hablar de esto. Lo cierto, caballeros, es que a bordo de bergantines y naves de tres mástiles casi tan grandes y sólidas como las que zarpan del viejo Callao rumbo a Manila este hombre de los lagos se había alimentado, en el corazón continental de nuestra América, con todas esas impresiones rústicas y corsarias que la imaginación popular relaciona con el océano. Pues en ese conjunto comunicante que forman sus aguas, esos enormes mares de agua dulce de nuestra tierra (el Erie, el Ontario, el Hurón, el Superior, el Michigan) poseen una expansión oceánica y muchas de las más nobles características del océano, inclusive sus variedades de razas y climas. Como las aguas de la Polinesia, las de estos lagos

enmarcan redondos archipiélagos de islas románticas; como el Atlántico, están rodeados por dos grandes naciones poderosas y antagónicas, y dan largas comunicaciones marítimas a nuestras muchas colonias territoriales llegadas del este y diseminadas por todas sus riberas. Aquí y allá, estos lagos están vigilados por baterías y por las cañoneras caprifformes de Mackinaw; han oído el rápido trueno de las victorias navales y, de cuando en cuando, ceden sus playas a bárbaros salvajes, cuyas rojas caras pintadas emergen de las tiendas de piel. A lo largo de leguas y leguas están flanqueados por antiguas selvas inexploradas donde los pinos despojados se alzan como apretadas filas de reyes en las genealogías góticas; estas selvas contienen salvajes animales [africanos] de presa y criaturas sedosas cuyas pieles exportadas sirven de indumentaria a emperadores tártaros. Los lagos reflejan las capitales pavimentadas de Buffalo y Cleveland, así como las aldeas de Winnebago; los surcan naves mercantes de tres mástiles, bien aparejadas, los barcos de guerra de la Nación, los buques de vapor o las canoas playeras; los barren vientos boreales y destructores, tan terribles como los que agitan las olas saladas, y saben qué es un naufragio, ya que muy lejos de la tierra, aunque en medio del continente, han hundido a innumerables naves nocturnas, con toda su aullante tripulación. Así, señores, aunque natural de tierra firme, Steelkilt había nacido y crecido en el tremendo océano; era un marino tan audaz como cualquiera. Y en cuanto a Radney, aunque durante su infancia se había extendido en la playa desierta de Nantucket para que lo amamantara, y aunque después hubiera surcado nuestro austero Atlántico y este contemplativo Pacífico de ustedes, era tan vengativo y provocador como un marinero de los bosques recién llegado de las latitudes donde se usa el cuchillo con mango de cuerno. Sin embargo, en este oriundo de Nantucket no faltaban rasgos de bondad; en cuanto al otro, el hombre de los lagos, el llamado Steelkilt, era un marinero que, aunque una especie de diablo, podría ser dócil e inofensivo cuando se lo trataba con firmeza inflexible, aunque mitigada por el respeto natural debido a cualquier hombre y que es derecho hasta del más vil esclavo. De todos modos, así se había mostrado hasta entonces; pero Radney estaba predestinado y enloquecido, y Steelkilt... Pero ya lo oirán ustedes, caballeros.

»Hacía apenas un día o a lo sumo dos que el *Town-ship* había dirigido la proa hacia su puesto insular cuando la falla pareció aumentar de nuevo, aunque apenas exigió una o dos horas más de trabajo cotidiano en las bombas. Deben saber ustedes que en un océano tranquilo y civilizado como nuestro Atlántico, algunos capitanes no se preocupan demasiado por hacer trabajar las bombas durante toda la travesía, aunque si en una noche calma y soñolienta el oficial de cubierta olvidara su deber, en este sentido, es muy probable que ni él ni sus camaradas volverían a recordarlo nunca, ya que todos irían a descansar blandamente en el fondo del mar. Tampoco es insólito, caballeros, que en los mares solitarios y salvajes, muy lejos de ustedes, hacia occidente, los barcos hagan rechinar a coro los mangos de las bombas, incluso en el

caso de un viaje de duración considerable, siempre que la embarcación se mantenga a discreta distancia de la costa o tenga a su alcance cualquier otro refugio razonable. Sólo cuando una nave que hace agua se encuentra perdida por los mares de Dios, muy lejos de la tierra, el capitán empieza a sentirse un poco inquieto.

»Esto es lo que había ocurrido con el *Town-ho*; así cuando se descubrió que la falta aumentaba cada vez más, varios hombres de la tripulación empezaron a fruncir el ceño. Sobre todo Radney, el oficial. Éste ordenó que alzaran bien alto las velas y las expusieran en toda forma posible al viento. Supongo que este Radney sería tan poco cobarde y aprensivo, en cuanto a su propia persona, como la criatura de tierra más impávida y despreocupada que puedan ustedes figurarse, caballeros. Por eso, cuando reveló su preocupación por el destino de la nave, alguno de los marineros declaró que sólo se debía a que Radney era uno de los copropietarios del *Town-ho*. Así, esa noche, los hombres dijeron no pocas bromas mientras trabajaban en las bombas, con los pies hundidos en el agua rizada y límpida (límpida como un manantial en la montaña, caballeros) que surgía a borbotones de las bombas para correr por la cubierta y caer en gruesos chorros por los imbornales de sotavento.

»Ahora bien, como ustedes saben muy bien, en este mundo convencional nuestro (acuático o no) no es raro que una persona situada en puesto de mando sobre sus camaradas humanos, cuando descubre que uno de ellos lo supera decisivamente en el natural orgullo de la virilidad, pronto concibe contra este hombre una antipatía y una aversión invencibles; y si tiene oportunidad, derribará y destrozará esa torre subalterna hasta reducirla a un montoncito de polvo. Sea cual fuere el valor de esta reflexión mía, caballeros, lo cierto es que Steerkilt era un ser alto y noble, con cabeza de romano y una fluyente barba de oro semejante a los flecos que orlaban las gualdrapas del piafante corcel del último virrey peruano, con un cerebro, un alma y un corazón dentro de sí, caballeros, que habrían hecho de Steerkilt un Carlomagno si hubiera nacido hijo del padre de Carlomagno. Y Radney, el oficial, era feo como un mulo, aunque tan valiente, testarudo y malicioso como el otro.

»Viendo por el rabillo del ojo al oficial que se acercaba, mientras él trabajaba en la bomba con los demás marineros, el hombre de los lagos fingió no reparar en él y continuó impertérrito sus alegres burlas:

»—Sí, muchachos, esta es una buena falla... que uno de ustedes tome un vaso y la pruebe. ¡Por Dios, habría que embotellarla! ¡Lo digo yo, muchachos! ¡Al viejo Radney se le escapan sus dólares por esta falla! ¡Haría mejor en cortar su parte de la nave y llevársela a su casa! La verdad es que ese pez espada no había hecho más que empezar su trabajo; después volvió con un equipo de carpinteros, peces sierra, peces lima y qué sé yo cuántos otros más, y ahora todo el batallón se ha puesto a trabajar, a cortar, a agujerear el fondo. Están haciendo mejoras, supongo... Si el viejo Rad estuviera aquí ahora, le diría que saltara al mar para ahuyentarlos. Están haciendo

diabluras con lo que le ha costado tanto, muchachos... Pero es un bobo, este Rad... y también es lindo. Muchachos, me han contado que ha invertido el resto de su dinero en espejos. Me pregunto si será capaz de prestarle a un pobre diablo como yo el modelo de su nariz.

»—¡Que se te revienten los ojos! ¿Por qué está parada esa bomba? —rugió Radney, fingiendo no haber oído las palabras del marinero—. ¡A sacarle chispas!

»—Sí, sí, señor —dijo Steelkilt, alegre como un grillo—. ¡Fuerza, muchachos, fuerza!

»Con esto, la bomba resonó como cincuenta bombas de incendio, los marineros se quitaron los sombreros y poco después se oyó el peculiar jadeo que indica la extrema tensión de las energías más vitales.

»Al fin, el hombre de los lagos dejó la bomba con el resto de su grupo, fue hacia proa y se sentó sin aliento en el molinete, con la cara llameante, los ojos inyectados de sangre, la frente chorreando sudor. Ignoro qué persuasivo demonio impulsó a Radney a meterse con semejante hombre en ese estado de exasperación física, señores; pero la cosa ocurrió así. Caminando a grandes trancos por la cubierta, el oficial ordenó al marinero que tomara una escoba y barrera los tablones, y también que recogiera con una pala ciertas sustancias ofensivas motivadas por el hecho de que se dejaba andar en libertad a un cerdo por ese lugar.

»Ahora bien, caballeros, barrer la cubierta de una nave es una tarea doméstica que, salvo durante las tormentas, se cumple regularmente todas las tardes. Hasta se ha visto barrer la cubierta en el momento de hundirse la nave. Tal es, caballeros, la rigidez de las costumbres marinas y el instintivo amor de los marineros por la limpieza: muchos de ellos no se resignarían a ahogarse sin lavarse antes la cara. Pero en todas las naves esta tarea de la escoba es provincia exclusiva de los mozos, si los hay a bordo. Además, los hombres más fuertes del *Town-ho* habían sido distribuidos en cuadrillas y se alternaban en las bombas; Steelkilt, por ser el más atlético de todos, había sido nombrado jefe de una de las cuadrillas: por lo tanto, quedaba libre de toda tarea vulgar no relacionada con los deberes estrictamente náuticos. Menciono todos estos detalles para que puedan ustedes comprender exactamente cómo ocurrieron las cosas entre los dos hombres.

»Pero aún hay más: ordenarle que tomara una pala equivalía a ofender e insultar a Steelkilt casi tanto como si Radney le hubiera escupido en la cara. Cualquier hombre que haya sido marinero en una nave ballenera lo sabe muy bien. El hombre de los lagos lo entendió a las claras cuando el oficial le dio la orden. Pero mientras permanecía inmóvil un instante, sosteniendo la maligna mirada del superior y viendo en ella los barriles de pólvora que se habían amontonado y la mecha que ardía en silencio. Al sentir instintivamente todo esto, se apoderó de él una extraña inercia, una repugnancia que le impedía agitar la pasión más profunda de un ser ya enfurecido (repugnancia que sienten, sobre todo, los hombres realmente valerosos, aun cuando

están ofendidos). Este sentimiento fantasmal e indefinible fue el que se adueñó de Steelkilt, señores.

»Por eso, en su tono habitual, aunque algo alterado por el cansancio físico, le respondió que barrer la cubierta no era tarea suya y que no lo haría. Después, sin aludir a la pala con una sola palabra, señaló a dos o tres jovenzuelos que solían barrer la cubierta: como no estaban asignados a las bombas, poco o nada habían hecho durante todo el día. Entonces Radney respondió con una palabrota y reiteró su orden del modo más tiránico y ofensivo; al mismo tiempo se acercó al hombre de los lagos blandiendo una maza que había tomado de un tonel cercano.

»Encendido y arrebatado como estaba por la fajina espasmódica de los bombas, a pesar de su primera reacción de tolerancia, Steelkilt, chorreando sudor, a duras penas pudo soportar esta actitud del oficial; sin embargo, sofocando aún dentro de sí el incendio, permaneció mudo, obstinadamente inmóvil en su puesto, hasta que al fin Radney, enfurecido, le agitó la maza a pocas pulgadas de la cara, intimándolo a que cumpliera su orden.

»Steelkilt se puso de pie y retrocediendo lentamente en torno al molinete (seguido paso a paso por el oficial con la amenazadora maza), repitió su intención de no obedecer. Pero al ver que toda su tolerancia no producía el menor efecto, con un terrible movimiento de su mano crispada intimó al insensato y enceguecido oficial a que se retirara. Pero de nada sirvió el ademán. De este modo, ambos giraron lentamente en torno al molinete. Al fin, resuelto a no retroceder más, pensando que ya había soportado cuanto era compatible con su naturaleza, el hombre de los lagos se detuvo ante la escotilla y habló así al oficial:

»—Señor Radney, no lo obedeceré. Suelte usted esa maza o tenga cuidado...

»Pero el oficial, predestinado, se acercó aún más al hombre de los lagos y le agitó la pesada maza a una pulgada de los dientes, repitiendo una serie de insoportables maldiciones. Steelkilt no retrocedió la milésima parte de una pulgada: atravesando los ojos del oficial con el inflexible puñal de su mirada, cerró el puño derecho y llevándolo lentamente hacia atrás dijo a su perseguidor que si la maza llegaba a rozarle la mejilla, lo mataría. Pero el insensato ya estaba destinado al verdugo por los dioses, caballeros. Al instante la maza tocó la mejilla; un instante después la mandíbula del oficial se había incrustado en su cabeza: cayó sobre la escotilla arrojando chorros de sangre, como una ballena.

»Antes de que el rumor llegara a popa, Steelkilt empezó a sacudir uno de los brandales que llevan arriba hacia las cofas, donde estaban dos de sus camaradas. Ambos eran canaleños.

»—¿Canaleños? —exclamó don Pedro—. Hemos visto muchos balleneros en nuestros puertos, pero nunca hemos oído hablar de canaleños. ¿Quiénes son y qué son?

»—Canaleños, don Pedro, son los barqueros de nuestro gran Canal de Erie. Quizá haya oído usted acerca de él...

»—No, señor; en esta tierra amodorrada y cálida de tradición y pereza sabemos muy poco de su vigoroso norte.

»—¿De veras? Bueno, don Pedro, vuelva usted a llenar mi taza. Su *chicha* es excelente; y antes de seguir adelante, le contaré qué son nuestros canaleños, porque esta información puede aclarar mi historia.

»A lo largo de trescientas sesenta millas, caballeros; a través de todo el estado de Nueva York; a través de ciudades populosas y aldeas prósperas; a través de pantanos largos, tristes, deshabitados; a través de campos cultivados y fecundos; en salas de billar y en tabernas; a través del *sanctasantórum* de selvas enormes; más allá de arcos romanos tendidos sobre ríos indios; a través del sol y la sombra; en corazones felices o angustiados; a través del inmenso y variado panorama de las provincias Mohawk y sobre todo a lo largo de níveas capillas cuyas agujas son casi como piedras miliares, fluye una corriente incesante de vida venecianamente corrupta y, con frecuencia, al margen de la ley. Éstos son los verdaderos ashanti, caballeros; allí vociferan los paganos, que viven a nuestro lado, bajo la sombra alargada y el cómodo reparo de las iglesias. Pues una extraña fatalidad ha dispuesto, caballeros, que los pecadores abunden más en los sitios sacros, como suele ocurrir con los filibusteros metropolitanos, que sientan sus reales en torno a los palacios de justicia.

»—¿No es un sacerdote ese que pasa allí? —preguntó don Pedro mirando hacia la plaza atestada de gente.

»—Es una suerte para nuestro amigo norteño que la Inquisición de nuestra señora Isabel esté desapareciendo de Lima —rió don Sebastián—. Siga con su relato, señor.

»—¡Un momento! ¡Perdón! —exclamó otro de los presentes—. En nombre de todos los limeños, sólo deseo manifestarle, señor mariner, que no ha pasado inadvertida para nosotros su delicadeza al reemplazar la actual Lima por la lejana Venecia en su comparación con lo que está corrompido. ¡Oh! No se incline usted ni se muestre sorprendido; ya conoce usted el proverbio que se dice en estas costas: “Corrompido como Lima”. Esa frase no hace más que confirmar sus palabras: hay más iglesias que salas de billar, y sin embargo... *Corrompido como Lima*. Lo mismo ocurre con Venecia. Yo he estado en esa ciudad. ¡La ciudad santa del bienaventurado evangelista san Marcos! ¡Oh, Santo Domingo, purifícala! Alcánceme su taza. Gracias: ya se la lleno... Ahora, siga usted.

»—Si se lo describiera en su conducta habitual, señores, el canaleño sería un magnífico héroe dramático, puesto que es un granuja pintoresco como pocos. Como Marco Antonio cuando flotó durante días y días en el Nilo verdoso y florido, el canaleño navega indolente, jugueteando a vista y paciencia de todos con su Cleopatra de rojas mejillas, haciendo madurar en la asoleada cubierta sus muslos color

albaricoque. Pero en tierra, este afeminamiento desaparece. La indumentaria de bandido que el canaleño ostenta con orgullo, su sombrero gacho, adornado de hermosas cintas, son signo de sus otras cualidades. Terror de la sonriente inocencia de las aldeas que atraviesa al navegar, su rostro atezado y su porte altanero no son desconocidos en las ciudades. Una vez que vagabundeaba por su canal, fui tratado con cortesía por uno de estos canaleños: se lo agradezco de corazón y no querría portarme como un ingrato, pero uno de los rasgos que a menudo redimen al hombre violento es que con la misma rapidez tiende un brazo para auxiliar a un pobre desconocido en dificultades como para despojar a un rico. Para abreviar, caballeros, les diré algo que demuestra cómo es la índole del canaleño: nuestra ruda cofradía de balleneros incluye a muchos canaleños graduados con las más altas calificaciones y ninguna otra raza inspira más recelo o respeto (salvo, quizá, la de Sydney) a nuestros capitanes balleneros. Y no disminuye el aspecto curioso de todo esto el hecho de que para muchos millares de nuestros muchachos campesinos, nacidos a lo largo de sus orillas, la experiencia recogida en el Gran Canal es la única transición posible entre la tranquila cosecha en un campo cristiano de maíz y el incesante avance entre las olas de los mares bárbaros.

«—¡Comprendo, comprendo! —exclamó impetuosamente don Pedro, derramándose la *chicha* sobre sus puños plateados—. No se necesita viajar. Todo el mundo es Lima. Creía que en su apacible norte las generaciones eran frías y virtuosas como las colinas... Pero siga usted.

«—He interrumpido mi relato, caballeros, en el momento en que el hombre de los lagos sacudía el brandal. No había terminado de hacerlo, cuando los tres oficiales más jóvenes y tres arponeros lo rodearon y lo arrojaron al suelo. Pero deslizándose desde las cofas como calamitosas cometas, ambos canaleños se precipitaron hacia la refriega y procuraron liberar a su camarada llevándolo hacia el alcázar. Otros marineros se les unieron en el intento: se armó una confusa batahola, mientras el valiente capitán, manteniéndose fuera de peligro, saltaba adelante y atrás con una pica ballenera en la mano, gritando a sus oficiales que maniataran a ese abominable bandido y lo arrojaran al puente de mando. De cuando en cuando, se aproximaba al borde giratorio de la batahola y metiendo dentro de ella la pica procuraba arrancar de ella el objeto de su indignación. Pero Steelkilt y sus embravecidos amigos eran demasiado para todos ellos: consiguieron llegar hasta el alcázar donde, haciendo rodar a toda prisa tres o cuatro enormes barriles que adosaron contra un molinete, estos parisienses del mar construyeron una barricada y se refugiaron tras ella.

«—¡Fuera de allí, piratas! —rugió el capitán, amenazándolos ahora con unas pistolas que el dispensero acababa de darle—. ¡Fuera de allí, asesinos!

«Steelkilt saltó sobre la barricada y se paseó encima de ella, desafiando la amenaza de las pistolas, pero dando a entender claramente al capitán que su muerte habría sido

la señal para un cruento amotinamiento de los marineros. Con el temor de que esto pudiera ser demasiado cierto, el capitán cedió un poco, pero ordenó a los rebeldes que volvieran inmediatamente a su trabajo.

»—¿Promete usted no tocarnos, si volvemos? —preguntó el cabecilla.

»—¡Vuelvan a su trabajo, a su trabajo! No prometo nada. ¡A su trabajo! ¿Quieren que la nave se hunda, rebelándose en un momento como éste? ¡Al trabajo!

»Y volvió a levantar las pistolas.

»—¿Que la nave se hunda? —gritó Steelkilt—. Sí, deje que se hunda. Nadie saldrá de aquí si usted no jura que no levantará siquiera un dedo contra nosotros. ¿Qué dicen ustedes, marineros? —agregó, volviéndose hacia sus camaradas: una tremenda aclamación fue la respuesta.

»El hombre de los lagos siguió paseándose sobre la barricada, mirando al capitán y prorrumpiendo de cuando en cuando en frases como éstas: “La culpa no es nuestra; nosotros no lo provocamos; le dije que dejara esa maza; era una cosa de niños; ya me conocía muy bien; le dije que no molestara al búfalo; creo que me he roto un dedo contra esa maldita mandíbula; ¿no hay cuchillos de picar carne en el alcázar, marineros?; cuidado con esas picas, muchachos; capitán, por Dios, tenga cuidado; diga lo que le he pedido; no sea necio; olvídelo todo; estamos dispuestos a volver al trabajo; tráenos como se debe y estaremos con usted; pero no permitiremos que nos azoten”.

»—¡Al trabajo! ¡No prometo nada! ¡Al trabajo, les digo!

»—Óigame —gritó el hombre de los lagos, apuntando con el brazo al capitán—, aquí hay algunos (entre ellos, yo) que se han embarcado sólo para este viaje, ya lo sabe usted; también sabe que podemos largarnos no bien echen el ancla; no tenemos ganas de peleas: no nos conviene para nada. Queremos irnos en paz; estamos dispuestos a trabajar, pero no dejaremos que nos azoten.

»—¡Vuelvan al trabajo! —rugió una vez más el capitán.

»Steelkilt miró un momento a su alrededor, y después dijo:

»—Ya le he dicho qué es lo mejor, capitán: en vez de matarlo y hacernos ahorcar por un canalla insignificante, no alzaremos contra usted un solo dedo si no nos ataca; pero si no nos promete no azotarnos, no moveremos siquiera un dedo para trabajar.

»—¡Al sótano del alcázar, entonces! ¡Los tendré allí hasta que se harten!

»—¿Bajamos? —preguntó el cabecilla a sus hombres.

»La mayoría se opuso, pero al fin, obedeciendo a Steelkilt, lo precedieron hacia el oscuro sótano desapareciendo entre gruñidos, como osos en una cueva.

»Cuando la cabeza desnuda del hombre de los lagos estuvo a nivel de la cubierta, el capitán y su pelotón saltaron hacia la barricada: corrieron rápidamente la tapa del escotillón, apoyaron sobre ella todas las manos y gritaron al despenzarse que llevara el pesado candado de bronce. Después, abriendo un poco la puerta, el capitán murmuró

algo por la rendija, volvió a cerrarla e hizo girar la llave sobre los prisioneros —diez en total—, dejando en cubierta a unos veinte hombres, o quizá más, que hasta entonces habían permanecido neutrales.

»Durante toda la noche los oficiales montaron guardia, en la popa y la proa, sobre todo en torno al escotillón del alcázar y la escotilla de popa; temían que los rebeldes pudieran salir por esta última, derribando la mampara interior. Pero las horas de oscuridad pasaron en calma, mientras los hombres que no habían abandonado su trabajo se deslomaban en las bombas, cuyo rechinar resonaba en la noche lúgubremente, a intervalos, en la nave entera.

»Al amanecer, el capitán fue hacia proa y, golpeando en la cubierta, volvió a exhortar a los prisioneros para que retornaran al trabajo. Rehusaron con un aullido. Entonces les bajaron agua y dos puñados de galletas. Después, haciendo girar la llave y metiéndosela en el bolsillo, el capitán volvió al puente de mando. La escena se repitió tres veces por día durante tres días seguidos; pero la cuarta mañana se oyó abajo una agitada discusión y después una lucha cuando el capitán repitió su exhortación; de improviso, cuatro marineros saltaron fuera del alcázar, declarándose dispuestos a volver al trabajo. La fétida clausura del aire y la dieta de hambre, unidas quizá al temor de una última retribución, los había impulsado a rendirse sin condiciones. Envalentonado, el capitán repitió a los demás su pedido, pero Steelkilt prorrumpió en una aterradora admonición para que dejara de balbucir y se marchara por donde había llegado. La quinta mañana, tres amotinados saltaron de entre los desesperados brazos que procuraban impedirselo. Sólo quedaron tres dentro del alcázar.

»—Es mejor volver, ¿no es cierto? —dijo el capitán, burlándose despiadadamente.

»—¡Vuelva a encerrarnos! —gritó Steelkilt.

»—¡Oh, enseguida! —dijo el capitán, haciendo girar la llave.

»Fue entonces, caballeros, cuando enfurecido por la desertión de siete de sus iniciales compañeros, herido por la voz burlona que acababa de oír y enloquecido por el largo entierro en aquel lugar negro como las entrañas de la desesperación, fue entonces, digo, cuando Steelkilt propuso a los dos canaleños —hasta ese momento de acuerdo con él, en apariencia— que irrumpieran desde ese agujero al próximo llamado de la guarnición, y armados con sus afilados cuchillos de picar carne (largos, pesados utensilios en forma de media luna con un mango en cada extremo) corrieran un *amok* desde el bauprés hasta el puente de mando, para adueñarse de la nave, si era posible, siquiera a un precio diabólico. Por su parte, estaba dispuesto a hacerlo, aseguró Steelkilt, aunque no contara con la ayuda de sus camaradas. Esa era la última noche que pasaría en esa cueva. Pero el plan no encontró la oposición de los otros dos: juraron que estaban dispuestos a esa o a cualquier otra locura: a cualquier cosa, salvo a una rendición. Y lo que es más, cada uno insistió en ser el primer hombre en subir a

cubierta cuando llegara el momento de la huida. Pero el jefe se opuso con la misma fiereza, reservándose esa prioridad para sí mismo; sobre todo porque sus dos camaradas no querían cederse mutuamente el privilegio y ambos no podían ser los primeros, ya que la escala no admitía más que un hombre a la vez. Y aquí es donde habrá de revelarse, caballeros, el sucio juego de estos granujas.

»Al oír el desatinado proyecto de su jefe, cada uno de sus amigos había resuelto, según parece, valerse del mismo pérfido ardid: ser el primero en salir significaba ser el primero de los tres —aunque el último de los diez— en rendirse para asegurarse de ese modo la posibilidad de perdón que tal conducta podía merecer. Pero cuando Steelkilt declaró su resolución de capitanearlos hasta el último instante, los canaleños se las ingeniaron, mediante alguna sutil combinación química de la infamia, para unir sus perfidias hasta entonces secretas y, cuando el cabecilla se quedó dormido, se confesaron mutuamente con pocas palabras. Después lo ataron con cuerdas, lo amordazaron y llamaron a gritos al capitán.

»Creyendo que se había cometido un asesinato, husmeando olor a sangre en la oscuridad —era medianoche—, el capitán y los tres oficiales con los arponeros se precipitaron al alcázar. En pocos minutos abrieron la puerta: atado de pies y manos, el cabecilla que aún se debatía fue alzado en el aire por sus pérfidos aliados, que enseguida reclamaron el honor de haber dado cuenta de un hombre tan dispuesto al crimen. Pero todos ellos fueron arrastrados por la cubierta, asidos del cuello como reses muertas, y uno junto al otro, como cuartos de carne, fueron izados al palo de mesana, donde permanecieron colgados hasta la mañana siguiente.

»—¡Malditos sean! —gritaba el capitán, yendo y viniendo frente a ellos—. ¡Ni siquiera los buitres los tocarían, bandidos!

»Al amanecer, convocó a toda la tripulación y separando a los que se habían amotinado de los que no habían tomado parte en el alzamiento, dijo a los primeros que tenía muchas ganas de mandarlos azotar —cosa que haría porque era preciso: la justicia lo exigía—, pero que por el momento, teniendo en cuenta su oportuna rendición, los dejaría irse con una reprimenda, que administró sin demora, en su propia lengua.

»—Pero en cuanto a ustedes, inmundas carroñas —agregó dirigiéndose a los que colgaban del palo de mesana—, tengo intenciones de hacerlos pedazos y arrojarlos a las refinerías.

»Y tomando una cuerda, azotó con todas sus fuerzas la espalda de los dos traidores hasta que éstos no aullaron más y dejaron caer la cabeza a un lado, exánimes, como en las imágenes de los dos ladrones crucificados.

»—¡Me he recalcado la muñeca por culpa de ustedes! —gritó al fin el capitán—, pero aún queda bastante cuerda para ti, mi lindo gallito, esto no ha terminado... Quítenle esa mordaza de la boca y oigamos qué dirá en su defensa.

»Durante un instante, el rebelde exhausto movió la mandíbula acalambrada; después, volviendo penosamente la cabeza, dijo en una especie de susurro:

»—Lo que tengo que decirte es esto, y presta mucha atención: si me azotas, te mataré.

»—¿Conque ésas tenemos? Mira, entonces, cuánto me asustas —dijo el capitán, levantando la cuerda para azotarlo.

»—Será mejor que no lo hagas —murmuró el hombre de los lagos.

»—¡No tengo otro remedio! —dijo el capitán, levantando de nuevo la cuerda para golpearlo.

»Entonces Steelkilt susurró algo que nadie pudo oír, salvo el capitán; y éste, ante el asombro de todos, retrocedió, dio unos cuantos pasos por la cubierta y arrojando súbitamente la cuerda dijo:

»—No lo haré... Déjenlo libre, desátenlo. ¿Me oyen?

»Pero mientras los oficiales más jóvenes se apresuraban a cumplir la orden, un hombre pálido, con la cabeza vendada, los detuvo: era Radney, el primer oficial. Desde el puñetazo había permanecido tendido en su hamaca; pero esa mañana, al oír el tumulto en la cubierta, se había arrastrado hacia ella para asistir a toda la escena. Tenía la boca en tal estado que apenas podía hablar; pero murmuró algo acerca de que él era capaz de hacer lo que el capitán no se atrevía a hacer, arrebató la cuerda y avanzó hacia su enemigo inmovilizado.

»—¡Eres un cobarde! —murmuró el hombre de los lagos.

»—Es posible, pero toma esto.

»El oficial estuvo a punto de asestar el golpe, cuando otro susurro de Steelkilt inmovilizó su brazo levantado. Pero después, ya sin interrumpirse, cumplió su palabra, a pesar de la amenaza de Steelkilt, que nadie había oído. Entonces desataron a los tres hombres, se dio la orden de volver al trabajo y las bombas empezaron a chirriar de nuevo bajo el irritado impulso de los sombríos marineros.

»Ese mismo día, apenas oscureció, cuando los vigías bajaron de sus puestos, se oyeron gritos en el alcázar; y los dos trémulos traidores, subiendo a la carrera, golpearon a la puerta de la cabina, diciendo que no se atrevían a permanecer con la tripulación. Amenazas, bofetones y puntapiés no lograron hacerlos retroceder, de modo que, a pedido de ellos mismos, se los encerró en la sala para preservarlos de todo riesgo. Sin embargo, no volvieron a producirse entre el resto de la tripulación indicios de amotinamiento. Al contrario, los hombres parecían resueltos a conservar la calma más absoluta, a instancias de Steelkilt, y obedecer hasta la última orden, para desertar en masa de la nave cuando tocara puerto. Pero a fin de asegurarse el arribo más rápido, todos se pusieron de acuerdo en algo: no anunciar las ballenas, en caso de que las avistaran. Pues a pesar de la falta y de todos los demás peligros, el *Town-ho* aún apostaba vigías en las cofas y el capitán estaba tan dispuesto a bajar al mar tras

una ballena como el primer día en que la nave había llegado a la zona de pesca. También Radney, el oficial, estaba dispuesto a cambiar su hamaca por un bote y a procurar, con su boca vendada, cerrar en la muerte la mandíbula viviente de la ballena.

»Pero aunque el hombre de los lagos había inducido a los marineros a adoptar esa conducta pasiva, mantenía su propia decisión (al menos hasta que todo acabara) en cuanto a la venganza que quería tomarse contra el hombre que lo había herido en lo más íntimo de su corazón. Pertenecía a la guardia mandada por Radney, el primer oficial; y ese hombre ensoberbecido, como empeñado en ir al encuentro del destino que lo esperaba, insistió en tomar el mando de su guardia nocturna contra el consejo expreso del capitán, después de la escena de los azotes. Esa circunstancia, y alguna otra adicional, permitió a Steelkilt elaborar cuidadosamente el plan de su venganza.

»Durante la noche, Radney tenía la costumbre, poco habitual en un hombre de mar, de sentarse en una amurada del puente de mando y apoyar el brazo contra la borda del bote colgado un poco más arriba. En esta posición, como todos sabían, solía adormecerse. Había un espacio considerable entre el bote y la nave, y entre ellos se extendía el mar. Steelkilt calculó su oportunidad y descubrió que su próxima guardia en el timón caería a las dos de la mañana del tercer día en que lo habían traicionado. Durante los intervalos entre sus guardias en la parte inferior del barco, empleó sus ocios en tejer algo con sumo cuidado.

«—¿Qué estás haciendo? —le preguntó un marinero.

«—¿Qué crees que es? ¿A qué se parece?

«—Parece cuerda para tu bolso. Pero es un poco rara...

«—Sí, es más bien rara —dijo el hombre de los lagos, apartándola de sí para verla mejor—. Pero me parece que servirá. No tengo bastante cáñamo. ¿Tienes un poco, tú?

«Pero no lo había en el alcázar.

«—Entonces le pediré un poco al bueno de Rad.

«Y se levantó para ir en su busca.

«—¡No irás a pedirle limosna a él! —dijo el marinero.

«—¿Por qué no? ¿Crees que no será capaz de hacerme un favor que, al fin de cuentas, lo beneficiará a él?

»Steelkilt fue hacia el oficial, lo miró tranquilamente y le pidió un poco de cáñamo para remendar su hamaca. Lo obtuvo: ni el cáñamo ni la cuerda volvieron a verse ya nunca, pero la noche siguiente una bola de hierro, cuidadosamente envuelta, se deslizó del bolsillo del gabán del hombre de los lagos, cuando éste lo doblaba en la hamaca para usarlo como almohada. Veinticuatro horas después estaba de guardia en el timón, junto al hombre que tenía la costumbre de dormitar sobre el sepulcro siempre abierto para cualquier marino. La hora fatal estaba a punto de sonar. En la mente de Steelkilt, el oficial ya estaba tieso como un cadáver, con la frente hundida.

»Pero un necio, caballeros, salvó al aspirante a asesino del sangriento propósito. Sin embargo, Steelkilt obtuvo completa venganza, sin necesidad de ser el vengador. Pues a causa de una misteriosa fatalidad, el Cielo mismo pareció interponerse para tomar a su cargo el acto de perdición que Steelkilt quería cargar sobre sí.

»Fue entre el alba y la salida del sol del segundo día, cuando los marineros lavaban la cubierta, cuando un estúpido marinero de Tenerife, que acarreaba agua de la noria, gritó de repente: “¡Allá, allá!”. ¡Jesús, qué ballena! Era Moby Dick.

»—¡Moby Dick! —gritó don Sebastián—. ¡Santo Domingo! ¿Pero es que las ballenas tienen nombres de pila, señor marinero? ¿A quién llama usted Moby Dick?

»—A un monstruo muy blanco, famoso, inmortal y asesino, don Sebastián. Pero ésta sería una historia demasiado larga.

»—¿Qué historia, qué historia? —exclamaron los jóvenes españoles, rodeándome.

»—No, no, caballeros. Ahora no puedo contarla. Déjenme respirar, señores.

»—¡La *chicha*, la *chicha*! —gritó don Pedro—. Nuestro vigoroso amigo parece exánime... ¡Llénenle el vaso!

»—No es necesario, caballeros; aguarden un momento y seguiré... Bien, caballeros: al descubrir de improviso la ballena nívea a cincuenta metros de la nave, el hombre de Tenerife, olvidando el pacto de la tripulación, en el entusiasmo del momento había alzado la voz instintivamente para señalar el monstruo, aunque ya hacía algún tiempo que la habían avistado los tres melancólicos vigías. Al instante todo fue confusión. “¡La Ballena Blanca, la Ballena Blanca!”, fue el grito del capitán, los oficiales y los arponeros que, sin prestar oídos a los rumores temerosos, estaban ansiosos por capturar un animal tan ilustre ypreciado. Mientras tanto, la obstinada tripulación miraba de soslayo, entre maldiciones, la deslumbrante belleza de la gran masa de leche que, iluminada por un centelleante sol horizontal, se movía y relumbraba como un ópalo viviente en el azul mañanero. Caballeros, una extraña fatalidad atraviesa todo el curso de estos acontecimientos, como si hubiesen sido trazados aun antes de que se hiciera el mapa del mundo. El amotinado era el primer remero de Radney: cuando perseguían a una ballena tenía el deber de sentarse junto a él (mientras Radney permanecía de pie en la proa, empuñando su lanza) para soltar o recuperar la línea, según las órdenes que recibiera. Además, en esta ocasión, cuando bajaron al mar los cuatro botes, el del oficial tomó la delantera y nadie gritó con más alegría que Steelkilt cuando empuñó el remo. Después de remar duramente, el bote se acercó a la ballena, el arponero le clavó su hierro y Radney, lanza en mano, saltó a la proa. Siempre demostraba el mismo frenesí, según parece, durante la caza. Esta vez su grito, sofocado por la venda, ordenó que lo depositaran sobre el lomo de la ballena. Sin demostrar temor, su primer remero lo acercó cada vez más, a través de una espuma ennegrecedora donde se mezclaban dos blancuras, hasta que de pronto la embarcación pareció chocar contra un arrecife submarino y, rebotando, despidió al oficial que permanecía en pie. En el instante en

que Radney caía sobre el lomo resbaladizo de la ballena, el bote se enderezó y el oleaje lo rechazó, mientras Radney, arrojado al mar, caía al otro lado de la ballena. El oficial se debatió entre la espuma y durante un momento sus hombres lo entrevistaron envuelto en ese velo, procurando apartarse de la mirada de Moby Dick. Pero la ballena se volvió en un súbito remolino, atrapó al nadador entre sus mandíbulas y enarcándose con el oficial entre sus fauces se hundió en el mar.

»Mientras tanto, al primer choque contra el fondo del bote, el hombre de los lagos había aflojado la línea para no ser arrastrado en el remolino y se había quedado contemplando tranquilamente la escena, pensando en sus propias cosas. Pero de súbito, unos tirones terribles amenazaron con arrastrar el bote hacia el fondo del mar. El hombre de los lagos cortó la línea y la ballena quedó libre. Pero Moby Dick volvió a surgir a cierta distancia, con algunos jirones de la camisa de lana roja de Radney entre los dientes que lo habían destruido. Los cuatro botes reanudaron la caza, pero la ballena los esquivó y al fin desapareció por completo.

»Poco después, el *Town-ho* llegó a su puerto —un lugar salvaje, solitario—, donde no vivía ningún ser civilizado. Allí, encabezados por el hombre de los lagos, todos los masteleros, salvo cinco o seis, desertaron entre las palmeras; según se averiguó después, robaron una doble canoa de guerra a los indígenas y zarparon hacia otro puerto.

»Reducida la tripulación de la nave a un puñado de hombres, el capitán llamó a los isleños para que lo ayudaran en la difícil tarea de volcar la nave para carenarla. Pero ese grupo de blancos estaba obligado a tan incesante vigilancia sobre sus peligrosos aliados, y era tan duro el trabajo que debían hacer, que cuando la nave quedó lista para ser botada al mar, la debilidad de todos los marineros era tal que el capitán no se atrevió a zarpar con ellos en una nave tan pesada como el *Town-ho*. Después de consultar a los oficiales, ancló la nave lo más lejos posible de la orilla, cargó los dos cañones de proa, amontonó los mosquetes en popa y advirtiendo a los isleños que no se acercaran a la nave, a riesgo de su vida, tomó a un hombre y desplegando la vela de su mejor bote partió con viento a favor hacia Tahití, a quinientas millas de distancia, con el fin de encontrar un refuerzo para su equipaje.

»Al cuarto día avistaron una gran canoa que parecía detenida junto a una isla baja de coral. El capitán maniobró para evitarla, pero la embarcación salvaje apuntó hacia él: pronto la voz de Steelkilt le gritó que pusiera en paira el bote, o lo hundiría. El capitán tomó una pistola. Con un pie en cada una de las proas de ambas canoas de guerra unidas, el hombre de los lagos se le rió en la cara, asegurando que si amartillaba el arma lo sepultaría entre burbujas y espuma.

»—¿Qué quieres de mí! —gritó el capitán.

»—¿Adónde va usted? ¿Y para qué? —preguntó Steelkilt—. No me mienta.

»—Voy a Tahití en busca de más hombres.

»—Muy bien. Déjeme subir a bordo un momento. Vengo en son de paz.

»Con esas palabras saltó de la canoa, nadó hacia el bote y subiendo por la borda se paró frente al capitán.

»—Cruce los brazos, señor; levante la cabeza. Y ahora repita conmigo: No bien Steelkilt se marche, juro desembarcar en esa isla y permanecer allí seis días. Si así no lo hago, ¡que me parta un rayo!

»—¡Muy buen alumno! —rió el hombre de los lagos—. ¡Adiós, señor!

»Después saltó al mar y nadó de regreso hacia sus camaradas. Esperó hasta que el capitán y sus hombres hubieran desembarcado y arrastrado el bote hasta las raíces de los cocoteros, y se dio a la vela nuevamente. Al fin llegó a Tahití, su destino. Allí, la suerte le sonrió; dos naves estaban a punto de zarpar hacia Francia y la providencia quiso que necesitaran el número preciso de hombres que el marinero capitaneaba. Todos se embarcaron y así tomaron ventaja definitiva sobre el antiguo capitán, en caso de que éste hubiese tenido la intención de retribuirles por vía legal.

»Poco después de que zarparan las naves francesas, llegó el *Town-ho* a Tahití y el capitán se vio obligado a alistar a algunos de sus habitantes más civilizados, con cierta experiencia del mar. Fletó un bergantín lugareño y regresó con esos hombres a la nave; encontrando en ella todo en orden, reanudó el viaje.

»Nadie sabe dónde está Steelkilt ahora, caballeros; pero en la isla de Nantucket la viuda de Radney sigue con sus ojos puestos en el mar, que se niega a devolver a sus muertos, y sus sueños siguen mostrándole la espantosa ballena que mató a su marido...

»—¿Ha terminado? —preguntó tranquilamente don Sebastián.

»—Sí, don Sebastián.

»—Entonces, le ruego que me diga si, de acuerdo con sus convicciones más profundas, esta historia suya es esencialmente cierta. ¡Es tan prodigiosa! ¿La ha sabido usted de buena fuente? Perdóneme si parezco demasiado insistente...

»—Y perdónenos también a nosotros, señor marinero, si nos unimos al pedido de don Sebastián —exclamó el resto de los amigos con enorme interés.

»—¿Hay un ejemplar de los Santos Evangelios en la "Hostería del Oro"?

»—No. Pero conozco a un sacerdote, aquí cerca, que nos procurará uno enseguida. Pero ¿lo ha pensado usted bien? Esto puede ser muy serio...

»—¿Tendría usted la bondad de traer también al sacerdote, don Sebastián?

»—Aunque ya no hay autos de fe en Lima, me temo que nuestro amigo marinero corre peligro por parte del arzobispado —dijo uno de los caballeros al otro—. Salgamos de la luz de la luna... No veo la necesidad de todo esto.

»—Dispense que corra tras usted, don Sebastián; pero quiero pedirle que consiga usted el Evangelio de mayor tamaño que le sea posible.

—Éste es el sacerdote: trae los Evangelios —dijo don Sebastián muy gravemente, al regresar con un personaje alto y solemne.

»—Permítame quitarme el sombrero. Ahora, venerable sacerdote, acerquémonos a la luz y sostenga usted la Sagrada Biblia ante mí, para que pueda tocarla.

»—Con la ayuda del Cielo y por mi honor, caballeros: la historia que les he contado es, en esencia y rasgos generales, verdadera. Sé que lo es; ocurrió en este mundo; he estado en la nave; he conocido a su tripulación; he visto a Stealkilt y he hablado con él, después de la muerte de Radney.

LV. SOBRE LAS MONSTRUOSAS IMÁGENES DE LAS BALLENAS

No tardaré en pintar ante ustedes, lo mejor que pueda hacerlo sin tela, algo que se asemeje a la verdadera ballena tal como se muestra en la realidad ante los ojos del ballenero, cuando su imponente masa se acerca tanto al bote de caza que un hombre puede saltar cómodamente sobre ella. Pero antes quizá sea de interés dar cuenta de esos curiosos retratos imaginarios de la ballena que, hasta nuestros días, desafían tranquilamente la credulidad de los habitantes de tierra. Ya es hora de corregir la opinión de todo el mundo acerca de este tema, demostrando hasta qué punto esas imágenes de la ballena son falsas.

La fuente de todos esos engaños pictóricos quizá esté en las más antiguas esculturas hindúes, egipcias y griegas. Pues desde esos tiempos llenos de imaginación, pero sin escrúpulos, cuando en los paneles marmóreos de los templos, en los pedestales de las estatuas y en los escudos, medallones, ánforas y monedas el delfín se representaba con cota de malla, como Saladino, y con yelmo, como san Jorge, desde entonces, repito, esta licencia fue norma no sólo para la mayor parte de las imágenes populares de la ballena, sino también para muchas de sus representaciones científicas.

Ahora bien, es muy posible que el retrato más antiguo que se propone representar a la ballena es el que se encuentra en la famosa caverna-pagoda de Elefanta, en la India. Los brahmanes sostienen que en las casi innumerables esculturas de la pagoda inmemorial, todos los oficios y las empresas, todas las ocupaciones concebibles del hombre se representaron siglos antes de que ocurrieran en la realidad. No es de asombrarse, pues, que nuestra noble profesión de la caza de ballenas esté allí figurada de algún modo. La ballena a que nos hemos referido se encuentra en un tramo aislado del muro, donde está representada la encarnación de Visnú en forma de leviatán, conocida por los doctos como el *Matse-Avatar*. Pero aunque esta escultura es a medias hombre y a medias ballena, de modo que sólo vemos la cola de esta última, tan ínfima parte es un puro error. Recuerda más la cola puntiaguda de una anaconda que las anchas palmas de la majestuosa aleta de la verdadera ballena.

Pero si recorremos las antiguas galerías y miramos el retrato de este animal hecho por un gran pintor cristiano, descubriremos que no tuvo mejor fortuna que el antediluviano hindú. Es el cuadro de Guido que representa a Perseo cuando salva a Andrómeda del monstruo marino o ballena. ¿De dónde tomó Guido el modelo para una criatura tan extraña como ésa? Tampoco Hogarth lo hizo mucho mejor al pintar la misma escena en *El descenso de Perseo*. La inmensa corpulencia del monstruo de Hogarth ondula en la superficie, calando apenas una pulgada de agua. Lleva en el lomo una especie de baldaquín como el de los elefantes y su boca abierta, provista de colmillos entre los que pasan rodando las olas, podría tomarse por el Portal de los Traidores que lleva por el Támesis hasta la Torre. Están luego las ballenas Prodrómico de Sibbald, el viejo escocés, y la ballena de Jonás, tal como la representan las imágenes de las viejas Biblias y los grabados en los antiguos libros de rezos. ¿Qué diremos de éstas? En cuanto a la ballena de los encuadernadores, que se enrosca como un sarmiento en torno a la barra de un ancla en descenso —tal como aparece estampada y dorada en los lomos y portadas de muchos libros viejos y nuevos—, es una criatura muy pintoresca pero puramente fabulosa, imitada, según creo, de figuras semejantes en vasos antiguos. Aunque todos lo consideran un delfín, pienso que ese pez del encuadernador es un intento de ballena, porque ése era el propósito que tenía cuando se lo inauguró. Lo creó un viejo editor italiano, en algún momento del siglo XV, durante el Renacimiento de los Estudios; y en aquellos tiempos, hasta un período relativamente tardío, se suponía vulgarmente que los delfines eran una especie de leviatán.

En las viñetas y otros ornamentos de algunos libros antiguos suelen encontrarse curiosos esbozos de ballenas, donde toda suerte de chorros, fuentes calientes y frías, Saratogas y Baden-Badens surgen borboteando de su cerebro inagotable. En la portada de la edición original del *Progreso del saber* pueden encontrarse algunas ballenas muy curiosas.

Pero dejemos de lado todos estos intentos no profesionales, y echemos una mirada a las imágenes del leviatán que procuran ser dibujos serios, científicos por parte de los conocedores. En la vieja colección de viajes de Harris hay algunas láminas de ballenas tomadas de un libro de viajes holandés, año 1671, titulado *Viaje ballenero a Spitzbergen en la nave «Jonás en la Ballena», al mando de Peter de Friesland*. En una de esas láminas, las ballenas, semejantes a grandes balsas de troncos, yacen entre islas de hielo, mientras osos blancos corren sobre sus lomos vivientes. En otra lámina se advierte el tremendo error de representar a la ballena con aletas perpendiculares.

Existe además un imponente volumen en cuarto, escrito por cierto capitán Colnett, miembro de la flota inglesa, titulado *Viaje en torno al Cabo de Hornos por los Mares del Sur, con el propósito de extender las zonas de caza de la ballena espermática*. En este libro hay un dibujo que, se supone, es un «Retrato de *Physeter* o ballena

espermática, hecho en escala por un hombre muerto en aguas de México, en agosto de 1793, y subido a bordo». No dudo que el capitán hiciera dibujar esta verídica imagen en beneficio de sus marinos. Para mencionar sólo un detalle, permítaseme decir que tiene un ojo que, medido según la escala adjunta, correspondería a un ventanal de unos cinco pies de largo abierto en la cabeza de un cachalote adulto. ¡Ah, mi bravo capitán, por qué no nos mostraste a Jonás asomado a ese ojo!

Las compilaciones de Historia Natural más concienzudas destinadas a los lectores jóvenes e inocentes tampoco están exentas de errores tan absurdos como los mencionados. Echemos una mirada a ese libro tan popular titulado *La naturaleza animada*, de Goldsmith. En la edición abreviada londinense de 1807, hay láminas de una supuesta «ballena» y de un «narval». No quiero ser grosero, pero esa repugnante ballena parece una cerda amputada; y en cuanto al narval, una ojeada es suficiente para dejarnos estupefactos de que en este siglo XIX semejante hipogrifo pueda pasar por genuino ante un público de estudiantes inteligentes.

En 1825, Bernard Germain, conde de Lacépède, gran naturalista, publicó un estudio de cetología donde hay diferentes grabados de las varias especies de leviatán. No sólo son incorrectos, sino que el retrato del *Mysticetus* o ballena de Groenlandia (es decir, la ballena franca) no tiene su correspondiente en la naturaleza, según Scoresby, hombre de gran experiencia acerca de esta determinada especie.

Pero el broche de oro de toda esta serie de despropósitos estaba reservado al científico Frederick Cuvier, hermano del famoso barón. En 1836 publicó una *Historia natural de las ballenas* en la cual nos ofrece lo que él llama un retrato de la ballena espermática o cachalote. Antes de mostrar esa imagen a cualquier habitante de Nantucket, harán ustedes bien en tener dispuesta una salida rápida de Nantucket. En una palabra, el cachalote de Frederick Cuvier no es un cachalote, sino una calabaza. Desde luego, su autor nunca hizo un viaje ballenero (como suele ser el caso de esos estudiosos); pero ¿quién podrá decir de dónde tomó ese retrato? Quizá del mismo lugar de donde su científico predecesor en el mismo terreno, Desmarest, tomó sus genuinos abortos: es decir, de un dibujo chino. Y muchas tazas y platos extraños nos informan qué clase de fantasiosos son esos chinos cuando toman el pincel.

En cuanto a las ballenas de las insignias colgadas sobre las tiendas de los vendedores de aceite, ¿qué decir de ellas? Por lo general, son ballenas a la Ricardo III, con gibas de dromedario, y muy feroces: se desayunan con tres o cuatro tartas de marinero, es decir, con botes llenos de marineros, y sus deformidades flotan en mares de colores sangre y azul.

Pero tantos errores en las imágenes de las ballenas no son demasiado sorprendentes, después de todo. ¡Pensemos! Muchos de los dibujos científicos fueron hechos copiando a animales varados; por lo tanto, son tan correctos como podría serlo un dibujo de una nave en un naufragio, con el casco roto, que pretendiera representar

fielmente la noble construcción en todo su orgullo incólume de arboladura y casco. Aunque hubo elefantes que posaron para sus retratos de cuerpo entero, ningún leviatán se mostró de cabo a rabo para que lo retrataran. La ballena viva, en toda la majestad de su aspecto, sólo puede verse en el mar, sumergida en aguas insondables; y en esas aguas su enorme masa está oculta como una nave guerrera; llevarla a la playa, en carne y hueso, al aire, fuera de su elemento natural, de manera tal que se conserven sus poderosas curvas y ondulaciones, será siempre una empresa imposible para el hombre. Y no hablemos de la presumible diferencia de contorno entre una ballena lactante y un adulto leviatán platónico, incluso en el caso de una de esas jóvenes ballenas lactantes subidas a la cubierta de una nave: su forma es tan cambiante, extraña, flexible, como de anguila, que ni siquiera el diablo podría captar su contorno preciso.

Pero podría suponerse que mediante el esqueleto desnudo de la ballena varada es posible hacerse una idea de su verdadera forma. Nada de eso. Porque uno de los rasgos más curiosos del leviatán es que su esqueleto da una idea falsa de su forma general. Aunque el esqueleto de Jeremy Bentham, colgado a modo de candelabro en la biblioteca de uno de sus albaceas, nos transmite la imagen de un viejo caballero utilitario de frente sólida y con todos los detalles predominantes de Jeremy, nada semejante ocurre con los huesos articulados de cualquier leviatán. En verdad, como dice el gran Hunter, el simple esqueleto de la ballena tiene con el animal vivo la misma relación que el insecto con la crisálida que lo encierra. Esta particularidad se revela sobre todo en la cabeza, según explicaremos incidentalmente en algún lugar de este libro. También se revela de modo harto curioso en el caso de la aleta lateral, cuyos huesos corresponden casi exactamente a los huesos de la mano humana, con excepción del pulgar. Esta aleta tiene cuatro dedos: el índice, el medio, el anular y el meñique. Pero esos huesos están ocultos en su envoltura carnal, como los dedos humanos lo estarían en una cobertura artificial. «Por mal que pueda tratarnos a veces la ballena —dijo un día el humorista Stubb—, nunca podrá decirse que no nos trata con guantes».

Por todas estas razones, de cualquier modo que las consideremos, debemos concluir que el gran leviatán es la única criatura del mundo de la que jamás debería hacerse un retrato. Es cierto que algún retrato podrá ser más parecido que otro, pero ninguno logrará un grado de exactitud considerable. Por lo tanto, no hay medio a nuestro alcance para descubrir cuál es el verdadero aspecto de la ballena. El único medio que nos permitiría hacernos una idea de su contorno viviente —aunque sólo fuera una idea más o menos aproximada— sería tomar parte en la caza y enfrentar el peligro de ser despedazado y hundido para siempre por ella. Por eso me parece que es mejor no alimentar una curiosidad demasiado exigente acerca del leviatán.

LVI. DE LOS RETRATOS DE BALLENAS MENOS ERRÓNEOS Y LAS IMÁGENES VERDADERAS DE LAS ESCENAS DE CAZA

A propósito de los retratos monstruosos de las ballenas siento una gran tentación de hablar de las historias —aún más monstruosas— que narran algunos libros antiguos y modernos, sobre todo los de Plinio, Purchas, Hackluyt, Harris, Cuvier, etc. Pero no puedo detenerme en esto.

Sólo conozco cuatro esbozos del gran cachalote publicados: el de Colnett, el de Huggins, el de Frederick Cuvier y el de Beale. En el capítulo anterior hemos aludido a Colnett y a Cuvier. El retrato de Huggins es mucho mejor que los de ellos; pero el de Beale los supera a todos. Todos los dibujos de Beale son excelentes, excepto el grabado central que muestra a tres cachalotes en diversas actitudes, al principio de su segundo capítulo. El dibujo de la portada, donde se ven unos botes que atacan a cachalotes, aunque sin duda se propone provocar el refinado escepticismo de los hombres de salón, es admirablemente correcto y natural en líneas generales. Algunos dibujos de cachalotes en el libro de J. Ross Browne son bastante correctos de contorno, pero están muy mal grabados. Lo cual no es culpa suya.

De la ballena de Groenlandia, los mejores retratos son los que están en el libro de Scoresby; pero están hechos en escala demasiado reducida para transmitir la impresión deseada. En su libro hay sólo una imagen de una escena de caza, y esto es una grave deficiencia, porque tales imágenes, cuando están bien hechas, son las únicas que pueden darnos algo parecido a una idea fiel de la ballena viva, tal como la ven sus cazadores vivos.

Pero en general, no cabe duda de que las representaciones más hermosas —si bien no las más correctas, en algunos detalles— de ballenas y escenas de caza, son dos grandes grabados franceses, bien ejecutados y tomados de cuadros de un tal Garnery. Representan, respectivamente, un ataque al cachalote y otro a la ballena de Groenlandia. En el primer grabado aparece un noble cachalote en toda la majestad de su poder, mientras emerge bajo el bote desde las profundidades del océano y alza

sobre su lomo, en el cielo, la ruina espantosa de la embarcación. La proa del bote está aún incólume, en equilibrio sobre el espinazo del monstruo; erguido en esa proa, durante un único minuto inconmensurable, se ve un remador medio envuelto en el inflamado chorro hirviente de la ballena, en el acto de saltar como hacia un precipicio. El movimiento de la escena toda es maravillosamente hermoso y verdadero. Las cubetas donde se enrollan las líneas flotan semivacías en el mar blanquecino; los astiles de los arpones arrojados sobresalen oblicuos de las aguas y las caras de los hombres que nadan dispersos en torno a la ballena tienen diversas expresiones de terror, mientras desde la negra lejanía tormentosa la nave se acerca al grupo. Podrían señalarse serios errores en los detalles anatómicos de esta ballena, pero pasémoslos por alto, puesto que en mi vida lograría yo hacer un dibujo tan bueno como ése.

En el segundo grabado, el bote se acerca al flanco cubierto de cirrópodos de una gran ballena de Groenlandia que nada velozmente, moviendo en el mar su musgosa masa negra semejante a una roca cubierta de algas caída desde un risco patagónico. Sus chorros son rectos, compactos y negros como el hollín, a tal punto que por un humo tan abundante como ése en la chimenea deduciríamos que en las enormes entrañas se estaría cocinando una cena extraordinaria. Aves acuáticas picotean los cangrejillos, los mariscos y las demás golosinas y macarrones marinos que la ballena suele acarrear en su fétido lomo. Mientras tanto, el leviatán de gruesos labios se precipita en el océano, dejando a su rastra toneladas de leche espumosa en su estela sacudiendo la ligera embarcación entre las olas, como un botecillo sorprendido entre las ruedas de un vapor. El primer plano es, pues, toda una agitada confusión; pero atrás, en admirable contraste artístico, se ve la brillante extensión de un mar apacible, y las velas colgantes, exánimes, de la nave impotente, y la masa inerte de una ballena muerta, fortaleza conquistada, con la bandera de la captura que cuelga perezosa del asta de una lanza clavada junto a su espiráculo.

Ignoro quién sea o haya sido este pintor Garnery. Pero apuesto la cabeza a que conocía muy de cerca la caza de ballenas, o bien que contaba con el providencial auxilio de algún ballenero experimentado. Los franceses son los que mejor describen la acción. Vayan ustedes a ver todos los cuadros de Europa: ¿dónde encontrarán una galería con telas de movimiento tan vivo y palpitante como las de esa triunfal sala de Versalles donde el observador se abre paso a la fuerza entre las tumultuosas batallas de Francia, donde cada espada parece un fulgor de aurora boreal, donde los sucesivos reyes y emperadores armados pasan como una carga de centauros coronados? Las batallas navales de Garnery no son del todo indignas de figurar en esa galería.

La aptitud natural de los franceses para captar el lado pintoresco de las cosas se muestra sobre todo en los cuadros y grabados de escenas de caza de ballenas. Con menos de un décimo de la experiencia que Inglaterra tiene en este ámbito, y menos de un milésimo de la experiencia de los norteamericanos, los franceses han

suministrado a ambas naciones los únicos dibujos completos que logran dar una idea del verdadero espíritu de la caza. Casi todos los dibujantes de ballenas ingleses y norteamericanos parecen contentarse, en definitiva, con ofrecer el perfil material de las cosas, como el contorno vacío de la ballena; esto, en cuanto al efecto pictórico de la obra, equivale a trazar el perfil de una pirámide. Inclusive Scoresby, el justamente renombrado cazador de ballenas de Groenlandia, después de legarnos un rígido retrato, de cuerpo entero, de esa clase de ballenas, y tres o cuatro delicadas miniaturas de narvales y marsopas, nos presenta una serie de grabados clásicos en los cuales se ven anzuelos, cuchillas y anclotes, y con la microscópica diligencia de un Leuwenhoeck somete al examen de un público estremecido noventa y seis facsímiles de cristales de nieve ártica ampliados. No pretendo restar mérito al excelente viajero (a quien honro como a un veterano), pero en asunto tan importante como éste considero que fue un descuido de su parte no procurarse, para cada cristal, un testimonio jurado ante un juez de paz de Groenlandia.

Además de estos hermosos grabados de Garnery, hay otros dos grabados franceses dignos de nota, hechos por alguien que firma «H. Durand». Uno de ellos, aunque sin relación con lo que ahora nos interesa, merece ser mencionado por otros motivos. Es una plácida escena, al mediodía, en las islas del Pacífico: una ballenera francesa, anclada cerca de la costa durante una bonanza, se aprovisiona perezosamente de agua; las velas desmayadas de la nave y las largas hojas de las palmeras, al fondo, se entregan sumisas al aire sin viento. El efecto es muy hermoso, si consideramos que presenta a los rudos pescadores en uno de sus raros momentos de reposo oriental. El otro grabado es muy diferente: la nave al paio en alta mar, en el corazón mismo de la vida leviatánica, con una ballena de Groenlandia a su lado. La nave vira hacia ella, soslayándola como a un embarcadero; un bote se aparta a toda prisa de esta escena, persiguiendo unas ballenas que se avistan a lo lejos. Arpones y lanzas están dispuestos para ser arrojados; tres marineros ponen el mástil en su agujero y una oleada imprevista levanta el barco de la superficie del agua como un caballo encabritado. Desde la nave, los remolinos de la ballena que hierve suben como el humo de una aldea de herreros y a barlovento una nube negra, que avanza con presagios de granizo y tormenta, parece estimular a los vehementes marineros.

LVII. DE LAS BALLENAS PINTADAS: EN DIENTES; EN MADERA; EN PLANCHAS DE HIERRO; EN MONTAÑAS; EN ESTRELLAS

En Tower-Hill, bajando desde los muelles de Londres, es muy frecuente ver a un mendigo mutilado (o «anclado», como dicen los marineros) que sostiene ante sí una tabla pintada donde se representa la trágica escena durante la cual perdió su pierna. Hay tres ballenas y tres botes; y la ballena tritura uno de los botes, en el cual se presume que está, en toda su integridad original, la pierna ausente. Me dicen que durante diez años este hombre ha llevado esa tabla y ha mostrado su muñón a un mundo incrédulo. Pero ha llegado el momento de hacerle justicia. Esas tres ballenas son tan auténticas como cualquiera de las publicadas por Wapping, y su muñón es tan indiscutible como cualquier muñón que pueda verse en las playas occidentales. Pero aunque apoyado en ese muñón, el pobre ballenero no improvisa discursos: con los ojos bajos, contempla melancólicamente su pierna amputada.

A través del Pacífico, y también en Nantucket, Nueva Bedford y Sag Harbor, pueden encontrarse animados dibujos de ballenas y escenas de caza de ballenas esculpidas por los propios cazadores en dientes de cachalotes, o en ballenas de corsé hechas con las barbas de la ballena, así como otros *skrimshander*, según llaman los marineros a los innumerables objetos ingeniosos que tallan laboriosamente, durante las horas de reposo, en el material en bruto. Algunos de ellos tienen estuches con instrumentos que parecen de dentista y están concebidos para tallar esos *skrimshander*. Pero en general se las arreglan con sus navajas: con ese instrumento, omnipotente para el marinero, hacen cuanto se nos antoje, guiándose por su fantasía marina.

Un largo exilio del mundo cristiano y la civilización vuelve inevitablemente al hombre a esa condición en que Dios lo creó, es decir, a lo que se llama el estado salvaje. El verdadero cazador de ballenas es tan salvaje como un iroqués. Yo mismo soy un salvaje que sólo debo obediencia al Rey de los Caníbales y estoy dispuesto en cualquier momento a rebelarme contra él.

Ahora bien: una de las características peculiares de estos salvajes, cuando están en su propio ambiente, es su paciencia maravillosa y su laboriosidad. Una antigua maza de guerra o un asta de lanza de las islas Hawai es, por la variedad y elaboración de su talla, un trofeo de la perseverancia humana tan grande como un diccionario latino. Porque esa milagrosa red de incisiones en la madera se hace con un pedazo de concha marina o con un diente de tiburón, y cuesta años de trabajo constante.

Con el salvaje mariner blanco ocurre lo mismo que con el salvaje de Hawai. Con la misma paciencia maravillosa y con ese mismo diente de tiburón que es su mísera navaja, el mariner talla una escultura ósea no tan hábil como el escudo de Aquiles, el salvaje griego, pero con la misma riqueza de su ornamentación: llena, además, de espíritu y sugestión bárbaros, como los grabados de aquel maravilloso salvaje holandés, el viejo Alberto Durer.

Ballenas de madera, o ballenas talladas en las tablas del noble navío de guerra de los Mares del Sur, suelen encontrarse en los alcázares de las balleneras norteamericanas. Y cada una de ellas está hecha con mucha habilidad.

En algunas de esas viejas casas campesinas con tejados a dos aguas suelen verse ballenas de bronce, colgadas por la cola, a modo de llamadores, en la puerta de calle. La ballena con cabeza de yunque es muy útil cuando el portero se duerme. Pero estas ballenas-llamadores son muy poco notables en cuanto a su fidelidad. En los campanarios de las iglesias antiguas pueden verse ballenas de hierro que hacen las veces de veletas; pero están a tal altura, y rodeadas de tantos letreros que prohíben tocarlas, que es imposible acercarse a ellas lo bastante para examinarlas.

En las regiones huesudas y esqueléticas de la tierra yacen, al pie de altos acantilados, montones de rocas que forman grupos fantásticos en la llanura; entre ellas, de cuando en cuando se descubren imágenes como de leviatanes petrificados, en parte hundidos en la hierba que, en los días de viento, rompe contra ellos como un verde oleaje.

Y en las regiones montañosas donde el viajero se ve siempre rodeado por alturas de anfiteatro, algún buen punto de vista permite a veces percibir imprevistos perfiles de ballenas, formados por las cimas ondulantes. Pero hay que ser un consumado ballenero para verlos; y no sólo esto: quien desee volver a gozar de ese espectáculo debe anotar sin error la latitud y la longitud de la posición, porque esas vistas panorámicas son tan casuales que el lugar preciso exigiría un laborioso redescubrimiento: como las islas Soloma, que aún son un enigma, aunque alguna vez el engolado Mendanna pasó por ellas y el viejo Figueroa las historió.

En fin, cuando la idea de la ballena nos arrebat, no podemos sino ver grandes leviatanes dibujados en los cielos estrellados, con botes que los persiguen, así como los pueblos orientales, durante tanto tiempo obsesionados por la idea de la guerra, veían ejércitos en posición de batalla entre las nubes. Así, en el cielo del norte, yo

busqué al leviatán en torno al Polo, en las mil revoluciones de los puntos luminosos que me lo habían mostrado antes. Y bajo el fúlgido firmamento antártico abordé la nave Argos y me uní a la caza de la estrella *Cetus*, mucho más allá del *Pez Volador* y de la *Hidra*.

Con las anclas de una fragata como brida y haces de arpones como espuelas, ¡ojalá pudiera yo montar esa ballena y saltar por encima de los cielos más altos para ver si los fabulosos paraísos, con todas sus tiendas innumerables, han acampado realmente más allá de mi vista mortal!

LVIII. BRIT

En nuestro rumbo al nordeste de las Crozetts caímos en vastas praderas de *brit*, esa sustancia amarilla y minúscula de que se alimenta sobre todo la ballena franca. Durante leguas y leguas onduló en torno a nosotros, de modo que teníamos la impresión de navegar entre infinitos campos de trigo maduro y dorado.

El segundo día avistamos muchas ballenas que, libres del riesgo de que las atacara un cazador de cachalotes como el *Pequod*, nadaban indolentes entre el *brit* que, adherido a los flecos fibrosos de la maravillosa persiana de esas bocas, se separaba de ese modo del agua que escapaba entre los labios.

Como segadores mañaneros que, uno junto a otro, hunden las lentas hoces entre la alta hierba húmeda de los prados anegados, estos monstruos nadaban produciendo un rumor como de hierbas cortadas, dejando tras sí infinitas estrías de azul en el mar amarillo.

Pero era sólo el rumor que producían las ballenas al hendir el *brit* lo que recordaba a los segadores. Vistas desde las cofas, sobre todo cuando se detenían y permanecían un momento inmóviles, sus grandes formas negras tenían más el aspecto de masas de rocas inanimadas que de cualquier otra cosa. En las enormes regiones de caza de la India, el forastero que a veces atraviesa las llanuras cree que los elefantes echados en ella son montículos desnudos y negros: lo mismo ocurre con quien ve por primera vez a los leviatanes en el mar. Y cuando al fin los identifica, su tamaño es tal que es difícil creer que semejantes masas desproporcionadas puedan estar animadas, en cada una de sus partes, con el mismo tipo de vida que anima a un perro o un caballo.

Por muchos otros motivos no es posible mirar a ninguna criatura de las profundidades con los mismos sentimientos con que miramos a las de la tierra. Aunque algún viejo naturalista haya afirmado que todas las criaturas de la tierra tienen su equivalente en el mar, y aunque esto pueda ser cierto en rasgos muy generales, si nos atenemos a los casos particulares: ¿cuándo nos ha presentado el océano, por ejemplo, un pez cuya disposición responda a la sagaz naturaleza del perro? Sólo el maldito tiburón puede ofrecer, en algún aspecto, una analogía relativa con el perro.

Pero aunque la gente de tierra firme, en general, ha sentido siempre por los habitantes del mar una inexplicable repugnancia; aunque no sabe que el mar es una tierra eternamente incógnita, a tal punto que Colón navegó por innumerables mundos desconocidos antes de descubrir su único, superficial mundo occidental; aunque los desastres humanos más espantosos ocurrieron desde tiempos inmemoriales a decenas y centenares de millares de hombres que se dieron al mar; aunque la meditación de un solo instante enseña que, por más que el hombre-niño se jacte de su ciencia y capacidad, y por más que aumenten esa ciencia y esa capacidad, hasta el estallido del Juicio Final, el mar ultrajará y exterminará al hombre, y reducirá a polvo la fragata más sólida y majestuosa que sea capaz de construir; a pesar de todo esto, el hábito de la repetición de estas cosas hace que el hombre pierda el sentido de tremenda ferocidad que el mar le provocaba en otros tiempos.

La primera embarcación de que tenemos noticias flotó sobre un océano que, con venganza digna de un portugués, sumergió a todo un mundo, sin perdonar siquiera a una viuda. Este mismo océano hoy sigue agitándose; y este mismo océano ha destruido las naves que han naufragado el año pasado. Sí, oh necios mortales, el diluvio de Noé aún no ha terminado: dos tercios de este hermoso mundo están aún sumergidos.

¿En qué difieren el mar y la tierra para que un milagro ocurrido en uno no sea un milagro en la otra? Terrores sobrenaturales pesaban sobre los hebreos cuando el suelo viviente se abrió bajo los pies de Korah y los suyos, y se los tragó para siempre: sin embargo, en nuestros días nunca se pone el sol sin que el mar viviente se trague del mismo modo naves enteras con sus tripulaciones.

Pero el mar no es sólo un adversario para el hombre que le es extraño; también es un enemigo para sus propias criaturas; es peor que aquel dueño de casa persa que asesinó a sus huéspedes: no perdona a la prole que él mismo engendra. Como una tigresa enfurecida que, revolviéndose en la jungla, aplasta a sus cachorros, el mar destroza a las ballenas más fuertes contra las rocas y las impulsa contra los restos destrozados de las naves. No hay misericordia ni poder que lo domine, salvo los suyos propios. Jadeando y resoplando como un corcel de guerra encabritado que ha perdido a su jinete, el océano sin amo gobierna al mundo.

Piensen ustedes en la astucia del mar: sus criaturas más terribles se deslizan bajo el agua, sin mostrarse casi nunca, pérfidamente ocultas bajo los matices del azul más seductor. Piensen también en el esplendor y la belleza diabólica de muchas de sus criaturas más feroces, y en las formas agraciadas y elegantes de tantas especies de tiburones. Piensen en el canibalismo universal del mar: todas sus criaturas se dan caza mutua, manteniéndose en guerra incesante desde el comienzo del mundo.

Consideren ustedes todo esto y después vuelvan los ojos hacia esta tierra verde, amable y dócil: ¿no descubren una curiosa analogía con algo que está en ustedes

mismos? Porque así como este océano espantoso circunda la tierra verdeante, en el alma del hombre hay una Tahití insular, llena de paz y de dicha, pero rodeada por todos los horrores de la vida casi desconocida. ¡Que Dios los proteja! ¡No se alejen de esta isla, pues podrían no regresar nunca!

LIX. EL CALAMAR

El *Pequod* seguía su viaje, vadeando lentamente los prados de *brit*, hacia el noroeste, rumbo a la isla de Java; una brisa ligera impulsaba su quilla y en esa quietud sus tres mástiles puntiagudos oscilaban dulcemente bajo el viento lánguido, como tres indolentes palmeras en una llanura. Y siempre, a largos intervalos en la noche plateada, podía verse el chorro solitario, fascinante.

Pero en una mañana azul y transparente, mientras una tranquilidad sobrenatural, muy diferente de cualquier bonanza estancada, reinaba sobre las aguas; mientras la larga y bruñida lámina del sol parecía un dedo de oro apoyado sobre el mar para encomendar secreto; mientras las olas resbalaban susurrando entre sí, en este profundo silencio de la esfera visible Dagoo vio un extraño espectro desde el palo mayor.

A lo lejos una enorme masa blanca se irguió perezosamente y alzándose cada vez más en el azul, al fin centelleó ante nuestra proa como un glaciar recién caído de la montaña. Brilló, así, durante un instante; después se hundió con la misma lentitud. Pero volvió a surgir una vez más y a brillar en silencio. No parecía una ballena. ¿Será ésta Moby Dick?, pensó Dagoo. El fantasma volvió a hundirse, pero cuando reapareció por tercera vez, el negro aulló con un grito agudo como un puñal que sacudió a cada marinero de su sopor: «¡Allí! ¡Allí está de nuevo! ¡Allí salta! ¡Al frente! ¡La Ballena Blanca! ¡La Ballena Blanca!».

Al oírlo los marineros corrieron a los penoles de las vergas, como las abejas en épocas de enjambre. Con la cabeza descubierta bajo el sol ardiente, Ahab permaneció en el bauprés, y, con una mano tendida hacia atrás para dar en cualquier momento sus órdenes al timonel, miró ansiosamente en la dirección que indicaba en lo alto el brazo inmóvil de Dagoo.

Sea porque la fugitiva perseverancia del chorro quieto y solitario hubiera influido gradualmente sobre Ahab, predisponiéndolo a relacionar las ideas de tranquilidad y reposo con el primer anuncio de la ballena determinada que perseguía; sea porque su

ansiedad lo traicionara, lo cierto es que no bien divisó claramente la masa blanca dio órdenes enérgicas de que bajaran los botes al mar.

Los cuatro botes estuvieron pronto en el agua, con el de Ahab a la cabeza y avanzaron rápidamente hacia la presa. La Ballena Blanca no tardó en sumergirse; esperamos su reaparición, con los remos en el aire, y de pronto volvió a surgir lentamente en el mismo lugar donde se había hundido. Olvidando casi todo pensamiento relacionado con Moby Dick, contemplamos el fenómeno más asombroso que los mares secretos hayan revelado nunca a la humanidad. Una enorme masa pulposa, de un centenar de metros de largo y ancho, con un refulgente color lechoso, flotaba en el agua: innumerables brazos irradiaban de su centro, enroscándose como una nidada de serpientes, como en el ciego intento de apresar cualquier desdichado objeto que estuviera a su alcance. No tenía cara o frente perceptible, ni manifestaba signos de sensación o de instinto. Se mecía allí, sobre las aguas: una aparición de vida ultraterrena, informe, casual.

Mientras desaparecía nuevamente con un ruido sordo de succión, Starbuck, con los ojos fijos en las aguas agitadas donde se había sumergido, exclamó:

—¡Hubiese preferido encontrar a Moby Dick y luchar con ella que verte a ti, espectro blanco!

—¿Qué era eso, señor? —preguntó Flask.

—El gran calamar viviente; según dicen, son pocas las naves que lo han visto para después regresar a su puerto y hablar de él...

Pero Ahab no dijo nada; virando el bote, volvió a la nave mientras los demás lo seguían en silencio.

Cualesquiera sean las supersticiones que los cazadores de cachalotes relacionan con la vista de ese ser, lo cierto es que, siendo tan insólita su aparición, esa circunstancia ha influido mucho para que adquiriera el prestigio de lo maravilloso. Se lo ve tan pocas veces que, aunque todos y cada uno de los marineros declaran que es la criatura animada más grande que existe en el océano, pocos de ellos tienen siquiera una vaga idea acerca de su verdadera forma y naturaleza; sin embargo, creen que es el único alimento del cachalote. Porque si bien otras especies de ballenas encuentran su alimento en la superficie y puede vérselas en el acto de comer, el cachalote encuentra toda su comida en zonas desconocidas, bajo la superficie; y sólo es posible conjeturar en qué consiste esa comida. A veces, cuando lo persiguen muy de cerca, vomita algo parecido a los tentáculos del calamar: algunos de esos tentáculos tienen más de veinte y treinta pies de longitud. Los marineros imaginan que el monstruo a quien pertenecen se mantiene asido por medio de ellos al fondo del mar y que la ballena espermática, a diferencia de otras especies, tiene dientes para atacarlo y desgarrarlo.

Parece haber algún motivo para creer que el gran *kraken* del obispo Pontoppodan no era, en definitiva, otro que el calamar. La descripción del obispo, con las

apariciones y sumersiones alternadas de que habla y otros detalles, hace pensar que ambos son el mismo animal. Pero debe reducirse en mucho el tamaño increíble que el obispo le atribuye.

Algunos naturalistas que han oído rumores vagos acerca de este misterioso animal lo incluyen en la clase de los pulpos, a la cual, en efecto, podría pertenecer por ciertos rasgos externos, aunque sólo como el Anak de la tribu.

LX. LA LÍNEA

Con respecto a la escena de caza que describiré muy pronto y para que se entiendan mejor todas las escenas similares representadas en otros capítulos, hablaré de la mágica y a veces horrible línea del arpón.

La línea que se usaba al principio en la pesca de ballenas era del mejor cáñamo, ligeramente ahumado con brea, pero no impregnado de ella, como las cuerdas ordinarias. La brea, tal como suele empleársela, hace más maleable la cuerda para quien la trabaja y también más cómoda para los usos habituales de la nave; pero si se impregna con la cantidad corriente una línea de arpón, la haría demasiado rígida para ser envuelta en un rollo compacto. Por lo demás, como ya empiezan a saberlo casi todos los marineros, la brea no contribuye, en general, a aumentar la duración y la fuerza de la cuerda, por consistencia y brillo que le dé. En los últimos años, la cuerda de Manila ha reemplazado al cáñamo casi por completo como material para las líneas de los arpones: aunque no es tan durable como el cáñamo, es más fuerte y mucho más suave y elástica. Agregaré (puesto que hay una estética en todas las cosas) que es mucho más agradable de ver y que sienta más al bote que el cáñamo. El cáñamo es un individuo negro y torvo, una especie de indio, pero la cuerda de Manila es una circasiana de cabellera dorada.

La línea del arpón sólo tiene un grosor de dos tercios de pulgada. A primera vista, no parece tan fuerte como lo es en realidad. Se ha probado que cada una de las cincuenta y una fibras que la componen puede sostener un peso de ciento veinte libras, de modo que la línea entera resiste una tensión de casi tres toneladas. La línea corriente mide algo más de doscientas brazas de largo. Se la enrolla en una cubeta, cerca de la popa del bote, pero no como el serpentín de un alambique, sino de modo tal que forme una masa redonda, semejante a un queso, de «gavillas» estrechamente superpuestas o napas de espirales concéntricas, sin ningún hueco, salvo el «corazón», el pequeño tubo vertical que forma el eje del queso. El menor nudo o enredo, al soltarse la línea, atraparía inevitablemente un brazo, o una pierna, o el cuerpo entero de algún marinero; por eso se pone el mayor cuidado al enrollarla en la cubeta.

Algunos arponeros destinan toda una mañana a esta tarea: levantan la línea y la hacen bajar por una polea a la cubeta, para que, al enrollarse, no se produzcan pliegues o torceduras.

En los botes ingleses se usan dos cubetas en vez de una; la misma línea se enrolla alternativamente en las dos. En esto hay cierta ventaja, porque como esas cubetas gemelas son muy pequeñas caben más cómodamente en el bote y pesan menos. Mientras que la cubeta norteamericana, de unos tres pies de diámetro y una profundidad proporcionada, es carga demasiado pesada para una embarcación cuyas tablas sólo tienen media pulgada de espesor. Pues el fondo del bote ballenero es como el peligroso hielo que puede resistir un peso considerable si está bien repartido, pero se rompe cuando el peso está concentrado en un solo punto. En el momento en que cubren con la lona pintada la cubeta norteamericana, la embarcación parece llevar una torta de bodas de tamaño prodigioso como regalo para las ballenas.

Los dos extremos de la línea son visibles; el extremo inferior termina en una gaza o lazo que sube desde el fondo de la cubeta y cuelga desde su borde, enteramente suelto del resto. Esta disposición del extremo inferior es necesaria por dos motivos. Primero, para poder unirse con la línea adicional de un bote vecino, en caso de que la ballena herida se hunda tanto que amenace con desenrollar toda la línea unida al arpón. En estos casos, desde luego, la ballena pasa de un bote a otro como una jarra de cerveza, por así decirlo, aunque el primer bote permanezca junto al segundo para ayudar a su colega. Segundo: esta disposición es indispensable para la seguridad de todos, porque si el extremo inferior estuviera unido al bote y la ballena tirara de la línea hasta el final en un fulmineo instante, como suele hacerlo, arrastraría infaliblemente el bote hasta las profundidades del mar; y en ese caso ningún pregonero lo encontraría por más que gritara.

Antes de bajar el bote al mar, se retira de la cubeta al extremo superior de la línea, y después de pasarlo en torno a un devanador, se lo hace recorrer toda la extensión de la nave: la línea se apoya así contra el guiñón o asa de cada remo y golpea el puño de quien lo maneja. Deslizándose, pues, entre los hombres sentados alternativamente en las regatas opuestas, la línea llega hasta las ranuras o muescas de plomo en el extremo de la proa, donde un perno o broqueta de madera, del tamaño de una pluma común, le impide caer fuera del bote. Desde las ranuras la línea cuelga en un breve festón fuera de la borda, antes de entrar nuevamente al bote donde, arrollada en una extensión de diez o veinte brazas en la caja de proa (llamada línea de caja), pasa a la regata de popa, donde se fija, por fin, al calabrote, cuerda unida al arpón mediante difíciles operaciones que sería demasiado tedioso detallar aquí.

Así, la línea envuelve a toda la embarcación en sus complicadas vueltas, que la ciñen en casi todas las direcciones. Los remeros son prisioneros de esas peligrosas contorsiones, de manera que ante los ojos tímidos del hombre de tierra parecen

juglares indios con las serpientes más mortíferas enroscadas en sus miembros. Y ningún hijo de mujer mortal puede sentarse por primera vez entre esos laberintos de cáñamo —remando desesperadamente y pensando que en cualquier momento el arpón puede dispararse y poner en juego todas esas horribles espirales como relámpagos entrecruzados— sin que un estremecimiento le sacuda los huesos hasta la médula, como si fueran de gelatina. Pero la costumbre, ¡extraña cosa!, lo puede todo. Porque nadie habrá oído volar sobre su mesa de caoba salidas más ocurrentes, risas más alegres, bromas más ingeniosas y respuestas más brillantes que las que se oyen sobre la media pulgada de cedro blanco del bote, así colgado en el lazo corredizo del verdugo; y como los seis burgueses de Calais ante el rey Eduardo, los seis hombres de la tripulación reman hacia las fauces de la muerte, cada uno con un dogal al cuello, por así decirlo.

Quizá no se necesite ahora reflexionar demasiado para comprender los repetidos desastres de la caza de ballenas —algunos de ellos registrados— en que la línea arranca del bote a este o aquel hombre, sin devolverlo nunca más. Porque cuando la línea sale disparada del bote, estar sentado en él es como estar entre los mil silbidos de una máquina de vapor en pleno funcionamiento, mientras cada biela volante, cada cilindro, cada rueda nos roza la piel. Peor aún: como no es posible permanecer inmóvil en el corazón de estos peligros —puesto que el bote se mece como una cuna y proyecta a los marineros a uno y otro lado sin el mínimo aviso—, sólo mediante cierto equilibrio personal y cierta simultaneidad de voluntad y acción puede cada uno evitar ser reducido a un Mazeppa y verse arrastrado a donde ni el mismo sol, que todo lo ve, podría distinguirlo.

Más aún: así como la calma profunda, simple apariencia, que precede y anuncia la tempestad es, quizá, más espantosa que la tempestad misma —porque, en verdad, la calma no es más que el envoltorio de la tempestad y la contiene dentro de sí como el fusil aparentemente inocuo contiene la pólvora fatal, la bala y la explosión—, del mismo modo el gracioso reposo de la línea, silenciosamente ondulante entre los remeros antes de lanzarse a la acción, contiene un terror más verdadero que cualquier otra vicisitud de esta peligrosa actividad. ¿Pero a qué decir más? Todos los hombres viven envueltos en líneas de arpones. Todos han nacido con dogales en torno al cuello; pero sólo cuando los atrapa el rápido, fulmíneo giro de la muerte advierten los silenciosos, sutiles, ubicuos peligros de la vida. Y si eres filósofo, lector, sentado en el bote ballenero no sentirías en tu corazón ni una pizca más de terror que frente al hogar, en el atardecer, con un atizador a tu lado en vez de un arpón.

LXI. STUBB MATA UNA BALLENA

Si para Starbuck la aparición del calamar fue un portento, para Queequeg fue otra cosa.

—Cuando ver calamar —dijo el salvaje, asentado el filo del arpón en la proa de su bote izado a bordo de la nave— siempre ver cachalote pronto.

El día siguiente fue muy calmo y bochornoso; como no tenía nada especial en que ocuparse, la tripulación del *Pequod* no pudo resistir el hechizo del letargo que producía ese mar tan vacío. Porque la parte del Océano Índico que atravesábamos en esos momentos no era lo que los balleneros llaman una zona animada; es decir, ofrecía menos oportunidades de ver marsopas, delfines, peces voladores y otros vivaces habitantes de aguas más agitadas que las del Río de la Plata o las que bañan las costas del Perú.

Me llegó el turno de montar guardia en la cofa; con los hombros apoyados en los flojos obenques, me columpiaba perezosamente, en una atmósfera que parecía encantada. Ninguna resolución podía resistir a esa atmósfera; perdí toda conciencia y al fin mi espíritu salió de mi cuerpo, aunque seguí meciéndome como se mueve un péndulo mucho después de que desaparece la fuerza que lo impulsó al principio.

Antes de que el olvido me invadiera por completo, había advertido que los marineros en las cofas del palo mayor y el de mesana ya estaban adormecidos. De modo que, al fin, los tres oscilamos inertes en las vergas, y a cada oscilación nuestra respondía una cabezada del timonel. Las olas también cabeceaban inclinando sus crestas indolentes, y en el infinito éxtasis del mar el este cabeceaba hacia el oeste y el sol cabeceaba sobre todo.

De improviso, sentí como si estallaran burbujas dentro de mis ojos cerrados; mis manos aferraron como torniquetes los obenques: una fuerza invisible y benéfica me salvó y volví a la vida con un sobresalto. ¡Oh maravilla! Cerca de nosotros, a sotavento, a menos de cuarenta brazas, un gigantesco cachalote nadaba en el agua como el casco al revés de una fragata. Su lomo enorme, brillante, de un hermoso color etíópico, centelleaba bajo los rayos del sol como un espejo. Pero flotando así,

perezosamente, entre el oleaje del mar, y echando de cuando en cuando su chorro de vapor, la ballena parecía un solemne burgués fumando su pipa en una tarde cálida. Esa pipa, pobre ballena, era la última para ti. Como tocados por la varita mágica de un mago, la nave soñolienta y cada uno de los que dormían en ella se despertaron de repente y más de veinte voces gritaron desde todas partes, simultáneamente con los tres anuncios de las cofas, el grito tradicional, mientras el gran animal arrojaba al aire, lenta y regularmente, el agua centelleante y salada.

—¡Suelten los botes! ¡A orza! —gritó Ahab.

Y obedeciendo su propia orden, él mismo giró bruscamente el gobernalle antes de que el timonel tuviese tiempo de meter mano en las cabillas.

Las súbitas exclamaciones de la tripulación debieron asustar a la ballena: antes de que los botes bajaran al mar, se volvió majestuosamente y nadó a sotavento. Pero tal era su tranquilidad y tan poca la espuma que hacía, que Ahab, persuadido de que la ballena no se había asustado, ordenó que no movieran siquiera un remo y recomendó hablar en voz muy baja. Así, sentados como indios de Ontario en las regatas, avanzamos rápidamente pero en silencio, utilizando los canaletes: la bonanza no permitía que nos sirviéramos de las mudas velas. Al fin, mientras nos deslizábamos así tras nuestra presa, el monstruo alzó verticalmente la cola unos cuarenta pies en el aire, y después desapareció como una torre sumergida.

«¡Allí va! ¡La cola!», fue el grito. Enseguida Stubb tomó un fósforo y encendió la pipa, pues se iniciaba un momento de tregua. Cuando pasó el intervalo de la zambullida, la ballena emergió nuevamente y como estaba más cerca de su bote que de cualquier otro, Stubb descontó el honor de su captura. Ya era evidente que la ballena había reparado en sus perseguidores. Ahora todo silencio cauteloso era innecesario. Abandonamos los canaletes y empezamos a emplear ruidosamente los remos. Y sin dejar de echar bocanadas de su pipa, Stubb animó a sus hombres para el asalto.

Sí, el pez había cambiado por completo de actitud. Consciente del peligro, corría «cabeza afuera», proyectando oblicuamente esa parte de su masa entre la hirviente espuma que producía.

—¡Fuerza con los remos, fuerza, mis hombres! Sin apurarse; tómense tiempo... pero sigan tras ella, con fuerza, como cañonazos, así... —gritaba Stubb, echando humo mientras hablaba—. ¡Fuerza, remadas largas y fuertes, Tashtego! ¡Con brío, Tash, muchachito mío! ¡Fuerza todos! Pero con calma, con calma, frescos como pepinos... Tranquilos, pero duro con los remos. Como demonios burlones, como la muerte torva, hasta que los muertos salgan de cabeza desde sus tumbas, muchachos. ¡Fuerza!

—¡Uuu-juuu! ¡Uaa-jiii! —aulló el de Gayhead, como respuesta, alzando al cielo el antiguo grito de guerra, mientras todos los remeros, en el esfuerzo de la embarcación,

caían involuntariamente hacia delante cuando el impetuoso indio daba un tremendo impulso con su remo-timón.

A esos aullidos salvajes respondieron otros no menos salvajes.

—¡Kii-jii! ¡Kii-jii! —gritó Dagoo, echándose atrás y adelante en su asiento como un tigre que mide su jaula.

—¡Kaa-laa! ¡Kuu-luu! —ululó Queequeg, como haciendo chasquear los labios ante un bistec de granadero.

Así, los remos, los aullidos y las quillas hendían el mar. Mientras tanto Stubb, conservando su puesto en la vanguardia, exhortaba a sus hombres al asalto, sin dejar de echar bocanadas de humo. Y ellos se esforzaban como poseídos, hasta que se oyó el ansiado grito:

—¡De pie, Tashtego! ¡Dáselo ahora!

El arpón voló.

—¡Atrás!

Los remeros retrocedieron; en ese mismo instante, algo caliente y sibilante les pasó por las muñecas. ¡Era la línea mágica! Un momento antes, Stubb le había dado unas rápidas vueltas adicionales en torno al devanador, de donde empezó a levantarse —a causa del aumento de velocidad en los giros de la línea— un humo azulado que se mezcló con las incesantes espirales de la pipa. La línea, mientras giraba en torno al devanador, pasaba tajante entre ambas manos de Stubb, de las cuales habían caído los trozos de lona acolchada que suelen emplearse como protección en esos momentos. Era como sostener por la hoja la cortante espada de doble filo de un enemigo, mientras ese enemigo lucha por recuperarla.

—¡Moja la línea! ¡Moja la línea! —gritó Stubb al remador de cubeta (el que se sienta junto a la cubeta), el cual se quitó el sombrero y lo usó para arrojar agua del mar sobre la cuerda.

Dieron todavía más vueltas a la línea, que empezó a colocarse en la posición debida. El bote volaba ahora entre el agua borbollante como un tiburón que fuese todo aletas. Stubb y Tashtego cambiaron sus puestos, de popa a proa: maniobra realmente vertiginosa, en medio de esa conmoción.

Por las vibraciones de la línea, extendida a lo largo del bote y más tensa, ahora, que las cuerdas de un arpa, se habría dicho que la embarcación tenía dos quillas —una de las cuales cortaba el mar y la otra el aire—, mientras avanzaba simultáneamente en dos elementos opuestos. En la proa se precipitaba una cascada incesante, la estela era un remolino vertiginoso y el menor movimiento —siquiera de un dedo— en el interior del bote le hacía hundir la proa en el mar, crujiendo y vibrando. Así volaban, cada hombre aferrado con alma y vida a su banco para no caer en la espuma, mientras el alto Tashtego se ponía de cuclillas, doblándose casi en dos, para bajar su propio centro de gravedad. Atlánticos y Pacíficos enteros parecían pasar ante esos hombres

mientras se precipitaban adelante, hasta que al fin la ballena disminuyó un poco la velocidad de su huida.

—¡Recoge la línea, recógela! —gritó Stubb al remero de popa.

Volvieron el bote hacia la ballena y todos los hombres empezaron a tirar de la línea para acercarlo al flanco del animal. Stubb afirmó la rodilla en el tojino y empezó a asestar lanzazo tras lanzazo en el pez huidizo. A cada voz de orden, el bote se apartaba del cuerpo, que se revolvía espantosamente, y luego volvía a acercarse para otro lanzazo.

Rojas oleadas corrían ahora por los flancos de la ballena, como arroyos por una colina. Su cuerpo atormentado no se agitaba ya en el agua, sino en la sangre, que burbujeaba y hervía a mucha distancia de la lucha. El sol, cuyos rayos caían oblicuos sobre ese estanque escarlata en el mar, enviaba su reflejo sobre los rostros de los hombres que parecían arrebolados como pieles rojas. El espiráculo del cachalote exhalaba chorro tras chorro de agonizante vapor blanco, mientras el enardecido oficial jadeaba y jadeaba con ansia. Y tras cada golpe Stubb recobraba la lanza doblada (por medio de la línea unida a ella) y la enderezaba mediante rápidos golpes contra la regala, para volver a arrojarla al monstruo.

—¡Más cerca! ¡Más cerca! —gritó al romero de popa, al advertir que la ballena agonizante disminuía su furia—. ¡Más cerca todavía!

El bote rozó el flanco del animal. Entonces, echando el cuerpo fuera de la borda, Stubb hundió lentamente su larga y afilada lanza en el pez y la mantuvo en él, moviéndola cuidadosamente, como buscando algún reloj de oro que la ballena se hubiese tragado y con el temor de romperlo antes de lograr sacárselo. Pero ese reloj de oro que buscaba era la vida íntima del pez. Y de improviso la lanza lo tocó, porque pasando de su momentáneo desvanecimiento a esas agitaciones indescriptibles que se llaman «convulsiones», el monstruo se revolvió horriblemente en su sangre, se envolvió en una impenetrable espuma hirviente, enloquecida, de modo que la embarcación cayó hacia atrás y tuvo que luchar casi a ciegas para librarse de ese frenético crepúsculo y regresar al claro aire del día.

La ballena, debilitándose cada vez más en sus convulsiones, reapareció nuevamente ante los hombres, inclinándose a uno y otro lado, dilatando y contrayendo espasmódicamente su espiráculo, con un estertor ronco y violento. Al fin, chorro tras chorro de rojos cuajarones, como purpúreas heces de vino tinto, saltó en el aire espantado para caer por los flancos inmóviles de la ballena hasta el mar. ¡Le había estallado el corazón!

—Está muerta, señor Stubb —dijo Dagoo.

—Sí; ya están fumadas las dos pipas —respondió Stubb.

Se quitó la suya de la boca y esparció las cenizas muertas sobre el mar. Durante un momento, permaneció pensativo, mirando el enorme cadáver que era obra suya.

LXII. EL ARPÓN

Una palabra acerca de un detalle del capítulo anterior.

Según un hábito inmutable de la caza de ballenas el bote se aleja de la nave con el jefe del grupo, el que mata a la ballena, como timonel transitorio, mientras el arponero, o sea el que engancha a la ballena, se encarga del remo anterior, llamado remo del arponero. Ahora bien: se necesita un brazo fuerte y nervioso para hundir el primer hierro en el pez, porque a menudo, en lo que se llama un tiro largo, la pesada arma debe arrojarse a una distancia de veinte o treinta pies. Mas por prolongada y extenuadora que sea la caza, el arponero debe remar siempre con todas sus fuerzas; en verdad, debe suministrar un ejemplo de sobrehumana actividad a los demás hombres, no sólo mediante sus remadas extraordinarias, sino también con repetidas exclamaciones estentóreas e intrépidas: y nadie sabe —salvo quienes lo han experimentado— lo que significa aullar a pleno pulmón con todos los músculos en tensión y a punto de estallar. Yo, por mi parte, soy incapaz de gritar con fuerza y de trabajar con ahínco al mismo tiempo. De modo que en ese estado de tensión y sin dejar de aullar, con la espalda vuelta al pez, el exhausto arponero oye el grito incitante: «¡De pie, dáselo!». Entonces debe abandonar el remo y asegurarlo, volverse a medias sobre sí mismo, tomar el arpón de la horqueta y procurar clavarlo en la ballena con las fuerzas que le quedan. No es de asombrarse que, tomando en cuenta toda una flota de balleneros, menos de cinco tiros de cada cincuenta den en el blanco; no es de asombrarse que muchos desventurados arponeros sean cubiertos de insultos y maldiciones; no es de asombrarse que a algunos de ellos se les revienten las arterias en el bote mismo; no es de asombrarse que algunos cazadores de cachalotes tarden cuatro años en conseguir cuatro barriles; no es de asombrarse que para tantos propietarios de naves la caza no signifique más que pérdidas: porque es del arponero de quien depende el éxito del viaje, y si le quitan el aliento del cuerpo, ¿cómo puede encontrarlo cuando más lo necesita? Además, si el tiro da en el blanco, en el instante crítico que sigue, el hombre que está en la proa y el arponero corren por la embarcación, con inminente riesgo de sí mismos y de todos los demás hombres. Es

entonces cuando intercambian sus puestos y el encargado de matar a la ballena, que es el oficial principal de la pequeña embarcación, ocupa su lugar en la proa.

Me tiene sin cuidado quien sostenga lo contrario, pero todo esto es insensato, innecesario. El matador debería permanecer en la proa desde el principio hasta el fin; debería ser quien manejara el arpón y la lanza, sin verse obligado a remar, salvo en circunstancias especiales que todo pescador puede prever. Sé que esto ocasionaría cierta pérdida de velocidad en la caza; pero una larga experiencia con varios balleneros de más de una nación me ha convencido de que casi todos los fracasos en la pesca no se deben tanto a la velocidad de la ballena, cuanto al cansancio del arponero.

Para asegurar la mayor eficacia del tiro, los arponeros de este mundo deberían saltar sobre sus pies bien descansados, y no agotados por el trabajo.

LXIII. LA HORQUETA

Del tronco nacen las ramas; de las ramas, las ramitas. Así nacen los capítulos de los temas fecundos.

La horqueta a que hemos aludido en el capítulo anterior merece mención especial. Es un palo acanalado, de forma peculiar, perpendicularmente insertado en la regala de estribor, cerca de la popa, que sirve de apoyo a la extremidad de madera del arpón, cuya punta desnuda y aguda surge oblicuamente de la proa. De ese modo, el arma queda siempre a mano del tirador, que la toma de su soporte con tanta rapidez como un hombre de los bosques toma su fusil de la pared. Lo habitual es tener dos arpones apoyados en la horqueta, que se llaman respectivamente el primero y el segundo hierro.

Pero ambos arpones están unidos, cada uno por su propia cuerda, a la línea. El objeto que se persigue es arrojarlos, si es posible, uno tras otro contra la ballena de modo tal que si uno de ellos se zafa, el otro puede permanecer hundido en la presa. Es duplicar las probabilidades. Pero con mucha frecuencia ocurre que, a causa de la carrera instantánea, violenta y convulsiva de la ballena que ha recibido el primer hierro, el arponero no puede —por fulmíneos que sean sus movimientos— arrojar contra ella el segundo hierro. Sin embargo, como el segundo hierro está unido a la línea y ésta corre sin cesar, es absolutamente necesario arrojarlo del bote a tiempo, pues de lo contrario los hombres correrían el más terrible peligro. En estos casos se lo arroja al agua: las vueltas adicionales de la línea de caja (ya mencionada en un capítulo anterior) hacen de este recurso el más aconsejable por la prudencia. Pero esta medida crítica no siempre impide las más tristes y fatales consecuencias.

Además, deben ustedes saber que cuando se tira al mar el segundo hierro, a partir de ese instante se convierte en un terror ubicuo que anda en torno de la ballena y del bote, enredando las líneas, o cortándolas y produciendo en todas partes una extraordinaria confusión. En general, es imposible inmovilizarlo antes de capturar y matar a la ballena.

Piensen ustedes, pues, qué difícil ha de ser el caso en que cuatro embarcaciones dan caza a una ballena insólitamente fuerte, activa y experimentada, cuando —a causa de esas mismas cualidades y de los mil incidentes que se acumulan en empresa tan audaz— puede haber ocho o diez hierros sueltos girando al mismo tiempo en torno a ella. Porque como ha de suponerse, cada bote lleva varios arpones para ser unidos a la línea cuando el primero se arroja sin que pueda ser recobrado. Todos estos detalles se cuentan aquí fielmente pues aclaran muchas partes importantes, pero complicadas, de las escenas que describiremos más adelante.

LXIV. LA CENA DE STUBB

Stubb había matado la ballena a cierta distancia de la nave. Seguía la bonanza, de modo que enfilamos los tres botes y empezamos la lenta faena de arrastrar el trofeo hasta el *Pequod*. Así, mientras nosotros, los dieciocho hombres con nuestros treinta y seis brazos y nuestros ciento ochenta pulgares y los demás dedos, trabajábamos durante horas y horas sobre ese cadáver pesado e inerte, que sólo parecía moverse a infinitos intervalos, tuvimos una prueba de la enormidad de la masa que arrastrábamos. Si en el gran canal del Hang-Ho, o como se llame, en la China, cuatro o cinco hombres arrastran desde el sendero, a una velocidad de una milla por hora, un gran junco cargado, este enorme y rico galeón apenas se movía, como si hubiese estado lleno de lingotes de plomo.

Cayó la oscuridad; pero tres luces encendidas en las jarcias del *Pequod* nos guiaron vagamente hasta que, al acercarnos, vimos a Ahab que colgaba varias linternas sobre las amuradas. Durante un instante miró abstraído la ballena y dio las órdenes habituales para que la aseguraran durante la noche; después, tendiendo su linterna a un marinero, bajó a la cabina y no reapareció hasta la mañana.

Al dirigir la captura de la ballena Ahab había demostrado su acostumbrada actividad, para llamarla de algún modo, pero ahora que el animal estaba muerto parecía trabajado por cierta vaga insatisfacción o impaciencia, como si el cadáver que tenía ante sí le hubiese recordado que Moby Dick aún estaba viva y, aunque otras mil ballenas fueran arrastradas hacia la nave, no avanzaría un ápice la realización de su monomaniaco designio. Poco después, por el ruido que se oía en la cubierta del *Pequod* se habría pensado que los marineros se disponían a echar ancla en las profundidades, pues arrastraban pesadas cadenas y las arrojaban estrepitosamente por los portillos. Pero esos hierros fragorosos eran para inmovilizar el vasto cadáver, y no la nave. Ligada por la cabeza a la popa y por la cola a la proa, la ballena ahora extendía su negro casco a lo largo del de la nave; vistas en la oscuridad de la noche, que ocultaba vergas y cordajes en la arboladura, ambas, nave y ballena, parecían dos bueyes colosales —uno en pie, el otro reclinado— uncidos al mismo yugo.

Si el sombrío Ahab ahora se mostraba sereno —al menos por lo que podía saberse en cubierta—, Stubb, su segundo oficial, enardecido por la victoria, revelaba un entusiasmo insólito, pero siempre alegre. Tal era su agitación que el grave Starbuck, su superior, le cedió tranquilamente la dirección de las maniobras. Uno de los motivos que provocaban tal animación en Stubb se manifestó poco después de manera harto curiosa. Stubb era un individuo acostumbrado a la buena vida: le gustaba inmoderadamente la ballena, un manjar para su paladar.

—¡Un bistec, un bistec antes de irme a dormir! ¡Eh, tú, Dagoo! ¡Baja a cortarme uno de su parte más delgada!

Debe saberse que si bien estos feroces cazadores, en general, y según el gran principio militar, no hacen pagar al enemigo los gastos corrientes de la guerra (al menos antes de realizar las ganancias de la expedición), de cuando en cuando se encuentra algún hombre de Nantucket que siente una verdadera predilección por esa determinada parte del cachalote señalada por Stubb y que comprende la ahusada extremidad de su cuerpo.

Hacia la media noche, el bistec estaba cortado y asado; iluminado por dos linternas alimentadas con aceite de esperma, Stubb hizo frente con todo vigor a su cena espermática sobre el cabrestante, como si éste hubiera sido un aparador. Pero no era el único que esa noche se daba un banquete de carne de ballena. Mezclando sus barboteos con sus dentelladas, millares y millares de tiburones que pululaban en torno al leviatán muerto se regodeaban ruidosamente con su grasa. Los pocos hombres que dormían en sus hamacas se sobresaltaron no pocas veces al oír los golpes violentos de las colas contra el casco de la nave, a pocas pulgadas de su corazón. Quien se hubiera asomado por la borda podría haberlos visto (tal como antes los había oído) agitándose en las lúgubres aguas negras y revolviéndose sobre sus propios lomos al arrancar del cadáver trozos redondos del tamaño de una cabeza humana. Esta habilidad del tiburón parece milagrosa. Cómo consigue arrancar bocados a tal punto simétricos de una superficie tan inaferrable es parte del problema universal de las cosas. La marca que deja en la ballena podría compararse al agujero que hace un carpintero para meter un tornillo.

Aunque en medio del horror humeante y diabólico de una batalla naval los tiburones miran ansiosos hacia la cubierta de la nave, como perros hambrientos en torno a una mesa donde se corta carne cruda, dispuestos a engullirse a cualquier hombre muerto que se les arroje; y aunque —mientras los valientes carniceros en la mesa del puente se cortan, como caníbales, la carne viva unos a otros con cuchillos dorados y ornados de borlas— los tiburones, con sus bocas recamadas de joyas, luchan bajo la mesa por trincar la carne muerta; y aunque el asunto no varía por vueltas que le den —es decir, no es más que una repugnante faena de tiburones por ambas partes—; y aunque los tiburones son también los eternos acompañantes de

todas las naves negreras del Atlántico, y trotan sistemáticamente a su lado para estar a mano en caso de que haya un bulto que transportar a cualquier parte o un esclavo que sepultar decentemente; y aunque puedan citarse todavía dos o tres ejemplos semejantes de los modos, lugares y ocasiones en que los tiburones se reúnen amistosa y festivamente para darse un banquete, a pesar de todo ello no existe momento ni ocasión en que pueda encontrárselos en mayor número o en disposición de ánimo más alegre y jovial que en torno a un cachalote muerto, amarrado a una nave ballenera. Quien no haya visto semejante espectáculo debe suspender sus convicciones en cuanto a la conveniencia del culto diabólico y las ventajas de propiciar al diablo.

Pero Stubb no reparaba en el ruido del banquete que ocurría tan cerca de él, ni los tiburones se cuidaban de los chasquidos de sus epicúreos labios.

—¡Cocinero, cocinero! ¿Dónde está el viejo Copo de Nieve? —gritó, apartando aún más las piernas, como para tener una base más segura para su cena y clavando al mismo tiempo el tenedor en su plato como una lanza—. ¡Cocinero! ¡Eh, cocinero! Tuerce el rumbo hacia aquí.

El viejo negro, no demasiado alegre porque ya lo habían hecho levantarse de su tibia hamaca a esa hora irrazonable, llegó tambaleándose desde la cocina, porque como muchos negros viejos no tenía sus rodillas en tan buen estado como sus cacerolas. El viejo Copo de Nieve, como lo llamaban, apareció arrastrando los pies y cojeando, apoyándose en unas tenazas para carbón hechas a la buena de Dios con aros de hierro enderezados. Se acercó, pues, a los tropezones, y se paró en seco a la voz de mando, al otro lado del aparador de Stubb; allí, con las manos unidas frente a sí y apoyadas en su bastón de dos patas, inclinó aún más la agobiada espalda y al mismo tiempo ladeó la cabeza, como para oír mejor.

—Cocinero —dijo Stubb, metiéndose rápidamente en la boca un pedazo de ballena bastante rojo—. ¿No te parece que este bistec está demasiado cocido? Lo has golpeado mucho, cocinero; está demasiado tierno. ¿No te he dicho que para estar bueno un bistec debe ser duro? Mira a esos tiburones, allí, junto a la borda: ¿no ves cómo lo prefieren jugoso y duro? ¡Qué bulla están metiendo! Cocinero, ve a hablarles: diles que los invitamos de buena gana si se conducen con moderación y de un modo civilizado. Pero tienen que estarse callados. ¡Demonios, si ni siquiera puedo oír mi propia voz! Anda, cocinero, dales mi mensaje. Toma, lleva esta linterna.

Tomó una linterna de su improvisado trinchante y agregó:

—¡Ve y espétales un sermón!

El viejo Copo de Nieve tomó con expresión sombría la linterna que le alcanzaba Stubb y cojeó a través de la cubierta hasta la amurada; después bajó con una mano la luz hacia el mar para ver mejor a la congregación, blandió con la otra sus tenazas solemnemente y asomándose por la borda empezó a hablar a los tiburones en un

murmullo, mientras Stubb, deslizándose en silencio a sus espaldas, escuchaba lo que decía.

—Amados hermanos: me han ordenado que os diga que acabéis con ese maldito ruido. ¿Me oís? ¡Acabad con esos chasquidos de los labios! Maese Stubb dice que podéis llenaros la panza hasta reventar, pero ¡por Dios!, acabad con esa batahola del infierno.

—Cocinero —lo interrumpió Stubb, dándole una palmada en el hombro—. ¡Cocinero! ¡Maldita sea tu estampa, no debes decir esas cosas cuando estás predicando! ¡Esa no es manera de convertir a los pecadores, cocinero!

—Pero ¿qué he dicho? Ande, predíqueles usted mismo —dijo el cocinero, volviéndose, ceñudo, para marcharse.

—No, cocinero; sigue, sigue tú...

—Bueno. Mis amados hermanos animales...

—¡Eso es! —exclamó Stubb, aprobándolo—. Elógielos, prueba de ese modo...

—... vosotros sois tiburones, y por naturaleza sois muy voraces. Pero os digo que esa voracidad, hermanos animales... ¡Pero dejad de golpear con esa condenada cola! ¿Cómo queréis oírme si no paráis de mover esa cola y esas mandíbulas del diablo?

—Cocinero —dijo Stubb, tomándolo por el cuello—. No te permitiré que digas blasfemias. Háblales como un caballero.

El sermón prosiguió nuevamente.

—No os culpo por vuestra voracidad, amados hermanos; lo manda la naturaleza y nada puede hacerse contra ella. Pero hay que dominar esa naturaleza perversa. Vosotros sois tiburones, sin duda; pero si domináis al tiburón que hay en vosotros, entonces seréis ángeles. Porque los ángeles no son otra cosa que tiburones dominados. Por eso, hermanos, comportaos como personas civilizadas al serviros de esa ballena. No arrebatéis la comida de la boca de vuestros vecinos, os digo. ¿Acaso un tiburón no tiene tanto derecho como otro a esa ballena? Además, por Dios, ninguno de vosotros tiene derecho a esa ballena: esa ballena pertenece a otras personas. Sé que algunos de vosotros tenéis una gran boca, una boca más grande que la de los demás... Pero muchas veces las bocas grandes tienen panzas pequeñas. Por eso la boca grande no está hecha para tragar más, sino a fin de arrancar bocados para los pequeños tiburones que no pueden meterse en esta batahola para servirse por sí solos.

—¡Bien, viejo Copo de Nieve! —gritó Stubb—. ¡Así habla un cristiano! ¡Sigue!

—No sirve de nada, maese Stubb. Esos malditos granujas siguen peleándose. ¡No oyen una sola palabra! Es inútil predicar a estos glotones mientras no tengan la panza llena. Y su panza no tiene fondo... Y cuando se harten, tampoco me oirán, porque se meterán en el mar e irán a dormir sobre los corales y ya no oirán nada...

—Por mi vida que soy de la misma opinión... Dales la bendición, Copo de Nieve, que yo seguiré comiendo.

Al oírlo, Copo de Nieve, extendiendo las manos sobre la multitud de peces, alzó su voz aguda y gritó:

—¡Malditos hermanos! ¡Haced todo el ruido que podáis, llenaos las condenadas panzas hasta reventar y después idos al infierno!

—Ahora, cocinero —dijo Stubb, volviendo a su cena sobre el cabrestante—, ponte donde estabas antes, allí, a mi lado, y préstame mucha atención.

—Estoy atento —dijo Copo de Nieve, apoyándose de nuevo sobre las tenazas en el lugar indicado por Stubb.

—Bien —dijo Stubb, sirviéndose con abundancia—. Volveré al tema de este bistec. En primer lugar, ¿cuántos años tienes, cocinero?

—¿Qué tiene que ver eso con el bistec? —preguntó el viejo negro, con aire impertinente.

—¡Silencio! ¿Cuántos años tienes, cocinero?

—Dicen que unos noventa —murmuró Copo de Nieve, ceñudo.

—¿Has vivido en este mundo casi cien años y todavía no sabes cómo cocinar un bistec de ballena? —dijo Stubb metiéndose rápidamente otro pedazo de ballena en la boca al decir la última palabra, de modo que el mordisco parecía la continuación de la pregunta—. ¿Dónde naciste, cocinero?

—Detrás de la escotilla de la balsa que va a Roanoke.

—¿Has nacido en una balsa! Vaya si es raro... Pero quiero saber en qué país has nacido, cocinero.

—¿No te he dicho que en Roanoke? —exclamó el cocinero, ásperamente.

—No, no lo has dicho. Pero te explicaré por qué te lo pregunté. Debes volver a tu país y nacer de nuevo. Aún no sabes cocinar un bistec de ballena.

—Que el diablo me lleve si vuelvo a cocinar otro —gruñó el viejo volviéndose para marcharse.

—Quédate aquí, cocinero. Alcánzame esas tenazas. Ahora toma ese pedazo de bistec y dime si te parece que está cocinado como se debe. ¡Tómalo, te digo! —agregó, tendiéndole las tenazas—. ¡Tómalo y Pruébalo!

El viejo rozó ligeramente el pedazo con sus labios marchitos y murmuró:

—El mejor bistec que he probado nunca... Jugoso, muy jugoso...

—Cocinero —dijo Stubb, volviendo a la batalla—. ¿Pertenece a la Iglesia?

—Una vez pasé frente a una, en Cape-Town —dijo el viejo con acritud.

—De modo que has pasado una vez en tu vida frente a una sagrada iglesia, en Cape-Town, donde sin duda alcanzaste a oír a un santo párroco que llamaba a su auditorio «mis amados hermanos»... ¡Y sin embargo vienes aquí y me dices mentiras

tan terribles como la de hace un instante! —dijo Stubb—. ¿Adónde crees que irás, cocinero?

—A la cama, y muy pronto —murmuró el viejo, volviéndose de nuevo al hablar.

—¡Quieto! Quiero decir cuando te mueras. Es una pregunta terrible. Y bien: ¿cuál es tu respuesta?

—Cuando este viejo negro muera —dijo el negro lentamente, cambiando totalmente de actitud— no irá a ninguna parte; pero algún bendito ángel vendrá y se lo llevará.

—¿Se lo llevará? ¿Cómo? ¿En una carroza de cuatro caballos, como a Elías? ¿Y adónde se lo llevará?

—Allí arriba —dijo Copo de Nieve, levantando las tenazas sobre su cabeza y sosteniéndolas con toda solemnidad.

—De modo que cuando mueras esperas subir a nuestro palo mayor, ¿no es cierto, cocinero? ¿Pero no sabes que cuanto más alto subes, más frío tienes? ¿Quieres subir al palo mayor, eh?

—Yo no dije eso —gruñó Copo de Nieve, otra vez ceñudo.

—Dijiste allí arriba, ¿no es cierto? Mira adónde apuntan tus tenazas. Pero quizá piensas que subirás al cielo pasando por la boca de lobo, cocinero; no, no, no, cocinero, no llegarás hasta allí sino por el camino normal, subiendo por las jarcias. Es difícil, pero hay que hacerlo así. Suelta las tenazas, cocinero, y oye mis órdenes. ¿Me oyes? Toma tu sombrero en una mano y ponte la otra en el corazón cuando te dé mis órdenes. ¡Cómo! ¿Allí tienes el corazón? ¡Esa es la molleja! ¡Más arriba, más arriba! Eso es... Ten la mano allí y préstame atención.

—Estoy atento —dijo el viejo, con ambas manos en la posición ordenada por Stubb y torciendo en vano su cabeza gris como para tener al mismo tiempo ambas orejas al frente.

—Bueno, cocinero; como ves, este bistec que has preparado era tan malo que lo he quitado del medio en cuanto he podido. ¿Lo has visto, no? Bueno, en el futuro, cuando prepares otro bistec de ballena para mi mesa privada, aquí, en el cabrestante, te diré lo que deberás hacer para no arruinarlo cocinándolo demasiado. Ten el bistec en una mano y con la otra muéstrale un carbón encendido: después, sívelo. ¿Me has oído? Y mañana, cocinero, cuando cortemos la ballena, mantente cerca para llevarte la punta de las aletas y ponerlas en escabeche. Ahora puedes irte.

Pero Copo de Nieve no había dado tres pasos cuando Stubb volvió a llamarlo.

—Cocinero, mañana, durante la guardia nocturna, me darás chuletas. ¿Has oído? Y ahora, lárgate... ¡Eh, espera! Inclínate, antes de irte. Y óyeme algo más: quiero albóndigas de ballena para el desayuno. No te olvides.

—¡Por Dios! Sería mejor que la ballena se lo hubiera comido a él, y no él a la ballena... Que me cuelguen si no es un tiburón peor que el propio Maese Tiburón...

—murmuró el viejo, mientras se alejaba cojeando. Y con esa sabia observación, volvió a su hamaca.

LXV. LA BALLENA COMO PLATO

Que un mortal se alimente de la criatura que alimenta su lámpara y, como Stubb, la coma a la luz de su propia luz, por así decirlo, es cosa tan extraña que no estará de más contar la historia de esa costumbre y filosofar un poco sobre ella. Hay testimonios de que, hace tres siglos, la lengua de la ballena de Groenlandia se consideraba un manjar muy refinado en Francia, donde alcanzó un precio muy alto. También sabemos que en tiempos de Enrique VIII un cocinero de la corte obtuvo una buena recompensa por haber inventado una salsa admirable para acompañar marsopas (una especie de ballenas, como recordarán ustedes) asadas. Y en verdad, las marsopas se consideran aún hoy un plato excelente. Con la carne se hacen albóndigas, más o menos del tamaño de bolas de billar; bien sazonadas y condimentadas, podrían pasar por albóndigas de tortuga o de ternera. A los viejos monjes de Dunfermline les gustaban mucho. La corona les había otorgado una gran concesión en la caza de marsopas. El hecho es que la ballena —al menos entre los cazadores— sería estimada como un plato noble si no fuera tan abundante: cuando se sienta uno frente a un pastel de carne que mide cien pies de largo, todo apetito desaparece... Únicamente los hombres sin prejuicios, como Stubb, comen hoy ballena cocida; pero los esquimales no son tan melindrosos. Ahora todos sabemos que viven de la ballena y tienen exquisitas reservas de aceite añejo de ballena de primera calidad. Zogranda, uno de sus doctores más famosos, recomienda tajadas de grasa para los niños, por ser muy jugosas y nutritivas. Esto me recuerda que algunos ingleses, accidentalmente abandonados en Groenlandia por un navío ballenero, vivieron no pocos meses gracias a restos mohosos de ballenas arrojados en la playa después de habérseles quitado la grasa. Los holandeses llaman a esos restos «frituras», y en verdad se les parecen mucho, ya que son pardos, crocantes, y huelen un poco como los antiguos buñuelos de las amas de casa de Amsterdam, cuando están frescos. Tienen un aspecto a tal punto comestible que el más sobrio de los extranjeros apenas puede resistir la tentación.

Pero lo que también desvaloriza la carne de ballena como plato civilizado es el exceso de grasa. Es el gran campeón del mar: un buey demasiado gordo para saber bien. La giba, por ejemplo, podría ser tan rica como la del búfalo (considerada un manjar exquisito) si no fuera una sólida pirámide de gordura. Pero el esperma mismo, qué suave y cremoso es... Como la transparente, gelatinosa y blanca pulpa de un coco en el tercer mes de su desarrollo, aunque demasiado grasoso como sustituto de la manteca. Sin embargo, muchos balleneros suelen impregnar con ella otra sustancia para después comérsela. Durante las largas guardias nocturnas, es muy corriente que los balleneros hundan sus galletas en las enormes marmitas de aceite y las dejen freírse un momento. De este modo, yo mismo me he dado muy buenas cenas.

En el caso de un cachalote pequeño, los sesos se consideran un buen plato. Se parte el cráneo con un hacha, se retiran los lóbulos blanquecinos y gordos (muy parecidos a dos grandes budines), se los espolvorea con harina y se los cuece: son un manjar exquisito, de gusto semejante a la cabeza de ternera, tan estimada por algunos epicúreos; y todos saben que muchos relamidos epicúreos, a fuerza de comer sesos de ternera acaban por tener un poco de seso, de manera que hasta son capaces de distinguir una cabeza de ternera de la suya propia, cosa que en verdad exige mucha discriminación. Y este es el motivo por el cual un joven relamido, con una cabeza de ternera de ojos inteligentes ante sí, es uno de los espectáculos más tristes que puedan verse. La cabeza lo mira con aire de reproche, como diciéndole: «*Et tu Brute!*».

Quizá no sea la extrema untuosidad de la ballena el motivo por el cual los hombres de tierra firme abominan de la idea de comerla. Eso parece deberse más bien a la observación apuntada anteriormente: es decir, al hecho de que les parece terrible que un hombre coma un animal marino recién muerto, y además lo coma iluminado por su propio aceite. Sin duda, el primer hombre que mató un buey fue considerado un asesino; quizá lo colgaron; y si lo hubiesen juzgado los bueyes, por cierto que lo habrían colgado; y se lo habría merecido, desde luego, como todos los asesinos. Vayan ustedes un sábado a la noche al mercado de carnes y observen a la multitud de bípedos vivos que contemplan las largas hileras de cuadrúpedos muertos. Este espectáculo ¿no es como para hacer caer un diente de la mandíbula de un caníbal? ¿Caníbales? ¿Quién no es un caníbal? Te aseguro, lector, que para un fijí que ha puesto a un flaco misionero en salmuera dentro de su bodega a fin de tener reservas durante la época de carestía, el Juicio Final será más tolerable que para ti, civilizado y culto glotón que clavas las patas de un ganso al suelo y te regodeas con su hígado hinchado en el *pâté de foie gras* que te comes.

Pero Stubb come ballena iluminado por el aceite del mismo animal, ¿no es cierto? Y eso es como añadir un insulto al daño ya hecho, ¿verdad? Mira el mango de tu cuchillo, mi civilizado y culto glotón que comes esa carne asada. ¿De qué está hecho ese mango? ¿De qué, si no de los huesos del mismo buey que devoras? ¿Y con qué te

escarbas los dientes después de engullirte ese ganso cebado? Con una pluma de la misma ave. ¿Y con qué pluma escribía sus circulares el secretario de la Sociedad para la Supresión de la Crueldad contra los Gansos? Apenas hace un mes o dos que esa sociedad resolvió no aprobar sino las plumas de acero.

LXVI. LA MATANZA DE LOS TIBURONES

En las pesquerías del sur, cuando se captura un cachalote después de larga y penosa faena y se lo amarra al costado de la nave, durante la noche, no es habitual —al menos en la mayoría de los casos— que se empiece a cortarlo de inmediato. Porque esta otra faena es muy ardua, tarda mucho en completarse y requiere a todos los hombres. Por eso lo habitual es apocar las velas, fijar el timón a sotavento y mandar a cada marinero a su hamaca hasta el alba, con la salvedad de que han de mantenerse las guardias en las anclas, es decir, que cada hora un par de hombres debe subir a cubierta para comprobar si todo anda bien.

Pero a veces, sobre todo en el Pacífico, cerca del Ecuador, este plan no da resultado porque se junta tan incalculable multitud de huéspedes en torno a esa masa amarrada a la nave que si los dejaran a sus anchas unas seis horas seguidas, apenas quedaría el esqueleto de la ballena a la mañana siguiente. Pero en muchas otras partes del océano donde esos peces no abundan tanto, su prodigiosa voracidad puede reducirse bastante acosándolos vigorosamente con las filosas palas balleneras (aunque en ocasiones este procedimiento sólo parece aumentar su actividad). No ocurrió así, esta vez, con los tiburones del *Pequod*, por más que si un hombre poco acostumbrado a ese espectáculo hubiera mirado esa noche desde la borda, habría pensado que el mar todo era un inmenso queso y los tiburones sus gusanos.

Sin embargo, cuando Stubb, una vez terminada su cena, estableció los turnos de la guardia de las anclas y Queequeg subió a cubierta con un marinero para cumplir el primero de esos turnos, se produjo no poca algazara entre los tiburones. Pues de inmediato ambos hombres arriaron junto a la nave las plataformas para descuartizar, bajaron tres linternas de modo que proyectaran largos rayos de luz sobre el mar turbulento y blandiendo las palas balleneras emprendieron una matanza incesante contra los tiburones, hundiéndoles el afilado acero en el cráneo, que parecía su única parte vital. Pero en la espumosa confusión de los adversarios que se debatían mezclados, los tiradores no siempre daban en el blanco: esto reveló otro aspecto de la increíble voracidad del enemigo. Los tiburones no sólo se mordían ferozmente las

vísceras colgantes unos a otros, sino que se doblaban como arcos flexibles y se mordían a sí mismos, de modo que al fin esas entrañas parecían tragadas una y otra vez por la misma boca para ser arrojadas por la herida abierta en el lado opuesto. Y esto no era todo. Era peligroso mezclarse con los cadáveres y los espectros de esos seres. En sus huesos y articulaciones parecía esconderse una especie de vitalidad genérica o panteísta, aun después de extinguirse lo que podríamos llamar la vida individual. Muerto e izado a bordo para quitarle la piel, uno de estos tiburones estuvo a punto de arrancar una mano al pobre Queequeg, cuando éste trató de bajar el belfo muerto sobre la quijada asesina.

—A Queequeg no importar qué dios hizo a tiburón —dijo el salvaje, sacudiendo la mano, contraído de dolor—, si dios fiji o dios de Nantucket; pero el dios que hizo a tiburón debe ser un indio maldito.

LXVII. EL DESCUARTIZAMIENTO

Era la noche de un sábado. ¡Y vaya Sabbath el que siguió! Los balleneros son, *ex officio*, maestros en el arte de violar el descanso sabático. El ebúrneo *Pequod* se convirtió en una especie de carnicería y cada hombre en un carnicero. Era como si hubiésemos ofrendado diez mil bueyes rojos a los dioses del mar.

En primer lugar, los enormes aparejos de descuartizar que entre otros pesados elementos comprenden un grupo de poleas generalmente pintadas de verde y que ningún hombre podría levantar por sí solo, ese enorme racimo fue izado a la cofa de gavia y asegurado con firmeza al tope más bajo, el punto de apoyo más firme sobre la cubierta de una nave. El extremo de la cuerda, verdadera guindaleja que serpenteaba entre toda esa maraña, se ató al cabrestante y el enorme grupo inferior de los aparejos quedó colgado sobre la ballena; a ese grupo de aparejos se fijó el gran gancho para alzar la grasa, cuyo peso era de unas cien libras. Entonces, de pie sobre las plataformas colgadas al flanco de la nave, Starbuck y Stubb, los oficiales, armados con sus largas palas, empezaron a abrir un agujero en el cuerpo para insertar el gancho justo sobre la más cercana de las dos aletas laterales. Después de abrir ese agujero, siempre se hace un amplio corte semicircular en torno a él, se inserta el gancho y casi toda la tripulación, entonando un coro espantoso, empieza a dar vuelta al cabrestante. De inmediato la nave se inclina a un lado; cada cabilla sobresale como la cabeza de los clavos en una vieja casa cubierta de hielo. La nave entera tiembla, se estremece, saluda al cielo con sus mástiles sobrecargados, se inclina cada vez más sobre la ballena y a cada vuelta dada al cabrestante responde un fraternal embate de las olas. Al fin se oye un chasquido alarmante: con un estrépito la nave se endereza y se aparta de la ballena, mientras el aparejo eleva triunfante ante los ojos de todos el extremo semicircular de la primera lonja de grasa. Puesto que la grasa envuelve a la ballena como la cáscara envuelve a la naranja, se la arranca del cuerpo como se pela una naranja: en tiras espirales. Pues el esfuerzo sin pausa del cabrestante hace que la ballena gire sobre sí misma en el agua y cada lonja de grasa se separa uniformemente a lo largo de la línea llamada «banda», que Starbuck y Stubb van cortando al mismo

tiempo con sus palas. Con la misma rapidez con que se desprende, la grasa se eleva cada vez más alto, hasta que el extremo superior roza la cofa. Entonces los hombres del cabrestante dejan de izarla y durante un momento la prodigiosa masa, chorreando sangre, oscila adelante y atrás, como colgada del cielo, y cada hombre debe poner mucha atención para esquivarla cuando pasa, si no quiere recibir un golpe en las orejas o ir a parar de cabeza al mar.

Entonces uno de los arponeros se adelanta con un arma larga y afilada llamada «sable de abordaje» y después de aguardar el momento oportuno abre un orificio de tamaño considerable en la parte inferior de la lonja oscilante. En ese orificio se engancha el extremo del aparejo suplementario, para tener asida la lonja y no perder tiempo para arrancar la siguiente. Hecho lo cual, el consumado espadachín grita a todos que se aparten y vuelve a emprender un ataque científico contra la masa de grasa, separándola en dos partes mediante una serie de tajos oblicuos y vertiginosos. De modo que mientras la parte inferior está aún sujeta, la superior, llamada «manta de cama», oscila en libertad, aguardando el momento en que la bajen. Los hombres del cabrestante reanudan entonces la canción y mientras uno de los aparejos arranca y levanta una segunda lonja de la ballena, el otro se afloja: de esa manera, la primera lonja baja a través de la escotilla hasta un salón sin muebles llamado «el cuarto de la grasa». En ese cuarto semioscuro, varios hombres ágiles y diestros enrollan la larga «manta de cama» como si fuera una gran masa viviente de serpientes entrelazadas. Así continúa la faena; los dos aparejos izan y arrían simultáneamente; la ballena y el cabrestante forcejean; los marineros cantan; los caballeros del «cuarto de la grasa» enrollan; los oficiales tajejan; la nave se estremece; y todos los hombres estallan en palabrotas, de cuando en cuando, para suavizar la fricción general.

LXVIII. LA MANTA

He dedicado mucha atención al debatido tema de la piel de la ballena. Acerca de él, he tenido no pocas discusiones con balleneros muy duchos —en el mar— y con doctos naturalistas en tierra firme. Mi opinión original no se ha modificado; pero es sólo una opinión.

El problema es éste: ¿qué es y dónde está la piel de la ballena? Ya saben ustedes qué es la grasa. La grasa es algo que tiene la consistencia firme y compacta de la carne de vaca, pero más dura, más elástica y densa, con un espesor que oscila entre las ocho o diez pulgadas hasta las veinte pulgadas.

Ahora bien: parece absurdo decir que la piel de un animal tiene semejante consistencia y espesor; pero, en verdad, no existen razones que invaliden esta suposición. Pues no es posible despegar del cuerpo de la ballena otra envoltura que esta misma grasa; y la napa más externa que envuelve a cualquier animal, ¿qué es, si no la piel? Es verdad que del cuerpo intacto de la ballena muerta puede desprenderse con la mano una sustancia transparente, semejante a las partículas más delgadas de la colapez, sólo que flexible y suave como el satén; cuando se seca, se contrae y espesa, y se vuelve más bien dura y quebradiza. Tengo muchos pedazos secos, que uso como señalador para mis libros sobre ballenas. Es transparente, como ya he dicho, y poniéndola sobre la página impresa algunas veces me he divertido usándola como lupa. Sea como fuere, es agradable leer sobre las ballenas a través de sus propios anteojos, por así decirlo. Pero lo que me proponía decir es lo siguiente: esa sustancia infinitamente delgada y semejante a la colapez puede considerarse más que como la piel del animal, como «la piel de la piel», para llamarla de algún modo; pues sería sencillamente ridículo afirmar que la verdadera piel de la inmensa ballena es más delgada y tierna que la de un niño recién nacido. Pero dejemos esto.

Si suponemos que la grasa es la piel de la ballena, cuando esta piel —como en el caso de un cachalote muy grande— suministra unos cien barriles de aceite y cuando consideramos que, en cantidad, o más bien en volumen, ese aceite extraído no es más que los tres cuartos, y no la sustancia entera, de la ballena, podemos hacernos una

idea de la enormidad de esa masa animada, si de una simple parte de su tegumento se exprime semejante lago de líquido. Calculando diez barriles por tonelada, tenemos diez toneladas como peso neto de apenas los tres cuartos de la materia que constituye la piel de la ballena.

La superficie visible que presenta el cachalote vivo no es la menor de sus muchas maravillas. Tal superficie está enteramente cubierta por innumerables estrías rectas, que la atraviesan en dirección oblicua, muy cerca unas de otras, como en los mejores grabados italianos. Pero esas estrías no parecen estar impresas sobre la colapez a que nos hemos referido: parecen transparentarse a través de ella, como si estuvieran grabadas en el cuerpo mismo. Y esto no es todo. En algunos casos, para la mirada rápida y observadora esas líneas no tienen otro objeto que servir de fondo a otros trazos, como en los verdaderos grabados. Son jeroglíficos; si llamamos jeroglíficos a esas misteriosas cifras en las paredes de las pirámides, ésta es la palabra que debe usarse en este caso. A causa del recuerdo que conservaba de los jeroglíficos de un cachalote, una vez me impresionó mucho un grabado que mostraba los antiguos caracteres indios de las famosas empalizadas a orillas del alto Mississippi. Como esas rocas misteriosas, también la ballena tiene signos místicos indescifrables. Esta alusión a las rocas indígenas me recuerda otra cosa. Además de todos los fenómenos que presenta el aspecto exterior del cachalote, no es raro que en su lomo, y sobre todo en sus flancos, esas líneas de trazo regular se crucen con una especie de rasguños muy irregulares. En esto recuerda a esas rocas de la costa de Nueva Inglaterra que, como imagina Agassiz, muestran las huellas de violentos roces con enormes témpanos a la deriva. Pienso que esos rasguños quizá provengan de combates con otros cachalotes, porque los he observado, sobre todo, en los machos adultos de la especie.

Algunas palabras más acerca de la piel o grasa de la ballena. Ya hemos dicho que se la arranca del cuerpo en largas lonjas llamadas «mantas». Como muchos términos del vocabulario marino, éste es muy acertado y significativo. Porque la ballena está envuelta en su grasa como en una manta o una funda; o, mejor aún, como en un poncho indio por el cual aparece la cabeza y que tiene flecos en los bordes. A causa de esa cómoda cubierta de su cuerpo, la ballena puede sentirse a sus anchas en todas las temperaturas, en todos los mares, las estaciones y las mareas. ¿Qué sería de una ballena de Groenlandia, por ejemplo, en estos estremecedores mares helados del norte, si no llevara ese abrigado paletó? Es cierto que otros peces viven llenos de animación en esas aguas hiperbóreas, pero debe observarse que son peces de sangre fría, sin pulmones, cuyas entrañas son verdaderos refrigeradores, criaturas que se calientan a la vera de un témpano, como un viajero que en el invierno se repone ante la chimenea de una posada. En cambio la ballena, como el hombre, tiene pulmones y sangre caliente. Si se le congela la sangre, morirá. Es maravilloso, pues —hasta que sabemos la explicación—, que gracias a su envoltura este gran monstruo —para el cual

el calor corporal es tan indispensable como para el hombre— se sienta como en su casa hundido hasta los labios en esas aguas árticas, durante su vida entera. En esas aguas donde los marineros que caen por la borda suelen encontrarse, meses después, helados, de pie, en el corazón de los glaciares, como una mosca presa en el ámbar. Pero resulta aún más sorprendente que, como lo ha probado la experiencia, la sangre de una ballena polar sea más caliente que la de un negro de Borneo en verano.

Me parece que en esto vemos la rara virtud de una poderosa vitalidad individual, y de los muros espesos, y de la enorme corpulencia interior del cachalote. ¡Ah, hombre! ¡Admira y refléjate en la ballena! ¡Consérvate tibio en medio del hielo! ¡Permanece frío en el Ecuador; haz que tu sangre siga corriendo en el polo! Como la gran cúpula de San Pedro y como la gran ballena, conserva, hombre, tu propia temperatura en todas las estaciones.

Pero ¡qué fácil e inútil es enseñar estas cosas tan hermosas! Entre los edificios, ¡qué pocos tienen la cúpula de San Pedro! Entre las criaturas, ¡qué pocas son grandes como la ballena!

LXIX. EL FUNERAL

¡Arriba las cadenas! ¡Suelten el esqueleto!

Los grandes aparejos ya han cumplido con su deber. El cuerpo blanco de la ballena desollada y decapitada resplandece como un sepulcro de mármol y, aunque su color ha cambiado, su volumen no ha perdido nada perceptible. Todavía es colosal. Se aleja lentamente, flotando; el agua a su alrededor hierve de tiburones insaciables y el aire está infestado de vuelos de pájaros rapaces y estridentes, cuyos picos son otros tantos puñales irreverentes sobre la ballena. El vasto fantasma blanco y sin cabeza flota cada vez más lejos de la nave, y a cada braza, varas cuadradas de tiburones y varas cúbicas de aves parecen multiplicar su algarabía asesina. El barco, casi inmóvil, contempla durante horas y horas ese horrible espectáculo. Bajo el cielo límpido y apacible, sobre el hermoso rostro del mar dulcísimo acariciado por brisas alegres, esa gran masa muerta se aleja flotando hasta perderse en perspectivas infinitas.

¡Es un funeral penoso y burlón! Los buitres del mar llevan piadoso luto; los tiburones del aire están impecablemente vestidos de negro, o con manchas negras. Pocos de ellos habrían acudido en ayuda de la ballena, si por azar ésta los hubiera necesitado en vida; pero todos se precipitan piadosamente al banquete fúnebre. ¡Oh, espantosa rapiña de la tierra!

Pero la cosa no acaba así. Como el cuerpo ha sido profanado, un espectro vengativo sobrevive y ronda para infundir pavor. Alguna tímida nave de guerra o un barco de exploración aturdido llegado desde lejos lo avista cuando la distancia que oculta la tempestad de pájaros aún permite vislumbrar la masa blanca que flota al sol y la blanca espuma que hierve a su alrededor: enseguida unos dedos temblorosos asentarán la aparición del inocuo cadáver en el cuaderno de bitácora: «*Bajíos, rocas y arrecifes en estas partes. ¡Atención!*». Después, quizá durante años, las naves evitarán ese lugar, saltando sobre él como las necias ovejas saltan sobre una nada porque una vez su guía saltó en ese mismo lugar cuando alguien se lo ordenó con un bastón. Ésta es la ley de los precedentes; ésta es la utilidad de las tradiciones; ésta es la historia de

la obstinada supervivencia de viejas creencias nunca arraigadas en la tierra y que ahora ni siquiera flotan en el aire. ¡Ésta es la ortodoxia!

Así, mientras el cuerpo de la ballena pudo ser en vida un verdadero terror para sus enemigos, su espectro apenas es un pánico inerte para el mundo.

¿Crees en fantasmas, amigo mío? Hay fantasmas que no son el de Cock-Lane, y también hombres mucho más profundos que el doctor Johnson para creer en ellos.

LXX. LA ESFINGE

He debido aclarar que antes de desollar por completo el cuerpo del leviatán, se lo decapita. Ahora bien: la decapitación del cachalote es una empresa científicamente anatómica que enorgullece (y no sin razón) a los diestros cirujanos balleneros.

Pensemos que la ballena no tiene nada que pueda llamarse, con propiedad, cuello. Al contrario, su parte más compacta está en el punto donde la cabeza y el cuerpo parecen unirse. Recordemos, además, que el cirujano debe operar desde arriba, a unos ocho o diez pies de distancia de su paciente, y que el paciente suele estar sumergido en un mar descolorido, agitado, a veces tumultuoso hasta el estallido. Tengamos presente, asimismo, que en esas circunstancias tan poco propicias debe cortar a muchos pies de profundidad en la carne, y con ese procedimiento subterráneo, sin poder echar siquiera una mirada a la herida abierta que se contrae sin cesar, tiene que evitar hábilmente todas las partes adyacentes, prohibidas, y dividir con exactitud el espinazo en un punto crítico, muy cerca de su inserción en el cráneo. ¿No es maravillosa, pues, la jactancia de Stubb, que sólo pedía diez minutos para decapitar un cachalote?

Apenas cortada, la cabeza se arrastra hacia popa y allí se la deja amarrada, mientras acaban de desollar el cuerpo. Hecho lo cual, si es de una ballena pequeña, se la iza a cubierta para manejarla allí libremente. Pero con la cabeza de un leviatán grande esto es imposible. Porque la cabeza de un cachalote tiene casi un tercio de su volumen total, y colgar una carga como ésa, aun por medio de los inmensos aparejos de un ballenero, sería tan imposible como intentar pesar un granero holandés en una balanza de joyero.

Una vez desollada y decapitada la ballena del *Pequod*, la cabeza fue izada contra el flanco de la nave, aunque dejando la mitad sumergida, para que su elemento natural contribuyera a sostenerla. Y allí, con el navío inclinado sobre ella a causa de la enorme tensión del tope más bajo, y con cada penol proyectado como una grúa sobre las olas, esa cabeza que chorreaba sangre pendió del cinto del *Pequod* como la del gigante Holofernes del ceñidor de Judith.

Cuando se terminó esta última tarea era mediodía y los marineros bajaron para comer. Reinó el silencio en el puente antes tumultuoso, ahora desierto. Una calma intensa, cobriza, como un amarillo loto universal, abría cada vez más sus pétalos callados y desmesurados sobre el mar.

Poco después Ahab subió solo desde su cabina hacia ese silencio. Luego de dar unos pasos por la cubierta se detuvo para mirar el mar. Después, deslizándose lentamente entre las cadenas, tomó la larga pala de Stubb —que había quedado allí, una vez decapitada la ballena—, la hundió en la masa a medias suspendida y se puso el otro extremo bajo el brazo, como una muleta; así permaneció inclinado sobre esa cabeza, mirándola con intensa fijeza.

Era una cabeza negra y como encapuchada; suspendida así, en medio de semejante calma, parecía la cabeza de la Esfinge en el desierto.

—Habla, inmensa y venerable cabeza —murmuró Ahab—. Aunque sin barbas, estás blanca de musgos. Habla, poderosa cabeza, y dinos el secreto que hay en ti. De todos los buzos, eres el que ha sondeado más hondo. Cabeza sobre la cual brilla el sol, ahora: has andado entre los cimientos de este mundo, donde nombres y navíos olvidados se herrumbran, donde anclas y esperanzas mudas se pudren. Esta nave que es la tierra lleva como lastre en su mortífera bodega los huesos de millones de ahogados: allí, en ese espantoso mundo de agua, está tu morada preferida. Has estado donde nunca bajó ninguna campana, ningún buzo; has dormido junto a muchos marineros, mientras sus madres insomnes habrían dado la vida por estar en tu lugar. Has visto a amantes abrazados que saltaban de la nave en llamas: con los corazones juntos se hundieron en las olas triunfantes, fieles el uno al otro, cuando el cielo parecía haberlos traicionado. Has visto a los piratas que arrojaban desde el puente, a medianoche, al oficial asesinado: durante horas y horas cayó en la noche profunda de ese abismo insaciable y sus asesinos siguieron navegando incólumes, mientras súbitos relámpagos destruían, no lejos de allí, una nave que habría llevado a un marido honesto a los brazos que lo esperaban anhelantes. ¡Oh, cabeza! ¡Has visto bastante como para reducir a polvo las estrellas y hacer de Abraham un incrédulo, pero no pronuncias una sola sílaba!

—¡Una nave a proa! —gritó una voz triunfante desde el palo mayor.

—¿Sí? Bueno, esto levanta el ánimo —exclamó Ahab, enderezándose súbitamente, mientras las nubes de tormenta se disipaban en su frente—. Ese grito viviente en la calma mortal casi podría convertir a un hombre mejor que yo... ¿En qué dirección?

—¡Tres puntos a estribor, señor, y nos trae su brisa consigo!

—De mejor en mejor, hambre. ¡Ojalá llegara San Pablo de ese lado y trajera su brisa a mi bonanza! ¡Oh naturaleza! ¡Oh alma humana! ¡Qué lejos de toda expresión está la analogía que os encadena! El átomo más ínfimo que se mueve o vive en la materia tiene un sutil duplicado en la mente.

LXXI. LA HISTORIA DEL *JEROBOAM*

Nave y brisa avanzaban juntas, pero la brisa llegó antes y el *Pequod* empezó a mecerse.

Pronto el catalejo reveló que los botes y las cofas con vigías de la nave desconocida eran de una ballenera. Pero como estaba tan lejos, a barlovento, y parecía que su intención era pasar de largo rumbo a otra zona de caza, el *Pequod* no podía esperar alcanzarla. De modo que se hizo la señal de costumbre para ver qué respuesta obtenía.

Debo explicar que como las naves de la armada de guerra, las de la Flota Ballenera Norteamericana tienen cada una su señal privada. Todas esas señales se recogen, con los nombres de las naves respectivas, en un libro que tiene cada capitán. De ese modo, los comandantes pueden reconocerse con gran facilidad en el océano, aun a distancias considerables.

A la señal del *Pequod* al fin respondió la del barco desconocido, que así demostró ser el *Jeroboam*, de Nantucket. Entonces braceó en cuadro sus vergas, viró a sotavento del *Pequod* y arrió un bote que pronto se acercó. Pero mientras arrojábamos la escala, por orden de Starbuck, para el capitán que venía a visitarnos, el desconocido en cuestión agitó la mano desde la popa del bote para indicarnos que esa tarea no era necesaria. Después supimos que a bordo del *Jeroboam* había una grave epidemia y que Mayhew, el capitán, temía contagiar a la tripulación del *Pequod*. Porque si bien él y los hombres del bote estaban sanos, y la nave se había detenido a una distancia de medio tiro de fusil, con todo un mar y una atmósfera incorruptible entre ella y el *Pequod*, ateniéndose concienzudamente a la temerosa cuarentena de tierra firme el capitán se negó de manera perentoria a establecer contacto directo con nosotros.

Pero esto no impidió que nos comunicáramos. A una distancia de varias naves, el bote del *Jeroboam*, usando de cuando en cuando los remos, logró mantenerse paralelo al *Pequod*, mientras éste se movía pesadamente en el mar (porque ya soplab

un viento muy fresco) con la gavia en facha; aunque, a decir verdad, de cuando en cuando el envión imprevisto de una gran ola empujaba adelante el bote, que pronto regresaba hábilmente a su puesto. Con estos y otros inconvenientes parecidos, se estableció entre ambas partes un diálogo. Pero no sin que, a intervalos, sufriéramos otra interrupción de índole muy diferente.

Uno de los remeros del *Jeroboam* era un hombre de aspecto singular, aun dentro de la insólita existencia de las naves balleneras, donde las individualidades más peculiares son la norma general. Era un hombre flaco, bajo, más bien joven, con la cara cubierta de pecas y abundante pelo rubio. Lo envolvía un amplio chaquetón, de corte cabalístico y un descolorido tinte color castaño; se había arremangado sobre las muñecas las mangas demasiado largas. En sus ojos fijos brillaba un hondo delirio fanático.

No bien divisaron a ese personaje, Stubb exclamó:

—¡Es él, es él! ¡Es el monigote del chaquetón de quien nos hablaron los hombres del *Town-ho*!

Stubb aludía a una curiosa historia a propósito del *Jeroboam* y un miembro de su tripulación que le habían contado poco antes, durante el encuentro del *Pequod* con el *Town-ho*. Según ese relato y lo que después se supo, el susodicho monigote había adquirido un ascendiente maravilloso sobre casi todos los hombres del *Jeroboam*. Su historia es ésta:

Se había criado en la extravagante sociedad de los *shakers* de Neskyeuna, donde pasaba por profeta: muchas veces, durante las absurdas reuniones secretas, bajaba del cielo a través de una trampa para anunciar la próxima apertura del séptimo frasco, que llevaba en el bolsillo de la chaqueta pero que no contenía pólvora, sino láudano, según se suponía. Después, poseído por una extraña chifladura apostólica, dejó Neskyeuna por Nantucket donde, con la peculiar astucia de la demencia, asumió un firme sentido común exterior y se ofreció como novicio para el viaje del *Jeroboam*. Lo alistaron, pero apenas la nave perdió de vista la tierra, su locura estalló como un torrente. Anunció que era el Arcángel Gabriel y ordenó al capitán que saltara al mar. Hizo público su programa, en el cual se declaraba libertador de las islas del mar y vicario general del Océano. La impertérrita seriedad con que proclamaba estas cosas, el juego oscuro y audaz de su imaginación insomne y perturbada, y todos los terrores sobrenaturales que lleva consigo la locura se unían para rodear a este Gabriel, en las mentes de la ignorante tripulación, de una atmósfera de santidad. Además, le tenían miedo. Como semejante hombre no era demasiado útil en la nave, sobre todo porque se negaba a trabajar cuando no tenía ganas, el incrédulo capitán se habría librado de él de muy buen grado. Pero al advertir que la intención del comandante era desembarcarlo en el primer puerto que tocaran, el arcángel abrió todos sus sellos y frascos, condenando a la nave y a sus hombres a una irremisible perdición si el

propósito se llevaba a cabo. E influyó con tanta eficacia sobre sus discípulos entre la tripulación, que todos fueron en grupo a decir al capitán que si Gabriel era expulsado de la nave no quedaría en ella un solo hombre. Por lo tanto, el capitán se vio obligado a abandonar su plan. Tampoco permitieron los hombres del *Jeroboam* que se tratara sin consideración a Gabriel, por absurdo que fuera lo que dijese o hiciera, de modo que Gabriel gozó de completa libertad en la nave. La consecuencia de todo eso fue que Gabriel se cuidó muy poco del capitán o los oficiales; y cuando estalló la epidemia, se envalentonó más que nunca. Declaró que la peste, como la llamaba, estaba en sus manos y que sólo terminaría cuando a él se le antojara. Los marineros, casi todos unos pobres diablos, temblaban ante él y algunos lo adulaban; a veces, siguiendo sus propias instrucciones, le rendían homenaje como a un dios. Cosas como éstas parecen increíbles, pero son verdaderas. Y la historia del fanatismo no es tan sorprendente por el desmesurado engaño con que el fanático se ilusiona, cuanto por su enorme poder para embaucar y hechizar a los demás. Pero es hora de que volvamos al *Pequod*.

—No tengo miedo de tu epidemia, hombre —gritó Ahab desde la amurada al capitán Mayhew, de pie en la popa del bote—. Sube a bordo.

Pero entonces Gabriel se puso de pie de un salto y gritó:

—¡Piensa, piensa en la fiebre amarilla y biliosa! ¡Cuidado con la horrible peste!

—Gabriel, Gabriel, si no te... —exclamó el capitán Mayhew.

Pero en ese instante, una ola empujó el bote adelante y el estrépito cubrió las palabras del capitán.

—¿Has visto la Ballena Blanca? —preguntó Ahab cuando el bote retrocedió.

—¡Piensa, piensa en tu ballenera, desfondada y hundida! ¡Cuidado con la horrible cola!

—Vuelvo a decirte, Gabriel, que si...

Pero de nuevo el bote se lanzó adelante, como arrastrado por demonios. Durante unos momentos fue imposible seguir la conversación, mientras pasó una serie de olas turbulentas que, por uno de esos caprichos del mar, se deslizaron sin romper. La cabeza colgada del cachalote se debatió con violencia y Gabriel pareció mirarla con más temor que el presumible por su naturaleza de arcángel.

Terminado ese interludio, el capitán Mayhew inició una tenebrosa historia acerca de Moby Dick, no sin que lo interrumpieran una y otra vez Gabriel —cada vez que decía su nombre— y el mar enloquecido, que parecía su aliado.

Supimos, así, que el *Jeroboam*, a poco de zarpar de su puerto natal, se encontró con otra ballenera y su tripulación le informó sobre la existencia de Moby Dick y los daños causados por ella: sorbiendo ávidamente esa noticia, Gabriel advirtió solemnemente al capitán del *Jeroboam* que se abstuviera de atacar a la Ballena Blanca, en caso de que avistaran al monstruo; en su ininteligible locura afirmó que la

Ballena Blanca era nada menos que el Dios *shaker* encarnado, puesto que los *shakers* aceptan la Biblia. Pero un año o dos después, cuando los vigías anunciaron a Moby Dick, Macey, el primer oficial, no pudo contener el deseo de lanzarse contra ella. Y como al capitán no le disgustaba darle esa oportunidad, a pesar de todas las acusaciones y advertencias del arcángel, Macey logró persuadir a cinco hombres de que lo acompañaran en su bote. Se alejó con ellos. Después de muchas maniobras agotadoras, de muchos ataques peligrosos y frustrados, al fin logró clavar un arpón. Mientras tanto Gabriel, encaramado al tope del palo mayor, agitaba un brazo frenéticamente y vomitaba profecías de inmediato castigo para los sacrílegos atacantes de su divinidad. Ahora bien: mientras Macey, el oficial, de pie en la proa de la embarcación se desahogaba en feroces insultos contra la ballena con toda la temeraria energía de su tribu y aguardaba el momento oportuno para arrojar su lanza, de repente una enorme sombra blanca surgió del mar quitando el aliento a los remeros con sus fulmineos aletazos. Un instante después el desventurado oficial, tan lleno de vida furiosa, fue arrojado por el aire y describiendo un largo arco cayó en el mar a una distancia de unas cincuenta yardas. Ni una pulgada del barco, ni un solo cabello de ningún hombre sufrieron el menor daño; pero el oficial se hundió para siempre.

No estará de más aclarar aquí que entre todos los accidentes fatales que ocurren durante la caza de cachalotes, el que sufrió el oficial es el más frecuente. A veces todo queda incólume, salvo el hombre aniquilado del modo descrito; con más frecuencia la proa de la embarcación salta o la plataforma sobre la cual está de pie el guía acompaña a su cuerpo en su caída. Pero lo más extraño de todo es que, en más de un caso, cuando puede recuperarse el cadáver no se descubre en él ningún signo de violencia: el hombre está irremisiblemente muerto, eso es todo.

Desde la nave pudo verse claramente toda la desgracia, incluso la caída de Macey. Con un penetrante aullido («¡El frasco! ¡El frasco!»), Gabriel disuadió a los aterrorizados marineros de que persistieran en la persecución. Este terrible suceso otorgó a Gabriel un influjo aún mayor: porque sus cándidos discípulos creyeron que lo había anunciado con absoluta precisión, en lugar de hacer una profecía general, cosa al alcance de cualquier hombre, que hubiese podido dar en cualquiera de los tantos blancos propuestos en margen tan amplio. Gabriel llegó a ser un terror indiscutible para la nave toda.

Cuando Mayhew terminó su relato, Ahab le hizo tantas preguntas que el desconocido capitán no pudo sino preguntarle si se proponía cazar a la Ballena Blanca, de ofrecérsele la oportunidad. Ahab respondió: «Sí».

Entonces Gabriel volvió a saltar de su banco y clavando los ojos en el viejo exclamó con vehemencia, mientras apuntaba hacia abajo con un dedo:

—¡Piensa, piensa en el blasfemo! ¡Está muerto, hundido aquí abajo! ¡Cuidado con el fin del blasfemo!

Ahab apartó de él la mirada, impasible; después dijo a Mayhew:

—Capitán, acabo de acordarme de mi bolsa del correo. Si no me equivoco, hay en ella una carta para uno de tus oficiales. Starbuck, mira en la bolsa.

Cada ballenera lleva un buen número de cartas para varias naves: entregarlas a los destinatarios depende del mero azar de encontrarlos en los cuatro océanos. Así, muchas cartas nunca llegan a destino, y otras sólo son recibidas cuando ya han cumplido dos o tres años.

Pronto volvió Starbuck con una carta en la mano. Estaba lastimosamente ajada, húmeda, cubierta de un moho oscuro, verde, manchado, a causa del largo encierro en el armario del capitán. La Muerte misma podía haber sido el mensajero de esa carta.

—¿No puedes leerla? —exclamó Ahab—. Dámela, hombre. Sí, sí... es un confuso garabato. ¿Qué dice aquí?

Mientras Ahab la estudiaba, Starbuck tomó la larga asta de una pala y le hizo una incisión en la punta, a fin de poder insertar en ella la carta y de ese modo tenderla al bote sin que éste se acercara más a la nave.

Mientras tanto Ahab, con la carta en la mano, murmuraba:

—Señor Har... sí, Señor Harry (letra de mujer; su esposa, imagino...). Sí... Señor Harry, Nave *Jeroboam*. ¡Pero si es Macey, y Macey está muerto!

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! Y era de su mujer... —suspiró Mayhew—. Pero déjame verla.

—No, consévala —gritó Gabriel a Ahab—. Pronto irás a reunirte con él.

—¡Ojalá te ahoguen tus maldiciones! —aulló Ahab—. Capitán Mayhew, prepárate a recibirla.

Tomó la fatal misiva de manos de Starbuck, la insertó en la incisión del asta y la tendió hacia el bote. Pero al hacerlo, los marineros que estaban a la espera dejaron de remar, el bote se deslizó un poco hacia la popa de la nave y la carta se encontró, como por arte de magia, al alcance de la ávida mano de Gabriel. El arcángel se apoderó de ella, asió de un manotón el cuchillo del bote y atravesando con él la carta lo envió, así cargado, hacia el *Pequod*. Cayó a los pies de Ahab. Entonces Gabriel gritó a sus camaradas que remaran y de ese modo la embarcación amotinada se alejó rápidamente del *Pequod*.

Después de este interludio, cuando los marineros reanudaron su faena sobre la chaqueta de la ballena, se dijeron muchas cosas extrañas con relación a este tremendo suceso.

LXII. LA CUERDA DEL MONO

La tumultuosa faena de descuartizar la ballena obliga a la tripulación a una serie incesante de carreras por la nave. Los marineros deben estar en un lugar y casi al mismo tiempo en otro. No pueden quedarse en un solo lugar, porque todo debe hacerse en todas partes y al mismo tiempo. Lo mismo ocurre a quien quiere describir esa escena. Ahora debemos retroceder un poco. Hemos dicho que no bien baja hasta el lomo de la ballena el gancho destinado a levantar la grasa se lo introduce en el agujero abierto por las palas de los oficiales. Pero ¿cómo es posible insertar allí un hierro tan pesado y difícil de maniobrar? El encargado de hacerlo era Queequeg, cuyo deber, como arponero, era bajar hasta el lomo de la ballena con ese fin. Pero en muchos casos, las circunstancias exigen que el arponero permanezca sobre la ballena hasta que termine toda la operación del desuello. Debe observarse que la ballena está casi enteramente sumergida, salvo las partes sobre las cuales se trabaja directamente. De modo que el pobre arponero, a unos diez pies bajo el nivel de la cubierta, se debate a medias sobre la ballena, a medias en el agua, mientras la vasta masa gira bajo sus pies como una rueda de molino. En esta ocasión, Queequeg vestía a la usanza de las tierras altas: sólo tenía camisa y calcetines. Con ese atavío, al menos ante mis ojos, parecía insólitamente elegante; y nadie tuvo nunca mejor oportunidad que yo de juzgarlo, como se verá enseguida.

Puesto que yo era el remero de proa del salvaje (es decir, el que manejaba el remo de proa en su embarcación, en el segundo puesto de la delantera), mi alegre deber era ayudarlo mientras se afanaba sobre el lomo de la ballena muerta. Sin duda ustedes habrán visto a los organilleros italianos, que llevan a un mono danzarín atado a una larga cuerda. Del mismo modo tenía yo asido a Queequeg, desde el empinado flanco de la nave, mediante lo que entre los balleneros se llama técnicamente «la cuerda del mono», unida a un fuerte cinturón de lona que le rodeaba la cintura.

Era una tarea cómicamente peligrosa para ambos. Porque antes de seguir, debemos aclarar que la cuerda del mono estaba amarrada a nosotros dos por cada extremo: al ancho cinto de lona de Queequeg y a mi estrecho cinto de cuero. De

modo que, para bien o para mal, los dos estábamos esposados, por el momento. Y si el pobre Queequeg se hundía para no reaparecer nunca más, tanto la costumbre como el honor exigían que, en vez de cortar la cuerda, yo me precipitara en su estela. Esa prolongada ligadura siamesa nos unía, pues: Queequeg era mi inseparable hermano gemelo y de ningún modo hubiese podido librarme de las peligrosas responsabilidades impuestas por el vínculo de cáñamo.

En esos momentos me hice una idea tan intensa y metafísica de mi situación que, mientras observaba sin distraerme un instante los movimientos lentos de Queequeg sentí como si mi propia individualidad se fundiera en una compañía financiera de dos accionistas, como si mi libre albedrío hubiera recibido una herida mortal y como si el error o la desdicha ajena hubiesen podido arrastrar mi inocencia a un inmenso desastre y a la muerte. Todo ello me persuadió de que esta faena significaba un interregno provisional de la Providencia; pues su imparcial equidad nunca hubiera aprobado tan gran injusticia. Pero meditando aún más sobre ello —mientras con un tirón de la cuerda zafaba a Queequeg de entre la ballena y la nave, que amenazaban con aplastarlo—, comprendí que esta situación mía era la de cualquier mortal que respira; sólo que, de un modo u otro, cada hombre está unido por ese mismo lazo siamés no a uno sino a muchos otros mortales. Si nuestro banquero quiebra, nos hundimos; si nuestro farmacéutico nos envía por error veneno en nuestras píldoras, morimos. Me dirán ustedes que con mucha cautela podemos librarnos de estos y los otros mil azares perversos de la vida. Pero por cuidado que pusiera yo en sostener la cuerda del mono unida a Queequeg, a veces tiraba de ella con tal fuerza que estaba a punto de arrastrarme por la borda. Y me era imposible olvidar que, hiciera lo que hiciese, yo sólo tenía uno de sus extremos.

Ya he dicho que a menudo debía zafar al pobre Queequeg de entre la ballena y la nave, donde muchas veces estaba a punto de caer. Pero este no era el único peligro de morir triturado a que estaba expuesto. Olvidados de la matanza que los había diezmado la noche anterior, los tiburones —irresistiblemente atraídos por la sangre que empezaba a correr por el cuerpo muerto— pululaban en torno a él como abejas en una colmena.

Queequeg estaba en medio de todos esos tiburones, empujándolos a menudo con un pie. Era algo increíble, en verdad, porque el tiburón, a menos que lo atraiga una presa tal como una ballena muerta, muy pocas veces ataca al hombre, por omnívoro y carnívoro que sea.

Sin embargo, puesto que los tiburones comen más que limaza, todo aconsejaba vigilarlos bien. Por eso, además de la cuerda con que yo alejaba una y otra vez al pobre salvaje del estómago de algún tiburón particularmente voraz, Queequeg contaba con otra protección. Suspendidos sobre una de las plataformas, Tashtego y Dagoo blandían sobre su cabeza un par de afiladas palas, con las cuales mataban

todos los tiburones que podían. Este procedimiento era, sin duda, una muestra de desinterés y benevolencia por parte de ellos. Pero en su celo por proteger a Queequeg, y por la circunstancia de que tanto él como los tiburones a veces eran invisibles en el agua teñida de sangre, sus indiscretas palas estaban más cerca de cortar una pierna que una cola. Pero supongo que el pobre Queequeg, afanándose con el gancho hasta perder el aliento, rezaba a su Yojo y ponía su vida entre las manos de sus dioses.

Bueno, bueno, querido camarada y hermano gemelo, pensaba yo mientras tiraba de la cuerda y volvía a soltarla a cada ola, ¿qué importa, después de todo? ¿Acaso no eres la imagen preciosa de cada uno y de todos nosotros en este mundo de la caza de ballenas? Este océano insondable en el cual jadeas es la Vida; esos tiburones, tus enemigos; esas palas afiladas, tus amigos; y entre los tiburones y las espadas estás metido en un buen lío, pobre muchacho.

Pero ¡valor! Te espera mucho de bueno, Queequeg. Pues ahora, mientras el salvaje exhausto trepa por las cadenas con los labios azules y los ojos inyectados de sangre y se detiene junto a la borda, chorreando agua y temblando involuntariamente, el dispensero avanza y con una mirada consoladora y amistosa le tiende... ¿qué? ¿Una copa de coñac caliente? ¡No! ¡Le tiende, oh dioses, una taza de agua tibia y jengibre!

—¿Jengibre? ¿Es jengibre lo que huelo? —preguntó Stubb, acercándose—. Sí, debe de ser jengibre —agregó, mirando en la taza aún intacta.

Después, tras vacilar un instante, como incrédulo, se dirigió hacia el estupefacto dispensero diciéndole lentamente:

—¿Conque jengibre, jengibre?... ¿Y quiere usted tener la bondad de decirme, señor Buñuelo, en qué consiste la virtud del jengibre? ¡Jengibre! ¿Ésa es la clase que usted usa, señor Buñuelo, para encender un fuego en este caníbal que tirita? ¡Jengibre!, ¿qué diablos es el jengibre? ¿Carbón de mar? ¿Leña? ¿Yesca? ¿Pólvora? ¿Qué diablos es el jengibre, repito, para que le ofrezcas esta taza a nuestro pobre Queequeg? En esto hay alguna maniobra misteriosa de la Sociedad de la Templanza —agregó de repente, acercándose a Starbuck, que se había adelantado—. ¿Quiere usted mirar en esa taza, señor? Huélala, por favor.

Después, observando la actitud del oficial, agregó:

—El dispensero, señor, tuvo el coraje de ofrecer este calomel con jalapa a Queequeg, que viene derecho de la ballena. ¿Es farmacéutico el dispensero, señor? ¿Y puedo preguntar si esta es la clase de cordial con que se devuelve la vida a un hombre medio ahogado?

—Creo que no —dijo Starbuck—. Como bebida es bastante floja...

—Sí, sí, dispensero —exclamó Stubb—; ya te enseñaremos a dar medicinas a un arponero. Aquí no queremos ninguno de tus brebajes de farmacia. ¿Quieres

envenenarnos, acaso? ¿Nos has asegurado la vida y quieres asesinarlos a todos y embolsarte las primas, eh?

—No fui yo, fue la tía Caridad la que trajo el jengibre a bordo y me hizo jurar que nunca daría alcohol a los arponeros... Sólo el jarro de jengibre, como lo llamó...

—¡Jarro de jengibre! ¡Jengibre serás tú, canalla! ¡Lárgate de aquí con eso! Y corre al armario para traer algo mejor. Espero que no le parezca mal, señor Starbuck. Son órdenes del capitán: grog para el arponero que ha trabajado sobre la ballena.

—Está bien —contestó Starbuck—. Pero no vuelvas a pegarle...

—¡Oh, yo no hago ningún daño cuando pego, salvo cuando se trata de una ballena o algo semejante! Y este tipo es un conejo. ¿Iba usted a decirme algo, señor?

—Sólo esto: baja con él y trae tú mismo lo que quieras.

Cuando Stubb reapareció llevaba un frasco oscuro en una mano y una especie de caja de té en la otra. El primero contenía un alcohol fuerte: se lo tendió a Queequeg. El segundo era el regalo de la tía Caridad: lo echó generosamente a las olas.

LXXIII. STUBB Y FLASK MATAN UNA BALLENA Y DESPUÉS CONVERSAN SOBRE ELLA

Debe recordarse que durante todo este tiempo teníamos una prodigiosa cabeza de cachalote colgando al costado del *Pequod*. Pero debemos dejarla allí, hasta que llegue la oportunidad de ocuparnos de ella. Ahora nos apremian otros asuntos y lo mejor que podemos hacer es rogar que los aparejos resistan.

Durante la noche y la mañana, el *Pequod* había avanzado gradualmente en un mar que, por sus ocasionales trechos de *brit* amarillo, ofrecía inesperados indicios de la vecindad de las ballenas de Groenlandia, especie de leviatán cuya presencia muy pocos habrían barruntado en esas latitudes. Y aunque los marineros por lo común desdeñaban la caza de esas criaturas inferiores y el *Pequod* no había zarpado para perseguirlas —había avistado muchas cerca de las Crozetts sin dignarse arriar un solo bote—, ahora que ya acarreaba un cachalote decapitado se hizo el anuncio, ante la sorpresa general, de que ese día capturarían una ballena común, si se presentaba la oportunidad.

No hubo que esperar mucho. Altos chorros se avistaron a sotavento y dos botes, el de Stubb y el de Flask, bajaron en su busca.

Se alejaron cada vez más, hasta hacerse casi invisibles a los vigías. Pero de repente, a la distancia, vieron un gran cúmulo de agitadas aguas blancas y pronto nos llegó desde las cofas la noticia de que uno de los botes, o ambos, habían hecho presa. Momentos después, vimos claramente que los botes eran arrastrados hacia la nave por la ballena. Tan cerca del casco llegó el monstruo que al principio parecía tener malas intenciones; pero de repente, hundiéndose en un *maelstrom* a tres brazas del *Pequod*, desapareció por completo, como si hubiese querido pasar por debajo de la quilla. «¡Corten, corten!», gritamos desde la nave a los botes que, por un instante, parecieron a punto de aplastarse contra su costado. Pero como aún tenían mucha línea en las cubetas y la ballena no se hundía con demasiada rapidez, soltaron cuerda en abundancia y al mismo tiempo remaron con alma y vida para alejarse de la nave.

Durante unos pocos minutos la lucha fue intensamente crítica, pues mientras la tensa línea los llevaba en una dirección, los remos impulsaban el bote en la dirección opuesta y esas dos tracciones reñidas amenazaban con hacerlos zozobrar. Pero sólo querían ganar unos cuantos pies de ventaja. Y persistieron hasta conseguirlos. Entonces, un súbito temblor corrió como un relámpago bajo la quilla, mientras la tensa línea pasaba raspando bajo la nave y emergía de golpe a proa, con tal chasquido que las gotas de agua cayeron desde ella sobre el mar como pedazos de vidrio, mientras más allá la ballena también reaparecía y los botes tenían de nuevo libertad para correr. Pero el animal, exhausto, disminuyó la velocidad y cambiando ciegamente de rumbo, giró en torno a la nave, por la popa, remolcando ambos botes tras sí, de modo que describieron un círculo completo.

Mientras tanto, los botes recogían cada vez más línea, hasta que estuvieron junto a la ballena. A cada lanzazo de Stubb respondía otro de Flask; así la batalla se desarrolló alrededor del *Pequod*, mientras la multitud de tiburones que antes habían nadado en torno al cuerpo del cachalote se precipitaban hacia la sangre fresca y recién derramada, y bebían ávidos al producirse cada nuevo chorro, como los sedientos israelitas de las nuevas fuentes que manaban de la roca hendida.

Al fin el chorro se espesó y, con una sacudida y un vómito espantoso, la ballena se volvió sobre el lomo, ya muerta.

Mientras los dos guías ataban cuerdas a sus aletas y tomaban todas las demás medidas necesarias para remolcar la masa, empezaron una conversación.

—Me pregunto para qué quiere el viejo este montón de grasa rancia —dijo Stubb, asqueado ante la idea de tener tratos con un leviatán a tal punto innoble.

—¿Para qué la quiere? —dijo Flask, enrollando en la proa del bote un poco de línea sobrante—. ¿Nunca has oído decir que la nave que haya llevado, siquiera una sola vez, una cabeza de cachalote a estribor y una de ballena corriente a babor nunca zozobrará?

—¿Por qué no?

—No lo sé, pero se lo he oído decir a Fedallah, ese fantasma de gutapercha, y parece saberlo todo en materia de brujerías de naves... A veces pienso que sus brujerías no traerán nada bueno para la nuestra... Ese tipo no me gusta nada, Stubb. ¿No has observado que su colmillo parece tallado en una cabeza de serpiente, Stubb?

—¿Que se hunda! Ni siquiera lo miro; pero si llego a tenerlo a tiro en una noche oscura, cerca de las amuradas, sin nadie que me vea... Mira allá, Flask —agregó, señalando hacia el mar con un gesto particular de ambas manos—. ¡Sí, lo haré! Para mí, Flask, ese Fedallah es el diablo disfrazado. ¿Te has creído esa patraña de que estuvo escondido en la bodega? Es el diablo, te digo. ¡Maldito sea! No se le ve la cola porque se la recoge para esconderla. Ahora que pienso, siempre pide estopa para rellenar la punta de sus botas.

—Duerme con las botas puestas, ¿no es cierto? No tiene hamaca. Pero muchas noches lo he visto dormir sobre un rollo de cuerdas.

—Claro, es por su maldita cola; la mete en el centro del rollo.

—¿Para qué lo necesitará el viejo?

—Para hacer un negocio o cerrar un trato, me imagino.

—¿Un trato? ¿Qué clase de trato?

—¿Pero no lo ves? El viejo está enloquecido por la Ballena Blanca y el diablo trata de engatusarlo para quitarle el reloj de plata, o su alma, o algo semejante, a cambio de Moby Dick.

—¡Bah! Stubb, estás bromeando. ¿Cómo puede Fedallah hacer semejante cosa?

—No lo sé, Flask, pero el diablo es un tipo raro, y muy malo, te lo aseguro. Dicen que una vez se hizo una escapada a la vieja nave almirante, moviendo la cola con elegancia y desenvoltura diabólica, y preguntó si el gobernador estaba en casa. Sí, estaba, y preguntó al diablo qué quería. El diablo, moviendo las pezuñas, dice: «Quiero a Juan». «¿Para qué?», pregunta el viejo gobernador. «Qué te importa», dice el diablo, enfureciéndose; «quiero usarlo». «Llévatelo», dice el gobernador. Y por Dios, Flask, si el diablo no enfermó a Juan de cólera-morbo asiático antes de hartarse de él me comeré esta ballena de un solo bocado. Pero presta atención... ¿Todos listos, allí? Bueno, entonces a remar, llevaremos la ballena a la nave.

—Creo que recuerdo una historia como la tuya —dijo Flask, cuando al fin ambas embarcaciones avanzaron lentamente remolcando su carga hacia el *Pequod*—. Pero no sé dónde ocurría.

—¿Los tres españoles? ¿Las aventuras de esos tres feroces soldados? ¿La leíste en ese libro, Flask?

—No; nunca leí ese libro; pero he oído de él. Dime, Stubb, ¿crees que ese diablo de que hablabas es el mismo que, según dices, ahora está a bordo del *Pequod*?

—¿Soy yo el mismo hombre que ayudó a matar esa ballena? ¿El diablo no vive eternamente? ¿Quién oyó decir alguna vez que el diablo estuviera muerto? ¿Has visto a alguien llevando luto por el diablo? Y si el diablo tiene una llave maestra para entrar en la cabina del almirante, ¿no crees que es capaz de deslizarse por un ojo de buey? Respóndeme, señor Flask.

—¿Cuántos años crees que tendrá Fedallah?

—¿Ves ese palo mayor? —dijo Stubb señalando la nave—. Ese es el número uno; ahora toma todos los aros de barril de la bodega del *Pequod* y ponlos en fila junto al mástil para tener los ceros, ¿me entiendes? Bueno, ni siquiera tienes para empezar con la edad de Fedallah. Todos los toneleros de la creación juntos no podrían reunir los aros de barril para los ceros necesarios.

—Pero óyeme, Stubb. Creo que has alardeado un poco, hace un rato, cuando me dijiste que querías dar un empujón a Fedallah, si lo tenías a tiro. Si es tan viejo como

para juntar tantos ceros y vive eternamente, ¿de qué sirve arrojarlo por la borda? Explícamelo.

—Sirve para darle un buen chapuzón.

—Pero volverá.

—Otro chapuzón; y muchos más.

—Y suponte que a él se le meta en la cabeza dártelo a ti, y ahogarte, ¿qué pasará entonces?

—Me gustaría que lo intentara. Le pondría los dos ojos en compota, de modo que no se atrevería a mostrar la facha en la cabina del almirante por un buen tiempo, para no hablar del falso puente donde vive y de los puentes superiores donde siempre anda rondando. ¡Maldito sea el diablo! ¿Crees que le tengo miedo, Flask? Quién le tiene miedo al diablo, salvo el viejo gobernador, que no se atrevió a echarle mano y a ponerle un par de esposas, como se merece, en vez de permitirle andar por ahí, raptando a la gente... Sí, y hasta firmó un pacto según el cual el diablo le asará toda la gente que rapte. ¡Vaya gobernador!

—¿Crees que Fedallah piensa raptar al capitán Ahab?

—¿Si lo creo? Lo sabrás dentro de poco, Flask. Pero desde ahora no le quitaré el ojo de encima. Y si veo que ocurre algo sospechoso, lo tomaré por el cuello y le diré: Cuidado, Belcebú, no hagas esto. Y si mete bulla, por Dios te aseguro que le sacaré la cola del bolsillo, la llevaré al cabrestante y le daré tantas vueltas y tirones que se la arrancaré de las asentaderas, ¿me entiendes? Y cuando se vea con un muñón en vez de cola, se escabullirá sin tener siquiera la triste satisfacción de sentir la cola entre las piernas.

—¿Y qué harás con la cola, Stubb?

—¿Qué haré? La venderé como látigo para bueyes, cuando regresemos, ¿qué otra cosa puedo hacer con ella?

—Pero... ¿es en serio todo lo que dices y has venido diciendo, Stubb?

—En serio o no, hemos llegado a la nave.

Desde el *Pequod* gritaron a los botes que remolcaran la ballena hacia el lado de babor, donde ya estaban preparadas las cadenas y todo lo necesario para amarrarla.

—¿No te lo he dicho? —dijo Flask—. Sí, pronto verás la cabeza de esta ballena haciendo juego con la del cachalote.

Poco después, el anuncio de Flask se probó cierto. Así como antes el *Pequod* se había inclinado abruptamente sobre la cabeza del cachalote, ahora, gracias al contrapeso de ambas cabezas, se enderezó sobre la quilla, aunque soportando un peso tremendo, pueden ustedes creerme. Del mismo modo, cuando ustedes izan a un lado la cabeza de Locke, se inclinan hacia ese lado; entonces levantan del otro lado la cabeza de Kant y recobran el aplomo, pero en qué estado tan penoso... Muchos

espíritus, así, están siempre equilibrando su bote. ¡Pobres necios! ¡Arrojen ustedes al mar todas esas cabezotas y flotarán leves y erguidos!

Para disponer del cuerpo de una ballena remolcada hasta una nave se sigue el mismo procedimiento que para el cuerpo de un cachalote, sólo que en el caso de este último se corta la cabeza entera, mientras que en el primero se sacan los labios y la lengua separadamente y se alzan a cubierta, junto con el bien conocido hueso negro unido a esas partes, que recibe el nombre de «corona». Pero nada de eso se hizo en esta ocasión. Los cuerpos de ambos leviatanes quedaron atrás y la nave con las dos cabezas amarradas adquirió el aspecto de una mula cargada con un par de pesadas cestas.

Mientras tanto, Fedallah contemplaba tranquilamente la cabeza de la ballena de Groenlandia, y de cuando en cuando desviaba los ojos de las profundas arrugas de esa cabeza a las líneas de su mano. Por casualidad, Ahab se había parado de tal modo que el parsi cubría su sombra, mientras la sombra del parsi, si la tenía, parecía fundirse con la de Ahab y alargarla. Mientras trabajaba, la tripulación intercambiaba conjeturas fantásticas sobre todo lo que sucedía.

LXXIV. LA CABEZA DEL CACHALOTE; ESTUDIO COMPARATIVO

He aquí, pues, dos grandes ballenas que juntan sus cabezas: acerquémonos y juntemos las nuestras.

En el gran orden de los leviatanes en folio, el Cachalote y la Ballena de Groenlandia son, sin rivales, los más notables. Son las únicas ballenas que el hombre caza con regularidad. Para el habitante de Nantucket, representan los dos extremos de todas las variedades de ballena conocida. Como su diferencia externa está principalmente en la cabeza, y puesto que en estos momentos cuelga la cabeza de cada una de ellas a cada lado del *Pequod* y podemos ir de la una a la otra sin más esfuerzo que el de cruzar la cubierta, me pregunto dónde encontrarán ustedes oportunidad mejor que ésta para estudiar prácticamente la cetología.

En primer término, el contraste general entre ambas cabezas es muy impresionante. Las dos son macizas, por cierto; pero hay en la cabeza del cachalote cierta simetría matemática que, por desgracia, falta en la otra. La cabeza del cachalote tiene más carácter. Al contemplarla se advierte involuntariamente su inmensa superioridad en cuanto a dignidad se refiere. En la presente ocasión, esa dignidad está realzada por el color pimienta y sal que la cabeza tiene en su cima, indicio de edad avanzada y gran experiencia. En suma, esta es la que los cazadores llaman técnicamente «una ballena de cabeza gris».

Observemos ahora lo que es menos diferente entre estas cabezas, es decir, los dos órganos más importantes: los ojos y las orejas. Muy hacia atrás, en los costados de la cabeza, y muy abajo, podrán ustedes descubrir, si buscan con atención, unos ojos sin pestañas que podrían tomarse por los de un potrillo: tan fuera de proporción están con el tamaño de la cabeza.

Esta peculiar disposición lateral de los ojos de la ballena explica que nunca pueda ver un objeto situado frente a ella ni tampoco otro que esté situado detrás. En una palabra, la ubicación de los ojos de una ballena corresponde a la de las orejas de un hombre: y pueden ustedes imaginar cómo verían el mundo si debieran mirar los objetos a través de las orejas: comprobarían que sólo podrían dominar un campo de

visión de unos treinta grados a cada lado de la línea recta que nace de ese ojo lateral. Si el peor enemigo avanzara de frente hacia ustedes levantando un puñal a la luz del sol, no podrían verlo más que si se les acercara desde atrás. En una palabra, tendrían ustedes dos espaldas, por así decirlo; pero también dos frentes (frentes laterales), pues ¿en qué consiste en verdad la frente de un hombre, sino en sus ojos?

Además, mientras en casi todos los demás animales que ahora recuerdo los ojos están colocados de tal modo que funden imperceptiblemente su facultad visual y transmiten una sola imagen al cerebro, la peculiar posición de los ojos en la ballena — separados por muchos pies cúbicos de sólida cabeza, que surge entre ambos como una montaña entre dos lagos— no puede sino separar por completo las impresiones que suministra cada órgano independiente. Por consiguiente, la ballena ve una imagen de un lado y otra distinta del otro, mientras que en el medio todo es para ella tiniebla y vacío. En efecto, puede decirse que el hombre mira el mundo desde una garita que tiene por ventana dos marcos unidos. Pero en la ballena, los dos marcos están montados separadamente y forman dos ventanas distintas que limitan mucho la visión. Esta peculiaridad de los ojos de la ballena es cosa que ha de tenerse presente durante la caza y que el lector deberá recordar para entender algunas de las escenas que seguirán.

A propósito de la vista del leviatán podría plantearse un problema curioso y muy desconcertante. Pero debo contentarme con aludirlo al pasar. Cuando los ojos de un hombre están abiertos a la luz, el acto de ver es involuntario; es decir, no puede sino ver mecánicamente los objetos que están frente a él. Sin embargo, la experiencia nos enseña que si bien podemos obtener una visión panorámica de las cosas con una sola mirada, es absolutamente imposible examinar con atención y en todos sus detalles dos cosas —por grandes o pequeñas que sean— al mismo tiempo: poco importa que estén juntas y se rocen. Pero si separan ustedes esos dos objetos y rodean cada uno de un círculo de profunda oscuridad, para ver sólo uno de ellos concentrando en él la mente, es preciso que el otro se excluya, en ese momento, de la conciencia. ¿Qué hace la ballena? Sin duda ambos ojos deben ver al mismo tiempo; pero ¿su mente será tanto más comprensiva, combinatoria y sutil que la mente humana, que pueda examinar con atención y simultáneamente dos perspectivas diferentes, en direcciones diametralmente opuestas? Si lo puede, hay en ella algo tan maravilloso como lo habría en un hombre que pudiera seguir simultáneamente la demostración de dos teoremas de Euclides. Y si lo pensamos bien, esta comparación no es en modo alguno incongruente.

Quizá sea vana fantasía, pero siempre me ha parecido que la extraordinaria duplicidad de movimientos de que algunas ballenas dan prueba cuando las persiguen tres o cuatro botes, y la timidez, la propensión a temores extraños tan común en estas

ballenas, se debe indirectamente a la fatal indecisión que deben crearles sus medios de visión separados y opuestos.

Las orejas de la ballena son tan curiosas como sus ojos. Si ustedes ignoran por completo lo relativo a esta especie, pueden buscar ese órgano en las dos cabezas durante horas sin encontrarlo. La oreja no tiene lóbulo exterior, y en su agujero sería muy difícil introducir una pluma: tan diminuto es. Está colocado un poco detrás del ojo. Con respecto a las orejas, ha de observarse una diferencia importante entre el cachalote y la ballena de Groenlandia. Mientras la oreja del primero tiene una abertura externa, la de la última está enteramente, uniformemente, cubierta por una membrana que la hace invisible.

¿No es extraño que un ser tan enorme como la ballena vea el mundo a través de ojos tan pequeños y oiga el trueno mediante orejas más pequeñas que las de la liebre? Pero si sus ojos fueran tan grandes como la lente del vasto telescopio de Herschel, y sus orejas tan amplias como el pórtico de las catedrales, ¿su vista sería acaso más capaz y su oído más agudo? En modo alguno. ¿Por qué, entonces, procuran ustedes «ampliar» sus facultades mentales? Mejor es utilizarlas.

Ahora volvamos la cabeza del cachalote, mediante cualquier palanca o máquina de vapor que tengamos a mano, de manera que su parte inferior quede expuesta. Después subamos por medio de una escala hacia la punta y echemos una mirada a la boca. Y si no estuviera separada de su cuerpo, con una linterna podríamos bajar hasta esa gran Cueva del Mammuth de Kentucky que es su estómago. Pero tomémonos de este diente y observemos el lugar donde estamos. ¡Qué boca tan hermosa, tan pura! Del techo al piso está forrada, o más bien tapizada, con una luminosa membrana blanca, brillante como el satén de las novias.

Pero salgamos y miremos esta mandíbula prodigiosa que parece la larga y estrecha tapa de una caja de rapé, con el gonce en un extremo, en vez de a un lado. Si la abrimos de manera que sobrepase la cabeza y exhiba sus dientes, parece un terrible rastrillo: y lo es, por desgracia, para muchos desdichados cazadores sobre los cuales caen esas escarpas con fuerza suficiente como para empalarlos. Pero es mucho más espantoso ver a una lóbrega ballena, a muchas brazas bajo la superficie, flotando como suspendida, con la prodigiosa mandíbula, de unos quince pies de largo, pendiendo en ángulo recto con su cuerpo, semejante al botolón de una nave. La ballena no está muerta; sólo está decaída, quizás enferma, hipocondríaca y tan inerte que los gonces de la mandíbula se han relajado dejándola en esa desgarrada actitud, reproche vivo para toda su tribu que, sin duda, le vaticina el tétano.

En muchos casos un artista experimentado desquicia esta mandíbula inferior, que entonces es izada a la cubierta para que los marineros le arranquen los dientes de marfil y obtengan una provisión de ese duro hueso de ballena con que los pescadores

fabrican toda clase de objetos curiosos, incluso bastones, mangos de paraguas y de fustas.

Mediante un esfuerzo largo y agotador la mandíbula es izada a bordo, como un ancla; y cuando llega el momento oportuno —pocos días después de las demás faenas—, Queequeg, Dagoo y Tashtego, todos dentistas consumados, le arrancan los dientes. Con una larga pala de descuartizar cortan las encías; después, atan la mandíbula a los cáncamos y mediante un aparejo arrancan los dientes, como los bueyes de Michigan arrancan troncos de robles viejos en los bosques silvestres. En general, la mandíbula tiene cuarenta y dos dientes; en las ballenas viejas, muchos están gastados, pero sanos, sin emplomaduras, según nuestra artificiosa costumbre. Después sierran la quijada en lajas que apilan como vigas para la construcción de una casa.

LXXV. LA CABEZA DE LA BALLENA DE GROENLANDIA; ESTUDIO COMPARATIVO

Crucemos la cubierta y miremos con atención la cabeza de la ballena de Groenlandia.

Así como la noble cabeza del cachalote puede compararse con un carro romano (especialmente de frente, a causa de sus bordes redondeados), en líneas generales la cabeza de la ballena tiene un parecido muy poco elegante con un zapato gigantesco que tuviera una proa de galeón por puntera. Hace doscientos años, un antiguo viajero holandés comparó su forma con la de una horma de zapatero. En esta horma o zapato, la viejecita del cuento infantil podría alojarse cómodamente con toda su progenie.

Pero cuando nos acercamos a esta enorme cabeza, comienza a adquirir aspectos diferentes, según nuestro punto de vista. Si nos paramos en la punta y miramos los dos espiráculos en forma de *f*, casi diríamos que la cabeza toda es un enorme violonchelo, y los espiráculos, las aberturas de su caja armónica. Y si fijamos los ojos en esa extraña incrustación crestada, en forma de peine, que tiene en la cima de su masa —una cosa verde, cubierta de cirrípedos, que los groenlandeses llaman «corona» y los balleneros australes «gorro» de la ballena de Groenlandia—, si observamos sólo esa parte, la cabeza nos parecerá el tronco de un enorme roble con un nido en su horqueta. De todos modos, cuando examinamos los crustáceos vivos que anidan en ese gorro, es casi seguro que esa idea nos pasará por la mente; a menos que nuestra fantasía se haya dejado influir por el término técnico «corona»: en ese caso, será muy interesante pensar que este poderoso monstruo es, en verdad, un rey del mar con diadema, cuya verde corona ha sido compuesta para él de ese modo maravilloso. Pero si esta ballena es un rey, tiene el aire de un individuo demasiado lúgubre para llevar con gracia una diadema. ¡Miren esa mandíbula colgante! ¡Cuánta tristeza, cuánto odio hay en ella! Un odio que, medido con un metro de carpintero, tendría unos veinte pies de largo y unos cinco de profundidad; un odio que suministra quinientos galones de aceite y aun más.

Lástima grande que esta desdichada ballena tenga labio leporino. La fisura mide casi un pie de ancho. Quizá su madre, durante un período importante de la gestación, navegara en aguas del Perú cuando un terremoto hendió la playa. Desde este labio, como desde un umbral resbaloso, nos deslizamos al interior de la boca. Les doy mi

palabra: si fuera Mackinaw, diría que estoy dentro de una tienda india. ¡Dios santo! ¿Éste es el camino por donde pasó Jonás? El techo está a unos doce pies de altura y se inclina en un ángulo muy agudo, como sostenido por una parhilera; los lados acostillados, arqueados, vellosos, nos presentan esas barbas asombrosas, semiverticales, en forma de cimitarra —unas trescientas a cada lado— que cuelgan de la parte superior de la cabeza o hueso de la «corona» y forman esas persianas que ya hemos mencionado en otra parte. Los bordes de esos huesos tienen fibras pilosas mediante las cuales la ballena alela el agua y retiene los peces pequeños, cuando avanza con la boca abierta por los mares del *brit* en busca de alimento. En las persianas de hueso centrales, tal como están dispuestas en su orden natural, hay unas extrañas marcas (curvas, huecos, crestas) que sirven a algunos balleneros para calcular la edad del animal, como se calcula la edad de un roble por sus anillos circulares. Aunque la exactitud de este procedimiento es discutible, tiene, por analogía, el sabor de lo probable. De todos modos, si lo aceptamos debemos atribuir a la ballena una edad mucho mayor de la que a primera vista parece razonable.

En otros tiempos corrían las leyendas más curiosas acerca de esas persianas. Un viajero de Purchas las llama los «maravillosos bigotes» del interior de la boca de la ballena; otro, «cerdas de puerco»; un tercero, un viejo caballero de Hackluyt, emplea este elegante lenguaje: «Unas doscientas cincuenta espinas crecen a cada lado de su *mandíbula* superior y se arquean sobre la lengua, enmarcando la boca».

Como todos saben, estas mismas «cerdas de puerco», «espinas», «patillas», «persianas», o como quiera llamárselas, suministran a las damas sus ballenas de corsé y otros ardides para apuntalarlas. Pero hace mucho que ha disminuido la demanda de este artículo. El hueso tuvo su momento de gloria en tiempos de la reina Ana, cuando el guardainfante estaba en su apogeo. Y así como esas antiguas damas se movían alegres, por así decirlo, entre las fauces de la ballena, en nuestros días corremos con la misma indiferencia hacia las mismas mandíbulas en busca de protección cuando llueve: el paraguas es una tienda sostenida por los mismos huesos.

Pero olvidémonos por un momento de persianas y bigotes y, parados en la boca de la ballena, miremos de nuevo a nuestro alrededor. Al ver esas columnas de hueso tan metódicamente dispuestas, ¿no piensan ustedes que están dentro del gran órgano de Harlem, contemplando sus millares de tubos? Como alfombra para el órgano tenemos un tapiz turco de los más mullidos: la lengua, pegada al suelo de la boca. Es muy grasosa y tierna, y se desgarrar muy fácilmente cuando se la sube a bordo. Esta lengua está ahora frente a nosotros; a primera vista yo diría que es una «seis barriles», es decir, que rendirá esa cantidad de aceite.

Ahora ya habrán visto ustedes con claridad la diferencia a que me he referido al comienzo de este capítulo entre la cabeza del cachalote y la de la ballena de Groenlandia.

Para resumir: en la cabeza de la ballena de Groenlandia no hay demasiada esperma; no tiene dientes de marfil; carece de hueso mandibular largo y flexible como el cachalote. Por su parte, el cachalote no tiene esas persianas de hueso; ni un enorme labio inferior; ni casi lengua. Además, la ballena tiene dos espiráculos externos, y el cachalote sólo uno.

Miremos por última vez estas venerables cabezas colgadas una junto a otra. Porque una de ellas se hundirá sin dejar rastros, y la otra no tardará en seguirla.

La expresión de la cabeza del cachalote es la misma que tenía cuando murió, aunque algunas de las arrugas más largas de la frente parecen haberse borrado. Encuentro que esa amplia frente tiene una placidez de pradera, nacida de una filosófica indiferencia ante la muerte. Pero observen la expresión de la otra cabeza. ¿Ven ustedes ese prodigioso labio inferior, oprimido por accidente contra el costado de la nave como para ceñir con firmeza la mandíbula? ¿Esta cabeza no trasunta una firme resolución al enfrentar la muerte? Pienso que esta ballena de Groenlandia era un estoico; y el cachalote un platónico, quizá dedicado a Spinoza en los últimos años de su vida.

LXXVI. EL ARIETE

Antes de dejar, por ahora, la cabeza del cachalote, quisiera que ustedes, como fisiólogos concienzudos, observaran en particular la frente, en todo su compacto recogimiento. Quisiera que la examinaran con el único fin de hacerse una idea justa e inteligente de la fuerza que puede desarrollar esa especie de ariete. Éste es un punto esencial: o se convencen de esto satisfactoriamente, o permanecerán para siempre incrédulos ante uno de los sucesos más terribles, y sin embargo más genuinos, que hayan recogido los anales del mundo.

Observarán ustedes que cuando nada, la frente del cachalote es casi perpendicular a la superficie del agua; observarán que la parte inferior de esa frente retrocede considerablemente, como para ofrecer algo más que un refugio al largo hueco que recibe la mandíbula inferior, semejante a un botalón; observarán que la boca está enteramente bajo la cabeza, como les ocurriría a ustedes mismos si tuvieran la boca debajo del mentón. Observarán, además, que la ballena no tiene nariz externa; y lo que en ella hace las veces de nariz —el espiráculo— está en la punta de la cabeza; observarán que sus ojos y orejas están a cada lado de la cabeza, casi a un tercio de la longitud del cuerpo, partiendo de la frente. Ahora han de haber advertido que la frente del cachalote es un muro ciego y muerto, sin un solo órgano ni prominencia delicada. También deben tener en cuenta que sólo en la parte extrema e inferior de la frente huidiza hay un vestigio de huesos; y antes de penetrar casi veinte pies dentro de la frente no podrán encontrar el pleno desarrollo craneano. De modo que esa enorme masa sin huesos es una especie de acolchado. Y como pronto lo verán, su contenido está formado en parte por el aceite más fino. Sepan ahora cuál es la índole de la sustancia que reviste tan inexpugnablemente todo ese aparente afeminamiento. Ya he descrito el modo en que la grasa envuelve el cuerpo de la ballena, como la cáscara recubre una naranja. Pero con esta diferencia: en torno a la cabeza, esta envoltura (aunque menos espesa) es de una dureza elástica inconcebible para quien no la haya tenido entre manos. El más agudo arpón, la lanza más afilada arrojada por el brazo

humano más fuerte rebotan impotentes contra ella. Es como si la frente del cachalote estuviera pavimentada con cascos de caballo. No creo que tenga ninguna sensibilidad.

Piensen también en otra cosa. ¿Qué hacen los marineros cuando dos pesados cargueros de las Indias se acercan uno a otro y amenazan con aplastarse en un muelle? No cuelgan entre ellos, en el lugar donde se producirá el choque, una sustancia dura como el hierro o la madera. No; ponen un acolchado, grande y redondo, de estopa y corcho, envuelto en el cuero de buey más espeso y resistente. El acolchado recibe, sin temor ni daño, el golpe que habría hecho saltar todos los espeques de roble y las barras de hierro. Esto aclara por sí solo el hecho obvio a que quiero llegar. Pero además he pensado, a modo de hipótesis, que como los peces corrientes poseen lo que se llama una vejiga natatoria capaz de dilatarse o contraerse a su antojo, y el cachalote no tiene (que yo sepa) tal elemento; considerando, además, el modo —sólo explicable por la suposición que aventuraré— con que unas veces hunde totalmente la cabeza bajo la superficie y otras la mantiene muy elevada fuera del agua; y teniendo en cuenta la ilimitada elasticidad de la envoltura y el interior —único en su especie— de esa cabeza, se me ha ocurrido, repito, a modo de hipótesis, que esos misteriosos alvéolos contenidos en esa suerte de pulmón pueden tener alguna comunicación hasta ahora ignorada con el aire exterior, de modo que sean susceptibles de distensión y contracción atmosférica. Si así es, imaginen ustedes la fuerza irresistible de la ballena, a la cual contribuye el más impalpable y destructible de todos los elementos.

Y ahora, atiendan bien. Al impulsar irresistiblemente ese muro inanimado, inexpugnable, invulnerable, y la materia flotante que encierra, la ballena arrastra toda una masa formidable de vida que sólo puede calcularse como se calcula la leña apilada, mediante una cuerda. Y todo obedece a una sola voluntad, como en el insecto más ínfimo. De modo que, en adelante, cuando les describa en detalle todas las singularidades, todas las concentraciones de poder que se ocultan por doquier en este monstruo desmesurado, cuando les muestre algunos de los portentos menos sorprendentes de su cerebro, confío en que ya habrán renunciado a toda ignorante incredulidad y estarán dispuestos a aceptarlo todo. Y espero que si les digo que el cachalote se abre un pasaje a través del istmo de Darién y mezcla el Atlántico con el Pacífico, ni siquiera levantarán una ceja. Porque mientras desconozcan a la ballena, no serán más que unos provincianos sensibleros de la Verdad. Pero la Verdad genuina es algo que sólo las salamandras gigantes pueden arrostrar: ¿qué posibilidad tienen, entonces, los provincianos? ¿Qué le ocurrió a ese frágil muchacho que levantó el velo de la temible diosa de Lais?

LXXVII. EL GRAN TONEL DE HEIDELBERG

Ahora llega el momento del vaciado de la caja. Pero para comprenderlo bien, deben saber algo acerca de la curiosa estructura interna del objeto sobre el cual trabajaremos.

Si consideramos la cabeza de la ballena como un sólido de forma oblonga, podemos dividirlo, mediante un corte lateral sobre un plano inclinado, en dos cuñas: la inferior es la estructura ósea, que forma el cráneo y las mandíbulas; la superior, una masa untuosa libre de huesos. La ancha base de la cuña forma la frente, que se expande en forma vertical. En mitad de la frente, subdividamos horizontalmente la cuña superior y obtendremos dos partes casi iguales, ya divididas por la naturaleza mediante una pared interna de espesa sustancia tendinosa.

La subdivisión inferior, llamada *junco*, es un inmenso panal de aceite, formado por diez mil células interpenetradas de duras fibras elásticas blancas. La parte superior, conocida con el nombre de *caja*, puede considerarse como el gran Tonel de Heidelberg del cachalote. Y así como aquel famoso barril tenía la parte delantera cubierta de incisiones misteriosas, la vasta frente arrugada de la ballena forma innumerables diseños extraños que sirven como ornamentos emblemáticos para su maravilloso tonel. Además, así como el de Heidelberg estaba siempre lleno de los más excelentes vinos de los valles renanos, el tonel de la ballena contiene el más precioso aceite de todas sus vendimias: es valioso esperma, en estado absolutamente puro, límpido y odorífero. Esta inestimable sustancia no se encuentra sin mezcla en ninguna otra parte del animal. Aunque es perfectamente líquida mientras la ballena está viva, después de expuesta al aire, muerto el animal, se solidifica enseguida y forma hermosos ramales cristalinos, como la primera y delicada capa de sutil hielo que se forma en el agua. La «caja» de una ballena grande por lo común suministra unos quinientos galones de esperma, aunque por circunstancias inevitables buena parte de él se derrama, gotea, desborda o se pierde irremisiblemente de cualquier otra manera durante la ardua tarea de extraerlo.

No sé de qué exquisito y costoso material estaba revestida la parte interior del Tonel de Heidelberg; pero ese revestimiento no podría superar en riqueza a la sedosa membrana color de perla —semejante al forro de una piel valiosa— que forma la superficie interior de la «caja» del cachalote.

Ya hemos visto que el Tonel de Heidelberg del cachalote abarca toda la longitud de la cima de su cabeza; y puesto que —como ya lo hemos dicho— la cabeza mide un tercio del largo del animal, si calculan ustedes que ese largo es de unos ochenta pies en una ballena de tamaño regular, obtendrán más de veintiséis pies como medida de la profundidad del tonel, cuando lo alzan a un costado de la nave.

Cuando se decapita la ballena, el instrumento de quien hace la operación se hunde muy cerca del lugar donde, después, se abrirá una entrada al depósito de esperma; por lo tanto, hay que poner muchísima atención para que un corte descuidado e intempestivo no invada el santuario y deje que se pierda su inapreciable contenido. Ese extremo seccionado de la cabeza es el que al fin se eleva del agua y se sostiene mediante los enormes aparejos cuyas innumerables cuerdas forman, en esa parte de la nave, una maraña de cáñamo.

Dicho todo esto, les ruego que presten atención a la operación maravillosa y casi fatal, en este caso, operación mediante la cual se vacía el gran Tonel de Heidelberg del cachalote.

LXXVIII. CISTERNA Y BALDES

Ágil como un gato, Tashtego trepa por las jarcias y, siempre de pie, corre sobre la verga mayor, que se proyecta exactamente sobre el Tonel colgado. Lleva consigo un liviano aparejo compuesto sólo de dos partes que pasan por una roldana simple. Asegurando la polea de manera que cuelgue de la verga, arroja una punta de la cuerda a un marinero en cubierta, que la atrapa y la sostiene con firmeza. Entonces, mano sobre mano, el indio se desliza en el aire por la otra parte de la cuerda hasta que se posa diestramente en la cima de la cabeza. Allí —aún muy arriba del resto de la tripulación, a la que dirige animados gritos— parece un almuédano turco que llama a la oración a la gente de bien desde una torre. Le tienden una filosa pala de mango corto y entonces empieza a buscar, cuidadosamente, el mejor lugar para abrirse paso hacia el Tonel. Procede con mucha cautela, como quien va en busca de un tesoro en una antigua mansión, tanteando las paredes para descubrir dónde está oculto el oro. Cuando ha terminado su cautelosa busca, amarran al extremo de la cuerda un macizo balde con aros de hierro, igual a un balde de pozo. Dos o tres marineros bien despiertos sostienen el otro extremo de la cuerda o látigo, que atraviesa la cubierta. Estos marineros alzan el balde hasta el indio, a quien otro hombre ha alcanzado una larga pértiga. Insertándola en el balde, Tashtego lo va guiando hacia el Tonel, hasta que desaparece por completo. Después da la señal a los marineros que sostienen el látigo y el balde reaparece, espumoso como un jarro de leche fresca. Los hombres bajan cuidadosamente el balde desbordante y lo recibe un marinero que lo aguarda para arrojar su contenido en un amplio barril. Después el balde vuelve a subir y la operación entera se repite hasta que la profunda cisterna está desagotada. Tashtego debe meter la larga pértiga cada vez con más fuerza y a más profundidad en el Tonel, hasta una profundidad de veinte pies.

Los hombres del *Pequod* habían trasvasado el líquido de este modo durante cierto tiempo y ya habían llenado varios barriles con el fragante esperma, cuando de pronto ocurrió un extraño accidente. Acaso fue porque Tashtego, ese indio salvaje, fue tan descuidado y temerario que soltó la mano con que se aferraba a los grandes cables

del aparejo del cual colgaba la cabeza; o bien porque la verga en que estaba parado era muy traidora y resbaladiza; o bien porque el Maligno en persona quiso que las cosas fueran así, sin explicar sus motivos: cómo ocurrió, exactamente, nadie podrá decirlo ahora, pero lo cierto es que súbitamente, cuando el octogésimo o nonagésimo balde subía burbujeando, ¡Dios mío, pobre Tashtego!, como el balde gemelo que baja en un pozo, el indio cayó cabeza abajo en ese enorme Tonel de Heidelberg y con un horrible gorgoteo de aceite desapareció por completo.

—¡Hombre al agua! —gritó Dagoo, el primero en volver en sí en medio de la consternación general—. ¡Envíen el balde hacia aquí! —Luego metió un pie en él, a fin de asirse mejor del resbaladizo látigo, y los hombres lo izaron hasta la cima de la cabeza casi antes de que Tashtego llegara al fondo. Mientras tanto, se produjo una terrible batahola. Mirando por encima de la borda, los hombres vieron la cabeza, hasta entonces sin vida, que palpitaba y oscilaba justo sobre el agua, como si en ese instante se le hubiera cruzado una idea de suma importancia: pero era sólo el pobre indio que con esos movimientos desesperados revelaba la peligrosa profundidad en que se había hundido.

En ese momento, mientras Dagoo, en la cima de la cabeza, desenredaba el látigo trabado en los grandes aparejos, se oyó un chasquido y ante el inexpresable horror de todos, uno de los enormes ganchos que sostenían la cabeza se soltó: con una vibración terrible la enorme masa cayó a un lado, mientras la nave borracha oscilaba y se sacudía como embestida por un témpano. El gancho restante, que ahora hacía todo el esfuerzo, parecía a punto de ceder en cualquier instante, sobre todo por los violentos movimientos de la cabeza.

—¡Baja, baja! —gritaron los marineros a Dagoo.

Pero asido con una mano a los pesados aparejos, de manera que si la cabeza caía él permanecería colgado, el negro desenredó del todo el látigo y hundió el balde en el pozo desplomado, para que el arponero sumergido pudiera tomarlo y ser izado desde allí.

—En nombre del cielo, hombre —gritó Stubb—. ¿Es que estás metiendo un cartucho en un fusil? ¡Deja eso! ¿Cómo quieres ayudarlo, arrojándole ese balde de hierro en la cabeza? ¡Déjalo, te digo!

—¡Cuidado con el aparejo! —gritó una voz que resonó como el estallido de un cohete.

Casi en el mismo instante, con un ruido de trueno, la enorme masa cayó al mar, como la meseta rocosa del Niágara en el torbellino. El casco de la nave, súbitamente liberado, osciló hasta mostrar su brillante revestimiento de cobre y todos contuvieron el aliento al ver confusamente, a través de una espesa niebla de espuma, a Dagoo que oscilaba ya sobre sus cabezas, ya sobre el agua, asido del péndulo del aparejo mientras el pobre Tashtego, enterrado vivo, se hundía en el fondo del mar. Pero no

bien se disipó el vapor enceguecedor, se vio durante un instante una figura desnuda con una espada de abordaje en la mano, de pie sobre la amurada. Enseguida un violento chapuzón nos anunció que mi valiente Queequeg se había arrojado al mar. Todos nos agrupamos junto a la borda; cada hombre contó cada ola, mientras los segundos sucedían a los segundos sin que se vieran indicios del sumergido ni de su salvador. Algunos saltaron a un bote y se alejaron un poco de la nave.

—¡Ah, ah! —gritó de repente Dagoo, desde su alta pértiga, ahora inmóvil.

Miramos más lejos y vimos un brazo que surgía de las olas azules: cosa tan extraña de ver como un brazo asomando entre la hierba de una tumba.

—¡Los dos, los dos! ¡Son los dos! —gritó Dagoo jubilosamente.

Poco después vimos a Queequeg que nadaba vigorosamente con un solo brazo, mientras con la otra mano tenía asido el largo pelo del indio. El bote los recogió y ambos fueron depositados rápidamente en cubierta. Tashtego tardó mucho en volver en sí, y Queequeg no parecía muy animado.

¿Cómo pudo lograrse este noble salvataje? Nadando tras la cabeza, que se hundía lentamente, Queequeg hizo unos tajos con su afilada espada para abrir en ella un gran agujero; después, abandonando la espada, metió su largo brazo hasta aferrar al pobre Tash por la cabeza. Afirmó que en la primera exploración encontró una pierna. Pero sabiendo que eso no era lo normal y podía ocasionar grandes dificultades, rechazó la pierna y mediante un hábil empujón hizo dar un salto mortal al indio de modo que, al segundo intento, el prisionero salió según la vieja, buena manera: con la cabeza adelante. En cuanto a la enorme cabeza del cachalote, se comportó del mejor modo imaginable.

Así, gracias al coraje y a la gran destreza de Queequeg para la obstetricia, la liberación o, más bien, el alumbramiento de Tashtego se cumplió con el mejor éxito, a pesar de los tremendos obstáculos, en las garras mismas de la muerte: una lección que no debe olvidarse. La obstetricia debería enseñarse en un mismo curso junto con la esgrima, el pugilato, la equitación y el remo.

Sé que esta extraña aventura parecerá increíble a algunos hombres de tierra firme, aunque hayan presenciado o visto en tierra el caso de alguien caído en una cisterna: accidente que ocurre con frecuencia y con menos motivos que el del indio, si pensamos en lo resbaladizo que es el borde del pozo de cachalote.

Pero acaso alguien me pregunte sagazmente cómo es posible que sucediera esto. Creíamos que la cabeza porosa y alveolada del cachalote era la parte más leve y flotante de su cuerpo, y ahora nos dices que se hundió en un elemento de peso específico mucho mayor. Te hemos atrapado... Nada de eso: al contrario. Pues cuando el pobre Tash cayó en la caja, ya estaba casi vaciada de su contenido más leve y sólo quedaba la densa pared tendinosa del pozo, sustancia soldada y forjada, mucho más pesada como ya he dicho, que el agua de mar, en la cual se hunde como si fuera de

plomo. Pero esa tendencia a hundirse rápidamente estaba equilibrada en este caso por otras partes de la cabeza aún unidas a ella, de modo que se sumergió con mucha lentitud, casi deliberadamente, dando a Queequeg una buena oportunidad para practicar su ágil obstetricia a la carrera, por así decirlo. Sí, fue un alumbramiento a la carrera: eso fue.

Ahora bien, si Tashtego hubiese muerto en esa cabeza, la suya habría sido una muerte carísima: asfixiado en el más blanco, el más refinado, el más fragante esperma; puesto en un ataúd y sepultado en la secreta cámara interior, el sanctasantórum de la ballena. Sólo es posible recordar un fin más dulce: la deliciosa muerte de aquel hombre de Ohio que, buscando miel en un árbol hueco, encontró tal cantidad que, al inclinarse demasiado sobre ella fue absorbido y murió embalsamado. ¿Cuántos creen ustedes que fueron los que cayeron así en la meliflua cabeza de Platón y murieron dulcemente en ella?

LXXVIX. LA PRADERA

Examinar las líneas de la cara o tantear las combas de la cabeza de estos leviatanes es empresa que ningún fisónomo o frenólogo ha intentado hasta ahora. Semejante tarea sería tan proficua como lo fue para Lavater examinar las rugosidades del Peñón de Gibraltar, o para Gall escalar y manipular la cúpula del Panteón. Sin embargo, en su famosa obra Lavater no sólo se ocupa de los diversos rostros de los hombres, sino que además estudia con atención las caras de los caballos, los pájaros, las serpientes y los peces, y se detiene en detalles sobre sus cambios de expresión. Por su lado, Gall y su discípulo Spurzheim no dejaron de apuntar algunas alusiones a los rasgos frenológicos de seres distintos del hombre. Por lo tanto, aunque no tengo títulos para ser el primero en aplicar los principios de estas dos semiciencias a la ballena, lo intentaré. Yo me atrevo a todo, y consigo lo que puedo.

Fisionómicamente considerada, el cachalote es una criatura anómala. No tiene verdadera nariz. Y puesto que la nariz es el rasgo central y el más conspicuo entre todos (y quizá sea el que modifica y, más aún, domina su expresión combinada), podría deducirse que su total ausencia como apéndice exterior afecta mucho el aspecto de la ballena. Pues así como un chapitel, una cúpula, un monumento o una torre de cualquier clase se consideran indispensables para que un paisaje esté completo, ningún rostro puede ser fisionómicamente armónico sin ese alto campanario abierto que es la nariz. Rompan ustedes la nariz del Júpiter de mármol de Fidias: ¡qué triste ruina les queda! Pero el leviatán es de un tamaño tan poderoso y sus proporciones son tan nobles que la misma deficiencia que sería horrible en el Júpiter esculpido no significa en él defecto alguno. Al contrario, es una grandeza más. Una nariz sería impertinente en la cara de una ballena. Durante nuestro viaje fisionómico, mientras recorremos en una canoa su vasta cabeza, la tentación de tirarle de la nariz no turba nuestros nobles pensamientos. Maldito antojo éste, que puede dársenos aun cuando contemplamos al más poderoso de los reyes sentado en su trono.

En muchos sentidos, quizá la vista más imponente que podemos tener del cachalote es la que ofrece su cabeza observada de frente. Esta imagen es sublime.

Una hermosa frente humana que piensa es como el Oriente cuando lo arrebató la mañana. En la paz de la pradera, la frente rizada del toro tiene algo de grandioso. La frente del elefante es majestuosa cuando empuja pesados cañones por los desfiladeros. Humana o animal, una frente mística es como aquel gran sello de oro que los emperadores germanos ponían en sus decretos. Significa: «Dios; hecho hoy por mi mano». Pero en muchos seres, inclusive en el propio hombre, la frente es con frecuencia sólo una franja de tierra alpina a lo largo de la línea de nieve. Pocas son las frentes que, como la de Shakespeare o la de Melanchton, se elevan y bajan tanto que los ojos mismos parecen lagos de montaña claros, eternos, quietos; y sobre ellos, en las arrugas de la frente, creemos seguir, como los cazadores de las tierras altas siguen en la nieve la huella de los ciervos, el rastro de esos pensamientos con cuernos ramosos que bajan a beber. Pero en el gran cachalote, esta dignidad elevada, poderosa, divina, característica de la frente, es tanto mayor que, contemplándola en esa visión panorámica, sentimos la presencia de la Divinidad y de las terribles potencias con mucha más fuerza que ante cualquier otro objeto en la naturaleza animada. Porque no vemos ningún punto preciso; ningún rasgo distinto se nos revela; no hay nariz, ni ojos, ni orejas, ni boca; no hay rostro (en verdad, el leviatán no lo tiene): nada, salvo el amplio firmamento de esa frente surcada de enigmas que, muda, amenaza de muerte a botes, naves y hombres. De perfil, esta frente maravillosa no disminuye, aunque vista de ese modo, su grandeza no nos domina tanto. De perfil podemos ver claramente esa depresión horizontal, en forma de media luna que, en el hombre, es la huella del genio para Lavater.

¿Cómo es posible? ¿Genio en una ballena? ¿Acaso el cachalote ha escrito alguna vez un libro o ha pronunciado un discurso? No: su genio se revela en que no hace nada de particular para revelarlo. Y además se manifiesta en su silencio piramidal. Y esto me recuerda que si los primeros hombres de Oriente lo hubiesen conocido, lo habrían divinizado en la mágica puerilidad de sus pensamientos. Divinizaron el cocodrilo del Nilo porque el cocodrilo no tiene lengua; y el cachalote no tiene lengua o, por lo menos, es tan pequeña que, si la tiene, no puede siquiera sacarla. Si en el futuro alguna nación muy culta y poética devolviera a los alegres dioses primaverales de la antigüedad su derecho de mayorazgo y los entronizara de nuevo, redivivos, en este cielo egoísta que se ha convertido en una colina desierta, no duden que el gran cachalote sería el rey, glorificado en el alto sitio de Júpiter.

Champollion descifró los rugosos jeroglíficos de granito. Pero no hay Champollion que descifre el Egipto del rostro de cada hombre y cada ser. La Fisionomía, como cualquier otra ciencia humana, es sólo una fábula efímera. Sir William Jones, que sabía leer en treinta lenguas distintas, no logró leer en el rostro del campesino más simple sus significados más hondos y sutiles. ¿Cómo podría el iletrado Ismael alimentar la

esperanza de poder leer el terrible caldeo inscrito en la frente del cachalote? Me limito a poner esa frente ante ustedes. Léala quien pueda.

LXXX. LA NUEZ

Si fisionómicamente el cachalote es una esfinge, para el frenólogo su cerebro es un círculo geométrico sin cuadratura posible.

En el leviatán adulto, el cráneo mide por lo menos veinte pies de largo. Si desquiciamos el maxilar inferior, el perfil de este cráneo es como el de un plano inclinado, visto de lado, que descansa sobre una base llana. Pero en el animal vivo — como ya lo hemos visto— la enorme masa superpuesta de las circunvoluciones y el esperma llena el ángulo de ese plano inclinado. En el extremo superior del cráneo hay un cráter que recibe esa parte de la masa, mientras bajo el largo piso de ese cráter — en otra cavidad que pocas veces tiene más de diez pulgadas de largo y otras tantas de profundidad— reposa el cerebro de este monstruo, apenas un puñado. En el animal vivo el cerebro está situado a una distancia de veinte pies, por lo menos, de su frente visible; está escondido tras los muros exteriores como la recóndita ciudadela dentro de las extensas fortificaciones de Quebec. Como un cofrecillo precioso, el cerebro del leviatán está tan escondido que algunos balleneros niegan terminantemente que el cachalote tenga otro cerebro que las yardas cúbicas de su depósito de esperma. Como esta sustancia está contenida en pliegues y circunvoluciones a tal punto extraños, parece más de acuerdo con la fuerza general del monstruo considerar esa parte misteriosa como el asiento de su inteligencia.

Es evidente, pues, que frenológicamente la cabeza de este leviatán es, en el estado normal de la criatura viva, una ilusión total. En cuanto a su verdadero cerebro, es imposible ver o sentir indicios de él. La ballena, como todas las criaturas poderosas, muestra una frente falsa al mundo corriente.

Si descargamos del cráneo sus cúmulos espermáticos y lo observamos por detrás, esa extremidad posterior, que es la más elevada, nos impresiona por su parecido con el cráneo humano, contemplado desde el mismo punto de vista. En verdad, si ponen ustedes este cráneo invertido (en una escala adecuada al tamaño humano) entre un grupo de cráneos de hombre, lo confundirán involuntariamente con los demás. Y al observar las depresiones de su parte superior, diríamos con frase frenológica: «Este

hombre no se tiene respeto a sí mismo ni veneración». Lo cual, si pensamos en el tamaño prodigioso y la fuerza del animal, nos permitirá formar la idea más genuina, si no la más alegre, de su potencia.

Pero si por las dimensiones relativas del cerebro verdadero de la ballena consideran ustedes que es imposible hacer de él un gráfico adecuado, tengo otra idea que proponerles. Si miran con atención el espinazo de cualquier cuadrúpedo, les impresionará el parecido de sus vértebras con un collar de pequeños cráneos ensartados, puesto que cada vértebra se asemeja a un cráneo. Los alemanes han aventurado la idea de que las vértebras son cráneos no desarrollados. Pero creo que los alemanes no fueron los primeros en advertir la curiosa semejanza externa. Un amigo extranjero me la señaló una vez en el esqueleto de un enemigo que él había matado y con cuyas vértebras estaba componiendo una especie de bajo relieve en la proa de su canoa. Ahora bien, considero que los frenólogos han omitido un punto importante al no avanzar en sus investigaciones más allá del cerebelo, a través de la médula espinal. Pues creo que en buena parte el carácter de un hombre está signado en su columna vertebral. Sean ustedes quienes fueren, preferiría palparles la espina dorsal antes que el cráneo. Una columna vertebral débil nunca ha sostenido un ánimo noble y entero. Me felicito por mi espina dorsal como del asta firme y audaz de la bandera que despliego ante el mundo.

Apliquemos esta rama dorsal de la frenología al cachalote. Su cavidad craneana prolonga la primera de las vértebras del cuello. En esa vértebra, el fondo del canal espinal puede medir diez pulgadas de ancho por ocho de alto y tiene la forma de un triángulo invertido. A medida que pasa por las demás vértebras, el canal se estrecha, pero durante un largo trecho conserva un tamaño considerable. Desde luego, este canal está lleno de esa misma sustancia extrañamente fibrosa —la médula espinal— que forma el cerebro y comunica directamente con él. Y lo que es más, muchos pies después de emerger de la cavidad del cerebro la médula espinal conserva un diámetro inmutable, casi idéntico al del cerebro. Dadas todas estas circunstancias, ¿sería irrazonable examinar y dibujar frenológicamente la espina dorsal del cachalote? Pues vista bajo esta luz, la pequeñez relativa de su cerebro propiamente dicho está más que compensada por la asombrosa magnitud de su espina dorsal.

Pero dejemos que los frenólogos hagan el caso que quieran de esta sugerencia; sólo quisiera que, por un instante, aceptaran ustedes la teoría dorsal con relación a la giba del cachalote. Esa augusta giba, si no me equivoco, surge sobre una de las vértebras más grandes y, por lo tanto, es en cierto modo el molde convexo de ella. Diré, pues, que por su posición relativa esta alta giba es el órgano de la firmeza y de la indomable virtud del cachalote. Y pronto tendrán ustedes motivos para creer que el gran monstruo es indomable.

LXXI. EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *VIRGEN*

Llegó el día elegido por el destino y encontramos la nave *Jungfrau* —capitán Derick de Deer—, de Bremen.

Después de haber sido, con los holandeses, los más grandes balleneros del mundo, los alemanes son hoy los últimos; pero aquí y allá, con amplios intervalos de latitud y longitud, todavía se ve su bandera en el Pacífico.

Por algún motivo el *Jungfrau* parecía ansioso por presentarnos sus respetos. Todavía a cierta distancia del *Pequod*, la nave puso la proa contra el viento. Bajaron un bote y el capitán avanzó hacia nosotros, de pie sobre la proa, en vez de la popa, de pura impaciencia.

—¿Qué tiene allí? —exclamó Starbuck, señalando algo que oscilaba en la mano del alemán—. ¡Imposible! ¡Es el depósito de una lámpara!

—No es eso —dijo Stubb—, no, no. Es una cafetera, señor Starbuck. Viene para hacernos café, es el cafetero alemán. ¿No ve usted esa gran lata que tiene a su lado? Es el agua hirviente. ¡Oh, bien por el alemán!

—¡Tonterías! —exclamó Flask—. Es un depósito de lámpara y una lata de aceite. Se ha quedado sin aceite y viene a pedirnos prestado...

Por curioso que parezca que un ballenero pida prestado aceite en una zona de caza, y por mucho que esto contradiga, a la inversa, el viejo proverbio que habla de «llevar carbón a Newcastle», a veces ese tipo de cosas ocurre. En este caso, el capitán Derick de Deer llevaba, sin duda, el depósito de una lámpara, tal como lo había declarado Flask.

Mientras el capitán subía a bordo, Ahab se le acercó, sin reparar en lo que llevaba en la mano. Pero en su jerga inconexa, el alemán pronto reveló su total ignorancia con respecto a la Ballena Blanca y enseguida encaminó la conversación hacia su depósito de lámpara y su lata de aceite, no sin observar que por la noche tenía que irse a su hamaca en total oscuridad, puesto que la última gota de aceite de Bremen se le había

acabado y hasta ese momento ni siquiera habían capturado un pez volador para suplir esa falta. Terminó insinuando que su nave era, en verdad, lo que en la pesca se llama técnicamente una nave *limpia* (es decir, vacía), merecedora del nombre *Jungfrau* o *Virgen*.

Una vez abastecido, Derick se marchó; pero no había llegado aún al *Jungfrau* cuando los vigías de ambas naves anunciaron ballenas. Tan ansioso estaba Derick por cazar que, sin detenerse para dejar a bordo el depósito y la lata de aceite, hizo virar el bote y se lanzó tras esos depósitos leviatánicos.

Ahora bien, como las ballenas habían sido avistadas a sotavento, él y los otros tres botes alemanes que pronto lo siguieron llevaban considerable ventaja sobre el *Pequod*. Las ballenas eran ocho: un banco mediano. Conscientes del peligro, avanzaban a gran velocidad en la dirección del viento, rozándose los flancos como otros tantos caballos parejeros enjaezados. Dejaban una enorme estela, como si hubiesen desenrollado un inmenso pergamino sobre el mar.

En medio de esa rápida estela, muchas brazas atrás, nadaba un enorme macho giboso que, por su marcha relativamente lenta y por las insólitas incrustaciones amarillentas que lo cubrían, parecía afectado de ictericia o alguna otra enfermedad. Era dudoso que esta ballena perteneciera al banco que huía, porque no es frecuente que esos venerables leviatanes sean sociables. Sin embargo, no se apartaba de la estela, aunque el reflujo producido por los fugitivos retardaba su avance, ya que el hueso blanco o marejada le daba contra el hocico como el oleaje formado cuando se encuentran dos corrientes hostiles. Su chorro era corto, lento y fatigoso, salía en una especie de borbotón sofocado y se perdía en fragmentos desgarrados, seguidos de extrañas conmociones subterráneas, que parecían desahogarse en la extremidad sumergida y hacer burbujear el agua alrededor de su cuerpo.

—¿Quién tiene un paregórico? —dijo Stubb—. Me temo que a ése le duele el estómago. ¡Dios santo, piensen lo que ha de ser tener medio acre de dolor de estómago! Los vientos contrarios están haciéndole un buen revoltijo en la panza, muchachos. Es la primera vez que siento soplar un viento pestilente desde popa... Pero miren: ¿han visto alguna vez a una ballena zigzagueando de ese modo? Debe de haber perdido el timón...

Como una nave de las Indias que, siguiendo la costa indostánica con la cubierta sobrecargada de caballos espantados, se inclina, se sumerge, rola y chapotea en su marcha, del mismo modo alzaba ese viejo leviatán su masa secular y reclinándose de cuando en cuando sobre sus pesadas costillas exhibía la causa de su marcha vacilante en el muñón antinatural de su aleta de estribor. Habría sido difícil decir si la había perdido durante una lucha o si había nacido sin ella.

—Espérate un poco, viejo, y te pondré el brazo herido en un cabestrillo —gritó el cruel Flask, señalando la línea, a su lado.

—Ten cuidado: no vaya a ponértelo él a ti con la línea —exclamó Starbuck—. ¡Fuerza, o se lo llevará el alemán!

Con un mismo propósito todos los botes rivales apuntaban hacia esa única ballena, no sólo porque era la más grande y, por lo tanto, la más valiosa, sino también porque estaba más cerca y las demás huían a tal velocidad que por el momento era casi imposible alcanzarlas. Los botes del *Pequod* se habían adelantado a los tres alemanes bajados en último término; mas por la gran ventaja con que había iniciado la persecución, el bote de Derick aún llevaba la delantera, aunque con sus rivales extranjeros cada vez más cerca. Lo único que éstos temían era que, como ya estaba tan cerca del blanco, el alemán lanzara su hierro antes de que ellos pudieran alcanzarlo y pasarlo. En cuanto a Derick, parecía muy seguro de que ése sería el caso y de cuando en cuando, con un gesto burlón, agitaba su depósito de lámpara hacia los demás botes.

—¡Perro grosero y desagradecido! —exclamó Starbuck—. Se burla de mí y me desafía con la misma limosnera que le he llenado no hace cinco minutos.

Después, en su habitual, intenso susurro, agregó:

—¡Fuerza, mis galgos! ¡Muérdanle los talones!

—¡Lo digo yo, muchachos! —gritó Stubb a sus hombres—. Mi religión me prohíbe enojarme, pero me gustaría comerme a ese asqueroso alemán. ¡Fuerza! ¿Dejarán que les gane ese canalla? ¿No les gusta el coñac? Un barril de coñac al mejor de todos. Vamos, fuerza, hasta que se les revienten las venas. ¿Alguien ha arrojado el ancla? No nos movemos ni una pulgada... Parece que estamos en plena bonanza. Pero si está creciendo la hierba en el fondo del bote... Y santo Dios, el mástil echa brotes... Así no lo conseguiremos, muchachos. ¡Miren al alemán! Decídanse, muchachos: ¿escupirán fuego o no?

—¡Oh, miren la espuma que hace! —gritó Flask, saltando adelante y atrás—. ¡Qué giba! ¡Oh, tienen que conseguirme ese bistec... parece un tronco! ¡Oh, muchachos, fuerza! Pastel y *guhog* para la cena, ya lo saben, muchachos... Almejas asadas y panecillos... ¡Vamos, adelante!... Es un «cien barriles»... no lo dejen escapar, oh, no no... ¡Miren a ese alemán! ¿No quieren ganarse un budín? ¡Qué pachorra! ¿No les gusta el esperma? ¡Allí van tres mil dólares, muchachos! ¡Un banco! ¡Un banco entero! ¡El banco de Inglaterra! ¡Oh, fuerza, fuerza, fuerza! ¿Qué hace el alemán, ahora?

En ese instante, Derick arrojaba el depósito de lámpara hacia los botes que avanzaban y también la lata de aceite, quizá con la doble intención de retardar la marcha de sus rivales y al mismo tiempo acelerar económicamente la suya propia, mediante el impulso momentáneo del contragolpe.

—¡Ese perro alemán mal educado! —gritó Stubb—. A remar, marineros, como cincuenta mil naves de guerra en línea de batalla y llenas de demonios pelirrojos. ¿Qué

dices, Tashtego? ¿Eres un hombre capaz de romperte el espinazo en veintidós pedazos por el honor del viejo Gayhead? ¿Qué me dices?

—Digo que remo como un loco, maldito sea... —exclamó el indio.

Ferozmente y continuamente acicateados por las burlas del alemán, los tres botes del *Pequod* avanzaban ya con las proas juntas y así dispuestos se acercaban por momentos. Con la hermosa actitud desenvuelta y caballeresca del cazador que se acerca a su presa, los tres oficiales permanecían erguidos, llenos de altivez, animando de cuando en cuando al remero de proa con un grito de: «¡Ahora sí que volamos, muchachos! ¡Viva la brisa de los remos de fresno! ¡Muerte al alemán! ¡Pásenle por encima!».

Pero la ventaja inicial que Derick les llevaba era tal que, a pesar de toda la bravura de sus rivales, habría sido el vencedor de esa carrera si un justo castigo no hubiese caído sobre él en forma de un mal movimiento del remero del medio que trabó su remo. Mientras ese torpe marinero luchaba por zafar el fresno —a riesgo de volcar el bote de Derick, que aullaba a sus hombres enloquecido de furia—, Starbuck, Stubb y Flask tuvieron buena ocasión de ganar tiempo. Con un alarido, saltaron con ímpetu mortal hacia delante y se alinearon oblicuamente con el bote del alemán. Un instante después, las cuatro embarcaciones avanzaban en diagonal sobre la estela inmediata del leviatán, mientras el espumoso oleaje producido por el fugitivo les lamía los costados.

Era un espectáculo terrible, lastimoso, enloquecedor. La ballena nadaba con la cabeza fuera del agua, proyectando ante sí su incesante chorro atormentado, mientras su única, mísera aleta le golpeaba el flanco en una agonía de terror. Zigzagueaba a uno y otro lado en su fuga incierta y a cada ola que rompía, se hundía espasmódicamente en el mar o rolaba hacia el cielo su única aleta palpitante. Así he visto una vez un pájaro con un ala mutilada describir círculos de terror, procurando en vano escapar de los halcones piratas. Pero el pájaro tiene voz y sus gritos lastimeros le permiten expresar su miedo. El miedo de esta inmensa y muda bestia marina estaba dentro de ella, encadenado, hechizado: no tenía más voz que ese entrecortado jadeo que salía de su espiráculo, y esto la hacía indeciblemente digna de lástima, aunque en su masa portentosa, su mandíbula semejante a un rastrillo y su cola omnipotente bastaban para aterrorizar al hombre más intrépido que así se compadeciera de ella.

Al ver que pocos instantes después los botes del *Pequod* le sacarían ventaja, antes de verse despojado de su presa Derick resolvió arriesgar lo que debía parecerle un tiro extraordinariamente largo, antes de que la última oportunidad se le escapara sin remedio.

Pero en cuanto su arponero se paró para arrojar el arma, los otros tigres —Queequeg, Tashtego, Dagoo— instintivamente saltaron sobre sus pies y dispuestos en fila diagonal apuntaron sus hierros al mismo tiempo. Arrojados por encima de la

cabeza del arponero alemán, los tres hierros de Nantucket se clavaron en la ballena. ¡Nubes ennegecedoras de espuma y fuego blanco! Los tres botes, en la primera furia del envión de la ballena, golpearon el costado del bote alemán con tal fuerza que tanto Derick como su chasqueado arponero cayeron al agua y las tres quillas volantes les pasaron por encima.

—No se asusten, mantequeras mías —gritó Stubb, mirándolos al pasar velozmente—. Los recogerán enseguida, no se inquieten. He visto algunos tiburones a popa... ya saben, esos perros de San Bernardo que salvan a los viajeros en peligro. ¡Viva! ¡Así se rema! ¡Cada quilla es un rayo de sol! ¡Viva! ¡Corremos como tres ollas de latón atadas a la cola de un jaguar furioso! Esto es como atar un elefante a un tílburí en una llanura: ¡las ruedas vuelan, muchachos! Y además, está el peligro de saltar afuera, si se choca contra una colina. ¡Viva! ¡Así se siente uno cuando va de visita al infierno! ¡Se baja como una flecha por un plano inclinado, sin fondo! ¡Viva! ¡Esta ballena lleva el correo de la eternidad!

Pero la carrera del monstruo no duró mucho. Con un súbito espasmo se sumergió entre un tumulto de olas. Con ímpetu rechinante, las líneas se desenvolvieron en torno a los carretes, abriendo en ellos profundos surcos en la violencia de su precipitación. Los arponeros temían que esa rápida sumersión agotara las líneas: con toda su destreza y toda su fuerza, retuvieron varias veces los cables humeantes para frenar sus vueltas. Al fin, bajo la tensión perpendicular de las tornapuntas forradas de plomo, desde las cuales las líneas se hundían a pico en las aguas, las bordas de las tres embarcaciones casi rozaron el agua, mientras las tres popas se alzaban en el aire. Como la ballena interrumpió su zambullida, durante algún tiempo permanecieron en esa actitud, temerosos de soltar más línea, aunque la posición era un tanto crítica. Y aunque muchas embarcaciones fueron arrastradas y se perdieron de esta manera, con mucha frecuencia esta «retenida», como se la llama —que consiste en refrenar a la presa fugitiva mediante el hierro hundido en su carne viva—, atormenta a tal punto al leviatán que pronto resurge para encontrar la aguda lanza de sus enemigos. Pero sin hablar ya de los peligros que acarrea, es dudoso que este procedimiento sea siempre el mejor, pues lo razonable es suponer que cuanto más tiempo permanece la ballena herida bajo el agua, tanto más se agota. Porque debido a su enorme superficie —algo menos de 2.000 pies cuadrados, en un cachalote plenamente desarrollado— la presión del agua es inmensa. Todos sabemos qué asombroso peso atmosférico soportamos nosotros aun aquí, sobre la tierra, en el aire. ¡Qué enorme ha de ser, pues, la carga de una ballena que soporta sobre su lomo una columna de doscientas brazas de océano! Debe equivaler por lo menos al peso de cincuenta atmósferas. Un ballenero ha calculado que es igual al peso de veinte barcos de guerra con todos sus cañones, su equipo y su tripulación.

Los tres botes permanecían así en el mar que se mecía suavemente, mirando hacia su eterno mediodía azul; ni un solo grito, ni un gemido, ni siquiera una burbuja subía desde sus profundidades. ¡Qué hombre de tierra firme habría pensado que bajo todo ese silencio y esa placidez el monstruo más formidable del mar se debatía en los espasmos de la muerte!

En las proas no se veían siquiera ocho pulgadas de línea perpendicular. Parecía increíble que el gran leviatán estuviera colgado de tres hilos tan delgados como la pesa de un reloj con cuerda para ocho días. ¿Colgado? ¿De qué? De tres pedazos de madera. Y esta es la criatura de la cual se dijo tan triunfalmente: «¿Cortarás tú con cuchillo su piel, o con arpón de pescadores su cabeza?... Cuando alguno lo alcanzare, ni espada, ni lanza, ni dardo, ni coselete durará. Estima como paja el hierro, y el bronce como leño podrido. Saeta no le hace huir; las piedras de honda le son como paja. Tiene toda arma por hojarasca, y del blandir de la jabalina se burla». ¿Ésta es la criatura? ¿Ésta es? ¡Oh, que los profetas deban ser desmentidos! Pues con la fuerza de mil muslos en su cola, el leviatán había hundido la cabeza bajo las montañas del mar para ocultarse de las lanzas del *Pequod*.

En el sol oblicuo de la tarde, las sombras que los tres botes proyectaban bajo la superficie debían de ser tan largas y anchas como para cubrir la mitad del ejército de Jerjes. ¡Quién podría decir qué espantosos debían ser para la ballena herida esos inmensos fantasmas que flotaban sobre su cabeza!

—Atención, muchachos; se mueve —exclamó Starbuck cuando las tres líneas vibraron súbitamente en el agua, llevando directamente hacia los hombres, como a través de alambres magnéticos, los espasmos de vida y de muerte de la ballena, a tal punto que cada remero los sintió bajo su cuerpo. Un momento después, en parte liberados de la tensión, los botes saltaron en el aire como un témpano cuando una gran manada de osos blancos se arroja, asustada, al mar.

—¡Recojan la línea! —volvió a gritar Starbuck—. ¡Está subiendo!

Las líneas, de las cuales no se habría podido recoger siquiera un palmo un instante antes fueron arrojadas a los botes en largas y rápidas agujas, chorreando agua. Pronto la ballena emergió a una distancia de dos naves de sus cazadores.

Sus movimientos revelaban claramente su agotamiento. Muchos animales de tierra tienen en las venas ciertas válvulas o esclusas que, cuando son heridos, impiden la pérdida de la sangre en ciertas direcciones, al menos momentáneamente. No ocurre eso con la ballena, una de cuyas particularidades es tener una estructura no valvular en las cavidades sanguíneas, de manera que cuando la hiere tan sólo la pequeña punta de un arpón, se produce en todo su sistema arterial una pérdida mortal. Y cuando esa pérdida aumenta a causa de la extraordinaria presión del agua, puede decirse que su vida se evade de su cuerpo en incesantes corrientes. Pero es tan enorme la cantidad de sangre de la ballena, y tan distantes y numerosas sus fuentes interiores, que seguirá

sangrando durante largo rato, así como en una sequía puede correr un río cuya fuente está en colinas lejanas e indiscernibles. Y cuando los hombres se acercaron a la ballena y, pasando peligrosamente sobre su cola, le clavaron sus lanzas, las nuevas heridas los envolvieron en chorros continuos, mientras el espiráculo natural de la cabeza enviaba al aire sólo a intervalos, aunque con mucha rapidez, su aterrado vapor. Aún no salía sangre de él porque no había sido herido ningún punto vital. Su vida, como la llaman significativamente, todavía estaba intacta.

Los botes la cercaban ahora más estrechamente y toda su parte superior, por lo común sumergida, se mostró al fin por completo. Se veían sus ojos, o más bien el lugar donde habían estado sus ojos. Así como se amontonan extraños musgos deformes en los nudos de los robles más augustos cuando caen, de los cuencos antes ocupados por los ojos de la ballena emergían ciegos bulbos que infundían lástima. Pero allí no había lástima. A pesar de su vejez, de su única aleta y de sus ojos ciegos, debía morir asesinada para alumbrar las alegres bodas y otras fiestas de los hombres, y también para iluminar las solemnes iglesias donde se predica la incondicional prohibición de hacer daño a cualquier criatura viviente. Siempre revolviéndose en su propia sangre, el leviatán mostró en parte una extraña protuberancia descolorida, del tamaño de una fanega, en la parte inferior de su flanco.

—¡Buen blanco! —gritó Flask—. Quisiera pincharlo siquiera una vez...

—¡Déjalo! —gritó Starbuck—. No hay ninguna necesidad.

Pero el humanitario Starbuck había hablado demasiado tarde. En el instante mismo del lanzazo, un chorro ulceroso saltó de la cruel herida y la ballena, con un dolor ya insoportable y arrojando espesa sangre por su espiráculo, se precipitó con ciega furia sobre las embarcaciones, envolviéndolas juntamente con su arrogante tripulación en torrentes de sangre y volcando el bote de Flask con la proa rota. Fue su golpe de muerte. Porque estaba tan exhausta a causa de la pérdida de sangre que revolcándose con desesperación se apartó de las ruinas que ella misma había hecho, se inclinó jadeando sobre un lado, agitó su impotente aleta tronchada, giró una y otra vez, lentamente, como un mundo que se extingue, exhibió los blancos secretos de su vientre, se extendió como un tronco y murió. El último chorro expirante fue tristísimo: como una columna de espuma que desciende lentamente al suelo con gorgoteos melancólicamente sofocados, cuando una mano invisible corta poco a poco el agua de una fuente poderosa.

Mientras los hombres esperaban la llegada de la nave, el cuerpo dio pronto muestras de hundirse con todos sus tesoros inviolados. De inmediato, por orden de Starbuck, se lo aseguró mediante líneas clavadas en diferentes partes: poco después, cada bote era una boya y la ballena sumergida estaba suspendida de ellos, por medio de las cuerdas, a pocas pulgadas de la superficie. Cuando la nave se acercó, mediante una maniobra muy hábil se la volvió de costado y se la aseguró fuertemente con las

más resistentes cadenas, pues era evidente que si no lo alzaban artificialmente el cuerpo se hundiría de inmediato.

Ocurrió que casi al primer corte que le hicieron con la pala encontraron sepulto en la carne, en la base de la protuberancia ya descrita, un arpón intacto, aunque herrumbrado. Es corriente encontrar pedazos de arpones en los cadáveres de las ballenas, con la carne perfectamente cicatrizada en torno a ellos; por lo tanto, en este caso debía existir un motivo especial que explicara la ulceración. Pero aún fue más curioso encontrar la punta de piedra de una lanza, no lejos del arpón, con la carne perfectamente normal a su alrededor. ¿Quién había arrojado esa lanza? ¿Y cuándo? Quizá la hubiera arrojado algún indio del noroeste, mucho antes del descubrimiento de América.

Imposible imaginar qué otras maravillas habrían podido extraerse de ese monstruoso armario: los hallazgos ulteriores quedaron súbitamente interrumpidos porque la nave se inclinó insólitamente, arrastrada por el cadáver, que cada vez tendía a hundirse más. Pero Starbuck, que dirigía las operaciones, no quiso soltar la presa hasta el último momento: a tal punto que la nave habría volcado si hubiese persistido aún más tiempo en abrazar el cuerpo. Al fin, cuando llegó la orden de abandonarlo, era tal la tensión del maderamen a que estaban asegurados cadenas y cables, que fue imposible soltarlos. Mientras tanto, el *Pequod* no era sino pura pendiente. Cruzar hacia el otro lado de la cubierta era como caminar por un empinado techo a dos aguas. La nave gemía y jadeaba. Muchas de las incrustaciones de marfil en las amuradas y las cabinas se desprendieron a causa de la violenta dislocación. En vano se emplearon picas y barras de hierro para liberar las inmovibles cadenas de los maderos; por otro lado, el cuerpo de la ballena se había hundido tanto que era imposible dar alcance a los extremos sumergidos de los cables; a cada instante parecían agregarse toneladas de peso a la masa en descenso, y la nave parecía a punto de volcarse del todo.

—¡Espera, espera te digo! —gritó Stubb al cuerpo—. ¡Qué maldita prisa tienes por hundirte! Rayos y truenos, hombres, hay que hacer algo o escapar. Es inútil usar palancas. Dejen esas barras, les digo; que uno de ustedes corra en busca de un libro de oraciones y un cortaplumas para cortar las cadenas...

—¿Cuchillo? Sí, sí... —gritó Queequeg.

Tomó el pesado destal del carpintero, se asomó por un ojo de buey y empezó, dando acero contra hierro, a golpear la cadena más gruesa.

Pero no había dado muchos golpes, entre una lluvia de centellas, cuando la extraordinaria tensión hizo el resto. Con un terrible estallido, las ligaduras se zafaron; la nave se enderezó y el cuerpo se hundió.

Esta inevitable sumersión de un cachalote recién muerto que se produce de cuando en cuando es cosa muy extraña. Ningún cazador ha logrado explicarla

satisfactoriamente. Por lo común, el cachalote muerto flota muy bien, con un flanco o el vientre bastante elevado sobre la superficie. Si las únicas ballenas que se hunden fueran viejas, flacas, extenuadas, con las almohadas de grasa disminuidas y los huesos pesados, reumáticos, podría haber motivos para asegurar que la sumersión se produce a causa de la falta de materia flotante en su cuerpo. Pero no es así. Jóvenes ballenas de salud excelente y henchidas de nobles aspiraciones, prematuramente tronchadas en la primavera de su vida, envueltas en toda su grasa palpitante, aun estas heroínas vigorosas y flotantes se hunden a veces.

Sin embargo, debemos aclarar que el cachalote está menos expuesto a este accidente que cualquier otra especie. Por cada uno de ellos, se hunden veinte ballenas corrientes. Esta diferencia, sin duda, puede imputarse a la mayor cantidad de huesos que posee la ballena de Groenlandia: solamente sus persianas pesan a veces más de una tonelada, lastre de que está libre el cachalote. Pero hay casos en que, después de muchas horas o varios días, la ballena hundida resurge, más flotante que en vida. La razón es obvia. En su interior se forman gases; el cuerpo se llena hasta adquirir un volumen prodigioso y se convierte en una especie de globo aerostático animal. Entonces ni siquiera una nave de guerra conseguiría hundirla. En la caza de ballenas costera, a través de las bahías de Nueva Zelanda, cuando una ballena da indicios de hundirse, le atan boyas con largas cuerdas: cuando el cuerpo se ha sumergido, saben dónde buscarlo cuando reflote.

No mucho después de que se hundiera el cadáver, se oyó un grito desde las cofas del *Pequod* y el anuncio de que el *Jungfrau* bajaba de nuevo sus botes, aunque el único chorro a la vista era el de una yubarta, perteneciente a la especie de ballenas incapturables a causa de su fuerza increíble para nadar. Sin embargo, el chorro de la yubarta es tan semejante al del cachalote que los cazadores poco experimentados los confunden. Así, Derick y sus huestes se lanzaron a la valiente caza de la bestia inalcanzable. Con las velas desplegadas, el *Virgen* corrió tras sus cuatro jóvenes botes y todos desaparecieron a sotavento, empeñados en su audaz, esperanzada persecución.

—¡Muchas son las yubartas y muchos los Derick, amigo mío!

LXXXII. EL HONOR Y LA GLORIA DE LA CAZA DE BALLENAS

Hay algunas empresas en que un cuidado desorden es el mejor método. Cuanto más ahondo en este asunto de la caza de ballenas, tanto más me impresionan su nobleza y su antigüedad; y sobre todo cuando encuentro a tantos semidioses y héroes, a tantos profetas de toda clase que, de una manera u otra, contribuyeron a honrarla, me exalta el pensamiento de que yo mismo pertenezco a tan ilustre confraternidad, aunque sólo sea un subordinado en ella.

El audaz Perseo, hijo de Júpiter, fue el primer ballenero; y para gloria eterna de nuestra profesión, digamos aquí que la primera ballena atacada por nuestra hermandad no fue muerta con fines mezquinos. Eran los días caballerescos de nuestro oficio, cuando sólo empuñábamos las armas para auxiliar a los desdichados y no para llenar las lámparas de los hombres. Todos conocen la hermosa historia de Perseo y Andrómeda: la encantadora Andrómeda, hija de un rey, estaba atada a una roca y en el instante mismo en que un leviatán iba a llevársela, Perseo, príncipe de los balleneros, avanzó intrépido, arrojó su arpón contra el monstruo, liberó a la doncella y se casó con ella. Fue una hazaña admirable y artística, de la cual muy pocas veces serían capaces, en nuestros días, aun los mejores arponeros: sobre todo porque Perseo mató al leviatán al primer tiro. Y que nadie dude de esta historia, pues en uno de los templos paganos de la antigua Jope, hoy Jafa, en la costa siria, se conservó durante muchos siglos un esqueleto de ballena que, según afirman las leyendas de la ciudad y sus habitantes, era el del monstruo muerto por Perseo. Cuando los romanos tomaron Jope, ese esqueleto fue llevado en triunfo a Italia. Lo que me parece más curioso y más sugestivamente importante es que Jonás zarpó desde Jope.

Afin a la aventura de Perseo y Andrómeda —de la cual, suponen algunos, proviene directamente— es la famosa historia de san Jorge y el Dragón. Sostengo que ese dragón debió ser una ballena, porque en muchas viejas crónicas dragones y ballenas andan confundidos y a menudo el uno toma el lugar de la otra: «Eres como un león del agua y un dragón del mar», dice Ezequiel, refiriéndose sin lugar a dudas a una ballena. En verdad, muchas versiones de la Biblia usan esta palabra. Y además, sería disminuir

la gloria de san Jorge considerar que su hazaña consistió en luchar contra un reptil de la tierra, en lugar de dar batalla al gran monstruo de las profundidades. Cualquier hombre puede matar una serpiente, pero sólo un Perseo, un san Jorge, un Coffin tienen el valor de enfrentar a una ballena.

Los cuadros modernos que representan esta escena no deben confundirnos; pues aunque la criatura enfrentada por aquel valiente ballenero de la antigüedad asume un vago aspecto de hipogrifo, y la batalla transcurre en tierra, y el santo está a caballo, si consideramos la gran ignorancia de aquellos tiempos, en que los artistas desconocían la verdadera forma de la ballena, y teniendo en cuenta que, como en el caso de Perseo, la ballena de san Jorge pudo haber sido arrastrada hacia la playa, y que el animal sobre el cual montaba san Jorge pudo no haber sido más que una gran foca o un caballo marino; si pensamos en todo eso, repito, no parecerá incompatible con la leyenda sacra y las ilustraciones más antiguas de la escena afirmar que el llamado dragón no era otro que el gran leviatán. En verdad, confrontada con la más estricta y tajante verdad, toda esta historia tendría la misma suerte que aquel ídolo de los filisteos, pez, cuadrúpedo y pájaro a la vez: puesto ante el arca de Israel, su cabeza de caballo y las palmas de ambas manos se desprendieron de él y sólo quedó su tronco, la parte de pez. Así pues, si un miembro de nuestro propio linaje, un genuino ballenero, es el patrono de Inglaterra, sobrado derecho tenemos nosotros, los arponeros de Nantucket, para ser parte de la muy noble orden de san Jorge. Por lo tanto, que ningún caballero de esa honorable orden —ninguno de los cuales, me aventuro a decir, ha tenido que vérselas con una ballena como su gran patrono— mire con desdén a un habitante de Nantucket, pues aun vestidos con nuestras camisas de lana y nuestros pantalones embreados tenemos mejores títulos que ellos para recibir la condecoración de san Jorge.

Durante mucho tiempo he vacilado en cuanto a admitir a Hércules entre nosotros: pues aunque las mitologías griegas dicen que ese antiguo Crockett y Kit Carson, ese fornido autor de alegres y benefactoras hazañas, fue tragado por una ballena, puede discutirse que esto haga de él un ballenero. Sin embargo, parece que Hércules clavó el arpón en el animal, sólo que desde dentro. Puede considerárselo, pues, como un ballenero involuntario; lo cierto es que la ballena lo capturó a él, si él no capturó a la ballena... Lo considero miembro de nuestro clan.

Pero las mejores autoridades contradictorias consideran que esta historia griega de Hércules y la ballena deriva de la historia hebrea, aún más antigua, de Jonás y la ballena, y viceversa. En verdad, ambas son muy similares. Por lo tanto, si reclamo al semidiós, ¿por qué no al profeta?

No son sólo héroes, santos, semidioses y profetas los que forman la lista de nuestra orden. Aún no he nombrado a nuestro gran maestro, pues como los reyes de otros tiempos, nosotros encontramos los orígenes de nuestra confraternidad nada menos

que en los grandes dioses. Ahora deberé contar esa maravillosa historia oriental de Shaster, que propone al temible Visnú —una de las tres divinidades de la Trinidad hindú— como Señor nuestro: Visnú que, en la primera de sus diez encarnaciones terrenas, hizo para siempre de la ballena un ser de excepción y la santificó. Cuando Brahma, el dios de los dioses —dice Shaster— resolvió recrear el mundo después de una de sus periódicas disoluciones, engendró a Visnú para que presidiera la obra. Pero los Vedas, o libros místicos, cuya lectura era imprescindible a Visnú antes de que empezara la creación y que debían de contener algo así como una serie de consejos prácticos para los jóvenes arquitectos, estaban sumergidos en el fondo de las aguas; de modo que Visnú se encarnó en una ballena y descendiendo en esa forma hasta las más recónditas profundidades rescató los sagrados volúmenes. ¿No era, pues, un ballenero? Del mismo modo, un hombre que monta a caballo se llama caballero.

¡Perseo, san Jorge, Hércules, Jonás y Visnú!

LXXXIII. JONÁS CONSIDERADO HISTÓRICAMENTE

En el capítulo anterior hemos hecho referencia al relato histórico de Jonás y la ballena. Ahora bien, algunos naturales de Nantucket creen muy poco en este relato histórico de Jonás y la ballena. Pero también hubo griegos y romanos escépticos que, apartándose de los paganos ortodoxos de su tiempo, también dudaron de la historia de Hércules y la ballena, y de Arión y el delfín. Pero todas sus dudas no quitaron un ápice de verdad a esas tradiciones.

Una de las principales razones que tenía un viejo ballenero de Sag Harbor para cuestionar el relato hebreo es ésta: el ballenero tenía una de esas primorosas, anticuadas Biblias embellecidas por láminas curiosas y muy poco científicas, una de las cuales representaba a la ballena de Jonás con dos chorros en la cabeza. Esta peculiaridad sólo es cierta en el caso de una especie de leviatán (la ballena de Groenlandia y sus variedades), a propósito de las cuales los balleneros tienen este dicho: «Un pan de un penique las atora», porque su garganta es muy estrecha. Pero el obispo Jebb ya ha dado una respuesta anticipada a esto.

No es necesario, sugiere dicho obispo, que consideremos que Jonás cayó en el vientre de la ballena, sino que se alojó por algún tiempo en alguna parte de su boca. Pues en verdad la boca de la ballena de Groenlandia podría dar cabida a un par de mesas de *whist*, con sus jugadores cómodamente sentados. Es posible, además, que Jonás se escondiera en un diente hueco, aunque si lo pensamos bien, la ballena de Groenlandia no tiene dientes.

Otra de las razones aducidas por Sag Harbor (así lo llamaban) contra la historia del profeta tenía oscura relación con los jugos gástricos y el cuerpo de Jonás. Pero esta objeción también falla por su base, pues un exegeta alemán supone que Jonás debió refugiarse en el cuerpo flotante de una ballena *muerta* —así como los soldados franceses, durante la campaña de Rusia, convertían sus caballos muertos en tiendas y se metían debajo de ellos—. Además, otros comentaristas europeos sugieren que cuando Jonás fue arrojado por la borda de la nave de Jope, enseguida fue recogido por otro navío cercano que tenía una ballena como mascarón de proa, quizá llamado

—agregaría yo— *La ballena*, así como algunos barcos se llaman hoy *Tiburón*, *Gaviota*, *Águila*. Tampoco han faltado eruditos exegetas que opinaron que la ballena mencionada en el libro de Jonás no era más que un salvavidas —una vejiga inflada— hacia la cual nadó el profeta entre las peligrosas aguas, salvándose así del castigo oceánico. El pobre Sag Harbor no parecía tener, pues, ninguna razón valedera a su favor. Pero aún esgrimía otro motivo para defender su incredulidad. Era éste, si lo recuerdo bien: Jonás fue tragado por la ballena en el mar Mediterráneo y tres días después fue vomitado en algún lugar a tres días de viaje de Nínive, ciudad junto al Tigris, a mucho más de tres días de viaje del punto más cercano de la costa mediterránea. ¿Cómo explicar esto?

¿Acaso no había otro camino para que la ballena depositara al profeta a corta distancia de Nínive? Sí. Pudo llevarlo volviendo el Cabo de Buena Esperanza. Pero —sin hablar ya de la travesía de todo el Mediterráneo y la otra travesía por el golfo Pérsico y el Mar Rojo— tal suposición implicaría el rodeo de toda África en tres días, sin mencionar que las aguas del Tigris, cerca del emplazamiento de Nínive, son demasiado playas para que ninguna ballena nade por ellas. Además, la idea de que Jonás volviera el Cabo de Buena Esperanza en épocas tan tempranas arrebataría el honor del descubrimiento de ese gran promontorio a Bartolomé Dias, su famoso descubridor, y desmentiría la historia moderna.

Pero todos estos necios argumentos del viejo Sag Harbor sólo revelaban el necio orgullo de su razón, cosa tanto más reprochable en él cuanto que tenía muy poca instrucción, salvo la que había recibido del sol y del mar. Digo que sólo muestra su orgullo necio e impío, su rebeldía demoníaca, abominable, contra el reverendo clero. Porque en esta idea de que Jonás llegara a Nínive por la vía del Cabo de Buena Esperanza un sacerdote portugués vio una señalada magnificación del milagro general. Y así fue. Además, hasta nuestros días los turcos más iluminados creen devotamente en el relato histórico de Jonás. Y hace unos tres siglos, un viajero inglés hablaba, en los antiguos *Viajes* de Harris, de una mezquita turca construida en honor de Jonás, en la cual había una lámpara milagrosa que ardía sin aceite.

LXXXIV. LA «VOLTERETA»

Los ejes de los carros se lubrican para hacerlos correr con más facilidad y rapidez; en gran parte por el mismo motivo, algunos balleneros engrasan el fondo de sus botes. Es indudable que tal procedimiento no puede causar ningún daño y quizá arroje una utilidad no desdeñable, porque el aceite y el agua son enemigos, el aceite es un cuerpo que se desliza y el fin perseguido es que el bote se deslice con ímpetu. Queequeg estaba firmemente convencido de la ventaja de lubricar su bote y una mañana, no mucho después de que el *Jungfrau* desapareciera, se tomó más trabajo que de costumbre: se agazapó bajo el bote, que pendía sobre la borda del *Pequod*, y empezó a frotar con diligencia la calva quilla, como si procurara hacer crecer en ella una mata de pelo. Parecía trabajar como obedeciendo a un singular presentimiento. Y los hechos no lo desmintieron.

Hacia el mediodía se avistaron ballenas; pero no bien la nave enfiló hacia ellas, la manada giró y huyó con veloz precipitación: una fuga desordenada, como los navíos de Cleopatra desde Accio.

Sin embargo, los botes se arrojaron a la caza, con Starbuck a la delantera. Con enorme esfuerzo, Tashtego consiguió por fin acertar con un arpón; pero la ballena herida, sin sumergirse, siguió su fuga horizontal con redoblada velocidad. Los tirones intermitentes que el arpón recibe tarde o temprano acaban siempre por arrancarlo. Era imprescindible alancear la ballena fugitiva o contentarse con perderla. Pero acercar el bote a sus flancos era imposible, tal era la furia y la rapidez con que nadaba. ¿Qué solución quedaba, pues?

De todos los ardides y destrezas, de todas las estratagemas y sutilezas sin cuento a que los balleneros veteranos suelen verse forzados, ninguna supera a esa hermosa maniobra con la lanza llamada «voltereta». Ni el florete ni la espada, con toda su agilidad, podrían jactarse de nada semejante. Sólo es indispensable en el caso de una ballena que no ceda en su carrera. Su principal mérito es la asombrosa distancia a que la larga lanza es diestramente arrojada desde un bote que salta y se mece con violencia y marcha a toda velocidad. La lanza entera —acero y madera incluidos—

mide unos diez o doce pies de largo; el asta es mucho más delgada que la del arpón y está hecha de un material más leve: madera de pino. Tiene una cuerda, también delgada, llamada «lizo», de longitud considerable, mediante la cual puede recobrase la lanza después del tiro.

Antes de seguir, es importante observar que si bien el arpón también puede arrojarse mediante la «voltereta», pocas veces se emplea con él ese recurso y, cuando se lo utiliza, pocas veces se acierta, a causa del peso mayor y la longitud menor —inconvenientes serios, en efecto— del arpón con respecto a la lanza. De modo que, por regla general, antes de recurrir a la «voltereta» hay que arponear la ballena.

Miremos ahora a Stubb: un hombre que, por su humorística, deliberada frialdad y por su ecuanimidad en las peores circunstancias, era el más indicado para sobresalir en el arte de la «voltereta». Mirémoslo de pie en la popa sacudida del raudo bote; envuelto en espuma aborregada, a cuarenta pies de la ballena que lo remolca. Sin dejar de silbar, sostiene ligeramente la lanza, observándola dos o tres veces a lo largo para asegurarse de que está bien derecha: después recoge en la otra mano el rollo del lizo para asegurar en su puño el extremo libre y dejar suelto el resto. Entonces pone la lanza frente al punto medio de su cinturón, la inclina hacia la ballena y, teniéndola siempre en su mira, apoya el extremo del asta en la palma de su mano, de modo que la punta se eleva hasta que el arma queda en perfecto equilibrio sobre su mano, a quince pies en el aire. Recuerda a un juglar que sostiene un largo bastón en equilibrio sobre el mentón. Un instante después, con un rápido impulso indescriptible, el brillante acero atraviesa la espumosa distancia en un arco soberbio y se clava temblando en el punto vital de la ballena. El leviatán arroja ahora, en lugar de agua centelleante, roja sangre.

—¡Con ésta le he quitado el tapón! —gritó Stubb—. ¡Es el inmortal Cuatro de Julio; todas las fuentes deben manar vino hoy! ¡Y ojalá fuera el viejo *whisky* de Orleans, o del viejo Ohio, o del indescriptible, viejo Monongahela! ¡Entonces, Tashtego, muchacho, te haría sostener un cántaro bajo el chorro y todos beberíamos alrededor! Sí, mis valientes, haríamos un ponche excelente en ese agujero y en esa ponchera viviente nos echaríamos unos buenos tragos de la bebida viviente.

Una y otra vez, en medio de esa cháchara juguetona, la diestra maniobra se repitió y el arma volvió cada vez hacia su amo como un galgo retenido por una experta traílla. La ballena atormentada se abandona a su furia; la cuerda de remolque se afloja y el tirador, que retrocede a popa, cruza las manos y observa cómo muere el monstruo.

LXXXV. LA FUENTE

Que durante seis mil años —y sabe Dios cuántos millones de años antes— las grandes ballenas hayan surcado el mar arrojando su chorro y regando y vaporizando los jardines de las profundidades con otros tantos vaporizadores y regaderas; y que durante algunos siglos miles de cazadores hayan estado cerca de la ballena observando sus rociadas y su chorro; que todo eso haya podido ocurrir y, sin embargo, hasta este preciso instante (las trece y quince y un cuarto de minuto de este dieciséis de diciembre de 1851, *anno Domini*) aún sea un problema si esos chorros son, después de todo, agua de verdad o tan sólo vapor, es por cierto cosa extraña.

Encaremos, pues, este asunto sin excluir interesantes detalles relacionados con él. Todos sabemos que mediante el peculiar recurso de las agallas, las especies provistas de aletas en general respiran el aire que siempre está combinado con el elemento en que nadan; así, un arenque o un bacalao pueden vivir un siglo sin levantar una sola vez la cabeza sobre la superficie. Pero a causa de su característica estructura interna, que la provee de pulmones corrientes semejantes a los de un ser humano, la ballena sólo puede vivir aspirando el aire libre de la atmósfera abierta. De allí las imprescindibles visitas periódicas al mundo superior. Pero la ballena no puede respirar a través de la boca, ya que en su posición habitual la boca del cachalote está sumergida por lo menos a ocho pies bajo la superficie. Y lo que aún es más, su tráquea no tiene conexión con la boca. No; sólo respira a través de su espiráculo, situado en la punta de su cabeza.

Si digo que en toda criatura respirar no es más que una función indispensable para su vitalidad, ya que le permite extraer del aire cierto elemento que, puesto luego en contacto con la sangre, le imparte su principio vivificador, no creo incurrir en equivocación, aunque quizá emplee algún término científico superfluo. Admitido esto, se deduce que si un hombre pudiera oxigenar toda su sangre en una sola aspiración, enseguida podría taparse las narices y no volver a aspirar durante un lapso considerable. Es decir, ese hombre viviría sin respirar durante todo ese período. Por anómalo que parezca, éste es precisamente el caso de la ballena, que vive

sistemáticamente, a intervalos, toda una hora (y aún más tiempo, cuando está en el fondo) sin respirar una sola vez o lo que es lo mismo, sin absorber una sola partícula de aire, porque debe recordarse que no tiene agallas. ¿Cómo se explica esto? Entre las costillas, a cada lado de su espina dorsal, la ballena posee un notable e intrincado laberinto cretense de vasos que parecen *vermicelli*; cuando el leviatán abandona la superficie, esos vasos se distienden completamente, llenos de sangre oxigenada. De modo que durante una hora o más, hundido a miles de brazas en el mar, el animal tiene en sí una reserva de vitalidad, como el camello que atraviesa los desiertos llevando una reserva de agua en sus cuatro estómagos suplementarios. La realidad anatómica de ese laberinto es indiscutible; y la hipótesis basada en ella me parece tanto más razonable y cierta cuando pienso en la obstinación —de otro modo inexplicable— con que el leviatán *arroja sus chorros fuera del agua*, según dicen los balleneros. Lo que quiero decir es esto: si no lo molestan cuando sube a la superficie, el leviatán permanecerá en ella un lapso exactamente igual al de todas sus otras emergencias sin enemigos a la vista. Supongamos que permanece once minutos en la superficie y aspira setenta veces —o sea que espira otras tantas—; después, cuando vuelva a subir, sin duda respirará otras setenta veces. Ahora bien, si después de unas pocas respiraciones algo lo alarma, obligándolo a sumergirse, no tendrá más remedio que subir de nuevo para asegurarse su ración normal de aire. Y hasta que no haya respirado sus setenta veces no podrá hundirse y permanecer oculto el máximo de tiempo. Ha de observarse, sin embargo, que esta cifra varía de acuerdo con los individuos, pero es constante en cada uno de ellos. Ahora bien: ¿por qué ha de insistir la ballena en exhalar su chorro fuera del agua, si no para volver a llenar su reserva de aire antes de descender por un largo período? Y es harto evidente que esta necesidad de emerger expone a la ballena a todos los fatales riesgos de la caza. Porque este inmenso leviatán no podría ser capturado con ningún anzuelo o ninguna red cuando navega a miles de brazas de la luz del sol. No es tanto tu habilidad, oh cazador, cuanto la imperiosa necesidad la que te otorga la victoria.

En el hombre, la respiración es incesante: cada aspiración sólo sirve para dos o tres pulsaciones, de modo que sean cuales fueren las demás ocupaciones a que deba entregarse, dormido o despierto el hombre tendrá que respirar, o morirá. Pero el cachalote no respira sino una séptima parte de su tiempo: un domingo, digamos.

Se ha dicho que la ballena sólo respira por su espiráculo; y si pudiéramos agregar con certeza que sus chorros están mezclados con agua, opino que encontraríamos el motivo que explicaría por qué parece carecer del sentido del olfato: pues la única cosa que en ella se asemeja a una nariz es ese espiráculo que, ocupado por dos elementos, no puede tener la facultad de oler. Pero es imposible llegar a ninguna certeza absoluta en cuanto al misterio de ese chorro, que para unos es de agua y para otros de vapor.

Lo indudable es que la ballena no tiene olfato. ¿Para qué lo necesita? En el mar no hay rosas, ni violetas, ni agua de colonia.

Además, como su tráquea sólo se abre en el tubo de su canal espiratorio y este largo canal —como el del lago Erie— tiene una suerte de esclusas (que se abren y se cierran) para retener el aire y rechazar el agua, la ballena no tiene voz: a menos que la insultemos diciendo que cuando rumorea de manera tan extraña habla por la nariz. Pero de nuevo me pregunto, ¿qué tiene que decir la ballena? Pocas veces he conocido a un ser profundo que tuviera algo que decir a este mundo, salvo que lo obligaran a balbucir algo para ganarse la vida. ¡Oh, es una suerte que el mundo sea tan buen oyente!

Ahora bien, el curioso canal espiratorio del cachalote —concebido como está para la conducción del aire, tendido horizontalmente en un trecho de varios pies bajo la superficie superior de la cabeza y un poco hacia un lado— es muy semejante a un tubo de gas colocado en una ciudad a un lado de la calle. Pero subsiste el problema de si este tubo de gas no es también un tubo de agua; en otras palabras, si el chorro del cachalote es tan sólo el vapor de la espiración o si esa espiración no está mezclada con agua absorbida por la boca y descargada a través del espiráculo. Es indudable que la boca se comunica indirectamente con el canal espiratorio; pero no puede probarse que esto sea para expulsar agua a través del espiráculo. Porque esto se explicaría si la ballena tragara agua, accidentalmente, al alimentarse. Pero el alimento del cachalote está muy lejos de la superficie y allí no podría arrojar su chorro aunque quisiera. Además, si lo observamos con atención y le tomamos el tiempo reloj en mano, descubriremos que cuando no lo molestan hay un ritmo invariable entre los períodos de sus chorros y los períodos normales de respiración.

Pero ¿a qué incomodarnos con todos estos razonamientos? ¡Hablemos claro! Usted ha visto al cachalote arrojar su chorro: diga, entonces, cómo es. ¿No puede usted distinguir el agua del aire? Mi querido señor, en este mundo no es tan fácil resolver estas cosas tan simples. Siempre he encontrado que las cosas simples son las más complicadas de todas. Y en cuanto al chorro de la ballena, puede uno estar en medio de él sin ser capaz de decidir qué es con exactitud.

Su cuerpo central está escondido en la névea niebla que lo envuelve; y cómo es posible decir con seguridad si cae agua de él cuando siempre que está uno bastante cerca de una ballena para observar bien el chorro, el monstruo se sacude a tal punto que el agua cae a torrentes a su alrededor. Y si en tales circunstancias cree uno ver gotas de agua en el chorro, ¿cómo saber si no es más que vapor condensado o si no son las gotas superficialmente alojadas en la fisura del espiráculo, situada por debajo del nivel de la cabeza? Pues aun cuando nada tranquilamente en pleno día por un mar calmo, con su alta giba reseca por el sol como la de un dromedario en el desierto, aun entonces la ballena siempre tiene un pequeño estanque de agua sobre la cabeza, así

como bajo un sol abrasador a veces encontramos una cavidad llena de lluvia en una roca.

Y no es prudente que el cazador sea demasiado curioso en cuanto a la índole exacta del chorro de la ballena. No le conviene mirar y meter dentro de él la nariz. No es posible ir con un cántaro a esa fuente, llenarlo y largarse con él. Porque el más leve contacto con los jirones externos y vaporosos del chorro, que ocurre con harta frecuencia, hará que la piel arda febrilmente a causa de la acritud de la sustancia que toca. Y sé de un hombre que al entrar en contacto más íntimo con el chorro —no sé si con propósito científico o de otra clase— se despellejó la mejilla y el brazo. Por eso, entre los balleneros el chorro se considera venenoso y se procura evitarlo. Otra cosa: he oído decir, y no lo dudo, que si el chorro cae en los ojos produce ceguera. Lo más sensato que puede hacer el investigador es, pues, dejar en paz ese chorro mortal.

Sin embargo, podemos formular hipótesis, aun cuando no podamos probarlas y coincidir con la realidad. Mi hipótesis es la siguiente: el chorro no es más que niebla. Entre otros motivos, llego a esta conclusión impulsado por consideraciones relativas a la dignidad, a la sublimidad intrínseca del cachalote: no lo juzgo un ser común y bajo, puesto que es un hecho indiscutible que nunca se lo encuentra en las aguas poco profundas o cerca de las costas. El cachalote es a la vez ponderoso y profundo. Y estoy convencido que de la cabeza de todos los seres ponderosos y profundos, como Platón, Pirro, el Diablo, Júpiter, Dante, etcétera, sube un vapor apenas visible cuando lucubran hondos pensamientos. Mientras trabajaba en un breve tratado sobre la Eternidad se me ocurrió colocar un espejo ante mí: al poco rato vi que la atmósfera reflejada en él se agitaba y ondulaba sobre mi cabeza. La humedad invariable de mi pelo, mientras estaba sumido en profundas meditaciones, después de seis tazas de té caliente bajo las delgadas tablas de mi desván de un mediodía de agosto: esto parece un argumento adicional para la suposición que he esbozado.

Y cuánto se enaltece nuestra idea del poderoso monstruo envuelto en niebla si lo contemplamos mientras navega solemne por un calmo mar tropical, con su enorme cabeza coronada por un dosel de vapor, fruto de sus incommunicables lucubraciones, aureolado por un arco iris —cosa muy frecuente—, como si el cielo mismo hubiese puesto su sello sobre esos pensamientos. Porque ya saben ustedes que el arco iris no visita el aire vacío: sólo aparece en el vapor. Así, a través de todas las densas nieblas de las oscuras dudas de mi mente, se encienden de cuando en cuando divinas intuiciones que iluminan mi bruma con un rayo celestial. Y doy gracias a Dios por esto; pues todos tienen dudas, muchos niegan, pero pocos entre los que dudan o niegan tienen intuiciones. Dudas acerca de todas las cosas terrenas e intuiciones de algunas cosas celestiales: esta combinación no nos hace creyentes o incrédulos, pero nos convierte en hombres que consideran con mirada imparcial a creyentes e incrédulos.

LXXXVI. LA COLA

Otros poetas han gorjeado alabanzas a los dulces ojos del antílope o las encantadoras plumas del pájaro que nunca se posa; yo, menos etéreo, celebro una cola.

Si consideramos que la cola del cachalote más grande empieza en el punto donde el tronco se ahúsa hasta alcanzar la circunferencia de un hombre, la superficie superior de esa cola tiene por lo menos cincuenta pies cuadrados. La compacta redondez de su raíz se expande en dos palmas o aletas amplias, firmes y chatas, que poco a poco se adelgazan hasta tener menos de una pulgada de espesor. En la bifurcación u horqueta, esas aletas se superponen ligeramente y después se apartan como alas, dejando un espacio vacío entre sí. No hay cosa viviente en que las líneas de la belleza estén más exquisitamente definidas que en los bordes en forma de media luna de esas aletas. Plenamente desarrollada, en la ballena adulta, esta cola superará con creces los veinte pies de anchura.

El miembro entero parece una densa trama de fibras soldadas; pero si lo cortamos descubriremos que lo componen tres napas distintas: la superior, la media y la inferior. Las fibras de las napas superior e inferior son largas y horizontales; las de la media, muy cortas e infiltradas en las napas externas. La triple estructura da fuerza a la cola. El estudioso de los antiguos muros romanos encontrará un curioso paralelo entre la napa media y la delgada serie de baldosas que siempre se alterna con la piedra en esas maravillosas reliquias de la antigüedad y que sin duda contribuye en gran medida a la enorme resistencia de la construcción.

Pero como si no bastara la inmensa fuerza de esta cola fibrosa, la masa entera del leviatán está cubierta por una urdimbre de fibras y filamentos musculares que, pasando a cada lado de los lomos y bajando hacia las aletas, poco a poco se mezclan con ellas y contribuyen en buena parte a darles su fuerza; de manera que en la cola la energía confluyente y desmesurada de la ballena entera parece concentrada en un solo punto. Si la materia pudiera ser aniquilada, éste sería el medio.

Esta fuerza asombrosa no entorpece la graciosa flexibilidad de los movimientos, que combinan una infantil soltura con un poder titánico. Al contrario, la sorprendente

belleza de esos movimientos proviene de esa fuerza misma. La verdadera fuerza nunca impide la belleza o la armonía; con frecuencia la otorga. Y en todo lo que tiene una belleza imponente, la fuerza tiene mucho que ver con la magia. Si quitamos los tendones enlazados que parecen del mármol en el Hércules esculpido desaparecerá todo su encanto. Cuando el fiel Eckerman levantó el lienzo que cubría el cadáver desnudo de Goethe, quedó asombrado ante el macizo pecho de ese hombre, semejante a un arco triunfal romano. Cuando Miguel Ángel pinta a Dios Padre en forma humana, observen el vigor que le atribuye. Y con todo lo que puedan revelar de amor divino en el Hijo, los cuadros italianos, blandos, ensortijados, hermafroditas, en los cuales esa idea del Hijo se ha encarnado con más éxito, no insinúan ninguna fuerza salvo la meramente negativa y femenina de la sumisión y la paciencia que, como todos admiten, forman las peculiares virtudes prácticas enseñadas por Cristo.

Tal es la sutil elasticidad del órgano acerca del cual hablo, que cuando se mueve jugando, o en serio, o impulsado por la cólera, sea cual fuere el estado de ánimo que lo rige, sus flexiones siempre tienen una gracia suprema. En esto, ningún brazo de hada puede superarlo.

Cinco grandes movimientos le son característicos. Primero, cuando el animal lo usa para avanzar; segundo, cuando lo usa como maza en el combate; tercero, para deslizarse; cuarto, para flagelar; quinto, para levantar las aletas.

Primero. Como está horizontalmente insertada, la cola del leviatán funciona de manera diferente de la cola de cualquier otra criatura marina. Nunca se contorsiona. En el hombre o el pez, contorsionarse es signo de inferioridad. Para la ballena, su cola es el único medio de propulsión. Arrollada hacia delante, bajo el cuerpo, como una espiral, y después proyectada rápidamente hacia atrás, da al monstruo ese peculiar impulso fulmineo cuando nada con furia. Las aletas laterales sólo sirven como timón.

Segundo. Es bastante significativo que así como un cachalote sólo lucha contra otro cachalote con su cabeza, en sus combates contra el hombre usa principalmente, y desdeñosamente, la cola. Para golpear un bote la ballena recoge con rapidez la cola: el golpe se da simplemente por rechazo. Cuando lo asesta en el vacío del aire, y sobre todo cuando cae sobre su blanco, el golpe es irresistible. No hay costillas humanas ni embarcación que puedan soportarlo. La única salvación es esquivarlo; pero si llega lateralmente, a través de la resistencia del agua, en parte a causa de la ligereza de los botes balleneros y la elasticidad de sus materiales, una costilla rota, una o dos tablas arrancadas, una hendidura en el costado es el peor daño que puede ocurrir. Esos golpes laterales son tan frecuentes en la caza de ballenas que se los considera como un juego de niños. Uno de los remeros se quita la camisa y tapona el agujero.

Tercero. No puedo demostrarlo, pero creo que el sentido del tacto de la ballena está concentrado en la cola, porque en este aspecto su delicadeza sólo se iguala con la sensibilidad de la trompa del elefante. Esta delicadeza se revela especialmente en el

acto de deslizarse, cuando con ligereza virginal mueve lentamente sus inmensas aletas, de lado a lado, sobre la superficie del mar. Y si sintiera tan sólo los bigotes de un marinero, ¡ay de ese marinero, de los bigotes y de todo lo demás! ¡Qué ternura hay en ese toque preliminar! Si esta cola tuviese una facultad prensil cualquiera pensaría de inmediato en el elefante de Darmónides que frecuentaba el mercado de flores y con profundos saludos ofrecía ramilletes a las doncellas y después les acariciaba la cintura.

Por más de un motivo, es una lástima que la ballena no tenga esa facultad prensil en su cola; porque sé de otro elefante que cuando lo herían durante una batalla, curvaba la trompa y se arrancaba el dardo.

Cuarto. Si sorprendemos desprevenida a la ballena en la engañosa seguridad del mar solitario, la encontraremos despojada del peso enorme de su dignidad, jugando en el océano como un gatito ante el fuego de la chimenea. Pero en ese juego sigue revelándose su fuerza. Las anchas palmas de su cola se elevan en el aire y después, al golpear contra la superficie del agua, resuenan como un trueno en millas a la redonda. Es como la descarga de un gran cañón: y si alguien ve el ligero vapor que se desprende del espiráculo creará, sin duda, que es el humo de la pólvora.

Quinto. Como en la postura de flotación habitual las aletas del leviatán están muy por debajo del nivel de su lomo, permanecen totalmente ocultas bajo el nivel de la superficie. Pero cuando está a punto de sumergirse en las profundidades, toda su cola, y por lo menos treinta pies de su cuerpo, se alzan en el aire y así permanecen, vibrando un instante, hasta que se hunden de golpe. Con excepción de su maravilloso salto —que describiremos en otra parte—, esta elevación de las aletas de la ballena es, quizá, el espectáculo más grandioso de toda la naturaleza animada. Surgiendo de las profundidades sin fondo, la cola gigantesca parece precipitarse espasmódicamente para aferrar algo en el cielo más alto. Así, he visto en sueños al majestuoso Satanás extender su garra atormentada y colosal desde la llama báltica del infierno. Pero al contemplar esas escenas, lo único que importa es el estado de ánimo en que nos encontramos; si estamos con un ánimo dantesco, pensamos en los diablos; si tenemos un ánimo como el de Isaías, pensamos en los arcángeles. Una vez, encaramado en el mástil de mi nave durante un amanecer que encendía el cielo y el mar, divisé una gran manada de ballenas hacia Oriente: todas se dirigían hacia el sol y durante un momento las aletas alzadas vibraron al unísono. En ese instante me pareció que nunca se había visto un conjunto semejante de adoración a los dioses, ni siquiera en Persia, la patria de los adoradores del fuego. Así como Ptolomeo Filopator dio testimonio del elefante africano, yo lo di entonces de la ballena, declarándola la más devota de todas las criaturas. Pues según el rey Juba, los elefantes militares de la antigüedad solían saludar a la mañana con sus trompas levantadas, en el silencio más profundo.

La comparación ocasional que se ha hecho en este capítulo entre la ballena y el elefante, en lo que se refiere a ciertos aspectos de la cola de la primera y la trompa del

segundo, no pretende establecer una igualdad entre esos órganos opuestos y menos aún entre las criaturas a quienes pertenecen respectivamente. Pues así como el poderoso elefante es sólo un cuzco ante el leviatán, del mismo modo su trompa, comparada con la cola del leviatán, es apenas el tallo de un lirio. El golpe más terrible de la trompa de un elefante no es más que el leve golpe de un abanico frente al desmesurado embate de las pesadas aletas del cachalote que, en muchos casos, han arrojado por el aire embarcaciones enteras con todos sus remos y tripulantes, como un juglar indio que hace juegos malabares con sus clavos.

Cuanto más examino esta cola poderosa, tanto más deploro mi inhabilidad para expresarla. A veces tiene ademanes que, aunque embellecerían la mano de un hombre, son totalmente inexplicables. En una manada numerosa, estos gestos místicos son a veces tan notables que a algunos cazadores les parecen semejantes a los signos y símbolos de los masones, y así sostienen que la ballena habla de este modo inteligible con el mundo. De otros movimientos es también capaz el cuerpo de la ballena, llenos de extrañeza e inexplicables para sus más experimentados cazadores. Es inútil que intente disecarla: no puedo ir más allá de la piel; no la conozco ni la conoceré. Pero si no conozco siquiera la cola de esta ballena, ¿cómo he de entender su cabeza? Y más aún, ¿cómo he de comprender su cara, cuando no tiene cara? «Verás mis partes posteriores, mi cola —parece decirme—, pero la cara, no podrás vérmela». Pero tampoco puedo ver bien sus partes posteriores y no sé qué entiende la ballena por su cara. Repito que, para mí, no la tiene.

LXXXVII. LA GRAN ARMADA

La estrecha y larga península de Malaca, que se extiende al sudeste de los territorios de Birmania, forma la punta más meridional de Asia. En una línea continua a partir de esta península se prolongan las islas de Sumatra, Java, Bali y Timor que, con muchas otras, forman una vasta mole o baluarte que une longitudinalmente Asia con Australia y separa la extensión ininterrumpida del Océano Índico de los archipiélagos orientales, densamente poblados. Este baluarte está atravesado por varias salidas para conveniencia de barcos y ballenas: las principales son los estrechos de Sonda y Malaca. Sobre todo por el estrecho de Sonda entran en el mar de China las naves que van a China desde Occidente.

Este angosto estrecho de Sonda divide a Sumatra de Java y, por estar a mitad de camino en ese enorme baluarte de islas cuyo contrafuerte es ese audaz promontorio verde conocido por los marinos como la Cabeza de Java, es como la puerta central de un vasto imperio amurallado. Y si pensamos en la inagotable riqueza de especias, sedas, alhajas, oro, marfil que poseen las mil islas de ese mar oriental, se nos ocurre que es una significativa previsión de la naturaleza que tales tesoros, por la formación misma de la tierra, tengan al menos la apariencia de estar protegidos contra la avidez del mundo occidental, por ilusoria que sea tal protección. Las costas del estrecho de Sonda carecen de esas fortalezas dominantes que vigilan las entradas al Mediterráneo, el Báltico y el Helesponto. A diferencia de los daneses, estos orientales nunca exigieron el obsequioso homenaje de las galias arriadas a la infinita procesión de naves que, con viento en popa, durante siglos, de día o de noche, pasaron entre las islas de Sumatra y Java, fletadas con los cargamentos más valiosos del Oriente. Pero mientras renuncian sin ambages a ese tipo de ceremonias, en modo alguno renuncian a tributos más concretos.

Desde tiempos inmemoriales, las proas piratas de los malteses, que acechaban entre los refugios e islotes de Sumatra, cayeron sobre las naves que atravesaban el estrecho, exigiendo feroz tributo a punta de espada. Aunque los repetidos y cruentos castigos recibidos de manos de los navegantes europeos han disminuido un tanto la

audacia de estos corsarios en los últimos tiempos, aún hoy sabemos de cuando en cuando que algún barco inglés o americano ha sido abordado y saqueado sin remordimiento en esas aguas.

Con viento fresco y favorable, el *Pequod* se acercó a esos estrechos. El propósito de Ahab era pasar a través de ellos para entrar al mar de Java y desde allí, siguiendo hacia el norte, avanzar en aguas que suele frecuentar el cachalote, costear las islas Filipinas y llegar a la lejana costa del Japón a tiempo para la plena estación de caza en esa zona. De ese modo, el circunnavegante *Pequod* recorrería todas las zonas de caza balleneras del mundo, antes de bajar hacia el Ecuador, en el Pacífico. Allí, aunque su busca no hubiere dado resultado en otras partes, Ahab pensaba que presentaría batalla a Moby Dick, en el mar más frecuentado por el monstruo, según se sabía, y en una estación durante la cual era razonable alimentar la esperanza de encontrarlo.

Pero ¿cómo es posible que durante esa búsqueda metódica Ahab no toque tierra? ¿Acaso su tripulación bebe aire? Sin duda tendrá que detenerse para aprovisionarse de agua. No. Hace ya mucho tiempo que el sol gira en torno de su anillo ardiente y no necesita más alimento que el suyo propio. Lo mismo ocurre con Ahab. Observen ustedes esta nueva peculiaridad de las balleneras. Mientras otros cascos están cargados de materiales ajenos para depositarlos en muelles extranjeros, la ballenera que vagabundea por el mundo no tiene otro cargamento que su tripulación, sus armas y sus provisiones. En su gran bodega lleva embotellado el contenido de un lago. Está atiborrada de cosas necesarias: no hay en ella ningún inservible lingote de plomo o de hierro. En su interior hay agua para beber durante años. La límpida, vieja agua mineral de Nantucket que, al cabo de tres años de navegación en el Pacífico, es preferible para los marineros al líquido salobre recogido el día anterior de los manantiales peruanos o indios. De modo que mientras otras naves recorren de ida y de vuelta el camino entre China y Nueva York tocando una veintena de puertos, la ballenera, en ese mismo lapso, suele no avistar un solo grano de tierra y su tripulación no ve sino a otros hombres que flotan como ellos. De modo que si les llevamos la noticia de que ha ocurrido otro diluvio, sólo dirán: «Bueno, muchachos, ya estamos en el arca».

Ahora bien: como en las aguas occidentales de Java se habían capturado muchos cachalotes en la vecindad de los estrechos de Sonda, los cazadores consideraban que gran parte de esa zona era un lugar excelente para buscar presas. Por consiguiente, a medida que el *Pequod* se acercaba a la Cabeza de Java, los oficiales exhortaban a los vigías cada vez con más frecuencia para que se mantuvieran bien despiertos. Pero aunque pronto se divisaron a estribor los verdes acantilados cubiertos de palmeras y se olió en el aire el delicioso aroma de la canela fresca, no se avistó un solo chorro. Renunciando casi a toda idea de iniciar una partida de caza en esos alrededores, la nave se disponía ya a entrar en los estrechos, cuando se oyó en las cofas el habitual

grito de júbilo y no mucho después nos saludó un espectáculo de singular magnificencia.

Pero debemos aclarar que, a causa de la caza infatigable a que han sido sometidos en los cuatro océanos, los cachalotes ya no nadan en los últimos tiempos en pequeños grupos aislados, sino reunidos en grandes manadas que a veces abarcan tal multitud que parecen populosas naciones unidas en solemne liga para la ayuda y la protección mutuas. A esta agrupación del cachalote en tan inmensas caravanas debe imputarse el hecho de que aun en las mejores zonas de caza una ballenera puede navegar semanas y meses enteros sin que le dé la bienvenida un solo chorro y, de repente, avistar los que a veces parecen miles y miles de chorros.

Extendida a cada lado del *Pequod*, hacia proa, a la distancia de dos o tres millas, formando un inmenso semicírculo que abarcaba la mitad del horizonte, una cadena ininterrumpida de chorros de ballenas jugueteaba y centelleaba en el aire de mediodía. A diferencia de los chorros gemelos, rectos y perpendiculares de la ballena de Groenlandia, que se bifurca en la punta y cae en dos brazos, como las ramas lánguidas del sauce, el chorro único, inclinado hacia delante, del cachalote, presenta una espesa y rizada mata de bruma blanca que se eleva y cae, incesantemente, a sotavento.

Vista desde la cubierta del *Pequod*, como si la nave hubiera subido a una alta colina del mar, esa hueste de chorros vaporosos, que se curvaban en el aire y se avistaban a través de una difusa atmósfera de neblina azulada, parecían las mil chimeneas alegres de una densa metrópoli descubierta en una perfumada mañana otoñal por algún jinete parado en una altura.

Así como los ejércitos en marcha aprietan el paso al acercarse a un desfiladero entre montañas, ansiosos por dejar atrás ese pasaje riesgoso, y después recobran su relativa seguridad en la llanura, del mismo modo esta vasta flota de ballenas ahora parecía apresurarse hacia los estrechos, contrayendo poco a poco las alas del semicírculo y nadando en un grupo compacto, todavía en forma de media luna.

El *Pequod* se lanzó tras ellas a toda vela; los arponeros blandían sus armas y gritaban con todas sus fuerzas desde las proas de sus botes todavía colgados. No cabía duda de que, si el viento seguía ayudándolos, perseguido por esos estrechos de Sonda el enorme ejército se desplegaría en los mares orientales para presenciar la captura de no pocos de sus miembros. ¡Y quién podía asegurar que en esa caravana no estuviera, por casualidad, Moby Dick, como el venerado elefante blanco en el cortejo de la coronación de los siameses! Así, vela sobre vela, avanzábamos empujando ante nosotros a esos leviatanes. Súbitamente, la voz de Tashtego nos llamó a gritos la atención sobre algo que había a nuestra zaga.

Allí vimos otra media luna que correspondía a la de la delantera. Parecía formada de vapores blancos y aislados que subían y bajaban como los chorros de la ballena,

sólo que no aparecían y desaparecían del todo, pues se elevaban sin cesar, sin diluirse nunca por completo. Dirigiendo su catalejo hacia ese espectáculo, Ahab se volvió rápidamente sobre el agujero en que tenía insertada la pierna de marfil y gritó: «¡Todos arriba! ¡Aparejos y baldes para mojar las velas! ¡Son malayos y vienen tras nosotros!».

Como si hartos de acechar durante demasiado tiempo, ocultos tras los promontorios, hasta que el *Pequod* entrara del todo en los estrechos, esos bandidos asiáticos nos perseguían ahora con todo ardor para compensar la excesiva cautela de su demora. Pero el rápido *Pequod*, empujado por el viento favorable, también se empeñaba en una ardiente persecución, ¡qué amabilidad la de esos filántropos atezados, que nos incitaban a acelerar nuestra propia persecución como simples fustas y espuelas! Mientras tanto, con el catalejo bajo el brazo, Ahab recorría la cubierta a uno y otro extremo: cuando iba hacia delante, contemplaba los monstruos que perseguía; cuando iba hacia atrás, a los piratas sedientos de sangre que lo perseguían a él. Parecía absorto en una fantasía: como si al mirar las verdes murallas del desfiladero de agua por el cual navegaba su *Pequod*, se le hubiese ocurrido que a través de esa puerta pasaba el camino de su venganza y a través de esa misma puerta él se empeñara en una persecución, perseguido, a su vez, hasta un desenlace fatal. Y no sólo eso: además, una horda de feroces piratas sin conciencia, unos inhumanos diablos ateos lo incitaban a avanzar con imprecaciones infernales... Mientras todas estas ideas le pasaban por la mente, la frente de Ahab permanecía fruncida y descarnada, como la negra arena de una playa cuando una marejada tormentosa la ha roído sin lograr arrancarla de su lugar.

Pero pensamientos como éste perturbaban a muy pocos hombres entre la afanosa tripulación; y cuando después de dejar cada vez más atrás a los piratas, el *Pequod* dio vuelta al fin la punta intensamente verde de Cockatoo, hacia el lado de Sumatra, para salir al mar abierto, los arponeros parecían más irritados a causa de la ventaja alcanzada por las rápidas ballenas, que contentos de que su nave victoriosa hubiese dejado atrás a los malayos. Pero seguimos tras la estela de las ballenas, que acabaron por reducir su velocidad; poco a poco la nave fue acercándoseles y como el viento amainó, se dio orden de bajar las embarcaciones. Pero no bien la manada advirtió — mediante una suerte de maravilloso instinto que posee el cachalote — que los tres botes iban tras ella, aunque todavía a una milla de distancia, los monstruos reanudaron la carrera y se dispusieron en apretadas filas y batallones, de manera que sus chorros parecían centelleantes líneas de bayonetas que avanzaban a redoblada velocidad.

Nos quitamos casi toda la ropa, y sólo en camiseta y calzoncillos saltamos a los remos de fresno. Después de remar durante varias horas, casi resignados a abandonar la caza, un movimiento general de vacilación entre las ballenas nos dio la alentadora prueba de que ya estaban bajo el influjo de esa extraña perplejidad, de esa inerte

irresolución que hace decir a los cazadores que las ballenas están *aterradas*. Las columnas compactas en que hasta ahora habían nadado raudas y marciales se deshicieron en una confusión inabarcable y, como los elefantes del rey Poro en la batalla india con Alejandro, parecían enloquecidas de espanto. Esparciéndose en todas direcciones, en grandes círculos irregulares, y nadando aquí y allá sin rumbo fijo, con sus chorros cortos y espesos denunciaban muy a las claras el frenesí de su pánico. Esto era aún más evidente en algunos cachalotes que, totalmente paralizados, por así decirlo, flotaban indefensos en el mar como naves dismanteladas e inundadas. Si estos leviatanes hubieran sido tan sólo un rebaño de simples ovejas perseguidas en la pradera por tres lobos feroces, quizá no habrían mostrado un espanto mayor. Pero esta timidez ocasional es característica de todos los animales que viven agrupados. Aunque reunidos en decenas de millares, los búfalos de melena leonina que viven en el oeste huyen ante un jinete solitario. Lo mismo ocurre con los seres humanos cuando, en el redil de una platea, a la menor alarma de incendio se precipitan desatentados hacia la salida, apeñuscándose, pisoteándose, empujándose y arrastrándose mutuamente hacia la muerte sin asomo de remordimiento. Por lo tanto, será mejor no asombrarse de las ballenas extrañamente aterrorizadas que teníamos delante, porque no hay locura de los animales de este mundo que no supere la locura de los hombres.

Aunque muchas de las ballenas, como hemos dicho, eran presa de una violenta agitación, debe observarse que en conjunto la manada no avanzaba ni se retiraba: permanecía en el mismo lugar. Como suele hacerse en estos casos, los botes se apartaron y cada uno se dirigió hacia una ballena aislada, en las márgenes del grupo. Tres minutos después voló el arpón de Queequeg: la ballena herida arrojó un vapor enceguedor en nuestras caras y después huyó como un relámpago hacia el corazón de la manada. Aunque tal movimiento por parte de una ballena herida no carece de precedentes y, en verdad, casi siempre debe prevérsele, es una de las vicisitudes más peligrosas de la caza. Pues cuando el veloz monstruo nos arrastra cada vez más dentro del frenético tumulto, nos despedimos de la vida circunspecta y sólo existimos en un delirante sobresalto. Mientras tanto, ciega y sorda, la ballena seguía avanzando, como si la sola virtud de la velocidad hubiese podido librarla de la sanguijuela de hierro que se le había prendido. Y mientras abríamos un blanco tajo en el mar, amenazados a ambos lados por los animales enloquecidos que corrían en torno a nosotros, nuestro bote era como la nave asediada por islas de hielo en una tempestad que lucha por abrirse camino entre sus intrincados canales, sin saber en qué momento la encerrará y la aplastará un témpano.

Pero sin asomo de miedo, Queequeg nos guiaba virilmente, ya desviándose de un monstruo cruzado en nuestro camino, ya esquivando a otro cuyas colosales aletas quedaban en suspenso sobre nuestras cabezas, mientras Starbuck, de pie en la proa, lanza en mano, despejaba el camino de cuantas ballenas podía alcanzar con golpes

cortos, pues no había tiempo para tiros largos. Tampoco estaban ociosos los remeros, aunque su tarea habitual era inútil en esos momentos en que prestaban particular atención a la parte vocal de la aventura. «¡Fuera del camino, comodoro!», gritó uno de ellos a un enorme dromedario que de repente subió a la superficie y por un instante amenazó con volcarnos. «¡Eh, baja esa cola!», gritó un segundo a otro que, muy cerca de nuestra borda, parecía refrescarse tranquilamente con su extremidad, semejante a un abanico.

Todos los botes balleneros llevan unos curiosos aparatos inventados por los indígenas de Nantucket, llamados «drogas». Dos gruesos cuadrados de madera del mismo tamaño se unen firmemente de tal modo que sus vetas forman un ángulo recto. En medio de ese bloque se ata una línea bastante larga; el otro extremo de esta línea, que es un nudo corredizo, puede ajustarse en cualquier momento a un arpón. Esta «droga» se usa sobre todo para las ballenas «aterradas». Pues en esas ocasiones suele haber en torno al ballenero más cachalotes que los que puede cazar de una sola vez. Pero los cachalotes no se encuentran todos los días: hay que matar cuantos se pueda, mientras hay ocasión. Y si no es posible matarlos a un tiempo, hay que herirles las aletas, para poder matarlos después con holgura. Es en estas circunstancias cuando se emplea la «droga». Nuestro bote tenía tres. La primera y la segunda fueron arrojadas con éxito, y vimos a las ballenas alejarse a los tumbos, entorpecidas por la enorme resistencia oblicua de la «droga» que arrastraban. Estaban paralizadas, como el malhechor por la cadena y la bola de hierro. Pero cuando fue arrojada la tercera, las cosas no anduvieron tan bien. Cuando el incómodo bloque de madera fue lanzado por encima de la borda, atrapó desde abajo uno de los bancos de la embarcación, lo arrancó de su lugar y se lo llevó tras sí, haciendo caer al remero en el fondo del bote cuando el asiento se deslizó bajo él. El agua empezó a entrar por ambos lados, a través de la madera rota. Pero taponamos las heridas con dos o tres calzoncillos y camisas y así detuvimos, por el momento, las vías de agua.

Habría sido casi imposible arrojar esos arpones «drogados» de no haber disminuido la velocidad de nuestra ballena, mientras avanzábamos hacia el centro de la manada; por otra parte, a medida que nos alejábamos cada vez más de la tumultuosa periferia, el espantoso desorden parecía calmarse. De modo que cuando al fin se desprendió el arpón y la ballena que nos remolcaba desapareció a un lado, con el impulso moribundo de su partida nos deslizamos entre dos monstruos hacia el más recóndito corazón de la manada, como si de un torrente montañoso hubiésemos pasado al sereno lago de un valle. Allí se oía el rugir de las corrientes entre las ballenas más alejadas, pero no se sentía. En ese espacio central, el mar presentaba esa suave superficie satinada llamada «bruñido», producida por la refinada grasa que la ballena desprende en momentos de placidez. Sí, estábamos en medio de esa calma encantada que, según dicen, nos aguarda en el centro mismo de toda conmoción. Y sin embargo,

en la caótica lejanía veíamos el tumulto de los círculos exteriores, concéntricos, y distinguíamos tropillas de ocho o diez cachalotes que giraban velozmente, como multiplicadas parejas de caballos en la arena de un circo, tan juntos que un jinete titánico hubiese podido dar su peligroso salto sobre los del medio. A causa de la densa multitud de ballenas en reposo que rodeaban el eje cerrado de la manada no teníamos posibilidad de escapar. Debíamos aguardar que se abriera una brecha en el muro viviente que nos cercaba: el muro que nos había dejado entrar sólo para acorralarnos. Y mientras aguardábamos en el centro del lago, de cuando en cuando nos visitaban mansas vacas y terneros: las mujeres y los hijos de ese ejército desbandado.

Ahora bien, puesto que los círculos exteriores giraban a largos intervalos y en cada uno de ellos las diferentes tropillas estaban separadas por grandes espacios, la superficie ocupada por toda la manada debía ser por lo menos de dos o tres millas cuadradas. De todos modos —aunque un juicio como éste puede ser falso en semejante situación—, desde el llano de nuestro bote podían descubrirse chorros que parecían surgir casi desde el borde del horizonte. Menciono este detalle porque las madres y sus hijos parecían vacas y terneros encerrados en un seguro refugio. Como si la gran extensión de la manada les impidiera conocer la causa de ese alto, o quizá porque eran tan jóvenes, simples, inocentes y sin experiencia, esas ballenas pequeñas que de cuando en cuando visitaban nuestra embarcación inmóvil acudiendo desde las márgenes del lago revelaban una temeridad y una confianza maravillosas, o acaso un pánico quieto y encantado, ante el cual era imposible no asombrarse. Como perros domésticos husmeaban en torno a nosotros: era como para pensar que algún hechizo las había domesticado. Queequeg les palmeaba la frente; Starbuck les rascaba el lomo con su lanza pero, temeroso de las consecuencias, se abstenía de herirlas.

Pero lejos de este maravilloso mundo de la superficie, otro mundo aún más extraño se ofreció a nuestros ojos cuando miramos desde la borda: suspendidas en esas bóvedas marinas flotaban las madres que criaban a sus hijos y otras que, por su enorme circunferencia, parecían próximas a parir. Como ya he insinuado, el lago era muy transparente. Y así como los hijos de los hombres, cuando maman, fijan su tranquila mirada más allá del pecho materno, como si tuvieran dos existencias distintas al mismo tiempo y al recibir ese sustento mortal se alimentaran de algún recuerdo ultraterreno, del mismo modo las crías de esas ballenas parecían mirar *hacia* nosotros, pero no *a* nosotros, como si sólo hubiéramos sido briznas de algas ante sus ojos de recién nacidos. Flotando inclinadas sobre un lado, las madres también parecían mirarnos tranquilamente. Uno de esos niños que, por algunos indicios, apenas parecía tener un día de vida, medía quizá unos catorce pies de largo y unos seis de diámetro. Era muy vivaz, aunque su cuerpo no parecía del todo restablecido de la incómoda posición ocupada en el redículo materno, donde el feto yace como un arco tártaro, la

cabeza contra la cola lista para el salto final. Las delicadas aletas laterales y las de la cola aún conservaban ese aspecto rugoso que tienen las orejas de un niño recién llegado de comarcas extrañas.

—¡Línea! ¡Línea! —gritó Queequeg, mirando sobre la borda—. ¡A él, pronto! ¡Quién le dio! ¡Quién lo golpeó! ¡Dos ballenas, una grande, otra pequeña!

—¿Qué te pasa, hombre? —gritó Starbuck.

—Mira aquí —dijo Queequeg, señalando hacia abajo.

Así como la ballena herida que ha devanado cientos de brazas de línea, al resurgir de una profunda zambullida, muestra la línea suelta que sube hacia el aire en blandas espirales, ahora Starbuck vio largas serpentinas del cordón umbilical de Madame Leviatán, mediante el cual el cachorro parecía aún enlazado a su madre. No es raro que en las vicisitudes de la caza esa línea natural, con un extremo suelto, se enrede con la de cáñamo, atrapando al cachorro. Algunos de los secretos más celosos del océano parecían revelársenos en ese estanque encantado. Vimos jóvenes amores leviatánicos en el abismo.

Y así, aunque rodeados por círculo tras círculo de consternación y terror, esas inescrutables criaturas del centro se entregaban libremente a todas las ocupaciones de la paz y retozaban en un dichoso abandono. Yo mismo, en el tempestuoso Atlántico de mi ser, disfruto interiormente de una muda calma; y mientras giran a mi alrededor planetas nefastos de infinita tristeza, en lo más hondo de mi ser existe un goce plácido y eterno.

Mientras permanecíamos así, como hechizados, las bruscas escenas de violencia que ocurrían a la distancia revelaban la actividad de los demás botes, aún ocupados en «drogar» a las ballenas al borde del ejército, o quizá empeñados en librar batalla dentro del primer círculo, donde había espacio suficiente y hasta alguna vía de escape. Pero el espectáculo de las ballenas enfurecidas y «drogadas» que de cuando en cuando se arrojaban ciegas, aquí y allá, a través de los círculos, no era nada comparado con lo que al fin descubrieron nuestros ojos. Cuando se ha hecho presa en una ballena de fuerza y agilidad poco comunes, los balleneros procuran desjarretarla, por así decirlo, seccionando o mutilando el gigantesco tendón de la cola. Esa operación se hace mediante una pala de descuartizar de mango corto, atada a una sogas para recobrarla. Como después supimos, una ballena herida en esa parte, aunque de manera insuficiente, según parecía, se había apartado bruscamente del bote llevándose la mitad de la línea del arpón; en el atroz sufrimiento de la herida se revolcaba entre los círculos giratorios como en la batalla de Saratoga el bandido Arnold, que solo y a caballo llevaba el terror donde se presentaba.

Pero por atroz que fuera la herida de la ballena, y aunque el espectáculo que ofrecía fuera espantoso, lo cierto era que el peculiar horror que parecía inspirar al resto de la manada se debía a otra causa que, al principio, la distancia nos impidió ver. Pero

al fin descubrimos que por uno de los inimaginables accidentes de la caza, esta ballena se había enredado con la línea del arpón que remolcaba; además, había huido con la pala de descuartizar clavada en el cuerpo: pero si el extremo suelto de la soga atada a esa arma se había enredado en la línea del arpón que le daba vuelta a la cola, la pala se había desprendido de la carne. De modo que, atormentado hasta enloquecerse por el dolor, el monstruo se debatía en el agua, agitando violentamente su flexible cola, y al sacudir a su alrededor la afilada arma, hería y mataba a sus propios camaradas.

Este espectáculo terrible pareció arrancar a toda la manada del miedo que la paralizaba. Primero, las ballenas que formaban el borde de nuestro lago empezaron a amontonarse y a chocar unas contra otras, como impulsadas por olas moribundas llegadas desde lejos; después el lago mismo empezó a henchirse y a encrespase; las cámaras nupciales y los cuartos de niños submarinos desaparecieron; en órbitas cada vez más estrechas, las ballenas de los círculos próximos al centro empezaron a nadar en grupos cada vez más numerosos. Sí, aquella larga calma se disipaba. Pronto se oyó avanzar un rugido sordo y después, como las masas tumultuosas de hielo cuando el gran río Hudson irrumpe en primavera, todo el ejército de ballenas se precipitó a su centro, como para unirse en una sola montaña. De inmediato Queequeg y Starbuck intercambiaron sus puestos: Starbuck pasó a popa.

—¡A los remos! ¡A los remos! —susurró intensamente, tomando la barra—. ¡Agarren los remos con alma y vida! ¡Dios santo, marineros, atención! ¡Eh, tú, Queequeg, dáselo a ése! ¡Vamos, clávaselo! ¡De pie, de pie! ¡Y quédate así! ¡Fuerza, hombres! ¡No se preocupen de los lomos!... ¡Rásquenselos!

El bote estaba a punto de ser aplastado por dos inmensos bultos negros que apenas dejaban entre sí un angosto estrecho de los Dardanelos. Con un esfuerzo desesperado nos lanzamos hacia una apertura momentánea; después nos retiramos rápidamente y buscamos con ansia otra salida. Varias veces nos salvamos por un pelo, hasta que al fin nos deslizamos hacia lo que había sido uno de los círculos exteriores, ahora atravesado por ballenas que se precipitaban hacia el centro. El único precio que pagamos por esa afortunada huida fue la pérdida del sombrero de Queequeg que, mientras estaba en la proa punzando a las ballenas fugitivas, sintió que se le volaba, llevado por un remolino de aire provocado, muy cerca de nosotros, por la súbita agitación de un par de inmensas aletas.

Tumultuoso y desordenado como era ese pánico general, no tardó en resolverse en lo que pareció un movimiento sistemático, porque amontonados por fin en un solo grupo compacto, los cachalotes reanudaron su huida hacia delante con acrecentada velocidad. Era inútil seguir persiguiéndolos; pero los botes aún se demoraron en su estela para recoger las ballenas «drogadas» que quedaran a la zaga y, además, para asegurar una ballena que Flask había matado y «marcado». La «marca» es un palo con una banderola. Cada bote lleva dos o tres marcas y cuando hay otra presa posible al

alcance, se clava una marca en el cuerpo flotante de una ballena muerta, tanto para señalar su sitio en el mar como para indicar quién es su dueño, en caso de que haya otros botes cerca.

El resultado de esta incursión ilustró, en cierto modo, esa frase llena de sabiduría que dicen los balleneros: «Cuanto más ballenas, menos pesca». De todas las ballenas «drogadas», sólo una había sido capturada. El resto había logrado huir, por el momento, aunque sólo para ser cobradas, como pronto se verá, por otra nave.

LXXXVIII. ESCUELAS Y MAESTROS

En el capítulo anterior he dado noticia de un inmenso grupo o manada de cachalotes y también he explicado la causa probable de esas concentraciones.

Ahora bien: aunque a veces se encuentran esos grandes grupos, como el lector ya lo habrá advertido, de cuando en cuando se observan, aun en nuestros días, pequeñas bandas aisladas de entre veinte y cincuenta individuos. Suelen ser de dos clases: las compuestas íntegramente por hembras, y las que sólo contienen jóvenes machos vigorosos o toros, como se los llama familiarmente.

Un gran macho adulto, pero no viejo, escolta siempre como un caballero la escuela de las mujeres. A la menor alarma, da prueba de su galantería precipitándose a la retaguardia y cubriendo la huida de sus damas. En verdad, este caballero es un voluptuoso otomano que recorre nadando el mundo acuático, acompañado de todas las ternuras y solaces de un harén. El contraste entre este otomano y sus concubinas es impresionante; porque mientras él tiene siempre las mayores proporciones leviatánicas, las damas, aun adultas, apenas alcanzan un tercio del tamaño medio del macho. En verdad, son relativamente delicadas; me atrevo a decir que su talle no pasa de media docena de yardas. Sin embargo, no puede negarse que, en conjunto, tienen un derecho hereditario al *en bon point*.

Es muy curioso observar a este harén y a su señor en sus indolentes vagabundeos. Como los mundanos, siempre están en ociosa búsqueda de novedades. Se los encuentra en el Ecuador, a tiempo para la temporada de la alimentación, quizá recién llegados de los mares del norte, donde han ido para huir del hastío y el desagradable calor del verano. Y cuando se han paseado durante un tiempo por la zona del Ecuador, zarpan hacia las aguas orientales, ante la inminencia de la estación fresca que empezará allí; de este modo evitan durante todo el año las temperaturas excesivas.

Mientras avanzan serenamente en uno de esos viajes, si avista algo extraño y sospechoso, el señor cachalote vigila con mirada atenta a su interesante familia. Si algún joven leviatán, injustificadamente atrevido, al pasar por ese camino se atreve a acercarse confidencialmente a una de las damas, ¡con qué furia el sultán se precipita

sobre él y lo ahuyenta! ¡Bueno sería que a jóvenes libertinos sin principios se les permitiera invadir la santidad de la dicha hogareña! Pero a pesar de todos sus esfuerzos, el sultán no puede mantener lejos de su lecho al más notorio don Juan: pues, por desgracia, todos los peces tienen un lecho en común. En tierra firme las damas suelen causar los duelos más feroces entre sus admiradores rivales; otro tanto ocurre con las ballenas, que a veces se traban en combates a muerte, y todo por amor. Pelean con sus enormes mandíbulas, que a veces se traban, y así luchan por la supremacía, como los ciervos que entrelazan sus astas al luchar. Se han capturado muchas ballenas que conservaban las profundas cicatrices de esas riñas: cabezas tajeadas, dientes rotos, aletas melladas y, en algunos casos, bocas torcidas y dislocadas.

Pero si el invasor de la felicidad doméstica huye al primer embate del señor del harén, es muy divertido observar a ese señor. Suavemente insinúa su inmensa mole entre las damas y allí se solaza un rato —mientras al joven don Juan, que aún está cerca, se le hace agua la boca—, como el piadoso Salomón entregado a sus oraciones entre sus mil concubinas. Cuando hay otras ballenas a la vista, los pescadores rara vez dan caza a uno de estos grandes turcos, porque son muy generosos con sus energías y así andan escasos de aceite. En cuanto a los hijos e hijas que engendran, deben arreglárselas por sí solos o, al menos, contar únicamente con la ayuda materna. Pues como algunos galanes vagabundos y omnívoros que podría nombrar, mi señor cachalote no se siente tan inclinado hacia el cuarto de los niños como hacia el *boudoir*. Y como es un gran viajero, deja a sus hijos anónimos por todo el mundo. Pero a su debido tiempo, cuando declina el ardor de la juventud, cuando aumentan los años y las melancolías, cuando la reflexión introduce sus solemnes pausas y, en suma, cuando un cansancio general abruma al turco ya saciado, el amor de la quietud y la virtud reemplaza al amor de las doncellas y nuestro otomano entra en la fase de la impotencia, el arrepentimiento y la moral, rechaza y dispersa el harén y, convertido en un anciano ejemplar y ceñudo, anda solitario por todos los meridianos y paralelos, diciendo sus oraciones y amonestando a los jóvenes leviatanes contra sus propios errores amorosos.

Ahora bien, así como llaman escuela al harén de ballenas, al señor y amo de esa escuela se lo conoce con el término técnico de maestro. Por lo tanto, no es demasiado lógico, aunque sí de una admirable comicidad, que después de haber ido a la escuela el viejo cachalote ande por el mundo inculcando no lo que aprendió en ella, sino la vanidad de su ignorancia. Su título de maestro parece derivar del nombre dado al harén, pero alguien ha pensado que el hombre que bautizó de ese modo a esta especie de ballena otomana debió leer las memorias de Vidocq, informándose en ellas de qué clase de maestro rural era ese famoso francés durante su juventud y de qué naturaleza eran las lecciones ocultas que daba a algunos de sus alumnos.

La misma vida de retiro y aislamiento que practica durante su vejez la ballena-maestro es la que llevan todos los cachalotes ancianos. Casi siempre una ballena sola —como se llama el leviatán segregado— resulta ser una ballena vieja. Como el venerable Daniel Boone de barbas de musgo, sólo admitirá a su lado a la naturaleza, que será su mujer en el páramo de las aguas: y es, en verdad, la mejor de las esposas, aunque guarda tantos sombríos secretos.

Las escuelas compuestas únicamente de machos jóvenes y vigorosos —que ya hemos mencionado anteriormente— ofrecen un gran contraste con las escuelas-harén. Pues mientras las ballenas hembras son tímidas, los jóvenes machos o toros de cuarenta barriles, como los llaman, son los más combativos entre los leviatanes y, proverbialmente, los más peligrosos para el cazador, con excepción de esas ballenas pardas de cabeza gris que a veces se encuentran y que luchan como diablos feroces exasperados por una gota contumaz.

Las escuelas compuestas por toros de cuarenta barriles son más numerosas que las escuelas-harén. Como una multitud de colegiales, sus alumnos están llenos de espíritu batallador, de alegría y de malignidad, y corren por el mundo a una velocidad tan temeraria y juguetona que ninguna compañía de seguros los aseguraría de mejor grado que a un joven estudiante bullanguero de Yale o de Harvard. Pero pronto abandonan esa turbulencia y cuando son casi adultos se separan y cada uno procura hacerse una posición, es decir, un harén.

Otra diferencia entre las escuelas de machos y hembras es aún más característica de los sexos. Si un cazador golpea a un toro de cuarenta barriles... ¡pobre diablo! Todos sus camaradas lo abandonan. Pero si golpean a una alumna de una escuela-harén, sus camaradas nadarán en torno a ella con todas las muestras de interés, acercándosele tanto y durante tan largo tiempo que a veces ellas mismas se convierten en presa fácil.

LXXXIX. PEZ AMARRADO Y PEZ SUELTO

La alusión que hemos hecho en el penúltimo capítulo a las marcas y banderolas requiere una explicación sobre las leyes y normas de la caza de ballenas, de la cual la marca es símbolo y divisa.

Suele ocurrir que cuando varios barcos navegan juntos, uno de ellos puede herir a una ballena que logra escapar, para después ser capturada y muerta por otra nave: en este caso están comprendidas muchas contingencias menores, cada una de las cuales es partícipe de ese hecho general. Por ejemplo: después de una caza fatigosa y llena de peligros, una vez que se ha capturado una ballena puede ocurrir que su cuerpo se aparte de la nave impulsado por una borrasca violenta y se aleje a gran distancia, por sotavento, hasta que lo toma otra ballenera que, en medio de una bonanza, lo remolca cómodamente, sin arriesgar vidas ni lanzas. Así surgirían las disputas más hirientes y violentas entre los pescadores si no existiera alguna ley universalmente admitida, escrita o no, aplicable a todos los casos.

Quizá el único código ballenero oficial autorizado por un decreto legislativo fue el de Holanda. Fue aprobado por los Estados Generales en 1695, *anno Domini*. Pero aunque ninguna otra nación ha tenido nunca una ley escrita sobre la caza de ballenas, los pescadores norteamericanos han sido sus propios legisladores y abogados en este ámbito. Han creado un sistema que supera en limpidez y concisión a las Pandectas de Justiniano y a los estatutos de la «Sociedad China para evitar la injerencia en los asuntos ajenos». Esas leyes podrían grabarse en medio escudo de la reina Ana, o en la punta de un arpón, y llevarse en torno al cuello, tal es su brevedad.

I. *Un pez amarrado pertenece a la parte que lo amarra.*

II. *Un pez suelto es buena presa para el primero que lo atrape.*

Pero la trampa de este código magistral es precisamente su admirable brevedad, que exige todo un volumen de comentarios e interpretaciones.

Primero: ¿Qué es un pez amarrado? Vivo o muerto, todo pez se considera técnicamente amarrado cuando está unido a una nave o bote por cualquier medio que puedan dirigir su ocupante o sus ocupantes: un mástil, un remo, un cable de nueve

pulgadas, un alambre telegráfico, una hebra de telaraña, cualquier cosa da lo mismo. Asimismo, todo pez se considera técnicamente amarrado cuando lleva una marca o cualquier otro símbolo de posesión aceptado, siempre que el poseedor demuestre en un momento dado su habilidad para acercarse al pez y su intención de hacerlo.

Estos son comentarios científicos; pero los comentarios de los propios balleneros a veces consisten en palabras muy duras y en golpes aún más duros: el Coke-upon-Littleton de los puños. Es cierto que entre los balleneros más rectos y honorables se hacen concesiones especiales en casos determinados, cuando sería una atroz injusticia por una de las partes exigir la posesión de una ballena ya capturada y muerta por la otra parte. Pero hay otros menos escrupulosos.

Hace unos cincuenta años se produjo en Inglaterra un curioso litigio en torno a una ballena. Los demandantes declararon que después de una ardua caza en los mares nórdicos y cuando ya habían logrado arponear el pez, el peligro que corrían sus vidas los había obligado a abandonar no sólo las líneas, sino también el bote. A continuación, los demandados (la tripulación de otra nave) se habían precipitado hacia la ballena para herirla, matarla, atraparla y al fin apropiársela ante las mismas narices de los demandantes. Y al recibir estos demandados las correspondientes reclamaciones, el capitán había hecho una castañeta en la cara de los demandantes, declarando que para celebrar su hazaña se quedaría también con la línea, los arpones y el bote, todavía unidos a la ballena en el momento de su captura. Por eso los demandantes exigían indemnización por el valor de la ballena, la línea, los arpones y el bote.

El señor Erskine era el abogado de los demandados; Lord Ellenborough era el juez. En el transcurso de la defensa, el ingenioso Erskine ilustró su posición citando un reciente caso de adulterio en que un caballero, después de procurar en vano refrenar la depravación de su mujer, la había abandonado en los mares de la vida; pero con los años, arrepentido, había entablado una acción para reclamar la posesión de esa mujer. Erskine representaba a la otra parte, y se había defendido alegando que aunque el caballero había sido el primero en arponear a la dama y en amarrarla, y si bien la había abandonado sólo a causa de su excesiva depravación, con todo la había abandonado. Por consiguiente, cuando un caballero ulterior la había arponeado nuevamente, la dama había pasado a ser propiedad de ese caballero ulterior, juntamente con cualquier arpón que se le hubiese podido encontrar en el cuerpo.

Ahora bien, en el presente caso Erskine sostenía que los ejemplos de la ballena y de la dama se ilustraban recíprocamente.

Oídas estas razones y las opuestas, el docto juez declaró en términos precisos lo siguiente: En cuanto al bote, lo asignaba a los demandantes, porque lo habían abandonado para salvar sus vidas; pero en cuanto a la ballena, los arpones y la línea en controversia pertenecían a los demandados. La ballena, porque era un pez suelto en el

momento de la captura final; los arpones y la línea, porque cuando el pez había huido con ellos había adquirido posesión de esos elementos y, por lo tanto, cualquiera que después atrapara al pez tenía derecho a ellos. Ahora bien: los demandados habían atrapado al pez; ergo, los mencionados artículos les pertenecían.

Un hombre corriente quizá podría objetar esta decisión del muy docto juez. Pero si cavamos hasta las rocas fundamentales de este asunto, los dos grandes principios expuestos en las dos leyes balleneras antes citadas y explicadas por lord Ellenborough en el susodicho caso, esas dos leyes acerca del Pez Amarrado y el Pez Suelto, descubriremos que son las bases de toda la humana jurisprudencia; pues a pesar de la complicación de sus esculturas, el Templo de la Ley, como el Templo de los Filisteos, sólo tiene dos puntales como sostén.

¿Acaso no está en boca de todos esa frase según la cual «la posesión es la mitad de la ley» (es decir, sin considerar cómo ha llegado a ser poseído el objeto)? Pero con frecuencia la posesión es la ley entera. ¿Qué son los músculos y las almas de los siervos rusos y los esclavos republicanos si no Pez Amarrado, cuya posesión es la ley entera? ¿Qué el último céntimo de la viuda para el rapaz propietario, sino Pez Amarrado? ¿Qué es la casa de mármol de ese granuja aún no desenmascarado, con una chapa en la puerta a guisa de banderola, sino Pez Amarrado? ¿Qué es el ruinoso interés que Mordecai, el prestamista, cobra al pobre Infeliz, que está en bancarrota, sobre un préstamo que salvó a la familia del Infeliz del hambre; qué es ese ruinoso descuento, sino Pez Amarrado? ¿Qué es la renta de 100.000 libras que el arzobispo de Salvánima sustrae del magro pan y queso de cientos de miles de obreros con el espinazo roto (todos seguros de obtener el cielo sin necesidad de Salvánima), qué es esa cifra de 100.000 libras, sino Pez Amarrado? ¿Qué son las ciudades y aldeas heredadas por el duque de Badulaque, sino Pez Amarrado? ¿Qué es la pobre Irlanda para John Bull, ese temible arponero, sino Pez Amarrado? En todos estos casos, ¿la posesión no es la ley entera?

Pero si la doctrina del Pez Amarrado es casi siempre aplicable, lo es más la doctrina gemela del Pez Suelto: se la aplica internacional y universalmente.

¿Qué era América en 1492, sino un Pez Suelto en el cual Colón plantó la bandera española como marca de sus reales amos? ¿Qué era Polonia para el zar? ¿Y Grecia para los turcos? ¿O India para los ingleses? ¿Qué será un día México para Estados Unidos? Todos son Peces Sultos.

¿Qué son los Derechos del Hombre y las Libertades del Mundo, sino Pez Suelto? ¿Qué son las mentes y las opiniones humanas sino Pez Suelto? ¿Qué es el principio de la fe religiosa, sino Pez Suelto? ¿Qué son los pensamientos de los filósofos para los pomposos plagiarios, sino Pez Suelto? ¿Qué es este enorme globo, sino Pez Suelto? ¿Y qué eres tú, lector, sino un Pez Suelto y también un Pez Amarrado?

XC. CABEZAS O COLAS

De balena vero sufficit, si rex habeat caput, et regina caudam.

BRACTON, l. 3, c. 3.

En su contexto, esta frase latina de los libros de leyes inglesas significa que de todas las ballenas capturadas por cualquier hombre en aguas de esa nación, el rey, en su calidad de gran arponero honorario, debe recibir la cabeza, mientras a la reina corresponde el respetuoso homenaje de la cola. División que, en la ballena, equivale a partir en dos una manzana: en el medio no queda nada. Ahora bien: como esta ley, modificada, aún tiene vigor en Inglaterra y en varios aspectos presenta una curiosa anomalía con relación a la ley general del Pez Amarrado y el Pez Suelto, la trataremos aquí en capítulo aparte, siguiendo el mismo principio cortesano que exige de los ferrocarriles ingleses que costeen un vagón especial, exclusivamente reservado para la monarquía. En primer término, y como prueba de que la susodicha ley aún tiene vigor, expondré ante ustedes un caso ocurrido en el curso de los dos últimos años.

Parece que algunos honrados marineros de Dover, o de Sandwich, o de alguno de los Cinco Puertos, al cabo de una difícil caza lograron matar y remolcar hasta tierra una hermosa ballena que habían avistado desde la costa. Ahora bien: los Cinco Puertos están bajo la jurisdicción, parcial o conjunta, de una especie de policía o bedel llamado el Lord Guardián. Como éste recibe su cargo directamente de la Corona, según creo, se le asignan todos los emolumentos reales percibidos en los territorios de los Cinco Puertos. Algunos escritores dicen que este cargo es una sinecura. Pero no es así. Porque el Lord Guardián suele tomarse muchísimo trabajo para embolsar sus gajes, que son suyos precisamente porque los embolsa.

Ahora bien: cuando esos pobres marineros tostados por el sol, descalzos y con los pantalones recogidos sobre sus piernas como anguilas, hubieron arrastrado fatigosamente su gordo pez hasta la playa, prometiéndose unas buenas 150 libras de precioso aceite y de hueso, y soñando con que, al cobrar su parte respectiva, sorberían

un té exquisito con sus mujeres y una excelente cerveza con sus camaradas, vieron que se acercaba un docto, cristiano y caritativo caballero, con un volumen de Blackstone bajo el brazo. Apoyando el volumen sobre la cabeza de la ballena, el caballero dijo:

—¡Quiten las manos de allí! Este pez, señores míos, es Pez Amarrado. Tomo posesión de él en nombre del Lord Guardián.

Al oírlo, los pobres marineros, en su respetuosa consternación —tan genuinamente inglesa—, sin saber qué decir empezaron a rascarse con energía la cabeza, mientras deslizaban melancólicas miradas de la ballena al desconocido. Pero eso no solucionaba el problema ni enternece el duro corazón del docto caballero que llevaba el volumen de Blackstone. Al fin, uno de los marineros, después de mucho rascarse en busca de ideas, se atrevió a hablar:

—Disculpe usted, señor, pero ¿quién es el Lord Guardián?

—El duque.

—¿Y qué tiene que ver el duque con esta ballena?

—Le pertenece.

—¿De modo que después de tantas dificultades, y peligros, y hasta no pocos gastos, todo irá a manos del duque? ¿Y el único beneficio de tantas fatigas serán estas ampollas?

—Le pertenece.

—¿Es tan pobre el duque que debe ganarse la vida de este modo tan desesperado?

—Le pertenece.

—Pensaba ayudar a mi vieja madre, que está en la cama, con la parte de ganancia que me corresponde.

—Le pertenece.

—¿No se contentará el duque con un cuarto, o con una mitad?

—Le pertenece.

En una palabra, la ballena fue confiscada y vendida. Y Su Gracia, el duque de Wellington, recibió el dinero. Un honesto clérigo del lugar, considerando que si se tomaban en cuenta algunos detalles, el caso podía estimarse, en esas circunstancias, un tanto injusto, envió una respetuosa nota a Su Gracia para suplicarle que estudiara con atención el caso de los infortunados marineros. El duque, en sustancia, respondió (ambas cartas fueron publicadas) que ya lo había hecho, y había recibido el dinero, y agradecería al reverendo caballero que en el futuro se abstuviera de mezclarse en los asuntos de los demás. ¿Es éste el anciano, todavía en pie de guerra, que se planta en las esquinas de los tres reinos para exigir la limosna de los pobres?

Pronto se verá que en este caso el derecho invocado por el duque le había sido delegado por la Corona. Debemos averiguar, pues, en virtud de qué principio la Corona está originariamente investida de tal derecho. Ya hemos expuesto la ley. Pero

Plowdon nos lo explica todo. La ballena capturada, dice Plowdon, pertenece al rey y a la reina «por ser de tan gran valor». Y éste ha sido siempre un argumento decisivo para los más profundos comentaristas.

Pero ¿por qué ha de recibir el rey la cabeza y la reina la cola? ¡Dígannos cuál es el motivo, abogados!

En su tratado *El oro de la reina* —es decir, el dinero para alfileres que se da a la reina—, cierto William Prynne, miembro de la suprema corte de justicia, razona de este modo: «La cola es de la reina, a fin de que el guardarropa de la reina pueda proveerse de huesos de ballena». Esto fue escrito en tiempos en que el hueso negro y flexible de la ballena de Groenlandia se usaba mucho en los corpiños de las damas. Pero ese hueso no está en la cola, sino en la cabeza: triste error para un abogado tan sagaz como Prynne. ¿Pero acaso es la reina una sirena para que le ofrenden una cola? Quizá haya en esto un sentido alegórico.

Hay dos peces «reales», según los denominan los escribas de las leyes inglesas: la ballena y el esturión. Ambos son propiedad real, con ciertas limitaciones, y nominalmente suministran la décima parte de los ingresos corrientes de la Corona. No sé de otro autor que haya mencionado este punto; pero deduzco que el esturión debe dividirse del mismo modo que la ballena, para que el rey reciba la cabeza, densa y elástica, tan característica de ese pez. Considerado desde un punto de vista simbólico, esto podría basarse, humorísticamente, en una presunta analogía. De modo que todas las cosas parecen tener su razón: incluso la ley.

XCI. EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *PIMPOLLO*

Fue en vano rascar la panza de ese leviatán en busca de ámbar gris: su hedor era insoportable.

SIR T. BROWNE, V. E.

Una semana o dos después de la última escena de caza descrita, mientras navegábamos lentamente por un mar soñoliento y brumoso, al mediodía, las muchas narices sobre la cubierta del *Pequod* se revelaron vigías más atentos que los tres pares de ojos en las cofas. Por el mar se expandía un olor muy peculiar y no demasiado agradable.

—Apuesto algo a que por aquí andan algunas de las ballenas drogadas que hemos cosquilleado el otro día —dijo Stubb—. Ya suponía que no tardarían en dar vuelta a la quilla...

Pronto se disiparon las brumas ante la proa: a la distancia vimos una nave cuyas velas arriadas indicaban que debía tener una ballena a su lado. Cuando nos acercamos, vimos que la nave extraña mostraba los colores franceses en su penol; y por la nube de aves rapaces que giraban, planeaban y se precipitaban en torno a ella, era evidente que la ballena amarrada debía ser lo que los pescadores llaman una ballena «apestosa», es decir, una ballena que ha muerto por sí sola en el mar y, cadáver sin dueño, anda a la deriva. Puede imaginarse muy bien qué olor repugnante ha de tener semejante mole: peor que el de una ciudad asiria durante la peste, cuando los vivos no bastan para enterrar a los muertos. Tan insoportable es para algunos marinos que ninguna codicia los induciría a apropiarse del cadáver. Pero siempre hay quienes lo hacen, a pesar de que el aceite obtenido de tales sujetos es de calidad muy inferior y en modo alguno recuerda la esencia de rosa.

Nos acercamos más, a medida que la brisa expiraba, y vimos que la nave francesa tenía una segunda ballena a su lado, y que esta segunda ballena parecía un ramillete más perfumado aún que la primera. En verdad, resultó ser una de esas ballenas problemáticas, que parecen secarse y morir de una especie de prodigiosa dispepsia, o indigestión, dejando sus cuerpos difuntos casi en total bancarrota de cualquier cosa parecida al aceite. Sin embargo, ya veremos cuando llegue el momento que ningún pescador experimentado apartará la nariz de una ballena semejante, por más que evite las ballenas «apestosas».

El *Pequod* se había acercado tanto a la nave extraña que Stubb juró reconocer el asta de su pala de descuartizar entre las líneas enredadas en la cola de una de esas ballenas.

—¡Ay, qué fresco! —rió Stubb, de pie en la proa—. ¡Vaya chacales!... Sé muy bien que estas ranas de franceses no son más que unos pobres diablos para la caza... A veces bajan los botes en las rompientes, porque las confunden con chorros de cachalotes. Y a veces zarpan de su tierra atiborrados de velas de sebo y despabiladores, previendo que todo el aceite que obtendrán no alcanzará para alimentar la lámpara del capitán. Sí, sí, todos lo sabemos. Pero miren, allí hay una rana que se contenta con nuestras sobras, esa ballena drogada... Sí, y también se contenta con rascar los huesos secos de ese otro pez tan valioso que tiene allí. ¡Pobre diablo! Vamos, pasemos el sombrero y démosle la limosna de un poco de aceite. Porque el aceite que sacará de esa ballena drogada no servirá siquiera para arder en una cárcel, qué digo, ni siquiera en la celda de un condenado. Y en cuanto a la otra ballena, creo que sacarían más aceite si picaran y refinaran esos tres mástiles nuestros, que hurgando en ese montón de huesos. Aunque si bien lo pienso, quizá contenga algo mucho mejor que el aceite... Sí, ámbar gris... Me pregunto si al viejo se le habrá ocurrido esa idea. Vale la pena intentarlo.

Y con esas palabras fue hacia el puente de mando.

Para entonces la leve brisa se había vuelto calma total, de modo que, de buen o mal grado, el *Pequod* estaba totalmente atrapado en el olor, sin esperanza de poder escapar mientras no soplara de nuevo el viento. Stubb salió de la cabina, llamó a la tripulación de su bote y todos remaron hacia la nave extranjera. Cuando se acercaron a la proa vieron que, de acuerdo con el caprichoso gusto francés, la parte superior de la roda estaba esculpida en forma de un enorme tallo reclinado, pintado de verde, con algunos clavos de cobre a guisa de espinas, y rematado por un bulbo de pétalos simétricos, color rojo brillante. A ambos lados, en grandes letras doradas, leyeron: *Bouton de Rose*. Botón de rosa, Pimpollo... Ese era el romántico nombre de la nave aromática.

Aunque Stubb no entendió la palabra *Bouton* en ese letrero, la palabra *rose* y el mascarón de proa en forma de capullo bastaron para explicárselo todo.

—Conque un pimpollo de madera, ¿eh? —exclamó, apretándose la nariz con los dedos—. Es muy bonito. ¡Pero cómo apesta!

Ahora bien: para ponerse en comunicación directa con la gente de cubierta, debían remar en torno a la proa, hacia el flanco de estribor, y así acercarse a la ballena apestosa, para hablar por encima de ella.

Llegado a ese lugar, siempre con la mano en la nariz, Stubb gritó:

—¡Hola, *Bouton de rose*! ¿Hay algún pimpollo que hable inglés?

—Sí —contestó desde la amurada un marino de Guernsey que resultó ser el primer oficial.

—Bien, entonces, pimpollo mío, ¿ha visto a la Ballena Blanca?

—¿Qué ballena?

—La Ballena *Blanca*. Un cachalote. Moby Dick... ¿La han visto ustedes?

—Nunca he oído de semejante ballena. *Cachalot blanche*! Ballena Blanca... No.

—Muy bien. Adiós, por ahora. Volveré en un minuto.

Stubb regresó a toda prisa hacia el *Pequod* y viendo a Ahab inclinado sobre el puente de mando, a la espera de sus noticias, se puso ambas manos ante la boca, como una bocina, y gritó: «¡No, señor, no!». Ahab se retiró y Stubb regresó hacia los franceses.

Entonces vio que el oficial de Guernsey había bajado hasta las cadenas y blandía una pala de descuartizar, con la nariz metida en una especie de saco.

—¿Qué le pasa a su nariz? —dijo Stubb—. ¿Se la ha roto?

—¡Ojalá me la hubiese roto! ¡Y ojalá no tuviera nariz! —respondió el de Guernsey, que no parecía disfrutar mucho de su tarea—. Pero ¿por qué no aprieta usted *la suya*?

—¡Oh, por nada! Es una nariz de cera y debo sostenérmela. ¿Lindo día, no? Un aire bastante perfumado, debo decir... Tírenos un ramillete, *Bouton de rose*...

—¿Qué demonios quiere usted aquí? —regló el de Guernsey, súbitamente enfurecido.

—¡Oh, un poco de sangre fría! ¿Fría?... Sí, ésa es la palabra. ¿Por qué no ponen a esas ballenas en hielo, mientras trabajan sobre ellas? Pero bromas aparte, ¿sabe usted, *Pimpollo*, que es una tontería procurar sacar aceite de semejantes ballenas? Esa que está totalmente seca no tendrá ni una onza en toda su osamenta.

—Lo sé muy bien. Pero el capitán no lo cree. Este es su primer viaje. Antes era fabricante de agua de colonia. Pero suba a bordo: quizá le crea a usted y yo me veré libre de esta inmundicia.

—Cualquier cosa para servirlo, mi dulce y agradable amigo —respondió Stubb, que no tardó en subir a cubierta.

Allí pudo ver una extraña escena. Los marineros, con gorras de pompones rojos, preparaban los aparejos reales para las ballenas. Pero trabajaban despacio y hablaban rápido, y no parecían en el mejor de los humores. Todas las narices apuntaban hacia

arriba, como botalones de bauprés. De cuando en cuando, algunos interrumpían su tarea y volaban al palo mayor para aspirar un poco de aire fresco. Otros, pensando que atraparían la peste, empapaban una estopa de alquitrán y se la llevaban a la nariz.

Y algunos otros habían roto la boquilla de sus pipas, casi al borde de la cazoleta, y aspiraban vigorosamente el humo del tabaco, para tener siempre llena la nariz.

Una lluvia de gritos y maldiciones cayó sobre el asombrado Stubb desde la toldilla del capitán. Stubb miró en esa dirección y vio una cara enfurecida que asomaba tras la puerta entreabierta. Era el desesperado cirujano que, después de protestar en vano contra los procedimientos de la jornada, se había refugiado en la toldilla del capitán (*cabinet*, lo llamaba) para evitar la peste. Pero de cuando en cuando no podía refrenar sus imprecaciones ni sus súplicas.

Al observar todo esto, Stubb pensó que su plan saldría a las mil maravillas; se volvió hacia el hombre de Guernsey y mantuvo una breve charla con él, durante la cual el oficial extranjero manifestó su desprecio hacia el capitán, individuo ignorante y presuntuoso que los había embarcado en esa faena repugnante e inútil. Sondeándolo cuidadosamente, Stubb advirtió que el de Guernsey no tenía la más leve sospecha en cuanto al ámbar gris. Por consiguiente, mantuvo silencio acerca de ese punto, pero en todo lo demás se mostró muy franco y confiado, de modo que ambos no tardaron en urdir un plan para embaucar y burlar al capitán sin que éste dudara de ellos. Según este plan, el hombre de Guernsey, fingiendo hacer las veces de intérprete, diría al capitán lo que se le antojara, pero como si todo proviniera de Stubb. Y en cuanto a Stubb, balbuciría todas las tonterías que le pasaran por la cabeza durante la entrevista.

En ese momento la víctima predestinada salió de su cabina. Era un hombre bajo y moreno, de aspecto más bien delicado, aunque con anchas patillas y bigote. Llevaba una chaqueta de terciopelo de algodón rojo, con una leontina a un lado. El hombre de Guernsey presentó cortésmente a Stubb al caballero, y de inmediato asumió con ostentación las funciones de intérprete.

—¿Qué debo decirle primero? —preguntó.

—¡Vaya! —respondió Stubb, mirando la chaqueta de terciopelo y la leontina—. Puede decirle que parece un chiquillo, aunque no pretendo juzgar.

—Monsieur, dice que ayer mismo —explicó en francés el hombre de Guernsey, volviéndose al capitán— su nave encontró un barco cuyo capitán y cuyo primer oficial, junto con seis marineros, murieron de una peste provocada por una ballena apestosa que habían remolcado.

El capitán se sobresaltó y dio ansiosas muestras de querer saber más.

—¿Y ahora? —preguntó el hombre de Guernsey a Stubb.

—Bueno, puesto que lo toma tan bien, dígame que después de observarlo con cuidado, estoy seguro de que no es más capaz de mandar una ballenera que un mono de Santiago. En verdad, dígame que me parece un macaco.

—Afirma y jura, Monsieur, que la otra ballena, la que está seca, es mucho más peligrosa que la apestosa. En fin, Monsieur, nos conjura a que nos apartemos de estos peces, si apreciamos nuestras vidas.

De inmediato el capitán corrió adelante y a grandes gritos ordenó a su tripulación que dejara de preparar los aparejos y soltara los cables y cadenas que amarraban las ballenas a la nave.

—¿Y ahora qué? —preguntó el hombre de Guernsey cuando el capitán regresó.

—Veamos... Sí, puede usted decirle que... que... que le he tomado el pelo y — aparte, para sí— no sólo a él.

—Monsieur, dice que está muy contento por habernos hecho un favor.

El capitán juró que los agradecidos eran ellos (refiriéndose a él mismo y a su oficial) y terminó invitando a Stubb a beber una botella de Bordeaux en su cabina.

—Quiere que tome un vaso de vino con él —dijo el intérprete.

—Dígale que se lo agradezco de todo corazón, pero que está en contra de mis principios beber con el hombre a quien le he tomado el pelo. Y dígame que debo irme.

—Monsieur, dice que sus principios le prohíben beber, pero que si Monsieur quiere un día más de vida para beber, Monsieur deberá bajar los cuatro botes y remolcar la nave lejos de estas ballenas, porque hay tanta bonanza que no se moverán.

Mientras tanto, Stubb pasó sobre la amurada y bajó a su bote, gritando al hombre de Guernsey que como tenía un cable de remolque en el bote, haría lo posible para ayudarlos, arrastrando la ballena más liviana para alejarla de la nave. Por lo tanto, mientras los botes del francés remolcaban su nave hacia un lado, el generoso Stubb remolcaba hacia el otro su ballena, empleando ostentosamente un cable de insólita longitud.

Al fin sopló la brisa; Stubb fingió alejarse del cadáver y el francés, después de izar los botes, aumentó pronto la distancia que los separaba. Entonces Stubb remó apresuradamente hacia el cadáver flotante y gritando al *Pequod* sus intenciones, de inmediato empezó a recoger el fruto de su maligna astucia. Tomó la afilada pala del bote e inició una excavación en el cuerpo, detrás de la aleta lateral. Parecía estar cavando un sótano en el mar. Cuando al fin su pala chocó contra las flacas costillas, fue como si desenterrara viejos mosaicos y viejas cerámicas romanas hundidas en la densa arcilla inglesa. Los marineros de su bote ardían de entusiasmo, ansiosos por ayudar a su jefe y con un aire de ávidos buscadores de oro.

Mientras tanto, infinitos pájaros se zambullían, buceaban, chillaban, peleaban en torno a ellos. Stubb empezaba a decepcionarse, sobre todo porque el horrible aroma aumentaba, cuando súbitamente, del corazón mismo de esa herida subió una débil estela de perfume que atravesó la corriente de pestilencia sin mezclarse con ella, como un río se junta con otro sin confundir sus aguas durante un trecho.

—Ya lo tengo, ya lo tengo —gritó Stubb con alegría, tocando algo en las regiones subterráneas—. ¡Un bolso, un bolso!

Dejó caer la pala, metió las manos en el agujero y sacó dos puñados de una sustancia parecida al jabón de Windsor maduro, o a un viejo queso cremoso y veteado; era muy fragante y untuosa. Podía hundirse fácilmente el pulgar en ella y tenía un matiz entre amarillo y ceniciento. Y éste, mis buenos amigos, es el ámbar gris, que en cualquier droguería se vende a una guinea de oro la onza. Obtuvieron unos seis puñados; pero buena parte se perdió inevitablemente en el mar. Y quizás habrían podido obtener aún más si el impaciente Ahab no hubiese ordenado a Stubb que desistiera y regresara a bordo, pues de lo contrario la nave se despediría de ellos.

XCII. EL ÁMBAR GRIS

Este ámbar gris es una sustancia muy curiosa y tan importante como artículo de comercio, que en 1791 cierto capitán Coffin, nacido en Nantucket fue interrogado acerca de él por el tribunal de la Cámara Inglesa de los Comunes. Porque entonces, y hasta una época relativamente reciente, el origen exacto del ámbar gris era, como el propio ámbar, un problema para los doctos. Aunque la palabra *ambergris* está compuesta de dos términos que en francés significan *ámbar* y *gris*, ambas sustancias son totalmente distintas. Pues el ámbar, aunque a veces se encuentra a orillas del mar, también está hundido en suelos muy alejados del agua, mientras que el ámbar gris sólo se encuentra en el océano. Además, el ámbar es una sustancia dura, transparente, quebradiza, inodora, que se emplea para hacer pipas, cuentas de collares y adornos; y el ámbar gris es blando, ceroso y tan fragante y sazonado que se lo usa en la perfumería, para fabricar pastillas, cirios preciosos, polvos para el cabello y pomadas. Los turcos lo utilizan en la cocina y lo llevan hasta La Meca, con el mismo propósito con que se lleva el incienso a San Pedro, en Roma. Algunos mercaderes de vino echan unos granos en el clarete para perfumarlo.

¿A quién podría ocurrírsele, pues, que damas y caballeros tan exquisitos se deleitan con una esencia surgida de las tristes entrañas de una ballena enferma? Y sin embargo es así. Para algunos, el ámbar gris es la causa, para otros el efecto de la dispepsia de la ballena. Sería difícil decir cómo curar semejante dispepsia, a menos que administráramos tres o cuatro botes cargados con píldoras de Brandeth y enseguida corriéramos a ponernos a salvo, como los obreros cuando hacen saltar las rocas.

He olvidado decir que en ese ámbar gris se encontraron unas placas de hueso duras y redondas, que Stubb tomó al principio por botones de los pantalones de los marineros, pero que eran tan sólo pedazos de huesos de calamar, embalsamados de esa manera.

¿No es extraordinario que una sustancia incorrupta como el fragante ámbar gris se encuentre en el corazón de semejante corrupción? Recuerden ustedes la frase de san Pablo, en los Corintios, sobre la corrupción y la incorrupción: cómo somos sembrados

en la vergüenza, pero exaltados en la gloria. Y recuerden también esa frase de Paracelso sobre lo que constituye el mejor almizcle. Y no olvidemos que entre todas las cosas que huelen mal, el agua de colonia, en la primera etapa de su preparación, es la peor.

Quisiera terminar este capítulo con la reflexión que acabo de hacer, pero no puedo, porque quiero desmentir una acusación que suele hacerse a los balleneros y que, en el juicio de algunas mentes ya predispuestas, podría considerarse como indirectamente probada por lo que he dicho sobre las dos ballenas de los franceses. En otra parte de este libro he refutado la calumniosa acusación de que la caza de ballenas es un oficio sucio y desordenado. Pero hay algo más que desmentir. Se dice que todas las ballenas huelen mal. ¿Cuál es el origen de esta calumnia?

Opino que puede remontarse a la llegada de las primeras naves balleneras de Groenlandia a Londres, hace más de dos siglos. Porque entonces esas balleneras no refinaban —tampoco lo hacen ahora— el aceite en el mar, como las naves del sur: cortaban, en cambio, la grasa fresca en pedazos pequeños, los arrojaban en grandes barricas y así los llevaban a su tierra. La brevedad de la estación en esos mares helados y las tempestades súbitas y violentas a que estaban expuestos impedían todo otro procedimiento. La consecuencia es que, al tocar puerto y abrir la bodega para descargar uno de esos cementerios de ballenas, se producía un hedor semejante al que surge de la excavación de un viejo cementerio en una ciudad para construir en él un Hospital de Maternidad.

Sospecho que, además, esta maligna acusación contra los balleneros puede imputarse al hecho de que en tiempos antiguos existía en la costa de Groenlandia una aldea holandesa llamada Schmerenburgh o Smeerenberg: el docto Fogo von Slack usa este último término en su gran obra sobre los olores, texto capital para el tema que nos ocupa. Como su nombre lo indica (*smeer*: grasa; *berg*: preparar), esa aldea se fundó para ofrecer a los holandeses un lugar donde refinar la grasa de ballena sin tener que llevarla hasta su tierra. Había en ella una colección de hornos, marmitas de grasa y depósitos de aceite; y cuando los trabajos estaban en plena marcha, el olor no era agradable, por cierto. Pero todo esto es muy diferente en el caso de una ballenera destinada a la caza de cachalotes, que durante un viaje de cuatro años, después de llenar su bodega de aceite, quizá no ha empleado siquiera cincuenta días en hervir la grasa; por lo demás, tal como se lo encuba, el aceite casi no huele. Lo cierto es que, vivas o muertas, las ballenas, cuando se las trata con decencia, no son en modo alguno una especie maloliente. Y no es cierto que los balleneros puedan reconocerse por la nariz, como la gente de la Edad Media se jactaba de reconocer a un judío entre una multitud. En verdad, la ballena no puede ser sino fragante puesto que, por regla general, goza de buena salud, hace mucho ejercicio, vive siempre en descampado (aunque poco, debo admitirlo, al aire libre). Les aseguro que cuando un cachalote

mueve la cola sobre el agua desprende un perfume semejante al de una dama que huele a almizcle cuando se mueve en un salón tibio y hace susurrar su vestido de seda. ¿Con qué puedo comparar al cachalote por su fragancia, teniendo en cuenta su tamaño? ¿Acaso con aquel famoso elefante de colmillos enjoyados y perfumado de mirra, enviado por una ciudad india para honrar a Alejandro el Grande?

XCI. EL NÁUFRAGO

Poco después del encuentro con los franceses, ocurrió un hecho muy significativo al hombre más insignificante del *Pequod*: un hecho harto lamentable, que sirvió para dar a la nave, a veces demasiado alegre, pero predestinada, un anuncio innegable del trágico fin que le esperaba.

No todos los hombres de una ballenera bajan a los botes. Algunos marineros llamados «guardianes de la nave» permanecen a bordo: su función es maniobrar la nave mientras los botes persiguen a la ballena. Por regla general, esos guardianes son individuos tan rudos como los que forman la tripulación de los botes. Pero si hay a bordo un hombre demasiado flaco, o torpe, o temeroso, es seguro que oficiará como guardián. Es lo que había ocurrido en el *Pequod* con el negrito apodado Pippin, o Pip, en forma abreviada. ¡Pobre Pip! Ya les he hablado de él: sin duda recordarán su pandero, aquella dramática medianoche de lúgubre desenfreno.

Por su aspecto, Pip y Buñuelo formaban una pareja, excéntrica, como un potro blanco y otro negro, de desarrollo semejante pero de color distinto. Pero mientras el desdichado Buñuelo era por naturaleza obtuso y lento de espíritu, Pip, aunque de corazón muy tierno, era en el fondo muy vivaz, con esa agradable, caprichosa y despreocupada vivacidad característica de su raza, que siempre disfruta de las vacaciones y los días festivos con deleite más entusiasta y libre que cualquier otra. Para los negros, el calendario sólo debería contener trescientos sesenta y cinco 4 de Julio y días de Año Nuevo. No se sonrían ustedes si escribo que este negrito era brillante, porque hasta la negrura tiene su brillo. Miren los lustrosos paneles de ébano que cubren la cámara del rey. Pero Pip amaba la vida y todas las pacíficas comodidades de la vida, de modo que el terrible oficio en que, vaya uno a saber cómo, se había embarcado había empañado tristemente su brillo natural. Sin embargo, como pronto se verá, lo que en él se había empañado temporariamente estaba destinado a encenderse con lúgubres llamas extrañas y feroces, que le otorgaron un falso esplendor diez veces más intenso que el suyo propio. En su nativa Tolland, en Connecticut, había animado con su violín muchas fiestas en los prados, convirtiendo

con sus alegres carcajadas el cerco del horizonte en un pandero estrellado de sonajas, a la hora melodiosa del crepúsculo. Así, aunque en el aire límpido del día la gota diamantina de agua pura detenida en un cuello surcado de venas azules resplandece de salud, cuando el experto joyero quiere mostrarnos el diamante de modo que nos impresione más su brillo lo pone contra un fondo oscuro y no lo ilumina con la luz del sol, sino con algún gas antinatural. Entonces surgen esos destellos infernales y soberbios, y el diamante deslumbrante y perverso, que alguna vez fue el símbolo más divino del cristal de los cielos, parece la joya de una corona robada al Rey del Infierno. Pero sigamos con nuestra historia.

Durante la busca del ámbar gris, el remero de popa de Stubb se recalcó una mano y quedó imposibilitado por algún tiempo, de modo que Pip debió reemplazarlo.

La primera vez que Stubb bajó al mar con él, Pip demostró mucha nerviosidad; mas por fortuna, esa vez pudo evitar un contacto muy íntimo con la ballena y se las arregló para no portarse en forma demasiado vergonzosa, aunque después de observarlo Stubb lo exhortó a que se armara de coraje, ya que podía necesitarlo mucho...

Pero la segunda vez que bajaron al mar, el bote enfiló hacia la ballena. Y cuando el pez recibió el lanzazo, dio su consabido golpe en un lugar que el azar eligió justamente bajo el asiento del pobre Pip. El involuntario terror del momento hizo que el negro saltara del bote sin soltar los remos, llevándose consigo la parte de la línea que le pasaba ante el pecho, de modo que cayó envuelto en ella al agua. En ese instante, la ballena herida emprendió una carrera enloquecida, la línea se puso tensa de inmediato y el pobre Pip apareció entre la espuma apretado contra la tornapunta del bote, despiadadamente arrastrado por la línea, que le ceñía el cuello y el pecho.

Tashtego estaba de pie en la proa, encendido por el ardor de la caza. Odiaba a Pip por su cobardía. Arrebató el cuchillo del bote, acercó el filo a la línea y volviéndose hacia Stubb preguntó: «¿Corto?». Mientras tanto, Pip, ya con la cara azul y medio ahogado, clamaba «¡Corta, en nombre de Dios!». Todo ocurrió como un relámpago, en menos de medio minuto.

—¡Corta, maldito sea! —rugió Stubb.

Así la ballena se perdió y Pip se salvó.

En cuanto se recobró, la tripulación cubrió al pobre negrito de insultos e invectivas. Stubb dejó que se evaporaran esas maldiciones irregulares y después, en el tono simple de un hombre de negocios, pero siempre en su estilo a medias burlón, maldijo a Pip oficialmente; hecho lo cual, le dio un montón de consejos no oficiales. Lo esencial fue esto: «Nunca saltes de un bote, Pip, salvo...». Pero el resto fue indefinido, como lo es siempre el mejor consejo. En general, *Pegarse al bote* es el lema de la caza de ballenas; pero hay casos en que es preferible *Saltar del bote*. Además, como dándose cuenta de que si persistía en aconsejar minuciosamente a Pip acabaría por darle muchas oportunidades para saltar del bote en el futuro, Stubb interrumpió de

golpe sus consejos y terminó con una orden perentoria: «Pégate al bote, Pip, o por Dios que no te recogeré si saltas: recuérdalo bien. No podemos perder ballenas por tipos como tú. En Alabama, una ballena se vendería a un precio treinta veces mayor que el tuyo. Tenlo bien presente y no vuelvas a saltar». Con lo cual Stubb, quizá, insinuó que si bien el hombre ama a su prójimo, es un animal que también ama el dinero y esta tendencia interfiere muchas veces con su benevolencia.

Pero todos estamos en las manos de Dios, y Pip volvió a saltar. Fue en circunstancias muy similares a su primera exhibición; pero esta vez no se llevó consigo la línea, de modo que cuando la ballena inició su carrera, Pip se quedó atrás, como la valija de un viajero apresurado. ¡Ay! Stubb se atuvo demasiado a su palabra. Era un día hermoso, radiante, azul. El mar centelleante, calmo y fresco, se extendía terso hacia el horizonte como la hoja de un batidor de oro incesantemente martillada. Surgiendo y hundiéndose en el mar, la cabeza de ébano de Pip parecía hecha de clavos de olor. Ningún cuchillo se había levantado en el momento de su rápida caída. La inexorable espalda de Stubb estaba vuelta hacia él, y la ballena estaba herida. En tres minutos, toda una milla de infinito océano se abrió entre Pip y Stubb. Y en el centro de ese océano Pip volvía su cabeza crespada, rizada, negra, hacia el sol, otro naufrago solitario, aunque el más excelso y brillante.

Nadar con tiempo calmo en mar abierto es tan fácil para un buen nadador como viajar en tierra en un coche con los muelles en buen estado. Pero la terrible soledad es intolerable. ¡Quién podrá expresar, Dios mío, la intensa concentración del yo en medio de semejante inmensidad! Observen ustedes que cuando los marineros se bañan en el mar durante la bonanza no se alejan de la nave y se mantienen casi pegados a sus flancos.

Pero ¿es que Stubb había abandonado de veras al pobre negrito a su destino? No; o por lo menos no era eso lo que se proponía. Porque como lo seguían dos botes, suponía que se acercarían y no tardarían en recoger a Pip, aunque a decir verdad en casos similares los cazadores no siempre manifiestan tal consideración hacia los remeros que corren peligro por su propia timidez. Y estos casos ocurren con bastante frecuencia; en la caza de ballenas, un cobarde es objeto del mismo odio despiadado que caracteriza a los ejércitos y las naves de guerra.

Pero ocurrió que esos botes, al divisar repentinamente algunas ballenas a uno de sus lados, viraron para perseguirlas sin ver a Pip. Además, la embarcación de Stubb estaba ya tan lejos y su tripulación tan concentrada en la persecución que el redondo horizonte de Pip se extendió cada vez más a su alrededor. Por pura casualidad fue el *Pequod* el que lo recogió al fin; pero desde ese día, el negrito anduvo por la cubierta como un idiota; eso, al menos, dijeron que era los demás hombres. El mar le había hecho la burla de salvar su cuerpo mortal, pero había ahogado su espíritu inmortal. Aunque no estaba del todo ahogado: más bien parecía transportado a abismos

maravillosos, donde formas extrañas del intacto mundo primitivo se deslizaban ante sus ojos muertos. La sabiduría, esa sirena avara, le revelaba sus tesoros amasados, y entre las inmensidades alegres, sin corazón y siempre jóvenes, Pip veía multitudes infinitas de insectos del coral que levantaban desde el cielo de las aguas la esfera colosal del Universo. Y veía el pie de Dios sobre el pedal del telar, y le hablaba; por eso sus camaradas lo llamaban loco. Así, la demencia del hombre es la cordura del cielo. Y al alejarse de la razón mortal, el hombre llega al fin a ese pensamiento celeste que es, para la razón, absurdo y delirante; y en la dicha o la desgracia, se siente tan resuelto e indiferente como Dios.

Por lo demás, no culpemos demasiado a Stubb. Hechos como éste son comunes en la pesca. Y al fin de este relato se verá que a mí también me estaba reservado un abandono semejante.

XCIV. UN APRETÓN DE MANOS

La ballena por la cual Stubb pagó tan alto precio fue debidamente arrimada al *Pequod*, donde se cumplieron en perfecta regla todas esas operaciones del descuartizamiento y el izamiento que ya hemos descrito, incluso el vaciado del tonel de Heidelberg.

Mientras unos marineros se ocupaban de esta última faena, otros arrastraban los grandes toneles no bien se llenaban de esperma; y llegado el momento oportuno, ese esperma fue cuidadosamente manipulado antes de pasar a las refinerías, de las cuales diré poco.

El esperma se había enfriado y cristalizado a tal punto que cuando me senté, con varios marineros, frente a un gran baño de Constantino lleno de esa sustancia, lo encontré curiosamente coagulado en masas que flotaban en la parte líquida. Nuestra tarea consistía en deshacer esas masas para transformarlas nuevamente en fluido. ¡Dulce y untuosa tarea! No es de asombrarse que en otros tiempos el esperma fuera un cosmético tan apreciado. ¡Un detergente tan dulce, claro, suave, deliciosamente blando! Después de tener mis manos hundidas en él durante unos pocos minutos, sentí que mis dedos eran como anguilas y empezaban a serpear, a ondular por sí solos.

Mientras estaba cómodamente sentado, con las piernas cruzadas, sobre la cubierta, después de los penosos esfuerzos en el cabrestante, bajo un apacible cielo azul, y la nave se deslizaba serenamente bajo las velas indolentes; mientras bañaba mis manos en esos glóbulos leves y blandos de tejidos interpenetrados, recién coagulados, que se deshacían opulentos entre mis dedos y liberaban toda su abundancia, como la uva madura suelta el vino; mientras aspiraba ese aroma purísimo (que se asemeja al olor de las violetas primaverales), les aseguro que viví en una pradera musgosa: olvidé por completo nuestro horrible juramento, y en ese inefable esperma lavé mis manos y mi corazón; casi empecé a dar crédito a la vieja superstición de Paracelso, según la cual el esperma posee la rara virtud de aplacar el ardor de la ira. Mientras me sumergía en ese baño, me sentí divinamente libre de toda forma de mala voluntad, o petulancia, o malicia.

¡Exprimir! ¡Exprimir! Durante toda la mañana exprimí ese esperma hasta que yo mismo me sentí fundido en él. Exprimí ese esperma hasta que se apoderó de mí una extraña especie de locura y me descubrí apretando las manos de mis colaboradores entre esa sustancia, confundiéndolas con los delicados glóbulos. Tal era el sentimiento desbordante de afecto, amistad y apasionamiento que provocaba esa tarea que al fin les apretaba sin cesar las manos, mientras los miraba tiernamente en los ojos como diciéndoles: «¡Oh, mis amados compañeros de vida, por qué hemos de seguir alimentando rencores sociales, por qué hemos de sentir la más leve animadversión o envidia! ¡Apretémonos todos las manos; más aún, apretémonos los unos contra los otros, apretémonos universalmente en la leche y el esperma de la bondad!».

¡Ojalá hubiese podido seguir exprimiendo ese esperma durante toda la vida! Pues ahora que, al cabo de muchas largas y repetidas experiencias he advertido que el hombre siempre acaba por reducir —o al menos por modificar— su idea de la felicidad alcanzable, sin situarla ya en alguna zona del intelecto o la fantasía, sino en su mujer, en el corazón, en la cama, en la mesa, en la montura, en el hogar, en la patria; ahora que he advertido todo eso, estoy dispuesto a exprimir eternamente el esperma. En los pensamientos de las visiones nocturnas he visto largas filas de ángeles en el paraíso, cada uno con una jarra de esperma en las manos.

Puesto que hablamos del esperma, convendrá mencionar otras cosas relacionadas con él, en la tarea de preparar el cachalote para las refinerías.

Primero hablemos del «caballo blanco», así llamado porque se obtiene de la parte ahusada del animal y también de las zonas más espesas de las aletas caudales. Es muy duro, porque está formado de tendones solidificados —un manojo de músculos—, pero contiene un poco de aceite. Separado de la ballena, el caballo blanco se corta en cuadrilongos fáciles de transportar antes de ser desmenuzados. Se parecen mucho a bloques de mármol de Berkshire.

Budín de frutas es el término que designa a ciertas partes de la carne de la ballena que se adhieren, aquí y allá, a la manta de grasa y que con frecuencia participan en buena medida de su untuosidad. Es algo bello, refrescante y apetitoso. Como su nombre lo indica, tiene un color muy rico y abigarrado, sobre un fondo estriado de blanco níveo y oro, moteado con manchas del púrpura y el rojo más intensos. Son ciruelas de rubíes entre limones. Es difícil luchar contra la tentación de comerla. Confieso que una vez me deslicé tras el palo de trinquete para probarla. Tenía el sabor que, imagino, hubiese podido tener un bistec real del muslo de Louis le Gros, suponiendo que lo hubiesen muerto el primer día después de la temporada de caza, y que esa temporada hubiese coincidido con una vendimia insólitamente abundante en los viñedos de Champagne.

Hay otra sustancia, muy singular por cierto, que aparece durante esas faenas pero que me es muy difícil describir. Se la llama *slobgollion*, denominación original de los balleneros, como la índole de la cosa misma. Es algo increíblemente fibroso, que suele encontrarse en los barriles de esperma después de que se lo ha exprimido y decantado durante mucho tiempo. Creo que son las membranas rotas, delgadísimas, de la caja del animal, aglutinadas.

El término *gurry* es propio de los cazadores de ballenas de Groenlandia, pero a veces lo usan los cazadores de cachalotes. Designa la sustancia oscura, viscosa, que se extrae del lomo de la ballena de Groenlandia, gran parte de la cual cubre los puentes de esas almas inferiores que persiguen a este innoble leviatán.

Pinzas. En rigor de verdad, esta palabra no es indígena del vocabulario de la ballenería. Pero llega a serlo, tal como la emplean los balleneros. Una pinza de balleneros es una tira corta y sólida de materia tendinosa, tomada de la parte ahusada de la cola del leviatán: su espesor corriente es de una pulgada y, por lo demás, tiene más o menos el tamaño de la parte de hierro de una azada. Si se la pasa de canto sobre la cubierta oleosa, como una escoba de cuero, atrae hacia sí, con inefables halagos y como por arte de magia, todas las impurezas.

Pero para aprender todo lo relativo a estas cosas recónditas lo mejor será que bajen ustedes a la cámara de la grasa y tengan una larga conversación con quienes la habitan. Este lugar ya ha sido mencionado como el receptáculo de los pedazos de grasa que se arrancan de la ballena y se izan a la nave. Cuando llega el momento de cortar sus contenidos, esa cámara es un teatro de horror para todos los bisoños, sobre todo de noche. A un lado, iluminado por una débil linterna, se deja un espacio libre para los hombres. Éstos suelen trabajar en parejas: uno maneja la pica y el garfio; el otro, la pala. La pica de los balleneros es semejante al arma de abordaje de una fragata, que lleva el mismo nombre. El garfio se parece al bichero de un bote. Con ese gancho, el que lo maneja atraviesa la lámina de grasa e impide que se deslice con los movimientos de la nave. Mientras tanto, el que usa la pala está de pie sobre esa lámina de grasa y la corta perpendicularmente en «pedazos de caballo» que pueden llevarse fácilmente. La pala está tan afilada como lo permite la piedra de amolar. El que la usa está descalzo y la superficie sobre la cual pone los pies se desliza irresistiblemente, como un trineo. ¿Es de asombrarse que se corte un dedo del pie, o que se lo corte a uno de sus asistentes? Los dedos de los pies no abundan entre los veteranos de la cámara de la grasa.

XCV. LA SOTANA

Si hubieran subido ustedes a bordo del *Pequod* durante esta autopsia de la ballena yo los habría llevado al cabrestante: estoy persuadido de que habrían observado con mucha curiosidad un objeto extraño y enigmático, extendido a lo largo de los imbornales de sotavento. Ni la maravillosa cisterna de la inmensa cabeza del cachalote; ni el prodigio de su mandíbula desquiciada; ni el milagro de su cola simétrica los habría sorprendido tanto como ese cono indescriptible, más largo que un hombre de Kentucky, que medía casi un pie de diámetro, en la base, y era de un negro tan retinto como Yojo, el ídolo de ébano de Queequeg. Y en verdad su imagen es un ídolo, o lo era en otros tiempos. Un ídolo como el encontrado en los bosques secretos de la reina Maachah, en Judea, que lo veneraba a tal punto que el rey Asa, su hijo, la depuso, para después destruir al ídolo y quemarlo como cosa abominable junto al torrente Kedron, según narra sombríamente el primer libro de los Reyes.

Miren ustedes al marinero llamado trinchador que llega ahora y, asistido por dos ayudantes, carga sobre sus hombros el «grandísimo», como lo llaman los marineros y con la espalda curva se aleja vacilando, como un granadero que se lleva del campo de batalla a un camarada muerto. Después lo extiende en la cubierta, sobre el alcázar, y empieza a quitarle cilíndricamente la piel oscura, como un cazador africano desuella la piel de una boa. Hecho lo cual, vuelve la piel del revés, como la pernera de un pantalón, la estira hasta casi duplicar su diámetro y al fin la cuelga para que se seque en las jarcias. Poco después la recoge, le corta unos tres pies del extremo puntiagudo y abre dos agujeros para pasar los brazos en el otro extremo. Entonces se desliza dentro. El trinchador ahora está investido de todas las insignias rituales de su orden. Sólo esta investidura, inmemorial para los miembros de esa orden, lo protegerá mientras se consagra a las peculiares funciones de su oficio.

El oficio consiste en desmenuzar los pedazos de caballo de la grasa para meterlos en las marmitas; operación que se hace en un curioso caballo de madera puesto contra la amurada, con un enorme barril debajo de él, en el cual caen los pedazos cortados, veloces como las hojas del atril de un orador arrebatado. Vestido de decoroso negro,

encaramado a un púlpito eminente, concentrado en hojas de biblia, ¡qué candidato para un arzobispado, qué buen Papa sería este trinchador!

XCIV. LAS REFINERÍAS

Un ballenero norteamericano se reconoce exteriormente no sólo por sus botes izados, sino también por sus refinerías. Presenta la curiosa característica de unir la sólida mampostería al roble y al cáñamo para completar la nave. Es como si transportara un horno de ladrillos sobre su puente de tablones.

Las marmitas están entre el palo de trinquete y el palo mayor, la parte más espaciosa del puente. Las vigas que las sostienen son de especial robustez, adaptadas para soportar el peso de una masa casi compacta de ladrillos y argamasa que mide unos diez pies por ocho de superficie y cinco de altura. Los cimientos no penetran en la cubierta, pero la mampostería está firmemente sujeta por pesados codos de hierro que, atornillados a los maderos, la rodean por todas partes. A los lados está revestida de madera y la parte superior está enteramente cubierta por una gran escotilla inclinada y asegurada con listones de madera. Al abrir la escotilla se ven las dos grandes marmitas, cada una de las cuales tiene la capacidad de varios barriles. Mientras no se las usa, se las mantiene escrupulosamente limpias. A veces se las restrega con jabón y arena, hasta que brillan como vasos de plata. Durante las guardias nocturnas, algunos cínicos marineros viejos se meten en las marmitas para echarse un sueño. Mientras las limpian, los hombres —cada uno en una marmita y el uno junto al otro—, se hacen muchas confidencias sobre esos labios de hierro. También ése es lugar para hondas meditaciones matemáticas. Fue en la marmita izquierda del *Pequod*, mientras hacía girar con diligencia la esteatita a mi alrededor, cuando descubrí el hecho notable de que, en geometría, todos los cuerpos que se deslizan por el cicloide —por ejemplo, mi esteatita— descienden desde cualquier punto exactamente en el mismo tiempo.

Al quitar la mampara frente a las refinerías, queda expuesta la mampostería desnuda de ese lado, abierta por las dos bocas de hierro de los hornos, exactamente debajo de las marmitas. Esas bocas tienen pesadas puertas de hierro. Un depósito de agua poco profundo, que se extiende bajo toda el área de la construcción, impide que el intenso calor del fuego se propague a la cubierta. Por un conducto practicado en la

parte posterior, el depósito vuelve a llenarse cada vez que el agua se evapora. No hay chimeneas exteriores. Éstas se abren directamente en la pared posterior. Y ahora volvamos atrás por un momento.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando las refinerías del *Pequod* empezaron a trabajar por primera vez en este viaje. Stubb tenía a su cargo la vigilancia de la tarea.

—¿Todo listo? Fuera la escotilla, entonces, y a empezar. Tú, cocinero; fuego a los hornos.

Eso era fácil, porque el carpintero había arrojado en los hornos sus virutas durante toda la travesía. Debo explicar que en un viaje ballenero, el primer fuego debe encenderse con madera. Después ya no vuelve a usarse la madera, salvo para encender más rápidamente el combustible principal. Una vez refinada, la grasa arrugada y crocante, que en ese estado se llama «desperdicio» o «fritura», aún conserva muchas de sus características oleosas. Esas frituras alimentan las llamas. Como un mártir pletórico en la hoguera o un misántropo que se devora a sí mismo, la ballena, una vez encendida, se suministra a sí misma el combustible y arde gracias a su propio cuerpo. ¡Ojalá consumiera también su humo! Porque ese humo es horrible de aspirar y no hay otro remedio que aspirarlo; más aún, hay que vivir dentro de él por un tiempo. Exhala un indescriptible, tremendo olor hindú, como el que flota en la vecindad de las piras funerarias. Huele como el ala izquierda del ángel exterminador; es un argumento en favor de la existencia del abismo infernal.

A medianoche, las refinerías estaban en pleno funcionamiento. Nos habíamos librado de la osamenta, habíamos izado las velas, el viento era refrescante y la terrible oscuridad del océano era impenetrable. Pero las llamas enfurecidas se tragaban esa oscuridad, surgiendo bifurcadas por los tiznados respiraderos e iluminando cada soga de los aparejos, como el famoso fuego griego. La nave ardiente avanzaba como consagrada a una despiadada venganza. Así los bergantines cargados de brea y azufre del audaz Kanaris, el general griego, saliendo de los muelles nocturnos con grandes cortinas de llamas como velas caían sobre las fragatas turcas y las envolvían en fuego.

La escotilla, retirada de la parte superior de los hornos, hacía las veces de un enorme hogar. Sobre ella se erguían las formas tártaras de los arponeros paganos, que siempre son los fogoneros en las balleneras. Con inmensas horquillas arrojaban masas sibilantes de grasa a las marmitas hirvientes, o avivaban el fuego debajo de ellas, hasta que las llamas serpentinan asomaban retorciéndose por las puertas para asirles los pies. El humo remolineaba en negros cúmulos. A cada sacudón de la nave respondía un sacudón de la grasa hirviente, que parecía ansiosa por saltar a la cara de los hombres. En la parte opuesta a la boca del horno, del lado externo del amplio hogar de madera, estaba el cabrestante, que servía como sofá de mar.

Allí descansaban los guardias, cuando no tenían otra cosa que hacer, mirando el rojo ardor del fuego hasta que sentían que las llamas les quemaban los ojos. Sus caras

bronceadas, ahora sucias de humo y sudor, sus barbas enmarañadas, el contraste del brillo bárbaro de sus dientes: todo eso se revelaba en la caprichosa ornamentación de las llamas. Mientras se contaban sus aventuras impías, sus historias de terror dichas con palabras alegres; mientras sus risas incivilizadas subían como las llamas del horno; mientras los arponeros iban y venían frente a ellos, gesticulando con sus horquillas y cucharones gigantescos; mientras el viento ululaba, y el mar saltaba, y la nave gemía y hundía la popa sin dejar de arrastrar ese rojo infierno cada vez más dentro de la noche y del mar, triturando en su boca desdeñosa los blancos huesos de la ballena y escupiendo perversamente a su alrededor, entonces el *Pequod* cargado de fuego y de salvajes, con un cadáver encendido mientras avanzaba rodeado de negrura y de oscuridad, parecía el equivalente material de su comandante monomaniaco.

Esa fue mi sensación cuando tomé la barra del timón y, durante largas horas, guíé en silencio la nave de fuego sobre el mar. En ese intervalo, también a mí me envolvió la oscuridad. Y gracias a esa oscuridad vi tanto mejor las llamas, la locura, la figura espantosa de los demás hombres. El espectáculo incesante de esas imágenes demoníacas que surgían entre el fuego y el humo al fin suscitó en mi alma imágenes equivalentes y pronto cedí al inexplicable letargo que siempre me dominaba durante mis guardias nocturnas ante la barra del timón.

Pero esa noche me ocurrió algo extraño, que desde entonces no he podido explicarme. Me había quedado dormido, de pie, y al despertar de repente tuve la horrible conciencia de una tremenda fatalidad. La barra del timón, hecha con un hueso de mandíbula, contra la cual me había apoyado al dormirme, me golpeó un costado. Sentía en mis oídos el quedo zumbido de las velas cuando empiezan a hincharse con el viento. Pensé que tenía los ojos abiertos: a medias inconsciente, me llevé los dedos a los párpados para abrirllos aún más. Pero no pude ver la brújula, aunque apenas un minuto antes había consultado el cuadrante a la luz de la lámpara de bitácora. Lo único que creía ver ante mí era una negrura como de pez, que de cuando en cuando hacía aún más espectrales los resplandores rojos.

Mi impresión dominante era que esa nave impetuosa y veloz no se precipitaba hacia ningún puerto a proa, sino que huía de todos los puertos a popa. Me invadió una sensación de rigidez y azoramiento, semejante a la muerte. Mis manos asieron convulsivamente la barra, pero con la absurda idea de que se había invertido como por arte de magia. ¡Dios mío, qué me sucede! ¡Oh! Durante mi fugaz sueño había girado a medias, y ahora miraba hacia la popa, dando la espalda a la proa y a la brújula. En un instante me volví, justo a tiempo para impedir que la nave volcara. ¡Qué alegría, qué alivio sentirme liberado de esa sobrenatural alucinación de la noche y de la fatal contingencia de caer a sotavento!

¡No mires demasiado el fuego, hombre! ¡Nunca sueñes con tu mano en la barra! No vuelvas la espalda a la brújula, acepta el primer indicio de un timón que se sobresalta,

no creas en el fuego artificial cuando su fulgor hace que todo parezca espectral. A la mañana, el sol de la naturaleza hará brillar el cielo y esos que resplandecían como demonios ante las llamas bifurcadas se mostrarán con un aspecto muy diferente, o por lo menos más apacible. El glorioso, dorado, dichoso: la única lámpara verdadera. ¡Todas las demás nos mienten!

Sin embargo, el sol no oculta los tristes pantanos de Virginia, ni la maldita Campagna de Roma, ni el inmenso Sahara, ni todos los millones de millares de desiertos y pesares que hay bajo la luna. El sol no oculta el océano, que es el lado oscuro de esta tierra y cubre sus dos tercios. Por lo tanto, el mortal que lleva en sí más dicha que dolor no es sincero: o no es sincero, o no se ha desarrollado plenamente. Lo mismo ocurre con los libros. El hombre más sincero entre todos fue el Hombre de los Dolores, y el libro más sincero fue el de Salomón, y el Eclesiastés es el hermoso acero forjado del dolor. «Todo es vanidad». TODO. Este mundo obcecado aún no ha adquirido la sabiduría de Salomón, el no cristiano. Pero el hombre que esquiva los hospitales y las cárceles y aprieta el paso ante los cementerios y prefiere hablar de óperas antes que del infierno, el que llama pobres diablos y enfermos a Cowper, Young, Pascal, Rousseau; el que durante su vida despreocupada jura por Rabelais como por el más sabio, es decir, el más alegre, ese hombre no es digno de sentarse sobre las lápidas y romper la tierra verde y húmeda junto con el insondable, maravilloso Salomón.

Pero el propio Salomón dice: «El hombre que se aparta del camino de la comprensión permanecerá (aunque esté vivo) en la congregación de los muertos». No te abandones, pues, al fuego. Podría invertirte, insensibilizarte como a mí en esa ocasión. Hay una sabiduría que es dolor, pero hay un dolor que es locura. Y hay en algunas almas un águila de los Catskill que puede hundirse en los más negros desfiladeros para resurgir y desaparecer en las alturas soleadas. Y aunque siempre vuele en los abismos, esos abismos están en las montañas, de modo que aun en sus más hondos descensos el águila de la montaña está más alta que los pájaros de la llanura, por mucho que suban.

XCVII. LA LÁMPARA

Si hubieran bajado desde las refinerías del *Pequod* al alcázar donde dormía la guardia fuera de servicio, por un instante se habrían sentido ustedes en una cripta iluminada de reyes o consejeros canonizados. Los hombres yacían en nichos triangulares de roble, cada uno en un silencio esculpido; unas veinte lámparas brillaban ante sus ojos cerrados. En las naves mercantes, el aceite para los marineros es más escaso que la leche de las reinas. Vestirse en la oscuridad, comer en la oscuridad, ir a los tropezones hacia el jergón es el destino habitual. Pero el ballenero, que busca el alimento de la luz, vive en la luz. Hace de su cucheta una lámpara de Aladino y se acuesta en ella; de modo que en la noche más oscura el negro casco de la nave siempre alberga una luz.

Miren con qué entera libertad el ballenero toma su carga de lámparas (que a menudo no son sino botellas y frascos viejos) y las lleva hacia el refrigerador de cobre de las refinerías para volver a llenarlas, como vasos de cerveza en la barrica. Además, hace arder el más puro de los aceites en su estado no elaborado, es decir, no viciado: un fluido desconocido por todas las máquinas solares, lunares o astrales de la tierra. Es tan dulce como la manteca de la hierba tierna en abril. El ballenero va en busca de su aceite como para estar seguro de su frescura y de su autenticidad, como el viajero que en la pradera anda en busca de caza para su comida.

XCVIII. ESTIBA Y LIMPIEZA

Ya hemos dicho cómo se divisa a lo lejos el gran leviatán desde la cofa; cómo se lo persigue a través de los páramos de agua y se lo sacrifica en los valles profundos; cómo se lo arrima a la nave para decapitarlo y cómo, según el principio que daba derecho al antiguo verdugo sobre las ropas que vestía el decapitado en el momento de su muerte, el gran abrigo acolchado del monstruo pasa a ser propiedad del degollador; cómo se lo condena, llegado el momento, a las marmitas donde —al igual que Shadrach, Meshach y Abednego— esperma, aceite y huesos pasan intactos por el fuego. Queda ahora por concluir la última etapa de esta parte de la descripción, relatando —y aun cantando, si fuera posible— el pintoresco procedimiento de la decantación del aceite en cascots que se encierran en la bodega, donde el monstruo retorna a sus profundidades nativas, deslizándose de nuevo bajo la superficie, aunque ya no para emerger y resoplar.

Aún tibio, el aceite se recoge, como ponche caliente, en cascots de seis barriles; y mientras la nave quizá rola y cabecea en el mar nocturno, esos cascots zarandeados vuelcan y a veces ruedan peligrosamente por la resbalosa cubierta, como otros tantos aludes terrestres, hasta que el hombre los domina y detiene su carrera; entonces, alrededor de los flejes, tac, tac, suenan tantos martillazos como puedan encontrar cabida, ya que en ese momento cada tripulante se vuelve cubero *ex officio*.

Por fin, cuando la última pinta ha sido encubada y todo se ha enfriado, se abren las grandes escotillas, queda al descubierto la entraña de la nave y a ella bajan los cascots para su último descanso en el mar. Después se corren nuevamente las escotillas y se las cierra herméticamente, como alacenas empotradas.

Quizá éste sea uno de los momentos más notables de toda la pesca ballenera. Un día los tablones aparecen regados de sangre y aceite; sobre el sagrado alcázar se apilan irreverentemente enormes trozos de cabeza de ballena; yacen por doquier enormes cascots herrumbrados, como en el patio de una fábrica de cereza; el humo de las refinerías ha ennegrecido las amuradas; los marineros andan de aquí para allá

enviscados de grasa; la nave entera parece el mismo leviatán y en todas partes el estruendo es ensordecedor.

Sin embargo, uno o dos días después, si mira uno a su alrededor en la misma nave y aguza los oídos, juraría que está a bordo de un apacible barco mercante, al mando de un capitán escrupulosamente limpio, si no fuera por el testimonio de los botes y las refinerías. El esperma crudo posee una singular facultad de limpieza. Por eso las cubiertas nunca parecen tan blancas como después de lo que llaman un «asunto de aceite». Además, con las cenizas de los residuos de ballena quemados se fabrica fácilmente una potente lejía que extermina enseguida cualquier adherencia del lomo de la ballena que haya quedado en los lados de la nave. Los marineros recorren diligentes las amuradas y con trapos y baldes de agua les devuelven su aspecto pulcro. Cepillan el hollín del cordaje inferior y limpian y guardan cuidadosamente todas las herramientas utilizadas. Restriegan la escotilla y la colocan sobre las refinerías, cubriendo por completo las marmitas; el último casco desaparece de la vista; se arrollan todos los aparejos en rincones ocultos; y sólo cuando, mediante el esfuerzo combinado y simultáneo de casi toda la tripulación, al fin queda terminada esa minuciosa faena, los tripulantes se dedican a su propia limpieza. Se cambian de ropa de pie a cabeza y al fin suben a la inmaculada cubierta frescos y relucientes, como novios recién salidos de las más finas holandas.

Entonces, con paso ligero, recorren los tablones en grupos de dos y de tres, discutiendo humorísticamente sobre salones, sofás, alfombras, finas batistas; proponen tapizar la cubierta; piensan en colgar cortinajes desde los topes y no ven nada de malo en tomar té a la luz de la luna en la galería del alcázar. Hablar a esos perfumados marineros de aceite, hueso y grasa sería temerario: no sabrían de qué les hablamos y nos dirían: «¡Fuera con eso, y tráigannos servilletas!».

Pero atención: allá, en el tope de los tres mástiles, hay tres hombres que aguardan otras ballenas; si las capturan, volverían a ensuciar infaliblemente ese viejo mueble de roble, sin que quedara una sola parte al menos con una mancha de grasa. Sí. Y no son pocas las veces en que, después de los trabajos más rudos e ininterrumpidos, que no conocen noche y se suceden durante noventa y seis horas seguidas, los marineros, recién salidos del bote donde se les han hinchado las muñecas a fuerza de remar el día entero sobre la línea del Ecuador, arrastran por la cubierta enormes cadenas, y alzan el pesado cabrestante, y cortan, y acuchillan, y cuando están bañados de sudor se someten de nuevo al humo y los fuegos combinados del sol ecuatorial y de las refinerías, al cabo de todo esto, cuando al fin se ponen a limpiar la nave y a transformarla en una inmaculada lechería, esos pobres diablos, mientras se abotonan el cuello de la chaqueta se sobresaltan al oír el grito de «¡Allí va una!» y se precipitan de nuevo a luchar contra otra ballena y esa rutina abrumadora se inicia una vez más ante ellos. ¡Oh, amigos míos, esto es matar a la gente! Pero así es la vida. Porque

cuando nosotros, los mortales, logramos extraer de la vasta mole de este mundo su pequeño pero valioso esperma con penosos esfuerzos y después, con agotada paciencia, nos lavamos de sus inmundicias y aprendemos a vivir en los límpidos tabernáculos del alma, no bien hemos hecho todo eso resuena el «¡Allí va una!». El fantasma se levanta nuevamente y nos precipitamos a luchar contra algún mundo y reanudamos la vieja rutina de nuestra juventud.

¡Oh la metempsicosis! ¡Oh, Pitágoras, que en la luminosa Grecia moriste hace dos mil años, tan bueno, tan sabio, tan apacible! He navegado contigo en aguas del Perú y, necio como soy, te he enseñado, simple bisoño, cómo anudar un cabo.

XCIX. EL DOBLÓN

Ya hemos contado que Ahab tenía la costumbre de pasearse por el puente de mando, volviéndose regularmente a cada límite: la bitácora y el palo mayor. Pero entre las muchas cosas que hemos debido contar no hemos agregado que durante esos paseos, cuando estaba más absorto en sí mismo, Ahab solía detenerse en cada uno de esos límites, para mirar extrañamente el objeto que tenía delante. Cuando se detenía ante la bitácora, con sus ojos fijos en la aguja puntiaguda de la brújula, su mirada dardeaba como una jabalina con la aguda intensidad de su propósito; y cuando reanudaba la marcha para detenerse ante el palo mayor, mientras su mirada se posaba en la moneda de oro clavada en él, conservaba el mismo aspecto de férrea resolución, sólo matizada por una especie de ansiedad, si no de esperanza.

Pero una mañana, en el instante en que volvía la espalda al doblón, Ahab pareció atraído por las extrañas figuras e inscripciones grabadas en él, como si por primera vez se hubiese puesto a interpretar, de algún modo monomaniaco, el significado que pudiera esconderse en ellas. En todas las cosas está oculto siempre un significado: de lo contrario, poco valdrían, y el mundo mismo no sería más que una cifra vacía, sin más utilidad que las colinas en torno a Boston, que se venden por carradas para rellenar alguna ciénaga de la Vía Láctea.

Ahora bien: ese doblón era del oro más puro y virginal, extraído del corazón de alguna maravillosa colina donde, a oriente y occidente, corren sobre arenas de oro las aguas surgentes de muchos Pactolos. Y aunque ahora estaba clavado entre la herrumbre de los tornillos y el verdín de los pernos de cobre, aún conservaba su brillo de Quito, intangible, inmaculado. Y aunque estaba en medio de una tripulación bárbara, y en todo instante lo rozaban manos igualmente bárbaras durante interminables noches de hermética oscuridad que encubría todo intento de robo, cada amanecer encontraba el doblón en el mismo lugar donde lo había dejado el crepúsculo. Porque estaba santificado por un terrible propósito, y por despreocupados que fueran los marineros, cada uno lo veneraba como el talismán de la Ballena Blanca.

A veces hablaban de él durante las fatigosas guardias nocturnas, preguntándose a quién habría de corresponderle y si su dueño viviría lo bastante como para gastarlo.

Esas nobles monedas de oro de Sudamérica son como medallas del sol y símbolos del trópico. En ellas aparecen grabados en rica profusión palmeras, alpacas y volcanes; discos del sol y estrellas; elípticas, cuernos de la abundancia y suntuosas banderas. De modo que del precioso oro parecen provenir una riqueza ulterior, una gloria excelsa que pasa por esos troqueles fantasiosos, tan hispánicamente poéticos.

El doblón del *Pequod* era un rico ejemplo de todo eso. En su borde circular llevaba la inscripción: REPÚBLICA DEL ECUADOR: QUITO. Así, la reluciente moneda venía de un país situado en medio del mundo, bajo el gran Ecuador, bautizado con ese nombre, y había sido fundida en medio de los Andes, en ese clima invariable que no conoce otoños. Rodeada por esas letras, se veía en ella la imagen de tres cumbres andinas y, en la primera, una llama; en la segunda, una torre; en la tercera, un gallo que cacareaba. Sobre todo ello se enarcaba un fragmento del zodíaco con los signos representados según su habitual sentido cabalístico, y el sol, clave de todos ellos, en el momento de entrar en el equinoccio, en Libra.

Ahab estaba ahora frente a esa moneda ecuatorial, sin que nadie lo viera.

—Hay siempre algo de egoísta en las cumbres y las torres, y en todas las cosas grandiosas y sublimes. Aquí hay tres picos soberbios como Lucifer. La torre firme es Ahab; el volcán es Ahab; el ave valiente, intrépida y victoriosa también es Ahab: todos son Ahab y este oro redondo no es más que la imagen del globo más redondo que, semejante a la bola de cristal del mago, refleja ante cada hombre su propio yo misterioso. Grandes esfuerzos, ínfimo provecho para quienes piden al mundo que les dé la explicación de todo, cuando el mundo no puede siquiera explicarse a sí mismo. Me parece que este sol acuñado tiene un rostro rubicundo; ¡pero mira!, ¡sí, entra en el signo de las tempestades, el equinoccio! ¡Y hace apenas seis meses que ha salido de otro equinoccio, en Aries! ¡De tempestad en tempestad! Pues que así sea. Nacido en el dolor, conviene que el hombre viva en el sufrimiento y muera en la angustia. ¡Que así sea! Aquí hay una materia muy dura para que el dolor la trabaje. Que así sea...

—Ningún dedo de hada puede haber tocado el oro, pero las garras del diablo han de haber dejado su marca ayer —murmuró para sí Starbuck, apoyándose en la amurada—. El viejo tiene el aire de leer la terrible escritura de Baltasar. Nunca he estudiado bien esa moneda. Ya baja a su cabina; la leeré... Un valle oscuro en medio de tres picos poderosos, erguidos al cielo, que parecen casi la Trinidad, en algún débil símbolo terreno. Así, en este valle de la Muerte, Dios nos rodea y sobre toda nuestra tristeza resplandece el sol de la Justicia, como un faro o como una esperanza. Si bajamos los ojos, el valle oscuro muestra su tierra fangosa. Pero si los alzamos, el sol deslumbrante nos viene al encuentro, para alegrarnos. Sin embargo, ay, el sol inmenso no está inmóvil y, si a medianoche necesitamos un poco de consuelo, lo buscamos en

vano. Esta moneda me habla con sabiduría, con dulzura y verdad, pero también con tristeza. Te dejaré, para que la Verdad no me agite falsamente.

—Allí está el viejo Mogol —dijo para sí Stubb, cerca de las refinerías—. Ha estado examinando la moneda; y allí se va Starbuck: los dos con caras que, me atreveré a decirlo, parecen medir nueve brazas de largo. Y todo por haber mirado una pieza de oro que, si la tuviera yo en Negro Hill o en Corlaer's Hook, no la miraría demasiado antes de gastarla. ¡Humm! Según mi pobre e insignificante parecer, todo esto es extraño. He visto otros doblones durante mis viajes: los de la vieja España, y los doblones del Perú, los doblones de Chile, los doblones de Bolivia, los doblones de Popayán, y también infinitos moidoros y pistolas de oro y reales y medios reales y cuartos de reales. ¿Qué tendrá, pues, este doblón del Ecuador, que lo hace tan milagroso? ¡Por Golconda! Lo leeré también yo. ¡Vaya! ¡Aquí sí que hay signos y maravillas! Esto es lo que el viejo Bowditch llama el *Zodiaco* en el *Epítome*, como el almanaque que tengo abajo. Traeré mi almanaque. Y como he oído decir que se puede llamar a los diablos con la aritmética de Daboll, con mi almanaque de Massachusetts trataré de encontrar sentido en este galimatías. Aquí está el libro. Veamos. Signos y maravillas, y el sol siempre está dentro de ellos. Humm, humm, humm... aquí están, todos vivos: ¡Aries o el carnero; Taurus o el toro, y Géminis! Aquí está nada menos que Géminis, o los gemelos. Bien: el sol gira en medio. Si, aquí, en el doblón, atraviesa la puerta entre dos de los doce salones que forman un círculo. ¡Ah, libro! Estás mintiéndome... El hecho es que ustedes, los libros, deben quedarse en su lugar. Sirven para darnos las palabras y los hechos desnudos y crudos, pero somos nosotros quienes debemos poner las ideas. Ésta es mi breve experiencia, en lo que respecta al calendario de Massachusetts, el navegante de Bowditch y la aritmética de Daboll. Signos y maravillas, ¿eh? ¡Triste cosa si no hay nada de maravilloso en los signos o nada de significativo en las maravillas! En alguna parte tiene que haber una clave... Un momento... ¡silencio!... ¡Por Júpiter, aquí está! Mira, doblón, este zodiaco tuyo es la vida del hombre en un solo capítulo: ahora voy a leerla, directamente del libro. ¡Adelante, calendario! Empecemos. Aquí está Aries o el carnero, bestia libidinosa que nos engendra; después Taurus, el toro, que empieza por darnos una cornada; después Géminis o los gemelos, es decir, la Virtud y el Vicio: procuramos alcanzar la Virtud cuando... ¡zas!, llega Cáncer o el cangrejo, que nos arrastra hacia atrás; y mientras nos alejamos de la Virtud, Leo, un león rugiente, se nos cruza en el camino, nos da feroces dentelladas y terribles zarpazos. Huimos y saludamos a Virgo, la virgen. Es nuestro primer amor, nos casamos con ella y nos creemos felices para siempre, cuando ¡zas!, aparece Libra o la balanza, que pesa la felicidad y la encuentra insuficiente. Y mientras nos entristecemos por esto, Santo Dios, qué salto damos cuando Scorpio o el escorpión nos pica en la espalda; nos curamos las heridas cuando, ¡zas!, nos llegan flechas desde todas partes: es Sagitario o el arquero que se divierte.

Mientras nos arrancamos las flechas, ¡cuidado!, aquí está el ariete, Capricornio o la cabra, que se precipita con toda su fuerza y salimos disparados de cabeza, mientras Acuario o el aguatero vierte todo su diluvio y nos inunda; y para acabar Piscis o los peces, dormimos. Éste es un sermón escrito en el alto cielo, y el sol lo atraviesa todos los años y sin embargo siempre sale sano y lleno de ánimo. Allá, arriba, sigue girando alegremente entre dolores y afanes; y lo mismo hace aquí abajo Stubb, el alegre. ¡Oh, alegre es la palabra, para siempre! ¡Adiós, doblón! Pero aquí viene el pequeño Pendolón; escondámonos tras las refinerías y oigamos qué tiene que decir... aquí... Ya está frente al doblón; ahora se saldrá con algo... Ya, ya empieza...

—No veo aquí nada más que una cosa redonda, hecha de oro, y esta cosa es para el que aviste a una determinada ballena. ¿Para qué abrir tanto los ojos, entonces? Vale dieciséis dólares, es cierto, y a dos céntimos el cigarro, son novecientos sesenta cigarros. No me gusta fumar pipas sucias, como a Stubb; me gustan los cigarros, y aquí hay novecientos sesenta: ¡a abrir bien los ojos, Flask! ¿Debo decir que esta es una cosa inteligente o estúpida? Si es de veras inteligente, tiene un aire estúpido; pero si es de veras estúpida, tiene una especie de apariencia inteligente... Pero basta: aquí llega nuestro viejo de Man, el viejo cochero de carroza fúnebre: debió serlo, antes de darse al mar. Orza frente al doblón, vaya... y se vuelve hacia la otra parte del mástil; pero hay una herradura clavada en esa parte. Ahora vuelve: ¿qué significa todo esto? ¡Atención! Está murmurando algo... una voz de viejo molino de café ya gastado... ¡Agucemos el oído!

—Si avistamos a la Ballena Blanca, será dentro de un mes y un día, cuando el sol se encuentre en uno de estos signos. He estudiado los signos y conozco sus figuras, me las enseñó hace cuarenta años la vieja bruja de Copenhague. ¿En qué signo saldrá el sol? El signo de la herradura; pues está allí, del otro lado del oro. ¿Y cuál es el signo de la herradura? El león es el signo de la herradura, el león rugiente y devorador. ¡Nave, vieja nave! Me tiembla la vieja cabeza cuando pienso en ti.

—Es otra interpretación, pero el texto es el mismo. Hay hombres de todas las especies, en un mundo de una sola especie. ¡Volvamos a escondernos! Llega Queequeg, cubierto de tatuajes; parece los signos del Zodíaco en persona. ¿Qué dice el caníbal? Por mi vida, está haciendo comparaciones: se mira el muslo, cree que el sol está en el muslo o en la pantorrilla, o en los intestinos, como las viejas que hablan de la Astronomía del Cirujano... Por Júpiter, parece que ha encontrado algo allí, cerca del muslo... será Sagitarius, o el arquero. No, no: no sabe qué hacer con el doblón; lo toma por un viejo botón de los pantalones de algún rey. Pero ¡escondámonos otra vez! Aquí llega ese diablo fantasma de Fedallah, con la cola escondida, como de costumbre, y la estopa en la punta de los escaupines. ¿Qué está diciendo, con esa cara? Ah, sólo hace un signo al signo y se inclina; hay un sol en la moneda... un adorador del sol, sin duda. ¡Vaya, otro más! Es Pip, pobre muchacho... Ojalá hubiera

muerto, o hubiese muerto yo... Me horroriza verlo. También él ha estado observando a todos esos intérpretes, incluso a mí, y ahora va a leer, con esa cara suya ultraterrena, de idiota... Escondámonos de nuevo y oigámoslo. ¡Atención!

—Yo miro, tú miras, él mira, nosotros miramos, vosotros miráis, ellos miran.

—¡Por mi alma! ¡Ha estado estudiando la gramática de Murray! ¡Educando su mente, pobre muchacho! Pero ¿qué dice ahora? ¡Shh!

—Yo miro, tú miras, él mira, nosotros miramos, vosotros miráis, ellos miran.

—Bueno, esto es cómico.

—Y yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos, somos todos murciélagos y yo soy un cuervo, especialmente cuando estoy en la punta de este pino. ¡Co, co, co, co, co, co! ¿No soy un cuervo? ¿Y dónde está el espantapájaros? Allí está: dos huesos metidos en un par de pantalones viejos y otros dos ensartados en las mangas de una chaqueta.

—¿Se referirá a mí? ¡Vaya cumplido! ¡Pobre muchacho! Debería ahorcarme... De todos modos, por ahora me alejaré de la cercanía de Pip. Puedo soportar a los demás, que tienen la mente sana; pero éste está demasiado loco para mi salud mental. De modo que lo dejaré murmurando.

—Este doblón es el ombligo de la nave y todos arden en deseos de arrancarlo. Pero arránquense ustedes el ombligo, ¿y qué sucederá? Sin embargo, dejarlo donde está tampoco es muy lindo, porque cuando hay algo clavado en el mástil quiere decir que las cosas andan muy mal. ¡Ah, ah, viejo Ahab! ¡La Ballena Blanca te clavará a ti! Este es un pino. En la vieja Tolland, mi padre cortó una vez un pino y encontró en él un anillo de plata en torno al cual había crecido el árbol. Era el anillo de bodas de algún viejo negro. ¿Cómo habría ido a parar allí? Así dirán en la resurrección, cuando acudan a pescar este viejo árbol y encuentren un doblón con ostras incrustadas en vez de corteza rugosa. ¡Oh, el oro! ¡El precioso, precioso oro! ¡Pronto te atrapará el gran avaro verde! ¡Shh! ¡Shh! ¡Cocinero! ¡Ea, cocinero! ¡Anda, cocínanos! ¡Jenny! ¡Vamos, vamos, vamos, Jenny! ¡Jenny! ¡Haz tu torta!

C. PIERNA Y BRAZO. EL *PEQUOD*, DE NANTUCKET, ENCUENTRA AL *SAMUEL*
ENDERBY, DE LONDRES

—¡Ah de la nave! ¿Has visto a la Ballena Blanca?

Así gritó Ahab, dirigiéndose una vez más a una nave que pasaba a popa con los colores ingleses. Con el portavoz ante la boca, el viejo estaba de pie en su bote izado, con la pierna de marfil claramente expuesta ante el capitán extranjero que, con aire despreocupado, estaba tendido en la proa de su propio bote. Era un hombre muy bronceado, fornido, de aspecto bonachón, bastante agradable, de unos sesenta años, vestido con una amplia chaqueta que le colgaba en pliegues de lana azul; un brazo vacío de esa chaqueta pendía tras él como el brazo bordado de la chaqueta de un húsar.

—¿Has visto a la Ballena Blanca?

—¿Ves esto?

El capitán extranjero retiró de los pliegues que lo ocultaban un blanco brazo de hueso de cachalote, rematado por una cabeza de leño como una maza.

—¡Preparen mi bote! —gritó Ahab impetuosamente, agitando los remos que tenía a su lado—. ¡Bajaremos enseguida!

En menos de un minuto, sin que Ahab dejara su pequeña embarcación, él y sus hombres estuvieron en el mar y pronto se acercaron a la nave extranjera. Pero entonces surgió una curiosa dificultad. En la agitación del momento, Ahab había olvidado que, después de perder su pierna, no había vuelto a subir a bordo de otra nave que la suya y, en este caso, siempre por medio de un ingenioso aparato muy manuable que era exclusivo del *Pequod* y que ninguna nave hubiese podido armar y embarcar de un momento a otro. Ahora bien: para nadie es fácil —salvo para los que, como los balleneros, han adquirido una larga experiencia— subir por el flanco de una nave desde un bote en pleno mar, porque las grandes olas unas veces levantan la embarcación hasta las amuradas, y otras veces la dejan caer de golpe casi hasta la

mitad de la quilla. Y como Ahab tenía una sola pierna y la nave extranjera carecía, desde luego, del servicial mecanismo, el capitán del *Pequod* se encontró vergonzosamente reducido al estado de un torpe hombre de tierra firme y miraba con desesperación la altura que muy a duras penas hubiese podido escalar.

Ya hemos indicado, quizá, que la menor circunstancia adversa que surgiera más o menos relacionada con su desgracia casi invariablemente lo irritaba y exasperaba. En esta ocasión, todo se agravaba por el espectáculo de los dos oficiales de la nave extranjera que, inclinados sobre la amurada, junto a la escala perpendicular de cuerdas clavada en ese lugar, le sostenían un par de cuerdas para asirse adornadas con muy buen gusto: pues a esos hombres no parecía ocurrírseles que un hombre con una sola pierna debía estar imposibilitado para usar su escala de cuerdas. Pero esa confusión sólo duró un minuto, porque el capitán extranjero, advirtiéndole de pronto cuál era la dificultad, gritó: «Comprendo, comprendo. ¡No icen más! ¡Rápido, muchachos, arríen el aparejo!».

La casualidad había querido que uno o dos días antes la nave hubiera arrimado a su lado una ballena; los grandes aparejos aún pendían en lo alto y el macizo gancho para la grasa, ya seco y limpio, estaba allí. Lo bajaron rápidamente hasta Ahab que, comprendiendo de inmediato, deslizó su única pierna en la curva del gancho (era como sentarse en la uña de un ancla o en la horqueta de un manzano) y después, haciendo una señal, se sostuvo con firmeza. Al mismo tiempo ayudó a izar su propio peso, tirando de una de las partes corredizas de la polea. Poco después lo pasaron cuidadosamente sobre las altas amuradas y lo depositaron con mucha suavidad en el cabrestante. Con el brazo de marfil amistosamente tendido para dar la bienvenida, el otro capitán se adelantó y Ahab, tendiendo a su vez la pierna de marfil y cruzándola con el brazo de marfil (como dos huesos de pez espada) exclamó en su tono sarcástico:

—¡Eso es, de todo corazón! ¡Un buen apretón de huesos! ¡Un brazo y una pierna! ¡Un brazo que, según veo, no puede doblarse y una pierna que ya no puede correr! ¿Dónde has visto la Ballena Blanca? ¿Y cuánto hace?

—La Ballena Blanca —dijo el inglés, señalando hacia el este con su brazo de marfil y fijando en él los tristes ojos, como si hubiera sido un telescopio—. La he visto allá, en el Ecuador, la estación pasada.

—Y te ha arrancado ese brazo, ¿no es cierto? —preguntó Ahab, deslizándose desde el cabrestante y apoyándose en el hombro del inglés.

—Sí, por lo menos ella ha sido la causa. ¿También esa pierna?...

—Cuéntame cómo ocurrió —dijo Ahab.

—Era la primera vez en mi vida que cruzaba el Ecuador —empezó el inglés—. No conocía a la Ballena Blanca, entonces. Y bien: un día bajamos al mar tras una manada de cuatro o cinco ballenas, y mi bote hizo presa en una; era un caballo de circo. Se

puso a girar una y otra vez alrededor, de modo que mis hombres sólo podían mantener el equilibrio poniendo sus traseros contra la borda exterior de popa. De pronto irrumpió desde el fondo del mar una ballena enorme, poderosa, con la cabeza y la giba blancas como la leche, toda arrugas y patas de gallo.

—¡Era ella, era ella! —gritó Ahab, exhalando bruscamente el aliento contenido.

—Y con arpones clavados junto a la aleta derecha.

—¡Sí, sí, eran los míos, mis arpones! —gritó Ahab, exultante—. ¡Sigue!

—Entonces déjame hablar —dijo el inglés, sonriente—. Bien: este viejo bisabuelo de cabeza y giba blancas se precipita entre la espuma hacia la manada y empieza a dar mordiscos furibundos a la línea.

—¡Sí, ya comprendo! Quería cortarla, librar al pez atrapado... un viejo ardid, lo conozco.

—Cómo ocurrió exactamente —siguió el capitán manco— no lo sé, pero al morder la línea, se le enredó en los dientes y la ballena quedó prendida de algún modo. Al principio no nos dimos cuenta, de modo que cuando tiramos para recuperar la cuerda, fuimos a dar precisamente sobre la giba, y no sobre la otra ballena, que escapaba a barlovento, toda cola. Ante esa situación, y viendo que esa ballena era un enemigo digno de cuidado (la más hermosa y la más grande que he visto en mi vida, capitán), decidí capturarla, a pesar de la rabia enloquecida que demostraba. Y pensando que esa línea fortuita podía soltarse o que quizá cediera el diente en que se había enredado (porque tengo una tripulación diabólica para tirar de una línea), en vista de todo eso, digo, salté al bote del primer oficial, el señor Mounttop, aquí presente (a propósito, capitán: Mounttop; Mounttop, el capitán). Salto, como decía, al bote de Mounttop que, debe usted saberlo, ya estaba junto al mío, y echo mano del primer arpón para tirárselo al viejo bisabuelo. Pero Dios santo, capitán... Por mi vida se lo juro, un instante después, en un relámpago, estaba ciego como un murciélago, de ambos ojos, sepultado en una espuma negra, mientras la cola de la ballena se elevaba perpendicular en el aire como un campanario de mármol. Retroceder era inútil, pero mientras buscaba a tientas, en pleno mediodía y con un sol que cegaba como las joyas de una corona, mientras buscaba a tientas, digo, otro arpón para arrojársele, la cola cae como una torre de Lima, parte en dos el bote, hace pedazos cada mitad y la giba blanca pasa entre esas ruinas como si fueran astillas. Todos nos apartamos, nadando. Para escapar de esos golpes terribles, me aferro del asta del arpón que la ballena tiene clavado en el cuerpo y durante un momento permanezco asido de él como una sanguijuela. Pero una ola me arranca de allí y en ese preciso instante el monstruo, con un salto adelante, se zambulle como un rayo. El filo de ese segundo arpón maldito me pasó por encima, me tomó por aquí —se golpeó con la mano bajo el hombro—, sí, me tomó por aquí y me arrastró hacia las llamas del infierno, cuando de repente, gracias a Dios, la punta del arpón se abrió paso a lo largo del brazo, apareció en mi muñeca y

volví a flotar... Este caballero le contará el resto (a propósito, capitán: el doctor Bunger, cirujano de la nave; Bunger, muchacho: el capitán). Ahora, Bunger, muchacho, cuenta tu parte de la historia.

El caballero a quien se había dirigido con tanta familiaridad había permanecido todo ese tiempo junto a ambos interlocutores sin revelar nada especial que denotase su rango a bordo. Tenía la cara muy redonda, pero con expresión grave; estaba vestido con un blusón o camisa de lana azul descolorida y con unos pantalones remendados y hasta ese instante había dividido su atención entre una pica que tenía en una mano y una caja de pastillas que sostenía en la otra. De cuando en cuando echaba una mirada crítica a los miembros de marfil de los dos capitanes mutilados. Pero cuando su superior lo presentó a Ahab, se inclinó con muy buenas maneras y obedeció sin discutir la orden del capitán.

—Era una fea herida, muy peligrosa —empezó el cirujano ballenero—. Y el capitán, siguiendo mi consejo, dirigió nuestro viejo *Sammy*...

—*Samuel Enderby* es el nombre de mi nave —interrumpió el capitán manco, dirigiéndose a Ahab—. Sigue, muchacho.

—... dirigió nuestro viejo *Sammy* hacia el norte, para salir del calor ecuatorial. Pero no sirvió de nada; hice todo lo posible, lo vigilé todas las noches, fui severísimo con la dieta que le impuse...

—¡Oh, muy severo! —repitió el paciente—. Todas las noches —agregó, cambiando de tono— bebía conmigo ponches de ron caliente hasta que no podía ver dónde ponía las vendas y me mandaba a la cama a eso de las tres de la mañana, hecho una pasa. ¡Oh, sí, estrellas del cielo! ¡No hay duda de que veló conmigo y fue severo con la dieta! ¡Oh, es un gran guardián y dietéticamente muy severo este doctor Bunger! Bunger, canalla, ríe: ¿por qué no te ríes? Sabes muy bien que eres un buen granuja. Pero sigue, muchacho; preferiría que me mataras tú antes de que me salvara otro.

—Ya se habrá dado usted cuenta, respetable señor —dijo el imperturbable y solemne Bunger inclinándose levemente ante Ahab—, que a mi capitán le gustan las bromas: muchas veces inventa historias tan ingeniosas como ésta. Pero *en passant*, como dicen los franceses, también puedo asegurar que yo, Jack Bunger, antiguo miembro del reverendo clero, soy un hombre estrictamente abstemio: jamás bebo...

—¡Agua! —exclamó el capitán—. Jamás la bebe: le provoca convulsiones: el agua dulce lo vuelve hidrófobo. Pero sigue, sigue con la historia del brazo.

—Sí, vale más que siga —dijo el cirujano, sin perturbarse—. Antes de la burlona interrupción del capitán Boomer, contaba que a pesar de mis enconados esfuerzos la herida seguía empeorando: la verdad es que ningún cirujano había visto nunca un destrozo semejante. Medía más de dos pies y varias pulgadas. La medí con la sonda. En suma, se puso negra. Sabía lo que podía ocurrir, y ocurrió. Pero yo no tengo nada que ver con ese brazo de marfil: una cosa semejante está contra todas las reglas —

agregó, señalándolo con la pica—; es obra del capitán, no mía. Fue él quien dio al carpintero la orden de hacérselo, y él fue quien le puso en la punta esa cabeza de maza para romperle la cabeza a la gente, supongo, como trató de hacerlo una vez con la mía. De cuando en cuando tiene unos accesos de furia diabólica. Mire usted esta hendidura, señor —dijo quitándose el sombrero y apartándose el pelo para exhibir en el cráneo una cavidad como una taza, que no tenía la menor cicatriz ni parecía haber sido nunca una herida—. Y bien: el capitán aquí presente le dirá cómo se produjo. Él lo sabe.

—No, yo no —dijo el capitán—, pero su madre lo sabía; nació con esa marca. Ah, solemne granuja... ¿Habrá existido un Bunger como éste en el mundo del océano? Bunger, cuando te mueras habrá que ponerte en conserva, perro; hay que mantenerte para los siglos futuros, canalla.

—¿Y qué fue de la Ballena Blanca? —exclamó en ese instante Ahab, que hasta entonces había escuchado con impaciencia el juego mutuo de los dos ingleses.

—¡Oh! —exclamó el capitán manco—. ¡Oh, sí! Después de que se zambulló, no la vimos durante un rato; en verdad, como ya le he dicho, no sabía quién era la ballena que me había jugado tan buena pasada, hasta que algún tiempo después, cuando volvimos hacia el Ecuador, oímos hablar de Moby Dick, como la llaman, y entonces comprendí que era ella.

—¿Has vuelto a encontrarla en tu camino?

—Dos veces.

—¿Y no has podido atraparla?

—No he querido probar: ¿no basta con un brazo? ¿Qué haría sin el otro? Y creo que Moby Dick traga más de lo que muerde...

—Bueno, entonces —interrumpió Bunger— dale tu brazo izquierdo como cebo para que te devuelva el derecho. Ustedes saben, caballeros —agregó, inclinándose con matemática gravedad ante cada capitán—, ustedes saben, caballeros, que los órganos de la digestión de la ballena están contruidos por la Providencia divina de manera tan inescrutable que es totalmente imposible para el monstruo digerir siquiera un brazo humano. Y la ballena lo sabe. De modo que lo que ustedes toman por malicia de la Ballena Blanca, es sólo torpeza. Porque nunca pretende tragarse ningún miembro; sólo cree aterrorizar con sus fintas. Pero a veces le ocurre lo mismo que al viejo juglar que fue paciente mío en Ceilán: fingía tragarse cuchillos y un día dejó caer uno en el estómago; se le quedó allí durante doce meses o más, y cuando al fin le di un emético, lo devolvió transformado en un montón de clavos. No había modo de digerir ese cuchillo y asimilarlo enteramente en el sistema del cuerpo. Sí, capitán Boomer, si es usted bastante rápido y tiene intención de empeñar un brazo para gozar del privilegio de dar sepultura decente al otro, y bien, en este caso el brazo es suyo; pero dé a la ballena una pronta posibilidad de encontrarlo.

—No, no, gracias, Bunker —dijo el capitán inglés—, déjala en paz con el brazo que tiene, puesto que no pude evitar que se lo llevara y en esa época no la conocía. Pero basta con uno. No quiero tener ya ningún trato con ballenas blancas: partí una vez en pos de una de ellas y he quedado satisfecho. Sería maravilloso matarla, lo sé, y lleva consigo todo un cargamento de esperma; pero es mejor dejarla en paz. ¿No le parece, capitán? —agregó, echando una mirada a la pierna de marfil.

—Es mejor. Pero a pesar de todo, será capturada. Lo que es mejor olvidar no es siempre esa cosa maldita que atrae menos. ¡Es un imán! ¿Cuánto hace que la viste por última vez? ¿Hacia dónde se dirigía?

—¡Bendita sea mi alma y maldita la del diablo! —exclamó Bunker, que empezó a caminar en torno a Ahab, resoplando como un perro—. La sangre de este hombre... ¡traigan el termómetro! ¡Está en punto de ebullición! ¡Tiene un pulso que hace vibrar los tablones! ¡Señor! —agregó, tomando una lanceta del bolsillo y acercándose al brazo de Ahab.

—Quieto —rugió Ahab, arrojándolo contra la amurada—. ¡Preparen el bote! ¿Hacia dónde iba?

—¡Santo Dios! —exclamó el capitán inglés, a quien se dirigía la pregunta—. ¿Qué pasa? Iba hacia el este, creo. ¿Está loco tu capitán? —susurró a Fedallah.

Pero Fedallah, llevándose un dedo a los labios, pasó por encima de la amurada para tomar la barra del timón del bote y Ahab, balanceando el aparejo, ordenó a los marineros de la nave que iniciaran el descenso.

En un instante estuvo de pie en la popa de la embarcación y los hombres de Manila empuñaron los remos. El capitán inglés lo saludó en vano. Con la espalda vuelta hacia la nave extranjera y el rostro, como un pedernal, hacia la suya, Ahab permaneció rígido hasta llegar junto al *Pequod*.

CI. EL BOTELLÓN

Antes de que la nave inglesa desaparezca del horizonte, digamos que había zarpado de Londres y llevaba el nombre del difunto Samuel Enderby, comerciante de esa ciudad, fundador de la famosa compañía ballenera «Enderby & Sons», una firma que, según mi pobre opinión de ballenero, no se queda atrás en cuanto a auténtico interés histórico con respecto a las casas reales de los Tudor y los Borbones. Mis muchos documentos no aclaran cuánto tiempo hacía, antes de 1775, *anno Domini*, que existía esa gran compañía ballenera; pero en ese año de 1775 equipó los primeros barcos ingleses que dieron caza regular al cachalote, si bien unos cuantos años antes, desde 1726, nuestros valientes Coffin y Macey, de Nantucket y Martha's Vineyard, persiguieron con grandes flotas a este leviatán, pero sólo en el Atlántico meridional y septentrional. Recuérdese bien que los hombres de Nantucket fueron los primeros que arponearon con acero civilizado al gran cachalote y que durante medio siglo fue el único pueblo de toda la tierra que así lo arponeó.

En 1778, una hermosa nave, *Amelia*, expresamente construida a expensas del poderoso Enderby, dio la vuelta al Cabo de Hornos y fue la primera entre las naciones que arrió un bote en el gran Mar del Sur. El viaje fue hábil y afortunado. Y como el *Amelia* volvió a su puerto con la bodega llena del precioso esperma, otras naves, inglesas y norteamericanas, pronto siguieron su ejemplo, abriendo así las inmensas zonas de caza del Pacífico.

Pero no contenta con esta gran empresa, la infatigable compañía ballenera siguió urdiendo proyectos: Samuel y todos los Hijos —cuántos, sólo la madre lo sabe—, y bajo sus directos auspicios y, en parte, según creo, a sus expensas, el Gobierno británico se dejó persuadir y mandó la corbeta *Rattler* a un viaje de exploración al Mar del Sur. Comandada por un capitán efectivo, el *Rattler* hizo un viaje estupendo y rindió alguna utilidad: cuánta, no se sabe. Pero esto no es todo. En 1819, la misma compañía construyó por cuenta propia una ballenera de exploración para mandarla a las remotas aguas del Japón. Esta nave —justamente llamada la *Sirena*— hizo un excelente viaje experimental y así fue como la gran zona de caza del Japón fue conocida de todos por

primera vez. En ese famoso viaje, la *Sirena* estuvo al mando de cierto capitán Coffin, de Nantucket.

Nuestro homenaje, pues, a los Enderby, cuya compañía, según creo, aún existe, aunque hará ya mucho tiempo que el primer Samuel se habrá deslizado por su cable hacia el gran Mar del Sur del otro mundo.

La nave que llevaba su nombre era digna del honor: un velero muy rápido, de madera, noble en todo sentido. Subí a bordo de él una medianoche, en aguas patagónicas, y bebí un excelente *flip* en el alcázar. Aquel fue un espléndido *gam*: todos eran ases en esa nave. Les deseo una vida corta y una muerte alegre. Y ese espléndido *gam* que tuvimos —mucho, mucho tiempo después de que el viejo Ahab tocara esas tablas con su pierna de marfil— me recuerda la noble y sólida hospitalidad sajona de aquella nave. Que me olvide mi párroco y me recuerde el diablo si alguna vez la pierdo de vista. ¿*Flip*? ¿He dicho que bebíamos *flip*? Pues así es, y lo bebíamos a razón de diez galones la hora y cuando llegó la tormenta, porque también hay tormentas en la Patagonia, y todos, marineros, visitantes y visitados, fueron llamados a arriar velas, estábamos tan borrachos que debieron atarnos unos a otros para poder subir. Y con nuestra torpeza arrollamos los bordes de nuestras chaquetas junto con las velas, de modo que acabamos colgando allí, entre los aullidos del viento, ejemplo y advertencia a todos los lobos de mar borrachos. Pero los mástiles no cayeron y poco a poco logramos bajar, con el alcohol tan disipado que de nuevo el *flip* empezó a dar la vuelta, aunque la feroz espuma salada que rompía contra la escotilla del alcázar lo había diluido y condimentado demasiado, para mi gusto.

La carne era excelente, dura pero sustanciosa. Unos decían que era carne de toro; otros, de dromedario. Yo no podría decidirlo. También había buñuelos, pequeños pero pingües: unos buñuelos perfectamente redondos, indestructibles. Después de engullirlos se los sentía ir y venir por el estómago. Y si se inclinaba uno demasiado hacia delante, corría el riesgo de verlos rodar hacia afuera como bolas de billar. El pan —esto era inevitable, y por otra parte era pan antiescorbútico—, en suma, era la única sustancia fresca que existía en la nave. Pero el alcázar no estaba muy iluminado y era muy fácil retirarse a un rincón oscuro cuando se comía el pan. En definitiva, tomándola de un extremo al otro, de la popa a la proa, y consideradas las dimensiones de las calderas del cocinero, incluso la caldera de su panza, el *Samuel Enderby* era una nave como se debe: comida buena y abundante, *flip* de primera calidad y generoso, excelentes muchachos, desde la suela de los zapatos hasta la cinta del sombrero.

Pero cómo es posible, se preguntarán ustedes, que el *Samuel Enderby* y algunas otras naves balleneras inglesas que yo me sé —no todas, sin embargo— fueran tan famosas y hospitalarias para pasar a la redonda la carne, el pan, el botellón y las bromas, sin cansarse de comer, beber y reír. Les explicaré. La excesiva alegría de estos

balleneros ingleses es materia de investigación histórica. Y no he escatimado investigaciones cuando me han parecido necesarias.

Los ingleses fueron precedidos en la caza por los holandeses, los zelandeses y los dinamarqueses, de los cuales tomaron muchos términos que aún se emplean y, lo cual importa más, los antiguos hábitos de abundancia en el comer y el beber. Porque aunque las naves mercantes inglesas ahorran la comida a su tripulación, no ocurre lo mismo con las balleneras. Lo cual explica que, entre los ingleses, esta abundancia ballenera no sea espontánea y normal, sino una particularidad ocasional; y ha de tener un origen especial que aquí indicaremos y elucidaremos ulteriormente.

Durante mis investigaciones en las historias leviatánicas, di con un antiguo volumen holandés que por su rancio olor a ballena debía tratar de la caza del cachalote. Su título era *Dan Coopmann*, de modo que deduje que debían ser las valiosas memorias de algún tonelero de Amsterdam, ocupado en la ballenería, porque toda nave ballenera debe tener el suyo. Me confirmó en esta opinión comprobar que el autor de la obra era un tal «Fitz Swackhammer». Pero mi amigo, el doctor Snodhead, hombre muy docto, profesor de bajo holandés y alto alemán en el colegio de Santa Claus en St. Pott, al cual confié la obra para que la tradujese, regalándole por la molestia una caja de velas de aceite de ballena, este doctor Snodhead apenas examinó el libro me aseguró que *Dan Coopmann* no significaba «Tonelero» sino «Comerciante». En suma, ese antiguo y erudito volumen en bajo holandés trataba del comercio de Holanda, y, entre otros temas, contenía un interesantísimo informe sobre la caza ballenera en ese país. Fue en ese capítulo, titulado «Smeer» o «Grasa», donde encontré una larga lista detallada de las provisiones para las despensas y bodegas de ciento ochenta balleneras holandesas, de la cual transcribo, según la traducción del doctor Snodhead, lo que sigue:

- 400.000 libras de carne;
- 60.000 libras de cerdo de Friesland;
- 150.000 libras de pescado;
- 550.000 libras de galleta;
- 72.000 libras de pan fresco;
- 2.800 cuñetes de manteca;
- 20.000 libras de queso Texel y Leyden;
- 144.000 libras de queso (probablemente un artículo inferior);
- 550 ankers de ginebra;
- 10.800 barriles de cerveza.

Casi todas las estadísticas son terriblemente áridas; no ocurre lo mismo en este caso presente, pues quien lee está inundado de pipas, barriles y galones de buena ginebra y excelente comida.

Tres días dediqué a la laboriosa digestión de toda esta cerveza, carne y pan, durante la cual me fueron sugeridos muchos pensamientos profundos, susceptibles de una aplicación trascendental y platónica. Además, compilé unas tablas suplementarias para calcular la probable cantidad de bacalao, etcétera, consumida por algún arponero holandés en aquella antigua pesquería de Groenlandia y de Spitzbergen. Ante todo, resulta maravillosa la cantidad consumida de manteca y queso Texel y Leyden. Lo atribuyo a la índole naturalmente untuosa de los pescadores, agudizada por la naturaleza de su oficio y sobre todo por el hecho de que persiguen su caza en los gélidos mares polares, en aguas de esa región esquimal donde los nativos que celebran un banquete brindan con vasos de aceite de ballena.

La cantidad de cerveza también es muy grande: 10.800 barriles. Como en esas comarcas polares sólo era posible cazar durante el breve verano (de modo que todo el viaje de una de esas balleneras holandesas, incluso el corto trayecto de ida y vuelta en el mar de Spitzbergen, no pasaba de tres meses) y como, calculando 30 hombres para cada uno de los 180 veleros, tenemos en total 5.400 marineros holandeses, resultan precisamente dos barriles de cerveza por cabeza durante el lapso de doce semanas, sin contar la discreta porción de esos 550 *ankers* de ginebra que le tocaba a cada uno. No parece del todo posible que estos arponeros macerados en ginebra y cerveza, tan borrachos como pueda uno imaginárselos, fueran la clase de hombres más aptos para mantenerse erguidos en la proa de un bote, apuntando con precisión a las ballenas fugitivas. Pero apuntaban y acertaban, además. Pero esto sucedía muy al norte, recuérdese bien, donde la certeza está hecha para ayudar a la constitución física de quien la bebe. En el Ecuador, en nuestra pesca austral, la cerveza serviría para hacer dormir a los arponeros en las cofas y nublarles la cabeza en los botes, con las consiguientes pérdidas dolorosas para Nantucket y Nueva Bedford.

Pero no sigamos con esto; ya hemos dicho bastante para demostrar que los balleneros holandeses de hace dos o tres siglos sabían darse muy buena vida y que los balleneros ingleses no descuidaron tan excelente ejemplo. Porque —dicen— cuando viaja uno en una nave vacía, si no hay nada mejor que pueda sacarse del mundo, que al menos se le saque una comida. Y esto vacía el botellón.

CII. UNA GLORIETA ENTRE LAS ARSÁCIDES

Hasta ahora, al describir el cachalote me he detenido sobre todo en los prodigios de su aspecto exterior o —aparte y en detalle— en algunos pocos caracteres estructurales externos. Pero para una comprensión vasta y completa del monstruo, tendré que seguir desabotonándolo y después de soltarle los puntos de las calzas, desprenderle las ligas y desasir los broches y ojales de las articulaciones de los huesos más íntimos, presentarlo ante ustedes en su estado último, es decir, en su esqueleto absoluto.

Pero ¿qué dices, Ismael? ¿Cómo es posible que tú, simple remero durante la caza, pretendas saber algo acerca de las partes subterráneas de la ballena? ¿Quizá el docto Stubb, subido al cabrestante, habrá dicho una conferencia sobre la anatomía de los cetáceos y habrá izado, por medio del molinete, un espécimen de costilla para ilustrar sus palabras? Explícate, Ismael. ¿Puedes tender una ballena adulta en la cubierta para examinarla, como un cocinero que presenta un cerdo asado? No, por cierto. Hasta ahora has sido un testigo veraz; pero ten cuidado, porque empiezas a usurpar el privilegio de Jonás, que fue el de discurrir sobre las vigas y viguetas, los cabrios, la parhilera, las traviesas y los cimientos que componen la estructura del leviatán, y además sobre los tanques de grasa, las lecherías, las mantequerías y las queserías de sus entrañas.

Confieso que desde los tiempos de Jonás pocos balleneros han ido mucho más lejos de la piel de la ballena adulta; sin embargo, en una oportunidad se me concedió el favor de seccionarla en miniatura. En una nave donde me encontraba izaron a cubierta un cachorro de cachalote, para quitarle la bolsa y hacer con ella vainas para proteger el filo de los arpones y la punta de las lanzas. ¿Creen ustedes que dejé escapar esa ocasión sin emplear mi cuchillo y el hacha de bote y sin romper el sello y leer todo cuanto había dentro?

En cuanto al exacto conocimiento de los huesos del leviatán, en su desarrollo gigantesco y completo, debo esta rara experiencia a mi real amigo Tranquo, rey de Tranque, una de las Arsácides. Porque hace ya años, encontrándome en Tranque —era miembro de la tripulación de la nave mercante *Dey de Argelia*—, fui invitado a pasar

parte de mis vacaciones con el señor de Tranque, en la retirada villa que posee, entre palmeras, en Pupella, un vallecito cercano a la costa, no muy lejos de la que nuestros marineros llamaban Ciudad del Bambú, la capital.

Entre sus muchas buenas cualidades, mi real amigo Tranquo tenía un amor ferviente por todos los objetos de arte primitivo y había reunido en Pupella las cosas más raras que podían lucubrar los individuos más ingeniosos de su pueblo; sobre todo maderas talladas con figuras maravillosas, conchas cinceladas, lanzas incrustadas, pagayas preciosas, canoas aromáticas: el conjunto distribuido en medio de tantas maravillas naturales que las olas, cargadas de portentos y puntuales en sus tributos, le habían dejado en las playas.

El principal entre estos últimos era un gran cachalote que, después de una tempestad tremenda e insólitamente larga, había sido encontrado muerto y varado, con la cabeza contra un cocotero, cuyas palmas semejantes a un penacho de plumas recordaban el chorro verdoso de la bestia. Despojado el monstruo de sus espesas cubiertas y expuestos los huesos al sol hasta que se secaron como polvo, transportaron cuidadosamente el esqueleto al vallecito de Pupella, al abrigo de un magnífico templo de palmeras señoriales. Cubrieron las costillas de trofeos; en las vértebras grabaron los anales arsaúdeos mediante extraños jeroglíficos; en el cráneo los sacerdotes alimentaron una perenne llama aromática, de manera que la cabeza mística seguía proyectando su chorro vaporoso mientras, colgada de una rama, la pavorosa mandíbula oscilaba sobre los fieles como la espada que, suspendida de un pelo, aterrorizó a Damocles.

Era un espectáculo prodigioso. El bosque era verde como el musgo del Valle Helado; los árboles se alzaban rectos y orgullosos, sintiendo en sí la savia viva; debajo, la tierra laboriosa era como el telar de un tejedor donde se fabricara una alfombra maravillosa, cuya trama fueran los zarcillos de la viña y las figuras, las flores. Todos los árboles, con sus ramas cargadas, todos los arbustos, helechos y hierbas, y el aire portador de mensajes, todo estaba incesantemente activo. A través del bordado de las hojas, el sol inmenso parecía una lanzadera volante que tejía ese verdor infatigable. ¡Oh, laborioso tejedor! ¡Tejedor invisible, detente! Una palabra: ¿dónde irá tu tejido? ¿Qué palacio debe adornar? ¿Para qué todo este trabajo incesante? ¡Habla, tejedor! ¡Detén la mano! ¡Sólo una palabra contigo! Pero no... la lanzadera vuela, las imágenes surgen flotando desde el telar, la alfombra pasa con velocidad de creciente... El dios tejedor teje y está a tal punto ensordecido por su labor que ya no oye la voz de los mortales; y ese zumbido también nos ensordece a nosotros, que miramos el telar y sólo cuando huyamos de aquí podremos oír los millares de voces que hablan a través de él. Porque lo mismo ocurre en todas las fábricas materiales. Las palabras dichas, que no pueden oírse entre los husos vertiginosos, esas mismas palabras se oyen claramente desde fuera, cuando irrumpen por las ventanas abiertas. Así se han

descubierto acciones perversas. ¡Ah, mortal! Ten cuidado, porque de ese modo, en medio del estrépito del gran telar del mundo, alguien puede oír desde lejos tus pensamientos más sutiles.

Entre ese telar verde, bullente de vida, en aquel bosque arsacídeo, el gran esqueleto blanco y venerado yacía en el ocio: ¡un perezoso gigantesco! Sin embargo, mientras la trama y la urdidumbre verdeante y siempre en movimiento se mezclaban y zumbaban en torno a él, el inmenso perezoso parecía ser el diestro tejedor, cubierto de enredaderas, que se revestía de mes en mes de un verdor cada vez más intenso y fresco, pero sin dejar de ser un esqueleto. La vida envolvía a la Muerte, la Muerte entretejía la Vida, el torvo dios se desposaba con la joven Vida y engendraba seres gloriosos, de cabezas rizadas.

Cuando visité con el real Tranquo esa ballena maravillosa y vi el cráneo transformado en altar y el humo artificial que se alzaba en el lugar de donde había partido el chorro verde, expresé mi asombro ante el hecho de que el rey considerara una capilla como un objeto decorativo. Mi amigo rió. Pero aún más me sorprendió que los sacerdotes juraran que ese chorro humeante era genuino. Fui y vine ante ese esqueleto, aparté las enredaderas, me abrí un camino entre las costillas y con un ovillo de cuerda arsacídea vagabundeé entre las columnatas y el laberinto de esos recesos umbríos. Pero pronto se me acabó la línea: recogíendola, volví a emerger por la abertura a través de la cual había entrado. En el interior no vi ser viviente: sólo huesos.

Corté una verde rama para medir, y volví a hundirme en el esqueleto. Desde su hendidura en el cráneo, los sacerdotes me vieron medir la altura de la última costilla.

—¡Eh, cómo te atreves a medir a nuestro dios! —gritaron—. Eso nos corresponde a nosotros.

—Está bien, sacerdotes. Entonces, díganme cuánto mide.

Pero entonces empezó entre ellos una terrible discusión a propósito de pies y pulgadas; se pegaron en la cabeza con sus varas de medir (el enorme cráneo les hacía eco) y yo, aprovechando la oportunidad, no tardé en tomar mis propias medidas.

Ahora me propongo dar a ustedes esas medidas. Pero debo recordar que me sería imposible inventar medidas fantásticas. Porque hay autoridades en materia de esqueletos a quienes podrían ustedes acudir para comprobar mi veracidad. Existe un Museo Leviatánico, me dicen, en Hall, Inglaterra, uno de los puertos balleneros de ese país, donde hay hermosos ejemplares de yubartas y otros cetáceos. También he oído decir que el Museo de Manchester, en New Hampshire, posee lo que los propietarios llaman «el único ejemplar perfecto de ballena de Groenlandia o ballena de río en todos los Estados Unidos». Y además en un lugar de Yorkshire, en Inglaterra, llamado Burton Constable, cierto sir Clifford Constable posee el esqueleto de un cachalote, aunque de tamaño modesto, incomparable con la suprema magnitud del que tenía mi amigo, el rey Tranquo.

En ambos casos las ballenas varadas a quienes pertenecían esos esqueletos fueron originariamente reivindicadas por sus propietarios con razones muy similares. El rey Tranquo se apoderó de la suya porque la quería; y sir Clifford porque era amo y señor de aquellas tierras. La ballena de sir Clifford ha sido enteramente articulada, de modo que, como si fuera una gran cómoda con cajones, es posible abrir y cerrar todas sus cavidades óseas, desplegar sus costillas como un gigantesco abanico y mecerse el día entero sobre su quijada. Piensan colocar cerraduras en algunos escotillones y persianas, y habrá un criado que guiará a los futuros visitantes con un manojito de llaves colgado de su cinturón. Sir Clifford piensa hacer pagar dos peniques por visitar la galería acústica de la columna vertebral, tres peniques por oír el eco en la cavidad del cerebelo y seis peniques por la vista incomparable que se goza desde la frente.

Las dimensiones del esqueleto que daré ahora están literalmente copiadas de mi brazo derecho, donde me las hice tatuar, puesto que durante las azarosas peregrinaciones de aquellos tiempos no había medio más seguro para conservar estadísticas tan valiosas. Pero como tenía falta de espacio y deseaba conservar las otras partes del cuerpo como una página blanca para un poema que estaba componiendo —o al menos las partes aún no tatuadas que me quedaban—, omití las fracciones de pulgadas. Y en verdad las pulgadas no deberían figurar para nada en una medición digna de una ballena.

CIII. MEDIDA DEL ESQUELETO DE LA BALLENA

En primer término, quiero hacerles una declaración precisa y clara en cuanto a la masa viviente de este leviatán cuyo esqueleto exhibiré enseguida. Tal declaración puede ser útil aquí.

Según un cuidadoso cálculo que he hecho, y que en parte baso sobre la estimación del capitán Scoresby (quien atribuye setenta toneladas a la ballena de Groenlandia más voluminosa, de sesenta pies de largo); según ese cálculo, repito, un cachalote de los más grandes, entre ochenta y noventa pies de largo y algo menos de cuarenta de diámetro, en su parte mayor, pesará por lo menos noventa toneladas de modo que, calculando trece hombres por tonelada, este cachalote superaría considerablemente toda la población junta de una aldea de mil cien habitantes.

¿No creen ustedes que para hacer mover a este leviatán según la imaginación de cualquier hombre de tierra habría que concederle varios cerebros uncidos en él como bueyes a la carreta?

Puesto que ya les he mostrado, de diversas maneras, el cráneo, el espiráculo, la quijada, los dientes, la cola, la frente, las aletas y muchas otras partes, ahora me limitaré a señalar lo que hay de más interesante en la masa general de sus huesos sueltos. Pero como el colosal cráneo abarca una parte tan grande del esqueleto entero y esa parte es la más complicada del conjunto, deberán ustedes tenerlo bien presente durante esta exposición (puesto que no hemos de insistir en describirlo en este capítulo); de lo contrario, les será imposible hacerse una idea cabal de la estructura que empezaremos a examinar.

El esqueleto que medí en Tranquo tenía setenta y dos pies de largo, de modo que, en vida, enteramente revestido y extendido, debía alcanzar los noventa pies, puesto que en la ballena el esqueleto pierde un quinto del largo del cuerpo animado. De esos setenta y dos pies, unos veinte correspondían al cráneo y la quijada, de modo que quedaban unos cincuenta pies de espina dorsal. Unida a ésta, en casi la tercera parte de su extensión, estaba la poderosa canasta circular de las costillas, que en otro tiempo había contenido las vísceras.

Este enorme cofre formado por las costillas de marfil, con la larga e ininterrumpida espina dorsal que se alejaba en línea recta, me recordaba el casco de una gran nave puesta sobre las gradas de construcción en un astillero, cuando hay sólo unas veinte costillas de proa insertadas y la quilla sólo es, por el momento, un largo madero inconexo.

Había diez costillas de cada lado. La primera, empezando desde el cuello, medía casi seis pies de largo; la segunda, la tercera y la cuarta eran, cada una y sucesivamente, más largas, hasta llegar, con la quinta, a la longitud máxima, que medía ocho pies y algunas pulgadas. El espesor de todas correspondía a su longitud. Las costillas centrales eran las más arqueadas. En alguna parte de las Arsácides, se las emplea como vigas para apoyar puentes de peatones sobre riachos.

Cuando pienso en esas costillas, no puede sino sorprenderme una vez más el hecho, tantas veces repetido en este libro, de que el esqueleto de la ballena no sea en modo alguno el molde de la forma que lo reviste. La mayor de las costillas de Tranque, una de las centrales, ocupaba esa parte del animal que, en vida, tiene la mayor profundidad o altura. Ahora bien, la altura máxima del cuerpo de esa determinada ballena debía haber sido al menos de dieciséis pies, mientras que la costilla correspondiente medía poco más de ocho. De modo que esa costilla apenas si daba una idea aproximada de la magnitud viviente de esa parte. Por otra parte, donde yo no veía más que una espina dorsal desnuda había existido una envoltura de toneladas de carne, músculos, sangre y vísceras. Y además, en vez de las grandes aletas laterales, no veía ahora sino unas pocas articulaciones desordenadas y en lugar de las aletas caudales, pesadas y majestuosas, pero sin hueso, ¡un vacío absoluto!

Qué vano y necio es, pensé, que el hombre tímido y sedentario procure comprender rectamente a esta maravillosa ballena mediante la simple contemplación del esqueleto, muerto y extenuado, tendido en este bosque apacible. No. Sólo en el corazón de los más fulmíneos peligros, sólo bajo los vórtices de su cola enfurecida, sólo en el mar profundo e ilimitado puede revelarse la ballena en toda la verdad de su vida.

Pero sigamos con la espina dorsal. El mejor modo de examinarla es apilar sus huesos mediante una grúa. Empresa algo lenta. Pero ya terminada, la espina dorsal se parece mucho a la Columna de Pompeyo.

Hay en total cuarenta vértebras y pico, que en el esqueleto no están articuladas. En gran parte, se parecen a los grandes bloques nudosos de un chapitel gótico, que forman sólidas hiladas de pesada mampostería. La mayor, una de las centrales, mide algo menos de tres pies de ancho y más de cuatro de alto. La menor, en el punto donde el espinazo se ahúsa en la cola, tiene sólo dos pulgadas de ancho y se parece un poco a una blanca bola de billar. Me dijeron que aún las había más pequeñas, pero que las habían perdido unos chiquillos caníbales, hijos del sacerdote, quienes las

habían robado para jugar a las bolitas. Vemos, así, cómo hasta la espina dorsal del más desmesurado de los seres vivientes se reduce al fin hasta ser un juego de niños.

CIV. LA BALLENA FÓSIL

Con su poderosa masa, la ballena ofrece un tema muy apto para que lo desarrollemos, ampliemos y, en general, lo extendamos. Aunque nos lo propusiéramos, no podríamos mantenerlo dentro de ciertos límites. Tiene todo el derecho a ser tratado en un folio imperial. Para no repetir los estadios que mide desde el espiráculo hasta la cola, y las yardas que abarca su circunferencia, piensen tan sólo en la gigantesca maraña de sus intestinos, que serpean en su interior como los grandes cables enrollados en el entrepuente subterráneo de una nave de guerra.

Como yo me he propuesto manejar a este leviatán, debo mostrarme omnisciente hasta en el menor detalle de la empresa, sin olvidar las microscópicas células de su sangre y hurgándolo hasta en el último recodo de sus entrañas. Y como ya he descrito casi todas sus peculiaridades ambientales y anatómicas, ahora sólo me queda magnificarlo desde un punto de vista arqueológico, como fósil antediluviano. Aplicados a cualquier otro ser que el leviatán —una hormiga o una pulga— semejantes términos, llenos de majestad, podrían juzgarse, con razón, injustificadamente exagerados. Pero cuando el texto es sobre el leviatán, el caso es distinto. De muy buen grado inicio esta empresa, aunque deba vacilar bajo las palabras más pesadas del diccionario. Y aclaro que en cuanta ocasión me fue preciso consultar uno, en el curso de estas disertaciones, usé invariablemente una enorme edición en cuarto de Johnson, adquirida con este preciso fin, puesto que el insólito volumen corpóreo del famoso lexicógrafo lo hacía más apto que cualquier otro para compilar un léxico para un escritor sobre ballenas, como soy yo.

A menudo oímos hablar de escritores que se engrandecen con su tema, aunque éste sólo pueda parecer harto común. ¿Qué me ocurrirá a mí al escribir sobre este leviatán? Inconscientemente, mi caligrafía se expande en mayúsculas de letreros. ¡Denme una pluma de cóndor! ¡Denme el cráter del Vesubio como tintero! ¡Sostengan mis brazos, amigos! Porque en el simple acto de escribir mis pensamientos sobre este leviatán, esos pensamientos me agotan, me consumen con la extensión de su envergadura, como si quisieran incluir todo el ámbito de las ciencias y todas las

generaciones presentes, pasadas y futuras de ballenas, hombres, mastodontes, con todos los mudables panoramas de los imperios terrestres y del universo entero, sin excluir los suburbios. ¡Tal es la virtud magnificadora de un tema inmenso y libre! Crecemos con su volumen. Para producir un gran libro hay que elegir un gran tema. Nadie podrá escribir nunca ninguna obra grande y perdurable sobre las pulgas, aunque muchos lo hayan intentado.

Antes de entrar en el tema de las ballenas fósiles, presento mis credenciales de geólogo, declarando que en mi vida tan variada he sido albañil y también un activo excavador de pozos, canales, sótanos y cisternas de toda clase. Además deseo recordar al lector que mientras en los más antiguos estratos geológicos se encuentran los fósiles de monstruos casi totalmente extinguidos, los restos ulteriormente descubiertos en las llamadas formaciones terciarias parecen los vínculos, o al menos los eslabones intermedios, entre las criaturas prehistóricas y aquellas cuya lejana descendencia, según se cree, entró en el Arca; y todas las ballenas fósiles descubiertas hasta ahora pertenecen al período terciario, que es el último antes de las formaciones de la superficie de la tierra. Y aunque ninguna de estas ballenas corresponda exactamente a alguna especie conocida de nuestra era, consideradas en conjunto son bastante afines a las nuestras como para justificar su clasificación como cetáceos fósiles.

Restos fósiles fragmentarios de ballenas preadánicas, pedazos de huesos y partes de esqueletos se encontraron en los últimos treinta años, a intervalos diversos, al pie de los Alpes, en Lombardía, Francia, Inglaterra, Escocia y los Estados de Louisiana, Mississippi y Alabama. Entre los más curiosos de esos restos hay un fragmento de cráneo, desenterrado en el año 1779 en la Rue Dauphiné, en París, una calleja que desemboca casi directamente en el palacio de las Tullerías; y existen huesos sacados a la luz en tiempos de Napoleón, durante las excavaciones en los muelles de Amberes. Cuvier sostuvo que esos fragmentos pertenecieron a una especie leviatánica totalmente ignorada.

Pero sin duda el más maravilloso de todos los restos cetáceos fue el gran esqueleto, casi entero, de un monstruo extinguido encontrado en el año 1842 en la plantación del juez Creagh, en Alabama. Los crédulos esclavos de la vecindad, aterrorizados, lo tomaron por los huesos de uno de los ángeles caídos. Los doctores de Alabama lo declararon un reptil enorme y le dieron el nombre de *Basilosaurus*. Pero enviaron algunas muestras de sus huesos a Owen, el anatomista inglés, y entonces se descubrió que el presunto reptil era una ballena, aunque de especie extinguida. Ejemplo significativo del hecho, ya dicho y repetido en este libro, de que el esqueleto de la ballena sólo da un lejano indicio de la forma del cuerpo completo. Así, Owen rebautizó al monstruo con el nombre de Zeuglodon y, en la memoria que leyó ante

la Sociedad Geológica de Londres, afirmó que en sustancia era una de las criaturas más extraordinarias que los cambios del globo hubieran suprimido de la existencia.

Cuando me encuentro en medio de esos poderosos esqueletos, cráneos, colmillos, mandíbulas, costillas y vértebras leviatánicas, todos caracterizados por semejanzas parciales con las razas existentes de monstruos marinos pero, al mismo tiempo, dotados de afinidades con los leviatanes prehistóricos destruidos, sus incalculables antecesores, me siento transportado por un diluvio hacia aquel período prodigioso antes de que el tiempo mismo hubiera empezado, puesto que el tiempo empezó con el hombre. Allí, me envuelve el gris caos de Saturno y pasan ante mí vagas, terribles imágenes de aquellas eternidades polares, cuando poderosos baluartes de hielo abrumaban lo que hoy son los Trópicos y en las 25.000 millas de la circunferencia de este mundo no era visible un solo espacio habitable de tierra, siquiera del tamaño de una mano. El mundo entero pertenecía entonces a la ballena que, reina de la creación, dejaba su estela a lo largo de las actuales cadenas de los Andes y el Himalaya. ¿Quién puede exhibir una genealogía como la del leviatán? El arpón de Ahab había derramado sangre más antigua que la del faraón. Matusalén parece un colegial, a su lado. Miro a mi alrededor para estrechar la mano de Sem. Me espanto ante esa existencia premosaica, increada, de los indecibles terrores de la ballena que, habiendo existido antes de todo tiempo, deberá sin duda existir cuando la especie humana se haya agotado.

Pero este leviatán no ha dejado sus huellas preadánicas sólo en las láminas estereotipadas de la naturaleza, ni se limitó a legar su antiguo busto en piedra caliza y greda. En las tablillas egipcias —cuya antigüedad también parece reclamar un carácter de fósiles— encontramos la huella inequívoca de su aleta. En una sala del gran templo de Denderah, se descubrió hace unos cincuenta años en el techo de granito un planisferio esculpido y pintado, donde abundan centauros, gritones y delfines semejantes a las figuras grotescas del globo celeste de los modernos. Y deslizándose entre ellos, el viejo leviatán nadaba como en los tiempos antiguos: nadaba en ese planisferio siglos antes de que Salomón se meciera en su cuna.

Es preciso no omitir otro curioso testimonio de la antigüedad de la ballena en su realidad ósea posdiluviana, tal como lo asienta el venerable John Leo, el viejo viajero de Barbaría.

«No lejos del mar tienen un templo cuyas vigas y cabrios están hechos de huesos de ballena, porque con frecuencia en esa playa aparecen cadáveres de ballenas monstruosamente grandes. La gente imagina que gracias a un poder secreto otorgado por Dios al templo ninguna ballena puede pasar frente a él sin morir de inmediato. Pero la verdad es que a ambos lados del templo hay rocas que se extienden en un trecho de dos millas dentro del mar y hieren a las ballenas cuando éstas pasan sobre ellas. Conservan como un portento una costilla de ballena increíblemente larga que,

apoyada en la tierra con la parte convexa hacia arriba, forma un arco a cuya parte más alta no llega un hombre montado en un camello. Esta costilla (dice John Leo) estuvo en ese lugar, según afirman, cien años antes de que yo la viera. Sus historiadores aseguran que un profeta que anunció a Mahoma salió de este templo, y alguno no teme afirmar que el profeta Jonás fue arrojado por la ballena al pie del templo».

En este templo africano de la ballena te dejo, oh lector. Y si eres ballenero, y de Nantucket, rendirás culto en él en silencio.

CV. ¿LA BALLENA DISMINUYE DE TAMAÑO? ¿SE EXTINGUIRÁ?

Puesto que el leviatán se precipita sobre nosotros, debatiéndose, desde las fuentes de la Eternidad, quizá convenga investigar si en el curso de sus generaciones no degeneró el volumen originario de sus padres.

Pero al investigar descubrimos no sólo que las ballenas de nuestros días superan en tamaño a las que dejaron restos en el sistema terciario (que abarca un período histórico geológico anterior al hombre), sino también que entre las ballenas encontradas en este sistema, las que pertenecen a las formaciones más recientes aventajan en volumen a las de las formaciones más antiguas.

De todas las ballenas preadánicas exhumadas hasta ahora, la más grande es la ballena de Alabama, recordada en el capítulo anterior, cuyo esqueleto medía menos de setenta pies de largo. Y ya hemos visto que la medida del esqueleto de una gran ballena moderna es de setenta y dos pies. Y he oído decir a balleneros dignos de crédito que se han capturado cachalotes que medían más de cien pies de largo.

Pero ¿no puede ocurrir acaso que, si bien las ballenas de nuestra época aventajan en tamaño a las de todos los períodos geológicos anteriores, hayan degenerado a partir de la época de Adán?

Es lo que debemos deducir si creemos en los informes de caballeros tales como Plinio y los naturalistas antiguos en general. Plinio nos habla de ballenas que abarcaban acres enteros de masa viviente, y Aldrovando de otras que medían ochocientos pies: ¡la longitud de toda la cordería de una nave, la extensión de un túnel bajo el Támesis! Y hasta en los días de Banks y Solander, los naturalistas de Cook, encontramos un miembro dinamarqués de la Academia de Ciencias que atribuía a ciertas ballenas irlandesas (*rey-dan-siskur* o panzas arrugadas) ciento veinte yardas, es decir, trescientos sesenta pies. Y Lacépède, el naturalista francés, en su elaborada historia de las ballenas atribuye a la ballena de Groenlandia cien metros, trescientos veintiocho pies en el comienzo de su obra. Y esa obra apareció en el año 1825.

Pero ¿habrá un ballenero que crea en estas historias? No. La ballena actual es tan grande como sus antecesoras de la época de Plinio. Y si alguna vez me encuentro con

Plinio, puesto que soy mucho más ballenero que él me tomaré la libertad de decírselo. Pues de otro modo

no entendería por qué las momias egipcias, sepultadas millares de años antes de que Plinio naciera, no miden más en su sarcófago que un moderno habitante de Kentucky con la ropa puesta, ni por qué el ganado y otros animales esculpidos en los más antiguos bajorrelieves de Egipto y de Nínive revelan a las claras (por las proporciones relativas en que fueron representados) que los bovinos Smithfield, bien alimentados y premiados, no sólo igualan, sino también superan con mucho a la más gorda de las vacas gordas del faraón. Así, no puedo admitir que, entre todos los animales, la ballena sea el único que haya degenerado.

Pero queda otra investigación por hacer, a menudo propuesta por los hombres más obtusos de Nantucket. El problema que nos planteamos es éste: a causa de los vigías casi omniscientes apostados en las cofas de las balleneras, que ahora llegan hasta el estrecho de Behring y hurgan en los escondrijos más recónditos del mundo; en razón de los mil arpones y lanzas arrojados en aguas de todos los continentes, ¿podrá el leviatán soportar mucho tiempo una caza tan enorme y una matanza tan despiadada? ¿No será algún día exterminado de la faz de las aguas? ¿No fumará la última ballena su última pipa para evaporarse con la bocanada final?

Si comparamos las manadas gibosas de las ballenas con las manadas gibosas de los búfalos —que hace apenas cuarenta años cubrían por decenas de millares las praderas de Illinois y Missouri, y sacudían las crines de hierro, y miraban torvos, con las frentes nubladas de oscuras tempestades, el emplazamiento de populosas ciudades junto a los ríos, donde ahora un amable agente vende la tierra a un dólar la pulgada—, si hacemos tal comparación podríamos encontrar un argumento irresistible para demostrar que la ballena no puede librarse de una rápida extinción.

Pero este asunto debe examinarse bajo todos los aspectos. Aunque hace muy poco tiempo —ni siquiera el lapso de una existencia— el número de los búfalos de Illinois superó la cifra de los actuales habitantes de Londres; aunque en nuestros días no existe en aquella región un solo cuerno, una sola pezuña; aunque la causa de este exterminio haya sido la lanza de los hombres, la naturaleza muy diferente de la caza de la ballena impide que el leviatán tenga un fin tan oscuro. Cuarenta hombres en una nave destinada a la caza de cachalotes que viajan durante cuarenta y ocho meses se consideran muy felices y dan gracias a Dios si regresan a su patria con el aceite de cuarenta animales. Mientras que en tiempos de los viejos cazadores canadienses e indios del Oeste, cuando esa lejana comarca (en cuyos crepúsculos todavía se enciende el sol de las hogueras de los campamentos) era una soledad virgen, el mismo número de hombres calzados con mocasines, montados a caballo durante el mismo número de meses, en vez de navegar en barcos, podían matar no cuarenta, sino

cuarenta mil búfalos y hasta más: hecho que, si es preciso, pueden corroborar las estadísticas.

Si lo consideramos bien, tampoco parece un argumento en favor de la extinción gradual de la ballena el hecho de que en años precedentes (la última parte del siglo pasado) estos leviatanes se encontraran en manadas pequeñas con frecuencia mucho mayor que ahora, de manera que los viajes no eran tan prolongados, aunque sí mucho más remunerativos. Lo cierto es que, como ya hemos observado, las ballenas, respondiendo a una idea que se han hecho de su seguridad, atraviesan ahora los mares en grandes caravanas, de modo que las que antes viajaban solas, en pareja, en bancos y en escuelas, ahora suelen agruparse en ejércitos inmensos, pero muy separados entre sí. Esto es todo. Igualmente falaz es la presunción de que, puesto que las llamadas ballenas de hueso ya no frecuentan muchas zonas donde antes abundaban, su especie está en vías de desaparecer. Pues las ballenas son perseguidas de promontorio en promontorio, de modo que si ya no alegran una costa con sus chorros debemos estar seguros de que otra orilla más remota será animada por ese extraordinario espectáculo.

Agreguemos, con respecto a estos últimos leviatanes, que poseen dos sólidas fortalezas que, según todas las posibilidades humanas, permanecerán para siempre inexpugnables. Y así como ante la invasión de sus valles los fríos suizos se retiraban a las montañas, del mismo modo las ballenas de hueso, perseguidas en las sabanas y los claros de los mares centrales, pueden acudir a sus ciudadelas polares y, sumergiéndose bajo esas remotas barreras y murallas vítreas, volver a emerger entre los campos y bancos de hielo y, en un círculo encantado de eterno diciembre, desafiar a toda persecución humana.

Pero como por cada cachalote se cazan quizá cincuenta ballenas de hueso, algún filósofo del castillo de proa ha concluido que esta matanza ha diezclado muy seriamente las huestes de esas ballenas. Pero aunque de un tiempo a esta parte solamente los americanos han matado cada año un respetable número de esas ballenas —no menos de 13.000— en las aguas del noroeste, otros detalles dignos de consideración niegan todo valor a este argumento en contra nuestra.

Por natural que sea mostrar cierta incredulidad ante la abundancia de los seres más enormes del globo, ¿qué diremos a Harto, el historiador de Goa, cuando nos dice que el rey de Siam capturó 4.000 elefantes y que en esas regiones los elefantes abundan tanto como el ganado en las zonas templadas? Y no parece existir razón para dudar de que si estos elefantes —cazados durante millares de años por Semíramis, Poro, Aníbal y todos los sucesivos monarcas de Oriente— sobreviven en gran número, la ballena podrá sobrevivir mucho más a toda persecución, puesto que dispone de un campo de pastoreo dos veces más grande que toda Asia, las Américas, Europa, África, Nueva Holanda y todas las islas del mar juntas. Más aún: debemos tener presente que, dada

la presunta longevidad de las ballenas y el hecho de que pueden llegar a vivir un siglo y aún más, siempre hay un período en que varias generaciones adultas son contemporáneas. Podemos hacernos una idea de lo que esto representa imaginando que todos los camposantos, cementerios y criptas familiares de la creación devolvieran los cuerpos vivos de todos los hombres, mujeres y niños que vivían hace setenta y cinco años y sumaran a la actual población humana del mundo esa hueste infinita.

Por consiguiente, teniendo en cuenta todo lo anterior, consideramos que la ballena es inmortal en su especie, aunque sus individuos sean mortales. Atravesó los mares antes de que los continentes emergieran de las aguas; nadó en los lugares que hoy ocupan las Tullerías, el Castillo de Windsor y el Kremlin. Durante el diluvio de Noé, desdeñó el Arca; y si alguna vez el mundo debiera sumergirse como los países bajos para librarse de las ratas, la eterna ballena sobreviviría y elevándose en la cresta más alta de la ola ecuatorial, arrojaría su espumoso desafío a los cielos.

CVI. LA PIERNA DE AHAB

La precipitación con que el capitán Ahab había dejado el *Samuel Enderby* de Londres había causado cierto daño a su persona. Se había apoyado con tanta energía contra un banco de la embarcación que la pierna de marfil había estado a punto de romperse con el choque. Después, cuando subió a la cubierta y se afirmó en el agujero que le servía de eje, se volvió con mucha vehemencia para dar una orden urgente al timonel (el motivo era el habitual: que no gobernaba de modo bastante inflexible) y el marfil, ya sacudido, recibió una conmoción adicional tan fuerte que, aunque parecía íntegro y firme como antes, Ahab no creyó que pudiera seguir confiando enteramente en él.

En verdad, no era asombroso que Ahab, a pesar de su temeraria indiferencia, de cuando en cuando se interesara por el estado de ese hueso muerto sobre el cual, en parte, se apoyaba. No mucho tiempo antes de que la nave zarpara de Nantucket lo habían encontrado una noche tendido en el suelo, sin conocimiento: un accidente ignorado y aparentemente inexplicable había hecho que la pierna de marfil se zafara con violencia y lo hiriera, traspasándole casi la ingle, como una estaca. Sólo con grandes dificultades se había podido curar del todo esa herida atroz.

En esa ocasión había imaginado, en su monomanía, que toda la angustia de su sufrimiento era consecuencia directa de un dolor precedente, como si hubiese creído que, así como el reptil más venenoso de los pantanos perpetúa su especie tan infaliblemente como el cantor más dulce de los bosques, todos los sucesos tristes, al igual que todas las dichas, generan hechos semejantes. Mucho más que la dicha, pensaba Ahab, puesto que tanto los antecesores como los descendientes del Dolor se extienden mucho más lejos que los antecesores y descendientes de la Dicha. Pues sin hablar ya de lo que se deduce de algunas enseñanzas canónicas —según las cuales ciertos goces naturales de este mundo no se prolongan en el otro y, al contrario, redundan en la estéril desesperación infernal, así como algunas pecaminosas angustias terrenas engendran, más allá de la tumba, una progenie de dolores que aumentan sin cesar—, para no hablar de esas enseñanzas, repito, si ahondamos el análisis de este punto descubriremos otra desigualdad. En efecto, pensaba Ahab, como las más

sublimes dichas terrenas siempre ocultan alguna insignificante mezquindad (mientras que, en el fondo, todos los dolores del corazón tienen un sentido místico y en ciertas personas alcanzan una grandiosidad angelical), nada de lo que podemos observar desmiente tal evidencia. Rastrear las genealogías de los profundos dolores mortales nos lleva hasta la paternidad primordial de los dioses, de modo que frente a todos los soles alegres y fecundantes, frente a las redondas lunas equinocciales semejantes a dulces címbalos hay que admitir esto: ni siquiera los dioses son eternamente felices. La marca del nacimiento, triste e imborrable en la frente del hombre, no es sino la huella del dolor de quien lo ha creado.

Sin querer hemos divulgado un secreto que quizás hubiera sido más útil descubrir antes. Juntamente con muchos otros detalles relacionados con Ahab, para algunos no había dejado de ser un misterio que el capitán, antes y después de la partida del *Pequod*, se hubiese mantenido oculto durante algún tiempo con un sigilo digno del gran lama, y que en ese lapso hubiese buscado un taciturno solaz, por así decirlo, en el marmóreo senado de los muertos. El confuso motivo con que el capitán Peleg había intentado explicar esa reclusión parecía inaceptable, aunque a decir verdad cada revelación relacionada con los motivos más personales de Ahab siempre se caracterizaba más por su significativa oscuridad que por su luz esclarecedora. Pero al fin todo salió a la luz, al menos en cuanto a este misterio particular: en el fondo de la temporaria reclusión estaba el atroz accidente sufrido. Y dicho accidente —jamás aclarado por el propio Ahab— se revistió de terrores no del todo ajenos al ámbito de los espíritus y de los gemidos, para el tímido grupo —cada vez más reducido— de hombres que tenían, en tierra, el privilegio de acercarse a Ahab. De modo que por el afecto que sentían hacia el capitán, esos hombres conspiraron para ocultar a los demás la noticia: esa fue la razón por la cual el hecho no se difundió en los puentes del *Pequod* sino mucho tiempo después.

Sean como fueren las cosas, tuviese o no que ver Ahab con el invisible y ambiguo sínodo del aire y con los vengativos príncipes y potentados del fuego, lo cierto es que en esta ocasión el capitán resolvió algo práctico: llamó al carpintero.

Cuando este funcionario apareció ante él, Ahab le ordenó que se pusiera de inmediato a hacerle otra pierna y encargó a los oficiales que le suministraran todos los pedazos de hueso de cachalote acumulados hasta ese momento en el barco: de ese modo habría podido elegir el material más sólido y liso. Después de lo cual, el carpintero fue intimado a terminar la pierna esa misma noche y a proveerla de todos sus accesorios, independientemente de los que pertenecían a la pierna descartada, todavía en uso. Además se ordenó que sacaran la forja de la nave de su temporario ocio en la bodega. Y para acelerar el proceso, el herrero debió empezar a fabricar en el acto los elementos de hierro que pudieran necesitarse.

CVII. EL CARPINTERO

Siéntate como un sultán entre las lunas de Saturno y considera al hombre en su más alta abstracción, solo: te parecerá un prodigio, una grandeza, un dolor. Pero desde el mismo púlpito considera a la humanidad en masa y verás que en su mayoría te parecerá una multitud de duplicados innecesarios, tanto en el espacio donde coinciden como en el tiempo en que se suceden. Pero aunque humilde y muy lejos de ofrecer un ejemplo de alta abstracción humana, el carpintero del *Pequod* no era un duplicado, razón por la cual aparece en persona en este escenario.

Como todos los carpinteros marítimos y, en especial, los que pertenecen a las naves balleneras, con cierta versatilidad extemporánea y práctica era igualmente diestro en innumerables oficios colaterales al suyo, puesto que al carpintero corresponde el antiguo y frondoso árbol de todas las artes que tienen más o menos que ver con la nave como material auxiliar. Pero aparte lo ya dicho, este carpintero del *Pequod* era singularmente eficaz en las mil artesanías innominadas que sin cesar se requieren en una gran nave, durante un viaje de tres o cuatro años por mares bárbaros y remotos. Para no hablar de su habilidad en las tareas habituales —reparar botes desfondados y mástiles rotos, corregir la forma de los remos mal hechos, abrir ojos de buey en el puente o cabillas en los tablones laterales y otros trabajos más directamente relacionados con su profesión—, el carpintero era todo un experto en una serie de oficios disímiles, a la vez útiles y extraños.

El único gran escenario en el cual representaba sus diversos papeles era su banco de carpintero: una mesa rústica y pesada, llena de morsas de diferentes tamaños, unas de madera, otras de hierro. Salvo cuando había ballenas junto al *Pequod*, este banco siempre estaba sólidamente amarrado tras las refinerías.

¿Una cabilla es demasiado gruesa para entrar en el agujero? El carpintero la asegura en una de sus morsas y la reduce a fuerza de lima. ¿Aparece a bordo, perdido, un pájaro de tierra de plumas extrañas? Con pulidas varillas de hueso de ballena y travesaños de marfil de cachalote, el carpintero hace una jaula que parece una pagoda. ¿Un remero se recalca una muñeca? El carpintero le prepara un ungüento

calmante. Stubb anhelaba tener estrellas rojas pintadas en la pala de cada uno de sus remos: tras fijar los remos en la gran morsa de madera, el carpintero le suministró la simétrica constelación. A un marinero se le ocurrió llevar aros de hueso de tiburón: el carpintero le perforó las orejas. A otro le duelen las muelas: el carpintero toma las tenazas y, golpeando el banco con una mano, le dice que se siente; pero en mitad de la operación el desdichado tira hacia atrás la cabeza y entonces el carpintero le dice que meta la mandíbula dentro de la morsa, si quiere que le saque la muela.

De modo que este carpintero estaba dispuesto a todo, y era igualmente indiferente y desdeñoso de todo. Los dientes eran para él pedazos de marfil; las cabezas, motones de virador; los hombres mismos, tan sólo cabrestantes. Dones tan diversos y una habilidad tan constante en un ámbito tan grande, parecerían atestiguar en este hombre una rapidez intelectual poco frecuente. No era así, precisamente. Nada era más notable en él que cierta impersonal estolidez; impersonal, digo, porque se confundía a tal punto en la infinitud de las cosas que nos rodean que parecía indiscernible de la estolidez general de todo el mundo visible, el cual, mientras se mantiene incesantemente activo de mil maneras, conserva eternamente su paz y nos ignora, aunque echemos cimientos de catedrales. Sin embargo, esta estolidez casi espantosa que implicaba, como podía comprobarse, una enorme insensibilidad, a veces se animaba caprichosamente con una vieja, fatigosa, antediluviana y asmática alegría, no exenta de cierto canoso ingenio que habría podido sentir para matar el tiempo durante la guardia nocturna en el castillo del Arca de Noé. ¿Acaso este viejo carpintero había vagabundeado durante toda su vida, y ese continuo rodar por el mundo no sólo le había impedido criar moho, sino que también lo había despojado de cualquier adherencia externa que pudiera tener en un principio? Era una abstracción desnuda, un número sin fracciones; tan poco comprometido como un recién nacido; un ser viviente sin ningún vínculo premeditado con este o con el otro mundo. Casi habría podido decirse que su extraña inocencia implicaba una especie de ininteligencia, porque en sus muchas tareas no parecía trabajar guiado por la razón, o por el instinto, o sencillamente porque le habían enseñado, o por cualquier mezcla, igual o desigual, de estos factores, sino por una especie de proceso espontáneo y literal, de sordomudo. Era un puro manipulador: el cerebro, si alguna vez lo había tenido, debía habersele deslizado a los músculos de los dedos. Era uno de esos irrazonables pero utilísimos instrumentos Sheffield *multum in parvo* que se parecen — aunque algo abultados — a un cortaplumas corriente, pero que contienen no sólo hojas de varios tamaños, sino también destornilladores, sacacorchos, pinzas, punzones, plumas, reglas, limas para uñas, formones. De modo que si sus superiores deseaban emplear al carpintero como destornillador, no tenían más que abrir esa parte y el tornillo se aflojaba; y si lo deseaban como pinzas, bastaba con tomarlo de las piernas.

Pero como ya hemos insinuado, este carpintero universal, abierto y cerrado como un cortaplumas, no era después de todo un simple autómeta maquinal. Si no tenía en sí un alma como las corrientes, poseía algo que, de algún modo, hacía peculiarmente las veces de aquélla. ¿Qué era eso: esencia de mercurio o gotas de carbonato de amonio? ¿Quién hubiese podido decirlo? Pero lo tenía, y desde hacía sesenta años o más. Y ese mismo inexplicable e ingenioso principio vital era lo que muchas veces lo impulsaba a hablar para sí, aunque sólo como una rueda irracional que también habla para sí con su chirrido. O más bien, su cuerpo era una garita y él montaba guardia en ella, hablando sin cesar para mantenerse despierto.

CVIII. AHAB Y EL CARPINTERO

EN CUBIERTA – PRIMERA GUARDIA NOCTURNA

(El carpintero está de pie junto al banco y a la luz de dos linternas lima enérgicamente la vara de marfil para la pierna, sujeta en la morsa. Sobre la mesa, trozos de marfil, correas de cuero, almohadillas, tornillos y varias herramientas de toda clase. En primer plano se ve la roja llama de la forja, donde trabaja el herrero).

—¡Maldita sea la lima y maldito sea el hueso! Lo que debería ser blando es duro, y lo que debería ser duro es blando. Siempre nos ocurre lo mismo a los que limamos viejas quijadas y tibias. Probemos con otra. Sí, ésta anda mejor (*estornuda*). Vaya, este polvo de hueso es... (*estornuda*)... es (*estornuda*)... sí, es (*estornuda*)... santo Dios, no me deja hablar. Esto es lo que se gana trabajando madera muerta. Cuando se corta un árbol vivo no se produce este polvo; tampoco cuando se amputa un hueso vivo (*estornuda*). Adelante, viejo Smut, dame de una vez esa virola y esa hebilla; yo casi he terminado. Por suerte (*estornuda*) no hay que hacerle rodilla; sería un embrollo. Sólo una tibia, tan fácil de hacer como una pértiga... Pero me gustaría terminarla bien... Tiempo, tiempo... Si sólo tuviera tiempo podría hacer una pierna como la mejor (*estornuda*) que se haya doblado ante una dama en un salón. Esas piernas y esas pantorrillas de antílope que he visto en las vidrieras no podrían comparársele, siquiera. Absorben agua, se vuelven reumáticas y hay que curarlas con ungüentos (*estornuda*) y lociones, como las piernas vivas. Ya está. Ahora, antes de cortarla, hay que llamar a su vieja majestad y comprobar si el largo está bien; me parece que es demasiado corta. ¡Ah, oigo el ruido de su talón! Tenemos suerte. Aquí viene. Si no es él, será algún otro, sin duda.

AHAB (*avanzando*).

(Durante la escena que sigue, el carpintero estornuda, de cuando en cuando).

—¡Y bien, creador de hombres!

—Justo a tiempo, señor. Si el capitán me lo permite, marcaré el largo. Déjeme medir, señor.

—¡Medido por una pierna! Bueno, no es la primera vez. ¡Hazlo! Allí, pon tu dedo encima. Esta es una buena morsa, carpintero. Hazme sentir cómo aprieta. Así, así, vaya si la siento...

—Oh, señor, puede romper los huesos. ¡Cuidado!

—No temas; me gusta un buen apretón; en este mundo viscoso, me gusta sentir algo que aprieta, hombre. ¿Y qué hace Prometeo? El herrero, quiero decir... ¿qué hace?

—Creo que está forjando la juntura, señor.

—Muy bien. Es una sociedad. Él prepara el músculo. ¡Vaya, qué llamarada roja ha encendido!

—Sí, señor; necesita calor blanco: es un trabajo delicado el suyo.

—Humm, seguro. Me parece muy significativo que ese viejo griego, Prometeo, el que, según dicen, hizo a los hombres, haya sido herrero y los haya animado con fuego, porque lo que ha sido hecho en el fuego debe pertenecer al fuego. Así, el infierno parece probable... ¡Cómo vuela el hollín! Deben de ser los restos con los cuales el griego hizo a los africanos. Carpintero, cuando termine con la juntura dile que haga un par de hombros de acero: hay a bordo un vendedor ambulante que lleva un fardo abrumador.

—¿Señor?...

—Espera. Cuando Prometeo empiece a trabajar en eso, le encargaré un hombre completo, según un modelo ideal. ¡Anota! Cincuenta pies de altura, sin zapatos; pecho moldeado según el Túnel del Támesis; piernas con raíces, para mantenerse firme en un lugar; brazos con muñecas de tres pies; ningún corazón; frente de bronce y un cuarto de acre de buen cerebro y... ¿encargaré ojos para que vea hacia afuera? No, pero le pondré un tragaluz en la cabeza para iluminarlo por dentro. Ya está: esas son mis indicaciones. Ve...

—Pero ¿de qué habla y a quién le habla? ¿Me quedará aquí? (Aparte).

—Mediocre arquitectura la de una cúpula ciega... Y ésta lo es. No, no, no; necesito una linterna.

—¡Oh, conque era eso! Aquí hay dos, señor; a mí me basta con una.

—¿Por qué diablos me pones en la cara ese atrapaladrones, hombre? ¿No sabes que apuntar con una luz es peor que apuntar con pistolas?

—Señor, creía que hablaba al carpintero.

—¿Al carpintero? Pero es... No, no... Es un oficio muy limpio y bastante distinguido el tuyo, carpintero. ¿O preferirías trabajar la arcilla?

—¿La arcilla, señor?... ¿La arcilla? Es barro, la arcilla; dejémosla para los excavadores, señor.

—¡Este hombre es un impío! ¿Por qué estornudas?

—El hueso produce mucho polvo, señor.

—Entonces, entiende la insinuación; y cuando estés muerto, no te sepultes bajo la nariz de los vivos.

—¿Cómo, señor?... ¡Oh! ¡Ah! Supongo que... ¡Sí, oh Dios santo!

—Presta atención, carpintero. Supongo que te consideras un buen operario que trabaja como se debe, ¿no es cierto? Y bien, entonces no hablaría muy en favor de tu trabajo si al ponerme esta pierna que me estás preparando sintiera otra pierna en el mismo sitio, es decir, carpintero, mi vieja pierna perdida, la de carne y hueso. ¿No podrías quitar de en medio a ese viejo Adán?

—Ahora empiezo a entender algo, señor. Sí, he oído algo curioso acerca de esto, señor: un hombre desarbolado nunca pierde del todo la sensación de su viejo mástil, y a veces hasta siente que le pica. ¿Puedo preguntarle humildemente si es verdad, señor?

—Así es, hombre. Mira, pon tu pierna viva aquí, donde estaba la mía. Así ya no hay más que una sola pierna visible para los ojos. Pero en el alma son dos. Donde tú sientes que la vida hormiguea, allí, exactamente en el mismo lugar, sin error de un milímetro, también la siento yo. ¿Es un enigma?

—Yo lo llamaría humildemente un rompecabezas, capitán.

—Oye, pues. ¿Sabes acaso si algún ser viviente y pensante no está, invisible e irreconocible, precisamente donde tú estás ahora? Sí, en ese lugar, a pesar de que tú estás allí. En tus horas más solitarias, ¿no temes que alguien te oiga? ¡Espera, no hables! Y si ahora siento los dolores de mi pierna destrozada, aunque haya desaparecido hace mucho tiempo, ¿por qué no has de sentir tú, carpintero, las terribles penas del infierno por toda la eternidad, aunque ya no tengas cuerpo? ¡Responde!

—¡Santo Dios! En verdad, señor, si así son las cosas, tengo que rehacer todo el cálculo; no creo haber medido tan corto, señor...

—¡Vaya! Las cabezas de calabaza no deberían hacer cuentas. ¿Cuánto te falta para terminar la pierna?

—Quizá una hora, señor.

—¡Apúrate, entonces, y tráemela! (*Se vuelve para marcharse*). ¡Oh, vida! Aquí estoy yo, altivo como un dios griego y, sin embargo, deudor de este imbécil, a quien suplico un hueso para sostenerme... Maldita sea esa red mortal de deudas que no se romperá nunca. Podría ser libre como el mundo, pero estoy preso en los libros de cuentas de todo el mundo. Soy tan rico que habría podido superar la puja de los pretorianos más ricos del imperio romano, del imperio del mundo, y sin embargo soy deudor de la carne de la lengua con que me jacto. ¡En nombre del cielo! Tomaré un crisol y me meteré dentro y me disolveré hasta reducirme a una ínfima vértebra. Eso haré.

CARPINTERO (*reanudando su trabajo*).

—¡Bueno, bueno, bueno! Stubb lo conoce mejor que nadie y Stubb dice siempre que está chiflado. Nada menos que esa simple palabra: chiflado. Está chiflado, dice Stubb; está chiflado, chiflado. Y todo el tiempo se lo repite al señor Starbuck: chiflado, señor, chiflado, chiflado, chifladísimo. ¡Aquí está su pierna! Sí, ahora que pienso, ¡aquí está su compañera de cama! ¡Tiene un bastón de quijada de ballena por mujer! Y es su pierna; se apoyará en ella. ¿Cómo era esa historia de una pierna en tres lugares y los tres lugares dentro del infierno? ¿Cómo era?... ¡Oh! No me asombra que me mirara con tanto desprecio. Dicen que a veces tengo ideas raras, pero sólo por casualidad. Además, un hombre pequeño y viejo como yo no debería hacer viajes por aguas profundas con capitanes altos que parecen garzas: pronto el agua le llega a uno al mentón y todos claman por los botes salvavidas. ¡Y aquí está la pierna de la garza! ¡Larga y flaca, no hay duda! A mucha gente las piernas les duran toda la vida; debe ser porque las tratan con mucho cuidado, como una vieja señora de corazón tierno trata a los viejos caballos rechonchos de su coche. Pero Ahab... ¡vaya si es un cochero difícil! Una pierna muerta y la otra arruinada para toda la vida. Y ahora gasta a montones las piernas de hueso. ¡Eh, Smut! Apúrate con esos tornillos, que debemos terminar antes que el tipo de la resurrección venga a recoger con su trompeta todas las piernas, verdaderas o postizas, como los toneleros que andan recogiendo los viejos barriles de cerveza para volver a llenarlos. ¡Qué pierna ésta! Parece una pierna de verdad, viva, limada hasta la médula. Mañana se apoyará en ella, escalará alturas con ella. ¡Vaya! Casi olvidaba la pieza ovalada de marfil pulido donde anota la altitud. Bueno: cincel, lima y papel de lija. ¡A la obra!

CIX. AHAB Y STARBUCK EN LA CABINA

Según la costumbre, a la mañana siguiente la tripulación bombeaba la nave cuando de repente advirtieron que juntamente con el agua salía aceite: en los cascos de la bodega debía haber una pérdida considerable. Todos estaban muy preocupados, y Starbuck bajó a la cabina a informar acerca de esa mala nueva.

En esos momentos, el *Pequod* se acercaba desde el sudeste a Formosa y las islas Bashi, entre las cuales se abre uno de los pasajes tropicales desde los mares de China hacia el Pacífico. Así, Starbuck encontró a Ahab con un mapa de los archipiélagos orientales ante sí y otro, separado, que representaba las largas costas orientales de las islas japonesas: Nipón, Matsmai y Sikoke. Con la nueva pierna de marfil, blanca como la nieve, apoyada contra la pata atornillada de la mesa y con un largo cuchillo en forma de navaja en la mano, el prodigioso viejo, vuelto de espaldas a la puerta, fruncía el ceño y recorría el curso de sus viajes anteriores.

—¿Quién está ahí? —preguntó al oír pasos ante la puerta, pero sin volverse—. ¡A cubierta! ¡Fuera!

—El capitán se engaña: soy yo. Hay que izar los Burton y vaciar la bodega.

—¿Izar los Burton y vaciar la bodega? ¿Ahora que estamos por llegar a Japón perderemos una semana para arreglar un montón de flejes viejos?

—O lo hacemos, señor, o en un día se nos irá más aceite que el que podemos ganar en un año. Vale la pena cuidar lo que nos ha costado un viaje de veinte mil millas, señor.

—Así es, si lo encontramos.

—Hablabas del aceite de la bodega, señor.

—Pues yo no hablaba del aceite ni pensaba en él. ¡Fuera de aquí! ¡Que se pierda! También yo soy pura pérdida... Estoy lleno de cascos que pierden, pero además esos cascos están en una nave que pierde... Y esta es una condición mucho peor que la del *Pequod*, hombre. Sin embargo, no me detengo a obturar la falla, porque ¡quién podría descubrirla en un casco tan cargado, quién pretendería taparla, aun en el caso de que

la encontrara, en medio de la tempestad ensordecedora de la vida! ¡Starbuck! ¡No quiero que se icen los Burton!

—¿Qué dirán los propietarios, señor?

—Deja que los propietarios acudan a la playa de Nantucket para aullar más que los tifones. ¿Qué le importa a Ahab? ¡Los propietarios!... Siempre estás parlotando de esos avaros propietarios, como si los propietarios fueran mi conciencia. Pero óyeme bien: el único propietario de algo es su comandante. Y tenlo bien presente: mi conciencia está en la quilla de esta nave. ¡A cubierta!

El oficial avanzó en la cabina enrojeciendo, con audacia tan extrañamente respetuosa y prudente que no sólo parecía evitar toda manifestación exterior, sino también recelar de sí misma. Al fin dijo:

—Capitán Ahab: un hombre mejor que yo podría perdonarte mucho de lo que lo ofendería si proviniera de un hombre más joven y, ¡ay!, más feliz.

—¡Diablos! ¿De modo que hasta te atreves a criticarme? ¡A cubierta!

—No, señor, todavía no, te lo ruego. Me atrevo, señor... a no ofenderme. ¿No sería posible que a partir de ahora nos entendiéramos mejor, capitán Ahab?

Ahab tomó un mosquete cargado del armero (que forma parte del mobiliario de la cabina de casi todas las naves del Mar del Sur) y apuntando con él a Starbuck, gritó:

—¡Hay un Dios que es Señor de la tierra, y un capitán que es señor del *Pequod*! ¡A cubierta!

Por un instante, por los ojos llameantes y las mejillas encendidas del oficial habría podido creerse que había recibido la carga del arma apuntada hacia él. Pero Starbuck dominó su emoción, se irguió casi sereno y mientras salía de la cabina se detuvo un momento para decir:

—Tú me has ultrajado, señor, no insultado. Pero por esto no te pido que te cuides de Starbuck: no harías otra cosa que reírte. Pero que Ahab se cuide de Ahab. ¡Cuidado de ti mismo, viejo!

«Se hace el valiente, pero obedece. ¡Coraje muy cauteloso el suyo!», dijo Ahab para sí, mientras Starbuck desaparecía. «¿Qué me ha dicho? *Que Ahab se cuide de Ahab*... ¡Hay algo en eso!». Después, empleando inconscientemente el mosquete como bastón, empezó a andar por la estrecha cabina con el ceño como de hierro. Pero al poco rato empezaron a disiparse los hondos pliegues de su frente; volvió a poner el mosquete en el armero y subió a cubierta.

—Eres un hombre demasiado bueno, Starbuck —dijo en voz baja al oficial.

Después, en voz alta, a la tripulación:

—¡Empañiquen los juanetes, arricen las gavias, en popa y en proa; hacia atrás la verga mayor; arriba los Burton; vacíen la bodega!

En vano sería imaginar por qué Ahab se condujo de ese modo con respecto a Starbuck. Quizá hubiera en él un destello de justicia; o quizá fuera simple política de

prudencia que, dadas las circunstancias, le prohibía imperiosamente cualquier muestra de descontento, siquiera pasajera, hacia el primer oficial de la nave. Sea como fuere, las órdenes se cumplieron y los Burton se izaron.

CX. QUEEQUEG EN SU ATAÚD

Después de buscar se comprobó que los últimos cascos depositados en la bodega estaban en perfecto estado, de modo que la falta debía estar más abajo. Como el tiempo estaba calmo, siguieron vaciando la bodega, perturbando el sueño de los enormes recipientes de las últimas filas y alzando esas moles gigantescas desde esa negra medianoche hasta la luz del día. Tanto bajaron, y tan antiguo, corroído y algo era el aspecto de los barriles más bajos, que los hombres parecían ir en busca de algún tonel recóndito y enmohecido que contuviera monedas del capitán Noé y ejemplares de los anuncios fijados para advertir en vano la inminencia del diluvio al enceguedo mundo antiguo. También subieron barriles y más barriles de agua dulce, pan, carne, montones de flejes de tonel hasta que al fin resultó difícil abrirse paso por los puentes atiborrados y el casco vacío resonaba bajo los pies como una catacumba vacía y rolaba y se balanceaba en el mar como una damajuana llena de aire. Con su parte superior sobrecargada, la nave era como un estudiante en ayuno, con la cabeza llena de Aristóteles. Fue una suerte para el *Pequod* que los tifones no lo visitaran en esos momentos.

Pero fue entonces cuando mi amigo más íntimo, mi pobre compañero pagano, Queequeg, enfermó de una fiebre que lo llevó a pocos pasos del infinito.

Hay que decir que en este oficio de la caza de ballenas, las sinecuras son desconocidas: los honores y los peligros andan juntos, y hasta que se llega a capitán, cuanto más se asciende más se trabaja. Tal era el caso del pobre Queequeg que, en calidad de arponero, no sólo debía hacer frente a la cólera de la ballena viva, sino también —como ya lo hemos visto— subir al lomo del cadáver en medio de un mar turbulento y por fin bajar a la oscuridad de la bodega para disponer con resolución los toneles más pesados y dirigir el arrumaje, sudando terriblemente durante el día entero en esa prisión subterránea. En una palabra, los arponeros son los llamados estibadores.

¡Pobre Queequeg! Cuando la nave estaba a medias destripada, si se hubieran asomado ustedes por la escotilla para echar una mirada a la bodega habrían visto al

salvaje tatuado, desnudo hasta los calzoncillos de lana, que se arrastraba entre la humedad y el limo, como un verde lagarto manchado en el fondo de un pozo. Y un pozo, o más bien una heladera, fue aquello en cierto modo para él, pobre pagano. Cosa extraña: a pesar de todo el calor de sus sudores, se pescó un terrible enfriamiento que acabó en fiebre y al fin, después de algunos días de sufrimiento, lo postró en su hamaca, en los umbrales mismos de la muerte. ¡Cómo fue consumiéndose en aquellos pocos días interminables, hasta que no pareció quedar de él mucho más que el esqueleto y los tatuajes! Pero a medida que todo el resto se adelgazaba en él y las mejillas se le hundían, sus ojos parecían cada vez más grandes, adquirían un brillo extraño y dulce, y miraban serenos, pero muy hondos, desde la enfermedad: maravilloso testimonio de esa salud inmortal que en Queequeg no podía morir ni decaer. Y como círculos que, debilitándose, se expanden en el agua, sus ojos parecían ensancharse sin cesar como los anillos de la Eternidad. Un espanto indecible se apoderaba de mí cuando me sentaba junto a ese salvaje moribundo y contemplaba en su rostro cosas tan extrañas como las que vieron los hombres que asistieron a la muerte de Zoroastro. Porque todo lo que en el ser humano es prodigioso y temible hasta ahora no se ha vertido en palabras o en libros. Y la proximidad de la Muerte, que todo lo iguala en el mismo nivel, a todos nos impresiona con una revelación última que sólo un autor que regresara de entre los muertos podría comunicar. De modo que — repitámoslo una vez más— ningún caldeo o griego moribundo tuvo pensamientos más altos o santos que aquellos cuyas sombras misteriosas pasaban por el rostro del pobre Queequeg, mientras yacía sereno en la hamaca oscilante: el mar agitado parecía mecerlo suavemente hacia su último reposo y la marea invisible del océano lo elevaba cada vez más hacia el cielo de su destino.

No hubo un solo hombre de la tripulación que no lo diera por perdido. En cuanto al propio Queequeg, un curioso favor que suplicó demostró a las claras qué pensaba de sí mismo. Durante la guardia del gris amanecer, llamó a un marinero y, tomándole la mano, le dijo que en Nantucket había visto por casualidad unas canoas pequeñas, de madera oscura semejante a la rica madera de guerra de su isla nativa; le habían dicho que todos los balleneros que morían en Nantucket eran puestos en esas canoas negras. Dijo que la idea de que lo tendieran así le gustaba mucho, porque no era diferente de la costumbre de su pueblo que, después de embalsamar a un guerrero muerto, lo tendía en la canoa y lo abandonaba a la deriva entre los archipiélagos estelares, pues no sólo creía que las estrellas son islas, sino también que a lo lejos, más allá de todos los horizontes visibles, sus apacibles mares infinitos se unen con los cielos azules y producen así las blancas rompientes de la vía láctea.

Agregó que se estremecía ante la idea de que lo sepultaran en su hamaca, según los hábitos marinos, y lo arrojaran como un desecho a los tiburones devoradores de muertos. No: deseaba una canoa como las de Nantucket, tanto más adecuadas para él

cuanto que era un ballenero, y puesto que esas canoas ataúdes no tenían quilla, como los botes balleneros, aunque ello implicaba una dirección algo incierta y una larga deriva por los siglos oscuros.

No bien se supo en popa ese extraño pedido, el carpintero recibió la orden de satisfacer la voluntad de Queequeg, fuera la que fuese. Había a bordo unos cuantos maderos bárbaros, color ataúd, cortados durante un largo viaje anterior en los bosques aborígenes de las islas Lackaday. Se recomendó al carpintero que hiciera el ataúd con esos maderos oscuros. No bien recibida la orden, el carpintero echó mano de la regla y se dirigió sin más al castillo de proa con toda la indiferente solicitud de su carácter, tomó con gran cuidado las medidas de Queequeg, marcando regularmente con tiza su cuerpo cuando corría la regla.

—¡Ah! ¡Pobre diablo! Ahora tendrá que morir —exclamó el marinero de Long Island.

Después, el carpintero fue hacia su mesa de trabajo y por comodidad —y para tener un punto de referencia general— transfirió a ella el largo exacto que debía tener el ataúd e hizo permanente esa medida tallando dos muescas en cada extremo de la mesa. Entonces tomó los maderos y las herramientas y puso manos a la obra.

Cuando clavó el último clavo y colocó y ajustó debidamente la tapa, cargó en hombros, sin esfuerzo, el ataúd y avanzó con él, preguntando si por la otra parte todo estaba listo.

Al oír los gritos indignados, aunque a medias divertidos, con que la tripulación rechazaba el ataúd, Queequeg, ante la consternación de todos, pidió que se lo llevaran enseguida. No hubo medio de disuadirlo, puesto que entre todos los mortales, algunos agonizantes son los más tiránicos y hay que contentarlos, puesto que en breve dejarán de molestarnos.

Asomándose desde su hamaca, Queequeg observó largamente el ataúd. Después pidió el arpón, hizo que le quitaran la vara de madera y que pusieran el hierro en el ataúd, junto con un remo del bote. También por pedido suyo, se alinearon galletas a los bordes del ataúd, y se puso un botellón de agua dulce en la cabecera, un saco de tierra mezclada con aserrín (recogida en la bodega) a los pies, y un pedazo de lona doblada como almohada. Entonces Queequeg suplicó que lo tendieran en su último lecho, para comprobar su comodidad (si es que la tenía). En él permaneció inmóvil durante unos minutos; después pidió a un marinero que le alcanzara al pequeño dios Yojo, lo puso entre sus brazos cruzados e hizo que cerraran la tapa del ataúd («la escotilla», dijo). La parte superior de la tapa giró sobre las bisagras de cuero y Queequeg yació en el ataúd mostrando tan sólo su rostro apacible. «*Rarmai*» (sirve, es cómodo), murmuró. Luego hizo señas para que lo depositaran nuevamente en su hamaca.

Pero antes de que pudieran hacerlo, Pip, que mientras tanto había rondado furtivamente en torno al grupo, se acercó a Queequeg y entre sollozos contenidos le tomó una mano, sin soltar con la otra su pandero.

—¡Pobre vagabundo! ¿No terminarás nunca tu fatigoso andar? ¿Adónde vas ahora? Pero si las corrientes te llevan a esas dulces Antillas cuyas playas sólo conocen la caricia de los nenúfares, ¿querrás hacerme un favor? Pregunta por alguien llamado Pip. Hace tiempo que falta: creo que está en esas lejanas Antillas. Y si lo encuentras, consuélalo, porque ha de estar muy triste. ¡Mira! Se ha olvidado su pandero: yo lo he encontrado. ¡Riga-dig, dig, dig! Ahora, Queequeg, muérete; te tocaré la marcha fúnebre.

—He oído decir —murmuró Starbuck, mirando por el escotillón— que hombres muy ignorantes hablaron idiomas antiguos durante accesos de fiebres violentas. Y cuando investigaron ese misterio, descubrieron que en su olvidada infancia habían oído esos mismos idiomas en boca de personas muy sabias. Estoy seguro de que con Pip ocurre algo semejante: en esta extraña dulzura de su desvarío nos trae celestes garantías de nuestras moradas celestiales. ¿Dónde puede haber aprendido esas cosas, sino allá? ¡Atención! Vuelve a hablar, pero ahora con más vehemencia.

—¡Todos en filas de a dos! ¡Hagámoslo general! Pero ¿dónde tiene el arpón? Pónganlo allí, atravesado... ¡Rig-a-dig, dig, dig! ¡Viva! ¡Ah, si un gallo de riña se le posara ahora sobre la cabeza y cantara! ¡Queequeg muere como un valiente! Recuérdenlo bien: ¡Queequeg muere como un valiente! Presten mucha atención: ¡Queequeg muere como un valiente! ¡Valiente, valiente, valiente! Pero el despreciable Pip murió como un cobarde, murió temblando: ¡abajo Pip! Oye: si encuentras a Pip, di a todas las Antillas que es un desertor, un cobarde, un cobarde, un cobarde... ¡Di a todos que saltó del barco! Nunca tocaré el pandero para el despreciable Pip ni lo llamaré general, si vuelve aquí moribundo. No, no: ¡vergüenza para todos los cobardes, vergüenza para todos ellos! Que todos se ahoguen como Pip, el que saltó del bote. ¡Vergüenza, vergüenza!

Mientras tanto, Queequeg permanecía con los ojos cerrados, como en un sueño. Al fin los marineros alejaron a Pip y volvieron al enfermo a su hamaca.

Pero después de prepararse para la muerte y comprobar que el ataúd le servía, Queequeg se recobró de improviso. Pronto fue evidente que ya era innecesaria la caja del carpintero. Y cuando alguien expresaba su alegre sorpresa, Queequeg respondía que la causa de su convalecencia tan imprevista era que en un momento crítico había recordado que dejaba sin cumplir un pequeño deber en la tierra; por lo tanto, había cambiado de idea en torno a la muerte: aún no podía morir. Entonces le preguntaron si morir o vivir era decisión que dependía de su puro antojo. Respondió que así era. En una palabra, Queequeg pensaba que si un hombre resolvía vivir, la simple enfermedad

no podía matarlo: sólo podía eliminarlo una ballena, una tempestad o cualquier fuerza bruta, destructora e ingobernable, de esa índole.

Ahora bien: entre los salvajes y los civilizados hay una diferencia notable. Mientras un hombre enfermo, entre los civilizados, puede tener una convalecencia de seis meses, un salvaje enfermo se recupera casi en un día. Así, mi Queequeg recobró muy pronto sus fuerzas y después de pasar pocos días indolentemente sentado en el cabrestante (pero comiendo con apetito voraz), de pronto saltó sobre sus pies, abrió los brazos y las piernas, se desperezó a su gusto, bostezó y un instante después, precipitándose hacia su bote izado, blandió un arpón y se declaró dispuesto al combate.

Con caprichosa fantasía transformó su ataúd en cómoda: vació en ella el contenido de su bolso de lona y puso en orden su ropa. Pasó muchas horas tallando en la tapa toda suerte de figuras y dibujos grotescos, como si en su rudo estilo hubiese querido reproducir los tatuajes de su cuerpo. Ese tatuaje era la obra de un profeta y vidente de su isla, ya muerto, que en esos signos jeroglíficos había registrado toda una teoría de los cielos y la tierra, y un tratado místico sobre el arte de alcanzar la verdad, de modo que el cuerpo de Queequeg era un enigma, una obra maravillosa en un volumen, cuyos misterios ni siquiera él mismo sabía leer, aunque su propio corazón latiera debajo de ellos: esos misterios estaban, pues, destinados a perecer junto con el vivo pergamino donde estaban trazados y, de ese modo, a permanecer insolubles hasta el fin. Este pensamiento debió sugerir a Ahab esa terrible exclamación con que prorrumpió una mañana, después de observar al pobre Queequeg:

—¡Oh, diabólica tentación de los dioses!

CXI. EL PACÍFICO

Cuando al fin llegamos al gran Mar del Sur, después de deslizarnos ante las islas Bashi, habría podido saludar con infinito agradecimiento a mi querido Pacífico porque ya estaba colmada la larga aspiración de mi juventud: ese océano apacible se extendía hacia el oriente durante millares de leguas de azul.

Hay en este mar no sé qué dulce misterio; su oleaje suave, pero terrible, parece hablar de un espíritu oculto, como las fabulosas ondulaciones de la tierra de Éfeso donde está sepultado el evangelista san Juan. Y es justo que en estas campiñas marineras, en estas vastas praderas de agua, en estos cementerios de los cuatro continentes las olas surjan y mueran, fluyan y refluyan sin pausa: porque aquí yacen y sueñan millones de espíritus y sombras confundidos, millones de sueños ahogados, de sonambulismos, de ensoñaciones. Todo lo que llamamos almas y vidas yace allí soñando, soñando siempre, agitándose como los que no pueden dormir en su lecho y provocan, en su inquietud, un incesante oleaje.

Todo magro viajero y meditador que contemple por primera vez el Pacífico lo adoptará para siempre. Agita las aguas más centrales del mundo, puesto que el Océano Índico y el Atlántico no son más que sus brazos. Las mismas olas lavan la mole de las nuevas ciudades californianas, fundadas apenas ayer por la más reciente estirpe humana, y bañan los miembros descoloridos, pero siempre maravillosos, de las tierras asiáticas más viejas que Abraham, mientras que en el medio flotan las vías lácteas de las islas de coral, archipiélagos bajos, infinitos, desconocidos y el Japón impenetrable. Así, este divino y misterioso Pacífico circunda la masa entera del mundo, hace de todas las costas una bahía y parece el corazón del mundo, que late con sus mareas. Henchido por sus eternas olas, es imposible no reconocer en él al dios seductor, es imposible no inclinarse ante él como ante Pan.

Pero la idea de Pan apenas ocupaba los pensamientos de Ahab mientras, erguido como una estatua de hierro en su puesto habitual, junto al aparejo de mesana, aspiraba al mismo tiempo, sin pensar en ello, el azucarado almizcle de las islas Bashi (en cuyos apacibles bosques debían de pasear dulces amantes) y el aroma salado del

nuevo mar: ese mar en que la odiada ballena nadaría en esos momentos. Puesto que ya había llegado a esas aguas, casi definitivas, y el *Pequod* se dirigía hacia la zona de caza de Japón, el propósito del viejo se hacía aún más intenso. Sus resueltos labios se apretaban como los de una morsa; el delta de las venas se henchía en su frente como los torrentes en una creciente. Hasta en el sueño su agudo grito resonaba en la bóveda del casco:

—¡Todos a popa! ¡La Ballena Blanca arroja un chorro de sangre espesa!

CXII. EL HERRERO

Perth, el viejo herrero tiznado y cubierto de ampollas, disfrutaba de la suave y fresca temperatura estival que reinaba en esas latitudes; anticipándose a las tareas particularmente activas que no tardarían en presentarse, una vez terminada su parte en la fabricación de la pierna para Ahab, había dejado su fragua portátil en cubierta, sujeta por anillas al palo de trinquete, en vez de bajarla nuevamente a la bodega. Remeros y arponeros iban continuamente en su busca para que les hiciera algún trabajo pequeño, reparando, modificando o dando forma nueva a las armas y los diferentes elementos de sus botes. A menudo lo rodeaba una multitud impaciente de hombres que esperaban su turno. Sosteniendo remos, cabezas de picas, arpones o lanzas, observaban celosamente cada uno de sus gestos negros de tizne. Pero el martillo de este viejo era tan paciente como el brazo que lo blandía. Ni un murmullo, ni una muestra de impaciencia o irritación salían de él. Lento, silencioso, solemne, curvando aún más su espalda crónicamente rota, trabajaba como si el trabajo fuera la vida misma y los pesados golpes del martillo los latidos de su corazón. Y así era, en verdad. ¡Ah, desdichado!

Un modo de andar muy peculiar de este viejo, cierta vacilación leve, pero penosa de ver, había despertado la curiosidad de los marineros en los primeros días del viaje. Al fin, Perth había cedido a la insistencia de sus importunas preguntas: así, todos habían llegado a conocer la vergonzosa historia de su triste destino.

Una cruda noche de invierno se había demorado —y no inocentemente— en el camino que unía dos aldeas. El herrero semiinconsciente había sentido que lo invadía un torpor mortal y había buscado refugio en un granero ruinoso. El resultado había sido la pérdida de las puntas de ambos pies. Después de esa revelación, poco a poco habían surgido los cuatro actos felices de su vida y el largo, doloroso quinto acto, aún sin desenlace, de ese drama.

Era un viejo que casi a los sesenta años había encontrado lo que en la técnica del dolor se llama la ruina. Había sido un artesano de renombre y lleno de trabajo; poseía una casa y un jardín, abrazaba a una mujer joven y enamorada que parecía una

muchacha y a tres niños alegres y sanos, y todos los domingos iba a una hermosa iglesia situada en un bosque. Pero una noche, al abrigo de la oscuridad y, además, oculto por un hábil disfraz, un terrible bandido entró en esa casa dichosa y la despojó de todo. Y lo más triste es que fue el propio herrero quien, en su ignorancia, guió al bandido hacia el seno del hogar. ¡Era el demonio de la botella! Abierto el tapón fatal, el demonio salió y arrasó con la casa entera. Ahora bien: por prudentes razones de buen sentido y de economía, el taller del herrero estaba en el sótano de la casa, pero tenía una entrada separada. La joven mujer sana y feliz oía siempre sin nerviosidad ni tristeza— al contrario, con vigorosa satisfacción— los martillazos del viejo marido de brazos jóvenes: los ecos, sofocados por el pavimento y las paredes, subían hasta ella, no sin dulzura, en el cuarto de los niños. Así, la férrea canción de cuna del trabajo había mecido el sueño de los hijos del herrero.

¡Oh, dolor tras dolor! ¡Oh, Muerte, por qué a veces no llegas a tiempo! Si te hubieras llevado al viejo herrero antes de que la ruina cayera sobre él, la joven viuda hubiese tenido un dolor delicioso y sus huérfanos un padre legendario, venerable, con el cual habrían soñado en los años futuros, y todos ellos con medios suficientes para vivir sin cuidados. Pero la Muerte se llevó a un virtuoso hermano mayor sobre cuyo trabajo diario descansaba la responsabilidad de otra familia, y dejó en pie al viejo, peor que inútil, hasta que la horrible putrefacción de la vida lo hiciera más fácil de segar.

¿A qué contarlo todo? Los martillazos en el sótano se hicieron cada día más espaciados; y cada martillazo fue, cada día, más débil que el anterior. La mujer, helada de frío, se sentaba ante la ventana, con los ojos sin lágrimas, centelleantes, fijos en las caras llorosas de los niños. El fuelle cayó. La ceniza ahogó la fragua; la casa fue vendida; la madre desapareció en la alta hierba del cementerio; los hijos la siguieron; y el viejo, sin casa ni familia, se marchó tambaleándose: un vagabundo de luto, sin que nadie respetara su dolor, con la cabeza gris convertida en burla de los rizos rubios.

La Muerte parece el único fin deseable de una existencia como ésta, pero la Muerte sólo es una entrada a la región de lo Inexplorado, es sólo el primer saludo a la posibilidad de esa infinitud que es lo Remoto, lo Salvaje, lo Ácuelo, lo Ilimitado. Por eso, ante los ojos deseosos de muerte de esta clase de hombres, en cuyo corazón aún subsiste un íntimo repudio contra el suicidio, el océano a que todos acuden y que a todos acepta extiende seductor la inmensidad de sus terrores inconcebibles y atractivos, sus aventuras inauditas y maravillosas. Y desde los corazones de infinitos Pacíficos, millares de sirenas cantan: «Ven, oh tú que tienes el corazón deshecho: aquí hay otra vida que no exige el pago previo de la muerte; aquí hay maravillas sobrenaturales sin necesidad de morir para alcanzarlas. ¡Ven! Sepúltate en una vida que para el mundo de la tierra, aborrecedor y aborrecible, es más olvidadiza que la muerte. ¡Ven! ¡Pon tu propia lápida en el cementerio y ven, que seremos tus esposas!».

Al oír estas voces desde el este y el oeste, al salir el sol y al caer de la noche, el alma del herrero respondió: «¡Sí, iré!».

Y así Perth entró a formar parte de la caza de ballenas.

CXIII. LA FRAGUA

Con la barba enmarañada y envuelto en un áspero delantal de piel de tiburón, Perth, hacia el mediodía, estaba de pie entre la fragua y el yunque, este último asegurado sobre un tronco de quebracho. Con una mano mantenía entre los carbones una cabeza de pica; con la otra, aventaba los pulmones de la fragua. De pronto apareció el capitán Ahab llevando en la mano un bolso pequeño, de cuero enmohecido. El lóbrego capitán se detuvo a cierta distancia de la fragua; al fin Perth retiró el hierro del fuego y empezó a martillarlo sobre el yunque. La roja masa despidió un enjambre de chispas, algunas de las cuales llegaron hasta Ahab.

—¿Son éstas tus crías, Perth? Siempre revolotean a tu zaga. Son pájaros de buen agüero, pero no para todos. Ten cuidado con ellos: queman. Aunque tú vives entre ellos sin una sola quemadura.

—Porque ya estoy todo chamuscado, capitán Ahab —respondió Perth, deteniéndose un momento sobre el martillo—; soy a prueba de fuego: no es fácil quemar una cicatriz.

—Bueno, bueno, basta. Tu voz apagada es demasiado serena y razonable en su dolor... Tampoco yo estoy en el paraíso, pero la desdicha ajena me impacienta cuando no lleva a la locura. Deberías enloquecer, herrero; dime: ¿por qué no enloqueces? ¿Tanto siguen odiándote los cielos, para que no puedas enloquecer? ¿Qué hacías?

—Soldaba una vieja cabeza de pica, señor. Estaba mellada, señor.

—¿Y puedes alisarla de nuevo, después del duro trabajo que ha hecho?

—Así lo creo, señor.

—Y supongo que podrás alisar cualquier clase de melladura, por duro que sea el metal, herrero...

—Sí, señor, creo que puedo hacerlo. Toda clase de melladuras, salvo una.

—Óyeme bien, entonces —exclamó Ahab, avanzando lleno de agitación y apoyándose con ambas manos sobre los hombros de Perth—; óyeme bien: ¿puedes alisar una melladura como ésta, herrero?

Al decir esas últimas palabras se pasó una mano por la frente surcada; después agregó:

—Si pudieras, herrero, estaría dispuesto a poner la cabeza sobre el yunque y a soportar entre los ojos tu martillo más pesado. Responde. ¿Puedes alisar esta melladura?

—¡Pero es precisamente ésta, capitán! ¿No he dicho: toda clase de melladuras, salvo una?

—Sí, herrero, es ésta; sí, hombre, es imborrable. Por qué, si tú mismo no la ves más que en mi carne, me habrá penetrado en el hueso del cráneo: ¡es un montón de arrugas! Pero dejémonos de juegos de niños; basta de garfios y picas, por hoy. ¡Mira!

Sacudió el bolso, como si hubiera estado lleno de monedas de oro.

—También yo necesito un arpón —continuó—, uno que no pueda romper un tiro de mil demonios, Perth. Algo que se plante en el cuerpo de la ballena como su propia aleta. Aquí tienes el metal —agregó, arrojando el saco sobre el yunque—. Son clavos de las herraduras de acero de los caballos de carrera.

—¿Clavos de herraduras, señor? ¡Vaya, capitán! ¡Tienes aquí el mejor material, el más resistente que podemos trabajar los herreros!

—Lo sé, viejo: estos clavos se soldarán como cola hecha con huesos de asesinos fundidos. ¡Rápido! Fórjame el arpón. Pero antes fórjame doce varillas para el asta; después tuércelas, retuércelas, martíllalas todas juntas como las hilazas y las hebras de un cable de remolque. ¡Rápido! Yo atizaré el fuego.

Al fin, cuando las doce varas estuvieron listas, Ahab las probó una por una doblándolas con su mano en torno a un largo y pesado perno de hierro.

—¡Una falla! —exclamó, rechazando la última—. Vuelve a hacer ésta, Perth.

Cuando lo hubo hecho, Perth se disponía a soldar las doce varas juntas, pero Ahab le detuvo la mano y le dijo que él mismo soldaría el hierro. Y mientras martillaba sobre el yunque entre jadeos regulares, y Perth iba alcanzándole las varas al rojo, una tras otra, y la fragua atizada arrojaba una llama intensa y recta, pasó en silencio el parsi: inclinó la cabeza ante el fuego, como invocando una maldición o una bendición sobre el trabajo. Pero cuando Ahab alzó los ojos, se deslizó hacia un lado.

—¿Qué tiene que hacer allí ese montón de fósforos? —murmuró Stubb, que observaba la escena desde el castillo de proa—. Ese parsi husmea el fuego como la yesca; y él mismo huele a fuego, como la cazoleta de un mosquete caliente.

Al fin el asta, formada por un apretado haz, recibió el último fuego y mientras Perth, para templarla, la sumergía sibilante en la cuba de agua que tenía a su lado, el humo casi ardiente saltó hacia la cara inclinada de Ahab.

—¿Quieres marcarme, Perth? —dijo el capitán, dando un respingo a causa del dolor—. ¿De modo que he estado forjando el hierro de mi propia marca?

—¡Por Dios, no, señor! Pero temo algo. Capitán Ahab, ¿este arpón no es para la Ballena Blanca?

—¡Para el demonio blanco! Pero ahora, a las puntas. Tienes que hacerlas tú mismo, hombre. Aquí están mis navajas: el mejor acero. Haz puntas tan filosas como los hielos agudos del Mar Glacial.

Por un instante el viejo herrero miró las navajas como si hubiera preferido no usarlas.

—Tómalas, marinero. Ya no las necesito, porque ya no me afeito, ni como, ni rezo, hasta que... Pero ¡muévete, al trabajo!

Forjado en forma de flecha, y soldado al asta por Perth, el acero pronto remató la extremidad del hierro. El herrero, que estaba a punto de someter la punta al último calor, antes de templarla, gritó a Ahab que le acercara la cuba de agua.

—No, no usaremos agua para esto. ¡Quiero que tenga el temple de la muerte! ¡Eh, Tashtego, Queequeg, Dagoo! ¿Qué dicen, paganos? ¿Me darán la sangre necesaria para cubrir esta punta?

Levantó el arma, y tres foscos ceños respondieron que sí. Entonces se hicieron tres incisiones en la carne de los paganos y con su sangre se templó la hoja de la Ballena Blanca.

—*Ego non baptizo te in nomine patris, sed in nomine diaboli!* —gritó Ahab, presa del delirio, mientras el hierro perverso devoraba ardiendo la sangre bautismal.

Después de examinar bajo la cubierta los astiles de repuesto, eligió uno de nogal americano y lo adaptó al extremo hueco del hierro. Desenvolvieron entonces un rollo de cable nuevo; llevaron unas cuantas brazas hasta el cabrestante y allí las sometieron a gran tensión. Ahab apoyó sobre el cable un pie, hasta que resonó como la cuerda de un arpa; después, inclinándose con ansiedad exclamó, al ver que no había ninguna fibra rota:

—¡Bien! Ahora las ligaduras.

Deshicieron un extremo del cable y trenzaron todas las hilachas sueltas en torno a la cuenca del arpón; después insertaron con fuerza el astil en el interior de la cuenca. Por fin llevaron el extremo inferior del cable hacia la mitad del astil y lo sujetaron firmemente con varias vueltas de hilo. Hecho lo cual, astil, hierro y cable —como las tres Parcas— quedaron inseparablemente unidos y Ahab se alejó, taciturno, con el arma. Los golpes de la pierna de hueso y del astil de nogal resonaron huecos sobre los tablones. Pero antes de que Ahab entrara en su cabina, se oyó un sonido leve, sobrenatural, a medias burlón, pero muy penoso. ¡Oh, Pip! ¡Tu desdichada risa, tu mirada ociosa pero inquieta, tus gestos extraños se mezclaban, no sin significado, con la negra tragedia de la nave melancólica y se burlaban de ella!

CXIV. EL DORADOR

El *Pequod* se internó cada vez más en la zona de caza japonesa y pronto se entregó de lleno a la pesca. A menudo, en una temperatura suave y deliciosa, los marineros permanecían doce, quince, dieciocho y veinte horas seguidas en los botes, trabajando vigorosamente con los remos o las pagayas, navegando a la vela, siempre en pos de las ballenas, o bien esperando inmóviles, durante intervalos de sesenta o setenta minutos, que los monstruos emergieran, aunque con magro resultado para todos sus esfuerzos.

Es en esos momentos cuando el marinero, bajo un sol difuso, flotando el día entero sobre ondulaciones lentas y tersas, sentado en su bote ligero como una canoa de abedul y departiendo amistosamente con esas suaves olas que, como los gatos domésticos, ronronean contra la borda; es en esos momentos de quietud soñadora cuando el marinero, repito, al contemplar la belleza y el esplendor tranquilo de la piel del mar, olvida el corazón de tigre que palpita en su interior y procura olvidar que esa zarpa de terciopelo oculta unas uñas despiadadas.

Es en esos momentos cuando, en su embarcación, el vagabundo siente hacia el mar un afecto filial y confiado, como el que inspira la tierra, y lo ve como una pradera en flor, y la nave lejana, de la cual sólo divisa las altas cofas, parece avanzar penosamente no a través de olas henchidas, sino surcando la hierba alta y ondulante, como los callaos de los emigrantes de la peste, cuando muestran sólo las orejas erguidas y sus cuerpos ocultos vadean la prodigiosa vegetación.

En la extensión de los valles vírgenes y las pendientes levemente azuladas; en la susurrante quietud que lo envuelve todo, los marineros parecen niños que, cansados de jugar, se han echado a dormir en esas soledades, durante un mayo feliz, cuando se recogen las flores de los bosques. Y todo eso se funde con una mística sensación del alma, de modo que realidad y fantasía, yendo la una hacia la otra, se penetran mutuamente y forman un todo sin fronteras.

Esas escenas apaciguadoras, aunque temporarias, no dejaron de producir efecto — si bien igualmente temporario— sobre Ahab. Esas secretas llaves de oro parecieron abrir en él sus secretos más íntimos, pero su aliento empañó todo ese esplendor.

¡Oh, verdes planicies! ¡Oh, paisajes infinitos del alma, siempre primaverales! Aunque marchitos por la mortal sequía de la vida terrestre, en ellos aún pueden rodar los hombres como caballos jóvenes en el trébol nuevo de la mañana, sintiendo durante un fugaz instante el fresco rocío de la vida inmortal. ¡Ojalá quisiera Dios que esa quietud bienaventurada fuera perdurable! Pero los hilos de la vida están entretejidos con trama y urdimbre; las tempestades atraviesan la quietud: una tempestad por cada quietud. En la vida no hay un avance continuo, no avanzamos en etapas fijas hacia la pausa última: a través del inconsciente encanto de la infancia, la fe despreocupada de la adolescencia, la duda de la juventud (el destino común) y después el escepticismo, y después la incredulidad, nos detenemos al fin en el reposo meditabundo de la virilidad, del «Si...». Pero una vez terminado el camino, lo atravesamos de nuevo, y somos eternamente niños, adolescentes, hombres que meditan su «Si...». ¿Dónde está el último puerto desde el cual ya no zarparemos nunca? ¿En qué éter extático navega el mundo, del cual nunca se cansan los más cansados? ¿Dónde se oculta el padre del niño expósito? Nuestras almas son como esos huérfanos cuyas madres solteras mueren al darles a luz; el secreto de nuestro origen yace en esa tumba y allí es donde hemos de buscarlo.

Ese mismo día, mirando desde su bote el mismo mar dorado, Starbuck murmuró en voz baja:

—¡Insondable hechizo, ningún amante ha visto nada parecido en los ojos de su joven esposa! ¡No me hables de tus tiburones, con sus hileras de dientes, ni de tus ímpetus de secuestrador y de caníbal! Que la fe ahuyente lo real, que la fantasía ahuyente los recuerdos: yo miro en las profundidades y creo.

Y Stubb saltó como un pez de escamas centelleantes en esa misma luz dorada:

—Soy Stubb, y Stubb tiene su historia. Pero Stubb jura que siempre ha sido alegre.

CXV. EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *SOLTERO*

Y discretamente alegres fueron los espectáculos y los sonidos que llegaron con el viento, pocas semanas después de que el herrero forjara el arpón de Ahab.

Era el *Soltero* una nave de Nantucket que había estibado el último casco de aceite, corriendo sobre ellos las escotillas a punto de estallar, y ahora, con alegre aire festivo, aunque algo jactancioso, navegaba entre las demás naves de esa zona, muy apartadas unas de otras, antes de volver la proa hacia la patria.

Los tres vigías apostados en las cofas llevaban en sus sombreros largas y estrechas cintas de un rojo llameante; en la popa pendía un bote con la quilla al aire y del bauprés colgaba, prisionera, la larga mandíbula de la última ballena muerta. Señales, banderolas, gallardetes de todos colores flotaban por todas partes. Amarrados en cada una de las tres cofas, había dos barriles de esperma, sobre los cuales, en las crucetas del mastelero, se veían pequeños toneles del mismo líquido precioso, y clavada en el mastelero de maestro, una lámpara de bronce.

Después supimos que el *Soltero* había tenido una suerte extraordinaria, tanto más maravillosa cuanto que muchas otras naves que habían surcado los mismos mares no habían capturado un solo animal en meses enteros. No sólo habían tenido que librarse de los toneles de carne y de pan para hacer sitio al esperma, tanto más valioso, sino que también habían hecho permutas con las naves encontradas para obtener barriles suplementarios: habían debido estibarlos en la cubierta y hasta en la cabina del capitán y los oficiales. Hasta la mesa de la cabina había sido convertida en leña, y los oficiales debían comer sobre una tapa de tonel asegurada al piso como mueble central. En el castillo de proa los marineros habían calafateado sus arcones para llenarlos de esperma. Y agregaban, por broma, que el cocinero había puesto una tapa a su marmita más grande y la había llenado; que el dispensero había obturado la cafetera de repuesto y la había llenado; que los arponeros habían tapado las cuencas de sus arpones y las habían llenado: que, en suma, todo estaba lleno de esperma, salvo los

bolsillos del capitán, que los reservaba para meter dentro las manos, como testimonio complacido de su absoluta satisfacción.

Mientras esta alegre nave de la buena suerte se aproximaba hacia el melancólico *Pequod*, llegó desde un castillo el ruido bárbaro de enormes tambores. Cuando se acercó más, se vio una multitud de marineros en torno a las grandes marmitas de la refinería que, cubiertas con la piel apergaminada del estómago de la ballena negra, rugían como truenos a cada golpe de los puños cerrados de la tripulación. Sobre el castillo de proa, oficiales y arponeros bailaban con las muchachas de tez aceitunada que habían huido con ellos desde las islas polinesias, mientras suspendidos en un bote decorado, entre el trinquete y el mayor, tres negros de Long Island presidían la alegre zarabanda con relucientes arcos de violín hechos con marfil de ballena. Parecía una multitud en trance de derribar la maldita Bastilla: tales eran sus gritos salvajes mientras arrojaban al mar ladrillos y mampostería, ya inútiles.

Amo y señor de toda la escena, el capitán estaba erguido en el alto alcázar, de modo que esa comedia regocijante que se desarrollaba frente a él parecía destinada tan sólo para su diversión personal.

También Ahab estaba de pie en el alcázar, negro e hirsuto, con obstinada melancolía. Y mientras ambas naves se cruzaban —la una toda alegría por el pasado, la otra toda presentimientos del futuro— ambos capitanes encarnaban el extraño contraste de esa escena.

—¡Vengan a bordo! ¡Vengan a bordo! —gritó el alegre comandante del *Soltero*, alzando un vaso y una botella.

—¿Has visto a la Ballena Blanca? —fue la rechinante contestación de Ahab.

—No, sólo he oído hablar de ella. Pero no creo una sola palabra —dijo el otro, de buen humor—. ¡A bordo!

—Estás demasiado alegre, por todos los diablos... Sigue tu viaje. ¿Has perdido hombres?

—No tantos como para que valga la pena hablar de ello; dos isleños, eso es todo. Pero ven a bordo, viejo camarada, vamos, apúrate. Pronto te quitaré esa nube de la frente. Ven, ¿qué esperas? Aquí lo pasamos bien: una nave repleta que vuelve al hogar...

—¡Es curioso cómo son de confianzudos los imbéciles! —murmuró Ahab.

Después agregó en voz alta:

—Dices que eres una nave repleta que vuelve al hogar; y bien, has de saber que yo soy una nave vacía que huye del hogar. De modo que sigue tu camino, y yo me iré por el mío. ¡Adelante! ¡Todas las velas al viento!

Así, mientras una de las naves avanzaba alegremente a favor del viento, la otra luchaba obstinada en contra de él. Y ambas se apartaron: los hombres del *Pequod* miraban con ojos graves al *Soltero*, mientras los hombres del *Soltero* ni siquiera

reparaban en esas miradas, arrebatados por su delirante festejo. Y Ahab, que inclinado sobre el coronamiento, observaba al barco que regresaba a la patria, tomó de su bolsillo un frasco de arena y mirando alternativamente la nave y el frasco, pareció fundir dos lejanas ideas, porque ese frasco estaba lleno de arena proveniente de un sondeo en Nantucket.

CXVI. LA BALLENA MORIBUNDA

En esta vida no es raro que, cuando nos pasan a la derecha los favoritos de la fortuna, a pesar de nuestra fatiga sintamos la fresca brisa que nos roza y miremos con alegría cómo se hinchan nuestras velas exánimes. Así pareció ocurrir con el *Pequod*. Pues al día siguiente del encuentro con el alegre *Soltero* avistamos ballenas. Cuatro fueron muertas, y una de ellas por el propio Ahab.

La tarde estaba muy avanzada; cuando todas las lanzas del rojo combate terminaron su faena y, fluctuando en el mar adorable y el cielo del crepúsculo, sol y ballena morían pacíficamente juntos, tanta dulzura y tanta melancolía, tantas plegarias entrelazadas se elevaron en el aire rosado que desde los verdes y profundos valles conventuales de las islas de Manila, la brisa española de la tierra, que se había vuelto marina, parecía atravesar el mar cargada de himnos vesperales.

De nuevo apaciguado, pero con una serenidad aún más sombría, Ahab, que se había alejado un poco de la ballena, permanecía absorto en el bote ahora calmo, observando los últimos espasmos del animal. Porque ese extraño espectáculo que ofrecen siempre todos los cachalotes agonizantes (que expiran volviendo hacia el sol la cabeza) contemplado en un atardecer tan plácido produjo en Ahab la sensación de que asistía a un prodigio hasta entonces ignorado.

—Vuelve una y otra vez hacia el sol (con qué lentitud, pero con qué firmeza) su frente reverente e invocadora, en los últimos espasmos de la muerte. También ella adora el fuego: ¡el más fiel, inmenso y noble vasallo del sol! ¡Oh, quiera Dios que estos ojos bienaventurados puedan ver estos espectáculos bienaventurados! ¡También aquí, cercada por las aguas, más allá de todo susurro de júbilo o dolor humanos, en estos mares tan ingenuos e imparciales, donde no existen rocas donde pueda tallarse la tradición, donde a través de largos siglos las olas han rodado sin decir ni recibir palabra, como las estrellas centelleantes sobre las fuentes ignoradas del Níger, también aquí la vida acaba mirando al sol con fe! Pero apenas ha expirado, la muerte hace girar el cadáver y lo vuelve hacia otro lado...

»Oh tú, oscura mitad de la naturaleza, que te has construido con huesos sumergidos un trono en algún lugar de estos mares estériles... ¡Eres una infiel, oh Reina!, y me hablas con demasiada sinceridad en medio del tifón arrollador y durante el silencioso funeral que lo sigue. Esta ballena no ha vuelto al sol su cabeza agonizante ni ha girado una vez más sobre sí misma sin dejarme una lección.

»¡Oh, poderosos flancos, tres veces cercados y soldados! ¡Oh, chorro alto e irisado! ¡Uno se esfuerza, otra arroja su chorro, pero todo es en vano! ¡En vano, oh, ballena que pides ayuda al sol vivificante! El sol hace surgir la vida, pero no la devuelve. Sin embargo tú, oscura mitad, me acunas con una fe más altiva, aunque más oscura. Todas tus indecibles mezclas flotan a mi alrededor y me sostiene el hálito de seres que vivieron en otros tiempos, exhalados como el aire y disueltos en el agua...

»Salud, pues, salud para siempre, oh mar, en cuyas eternas conmociones encuentra reposo el pájaro silvestre. He nacido en la tierra, pero el mar me ha alimentado. Si las colinas y los valles fueron mis madres, las olas son mis hermanas de leche.

CXVII. LA GUARDIA

Las cuatro ballenas muertas esa tarde estaban en lugares muy distantes: una a barlovento; otra más cerca; la tercera a proa; la cuarta a popa. Estas tres últimas fueron amarradas antes de la noche; pero la que estaba a barlovento no podría recobrarse hasta la mañana y la embarcación que la había matado permaneció junto a ella la noche entera. Era el bote de Ahab.

El asta con la banderola de reconocimiento fue insertada en el espiráculo del cadáver, y el farol que pendía en la punta proyectaba una luz trémula e inquieta sobre el lomo negro y brillante, sobre las olas nocturnas que golpeaban suavemente el enorme flanco del monstruo, como la blanda espuma sobre una playa.

Ahab y toda la tripulación del bote parecían dormidos, salvo el parsi que, acurrucado en la proa, observaba con fijeza a los tiburones que se movían espectrales en torno a la ballena y palmeaban con las colas los delgados tablones de cedro. Un sonido semejante al gemido de los fantasmas malditos de Gomorra estremeció el aire.

Arrancado de su sueño, Ahab descubrió al parsi ante sí: rodeados por las tinieblas de la noche, ambos parecían los últimos hombres en un mundo sumergido.

—He vuelto a soñar con él... —dijo.

—¿Con el coche fúnebre? ¿No te he dicho ya, viejo, que no tendrás coche fúnebre ni ataúd?

—¿Y quién tiene coche fúnebre, entre los que mueren en el mar?

—Pero también te he dicho, viejo, que antes de que puedas morir en este viaje, deberás ver en el mar dos coches fúnebres: el primero, no construido por manos mortales; el otro, hecho de madera visible, crecida en América.

—¡Sí, sí! Extraño espectáculo ése, parsi: un coche fúnebre con penachos ondulantes sobre el océano, y las olas oficiando como portadoras del paño mortuario. ¡Ah, no hemos de ver muy pronto semejante espectáculo!

—Créaslo o no, no podrás morir mientras no lo veas, viejo.

—¿Y qué dijiste de ti mismo?

—Cualquiera sea el fin, me iré antes que tú y seré tu piloto.

—¿Y cuando te hayas ido antes que yo, si es que tal cosa ocurre, entonces deberás aparecer nuevamente ante mí para que te siga y puedas guiarme? ¿No era así? Bien, si he de creer todo lo que dices, oh piloto mío, tengo dos razones para pensar que mataré a Moby Dick y la sobreviviré.

—Hay una tercera razón, viejo —dijo el parsi mientras los ojos se le encendían como luciérnagas en la noche—. Sólo la cuerda puede matarte.

—La horca, quieres decir. Soy inmortal, pues, en la tierra y en el mar —exclamó Ahab con una risa de burla—. ¡Inmortal en la tierra y en el mar!

Los dos enmudecieron, como un solo hombre. El alba gris surgió y los dos hombres se levantaron del fondo de la embarcación. Antes del mediodía, el cadáver de la ballena estaba arrimado a la nave.

CXVIII. EL CUADRANTE

Por fin se acercaba la temporada de caza en el Ecuador; todos los días, cuando Ahab alzaba los ojos al salir de la cabina, el timonel vigilante asía la barra y los marineros ansiosos corrían veloces hacia las vergas y allí se detenían, con los ojos fijos en el doblón clavado, esperando con impaciencia la orden de poner proa hacia el Ecuador. La orden llegó en su momento. Era casi el mediodía y Ahab, sentado en la proa de su bote izado, hacía su observación cotidiana del sol para determinar la latitud.

En ese mar del Japón, los días estivales son como inundaciones de luz. El sol japonés, inmóvil e intenso, parece el foco llameante del infinito espejo ustorio del océano cristalino. El cielo es como de esmalte, sin nubes; el horizonte ondula y esa desnudez radiante es como el esplendor insoportable del trono de Dios. Por fortuna para Ahab, su cuadrante tenía vidrios coloreados, a través de los cuales podía enfocar ese fuego solar. Meciéndose con las oscilaciones de la nave, el capitán permaneció sentado, con su instrumento de astrólogo ante el ojo, aguardando el instante en que el sol entrara exactamente en el meridiano. Mientras concentraba de ese modo su atención, el parsi, arrodillado en la cubierta y con la cara vuelta hacia el cielo, como la de Ahab, observaba el mismo sol; sólo que sus párpados velaban a medias sus pupilas y su rostro salvaje había adquirido una impavidez total. Conseguida la observación deseada, Ahab calculó con el lápiz la latitud de ese instante preciso sobre su pierna de marfil. Después, abandonándose a la ensoñación de un minuto, miró nuevamente el sol y murmuró para sí: «¡Oh, signo del mar! ¡Alto y poderoso piloto! Me dices con exactitud dónde estoy; pero ¿podrás darme el más leve indicio de dónde estaré? ¿Puedes decirme dónde vive, en este momento, otro ser? ¿Dónde está Moby Dick? En este mismo instante debes verla. Mis ojos se fijan en el ojo que ahora la observa; sí, en el ojo que ahora observa los objetos de esa otra parte tuya que es desconocida, oh sol».

Después, mirando su cuadrante y moviendo uno tras otro sus muchos mecanismos cabalísticos, volvió a meditar y murmuró: «¡Necio juguete! ¡Sonajero de almirantes, comodores y capitanes, el mundo se jacta de ti, de tu sagacidad y tu poder! Pero qué

puedes hacer tú, después de todo, sino revelar el pobre, mísero punto donde tú y la mano que te rige se encuentran en este vasto planeta... No puedes decir dónde estará mañana, a mediodía, una gota de agua o un grano de arena: y sin embargo, en tu impotencia insultas al sol. ¡Ah, ciencia! Maldito seas, inútil juguete, y malditas sean todas las cosas que vuelven los ojos del hombre hacia ese cielo cuyo resplandor sólo puede quemarlos, como a estos viejos ojos míos, ardidos por tu luz, oh sol. La naturaleza ha puesto los ojos del hombre al nivel del horizonte, y no en la punta de la cabeza, como si Dios los hubiese creado para mirar el cielo. ¡Maldito cuadrante!», agregó, arrojándolo a la cubierta. «Ya no te usaré para guiarme en mi camino terrenal; la brújula y la estima de la corredera me conducirán en adelante y me indicarán mi posición en el mar».

Saltó del bote a la cubierta y gritó:

—Así te pisoteo, vil objeto, que en tu flaqueza miras hacia lo alto; así te rompo y te destruyo.

Mientras el viejo frenético hablaba de ese modo, pisoteando con su pie vivo y su pie muerto, un rictus de triunfo que parecía destinado a Ahab y una resignada desesperación por sí mismo pasaron por el rostro del parsi, mudo e inmóvil. Sin que el capitán lo viera, se levantó y desapareció, mientras espantados por el aspecto de Ahab, los marineros se retiraban hacia el alcázar. Al fin el capitán, recorriendo la cubierta lleno de agitación, aulló:

—¡A las vergas! ¡Barra al viento! ¡Bracear en cuadro!

En un instante giraron las vergas y mientras la nave daba la vuelta casi de golpe, los tres sólidos mástiles, llenos de gracia, bien aplomados sobre el casco largo y ceñido de costillas, parecían los tres Horacios que hacían una pirueta sobre el mismo caballo.

De pie entre los guindastes, Starbuck observaba la marcha tumultuosa del *Pequod* y también la de Ahab, que andaba tropezando por la cubierta.

—Me he sentado frente a la densa llama del carbón y la he visto resplandecer hasta extinguirse, hasta convertirse en mudo polvo. ¡Viejo de los océanos! De toda esta salvaje vida tuya, ¿qué quedará al fin, sino un montoncito de cenizas?

—Sí —exclamó Stubb—, pero cenizas de carbón marino, señor Starbuck, téngalo usted bien presente... no del carbón de leña corriente. Y bien, he oído a Ahab murmurar: «Hay alguien aquí que me pone estos naipes en la mano y jura que debo ser yo, y no otro, quien los juegue». Que el diablo me lleve, Ahab, si no haces bien. ¡Vive en el juego, y muere en él!

CXIX. LOS CIRIOS

Los climas más cálidos sólo alimentan los colmillos más crueles: el tigre de Bengala se agazapa en los bosquecillos perfumados, eternamente verdes. Los cielos más brillantes contienen los truenos más mortales: la abundosa Cuba conoce ciclones que nunca barrieron las apacibles tierras del norte. Así es frecuente que en estos mares luminosos japoneses el marinero encuentre la más terrible tempestad, el tifón. A veces estalla desde el cielo sin nubes, como la explosión de una bomba en una ciudad dormida.

Hacia el atardecer de ese día, el *Pequod* quedó sin velamen, y con los palos desnudos, a merced de un tifón que lo había atacado directamente de proa. Cuando llegó la oscuridad, cielo y mar rugieron y estallaron en el trueno y se encendieron con relámpagos que mostraban los mástiles desmantelados, con algunos harapos que ondulaban aquí y allá, reservados por la primera furia de la tempestad para su ulterior solaz.

Starbuck estaba en el alcázar, aferrado a una jarcia; a cada relámpago echaba una mirada hacia arriba, para comprobar qué otro desastre había ocurrido al complicado aparejo; mientras tanto, Stubb y Flask daban órdenes a la tripulación para que izaran más los botes y los aseguraran con mayor firmeza. Pero todos sus esfuerzos parecían inútiles. Aunque izado hasta el tope de las grúas, el bote de barlovento (el de Ahab) no se salvó. Una ola inmensa, que se precipitó desde muy alto contra el flanco del bote, le desfondó la popa y lo dejó chorreando agua como un colador.

—¡Mala faena, mala faena, señor Starbuck! —dijo Stubb, mirando la ruina—. Pero el mar hace lo que se le antoja. Stubb no puede luchar contra él. Ya lo sabe, señor Starbuck, una ola toma mucho impulso antes de caer, da la vuelta al mundo y después salta. Y yo no puedo tomar más impulso que el que me permite el largo de la cubierta. Pero no importa. Hay que reírse de todo, como dice la canción...

*¡Oh! Alegre es la borrasca
y el cachalote es un bufón
cuando mueve la cola.
¡Oh, qué buena pieza es este océano!*

*Si la nube se escapa
es él que agita la espuma
del vaso de cerveza.
¡Oh, qué buena pieza es este océano!*

*El trueno hiende la nave
pero él chasquea los labios
al probar la cerveza.
¡Oh, qué buena pieza es este océano!*

—¡Acaba de una vez, Stubb! —gritó Starbuck—. Que el tifón cante y toque el arpa en el cordaje; pero tú, si eres valiente, quédate tranquilo.

—Pero yo no soy valiente, nunca he dicho que fuera valiente; soy un cobarde, y canto para levantarme el ánimo. Y le diré, señor Starbuck, que en este mundo no hay otro modo de hacerme callar que cortarme el pescuezo. Y cuando me lo hayan cortado, le apuesto diez contra una que le cantaré el *Gloria* para terminar.

—¡Imbécil! Mira con mis ojos, si los tuyos no te sirven.

—¡Cómo! ¿Es que alguien, en una noche oscura, puede ver mejor que otro, por imbécil que sea?

—¡Mira! —gritó Starbuck asiendo a Stubb por el hombro y volviéndolo hacia la proa, a barlovento—. ¿No ves que la borrasca viene desde el este, precisamente en la dirección que Ahab debe tomar para ir en busca de Moby Dick? ¿No ves que esa es la ruta que hoy ha tomado, a mediodía? Y ahora mira su bote: ¿dónde está la falla? En la popa, hombre, allí donde él pasa largos ratos... ¡Su punto de apoyo se ha desfondado, hombre! Y ahora puedes saltar al mar y seguir cantando, si tienes ganas.

—No entiendo nada... ¿Qué demonios es lo que pasa?

—Sí, el Cabo de Buena Esperanza es el camino más corto a Nantucket —dijo súbitamente Starbuck para sí, ignorando la pregunta de Stubb—. Podemos cambiar esta borrasca que nos desfondará a golpes en un viento favorable que nos llevará de regreso. Allá, a barlovento, está toda la oscuridad del infierno; pero a sotavento, hacia el lado de la patria, empieza la luz: y no son relámpagos.

En ese instante, en uno de los intervalos de profunda oscuridad, se oyó una voz a su lado. Y casi al mismo tiempo retumbó en lo alto una salva de truenos.

—¿Quién está ahí?

—¡El viejo trueno! —dijo Ahab, que iba a tientas en busca de su perno a lo largo de las amuradas.

Pero de pronto, lanzas de fuego zigzagueantes le iluminaron el camino.

Así como el pararrayos puesto sobre un chapitel en tierra firme lleva el peligroso fluido al suelo, la varilla que algunas naves colocan sobre cada mástil tiene la misión de conducir ese fluido al agua. Pero como este medio conductor debe bajar hasta

determinada profundidad para evitar todo contacto con la quilla —y como, por otra parte, si lo llevaran siempre a remolque podría provocar muchos accidentes sin contar que correría el peligro de enredarse con el cordaje y dificultar el avance de la nave—, las partes inferiores de los pararrayos de una nave no siempre están en el mar: en general, las forman largos eslabones delgados que pueden unirse fácilmente a las cadenas exteriores o arrojarlas al mar, según lo requiera la ocasión.

—¡Los pararrayos! ¡Los pararrayos! —gritó Starbuck a la tripulación, alarmado por el vívido fulgor que en ese momento había iluminado el camino de Ahab—. ¿Están en el agua? Arrójenlos a popa y a proa. ¡Rápido!

—¡Un momento! —gritó Ahab—. Aquí hay que hacer juego limpio, aunque seamos los más débiles. Yo sería el primero en ayudar a poner pararrayos sobre el Himalaya y los Andes para que todo el mundo estuviera seguro. Pero ¡acabemos con los privilegios! Que se queden donde están, Starbuck.

—¡Mira allá! —gritó Starbuck—. ¡Los fuegos de Santelmo! ¡Los fuegos de Santelmo!

Todos los penoles estaban aureolados por un fulgor pálido, y los mástiles, coronados en cada una de las tres puntas de los pararrayos por tres llamas blancas y afiladas, ardían silenciosamente en el aire sulfúreo como tres cirios gigantescos.

—¡Maldito bote! ¡Que el diablo se lo lleve! —gritó en ese momento Stubb.

Una ola violenta acababa de levantar su bote y la borda le había apretado la mano mientras él intentaba sujetarla con un cable.

—¡Maldito sea!

Pero deslizándose hacia atrás en la cubierta, alzó los ojos y vio las llamas. Cambiando enseguida de tono, exclamó:

—¡Que los fuegos de Santelmo tengan piedad de nosotros!

Para los marineros, las maldiciones son palabras corrientes; maldicen en el encanto de la bonanza o en las fauces de la tempestad, maldicen los penoles de la gavia cuando se agitan sobre un mar embravecido, pero en mis viajes muy pocas veces he oído una palabrota cuando el dedo ardiente de Dios se ha posado sobre la nave, cuando Su «*Mene, Mene, Tekel Upharsin*» puede leerse en las jarcias y el cordaje.

Mientras esas llamas lívidas ardían en lo alto, pocas palabras se oían entre la tripulación hechizada, reunida en denso grupo en el alcázar.

Los ojos de los hombres centelleaban en esa azul fosforescencia, como una lejana constelación de estrellas. Recortado contra la luz espectral, Dagoo, el gigantesco negro de azabache, parecía tener tres veces su estatura real, como si hubiese sido la nube de la cual había partido el trueno. La boca abierta de Tashtego exhibía los dientes blancos, como de tiburón, que brillaban extrañamente, como si también ellos hubiesen tenido llamas en las puntas, mientras los tatuajes de Queequeg ardían sobre su piel como satánicas llamas azules.

Al fin el cuadro se desvaneció al mismo tiempo que la palidez en lo alto; el *Pequod* y cada hombre en la cubierta quedaron otra vez envueltos en un sudario. Pasó un instante; de pronto Starbuck, al adelantarse, tropezó con alguien. Era Stubb.

—¿Qué piensas ahora, hombre? He oído ese grito: no era el mismo de la canción...

—No, no era el mismo. He dicho que los fuegos tengan misericordia de nosotros, y espero que la tendrán. ¿Pero tendrán misericordia de las caras largas? ¿Y no tendrán tripas para reírse? Mire, señor Starbuck... pero está demasiado oscuro para mirar. Oiga, entonces: creo que esas llamas que arden en la punta de los mástiles son una señal de buena suerte; porque los mástiles tienen sus raíces en una bodega que pronto estará llena de esperma, ¿me entiende? Y todo ese esperma entrará en los mástiles como la savia en una planta. Sí, y nuestros mástiles terminarán por ser tres cirios de esperma, éste es el buen anuncio que hemos visto.

En ese instante Starbuck vio la cara de Stubb, que empezaba a iluminarse lentamente. Alzó los ojos y exclamó:

—¡Mira, mira!

Las altas llamas afiladas habían vuelto a encenderse, con algo aún más sobrenatural en su palidez.

—¡Que los fuegos de Santelmo tengan piedad de nosotros! —gritó de nuevo Stubb.

Al pie del palo mayor, precisamente bajo el doblón y la llama, el parsi se había arrodillado ante Ahab, pero con la cabeza vuelta hacia otro lado, mientras cerca de ellos, entre los cables con que habían procurado asegurar una verga, varios marineros, inmovilizados por el resplandor, se agruparon y permanecieron suspendidos como un enjambre de avispa entumecidas sobre la rama inclinada de una huerta. En varias actitudes encantadas, como los esqueletos de Herculano, de pie, caminando o corriendo, otros se quedaron clavados en la cubierta. Pero todos los ojos estaban fijos en lo alto.

—¡Sí, sí, marineros! —exclamó Ahab—. ¡Mírenla todos! ¡Obsérvenla bien! ¡La llama blanca nos ilumina el camino hacia la Ballena Blanca! ¡Pásenme las cadenas del palo mayor! ¡Quisiera sentir su pulso contra el mío, la sangre contra el fuego! ¡Así!

Después se volvió, tomó el último eslabón en la mano izquierda, puso el pie sobre el parsi y con la mirada fija en lo alto y el brazo derecho levantado, se irguió ante la elevada trinidad de las llamas:

—¡Oh tú, límpido espíritu de límpida llama, que en otros tiempos adoré, como un persa, en estos mares, y que en el acto sacramental me quemaste de tal modo que aún llevo la cicatriz! Ahora te conozco, límpido espíritu, y sé que para adorarte hay que desafiarte. No te rindes ante el amor ni ante la reverencia, y en cuanto al odio, sólo sabes matar. Y todo lo matas. Ya no hay ningún necio temerario que te enfrente. Reconozco tu poder sin palabra y sin morada, pero hasta el último hálito de ese

terremoto que es mi vida te disputaré el dominio incondicional de mí mismo. En medio de lo impersonal personificado, aquí hay un ser concreto. Aunque sólo sea un punto, a lo sumo, esa personalidad real vive en mí y siente sus prerrogativas dondequiera que yo vaya, cualquiera sea el lugar de donde venga: mientras viva, en suma, en esta tierra. Pero la guerra es dolor y el odio es sufrimiento. Preséntate en tu más humilde forma de amor y me arrodillaré y te besaré; pero en tu forma más alta, preséntate como simple poder superior. Y aunque lances al universo flotas de mundos bien estibados, algo hay en ti que permanece indiferente. Oh, límpido espíritu, me has hecho con tu fuego y como un verdadero hijo del fuego, te lo devuelvo en mi hálito.

(Súbitos, reiterados relámpagos; las nueve llamas triplican su altura anterior. Ahab, como todos los demás, cierra los ojos, tapándoselos con la mano derecha).

«Reconozco tu poder sin palabras y sin morada, ¿no lo he dicho así? Esa confesión no me ha sido arrancada; no soltaré ahora estos eslabones. Tú puedes enceguecer, pero yo puedo andar a tientas. Tú puedes consumir, pero yo puedo convertirme en cenizas. Recibe el homenaje de estos pobres ojos y de las manos que los cubren. El relámpago me atraviesa el cráneo, me duelen las pupilas, todo mi cerebro destruido parece haberse desprendido y rodar por un suelo que lo embota. ¡Oh, oh! Aunque enceguecido, seguiré hablando contigo. Aunque seas luz, sales de las tinieblas; pero yo soy tiniebla que sale de la luz, que sale de ti. Cesan las jabalinas de fuego; ábranse los ojos: ¿veo o no? ¡Sí, allí arden las llamas! ¡Oh tú, magnánimo! Ahora me glorifico de mi ascendencia. Pero tú eres sólo mi padre tremendo; no conozco a mi buena madre. Cruel, ¿qué has hecho de ella? Éste es mi enigma; pero el tuyo es más grande. No sabes cómo naciste y por eso te llamas “increado”; tampoco conoces tu principio, y por eso te llamas “sin principio”. Yo sé de mí lo que tú ignoras de ti, omnipotente. Más allá de ti, oh límpido espíritu, hay algo inextenso, frente a lo cual la eternidad misma sólo es tiempo y toda tu creatividad es mecánica. A través de ti, a través de tu ser llameante, mis ojos ardidos lo ven confusamente. ¡Ah, fuego expósito, ermita inmemorial, también tú tienes un enigma incommunicable, un dolor no compartido! Heme aquí, descifrando nuevamente a mi padre con altivo sufrimiento. ¡Salta, salta y lame el cielo! Yo salto contigo, ardo contigo y quisiera fundirme contigo: ¡desafiándote, te adoro!».

—¡El bote, el bote! —gritó Starbuck—. ¡Mira tu bote, viejo!

El arpón de Ahab, el que había sido forjado en la fragua de Perth, permanecía sólidamente amarrado en su vistosa cruz de modo tal que sobresalía desde la proa del bote, pero la ola que había desfondado el bote había arrancado la vaina de cuero, y de la filosa punta del acero salía ahora una llama horizontal, pálida y bifurcada. Y mientras el arpón silencioso ardía allí como la lengua de una serpiente, Starbuck aferró a Ahab por el brazo:

—¡Dios, Dios está en contra de ti, viejo! ¡Renuncia! ¡Este es el viaje del mal! ¡Ha empezado mal, ha seguido mal! Deja que oriente los penoles, viejo, mientras podamos, y que aproveche un viento favorable que nos lleve a la patria, en un viaje mejor que éste.

Al oír a Starbuck, la tripulación aterrorizada corrió inmediatamente a las brazas, aunque arriba no quedaba siquiera una vela. Por un instante, todos los pensamientos del oficial espantado parecieron los de sus hombres; un grito casi de amotinamiento se elevó de entre ellos. Pero Ahab dejó caer en la cubierta los eslabones tintineantes del pararrayos, asió el arpón ardiente y lo blandió como una antorcha en medio de los marineros, jurando que atravesaría al primero que tocara la punta de una cuerda. Petrificados por su aspecto y huyendo del terrible acero que blandía, los marineros retrocedieron llenos de pánico. Ahab volvió a hablar:

—Todos han jurado dar caza a la Ballena Blanca; todos están ligados, como yo. Yo estoy ligado con el corazón, el alma y el cuerpo, los pulmones y la vida. Y para que sepan a qué ritmo me late el corazón, miren esto: ¡así disipo el último temor!

Y apagó la llama de un soplo.

Así como durante el huracán que barre la llanura la gente huye de un olmo solitario y gigantesco, cuya fuerza misma lo hace tanto más peligroso, porque ofrece mejor blanco a los rayos, al oír esas últimas palabras de Ahab muchos hombres huyeron enloquecidos de terror.

CXX. LA CUBIERTA HACIA EL FIN DE LA PRIMERA GUARDIA NOCTURNA

(Ahab de pie junto al timón; Starbuck se le acerca).

—Debemos bajar el penol de gavia, señor. La banda está suelta y la guindaleza de sotavento está medio rota. ¿La recojo, señor?

—No recojas nada; asegúrala. Si tuviera sobrejuanetes los subiría, ahora.

—¡Señor, en nombre de Dios, señor!

—¿Qué pasa?

—Las anclas ceden, señor. ¿Ordeno que las suban?

—No subas nada; asegúralo todo. El viento se levanta, pero aún no ha llegado a mis altiplanos. Rápido, haz lo que te he dicho. ¡Por mil mástiles y mil quillas! ¿Me has tomado por el patrón jorobado de algún lanchón costero? ¡Bajar el penol de gavia! ¡Demonios! El mástil más alto está hecho para los vientos más terribles, y este mástil que es mi cabeza anda ahora entre la espuma de las nubes. ¿Acaso he de agacharla? ¡Oh, sólo los cobardes agachan la cabeza en las tempestades! ¡Qué estrépito allá arriba! Me parecería sublime, si los cólicos no fueran una enfermedad ruidosa. ¡Oh, que tomen una purga allá, en lo alto!

CXXI. MEDIANOCHE. LAS AMURADAS DEL CASTILLO DE PROA

(Stubb y Flask, a horcajadas sobre las amuradas, pasan amarras adicionales a las anclas).

—No, Stubb, puedes apretar ese nudo cuanto quieras, pero nunca podrás hacerme entrar en la cabeza lo que has dicho. ¿No me has dicho una vez que cualquier nave en que viajara Ahab debería pagar un suplemento sobre su póliza de seguro, como si llevara en la popa un cargamento de barriles de pólvora y cajas de fósforos en la proa? ¿Eh, no has dicho eso?

—¿Y qué, si lo he dicho? He cambiado parte del pellejo desde entonces. ¿Por qué no puedo cambiar de opinión? Además, suponiendo que lleváramos esa carga de barriles de pólvora y fósforos, ¿cómo diablos podrían encenderse los fósforos con esa inundación de espuma? Ni siquiera podrías encenderte tú, hombrecito, aunque tienes el pelo rojo. Sacúdete un poco, eres Aquarius, el aguador, Flask: podrías llenar baldes con el agua que te empapa la chaqueta. ¿No sabes que para estos riesgos extraordinarios las compañías de seguro marítimo tienen garantías extraordinarias? Aquí están las bocas de agua, Flask. Pero escucha, y te responderé a la otra pregunta. Y antes quita la pierna de la corona del ancla, para que pueda pasar el cable; ahora presta atención. ¿Cuál es la gran diferencia entre sostener la cadena del pararrayos de un mástil en medio de la tempestad, y estar cerca de un mástil que no tenga pararrayos? ¿No comprendes, cabeza de calabaza, que nada de malo puede pasarle a quien tiene la cadena, a menos que el mástil sea herido por el rayo? ¿De qué hablas, entonces? No hay una sola nave entre cien que lleve pararrayos, de modo que Ahab, sí, hombre, y todos nosotros no corremos más peligro, en mi humilde opinión, que todas las tripulaciones de las diez mil naves que ahora surcan los mares. Pero tú, Pendolón, supongo que querrías que todo el mundo anduviera con un pequeño pararrayos plantado en el sombrero, como la pluma de un oficial del ejército, y con el hilo colgando atrás como un tahalí. ¿Por qué no eres razonable, Flask? Es fácil ser razonable: ¿por qué no lo eres, entonces? Cualquier hombre con sólo la mitad de un ojo puede ser razonable.

—No lo sé, Stubb. A veces es muy difícil...

—Claro, cuando uno está todo empapado es difícil ser razonable, eso es innegable. Y yo estoy calado hasta los huesos. Pero no importa; toma ese codo, allí, y pásamelo. Estamos asegurando estas anclas como si no fuéramos a usarlas nunca más. Atar aquí estas dos anclas, Flask, es como atarle a un hombre las manos tras la espalda. ¡Y vaya si éstas no son unas grandes manos generosas! ¡Son nuestros puños de hierro!, ¿no es cierto? ¡Con qué fuerza se agarran! Me pregunto si el mundo no estará anclado en alguna parte, Flask: si lo está, deberá tener un cable bien largo... Anda, aprieta ese nudo y acabemos. Así. Después de tocar tierra, bajar a cubierta es la cosa más agradable. Hazme el favor de retorcerme los faldones de la chaqueta. Gracias. La gente se ríe de la ropa larga, pero durante las tempestades en el mar siempre debería llevarse un abrigo de cola. Como las colas terminan en punta, sirven para desagotar el agua. Lo mismo ocurre con los sombreros de tres picos: los picos sirven de canalones, Flask. Basta de chaquetas e impermeables para mí: quiero ponerme un frac y un sombrero de copa; eso es... ¡Oh, pobre de mí! ¡Allá vuela mi sombrero encerado! ¡Dios, Dios, por qué serán tan maleducados los vientos que llegan del cielo! Mala noche ésta, muchacho.

CXXII. MEDIANOCHE. ARRIBA, TRUENOS Y RELÁMPAGOS

(El penol de gavia. Tashtego le pasa en torno nuevas amarras).

¡Hum, hum, hum!... ¡Basta de truenos! Hay demasiados truenos, aquí arriba. ¿Para qué sirven los truenos? Hum, hum, hum... No queremos truenos; queremos ron: que nos den un vaso de ron. Hum, hum, hum...

CXXIII. EL MOSQUETE

Durante los embates más violentos del tifón, el hombre que manejaba la barra de marfil del *Pequod* había sido arrojado varias veces a la cubierta por las espasmódicas sacudidas de esa barra: la habían asegurado con cuerdas, pero no muy tirantes, porque la barra debe tener cierto juego.

En una tremenda tempestad como aquélla, cuando la nave no es más que un aspa impulsada por el viento, no es raro que de pronto las agujas de las brújulas empiecen a girar sin cesar. Eso ocurrió con la brújula del *Pequod* a cada embate, el timonel no dejaba de observar la vertiginosa velocidad con que giraban sobre el cuadrante: es un espectáculo que nadie puede contemplar sin sentir una conmoción extraordinaria. Pocas horas después de medianoche, el tifón cedió tanto que gracias a los enérgicos esfuerzos de Starbuck y Stubb —el uno a proa, el otro a popa— fue posible quitar los restos destrozados del foque, la gavia y el trinquete. Los pedazos de lona volaron remolineando a sotavento, como las plumas de un albatros arrebatadas por el viento cuando el pájaro vuela en medio de una tempestad.

Las tres velas nuevas fueron plegadas e izadas, y en popa se instaló una vela suplementaria, de manera que la nave pronto volvió a ponerse en camino con cierta precisión y el timonel recibió la orden habitual de mantener el rumbo hacia el este-sudeste. Durante el furor de la tempestad, el pobre timonel no había gobernado sino obedeciendo al capricho de las circunstancias. Pero ahora, mientras mantenía el rumbo con toda la exactitud posible, observando la brújula, de repente, ¡buen signo!, el viento pareció cambiar y soplar desde popa. ¡Sí, la brisa contraria se volvía favorable!

Al instante se bracearon los penoles al ritmo de la vivaz canción: *¡Ho, el viento favorable! ¡Ho-ye-ho, con fuerza, marineros!* La tripulación cantaba de alegría ante un hecho tan promisorio, que desmentía tan pronto los malos presagios anteriores.

Para obedecer la orden permanente del capitán —a quien debía informarse de inmediato, en cualquiera de las veinticuatro horas, todo cambio importante ocurrido en cubierta—, no bien orientó los penoles hacia la brisa, Starbuck, aunque de mal grado y con expresión ceñuda, bajó maquinalmente a dar cuenta a Ahab.

Antes de llamar a la puerta se detuvo un instante, sin proponérselo. La lámpara de la cabina, oscilando a uno y otro lado, ardía caprichosa, proyectando sombras igualmente caprichosas ante la puerta cerrada: una tabla delgada, con celosías fijas en lugar de paneles superiores. El aislamiento subterráneo de la cabina hacía que en ella reinara una especie de silencio zumbante, aunque más allá rugieran los elementos. En el armero, los mosquetes cargados brillaban contra la mampara anterior. Starbuck era un hombre honrado, de una sola pieza, pero cuando vio los mosquetes, en su corazón nació un extraño pensamiento perverso, aunque tan mezclado con otros neutrales o buenos que él mismo casi no lo advirtió.

—Estuvo a punto de matarme —murmuró—; sí, este es el mosquete con que me apuntó: ése con la culata tachonada. Quiero tocarlo, sostenerlo. Es raro que yo, después de manejar tantas lanzas mortales, tiemble de este modo ahora. ¿Está cargado? Quiero verlo. Sí, y con pólvora en la cazoleta. No debería... ¿La tiraré? Un momento. Quiero curarme de esto. Sostendré con coraje el mosquete, pensando... Vengo a decirle que hay viento favorable. Pero ¿cómo, favorable? Favorable a la muerte y al infierno, favorable a Moby Dick. Es un viento que sólo es favorable para ese maldito monstruo... ¡Este es el mismísimo caño con que me apuntó! Éste, precisamente éste... Ha estado a punto de matarme con el arma que ahora tengo en las manos. Sí, habría estado dispuesto a matar a toda la tripulación. ¿Acaso no ha dicho que no apocará las velas en ninguna tempestad? ¿Y no ha arrojado su cuadrante? Y en estos mares peligrosos, ¿no busca a tientas su camino, sin más ayuda que su engañosa corredera? Y durante el tifón, ¿no ha jurado que no necesitaba pararrayos? ¿Habrá que aguantar pacientemente que este viejo insensato arrastre al desastre a toda la tripulación de una nave...? En verdad, si a esta nave le ocurriera una desgracia mortal, Ahab sería el obstinado asesino de treinta o más hombres. Y la desgracia ocurrirá, el alma me lo jura, si Ahab se sale con la suya. De modo que si en este instante lo... recluyéramos, no cometeríamos ningún delito. ¡Ah, murmura en sueños! Sí, está allí, precisamente allí, durmiendo... ¿Durmiendo? Sí, pero siempre vivo y pronto a despertarse. Cuando estás despierto no puedo soportarte, viejo. No oyes razones, ni protestas, ni súplicas; todo lo desdeñas. Lo único que admites es una estricta obediencia a tus órdenes perentorias. ¡Y después dices que los marineros han dado su palabra! ¡Dices que ya todos somos Ahab! ¡Dios no lo quiera! Pero ¿no habrá otro medio? ¿Un medio legal? ¿No podemos hacer de él un prisionero para llevarlo de regreso? Pero cómo... Sólo un loco se atrevería a arrancar la fuerza vital de este viejo de sus manos vivas. Aunque lo maniataran, aunque lo envolvieran en cables y estachas, aunque lo clavarán al piso de esta cabina, será más terrible que un tigre prisionero. No podría soportar su vista, no podría huir de sus aullidos: la paz, el sueño mismo y la inapreciable razón me abandonarían durante el largo, intolerable viaje. ¿Qué queda por hacer, entonces? La tierra está a centenares de leguas y el Japón inaccesible es la

costa más cercana. Estoy aquí solo, sobre un mar abierto, con dos océanos y todo un continente entre mí y la ley. Así es. ¿El cielo es un asesino cuando el rayo cae sobre un probable asesino que duerme en su cama, convirtiendo en cenizas la piel y las sábanas? ¿Sería yo un asesino si...?

Lentamente, furtivamente, mirando en torno a sí, apoyó la culata del mosquete cargado contra la puerta.

—A esta altura, ahí dentro, se mece la hamaca de Ahab. Aquí está la cabeza. Una presión, y Starbuck volvería a abrazar a su mujer y a su hijo. ¡Oh, María, María! ¡Ah, hijo mío, hijo, hijo!... Pero si te despierto para no matarte, viejo, ¿quién podrá decir en qué abismos sin fondo se hundirá el cuerpo de Starbuck, junto con toda la tripulación, antes de que termine la semana? ¿Dónde estás, Gran Dios? ¿Debo hacerlo? ¿Debo? El viento ha amainado y ha cambiado de dirección, señor; hemos arrizado la gavia y el trinquete, y la nave sigue su ruta.

—¡Atrás todos! ¡Ah, Moby Dick, al fin tengo tu corazón!

Éstas fueron las palabras que salieron con violencia del sueño atormentado del viejo, como si la voz de Starbuck hubiese otorgado el don del habla a un sueño mudo.

El mosquete tembló contra la puerta como el brazo de un borracho; Starbuck pareció luchar contra un ángel. Pero se volvió y puso de nuevo el caño mortal en el armero. Después se fue.

—Tiene un sueño demasiado profundo, señor Stubb: ve a despertarlo y díselo. Tengo que vigilar en cubierta. Tú sabes qué debes decirle.

CXXIV. LA AGUJA

A la mañana siguiente el mar, todavía agitado, hacía rodar lentas olas de tamaño prodigioso y precipitándose en la estela burbujeante del *Pequod*, parecía empujarlo con manos de gigantes. La brisa fuerte y sostenida era tal que cielo y aire semejaban velas henchidas: el mundo entero avanzaba con el viento. Envuelto en la plena luz matinal, el sol invisible era sólo una intensidad en el cielo, desde la cual sus rayos caían en haces, como bayonetas. Todo estaba coronado por diademas, como los reyes y reinas de Babilonia. El mar era un crisol de oro fundido que hervía irradiando luz y calor.

Ahab se mantenía apartado, sumido en un silencio hechizado. Y cada vez que la nave oscilante hundía el bauprés, el capitán se volvía para mirar los rayos del sol reflejados en el mar. Cuando la nave hundía la popa, se volvía hacia atrás para ver a sus espaldas los mismos rayos amarillos que se confundían con la estela inflexible.

—¡Ah, ah, nave mía!... ¡Eres como el carro marino del sol! ¡Oh, vosotros, todos los pueblos que vivís ante mi proa, os llevo el sol! ¡Uncid esas olas! ¡Con este tiro poderoso conduzco el océano!

Pero un nuevo pensamiento lo volvió a la realidad: corrió hacia la barra y preguntó secamente cuál era el rumbo.

—Este-sudeste, señor —respondió el timonel, aterrado.

—¡Mientes! —gritó Ahab golpeándolo con el puño cerrado—. ¿Rumbo al este, con el sol a popa y a esta hora de la mañana?

Al oírlo, todos los hombres quedaron perplejos: pues el fenómeno observado por Ahab se les había escapado, inexplicablemente. Quizá porque saltaba a los ojos...

Ahab, casi metiendo la cabeza en la bitácora, echó una mirada a las brújulas. Su brazo alzado cayó lentamente y por un instante su cuerpo pareció a punto de desplomarse. Tras él, Starbuck también miró. ¡Cosa extraña! Ambas brújulas indicaban el este y el *Pequod* marchaba indudablemente hacia el oeste.

Pero antes de que la alarma cundiera por la tripulación, el viejo exclamó con una risa seca:

—¡Comprendo! Ha ocurrido otras veces, señor Starbuck. El rayo de anoche ha invertido las brújulas: eso es todo. Supongo que ya sabría usted que estas cosas son frecuentes...

—Sí, pero nunca me habían ocurrido a mí —dijo el pálido oficial, con aire sombrío.

Aquí es preciso decir que incidentes como éste han sucedido más de una vez a las naves durante las tempestades violentas. La energía magnética de la aguja marina es, como todos saben, esencialmente la misma que la electricidad del cielo; no es de asombrarse, pues, que tales cosas ocurran. En algunos casos en que el rayo cayó sobre la nave, destrozando vergas y parte del aparejo, el efecto sobre la aguja fue aún mayor, pues anuló toda su fuerza magnética, de manera que el acero se volvió algo tan inútil como la aguja de tejer de una vieja ama de casa. Pero en ningún caso la aguja recupera por sí sola la virtud perdida. Y cuando las brújulas de bitácora están inutilizadas de ese modo, lo mismo ocurre con todas las demás que hay en la nave, incluso con la más baja, insertada en el fondo de la cala.

De pie ante la bitácora y mirando las agujas invertidas, el viejo calculó con la punta de la mano extendida la posición exacta del sol. Seguro ya de que las agujas estaban invertidas, dio orden de que la nave torciera el rumbo. Una vez más se bracearon los penoles y el *Pequod* dirigió su proa impertérrita contra el viento contrario, ya que el presunto favorable sólo había sido una burla.

Mientras tanto, cualesquiera fuesen sus pensamientos secretos, Starbuck calló. Se limitó a dar serenamente todas las órdenes necesarias, mientras Stubb y Flask, que en cierta medida parecían compartir sus sentimientos, obedecieron también sin murmurar. En cuanto a los marineros, aunque alguno gruñera en voz baja, el miedo que Ahab les inspiraba era mayor que el terror del Destino. Y los arponeros, como siempre, permanecieron indiferentes; si alguna sensación tuvieron, debió de ser tan sólo cierto magnetismo transmitido a sus corazones afines por el inflexible corazón de Ahab.

Durante algún tiempo el viejo recorrió la cubierta, sumido en una agitada ensoñación. Pero al resbalar sobre el talón de marfil advirtió los tubos de cobre aplastados del cuadrante que había arrojado el día anterior.

—¡Oh, mísero y soberbio observador del cielo y piloto del sol! Ayer te he destruido; hoy, las brújulas hubiesen querido destruirme a mí... Sí, sí... Pero Ahab aún conserva su dominio sobre el imán. Señor Starbuck: una lanza sin asta, una maza y la más pequeña de las agujas para coser velas. ¡Pronto!

Al impulso que lo gobernaba se mezclaban, quizá, otros móviles cautelosos, cuyo objeto fuera reanimar la moral de la tripulación mediante un ardid sutil y diestro, aprovechando ese misterio de las agujas invertidas. Por otra parte, el viejo sabía muy bien que navegar con brújulas falseadas —cosa factible, en general— no dejaría de inspirar terrores y sugerir malos augurios a los supersticiosos marineros.

—Hombres —dijo Ahab, volviéndose con firmeza hacia la tripulación, mientras el oficial le llevaba los objetos requeridos—, amigos míos, el rayo ha invertido las agujas del viejo Ahab, pero con este pedazo de acero, Ahab podrá hacerse una aguja que señalará con tanta exactitud como cualquier otra.

La tripulación intercambió avergonzadas miradas de asombro servil, y todos esperaron con rostros fascinados la magia que habrían de presenciar. Pero Starbuck volvió la cabeza.

Ahab hizo caer de un mazazo la punta de la lanza; después dio al oficial el largo bastón de hierro y le ordenó que lo tuviera derecho, sin tocar el puente. Golpeó varias veces con la maza la punta de ese hierro, puso verticalmente en su extremo la aguja embotada y con más delicadeza la martilló varias veces, mientras el oficial sostenía el hierro en la misma posición. Después hizo algunos movimientos extraños con la aguja (imposible decir si eran indispensables para imantar la aguja o tan sólo para aumentar el respetuoso temor de los hombres), pidió hilo de lino, fue hacia la bitácora, arrancó las dos agujas invertidas, suspendió horizontalmente la aguja de coser velas por el medio, sobre una de las dos rosas de los vientos. Al principio, el acero se puso a girar, vibrando y temblando en cada extremo; pero al fin se detuvo en el punto justo. Entonces Ahab, que había esperado ansioso el resultado, se apartó lleno de resolución de la bitácora y señalándola con el brazo extendido exclamó:

—¡Comprueben ustedes mismos si Ahab no domina el imán! ¡El sol está al este! ¡Lo jura esta brújula!

Uno tras otro los hombres fueron a verlo, porque solamente sus ojos podían persuadir a su ignorancia; después se marcharon uno tras otro.

En los ojos encendidos de desprecio y de triunfo vimos entonces todo el fatal orgullo de Ahab.

CXXV. LA CORREDERA Y LA LÍNEA

Hasta ese momento, pocas veces se había empleado la corredera durante el viaje del predestinado *Pequod*. La fe absoluta depositada en otros medios para determinar la posición de la nave hace que algunas naves mercantes y muchas balleneras, sobre todo en crucero, olviden por completo arrojar la corredera, aunque al mismo tiempo, más por pura forma que por otro motivo, anoten regularmente en la pizarra el rumbo de la nave y la velocidad media horaria. Eso mismo había ocurrido con el *Pequod*. La bobina de madera y la barquilla que colgaba de ella pendieron ociosas durante mucho tiempo, justo bajo la barandilla de la amurada de popa, mojadas por la lluvia y la espuma, retorcidas por el sol y el viento: todos los elementos se habían confabulado para estropear un objeto tan inútil. Pero sin advertir nada de eso, Ahab tuvo un capricho cuando miró por casualidad la bobina, no muchas horas después de la escena del imán. Recordando que ya no había cuadrante, pensó en su delirante juramento acerca de la corredera a nivel del hombre y su línea. La nave corría cabeceando; a popa, las olas se superponían tumultuosas.

—¡Eh, a proa! ¡Arrojen la corredera!

Acudieron dos marineros, el tahitiano rubio y el canoso de Man.

—Que uno de ustedes tome la bobina; yo arrojaré la línea.

Fueron hacia popa, del lado de sotavento, donde el puente, por el impulso oblicuo del viento, casi se hundía en el mar lácteo.

El nativo de Man tomó la bobina y, alzándola por los extremos del eje, con la barquilla triangular colgando, la sostuvo así hasta que Ahab se adelantó y empezó a devanar unos treinta o cuarenta giros, para tener en la mano un rollo inicial y arrojarlo al mar. El viejo marinero, que observaba con la misma atención al capitán y a la cuerda, se atrevió a hablar:

—Señor, no me fío de ella; esta línea parece estropeada por el calor y la humedad...

—Servirá, señor mío. ¿Acaso el calor y la humedad te han estropeado a ti? Pareces en pie, todavía. O quizá sea la vida la que te mantiene en pie; no tú, sino ella.

—Yo tengo la bobina, señor. Pero como ordene mi capitán. Con este pelo gris, no vale la pena discutir, sobre todo con un superior que no puede inclinar la cabeza.

—¡Qué es esto! Vaya, aquí tenemos a un profesor en el Colegio de granito de la Reina Naturaleza; pero me parece demasiado servil... ¿De dónde eres?

—De la pequeña isla rocosa de Man, señor.

—¡Magnífico! Has abarcado todo el mundo con eso.

—No lo sé, señor. Pero nací allí.

—En la isla de Man, ¿eh? Bueno, por otro lado no está mal... Un hombre de Man, un hombre nacido en Man, antes independiente y ahora despojado de Man; un hombre absorbido... ¿por qué? ¡Arriba la bobina! Todas las cabezas que averiguan acaban rompiéndose contra la pared muerta y ciega. ¡Arriba! Así.

Arrojaron la corredera. Los rollos libres se extendieron en una larga línea, hacia popa, y la bobina empezó a girar de repente. Levantada y hundida por las olas, la resistencia opuesta a las aguas por la barquilla hizo que el viejo vacilara extrañamente.

—¡Tenla firme!

¡Crac! La línea, demasiado tensa, se relajó en un largo festón; la barquilla, que se resistía, había huido.

—Yo rompo el cuadrante, el rayo invierte las agujas y ahora el mar enloquecido me rompe la línea. Pero Ahab sabe remediarlo todo. Recoge, tahitiano; y tú, hombre de Man, enrolla. Di al carpintero que haga otra barquilla; y tú repara la línea. ¡Vamos!

—Míralo, se va... Para él no ha ocurrido nada, pero yo creo que la broqueta se ha zafado del centro del mundo. Recoge, recoge, tahitiano... Esta línea se desenrolla como un relámpago, pero vuelve hecha pedazos. ¡Hola, Pip! ¿Has venido a ayudarnos, eh, Pip?

—¿Pip? ¿A quién llaman Pip? Pip saltó del bote. Pip no está. Veamos si no lo han pescado pescadores. La línea tira: creo que ha mordido el anzuelo. ¡Déjalo caer, Tahití! ¡Sacúdelo! No queremos cobardes a bordo. ¡Oh! Mira su brazo sucio, que asoma en el agua. ¡Un hacha! ¡Un hacha! Córtenselo; no queremos cobardes a bordo. ¡Capitán Ahab! Señor, señor... Es Pip que quiere subir de nuevo a bordo.

—Silencio, loco del demonio —exclamó el nativo de Man, tomándolo del brazo—. ¡Largo de aquí!

—El idiota más grande siempre reprocha al más pequeño —murmuró Ahab para sí, adelantándose—. ¡Quita las manos de ese hombre santo! ¿Dónde has dicho que está Pip, muchacho?

—¡Allá, señor, a popa, allá! ¡Mire, mire!

—¿Y tú quién eres, muchacho? No veo mi reflejo en tus pupilas vacías. ¡Oh, Señor! ¡Que el alma pueda escaparse así de un hombre, como de un cedazo! ¿Quién eres tú, muchacho?

—¡El campanero, señor; el pregonero de la nave! ¡Ding, dong, dang! ¡Pip, Pip, Pip! Una recompensa de cien libras de tierra a quien encuentre a Pip; estatura, cinco pies... aspecto de cobarde... Se lo reconoce enseguida por eso. ¡Ding, dong, dang! ¿Quién ha visto a Pip, el cobarde?

—No es posible que haya corazones más allá de las nieves... ¡Oh, cielos helados! Mirad hacia abajo. Engendrasteis a este desdichado y lo habéis abandonado, oh vosotros, libertinos de la creación. Ven, muchacho: la cabina de Ahab será en adelante la casa de Pip, mientras Ahab tenga vida. Tocas mi centro más íntimo, muchacho; estás unido a mí con cuerdas hechas con las fibras de mi corazón. Ven, bajemos.

—¡Qué es esto! ¡He aquí una piel de tiburón suave como el terciopelo! —dijo Pip mirando con fijeza la mano de Ahab y palpándola—. ¡Oh, si el pobre Pip hubiera tocado algo tan bueno quizá no se habría perdido! Esta mano, señor, me parece un salvavidas, algo a lo que pueden asirse las almas débiles. ¡Oh señor, que venga el viejo Perth y clave estas dos manos, la negra y la blanca, porque no quiero dejarla!

—Tampoco yo te dejaré, muchacho, a menos que debiera arrastrarte a un horror peor que éste. Pero ven, baja a la cabina. Ah, quienes todavía creen en los dioses, toda bondad, y en el hombre, todo mal, que miren ahora: verán cómo los dioses omniscientes olvidan al hombre que sufre y el hombre, aunque idiota, aunque ignorante de lo que él mismo hace, está colmado de las dulces sensaciones del amor y la gratitud. Ven. ¡Me siento más orgulloso de llevarte de la mano negra que si estrechara la de un emperador!

—Allá van dos cabezas huecas —gruñó el viejo de Man—. Una hueca por la fuerza, la otra por la debilidad. Pero aquí está el extremo podrido de la línea... y chorreando agua, además. ¿Repararla, eh? Creo que lo mejor sería usar una nueva. Se lo diré al señor Stubb.

CXXVI. EL SALVAVIDAS

Dirigiéndose ahora hacia el sur, con ayuda de la aguja nivelada de Ahab, y con su avance determinado tan sólo por la barquilla y la línea de Ahab, el *Pequod* seguía su rumbo hacia el Ecuador. Una travesía tan larga por mares tan solitarios, donde no se avistaba ningún barco, con el añadido de los vientos alisios que soplaban invariables sobre olas monótonas y apacibles, todo eso recordaba la extraña calma que precede a alguna escena de tumulto y desesperación.

Al fin, cuando la nave se acercó a los bordes, por así decirlo, de la zona de caza ecuatorial y, en la profunda oscuridad que anuncia el alba, pasaba junto a un grupo de islas rocosas, la guardia (por entonces al mando de Flask) se sobresaltó al oír un grito tan sobrenatural, apasionado y salvaje —como los gemidos, apenas articulados, de los fantasmas de los Inocentes asesinados por Herodes—, que todos los marineros, del primero al último, salieron de su ensoñación y durante unos instantes permanecieron en pie, o sentados, o reclinados, como paralizados, semejantes a la estatua del esclavo romano, mientras duró el doloroso aullido. La parte cristiana o civilizada de la nave aseguró que eran sirenas, y se estremeció; pero los arponeros paganos permanecieron impávidos. Sin embargo, el hombre canoso de Man —el más viejo de todos— explicó que esos gritos espantosos eran voces de personas ahogadas en el mar.

Bajo la cubierta, en su hamaca, Ahab nada supo hasta que se insinuó el gris del alba y subió al puente; entonces Flask le contó lo ocurrido, no sin omitir oscuras insinuaciones. Ahab lanzó una gélida carcajada y explicó el motivo.

Esas islas rocosas junto a las cuales había pasado la nave daban abrigo a gran cantidad de focas. Y focas jóvenes que habían perdido a su madre o madres que habían perdido a sus hijos debían de haber acompañado la nave con aquellos gemidos y sollozos que parecían humanos. Pero eso no hizo más que aumentar la preocupación de los marineros, pues casi todos sienten una verdadera superstición en torno a las focas, nacida no sólo de su peculiar grito cuando están en dificultades, sino también de su aspecto humano, de sus cabezas redondas, de sus caras casi inteligentes,

cuando emergen junto a la nave para observarla desde el agua. En algunas circunstancias, las focas han sido confundidas con hombres en más de una ocasión.

Pero esa misma mañana, el destino de uno de los marineros confirmaría fehacientemente los presentimientos de la tripulación. Al levantarse el sol, ese marinero había ido desde su hamaca a la cofa del mastelero de proa. Quizá estuviera aún más que soñoliento (pues a veces los marineros suben al puente medio dormidos); lo cierto es que no bien se encaramó a su percha, se oyó un grito: un grito y una caída. Alzando los ojos, los hombres vieron un fantasma que caía en el aire; bajándolos, descubrieron un agitado cúmulo de burbujas blancas en el azul del mar.

El salvavidas —un tonel largo y liviano— fue arrojado desde popa, donde siempre pendía por medio de un ingenioso resorte. Pero ninguna mano salió de entre las aguas para asirse de él y el tonel, contraído por la larga exposición al sol, empezó a hincharse lentamente, a medida que la madera reseca bebía por todos los poros. El tonel con clavos y flejes de hierro siguió al marinero al fondo del mar, como para servirle de almohada, algo dura, en verdad.

Así, el abismo devoró al primer hombre que subió a montar guardia en aguas de la Ballena Blanca. Pero quizá muy pocos lo pensaron en ese momento. En cierto modo, no se preocuparon por el accidente, o al menos no lo tomaron como un prodigio, pues para ellos no fue el anuncio de un mal futuro, sino el cumplimiento de un mal ya predicho. Dijeron que ahora sabían la causa de los tristes lamentos oídos la noche anterior. Pero el viejo de Man volvió a sacudir la cabeza.

Ahora debían reemplazar el salvavidas perdido. Starbuck recibió la orden de ocuparse de ello; pero como no podía encontrar ningún tonel bastante liviano y, en el ansia febril de lo que parecía la crisis inminente del viaje, ningún marinero soportaba cualquier trabajo que no estuviera directamente ligado al éxito final, fuera éste cual fuese, ya estaban por dejar la popa sin salvavidas, cuando Queequeg, por medio de curiosas señas y exclamaciones, dio a entender algo sobre su ataúd.

—¡Un ataúd como salvavidas! —exclamó Starbuck, sobresaltado.

—Me parece bastante raro —dijo Stubb.

—Pero no es mala idea —dijo Flask—. El carpintero podría arreglarlo.

—Tráiganlo, ya que no hay otra cosa —dijo Starbuck, tras una pausa melancólica—. Arréglalo, carpintero. No me mires así. El ataúd, te digo. ¿Me has oído? Arréglalo.

—¿Y tengo que clavarle la tapa, señor? —dijo el carpintero, moviendo la mano como si hubiese tenido un martillo.

—Claro.

—¿Y tengo que calafatear las juntas, señor? —agregó moviendo la mano como si hubiese tenido un escoplo.

—Claro.

—¿Y tengo que cubrirlo de brea, señor? —dijo moviendo la mano como si hubiese tenido una caldera de brea.

—¡Basta! ¿Qué demonios te pasa? Haz un tonel y basta... Señor Stubb, señor Flask, a proa conmigo.

—Se va hecho una furia. Es capaz de soportarlo todo, en conjunto, pero el detalle más íntimo lo irrita. Bueno, esto no me gusta. Hago una pierna para el capitán Ahab, y él la lleva como un caballero; pero hago un cajón para Queequeg y ni siquiera mete la cabeza en él. ¿En esto ha de acabar todo el trabajo que me tomé con el ataúd? Ahora me ordenan que haga un tonel... Es como volver del revés un traje viejo; ahora llevará la carne del otro lado. No me gusta este trabajo de remendón; no tiene dignidad, no es para mí. Que los aprendices de calderero hagan los remiendos; nosotros valemos más que eso... A mí me gustan los trabajos limpios, vírgenes, matemáticos, algo que empiece por el principio, como se debe, que el medio está por la mitad y termine con el final: no un trabajo de remendón, que acaba en el medio y empieza al final. Es manía de viejas, remendar las cosas. ¡Dios, cómo les gustan a las viejas los remendones! Conozco a una de sesenta y cinco años que se escapó con un joven remendón calvo. Este es el motivo por el cual nunca he querido trabajar en tierra firme para las viudas viejas y solas, cuando tenía mi taller en el Vineyard. Temía que les diera un antojo de largarse conmigo... Pero en el mar no hay más cofias que la blanca espuma de las olas. Veamos. Clavar la tapa, calafatear las juntas, cubrirlas de brea... Cerrar bien las grietas... Colgarlo a popa, con el resorte... ¿Se habrá hecho antes algo semejante con un ataúd? Algunos viejos carpinteros supersticiosos se dejarían atar al aparejo antes de hacer este trabajo. Pero yo estoy hecho con el abedul nudoso de Aroostock y no tengo miedo. ¡Un ataúd como salvavidas! ¡Ir navegando sobre una bandeja para muertos! Pero no importa. Nosotros, los carpinteros, hacemos lechos de bodas y mesas de juego, así como hacemos ataúdes y coches fúnebres. Trabajamos por mes, por encargo, y cobramos por ello. No nos corresponde preguntar para qué es el trabajo, a menos que sea cosa de remendón, y entonces tratamos de hurtarle el cuerpo... ¡Humm! Manos a la obra, y con delicadeza... Veamos: ¿cuántos somos en la nave? Me he olvidado. De todos modos, pondré treinta líneas salvavidas, cada una de tres pies, alrededor del ataúd. Si la nave se hunde, habrá treinta muchachos bien fuertes luchando por un solo ataúd: ¡un espectáculo que no se ve todos los días bajo el sol! ¡Vamos: martillo, escoplo, caldera y punzón! Al trabajo.

CXXVII. LA CUBIERTA

(El ataúd sobre dos toneles para líneas, entre el banco de carpintero y la escotilla abierta. El carpintero calafatea las juntas, devanando una hebra de estopa retorcida del ovillo que tiene en el bolsillo de su delantal. Ahab se acerca lentamente desde el corredor de la cabina y oye que Pip lo sigue).

—Baja, muchacho. Pronto volveré contigo. ¡Se va! Ni siquiera esta mano obedece con más presteza a mi estado de ánimo que este muchacho. ¿Qué es eso? ¿La nave central de una iglesia?

—Un salvavidas, señor. Orden del señor Starbuck. ¡Atención, señor! ¡Cuidado con la escotilla!

—Gracias. Tu cajón está cerca de la tumba...

—¿Cómo, señor? ¡Ah, la escotilla! Sí, sí...

—¿Tú no eres el que fabrica piernas? Mira, ¿no ha salido de tu taller este tronco?

—Creo que sí: ¿resiste la virola, señor?

—Bastante. ¿Pero no eres también el de las pompas fúnebres?

—Sí, señor. Preparé esto para que sirviera de ataúd a Queequeg. Pero ahora quieren que lo convierta en otra cosa.

—Dime: ¿no eres un viejo pícaro, un acaparador, un redomado entremetido, un pagano? Un día haces piernas, el siguiente haces ataúdes para meterlas dentro y después, con los mismos ataúdes, salvavidas... Tienes tan pocos principios como los dioses y eres un sabelotodo, como ellos...

—Pero yo no me propongo nada, señor. Lo hago por hacerlo...

—También los dioses. Oye: ¿acaso no cantas cuando trabajas en un ataúd? Dicen que los Titanes canturreaban cuando vaciaban los cráteres para hacer los volcanes. Y el sepulturero, en el drama teatral, canta con la pala en la mano. ¿No haces lo mismo?

—¿Cantar, señor? ¿Si yo canto? Oh, nunca se me ha ocurrido, señor. Si el sepulturero cantaba, debía ser porque su pala no tiene música. Pero mi martillo la tiene. Óigalo.

—Sí. Es porque la tapa hace de caja de resonancia. Y el motivo por el cual algo sirve como caja de resonancia es que no tiene nada dentro. Sin embargo, un ataúd con el cadáver dentro resuena casi del mismo modo, carpintero. ¿Nunca has ayudado a llevar un ataúd? ¿Nunca has oído el golpe del ataúd contra la reja del cementerio?

—A fe mía, señor, yo...

—¿Fe? ¿Qué es eso?

—A fe mía, señor, es una especie de exclamación... esto es todo, señor.

—Hum, hum... Sigue.

—Decía, señor, que...

—¿Eres un gusano de seda? ¿Te tejes tu propia mortaja desde dentro de ti mismo? ¡Mira lo que te sale del bolsillo! ¡Apúrate! Acaba con esto de una vez...

—Se va a popa. Se apareció de golpe, esta vez; pero los huracanes siempre caen de golpe en las latitudes cálidas. He oído decir que la isla de Albemarle, en las Galápagos, está cortada justo en el medio por el Ecuador. Se me ocurre que una especie de Ecuador corta por el medio a ese viejo. ¡Siempre está en el Ecuador! ¡En un calor que abrasa, lo digo yo! Mira hacia aquí... Apurémonos. ¿Dónde he metido la estopa? A trabajar de nuevo. La maza de madera es la vara y yo soy el maestro de los vasos musicales... ¡Tap, tap!

AHAB (*Para sí*).

—¡Vaya espectáculo! ¡Vaya sonido! El pájaro carpintero de cabecita gris que picotea el árbol hueco. Los ciegos y los mudos serían dignos de envidia ahora. Esa cosa está apoyada sobre dos toneles llenos de cable de remolque. Un tipo malicioso, ese viejo. ¡Toc, toc! ¡Así suenan los minutos de la vida! ¡Oh, qué inmaterial es la materia! ¿Qué hay de real, salvo los pensamientos imponderables? Allí está el símbolo temido de la muerte cruel, convertido por pura casualidad en el signo de la ayuda y la esperanza en medio del peor peligro. ¡Un ataúd como salvavidas! ¿Es que esto va más lejos? ¿Es posible que, en un sentido espiritual, el ataúd no sea más que un guardián de la inmortalidad? Lo pensaré. Pero no. Ya he avanzado tanto en el lado oscuro de la tierra que el otro, el lado luminoso de la teoría, sólo me parece un crepúsculo incierto. ¿No terminarás nunca, carpintero, con ese ruido infernal? Bajo a mi cabina. ¡No quiero ver eso de nuevo cuando vuelva! Y ahora, Pip, hablaremos de esto. Yo absorbo de ti una maravillosa filosofía. ¡En ti debe descargarse alguna corriente desconocida de los mundos ignorados!

CXXVIII. EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *RACHEL*

Al día siguiente avistamos un gran barco, el *Rachel*, que avanzaba directamente hacia el *Pequod* con la arboladura cubierta de racimos de hombres. El *Pequod* navegaba a buena velocidad, pero cuando la nave extraña se nos acercó con las alas extendidas, sus velas arrogantes se desinflaron como vejigas agujereadas y toda su vida desapareció del casco herido.

—Malas noticias; trae malas noticias —murmuró el viejo de Man.

Pero antes de que el comandante, que estaba en pie, con el portavoz ante la boca, en su bote, pudiera gritar con posibilidad de que lo oyéramos, resonó la voz de Ahab:

—¿Han visto a la Ballena Blanca?

—Sí, ayer. ¿Han visto un bote a la deriva?

Conteniendo su alegría, Ahab respondió negativamente a la pregunta inesperada. Y habría subido de buen grado a bordo de la nave extranjera si en ese momento no hubiera visto que el otro capitán, tras hacer detener la marcha de su barco, empezaba a bajar por su costado. Pocas remadas vigorosas, y el garfio de su bote se prendió en la amurada del *Pequod*. El capitán subió a cubierta. Ahab lo reconoció: era un marino de Nantucket. Pero no hubo saludos.

—¿Dónde estaba? ¡No la mataron, no la mataron! —gritó Ahab, acercándose—. ¿Qué ocurrió?

Hacia las tres de la tarde del día anterior, mientras los tres botes de los recién llegados perseguían a una manada de ballenas que los habían apartado unas tres o cuatro millas de la nave, a barlovento, la giba y la cabeza blanca de Moby Dick aparecieron de improviso en la superficie, no demasiado lejos, por sotavento. Entonces bajó un bote de reserva. Después de una intensa carrera a favor del viento ese cuarto bote —el mejor carenado de todos— pareció hacer presa en el monstruo, según creyó el vigía de la nave. Ese hombre vio a la distancia que el bote se empequeñecía hasta convertirse en un punto minúsculo; después hubo un rápido

estallido de blanca agua burbujeante, y al fin nada. Dedujeron que la ballena herida debió huir con sus perseguidores, como suele ocurrir. Hubo cierta inquietud, pero ningún temor concreto, por el momento. En la arboladura se pusieron las señales de llamada; la noche cayó; y obligada a recoger sus tres distantes embarcaciones a barlovento antes de iniciar la búsqueda de la cuarta, en la dirección opuesta, la nave no sólo tenía que abandonar este último bote hasta la medianoche, sino que debía alejarse aún más de él. Pero cuando el resto de la tripulación al fin regresó a bordo, la nave tendió las velas y, juanete sobre juanete, se lanzó en busca del bote que faltaba, encendiendo las refinerías a modo de faro, con la mitad de sus hombres como vigías. Pero después de recorrer un trecho suficiente como para llegar al presunto lugar donde los ausentes habían sido vistos por última vez, cuando la nave se detuvo y bajó los botes de reserva para que exploraran la zona, no encontraron nada. La nave avanzó nuevamente, se detuvo una vez más y así continuó hasta el amanecer. Pero no vieron ni siquiera la sombra del bote perdido.

Después de su relato, el capitán declaró inmediatamente el fin con que había subido al *Pequod*. Deseaba que esta última nave se uniera a la suya en la búsqueda, para examinar el mar al mismo tiempo, a cuatro o cinco millas de distancia, en rumbo paralelo, dominando así un doble horizonte.

—Apuesto cualquier cosa —susurró Stubb a Flask— a que algún tripulante del bote perdido se ha llevado la mejor chaqueta del capitán, quizá con su reloj: está tan ansioso por encontrarlos... ¿Quién ha oído hablar alguna vez de dos compasivas balleneras que se unan, en plena estación, para buscar un bote desaparecido? Mira, Flask, pero mira qué pálido está... Hasta las pupilas están pálidas... No, no ha de haber sido la chaqueta... Ha de haber sido...

—Mi hijo, mi propio hijo está entre ellos. En nombre de Dios, te lo suplico, te lo suplico —exclamó el capitán forastero a Ahab, que hasta ese momento había escuchado el pedido con bastante indiferencia—. Permíteme fletar tu nave durante cuarenta y ocho horas, te pagaré bien y de buena gana, si no hay otro medio... Sólo cuarenta y ocho horas, sólo eso... ¡Tienes que hacerlo, oh, tienes que hacerlo!

—¡Su hijo! —exclamó Stubb—. ¡Oh, ha perdido a su hijo! Retiro la chaqueta y el reloj: ¿qué dice Ahab? Debemos salvar a ese muchacho...

—Se ahogó con los demás anoche —dijo el viejo marinero de Man—. Lo he oído. Todos ustedes oyeron sus almas.

Pronto se supo que una circunstancia hacía aún más triste la desgracia del *Rachel*; no era sólo que en el bote perdido iba un hijo del capitán: en cada una de las demás embarcaciones, separadas de la nave durante las tremendas vicisitudes de la caza, iban otros tres hijos. De modo que, por un instante, el desdichado padre se había visto desgarrado por la más cruel perplejidad. La resolvió el primer oficial, que aplicó instintivamente el procedimiento habitual de una nave ballenera en casos como ése:

cuando hay varias embarcaciones en peligro, siempre se recoge la que lleva a más hombres. Pero por algún motivo desconocido, el capitán se había abstenido de mencionar todo esto y hasta que lo obligó la frialdad de Ahab no aludió al hijo que aún le faltaba: un niño de apenas doce años que él, con la grave pero inconsciente osadía de un marino de Nantucket, había iniciado tan tempranamente en los peligros y maravillas de una profesión a la cual su raza estaba destinada, desde tiempos inmemoriales. No es raro que los capitanes alejen de su lado, en edad tan tierna como ésta, a un hijo para enviarlo a un prolongado viaje de tres o cuatro años, en otra nave que la suya, a fin de que su primer contacto con la vida de la caza no se debilite con ninguna muestra ocasional de explicable, pero inoportuna parcialidad paterna, ni por temores o preocupaciones innecesarias.

Mientras tanto, el forastero seguía suplicando ese mísero favor a Ahab. Y Ahab seguía recibiendo cada golpe como un yunque: sin el menor estremecimiento.

—No me iré hasta que no me hayas dicho que sí —dijo el forastero—. Haz conmigo lo que querrías que hicieran contigo en un caso semejante. También tú tienes un hijo, capitán Ahab... un hijo que ahora está a salvo en tu casa... un hijo de tu vejez. Sí, sí, me dirás que sí, lo veo: ¡rápido, rápido, marineros, corran a bracear las vergas!

—¡Un momento! —gritó Ahab—. ¡No toquen una sola cuerda!

Después, con lentitud que sopesaba cada palabra, agregó:

—Capitán Gardiner, no acepto. Y estoy perdiendo tiempo. Adiós, capitán. Que Dios te proteja y yo pueda perdonarme a mí mismo, pero tengo que seguir. Señor Starbuck, mira la brújula de bitácora: dentro de tres minutos, todos estos forasteros tendrán que haberse marchado: después bracea las vergas, y que la nave siga su ruta.

Giró rápidamente, con el rostro vuelto, bajó a la cabina y dejó al capitán forastero petrificado por esa negativa a su ansioso pedido. Al fin, sacudiendo su torpor, Gardiner corrió en silencio hacia la banda, cayó, más que bajó, a su bote y regresó a la nave.

Pronto ambos barcos dividieron sus rumbos. Y mientras el *Rachel* permaneció a la vista, se lo vio zigzaguear aquí y allá, hacia cualquier punto negro, por pequeño que fuese avistado en el mar. Sus penoles giraron hacia uno y otro lado, la nave siguió virando a derecha e izquierda, unas veces luchando contra un mar de proa, otras veces impulsada por olas a favor, mientras los mástiles y los penoles seguían cubiertos de marineros, como cerezos invadidos de niños en busca de sus frutos.

Mas su marcha intermitente y su triste camino irregular indicaban que esa nave bañada por lágrimas de espuma no encontraba consuelo. El *Rachel* lloraba por sus hijos perdidos.

CXXIX. LA CABINA

(Ahab se dispone a subir a cubierta; Pip lo toma de la mano para seguirlo).

Muchacho, muchacho, te repito que ahora no puedes seguir a Ahab. Se acerca la hora en que Ahab no quisiera alejarte de su lado, pero tampoco quisiera retenerte. En ti, pobre muchacho, hay un remedio demasiado bueno para mi mal. El semejante cura a su semejante, y en esta caza mi mal se convierte en mi salud más deseada. Quédate aquí, donde te servirán como si fueras el capitán. Sí, muchacho, siéntate en mi silla atornillada; serás otro tornillo que la sujetará aún más...

—¡No, no, no! Usted no tiene un cuerpo entero, señor; sírvase de mí como de su pierna perdida. Pisotéeme, señor; no pido más que eso, con tal de quedarme a su lado.

—¡Oh! A pesar de los canallas que pueblan el mundo, tú me haces creer ciegamente en la fidelidad invencible del hombre. ¡Y eres negro! ¡Y loco! Pero creo que, en tu caso, el semejante también cura al semejante. Empiezas a recobrar la cordura...

—Me han dicho, señor, que Stubb abandonó una vez al pobre Pip y sus huesos ahora blanquean a pesar del negro de su piel viva. Pero yo nunca lo abandonaré, señor, como Stubb hizo con Pip. Señor, debo ir con usted.

—Si sigues hablándome de ese modo, el propósito de Ahab se revolverá en su interior. Te he dicho que no; no es posible.

—¡Oh, mi buen amo, amo mío!

—¡Sigue llorando y te mataré! Ten cuidado, también Ahab está loco. Aguza el oído y sentirás muchas veces mi pie de marfil en la cubierta: en cada instante sabrás que estaré allí. Y ahora te dejo. ¡Tu mano! ¡Adiós! Me eres tan fiel, muchacho, como la circunferencia a su centro. Que Dios te bendiga por siempre, y si es necesario, que Dios te salve suceda lo que sucediere...

(Ahab sale; Pip da un paso adelante).

—Estaba aquí, hace un instante. Estoy en su aire, pero solo. ¡Oh, si al menos estuviera aquí el pobre Pip, podría soportarlo! Pero se ha ido. ¡Pip, Pip! ¡Ding, dong, dang! ¿Quién ha visto a Pip? Ha de estar arriba; probemos la puerta. ¡Cómo! Ni cerradura, ni barra, ni pasador, y sin embargo es imposible abrirla. Debe ser cosa de magia: me ha dicho que me quede aquí. Sí, y me ha dicho que esta silla atornillada es mía. Aquí me siento, frente al yugo, en plena mitad de la nave, con toda su quilla y sus tres mástiles ante mí. Dicen los marineros que en las grandes naves de guerra, los grandes almirantes se sientan en este lugar y presiden la mesa ante filas de capitanes y lugartenientes. ¡Ah, qué es esto! ¡Charreteras, charreteras! ¡Todas las charreteras acuden en montón! Llenen los vasos, señores... Qué alegría verlos... Es muy rara esta sensación: ¡un muchacho negro que agasaja a huéspedes blancos con cordones dorados en las chaquetas! Señores, ¿no han visto a cierto Pip? ¿Un muchacho negro, de cinco pies de estatura, con aire taimado y aspecto de cobarde? ¿No? Bueno, a llenar otra vez los vasos, capitanes; bebamos por la vergüenza de todos los cobardes. No digo nombres. ¡A su vergüenza! Pongan un pie sobre la mesa. ¡Vergüenza a todos los cobardes! ¡Chist! Oigo el marfil allá arriba. ¡Oh, amo mío! Estoy triste cuando caminas por encima de mí. Pero me quedaré aquí, aunque las rocas atraviesen la quilla y las ostras acudan a mi encuentro.

CXXX. EL SOMBRERO

Ahora, después de un cruce preliminar tan largo y extenso que había atravesado todas las demás zonas de caza, Ahab parecía encontrarse en el lugar y el momento oportunos, como si hubiese sitiado al enemigo en un recinto cerrado del océano para poder matarlo con mayor seguridad. Y ahora que estaba tan cerca de la latitud y la longitud donde había recibido su herida desgarradora; ahora que había hablado con un capitán que sólo un día antes había luchado contra Moby Dick; ahora que todos los encuentros sucesivos con naves diversas contribuían a revelar la diabólica indiferencia con que la Ballena Blanca destrozaba a los cazadores —tanto cuando la atacaban como cuando ella misma los perseguía—, ahora brillaba en los ojos del viejo algo que las almas débiles apenas podían soportar. Como la estrella polar sin ocaso de la interminable noche ártica mantiene una mirada penetrante, firme y central, así el propósito de Ahab resplandecía fijo en la medianoche constante de la sombría tripulación. Y dominaba a tal punto a esos hombres que sus presentimientos, sus dudas, sus sospechas, sus terrores debían ocultarse en el fondo de sus almas, sin asomar siquiera una hoja.

Durante ese intervalo premonitorio desapareció toda especie de alegría, forzada o natural. Stubb ya no intentó provocar una sonrisa, ni Starbuck tuvo que contenerla. Alegría y dolor, esperanza y miedo parecían igualmente reducidos a fino polvo en el férreo mortero de Ahab. Los hombres se movían mudos en la cubierta, como máquinas, siempre conscientes de que los seguía la mirada despótica del viejo.

Pero si alguien hubiera escudriñado en sus horas de abandono más secretas, cuando creía que ninguna mirada, salvo una, lo observaba, entonces se habría visto que así como los ojos de Ahab dominaban a la tripulación, la mirada del inescrutable parsi dominaba la suya o, al menos, de un modo sobrenatural, lo obsesionaba. Entonces el magro Fedallah empezó a revestirse de misterio tan concentrado y contagioso, y lo estremecieron temblores tan incesantes, que los marineros lo miraban asombrados, como preguntándose si estaba hecho de sustancia mortal o era una trémula sombra proyectada sobre la cubierta por el cuerpo de algún ser invisible. Esa

sombra siempre rondaba en torno a ellos. Porque nadie estaba seguro de que, por lo menos de noche, Fedallah se fuera a la hamaca. Permanecía inmóvil durante horas y horas, sin sentarse o reclinarse nunca; sus ojos desleídos, pero prodigiosos, decían con claridad: Nosotros, los dos centinelas, nunca descansamos.

Y en ningún momento, de día o de noche, podían subir los marineros al puente sin toparse con Ahab, de pie en su agujero que le servía de perno o caminando siempre por los mismos tablones, entre el palo mayor y el de mesana. O bien lo veían erguido ante la puerta de la cabina, con el pie vivo ya dirigiéndose hacia la cubierta, el sombrero echado sobre los ojos de modo que, por inmóvil que estuviera, por muchos que fueran ya los días y las noches que no se había acostado en la hamaca, nadie podía afirmar si bajo aquel sombrero inclinado sus ojos estaban cerrados o escrutaban a los demás. No le importaba quedarse toda una hora así, ante la puerta, mientras la furtiva humedad de la noche se agrupaba en gotas de rocío sobre esa chaqueta y ese sombrero labrados en la piedra. Esa ropa bañada por la noche se le secaba encima al sol de la mañana; así, día tras día, noche tras noche, acabó por no bajar de la cubierta: mandaba a buscar a su cabina las cosas que necesitaba.

También comía al aire libre: sólo dos veces al día, el desayuno y el almuerzo. No probaba la cena. No se cortaba la barba, que le crecía enmarañada y nudosa, semejante a las raíces descubiertas de los árboles caídos que vegetan inútilmente sobre una base desnuda, aunque ya haya muerto el verde follaje. Pero aunque toda su vida era una guardia constante, y aunque la misteriosa guardia del parsi fuera tan incesante como la suya, ambos parecían no hablarse nunca, a menos que, a largos intervalos, un efímero asunto de poca monta lo hiciera necesario. Y si bien ambos parecían unidos por un poderoso hechizo, ante la tripulación llena de sacro temor parecían separados por una distancia polar. Si de día cambiaban de tanto en tanto una palabra, de noche los dos enmudecían. A veces, durante horas interminables, permanecían muy apartados, bajo la luz de las estrellas: Ahab en su escotilla, el parsi junto al palo mayor. Pero siempre se miraban fijamente el uno al otro, como si Ahab hubiese visto en el parsi su propia sombra, y el parsi en Ahab su propia sustancia abandonada.

En cierto modo, Ahab —en su conducta de cada día, de cada hora, cuando daba órdenes a sus subalternos— parecía el amo independiente y el parsi tan sólo el esclavo. Pero al mismo tiempo estaban como uncidos al mismo yugo, conducidos por un tirano invisible: la sombra evanescente junto al cuerpo macizo. Porque, fuera lo que fuese el parsi, el sólido Ahab era todo cuernas y quilla.

Al primer clarear del alba, su voz de hierro se oía a popa:

—¡Los vigías, a las cofas!

Y durante el día entero, desde el amanecer hasta el crepúsculo, se oía la misma voz, hora tras hora, al son de la campana del timonel:

—¿Qué ven? ¡Atentos, atentos!

Pero cuando pasaron tres o cuatro días después del encuentro con el *Rachel* que buscaba a su hijo sin que vieran un solo chorro en el mar, el viejo monomaniaco pareció recelar de la fidelidad de su tripulación (de todos, salvo de los arponeros paganos); hasta pareció creer que Stubb y Flask cerraban voluntariamente los ojos a aquello en cuya busca se empeñaba. Pero si en verdad tuvo esas sospechas, se abstuvo sagazmente de expresarlas en palabras, aunque sus acciones las dejaran traslucir.

—Yo mismo seré el primero en avistar a la ballena —dijo—. ¡Sí! ¡Ahab debe ganarse el doblón!

Con sus propias manos se preparó un nido de bolinas entrelazadas; después hizo que un marinero asegurara una polea simple en el tope del palo mayor, recibió ambas puntas de la cuerda, fijó una de ellas al nido y puso un gancho en la otra, para asegurarla a la barandilla. Hecho esto, todavía con esta última punta en la mano, de pie junto a la barandilla, echó una mirada a sus hombres; sus ojos pasaron de uno a otro y se detuvieron largamente sobre Dagoo, Queequeg, Tashtego, pero evitaron a Fedallah. Después, clavando la mirada en su segundo oficial, dijo:

—Toma la cuerda, señor. La pongo en tus manos, Starbuck.

Se instaló en el cesto y dio la orden para que lo levantaran. Starbuck aseguró, por fin, la línea y permaneció junto a ella. Así, con una mano en torno al sobrejuanete de gavia, Ahab tendió la mirada sobre el mar, a lo largo de millas y millas, adelante, atrás, hacia un lado y el otro, en el círculo inmenso dominado por semejante altura.

Cuando un marinero debe trabajar con las manos en algún punto muy alto y casi aislado de la arboladura que no le ofrece el menor apoyo, lo izan hasta ese punto y allí lo sostienen mediante una cuerda. En esas circunstancias, el extremo de la cuerda asegurado a la cubierta es celosamente vigilado por alguien que monta guardia especial junto a él. Porque en medio del enmarañado desierto del cordaje, cuyas múltiples relaciones en lo alto de los palos no siempre pueden discernirse con claridad desde la cubierta, y teniendo en cuenta que los extremos de esas cuerdas deben soltarse a cada instante de sus ganchos, es harto natural que, sin un guardia que vigile, el marinero izado quede librado a su propia suerte y acabe cayendo de cabeza en el mar. De modo que la medida dispuesta por Ahab no era insólita: lo único insólito era que Starbuck —el único que se había atrevido a contradecirlo con cierta firmeza y en cuya fidelidad como vigía el capitán no parecía confiar demasiado— fuera precisamente el hombre elegido por el propio Ahab como guardia: así ponía su vida en manos de una persona que le inspiraba tanto recelo.

No hacía diez minutos que Ahab había subido por primera vez al palo mayor, cuando uno de esos feroces halcones marinos de pico rojo, que suelen acosar en esas latitudes a los vigías en los topes de los mástiles, empezó a revolotear y a chillar sobre

su cabeza, en un laberinto de círculos indiscernibles y rápidos. Después subió como una flecha unos mil pies en el aire, para bajar en espiral y empezar a revolotear de nuevo.

Pero con la mirada fija en el horizonte distante y borroso, Ahab no pareció prestar atención a ese pájaro salvaje; a decir verdad, nadie le habría hecho demasiado caso, puesto que ése era un lance habitual. Sólo que ahora la mirada menos alerta parecía descubrir un sentido oculto en las cosas más simples.

—¡Su sombrero, su sombrero, señor! —gritó de improviso el marinero siciliano que, de guardia en el tope de mesana, estaba directamente tras Ahab, aunque algo más abajo y separado por un hondo abismo de aire.

Pero ya el ala oscura estaba ante los ojos del viejo y el largo pico encorvado sobre el sombrero: con un chillido, el halcón negro huyó con su presa.

Un águila voló tres veces en torno a la cabeza de Tarquino, quitándole el casquete para después ponérselo de nuevo. Entonces Tanaquila, su mujer, declaró que Tarquino sería rey de Roma. Pero el presagio se consideró favorable sólo por la devolución del casquete. El sombrero de Ahab no volvió nunca más: el halcón salvaje siguió huyendo con él, muy lejos, a proa, y al fin desapareció. En ese instante se vio caer al mar, desde una altura inmensa, un minúsculo punto negro.

CXXXI. EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *DELICIA*

El vehemente *Pequod* seguía navegando; pasaban las olas y los días; el ataúd-salvavidas continuaba meciéndose, ligero; de pronto avistamos otra nave que, por triste ironía, se llamaba *Delicia*. Mientras se acercaba, todos los ojos estaban puestos sobre esas grandes vigas llamadas baos que en algunas naves balleneras atraviesan el alcázar, a una altura de ocho o nueve pies, y sirven para sostener los botes de reserva, los desaparejados o los averiados.

Sobre los baos de la nave forastera se veían las cuadernas blancas y rotas, y algunas tablas sueltas de lo que había sido un bote: a través de la ruina la mirada pasaba como a través del esqueleto pelado, desarticulado y blanqueado de un caballo.

—¿Has visto a la Ballena Blanca?

—¡Mira! —respondió desde el coronamiento el capitán de mejillas hundidas.

Y señaló la ruina con el portavoz.

—¿La has matado?

—Todavía no se ha forjado el arpón que pueda hacerlo —respondió el otro, echando una triste mirada a una hamaca abultada, cuyos bordes cosían en silencio unos cuantos marineros.

—¡Que no se ha forjado!

Ahab echó mano del hierro hecho por Perth y lo extendió, exclamando:

—Oye, marino de Nantucket, en esta mano tengo su muerte. Sus puntas están templadas en la sangre y el rayo. ¡Y juro que la templaré tres veces en ese cálido lugar, tras la aleta, donde la Ballena Blanca siente el latido de su vida maldita!

—Entonces, que Dios te proteja, viejo. ¿Ves éste? —dijo, señalando la hamaca—. Sólo puedo dar sepultura a uno de los cinco hombres vigorosos que apenas ayer tenían vida, y murieron antes de la noche. Sólo a éste puedo dar sepultura; los otros ya fueron sepultados antes de morir. Ustedes navegan sobre sus tumbas.

Después, volviéndose a sus hombres:

—¿Están listos? Pongan la tabla en la barandilla y levanten el cuerpo. Así... ¡Oh, Dios mío!...

Avanzó hacia la hamaca con las manos al cielo:

—... que la resurrección y la vida...

—¡Adelante! ¡Barra al viento! —gritó Ahab a sus hombres, como un relámpago.

Pero el *Pequod*, que viró de improviso, no fue bastante rápido para evitar el ruido que hizo el cadáver al caer en el mar ni para escapar a las burbujas volantes que bautizaron con fúnebres salpicaduras su casco.

Mientras Ahab se alejaba de la triste *Delicia*, el extraño salvavidas que colgaba a popa del *Pequod* se destacó con impresionante nitidez.

—¡Ah, miren allí, marineros! —gritó una voz ominosa a nuestra zaga—. Es inútil, extranjeros, que huyan de nuestra triste sepultura: nos han vuelto la espalda sólo para mostrarnos el ataúd.

CXXXII. LA SINFONÍA

Era un día límpido, de un azul acerado. Los espacios del aire y del mar no podían casi distinguirse en ese azul que lo inundaba todo; sólo el aire pensativo era de una pureza, de una dulzura transparente, femenina, y el mar viril y robusto se henchía en olas lentas, largas, poderosas, como el pecho de Sansón en el sueño.

Aquí y allá, en lo alto, se deslizaban las alas, blancas como la nieve, de pequeños pájaros inmaculados: eran los pensamientos delicados de la atmósfera femenina; pero en los abismos del azul infinito, pasaban una y otra vez enormes leviatanes y peces espada y tiburones: los pensamientos vigorosos, agitados y asesinos del mar viril.

Pero ese hondo contraste interior era, exteriormente, sólo una diferencia entre reflejos y sombras. Tierra y mar parecían la misma cosa: únicamente el sexo, por así decirlo, los distinguía.

Arriba, como un zar y un rey majestuoso, el sol parecía otorgar esa atmósfera leve a ese mar agitado como una esposa a su esposo. Y en la línea del horizonte, un movimiento blando y trémulo —que se ve especialmente en el Ecuador— revelaba la fe apasionada y palpitante, los temores amorosos con que la tímida desposada entregaba su pecho.

Inválido, retorcido, nudoso de arrugas, salvajemente obstinado, con los ojos brillantes como carbones que todavía arden entre las cenizas de una ruina, el inflexible Ahab salió a la limpidez matinal, alzando el yelmo mellado de su frente ante la pureza del cielo.

¡Ah, infancia inmortal e inocencia del azul! ¡Invisibles criaturas aladas que juegan en torno a nosotros! ¡Suave niñez del aire y el cielo! ¡Qué lejos estaban del tormento de Ahab! Así, las pequeñas Marta y María, elfos de ojos risueños, jugaban despreocupadas en torno a su viejo padre con los últimos mechones que crecían en el cráter extinguido de su cabeza.

Ahab atravesó lentamente la cubierta desde la escotilla y se inclinó sobre la banda para mirar su sombra, que se ahondaba cada vez más en el agua, a medida que él procuraba sondear cada vez más el abismo. Pero el dulce aroma de ese aire encantado

pareció disipar por un instante la obsesión cancerosa de su alma. Ese aire bienaventurado, feliz, ese cielo amable lo cubrieron de caricias; la tierra materna, durante tanto tiempo cruel y hostil, ahora rodeaba con brazos apasionados su cuello obstinado y parecía sollozar junto a él de felicidad, como reclinada contra un pecador que, aunque empedernido, aún podía salvarse. Bajo el sombrero gacho una lágrima cayó al mar desde los ojos de Ahab; el Pacífico nunca contuvo tanta riqueza como esa única gota de dolor.

Starbuck vio al viejo; lo vio apoyarse pesadamente en la banda y creyó oír el desmesurado sollozo que resonaba secreto en medio de toda esa calma. Procurando no tocarlo ni hacerse notar, se le acercó y se detuvo.

Ahab se volvió.

—¡Starbuck!

—Señor.

—¡Oh, Starbuck!, qué viento dulce, qué cielo dulcísimo... En un día así, tan suave como éste, herí mi primera ballena: jarponero a los dieciocho años! Hace cuarenta años: cuarenta, cuarenta... ¡Cuarenta años de continua caza! ¡Cuarenta años de privaciones y peligros y tempestades! ¡Cuarenta años en el mar despiadado! ¡Durante cuarenta años Ahab ha olvidado la tierra apacible para luchar contra los horrores de las profundidades! Sí, sí, Starbuck, durante esos cuarenta años no he pasado siquiera tres en tierra firme. Cuando pienso en la vida que he llevado, en su desolación, en su soledad, en esa ciudad amurallada que es el aislamiento de un capitán inexpugnable al encanto de las verdes campiñas exteriores... ¡Oh, cansancio! ¡Oh, pesadez!... ¡Cuando pienso en todo eso, que hasta ahora sólo he sospechado, sin verlo nunca claramente, cuando pienso que durante cuarenta años sólo he comido un alimento seco y salado, justo símbolo del magro alimento de mi alma!... Mientras el hombre más pobre de la tierra ha tenido su fruta fresca cada día y ha cortado el pan del mundo recién hecho, en vez de mis costrones mohosos... muy lejos, a océanos de distancia de mi mujer niña, con la cual me casé después de los cincuenta para zarpar hacia el Cabo de Hornos al día siguiente, dejando sólo un hueco en la almohada nupcial... ¿Mujer? ¿Mujer? Viuda, más bien, con su marido aún vivo. Sí, cuando me casé con esa pobre muchacha la dejé viuda, Starbuck. Y después, la locura, el delirio, la sangre en llamas, la frente ardiendo con que el viejo Ahab se ha lanzado mil veces en el mar para perseguir con espumoso furor a su presa, más demonio que hombre. ¡Sí, sí! ¡Qué estúpido ha sido durante cuarenta años, qué estúpido, qué viejo estúpido ha sido Ahab! ¿Para qué este esfuerzo de la caza? ¿Para qué agotar, paralizar el brazo en el remo, el arpón, la lanza? ¿Acaso Ahab es ahora más rico o mejor? Mira. ¡Oh, Starbuck! ¿No es duro que, con este gran peso que llevo, me hayan arrancado una pierna? Aparta estos mechones de mi frente; me ciegan: creerán que estoy llorando... ¡Un pelo tan gris sólo puede crecer en las cenizas! Pero ¿de veras parezco tan viejo, Starbuck?

Tengo un cansancio mortal, estoy doblado, encorvado, como si fuera Adán que anda a los tumbos desde los tiempos del Paraíso bajo el peso de los siglos. ¡Dios, Dios! ¡Destrózame el corazón! ¡Aplástame el cerebro! ¡Burla, burla! ¡Burla amarga del pelo gris! ¿Acaso he conocido tanta dicha para que deba llevar este pelo y parecer y sentirme tan insoportablemente viejo? ¡Acércate más! Quédate a mi lado, Starbuck; deja que mire unos ojos humanos; es mejor que mirar el mar o el cielo; es mejor que mirar a Dios. ¡En nombre de la tierra verde, en nombre del hogar encendido! Este es el espejo mágico marino; veo a mi mujer y a mi hijo en tus ojos. No, no; quédate a bordo, a bordo. No bajes al mar cuando el predestinado Ahab persiga a Moby Dick. No compartirás ese riesgo. ¡No, no con ese hogar lejano que veo en tus ojos!

—¡Oh, capitán, capitán! ¡Alma noble! ¡Corazón viejo y noble, después de todo! ¡Qué necesidad hay de perseguir a ese monstruo maldito! ¡Ven conmigo! ¡Huyamos de estas aguas mortales! ¡Volvamos al hogar! También Starbuck tiene mujer e hijo: mujer e hijo de su fraterna, alegre juventud, así como los tuyos, señor, son la mujer y el hijo de tu amorosa y apasionada vejez. ¡Ven, huyamos! ¡Cambiemos enseguida el rumbo! ¡Con qué alegría, con qué dicha, capitán, haríamos el camino para ver otra vez a la vieja Nantucket! Señor, creo que hay días tan dulces y azules como éste en Nantucket.

—Los hay, los hay. Los he visto... algunos días de verano, en la mañana. En este momento (sí, es la hora de su siesta) el niño se despierta vivaz, se sienta en la cama y su madre le habla de mí, de este viejo caníbal: le dice que estoy lejos en el océano, pero que volveré para hacerlo bailar.

—¡Es mi María, mi propia María! Ha prometido que cada mañana llevará a mi hijo a la colina para que sea el primero en avistar las velas de su padre. ¡Sí, sí, basta! ¡Está resuelto! ¡Volvamos proa hacia Nantucket! ¡Ven capitán, estudia el rumbo y vayámonos! ¡Mira, mira! La cara del niño en la ventana, la mano del niño en la colina...

Pero Ahab apartó la mirada; como un árbol seco, se sacudió y arrojó al suelo su último fruto marchito.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esta cosa sin nombre, inescrutable, sobrenatural? ¿Qué amo oculto y engañoso, qué tirano despiadado me ordena, si contra todos los deseos y afectos humanos me siento una vez más impulsado, forzado y me dispongo a hacer temerariamente lo que mi corazón no se atrevió siquiera a concebir? ¿Es Ahab, Ahab? ¿Soy yo, Señor, quien levanta este brazo? Pero si el sol inmenso no se mueve por sí solo y no es más que un mensajero en el cielo; si ni siquiera puede girar una estrella sin que la mueva un poder invisible, ¿cómo puede latir este pequeño corazón, cómo puede pensar este ínfimo cerebro, si Dios no le da sus latidos, si no piensa sus pensamientos y vive su vida? Los cielos, hombre, nos hacen girar en este mundo como ese cabrestante, y el Destino es la palanca. Y durante todo ese tiempo, ¡mira!, siempre el mismo cielo sonriente, el mismo mar sin fondo... ¡Mira a ese pez! ¿Quién le habrá metido en la cabeza que persiga y muerda a ese pez volador? ¿Quién debe dictar

sentencia, cuando el propio juez es arrastrado al banquillo? Pero el viento es dulce, el cielo está sereno, el aire huele como si viniera de prados lejanos. Han segado el heno en alguna parte, bajo las pendientes de los Andes, Starbuck, y los segadores duermen entre el heno fresco. ¿Duermen? Sí, por más que nos afanemos, todos dormiremos al fin en el campo. ¿Dormiremos? Sí, y nos herrumbraremos entre el verdor, como las hoces del año pasado, caídas y abandonadas entre las mieses a medio segar, Starbuck.

Pero Starbuck, desesperado y pálido como un cadáver, se había marchado.

Ahab cruzó la cubierta para echar una mirada a la otra parte, pero se sobresaltó al ver otros dos ojos fijos que se reflejaban en el agua: Fedallah se había apoyado, inmóvil, en la misma barandilla.

CXXXIII. LA CAZA. PRIMER DÍA

Esa noche, durante la guardia de medianoche, el viejo salió, según su costumbre, de la escotilla en que se apoyaba y fue hacia su perno; pero de pronto adelantó ansiosamente la cara, husmeando el aire marino como el perro sagaz de una nave cuando se avecina a una isla salvaje. Sostuvo que alguna ballena no debía andar lejos. Pronto ese olor peculiar que a veces despiden el cachalote vivo a gran distancia fue claramente perceptible para toda la tripulación y a nadie sorprendió que, consultada la brújula y el catavientos para determinar con la mayor precisión posible la dirección del olor, Ahab ordenara a toda prisa que alteraran un poco el rumbo de la nave y apocaran las velas.

La sagaz prudencia que aconsejó esas medidas quedó harto confirmada al amanecer, cuando vimos una larga faja de mar lisa y uniforme como el aceite, perpendicular a la proa y semejante, entre las replegadas encrespaduras que la bordeaban, a la pulida línea metálica de una veloz corriente submarina, en las inmediaciones de una desembocadura.

—¡Los vigías a los mástiles! ¡Todos a cubierta!

Golpeando tres espeques reunidos contra el puente del castillo de proa, Dagoo despertó a los marineros que dormían con truenos dignos del Juicio Final: cada hombre pareció exhalado por la escotilla, tan fulmínea fue su aparición en la cubierta, con la ropa en la mano.

—¿Qué ven? —aulló Ahab, levantando la cara al cielo.

—Nada, nada, señor —fue el grito que llegó como respuesta.

—¡Juanetes, sobrejuanetes, cuchillos! ¡Arriba y abajo, en ambas bandas!

Alzadas las velas, Ahab largó la cuerda destinada a izarlo hasta el mastelerillo del palo mayor, y poco después subía en el aire. Apenas había hecho dos tercios del camino cuando, mirando a través de la abertura horizontal que existe entre la gavia y el juanete, lanzó un grito como de gaviota:

—¡Allá está! ¡El chorro! ¡Una giba como una montaña de nieve! ¡Es Moby Dick!

Enardecidos por el grito, que los tres vigías parecieron corear casi al instante, los hombres de cubierta corrieron al cordaje para ver a la famosa ballena perseguida durante tanto tiempo. Mientras tanto, Ahab había llegado a su percha final, algunos pies más alta que las de los otros vigías. Tashtego estaba en el tamborete del sobrejuanete de gavia, de modo que la cabeza del indio casi estaba al nivel del talón de Ahab. Desde esa altura, la ballena se divisaba a una distancia de varias millas, a proa: cada oleaje permitía ver su alta giba centelleante, y su chorro silencioso subía regularmente en el aire. A los crédulos marinos les pareció que era el mismo chorro silencioso que durante tanto tiempo habían visto bajo la luna, en el Atlántico y el Índico.

—¿Ninguno de ustedes la avistó antes?

—La he avistado casi en el mismo instante que el capitán, señor, y la he anunciado —dijo Tashtego.

—No en el mismo instante, no en el mismo... No, el doblón es mío. El destino me lo reservaba. Sólo a mí: ninguno de ustedes habría podido avistar antes que yo a la Ballena Blanca. ¡Allá está! ¡Su chorro! ¡Su chorro! ¡Su chorro! ¡Allá, de nuevo! ¡Allá! —gritó con entonación lenta y metódica, al ritmo de las prolongaciones graduales del chorro de la ballena.

—¡Está por sumergirse! ¡Recojan los cuchillos! ¡Abajo juanetes y sobrejuanetes! Preparen los tres botes. Señor Starbuck, recuérdalo, te quedarás a bordo y te harás cargo de la nave. ¡Timonel, orza un punto! Así, despacio, despacio... ¡Allí está la cola! No, no, sólo es agua negra... ¿Listos los botes? ¡Bájelos! ¡Bájame, señor Starbuck, bájame pronto, más rápido!

Y se deslizó por el aire hacia el puente.

—Va derecho por sotavento, señor —le gritó Stubb—; justo frente a nosotros; no puede haber visto la nave.

—¡Silencio, hombre! ¡Estén listos para las brazas! ¡Barra a sotavento! ¡Braceen, tomen el viento! ¡Rómpanla, rómpanla!... Así, muy bien. ¡Botes, botes!

Pronto todos los botes, salvo el de Starbuck, estuvieron en el mar. Con las velas tendidas y las pagayas en frenética actividad avanzaron hacia sotavento. Ahab dirigía el asalto. Un pálido fulgor de muerte se encendió en los ojos hundidos de Fedallah, una mueca espantosa le torcía la boca.

Como silenciosas conchas de nautilus, las proas ligeras volaban en el mar; pero se acercaban muy lentamente a su enemigo. Mientras tanto, el océano era cada vez más liso: parecía tender una alfombra sobre las olas, era como una serena campiña al mediodía. Al fin el cazador anhelante llegó tan cerca de su presa, aparentemente descuidada, que pudo ver toda su giba deslumbrante, mientras se deslizaba en el mar como una isla siempre rodeada por un anillo giratorio de espuma verde y rizada. Y vio la inmensa red de arrugas que cubría la cabeza, apenas asomada. Más allá de la

cabeza, sobre las aguas semejantes a un muelle tapiz turco, corría la blanca sombra centelleante de la frente nívea, inmensa, y un burbujeo musical acompañaba alegremente esa sombra. Detrás, las aguas azules se mezclaban en el valle de la estela y a ambos lados burbujas relucientes flotaban danzando. Pero se rompían al fugaz contacto de las patas de centenares de miles de pájaros que cubrían de leves plumas el mar, alternándose en sus vuelos caprichosos. Como un asta de bandera erguida en el casco pintado de una nave, el largo palo roto de una lanza reciente salía del lomo de la Ballena Blanca. De cuando en cuando, un pájaro de ese raudo enjambre que revoloteaba y planeaba como un baldaquín sobre el animal, se posaba en ese palo, con las largas plumas de la cola flotantes como banderolas.

Una alegría serena, la intensa placidez del reposo en la velocidad aureolaba a la ballena. Ni siquiera Júpiter, aquel toro blanco que huyó a nado con una Europa asida de sus graciosos cuernos, mirando a la muchacha con el rabillo de sus maliciosos ojos enamorados y avanzando a prodigiosa velocidad hacia el refugio nupcial de Creta, ni siquiera Júpiter, esa gran majestad suprema, aventajó a la gloriosa Ballena Blanca, que nadaba como una divinidad.

En armonía con la corriente bifurcada que corría a cada uno de sus lados, los flancos esmaltados de la ballena irradiaban seducción. Cómo asombrarse de que, fascinado por toda esa serenidad, algún cazador se hubiera arriesgado a asaltarla, mas sólo para descubrir que tal placidez sólo ocultaba ciclones. Pero tú, oh ballena, nada con esa calma hechicera ante quien te ve por primera vez, después de haber engañado y destruido a tantos hombres...

Así, entre la serena tranquilidad del mar tropical, en medio de ondas cuyos latidos se detenían en el éxtasis, Moby Dick avanzaba, ocultando todavía a los ojos de los hombres la plenitud de su tremendo cuerpo sumergido, escondiendo la deforme fealdad de su mandíbula. Pero la parte anterior de su cuerpo no tardó en aparecer lentamente del agua; por un instante, la figura marmórea formó un gran arco semejante al Puente Natural de Virginia y agitando en el aire los pendones de la cola con un gesto admonitorio, el gran dios se exhibió, se sumergió y desapareció. Planeando y rozando el agua con sus alas, los pájaros esperaron impacientes en el agitado estanque que dejó al desaparecer.

Con los remos levantados, las pagayas bajas y las escotas sueltas, los tres botes flotaban tranquilos, esperando la reaparición de Moby Dick.

—Una hora —dijo Ahab, de pie en la popa del bote.

Tendió la mirada hacia las vagas extensiones azules y los vacíos inmensos y fascinantes, a sotavento. Fue sólo un instante, porque enseguida los ojos parecieron girar en su cabeza mientras recorrían el círculo de las aguas. Ahora el viento picaba y el mar empezaba a hincharse.

—¡Los pájaros! ¡Los pájaros! —gritó Tashtego.

En larga fila india, como las garzas que toman vuelo, los pájaros corrían ahora hacia el bote de Ahab; cuando estuvieron a pocas yardas, empezaron a revolotear sobre el agua con alegres chillidos de expectativa. Su vista era más aguda que la del hombre: Ahab no lograba ver el menor signo en el mar. Pero de improviso, escrutando aún más en los abismos, vio en lo hondo un punto blanco y viviente, no más grande que una comadreja, que subía con maravillosa rapidez y se agigantaba hasta que se volvió y mostró dos filas de dientes curvos, blancos, centelleantes, que surgían del abismo inescrutable. Era la boca abierta, la mandíbula de Moby Dick; el cuerpo inmenso aún se confundía en el azul del mar. La boca deslumbrante se abría bajo la embarcación como una tumba de mármol. Con un brusco movimiento lateral del remo-timón, Ahab apartó el bote de esa terrible aparición. Después gritó a Fedallah que tomara su puesto y, asiendo el arpón de Perth, ordenó a su tripulación que estuviera dispuesta a retroceder con los remos.

Mediante ese oportuno viraje del bote sobre su propio eje, la proa debía enfrentar la cabeza de la ballena aún sumergida. Pero como si hubiese previsto el ardid, Moby Dick, con la perversa inteligencia que le atribuían, se trasplantó hacia un lado, por así decirlo, y puso de nuevo su rugosa cabeza bajo la embarcación.

Cada tablón, cada cuaderna del bote se estremeció, mientras la ballena, tendida transversalmente sobre su lomo como un tiburón en el instante de morder, lentamente, deliberadamente, apresaba en su boca la proa, de manera tal que la larga y estrecha mandíbula inferior describió una curva en el aire y uno de sus dientes se prendió en el tolete de un remo. El azul perlado del interior de esa boca estaba a seis pulgadas de la cabeza de Ahab y subía cada vez más. En esta posición, la Ballena Blanca sacudía ahora el leve cedro como un gato dulcemente cruel que juega con un ratón. Con ojos impasibles, Fedallah miró y cruzó los brazos; pero los demás hombres, amarillos de terror, se encaramaban unos sobre otros para llegar a la popa.

Entonces, mientras las dos regatas se doblaban hacia adentro y hacia afuera y la ballena jugaba de ese modo diabólico con el bote condenado, sumergido el cuerpo bajo la embarcación para que no pudieran herirla desde la popa (pues la proa, por así decirlo, estaba dentro de ella misma), y mientras los demás botes se detenían, sin quererlo, como ante una crisis fulmínea e irresistible, fue entonces cuando el monomaniaco Ahab, enfurecido por esa exasperante vecindad con su enemigo, que lo tenía vivo y desarmado en sus aborrecidas fauces, aferró el largo hueso con sus manos desnudas y frenéticas y trató enloquecido de arrancarles la presa. Mientras luchaba tan en vano, la mandíbula se le escapó; las frágiles regatas cedieron y saltaron, y los dos maxilares, como enormes tijeras, cortaron en dos mitades la embarcación y volvieron a cerrarse en el mar, entre los dos restos flotantes. Éstos se apartaron y los hombres, en torno al resto de la popa, se aferraban a las regatas y procuraban alcanzar los remos para asegurarlos transversalmente.

Un minuto antes de que el bote se partiera, Ahab —el primero en advertir el propósito de la ballena por el movimiento de su cabeza, que durante un segundo había aflojado su presa— había hecho un último esfuerzo para librar al bote del monstruo. Pero el bote, deslizándose cada vez más en la boca, se había inclinado. Y Ahab había soltado las manos para caer en el mar.

Alejándose entre la espuma de su presa, Moby Dick se mantenía ahora a cierta distancia, hundiendo y sacando la nivea cabeza oblonga y rolando al mismo tiempo su cuerpo ahusado. Cuando su vasta frente rugosa se alzó a más de veinte pies fuera del agua, la ola que crecía en ese momento rompió sobre ella con todas sus crestas juntas, que estallaron centelleantes, arrojando al aire su vengativa espuma. Así, en la tempestad, las olas del Canal sólo a medias derrotadas retroceden desde la base del Eddystone para superar triunfalmente su cima con su espuma.

Pero Moby Dick recobró pronto la posición horizontal y empezó a nadar velozmente en torno a los náufragos, agitando el agua en su estela vindicativa y como estimulándose para otro asalto más asesino. La vista del bote destrozado parecía enloquecerla, como la sangre de las uvas y las moras pisoteadas a los elefantes de Antíoco, en el libro de los Macabeos. Mientras tanto Ahab, medio ahogado en la espuma provocada por la insolente cola del monstruo e imposibilitado de nadar —aunque procuraba mantenerse a flote aun en semejante vórtice—, el pobre Ahab mostraba su cabeza como una burbuja que puede estallar al menor roce. Desde la popa destrozada del bote, Fedallah lo miraba impávido, sin curiosidad; los hombres, aferrados a la otra mitad, no podían darle ayuda: tenían bastante que hacer ocupándose de sí mismos. Pues el aspecto de la Ballena Blanca era tan aterrador y sus círculos, cada vez más estrechos, se sucedían a una velocidad tan sideral que parecía resuelta a arrojarlos sobre ellos. Y aunque los demás botes, incólumes, estuvieran muy cerca, los hombres no se atrevían a entrar en el remolino para arrojar los arpones, por temor de desencadenar la inmediata destrucción de los desdichados náufragos, Ahab y los demás. Y en ese caso, tampoco ellos habrían podido escapar. Aguzando las miradas, permanecieron en el límite externo de esa zona catastrófica, cuyo centro era la cabeza del viejo.

Mientras tanto, los vigías lo habían visto todo desde la nave que, orientando los penoles, había avanzado hacia el lugar de la escena y estaba ya tan cerca que Ahab, desde el agua, gritó:

—¡Contra la...!

Pero en ese instante Moby Dick arrojó un cúmulo de agua sobre él y lo hundió. Poco después, debatiéndose y logrando elevarse en una cresta enorme Ahab gritó de nuevo:

—¡Contra la ballena! ¡Ahuyéntenla!

La proa del *Pequod* se lanzó en esa dirección y rompiendo el círculo encantado separó a la Ballena Blanca de su víctima. Mientras el monstruo se alejaba furioso, los botes acudieron al rescate.

Ahab, tendido en el bote de Stubb, con los ojos inyectados de sangre y enceguecidos, con las arrugas incrustadas de sal blanca, abandonó su tensión física y cedió a la debilidad de su cuerpo, exánime como un hombre derribado por una manada de elefantes. Desde su más honda intimidad salían gemidos indecibles, como los desolados suspiros de los despeñaderos.

Pero la intensidad misma de su postración física sirvió para abreviarla. En un instante, los grandes corazones condensan a veces la suma de los breves pesares dispersos en la vida entera de un hombre y los acumulan en un único, inmenso dolor. De ese modo, tales corazones, aunque sucintos en cada sufrimiento, amontonan en la existencia, cuando los dioses así lo disponen, todo un siglo de dolor en el cual se concentra la intensidad de muchos instantes aislados: en su centro sin punto, esos nobles seres contienen todo el círculo de las almas inferiores.

—El arpón —dijo Ahab, irguiéndose a medias y apoyándose con dificultad en el codo—. ¿Se ha salvado?

—Sí, señor; no ha sido arrojado: aquí está —dijo Stubb, mostrándoselo.

—Pónmelo delante. ¿No falta nadie?

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Había cinco remos, señor, y hay cinco hombres.

—Bien... Ayúdame, hombre; quiero ponerme de pie. ¡Oh sí, la veo! ¡Allá va, por sotavento! ¡Qué chorro tan alto! ¡Quítame las manos de encima! ¡La savia eterna corre de nuevo por los huesos de Ahab! ¡Den la vela! ¡Tomen los remos! ¡La barra!

Suele ocurrir que cuando un bote ha sido desfondado, la tripulación recogida por otra embarcación ayuda a maniobrar a esta última y de ese modo la caza continúa con los que se llaman «remos dobles». Pero la fuerza aumentada del bote no podía igualar a la fuerza redoblada de la ballena, que parecía haber triplicado cada una de sus aletas y nadaba con tal velocidad que la caza podía prolongarse indefinidamente, para no decir sin esperanza. Ninguna tripulación habría podido sobrellevar durante lapso tan largo semejante esfuerzo, intenso y continuo, con los remos: apenas si habría sido soportable en lapso mucho más breve. La nave misma era ya el medio más seguro de reanudar la caza. Por lo tanto, los botes fueron hacia ella: los amarraron a las grúas (las dos mitades del bote roto ya habían sido aseguradas a la nave), las subieron a bordo y, a velas desplegadas y extendidas por las arrastraderas, el *Pequod* se precipitó a la zaga de Moby Dick. A los intervalos tan bien conocidos los vigías anunciaban el chorro centelleante de la ballena. Cuando anunciaban que se había sumergido, Ahab tomaba el tiempo y, paseándose por cubierta con el reloj de bitácora en la mano, hacía oír su voz no bien trascurría el último segundo de la pausa.

—¿De quién es el doblón, ahora? ¿La ven?

Y si la respuesta era «¡No, señor!», ordenaba que lo subieran a su percha. Así pasó el día: Ahab estaba unas veces inmóvil, en lo alto, y otras caminando sin cesar por la cubierta.

Caminaba sin hablar, salvo cuando gritaba a los vigías u ordenaba que alzaran más una vela o extendieran más otra, pasando una y otra vez, con el sombrero hundido hasta los ojos, frente a su bote destruido (quilla al aire, en el alcázar, la proa rota y la popa aplastada). Al fin se detuvo ante él y así como en un cielo nublado se amontonan a veces nuevas tropas de nubes, el rostro del viejo se ensombreció más.

Stubb lo vio detenerse y acaso con la intención —nada jactanciosa, por lo demás— de demostrar su propio, inalterable coraje y ocupar un lugar honroso en la mente de su capitán, se acercó a él. Mirando los restos, dijo:

—El cardo que el asno no quiso: le pinchaba demasiado la boca, señor.

—¡Quién se atreve a reír ante los restos de un naufragio! ¡Hombre, hombre! Si no supiera que tienes el mismo coraje maquinal del fuego, juraría que eres un cobarde. Nunca deberían oírse risas ni gemidos ante esta clase de ruinas...

—Sí, señor —dijo Stubb, acercándose aún más—. Es un espectáculo solemne, un presagio, un mal presagio.

—¿Presagio? ¿Presagio? ¡Qué diccionario el tuyo! Si los dioses tienen la intención de hablar con franqueza a los hombres, hablan con franqueza, como caballeros, sin sacudir la cabeza, hacen insinuaciones misteriosas, como las viejas comadres... ¡Largo de aquí! Ustedes dos son los polos opuestos de un mismo ser: Starbuck es Stubb al revés, y Stubb es Starbuck. ¡Y ambos son toda la humanidad! ¡Y Ahab está solo entre los millones que pueblan la tierra, sin hombres ni dioses que se le avecinen! ¡Frío, frío! ¡Tiemblo de frío! ¿Y bien? ¡Eh, los vigías! ¿La ven? Anuncien cada chorro, aunque respire diez veces por segundo.

El día acababa. Ya sólo temblaba el borde de su túnica dorada. Pronto fue casi noche, pero no se cambió el turno de los vigías.

—¡Ya no puedo ver el chorro, señor! ¡Está demasiado oscuro! —gritó la voz desde el aire.

—¿En qué dirección iba la última vez que la viste?

—Como antes, señor: derecho por sotavento.

—¡Bien! Ahora que es de noche, andará más despacio. Amainen las bonetas de juanete y sobrejuanete. No debemos alcanzarla antes de la mañana. Ahora hace un crucero y quizá se ponga al paio durante algún tiempo. ¡Eh, timonel! ¡Mantén la barra al viento! ¡Los vigías, abajo! Señor Stubb, manda a otro marinero a la cofa del trinquete y conserva la guardia hasta mañana.

Después, avanzando hacia el doblón del palo mayor:

—Este oro es mío, marineros, porque me lo he ganado; pero lo dejaré aquí mientras la Ballena Blanca no haya muerto. Y el oro será del primero que la anuncie el

día en que muera. Y si ese día soy yo quien lo anuncia, repartiré entre todos ustedes una suma diez veces superior a ésta. ¡Fuera, ahora! La cubierta es tuya, señor.

Con esas palabras, se metió a medias en la escotilla y calándose el sombrero, permaneció así hasta el alba, aunque de cuando en cuando se volvió para ver cómo se iba la noche.

CXXXIV. LA CAZA. SEGUNDO DÍA

Al filo del alba, los vigías fueron puntualmente reemplazados.

—¿La ven? —gritó Ahab, después de aguardar un tiempo a que la luz aumentara.

—No vemos nada, señor.

—¡Todos a cubierta, a alzar velas! Es más rápida de lo que pensamos... ¡Los juanetes! En verdad, hubiésemos debido dejarlos toda la noche. Pero no importa. Es sólo un respiro para tomar impulso.

Debemos aclarar que esa obstinada persecución de una ballena determinada — que se sucede día y noche, noche y día— no es en modo alguno algo insólito en las zonas de caza del sur. Porque tal es la maravillosa destreza, la experiencia práctica y la fe invencible adquirida por algunos grandes genios naturales entre los comandantes de Nantucket, que mediante la simple observación de la ballena avistada por última vez pueden calcular con gran exactitud, en determinadas circunstancias, tanto la dirección en que seguirá nadando durante un trecho, fuera del alcance de la vista, como su velocidad probable en el mismo lapso. En esos casos, se hace un poco lo mismo que el piloto cuando se aleja de una costa cuya posición general conoce bien y a la cual desea volver pronto, aunque en otro punto: el piloto toma su brújula y calcula la posición del promontorio aún visible, a fin de encontrar con mayor certeza el rumbo hacia el cabo remoto que después visitará; del mismo modo, el ballenero usa la brújula para localizar al monstruo. Porque tras una caza y una atenta observación de varias horas diurnas, cuando la noche esconde al animal, la mente sagaz del cazador establece su rumbo, como el piloto sitúa la costa. De manera que, gracias a la maravillosa destreza del cazador, la proverbial evanescencia de algo escrito en el agua como es la estela de una ballena, se vuelve tan indeleble como la tierra firme. Y así como la marcha de ese poderoso leviatán de hierro que es el tren moderno se conoce tan bien en todos sus momentos que los hombres, reloj en mano, calculan su velocidad como el doctor la del pulso de un niño y dicen, muy sueltos de cuerpo, que el tren que llega o el tren que sale pasará por tal o cual lugar a tal o cual hora, hay ocasiones en que los balleneros de Nantucket registran la marcha de ese otro leviatán

del océano según la velocidad que lleva y se dicen: Dentro de tantas horas, esta ballena habrá hecho doscientas millas, habrá alcanzado tal o cual grado de latitud o de longitud. Pero para que esta sagacidad triunfe, el viento y el mar deben aliarse al ballenero, pues ¿qué ventaja inmediata otorga al marino, en plena bonanza o refrenado por un viento contrario, la capacidad de precisar que está a noventa y tres leguas y un cuarto del puerto? De todo esto pueden deducirse muchos problemas complicados y paralelos en cuanto concierne a la caza de ballenas.

La nave avanzaba a toda marcha, dejando en el mar un surco tan profundo como el de una bala de cañón mal dirigida que se vuelve reja de arado y abre la tierra.

—¡Por la sal y la estopa! —exclamó Stubb—. ¡Esta velocidad me trepa por las piernas y me hormiguea en el corazón! ¡Esta nave y yo somos dos valientes! ¡Ah, que alguno me atrape y me tire de espaldas al mar! ¡Rayos y centellas!... Mi espinazo es una quilla. ¡Ja, ja, vamos a un paso que no levanta polvo!

—¡Allá! ¡El chorro, el chorro! ¡A proa! —se oyó el grito desde la cofa.

—¡Sí, sí! ¡Lo sabía! —gritó Stubb—. No podías escaparte: resopla, arroja tu chorro, ballena. ¡El diablo te persigue! ¡Haz sonar tu trompeta, revientate los pulmones!... Ahab hará correr tu sangre como un molinero que abre la compuerta de un torrente...

Stubb hablaba por boca de casi todos los hombres. El entusiasmo de la caza los ponía en ebullición, como el vino viejo trabajado de nuevo. No sólo ocultaban cualquier temor o presentimiento por el creciente terror que Ahab les inspiraba, sino que también los disipaban, como las tímidas liebres del prado que se dispersan ante el salto del bisonte. La mano del Destino les había arrebatado el alma y sus corazones respondían al impulso de los peligros del día anterior, la torturante espera de la noche, el modo resuelto, ciego, insensato con que la nave enloquecida se precipitaba hacia su blanco fugitivo. El viento que henchía las velas y empujaba la nave con brazos invisibles e irresistibles parecía el símbolo de esa fuerza oculta que los obligaba a esa persecución.

Eran un solo hombre, no treinta. Como la única nave que los albergaba —hecha con toda clase de materiales, roble, hierro, pino, brea, cáñamo, pero unidos en un casco compacto que sigue su rumbo equilibrado y dirigido por la larga quilla central—, todas las individualidades de la tripulación —el valor de uno, el miedo de otro, la culpa, la culpabilidad misma—, todas las diferencias se fundían en una unidad y se encaminaban hacia ese blanco fatal que Ahab, su único señor, su quilla, les presentaba.

La arboladura vivía. Los topes de los mástiles, como cimas de altas palmeras, tenían una fronda de brazos y piernas. Aferrados a una verga con una mano, algunos extendían la otra, agitándola ansiosos; otros, protegiéndose los ojos de la vívida luz del sol, se sentaban en los penoles oscilantes: todas las vergas habían engendrado a seres

mortales, prontos y maduros para sus destinos. ¡Oh, qué empeño ponían en descubrir en el azul infinito lo que podía destruirlos!

—¿Por qué no la anuncian, si la ven? —gritó Ahab cuando, a los pocos minutos del primer grito, no se oyeron otros—. ¡Súbanme! ¡Se han engañado: no puede ser Moby Dick una ballena que arroja sólo un chorro y después desaparece!

Y tenía razón. En su ansiedad, los marineros habían confundido alguna otra cosa con el chorro de la ballena, como los hechos lo comprobaron enseguida. Porque Ahab no había llegado a su percha ni la cuerda se había asegurado en la cubierta, cuando dio el tono a la orquesta que hizo vibrar el aire como la descarga de una salva de fusiles. El grito triunfal de treinta pulmones resonó mientras —más cerca de la nave que el lugar del chorro imaginario: a menos de una milla, a proa—, se presentó Moby Dick en carne y hueso. Esta vez no fue su respiración serena e indolente, el pacífico chorro de la mística fuente de su cabeza el medio con que la Ballena Blanca reveló su presencia: fue con el prodigio, infinitamente más grandioso, del salto. Surgiendo a toda velocidad desde los abismos más lejanos, el cachalote proyecta su mole íntegra en el puro elemento del aire y, amontonando un cúmulo de espuma enceguedora, descubre su posición a una distancia de siete millas y aún más. En esos momentos las olas heridas, desgarradas, que caen de su cuerpo parecen sus crines. Ese salto es su desafío.

—¡Allá salta! ¡Allá, allá! —fue el aullido, mientras Moby Dick, en sus colosales baladronadas, se lanzaba como un salmón hacia el cielo.

Vista así, de golpe, en la llanura azul del mar y recortada contra el fondo aún más azul del cielo, la espuma levantada en ese instante resplandeció, intolerable como un témpano, y poco a poco fue desvaneciéndose hasta convertir su radiante intensidad primera en la bruma confusa de un aguacero en un valle.

—Sí, salta por última vez en el sol, Moby Dick —exclamó Ahab—. Tu hora y tu arpón están cerca. ¡Abajo, todos abajo! ¡Sólo un hombre en el trinquete! ¡Todos a los botes!

Desdeñando las tediosas escalas de las jarcias, los marineros se deslizaron a la cubierta como meteoros por los brandales y las drizas. Con menos celeridad, pero con mucha rapidez, Ahab fue amainado de su percha.

—¡Al mar! —fue su primer grito en el bote, un bote de resana aparejado la noche antes—. Señor Starbuck, la nave es tuya; apártate de los botes, pero quédate al alcance. ¡Todos al mar!

Como para inspirarles un vivo terror, ya que esta vez era ella la que iniciaba el ataque, Moby Dick se había vuelto y enfilaba hacia los tres botes. El de Ahab estaba en el centro. Para alentar a los suyos, Ahab dijo que tomaría de cabeza a la ballena, es decir, embistiéndola justo en la frente, cosa no insólita, porque, dentro de ciertos límites, tal dirección oculta a los atacantes de la mirada lateral del monstruo. Pero

antes de que llegaran a esos límites estrictos, y cuando los tres botes eran tan visibles para el leviatán como los tres palos de una nave, la Ballena Blanca se precipitó entre ellos en un abrir y cerrar de ojos, por así decirlo, con las fauces abiertas y agitando la cola, provocando una terrible confusión y sin cuidarse de los arpones que le arrojaban. Parecía resuelta a destruir cada tablón de cada bote. Pero hábilmente dirigidos, virando sin cesar como caballos adiestrados en un campo de batalla, los botes la esquivaron durante algún tiempo, aunque a veces sólo por el espesor de una tabla, mientras el aullido desgarrador de Ahab cubría todos los demás gritos.

Al fin, en sus indiscernibles evoluciones, la Ballena Blanca enmarañó a tal punto las líneas que, envolviéndose en ellas y acortándolas, atrajo a los botes condenados hacia los hierros plantados en su cuerpo, aunque durante una especie de tregua se replegó, como para recoger fuerzas para el salto más imponente. Aprovechando la ocasión, Ahab soltó más línea y después empezó a recobrarla rápidamente y a dar tirones para deshacer la maraña. Pero de repente se presentó un espectáculo más feroz que el de los dientes de los tiburones en formación de batalla.

Retorcidos y presos en la maraña de la línea, arpones y lanzas sueltos, con todas sus puntas y sus filos, cayeron fulmíneos sobre las regalas de la embarcación de Ahab. Sólo había una cosa que hacer. Ahab tomó el cuchillo y fue cortando diestramente — dentro, en medio, por fuera— esa maraña de rayos de acero; después recogió un poco de línea, se la pasó al hombre apostado en la proa y cortando dos veces el cable sobre la regala, arrojó al mar todo ese haz de acero. En ese mismo instante, la Ballena Blanca se arrojó de repente entre la maraña de las otras dos líneas y arrastró los botes de Stubb y de Flask hacia su cola, los entrechocó como dos desechos en una playa azotada por las olas y al fin, sumergiéndose en un vórtice hirviente, desapareció en el mar. Los restos de los botes, olorosos a cedro, danzaron algún tiempo sobre las aguas, como el polvo de nuez moscada en una ponchera agitada con rapidez.

Mientras los hombres de los dos botes seguían girando en el agua, procurando asirse de los toneles, los remos y todo cuanto pudiese flotar; mientras el pequeño Flask subía y bajaba como un frasco vacío, levantando las piernas para huir de las temidas mandíbulas de los tiburones, y Stubb chillaba que alguien fuera a recogerlo; mientras la línea del viejo, ya cortada, le permitía bogar en el espumoso estanque para salvar lo que pudiera; mientras en esa terrible simultaneidad de mil peligros reales la embarcación de Ahab, aún incólume, parecía alzada en el cielo por mil hilos invisibles, la Ballena Blanca, saltando perpendicularmente desde el mar como una flecha, la embistió con su frente y la arrojó dando tumbos por el aire. El bote cayó al mar boca abajo. Ahab y sus hombres se debatieron para librarse de él como focas que salen de una caverna situada al borde del mar.

El primer impulso ascendente de la ballena —cambiando de dirección cuando emergió a la superficie— la precipitó involuntariamente a cierta distancia del centro del

desastre. Volviéndole la espalda, la ballena se detuvo un momento y tanteó con la cola a uno y otro lado. Cada vez que un remo a la deriva, un pedazo de tabla, una mínima astilla de los botes le rozaba la piel, la cola se retraía velozmente y asestaba un golpe oblicuo contra el mar. Pero muy pronto, como si por el momento ya hubiese estado satisfecha con su trabajo, hundió la frente rugosa en el océano y, arrastrando las líneas enmarañadas, reanudó su marcha por sotavento, al ritmo apacible de un viajero.

Como en la ocasión anterior la nave, que había seguido toda la lucha, acudió al rescate. Un bote recogió a los marineros, los toneles, los remos flotantes y todo lo que pudo salvarse. Hombros, muñecas y pantorrillas dislocados; contusiones lívidas; arpones y lanzas retorcidos: pero ninguna desgracia fatal, o siquiera seria, parecía haber ocurrido a nadie. Como Fedallah el día anterior, Ahab fue hallado ferozmente asido a una mitad de su bote, que fue para él un salvavidas bastante cómodo y no lo dejó exhausto, como en el accidente previo.

Pero cuando lo llevaron a cubierta, todos los ojos se posaron en él, ya que en vez de sostenerse por sí solo estaba a medias apoyado en el hombro de Starbuck, el más solícito en auxiliarlo hasta ese momento. La pierna de marfil se le había roto y sólo quedaba de ella una corta astilla.

—Sí, Starbuck, de cuando en cuando es bueno apoyarse, sea quien fuere el que se apoya. ¡Si al menos el viejo Ahab se hubiera apoyado con más frecuencia!

—La virola no resistió, señor —dijo el carpintero, adelantándose—. Qué buen trabajo había hecho con esa pierna...

—Pero no se ha roto ningún hueso, señor, espero... —dijo Stubb con sincero interés.

—¡Sí! ¡Están hechos pedazos, Stubb! Mira... Pero hasta con un hueso roto el viejo Ahab está ileso. Sólo que este hueso muerto que he perdido era mucho más importante para mí que todos los huesos vivos. Ni la Ballena Blanca, ni hombre, ni demonio podrán nunca llegar a rozar siquiera al viejo Ahab en su esencia real e inaccesible. ¿Acaso puede una sonda tocar ese fondo o un mástil rasguñar esa techumbre? ¡Eh, vigía! ¿Dónde está?

—¡A sotavento, señor!

—¡Barra a sotavento, entonces! ¡Den velas! ¡Preparen los botes de reserva! Señor Starbuck, llama a la tripulación de los botes.

—Deja que antes te acompañe hasta las amuradas, señor.

—¡Ah, cómo me enfurece ahora esta astilla! ¡Maldito destino! ¡Que un capitán de ánimo invencible deba tener como piloto a semejante cobarde!

—¡Señor!

—Me refiero a mi cuerpo, no a ti. Dame algo que me sirva de bastón... Sí, esta lanza rota servirá. Reúne a los hombres. Pero... todavía no lo he visto. ¡Por Dios, no puede ser! ¿Falta?... ¡Pronto, reúne a todos!

La idea que se había deslizado por la mente del viejo era cierta. Cuando pasaron lista a toda la tripulación, faltaba el parsi.

—¡El parsi! —exclamó Stubb—. Debió quedar atrapado en...

—¡Que el vómito negro te estrangule! ¡Corran todos arriba, abajo, a la cabina, al alcázar!... Encuéntralo... Perdido... ¡Oh, no, no!

Pero muy pronto regresaron con la noticia de que el parsi era inhallable.

—Sí, señor —dijo Stubb—. Atrapado en la maraña de su línea... Creo que lo vi arrastrarse en ella.

—¡Mi línea! ¿Mi línea? ¡Perdido, perdido!... ¿Qué significa esa palabra tan breve? ¿Qué tañidos fúnebres resuenan en ella, para que el viejo Ahab tiemble como si fuera el campanario? ¿Y el arpón? Búsquenlo entre esos restos. ¿Está ahí? El arpón forjado, marineros, el de la Ballena Blanca... ¡No, no, no! ¡Maldito idiota! ¡Esta mano lo ha arrojado! ¡Está dentro del monstruo! ¡Eh, los vigías! ¡No la pierdan de vista! ¡Que todos aparejen los botes...! ¡Junten los remos, arponeros! ¡Más arriba los sobrejuanetes...! ¡Un tirón a las escotas! ¡Timonel: en rumbo, en rumbo, en rumbo, por tu vida! ¡Daré diez veces la vuelta en torno al mundo infinito; sí, y me hundiré en él, pero tengo que matarla!

—¡Santo Dios! ¡Vuelve en ti por un momento! —exclamó Starbuck—. Nunca la capturarás, nunca, viejo. En nombre de Cristo, basta ya, es peor que una locura diabólica. Dos días de caza, dos veces desfondados los botes; rota una vez más tu pierna de marfil, desaparecida esa mala sombra tuya... todos los ángeles buenos procuran retenerte: ¿qué más deseas? ¿Seguiremos persiguiendo a esa asesina hasta que hunda en el mar al último marinero? ¿Hasta que nos lleve de remolque al infierno? ¡Oh, es una blasfemia seguir persiguiéndola!

—Starbuck, en estos últimos tiempos me he sentido extrañamente cerca de ti, desde que ambos vimos... ya sabes qué, cada uno en los ojos del otro. Pero en esta obsesión mía con la Ballena Blanca tu cara debe ser para mí como la palma de la mano: un vacío sin labios ni forma. Ahab es ya Ahab para siempre, hombre. Esta escena está escrita, es inmutable. Tú y yo la hemos ensayado un millón de años antes de que se extendiera este océano. ¡Insensato! Soy el lugarteniente de los Hados; obro porque me han dado órdenes. Y ten cuidado, subalterno. Tú debes obedecer las mías... Todos aquí, marineros. Aquí hay un viejo tronchado, apoyado en una lanza rota, sosteniéndose sobre un solo pie. Es Ahab... su parte corpórea; pero el alma de Ahab es un ciempiés, se mueve sobre un millar de piernas. Me siento tenso, quebrado, como las cuerdas que remolcan en la tempestad las naves desarboladas. Y quizá lo demuestre. Pero antes de caer en pedazos, me oirán crujir. Y mientras no lo oigan, tengan la certeza de que el cable de Ahab aún remolca su propósito. ¿Creen ustedes en esas cosas llamadas presagios? ¡Entonces rían con todas sus ganas y pidan un bis! Porque antes de ahogarse, las cosas reflotan dos veces; después, una vez más, antes

de hundirse para siempre. Es lo que ocurre con Moby Dick: ha estado a flote dos días; mañana será el tercero. Subirá una vez más... pero sólo para exhalar el último chorro. ¿Se sienten con coraje, marineros? ¿Con coraje?

—Con el coraje del fuego —gritó Stubb.

—Y tan mecánicos como él... —murmuró Ahab.

Después, mientras los hombres iban hacia proa, continuó para sí:

—¡Las cosas que llamamos presagios! Ayer dije lo mismo a Starbuck, allí, a propósito de mi lanza. ¡Oh, con qué valentía procuro arrancar del corazón ajeno lo que ha anclado con tanta fuerza en el mío! El parsi... el parsi... ¿Perdido, perdido? Él debía ser el primero; pero también debía reaparecer, antes de mi fin... ¿Cómo es posible? He aquí un enigma que resistiría a todos los abogados del infierno, con el auxilio de los fantasmas de toda una estirpe de jueces: me lastima el cerebro como el pico de un halcón. ¡Pero lo resolveré, lo resolveré!

Al caer la tarde, la ballena aún se divisaba a sotavento.

Así volvieron a amainar las velas y todo sucedió como la noche anterior: sólo que el ruido de los martillos y el zumbido de la amoladera duró casi hasta el alba, mientras los marineros trabajaban a la luz de las lámparas, aparejando cuidadosamente las embarcaciones de reserva y afilando las armas nuevas para el día siguiente. Con la quilla rota del bote náufrago de Ahab, el carpintero hizo otra pierna. Y Ahab, con el sombrero hundido, permaneció en la escotilla, como la noche anterior. Su mirada oculta, de heliotropo, había retrocedido anticipadamente en su cuadrante: estaba fija en Oriente, a la espera del primer atisbo de sol.

CXXXV. LA CAZA. TERCER DÍA

La mañana del tercer día era fresca y serena. Una vez más, el solitario vigía de la noche fue reemplazado en el trinquete por una multitud de vigías diurnos, que puntearon cada mástil, cada verga.

—¿La ven? —gritó Ahab.

Pero la ballena aún era invisible.

—No tienen más que seguir su estela. Es infalible. Y eso es todo. ¡Eh, timonel, en rumbo! ¡Siempre el mismo! ¡Otro día maravilloso! No podría ser más hermoso si este fuera un mundo recién creado para descanso de los ángeles, si esta fuera la mañana inaugural... Estos son temas que dan que pensar, si Ahab tuviera tiempo para pensar; pero Ahab no piensa. Sólo siente, siente, siente siempre... Y esto ya es bastante para un hombre. Pensar es una audacia. Sólo Dios tiene ese derecho y ese privilegio. El pensamiento es, o debería ser, algo frío y calmo; y nuestros pobres corazones se sobresaltan, y nuestros cerebros resuenan demasiado por esto. Sin embargo, a veces he pensado que mi corazón era muy calmo: como congelado... Y mi viejo cráneo cruje como un vaso cuyo contenido se congela y lo rompe. Pero este pelo crece; en este instante, crece y el calor es lo que debe alimentarlo. Pero no, soy como esas hierbas que crecen en todas partes, en las grietas del hielo de Groenlandia y en la lava del Vesubio. Y los vientos libres agitan mi pelo y lo hacen jugar en torno a mí, como los harapos de las velas desgarradas azotan las arboladuras... Un viento abyecto, que sin duda ha soplado antes por corredores y celdas de prisiones, por salas de hospitales, y ahora sopla aquí, inocente como un cordero. ¡Basta, basta! Es infecto. Si yo fuera el viento, dejaría de soplar en un mundo tan perverso y cobarde. Me arrastraría a una caverna y me quedaría en ella. Sin embargo, el viento es un ser noble y heroico. ¿Quién lo ha vencido nunca? En cualquier batalla, da siempre el último golpe, el más amargo. Corre uno para aniquilarlo, y sólo consigue pasar a través de él. ¡Ah! Un viento cobarde, que golpea a hombres desnudos pero no quiere recibir un solo golpe. Hasta Ahab es más valiente que él. ¡Si al menos el viento tuviera cuerpo! Pero todas las cosas que exasperan y ofenden más a los mortales son incorpóreas, aunque sólo como

objetos, no como agentes. ¡Ahí está la especial, ingeniosa y páfida diferencia! Sin embargo, lo repito: hay algo glorioso y benigno en el viento. En estos cálidos alisios, al menos, que soplan serenos en los cielos lípidos, con dulzura animosa y firme, y nunca tuercen el rumbo, aunque las corrientes más ínfimas del mar viren y giren, y los ríos más poderosos de la tierra se desvíen, preguntándose adónde ir, por fin... ¡Por los polos eternos! ¡Estos alisios que llevan mi nave, estos alisios o algo semejante (algo tan inmutable y animoso como ellos) impulsan mi alma con fuerza!... ¡Eh, los de arriba! ¿Qué ven?

—Nada, señor.

—¡Nada, y estamos cerca del mediodía! ¡Y el doblón que espera a su dueño! ¡Miren el sol! Claro, eso ha de haber sido: nos hemos adelantado. Ahora es ella la que me persigue... Debí preverlo. ¡Imbécil de mí! Las líneas, los arpones que lleva consigo... Sí, me le he adelantado anoche. ¡Virar, virar! ¡Abajo todos, salvo los vigías! ¡A las brazas!

En la dirección que había llevado hasta entonces, el *Pequod* había navegado con viento de popa; pero ahora, al virar en dirección opuesta, la nave se oponía al viento y volvió a agitar la espuma de su propia estela blanca.

—Ahora va contra el viento hacia las fauces abiertas —murmuró Starbuck para sí, mientras aseguraba el brazo mayor en la batayola—. ¡Que Dios tenga piedad de nosotros! ¡Ya siento los huesos húmedos en mi cuerpo, ya me empapan la carne! Por obedecerlo, temo desobedecer a mi Dios.

—¡Listos para izarme! —gritó Ahab, avanzando hacia el cesto de cuerdas—. Hay que encontrarla enseguida.

—Sí, sí, señor —exclamó Starbuck.

Cumplió la orden de Ahab, que pronto volvió a mecerse en lo alto. Pasó una hora, alargada como el oro batido durante siglos enteros. El tiempo mismo retenía largos suspiros, inmovilizado en la ansiosa espera. Pero al fin, a unos tres puntos de proa a barlovento, Ahab avistó el chorro y de las tres cofas salieron tres aullidos como arrojados por lenguas de fuego.

—¡Esta tercera vez te encuentro frente a frente, Moby Dick! ¡Eh, los de cubierta! ¡A bracear con más fuerza! ¡Den la vela al viento! Aún estamos demasiado lejos de ella para bajar los botes, señor Starbuck. ¡Las velas se estremecen! Ponte tras ese timonel con una maza en la mano. Así... ¡Qué rápido avanza! Tengo que bajar, pero antes echaré una mirada al mar; todavía hay tiempo. Un espectáculo muy viejo, pero tan joven, en cierto modo: no ha cambiado nada desde que lo vi por primera vez, cuando era niño, desde las colinas arenosas de Nantucket. ¡El mismo, el mismo! ¡El mismo para Noé y para mí! Hay un ligero chubasco por sotavento. ¡Qué hermoso horizonte, en esa dirección! Más allá debe existir algo distinto de la tierra, algo más glorioso que las palmeras. ¡Sotavento! La Ballena Blanca va por ese camino; miremos hacia sotavento,

entonces: la mejor banda aunque la más cruel. Pero adiós, adiós, viejo tope. ¿Qué es esto? ¿Verde? Sí, hay mucho en estas grietas de la madera. ¡Ni una sola mancha de este verdor en la cabeza de Ahab! Esa es la diferencia entre la vejez del hombre y la vejez de las cosas. Sí, viejo mástil, envejecemos juntos; pero con el casco sano... ¿No es cierto, nave mía? Aunque es cierto: me falta una pierna. Para los dioses, esta madera muerta aventaja a mi carne viva, en todo sentido. No puedo compararme con ella. Y he visto naves hechas con árboles muertos que han sobrevivido a hombres hechos con la materia más vital de sus padres vivientes... ¿Qué fue lo que dijo? ¿Que se iría antes que yo, como piloto mío, pero que volvería a verlo una vez más? ¿Dónde? ¿Tendré ojos en el fondo del mar, si mi destino es bajar esas escaleras infinitas? Me he alejado de ella durante toda la noche, sea cual fuere el sitio donde se haya sumergido. Sí, sí, como muchos otros, has dicho la atroz verdad acerca de ti mismo, parsi, pero en cuanto a Ahab, erraste el golpe... Adiós, tope de mástil, vigila con mirada atenta a la ballena mientras yo esté aquí. Hablaremos mañana, o esta noche, cuando la Ballena Blanca flote junto a la nave con la cabeza y la cola amarradas.

Dio la orden y, sin dejar de mirar en torno a sí, bajó por el aire azul hasta la cubierta.

Llegado el momento, bajaron los botes. Pero mientras Ahab, de pie en la popa del suyo, se preguntaba en qué lugar del mar posarse, agitó la mano hacia el primer oficial —que en la cubierta tenía uno de los cabos del aparejo— y le dijo que se detuviera.

—¡Starbuck!

—¿Señor?

—Por tercera vez mi alma emprende este viaje, Starbuck.

—Sí, señor. Tú lo quieres así.

—Hay naves que zarpan de su puerto y se pierden para siempre, Starbuck.

—Es cierto, señor; es la triste verdad.

—Algunos hombres mueren cuando sube la marea; otros, cuando baja... y yo me siento ahora como la espumosa cresta de una ola, Starbuck. Soy viejo: dame la mano.

Las manos se juntaron; los ojos se encontraron; las lágrimas de Starbuck fueron el vínculo.

—¡Oh, capitán, capitán, noble corazón! ¡No vayas, no vayas!... Mira, soy un hombre valiente y lloro; es terrible tener que decirte esto.

—¡Al mar! —gritó Ahab, apartando el brazo del oficial—. ¡Atención, marineros!

Un instante después, el bote viraba bajo la popa.

—¡Los tiburones! ¡Los tiburones! —gritó una voz desde el ojo de buey de la cabina—. ¡Amo, oh, amo, vuelve!

Pero Ahab no la oyó: pues él mismo gritaba en ese momento. Y la embarcación saltó adelante.

La voz tenía razón, porque de inmediato un montón de tiburones, que parecían salir de las aguas oscuras, bajo el casco, empezaron a dar perversas dentelladas a los remos cada vez que éstos se hundían en el agua. Y así escoltaron el bote. No es raro que esto ocurra con las balleneras en esos mares pululantes, aunque a veces los tiburones parecen acompañarlas con la misma previsión con que los buitres, en Oriente, revolotean sobre los regimientos en marcha. Pero estos tiburones eran los primeros que el *Pequod* veía desde que la Ballena Blanca había sido anunciada por primera vez. Y sea porque la tripulación de Ahab estaba formada por bárbaros de color amarillo tigre —es decir, de carne más sabrosa para el gusto de los tiburones, cosa que, como es sabido, influye bastante sobre ellos— o por cualquier otro motivo, lo cierto es que los monstruos parecían seguir tan sólo ese bote, sin preocuparse de los demás.

—¡Corazón de acero templado! —murmuró Starbuck, asomándose por la banda y siguiendo con los ojos la embarcación que se alejaba—. ¡Cómo puedes permanecer impávido ante ese espectáculo! ¡Cómo te atreves a bajar en tu bote entre esos tiburones voraces, que te persiguen con la boca abierta, precisamente en el tercer día, el peor de todos! Porque es indudable que cuando tres días transcurren en sucesión continua e intensa, el primero es la mañana, el segundo el mediodía y el tercero el ocaso, el fin de la aventura... sea cual fuere ese fin. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto que me traspasa y me deja así, mortalmente calmo, y sin embargo a la expectativa... inmóvil en el punto máximo de un estremecimiento? Cosas aún no ocurridas pasan ante mí, como perfiles vacíos, como esqueletos; el pasado entero se ha envuelto en sombras. ¡María, muchacha! Te desvaneces a mis espaldas en una pálida aureola. ¡Hijo! Sólo creo ver tus ojos, que se han vuelto extraordinariamente azules. Los problemas más difíciles de la vida parecen aclararse; pero en el medio surgen nubes oscuras... ¿Se acerca el fin de mi viaje? Las piernas se me doblan, como si hubiese caminado el día entero. Ponte la mano sobre el corazón... ¿sigue latiendo? Sacúdete, Starbuck, apártate, muévete, habla fuerte... ¡Eh, los vigías! ¿Ven la mano de mi hijo en la colina? Estoy loco: ¡Eh, vigías! ¡Atención con los botes! ¡Vigilen la ballena!... ¡Eh, espanta a ese halcón! ¡Mira qué picotazos da! ¡Mira, se lleva la grímpola! —exclamó, señalando la bandera roja que tremolaba en el vertello del mayor—. ¿Dónde está el viejo? ¿Estás viendo lo mismo que yo, Ahab? ¡Ah, tiemblo, tiemblo!

Los botes no se habían alejado demasiado, cuando un brazo extendido desde uno de los topes indicó a Ahab que la ballena sondeaba. Pero como quería estar cerca de ella en su próxima reaparición, siguió el mismo rumbo, algo desviado de la nave. La tripulación, hechizada, no rompía su hondo silencio y las olas seguían golpeando la regala para impedir su avance.

—¡Que las olas metan bien hondo sus clavos! ¡Hasta la cabeza! Pero sólo golpean un objeto sin tapa: no puedo tener ataúdes ni coches fúnebres. ¡Sólo el cáñamo podrá matarme! ¡Ja, ja!

De pronto el agua se hinchó lentamente en grandes círculos; después se levantó rápidamente, como huyendo a ambos lados de una mole de hielo sumergida que sube veloz a la superficie. Se oyó un ruido sordo de terremoto, un rugido subterráneo y todos contuvieron el aliento mientras una forma inmensa, cubierta de cuerdas, arpones, lanzas, se precipitaba en un salto largo y oblicuo sobre el mar. Envuelta en un delgado velo de niebla flotante, permaneció un instante en el aire irisado y después cayó para volver a hundirse en el abismo. Proyectada a treinta pies de altura, el agua brilló un instante como chorros de fuentes, estalló y cayó en una lluvia de copos, dejando la superficie del mar espumosa como la leche fresca en torno al tronco marmóreo del monstruo.

—¡Adelante! —gritó Ahab a los remeros.

Los botes saltaron adelante, dispuestos al ataque. Pero exasperada por los arpones del día anterior, que le roían la carne, Moby Dick pareció poseída en un instante único por todos los ángeles caídos del cielo. Los grandes haces de tendones soldados que se ramificaban bajo la piel transparente de la gran frente blanca parecían anudados, mientras avanzaba de frente agitando la cola entre los botes y destrozándolos una vez más: los hierros y lanzas de ambos oficiales volaban por el aire, la banda superior de las proas se hacía astillas. Pero el bote de Ahab permaneció casi incólume.

Mientras Dagoo y Queequeg procuraban obturar las tablas rotas y la ballena, alejándose de ellos, daba una voltereta y mostraba todo un flanco al pasar nuevamente frente a ellos, en ese instante se oyó un grito. Atado al lomo del monstruo, sujeto en las innumerables vueltas con que la ballena había recogido la línea de las embarcaciones, se veía el cuerpo desgarrado del parsi, con su túnica negra convertida en andrajos y los ojos abiertos fijos en Ahab.

El capitán dejó caer el arpón de la mano.

—¡Has ganado! —dijo en un largo, afanoso suspiro—. ¡Sí, parsi! Te veo otra vez... Sí, te has adelantado; y este, éste es, pues, el coche fúnebre que me habías prometido. Pero me atenderé hasta a la última letra de tus palabras. ¿Dónde está la otra carroza fúnebre? ¡Vuelvan a la nave, oficiales! ¡Ya son inútiles los botes! ¡Repárenlos a tiempo, si es posible, y después vuelvan a mí! Si no, basta con que muera Ahab... ¡Quietos, marineros! Ustedes no son hombres como los demás, sino tan sólo brazos y piernas de mi cuerpo; tienen que obedecerme... ¿Dónde está la ballena? ¿Ha vuelto a sumergirse?

Pero Ahab miraba demasiado cerca del bote. Y Moby Dick, como si hubiera estado resuelta a huir con el cadáver que llevaba y como si el sitio de su último combate sólo hubiera sido una etapa en su viaje por sotavento, ahora nadaba vigorosamente y ya

casi aventajaba a la nave, que hasta ahora había avanzado en dirección contraria, aunque por el momento estuviera inmóvil. La Ballena Blanca parecía nadar a toda velocidad, con el único fin de seguir su rumbo en el océano.

—¡Oh, Ahab! —gritó Starbuck—. ¡No es demasiado tarde! ¡Aún hoy, el tercer día, puedes desistir! ¡Mira! Moby Dick no te busca. ¡Eres tú quien la persigue, insensato!

Dando vela al viento que picaba, el bote solitario se lanzó veloz por sotavento, impulsado por los remos y las lonas. Al fin, cuando se deslizó junto a la nave, tan cerca que pudo distinguir bien el rostro de Starbuck, asomado por la barandilla, Ahab gritó a Starbuck que virara y lo siguiera, no demasiado aprisa, a una distancia razonable. Levantando los ojos vio a Tashtego, a Queequeg y a Dagoo que subían llenos de ansiedad a los tres palos, mientras los remeros se mecían en las dos embarcaciones desfondadas, ahora izadas a un lado del *Pequod*, y procuraban repararlas afanosamente. Mientras pasaba, también pudo ver fugazmente a Stubb y a Flask, que trabajaban en cubierta entre montones de arpones y lanzas nuevos. Mientras veía todo eso, mientras oía los martillazos en los botes rotos, otros martillos parecían hundirle un clavo en el corazón. Pero se recobró. Y al observar que la grímpola o bandera ya no flameaba en el tope del mayor, aulló a Tashtego, que se había encaramado en él, que bajara en busca de otra y la clavara en el mástil.

Ya porque la caza de tres días y la carga que llevaba amarrada a su cuerpo la habían agotado, ya por algún oculto y perverso ardid, lo cierto es que la Ballena Blanca empezaba a aminorar la velocidad, como lo demostraba la rápida ventaja que el bote iba adquiriendo. Aunque, a decir verdad, esta vez la ballena no se había alejado tanto como antes. Y a medida que Ahab avanzaba sobre las olas, los despiadados tiburones lo escoltaban y mordían con tanta obstinación los remos que las palas estaban enteramente roídas, y a cada impulso dejaban un pedazo en el mar.

—¡No se preocupen por ellos! ¡Esos dientes hacen nuevos encajes en sus remos! ¡Fuerza! La boca de los tiburones es un punto de apoyo mejor que el agua huidiza.

—Pero a cada mordisco, señor, las palas son más pequeñas...

—Durarán lo necesario. ¡Fuerza! Pero quién puede asegurar si estos tiburones se darán un festín con Ahab o con la ballena... ¡Sigán remando! Así, fuerza, ya estamos cerca. ¡El timón! ¡Tomen el timón y déjenme pasar!

Dos marineros lo ayudaron a adelantarse hacia la proa de la embarcación, que seguía avanzando.

Al fin el bote viró y corrió paralelo al flanco de la Ballena Blanca, que parecía extrañamente indiferente a su llegada —cosa habitual entre los cachalotes— y Ahab estaba ya en la vaporosa niebla montañosa que, exhalada por el espiráculo del monstruo, remolineaba en torno a su enorme giba de Monadnock. Cuando se hubo acercado a esa corta distancia, con el cuerpo echado hacia atrás y los dos brazos levantados para mantener el equilibrio, Ahab arrojó el feroz arpón y la más feroz

maldición contra el animal odiado. Mientras acero y maldición se hundían en su cuerpo como absorbidos por un pantano, Moby Dick se contrajo, roló espasmódicamente contra la proa y, sin abrirle siquiera una grieta, abatió tan de golpe la embarcación que, de no haber sido por el reborde de la banda a la cual se había aferrado, Ahab habría caído una vez más al mar. Esta vez, en cambio, fueron los tres remeros —que ignoraban el instante preciso en que era arrojado el arpón y, por lo tanto, no estaban preparados para sus resultados— los que cayeron, aunque de tal modo que en un instante dos de ellos se asieron de la regala y aprovechando el impulso de una ola se metieron de nuevo en el bote, mientras el tercero caía desesperadamente a popa, y quedaba flotando en el mar.

Casi al mismo tiempo, con poderosa decisión de rapidez fulmínea, la Ballena Blanca se hundió en el mar tumultuoso. Pero cuando Ahab gritó al marinero que gobernaba el bote que retuviera la línea y ordenó a la tripulación que girara sobre los bancos para dirigir la embarcación contra Moby Dick, esa línea traidora, en el preciso instante en que sintió el esfuerzo y la doble tensión, estalló en el aire vacío.

—¿Qué se rompe en mi interior? ¡Hay un nervio que cruje!... Pero ya estoy bien. ¡Remos, remos! ¡Sántenle encima!

Al oír el tremendo ímpetu de la embarcación que rompía el mar, la ballena viró para presentar su frente lisa al enemigo. Pero al volverse distinguió el casco negro de la nave que se acercaba, y como si hubiera visto en ella la causa de todas sus persecuciones, quizá como si la hubiera considerado un adversario más grande y noble, de improviso se dirigió hacia su proa batiendo las mandíbulas entre feroces diluvios de espuma.

Ahab se tambaleó, se golpeó la frente con la mano:

—Estoy ciego. ¡Oh, manos, ojalá puedan ayudarme a buscar a tientas mi camino! ¿Es de noche?

—¡La ballena! ¡La nave! —gritaron los remeros, espantados.

—¡Remos, remos! ¡Serénate hasta tus profundidades, oh mar, para que antes de que sea demasiado tarde, Ahab pueda deslizarse una última vez hacia su blanco! ¡Veo! ¡La nave, la nave! ¡Fuerza, adelante, marineros! ¿No salvarán mi nave?

Pero mientras los remeros impulsaban con todas sus fuerzas el bote entre olas que caían como mazazos, se desprendieron los extremos de dos tablas antes golpeadas por la ballena y en un minuto, momentáneamente paralizado, el bote yació al nivel de las olas, mientras los hombres, chapaleando, hacían lo posible por reparar la falta y desagotar el agua que entraba.

Y en ese mismo instante de contemplación, Tashtego, en lo alto del mástil, quedó inmóvil con el martillo en la mano, hasta que la bandera roja, envolviéndolo a medias como un manto, se le escapó como su corazón fugitivo. Al mismo tiempo, Starbuck y Stubb, de pie en el bauprés, advirtieron la llegada del monstruo.

—¡La ballena! ¡La ballena! ¡Barra a sotavento! ¡Oh, poderes benignos del aire, sostenedme! ¡Que Starbuck no muera, si es que ha de morir, con desesperación de mujer! ¡Barra a sotavento, imbéciles! ¡Las mandíbulas, las mandíbulas! ¿Será éste el fin de todas mis fervientes plegarias? ¿De mis largas fidelidades? ¡Oh, Ahab, Ahab, mira tu obra! ¡No te desvíes, timonel! ¡No, no! ¡Barra a sotavento, de nuevo! ¡Vira para embestirnos! Su frente implacable viene al encuentro de un hombre cuyo deber le impide alejarse. ¡Oh, Dios mío, no te apartes de mí!

—¡De mi lado puedes apartarte, pero quédate debajo de mí, seas quien fueres, si estás dispuesto a ayudar a Stubb! Porque Stubb tampoco se moverá de aquí. Me río en tu cara, maldita ballena. ¿Quién ha ayudado alguna vez a Stubb y lo ha mantenido despierto, salvo sus propios ojos bien abiertos? ¡Ahora, Stubb, te acostarás en un colchón demasiado blando! ¡Ojalá estuviera lleno de zarzas! Me río en tu cara, ballena taimada... ¡Oídmeme, sol, luna, estrellas! ¡Os declaro asesinos del mejor compañero que haya entregado su alma!... Con todo, brindaría con vosotros, si me pasarais el vaso. ¡Oh, oh, oh! ¡Ballena taimada, pronto tendrás mucha agua que tragar! ¿Por qué no huyes, Ahab? Por mi parte, fuera los zapatos y la chaqueta: ¡Stubb morirá en calzoncillos! ¡Una muerte húmeda y demasiado salada, sin embargo! ¡Cerezas! ¡Cerezas! ¡Cerezas! ¡Oh, Flask, qué no daría por una cereza roja antes de morir!

—¿Cerezas? Me conformaría con estar donde crecen... Oh, Stubb, espero que mi pobre madre ya haya cobrado parte de mi paga... Si no, poco recibirá: el viaje ha terminado.

Casi todos los marineros estaban inmóviles en la proa de la nave: tenían en sus manos martillos, pedazos de tablas, lanzas, arpones, con los cuales trabajaban en el momento en que acudieron a ese lugar. Y los ojos fascinados estaban fijos en la ballena, que sacudiendo extrañamente a uno y otro lado su cabeza predestinada, proyectaba ante sí al avanzar un semicírculo de espuma. El justo castigo, la rápida venganza, la maldad eterna se revelaban en todo su aspecto, y más fuerte que cualquier adversario mortal, el sólido baluarte blanco de su frente embistió el flanco derecho de la proa. Hombres y mástiles tambalearon. Algunos cayeron de bruces al suelo. Como vertellos desarticulados, las cabezas de los arponeros apostados en los palos se sacudieron sobre sus pescuezos de toros. Oyeron que el agua se precipitaba por la brecha como un torrente que cae por un despeñadero.

—¡La nave! ¡El coche fúnebre! ¡El otro coche fúnebre! —gritó Ahab en su bote—. ¡Debía estar hecha con madera de mi país!...

Sumergiéndose bajo la nave que zozobraba, la ballena corrió estremeciéndose a lo largo de la quilla; pero se volvió bajo el agua y resurgió veloz a la superficie, del otro lado de la proa, a pocas yardas del bote de Ahab, y durante un instante permaneció inmóvil.

—Volveré mi espalda al sol. ¡Vamos, Tashtego! ¡Hazme oír tu martillo! ¡Oh, mis tres chapiteles indomables! ¡Oh, quilla intacta, oh casco que sólo un dios ha maltratado! ¡Oh, firme cubierta! ¡Oh, altiva barra, proa dirigida al cielo, nave gloriosa hasta la muerte! ¿Tendrás que morir apartada de mí? ¿Se me niega el último orgullo del capitán náufrago más despreciable? ¡Ah, una muerte solitaria, después de una vida solitaria! ¡Ahora siento que mi mayor grandeza está en mi mayor dolor! ¡Acudid desde los confines más remotos, olas audaces de toda mi vida pasada! ¡Formad la ola inmensa y única de mi muerte! ¡Me precipito hacia ti, ballena, que todo lo destruyes sin vencer! Lucho contigo hasta el último instante; desde el centro del infierno te atravieso; en nombre del odio, vomito mi último hálito sobre ti. ¡Húndanse todos los ataúdes, todas las carrozas fúnebres en un foso común! ¡Y puesto que ni el uno ni el otro pueden ser míos, quiero ser remolcado en pedazos para seguir persiguiéndote atado a tu cuerpo, maldita ballena! ¡Así entrego mi lanza!

Arrojó el arpón. La ballena herida saltó adelante; la línea se desenrolló con rapidez de llama, pero se atascó. Ahab se inclinó para soltarla, y la desprendió. Pero una de sus vueltas lo atrapó por el cuello y sin que pudiera decir una sola palabra, como los turcos sin voz estrangulan a su víctima, Ahab fue despedido del bote antes de que la tripulación lo advirtiera. Un instante después, la pesada gaza que remataba la cuerda voló de la cuba vacía, derribó a un remero y castigando el mar, desapareció en las profundidades.

Los tripulantes del bote, fascinados, permanecieron inmóviles. Después se volvieron. ¡La nave! ¡Dios santo, dónde estaba la nave! Pronto, a través de una bruma confusa y enajenante, vieron su espectro inclinado que se desvanecía, como en los vapores del hada Morgana, asomando apenas los topes entre las olas. Los arponeros paganos, fijos en sus puestos antes tan altos, por obstinación o por fidelidad a su destino, mantenían las guardias hundiéndose en el mar. Entonces círculos concéntricos atraparon también al bote solitario, a cada hombre, a cada remo fluctuante, a cada palo, y haciendo girar en el mismo vórtice las cosas vivas junto a las inanimadas, se llevaron hasta el último resto del *Pequod*.

Mientras las últimas conmociones del mar se mezclaban sobre la cabeza hundida del indio apostado en el tope del mayor, dejando aún visibles algunas pulgadas del mástil y muchas yardas de la bandera que ondeaba serenamente, en irónico acuerdo con las olas destructoras que casi la tocaban, un brazo rojo y un martillo se alzaron en el aire, como para clavar con más fuerza esa bandera al palo que se hundía. Un halcón marino que había seguido el tope del mayor desde su natural morada entre las estrellas, picoteando la bandera y hostigando a Tashtego, deslizó un instante un ala estremecida entre la madera y el martillo. Sintiendo ese estremecimiento etéreo, en el espasmo último de su muerte el salvaje mantuvo apretado el martillo. Así, el pájaro celestial, dando gritos de arcángel, con el pico imperial vuelto hacia las alturas y el

cuerpo prisionero envuelto en la bandera de Ahab, se hundió con la nave que, como Satanás, sólo quiso bajar al infierno cuando pudo arrastrar consigo una parte viva del cielo para hacerse un yelmo con ella.

Entonces volaron pájaros pequeños, chillando sobre el abismo aún abierto; una tétrica rompiente blanca golpeó contra sus bordes escarpados. Después, todo se desplomó y el gran sudario del mar volvió a extenderse como desde hacía cinco mil años.

EPÍLOGO

Y escapé sólo yo para darte la nueva.

JOB

El drama ha terminado. ¿Es posible que alguien se adelante? Sí, porque alguien ha sobrevivido a la destrucción.

Después de la desaparición del parsi, fui el elegido por los Hados para ocupar el puesto delantero en la embarcación de Ahab, cuando el marinero antes destinado a él pasó a ocupar el lugar vacante. Y también fui el que cayó desde la popa el último día, cuando los tres tripulantes fueron despedidos por la embarcación sacudida. Así fue como, flotando más allá de todo lo que ocurrió después, pero viéndolo duramente, cuando llegó hasta mí la succión, debilitada, de la nave hundida, fui atraído hacia el vórtice que se cerraba, pero muy lentamente. Y cuando lo alcancé, el vórtice sólo era un tranquilo lago de espuma. Así, como otro Ixión, fui girando y acercándome cada vez más a la burbuja negra, en forma de botón, situada en el eje de ese lento círculo. Cuando llegué al centro vital, la burbuja negra estalló: el ataúd-salvavidas saltó en el aire con ímpetu a causa de su ligereza, volvió a caer en el mar y flotó a mi lado. Sostenido por ese ataúd durante casi un día entero y una noche, anduve a la deriva en un mar sereno que parecía susurrar un canto fúnebre. Los tiburones, inofensivos, se deslizaban a mi lado como si hubiesen tenido cerrojos en las bocas; los halcones planeaban con los picos envainados. Al segundo día se acercó una nave y al fin me recogió. Era la errante *Rachel*. En la búsqueda de su hijo perdido, sólo había encontrado a otro huérfano.

FIN